

SAN AGUSTÍN
DE HIPONA

LA CIUDAD DE DIOS

LIBROS XVI-XXII



Lectulandia

La ciudad de Dios (De civitate Dei) es, con las *Confesiones*, la obra fundamental de san Agustín, quien la escribió ya en su vejez, entre 413 y 426, en años de calamidades y destrucción (Alarico había saqueado Roma en el año 410). En su parte inicial refuta las acusaciones —hechas por historiadores y por las clases romanas nobles— de que Roma hubiera caído por el efecto pernicioso del cristianismo, al tiempo que censura el paganismo y el culto a muchos dioses; argumenta que la historia de Roma no está llena de ejemplos morales, que los romanos no son mejores ni peores que otros pueblos y que el Imperio no era esencial para la salvación de la humanidad, sino un fenómeno histórico más. En esta primera parte san Agustín se dirige a un público avezado en la historia de Roma, por lo que tiene que recurrir a multitud de ejemplos de la historia (sobre todo de época republicana), que demuestra conocer muy bien. La segunda parte del libro está dedicada a su tema principal, la divina providencia, y su presencia en la historia de la humanidad. En ella se contraponen la ciudad espiritual, creada por Dios y construida por los que creen en Él, a la ciudad terrena, fundada por el egoísmo mundano y en la injusticia. San Agustín traza la historia de ambas, desde la creación del mundo, y celebra el advenimiento del nuevo espíritu cristiano. Se trata, en suma, de una interpretación en la fe de la vida individual y colectiva, repleta de energía y esperanza, en una época de zozobra e incertidumbre: por eso ha hablado a tantos periodos distintos.

San Agustín De Hipona

La ciudad de Dios Libros XVI- XXII

Biblioteca Clásica Gredos - 416

ePub r1.0

Titivillus 25.10.2022

Título original: *De civitate Dei contra paganos*
San Agustín De Hipona, 426
Traducción: Rosa María Marina Sáez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LIBRO XVI

SUMARIO

1. Si después del diluvio, desde Noé hasta Abraham, se encuentran algunas familias de aquellos que viven conforme a Dios.
2. ¿Qué había sido representado proféticamente en los hijos de Noé?
3. Sobre las generaciones de los tres hijos de Noé.
4. Sobre la diversidad de las lenguas y el comienzo de Babilonia.
5. Sobre el descenso del Señor para confundir la lengua de los que construían la torre.
6. Cómo debe entenderse el lenguaje con el que Dios se dirige a los ángeles.
7. ¿Acaso incluso las islas más alejadas de las tierras han recibido todas las especies de bestias a partir de ese número que fue preservado en el arca de la inundación del diluvio?
8. ¿Acaso de la descendencia de Adán o de los hijos de Noé ciertos linajes de seres humanos han dado lugar a los monstruos?
9. ¿Ha de creerse que la parte inferior de la tierra, que es la opuesta a la que habitamos, tiene antípodas?
10. Sobre la generación de Sem, en cuya descendencia se encarrila la línea de la ciudad de Dios dirigiéndose hacia Abraham.
11. La primera lengua en uso de los seres humanos fue aquella que después fue llamada hebrea por el nombre de Heber, en cuya familia se conservó tras producirse la dispersión de las lenguas.
12. Sobre la época de Abraham, a partir de la cual se forma un nuevo orden de la línea sucesoria santa.
13. Cuál parece que fue el motivo de que en la migración de Taré, por la que abandonando a los caldeos pasó a Mesopotamia, no se hace ninguna mención de su hijo Nacor.
14. Sobre los años de Taré, que completó el tiempo de su vida en Jarán.
15. Sobre el tiempo de la marcha de Abraham en el que, siguiendo el mandato de Dios, salió de Jarán.

16. Sobre el orden y la naturaleza de las promesas de Dios, que le fueron hechas a Abraham.
17. Sobre los tres imperios más renombrados de los gentiles, uno de los cuales, el de los asirios, ostentaba la más alta preeminencia ya engendrado Abraham.
18. Sobre la segunda alocución de Dios a Abraham, por la que se le promete a él y a su descendencia la tierra de Canaán.
19. Sobre la castidad de Sarra, protegida por Dios en Egipto, de la que Abraham había dicho que era no su esposa, sino su hermana.
20. Sobre la separación de Lot y Abraham, que satisfizo a ambos al quedar salvaguardado su afecto.
21. Sobre la tercera promesa de Dios, por la que se garantiza la tierra de Canaán a Abraham y su stirpe.
22. Sobre los enemigos de Sodoma, vencidos por Abraham, cuando también liberó a Lot del cautiverio y fue bendecido por el sacerdote Melquisedec.
23. Sobre la palabra del Señor a Abraham, por la que se le prometió una posteridad que había de multiplicarse como la multitud de las estrellas. Creyendo en ella fue justificado cuando todavía conservaba su prepucio.
24. Sobre el simbolismo del sacrificio que se le ordenó ofrecer a Abraham después de haber solicitado que se le instruyera acerca de lo que había creído.
25. Sobre Agar, la esclava de Sarra, quien la misma Sarra quiso que fuese concubina de Abraham.
26. Sobre el testimonio de Dios a Abraham, por el que le promete en su vejez un hijo de la estéril Sarra y le instituye como padre de pueblos y refrenda la garantía de la promesa mediante el rito de la circuncisión.
27. Sobre el varón, que si al octavo día no hubiese sido circuncidado, su alma perece, porque rompió la alianza de Dios.
28. Sobre el cambio de los nombres de Abraham y Sarra que, no pudiendo engendrar a causa de la esterilidad de la una y de la avanzada edad de ambos, alcanzaron el don de la fecundidad.
29. Sobre los tres varones, o ángeles, bajo cuya forma se revela que Dios se apareció a Abraham junto a la encina de Mambre.
30. Sobre Lot, liberado de los sodomitas, consumidos ellos mismos por el fuego celeste, y sobre Abimelec, cuya concupiscencia no pudo ultrajar la castidad de Sarra.
31. Sobre Isaac, nacido según la promesa, al que se le dio nombre por la risa de sus padres.
32. Sobre la obediencia y fe de Abraham, en la que fue probado mediante la ofrenda de la inmolación de su hijo, y sobre la muerte de Sarra.

33. Sobre Rebeca, nieta de Nacor, a la que Isaac tomó por esposa.
34. ¿Qué debe entenderse en el hecho de que Abraham después de la muerte de Sarra tomó como esposa a Cetura?
35. ¿Cuál era el significado de la respuesta divina sobre los gemelos todavía encerrados en el útero de su madre Rebeca?
36. Sobre el oráculo y la bendición que Isaac recibió no de distinto modo que su padre, amado por su mérito.
37. Sobre lo que se prefiguraba místicamente en Esaú y Jacob.
38. Sobre Jacob, enviado a Mesopotamia para tomar esposa, la visión que tuvo en el camino y sus cuatro esposas, aunque había pedido una sola.
39. Cuál fue la razón de que Jacob recibiera también el sobrenombre de Israel.
40. De qué modo se cuenta que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco almas, cuando la mayoría de aquellos que se mencionan fueron engendrados con posterioridad.
41. Sobre la bendición que Jacob prometió a su hijo Judá.
42. Sobre los hijos de José, a los que Jacob bendijo con el cambio profético de sus manos.
43. Sobre los tiempos de Moisés, de Jesús Nave, de los jueces y de los reyes, de los cuales ciertamente el primero es Saúl, pero David es considerado el más importante, tanto por el símbolo como por sus méritos.

1

Resulta difícil descubrir con claridad a partir de lo que dicen las escrituras si después del diluvio han continuado las huellas de la ciudad santa en su avance o si se han visto interrumpidas por el transcurrir de los tiempos de impiedad, de tal manera que no existiera entre los seres humanos ningún adorador del único Dios verdadero, porque después de Noé, que con su esposa y sus tres hijos y sus otras tantas nueras mereció librarse de la devastación del diluvio por medio del arca, no encontramos en los libros canónicos proclamada de forma evidente la piedad de nadie por testimonio divino hasta Abraham, excepto en el hecho de que Noé hace valer a sus dos hijos, Sem y Jafet, con su bendición profética, intuyendo y previendo lo que había de suceder mucho después.

De ahí resultó también que a su hijo mediano, es decir, más joven que el primogénito y mayor que el último, que había pecado contra su padre, lo

maldijo, no en su persona, sino en la de su hijo, nieto suyo, con estas palabras: *Maldito sea el niño Canaán, será esclavo de sus hermanos*^[1]. Canaán, por su parte, había nacido de Cam, que no había cubierto la desnudez de su padre mientras dormía, sino que, por el contrario, la había puesto en evidencia. De ahí también que a continuación añadió una bendición de los dos hijos, el mayor y el menor, diciendo: *Bendito sea el Señor Dios de Sem, y Canaán será su esclavo; engrandezca Dios a Jafet, y habite en las moradas de Sem*^[2], así como también la plantación misma de la viña de Noé, la ebriedad causada por su fruto, la desnudez de este mientras dormía, y todo lo demás que allí sucedió y fue puesto por escrito está cargado de significados proféticos y oculto por un velo^[3].

2

Pero ahora, ya alcanzado el cumplimiento de los hechos en sus descendientes, ha quedado suficientemente manifiesto lo que había estado oculto. En efecto, ¿quién prestando atención a ello con rigor e inteligencia no lo reconocería en Cristo? Lo cierto es que Sem, de cuya descendencia Cristo nació en carne, significa «renombrado»^[4]. Pero ¿qué hay más renombrado que Cristo, cuyo nombre ya exhala su aroma por todas partes, así como en el Cantar de los Cantares, anticipándolo también la propia profecía, se le compara con ungüento derramado, en cuyas moradas, es decir, en las iglesias, habita la extensión de las naciones^[5]? Pues Jafet significa «extensión»^[6]. Finalmente Cam, que significa «cálido»^[7], hijo mediano de Noé, como si se separase de uno y otro y permaneciese en medio de ambos, ni en las primicias de los israelitas, ni en la plenitud de los gentiles, ¿qué otra cosa simboliza sino el linaje de los heréticos, caldeado no por el espíritu de la sabiduría, sino por el de la impaciencia, que suele poner en ebullición las entrañas de los herejes y perturbar la paz de los santos? Pero esto redundará en beneficio de los que progresan, según aquellas palabras del apóstol: *Es conveniente también que existan herejías, para que aquellos de probada virtud se hagan visibles entre vosotros*^[8]. De donde también está escrito: *el hijo instruido será sabio, y utilizará al necio como su sirviente*^[9]. Lo cierto es que muchas premisas relativas a la fe católica, mientras son hostigadas por la ardiente agitación de los heréticos, a fin de que puedan ser defendidas frente a ellos, son examinadas con mayor rigor, comprendidas con mayor claridad y

proclamadas de manera más apremiante, y la discusión suscitada por el adversario se presenta como una oportunidad de aprender. Aunque no solo quienes están escindidos de manera totalmente abierta, sino todos los que se glorían del nombre cristiano y viven en medio de la perdición, no sin razón pueden parecer representados por el hijo mediano de Noé. Lo cierto es que la pasión de Cristo, que es simbolizada por la desnudez de aquel hombre, por un lado, la proclaman profesándola y, por otro, la deshonran obrando mal. Por consiguiente, acerca de tales personas se ha dicho: *Por sus frutos los conoceréis*^[10]. Por dicho motivo, Cam fue maldecido en su hijo, como si de su fruto, es decir, de su obra, se tratara. Por ello, también su propio hijo Canaán significa propiamente «sus movimientos»^[11]. ¿Qué otra cosa es más que su obra? Pero Sem y Jafet, como la circuncisión y el prepucio, o como el apóstol los llama de otro modo, judíos y griegos^[12], pero llamados y justificados, conocida en cierto modo la desnudez del padre, que simbolizaba la pasión del Salvador, tomando un vestido lo colocaron sobre sus espaldas, entraron de espaldas y cubrieron la desnudez de su padre, y no vieron lo que cubrieron por respeto. En efecto, de algún modo en la pasión de Cristo honramos lo que se hizo por nosotros y despreciamos el crimen de los judíos. El vestido simboliza el sacramento, las espaldas el recuerdo de los tiempos pasados^[13], ya que, sin duda, ya en aquel tiempo en el que Jafet habita en las moradas de Sem y el mal hermano en medio de ellos, la iglesia celebra la pasión de Cristo como cumplida, no la prevé todavía como futura.

Pero el mal hermano se convierte en siervo, es decir, en esclavo de sus hermanos buenos en su hijo, es decir, en su obra, dado que para el ejercicio de la paciencia o para la progresión de la sabiduría los buenos se sirven sabiamente de los malos. Hay, en efecto, según el testimonio del apóstol, quienes proclaman a Cristo no de manera honesta, pero dice, *que Cristo sea proclamado, ya bajo pretexto ya sinceramente*^[14]. Lo cierto es que él mismo plantó la viña de la que dice el profeta: *la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel*^[15], y bebe de su vino (ya se entienda aquí aquel cáliz, del que dice: *¿podéis beber el cáliz que yo habré de beber*^[16]? Y *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*^[17], con el que, sin duda, simboliza su pasión; ya, dado que el vino es el fruto de la viña, con ello se significa más bien que tomó de la propia viña, es decir, del linaje de los israelitas, la carne y la sangre por nosotros, para poder padecer), y *se embriagó*, es decir, padeció, y *se quedó desnudo*^[18]. Pues allí quedó desnuda, es decir, se manifestó, su debilidad, de la cual dice el apóstol: *Aunque fue crucificado en su debilidad*^[19]. Por ello, el mismo dice: *la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres y la necedad*

de Dios es más sabia que los hombres^[20]. Y tras haberse dicho: *y quedó desnudo*, lo que añade la escritura: *en su casa*^[21], muestra con discernimiento que habría de sufrir la cruz y la muerte a manos del pueblo de su carne y de los de su casa de su sangre, es decir, de los judíos. Esta pasión de Cristo los réprobos la proclaman externamente, solo con el sonido de su voz, pues no comprenden lo que proclaman. Los honestos, en cambio, guardan tan gran misterio en el hombre interior y honran dentro de su corazón la debilidad y la necesidad de Dios, ya que es más fuerte y más sabia que los hombres. Símbolo de ello es el hecho de que Cam saliendo anunció esto en el exterior, pero Sem y Jafet, para cubrirlo con un velo, es decir, para honrarlo, entraron, es decir, obraron en el interior.

Indagamos estos secretos de la escritura divina, según nuestras posibilidades, unos de forma más o menos coherente que otros, sin embargo, reteniendo como cierto, según la fe, que estos no se llevaron a cabo ni se pusieron por escrito sin alguna prefiguración de lo que habría de suceder, y que no deben ser referidos sino a Cristo y su iglesia, que es la ciudad de Dios. Desde el origen del género humano no cesó su anuncio profético, que vemos cumplirse por todas partes. Así pues, bendecidos dos de los hijos de Noé y maldecido uno en medio de estos, durante más de mil años^[22] hasta Abraham se hizo el silencio en la conmemoración de algunos justos que adoraron a Dios piadosamente. Y no podría creer que no los hubiera, sino que, si se recordasen todos, resultaría demasiado extenso, y respondería más al rigor histórico que a la providencia profética. Por consiguiente, el autor de estos textos sagrados o, mejor dicho, el Espíritu de Dios a través de él, expone aquellos relatos en los que no solo se narren hechos pasados, sino también se predigan acontecimientos futuros que, no obstante, atañen a la ciudad de Dios, ya que también cualquier cuestión que aquí se expone acerca de personas que no son ciudadanas suyas se incluye con el propósito de que aquella progrese o destaque por comparación con el contrario. No debe considerarse necesariamente que todos los hechos que se narran poseen además un sentido simbólico; pero a causa de aquellos que lo poseen se insertaron también los que no simbolizan nada. Efectivamente, la tierra es hendida únicamente por la reja; pero para que esto pueda hacerse, también son necesarias las otras partes del arado; y en las cítaras y en otros instrumentos musicales semejantes solo las cuerdas son aptas para la emisión de sonidos; pero para que puedan serlo, existen también las restantes piezas en el ensamblaje de los instrumentos, que no son pulsadas por los músicos, pero estas están conectadas a aquellas, que las hacen resonar al ser pulsadas.

Así, en la historia profética se cuentan algunos hechos que no poseen simbología alguna, pero a las cuales se añaden aquellos que la poseen, y en cierto modo se vinculan.

3

En consecuencia, a continuación deben examinarse las generaciones de los hijos de Noé y debe añadirse lo que parece que se ha de decir acerca de ellas a la presente obra, en la que se muestra el recorrido a través de los tiempos de una y otra ciudad, a saber, la terrena y la celeste. En efecto, comenzaron a ser recordadas a partir de su hijo menor, llamado Jafet, del cual se mencionaron ocho hijos^[23] y siete nietos de dos de sus hijos, tres de uno, cuatro del otro, por lo que hacen quince en total. Por su parte, los hijos de Cam, es decir, del hijo mediano de Noé, son cuatro, y sus nietos cinco, de uno solo de sus hijos, sus bisnietos dos, de uno de sus nietos. Su suma da once. Enumerados estos, se vuelve al principio, por decirlo de algún modo, y se dice: *Cus, por su parte, engendró a Nebrot; este comenzó a ser un gigante sobre la tierra. Este era un gigante cazador contra el Señor Dios*^[24]. *Por esto dicen: Como Nebrot, gigante cazador contra el Señor. Y se produjo el comienzo de su reino sobre Babilonia, Orec, Arcad y Calane, en la tierra de Senaar. De aquella tierra salió Asur y construyó Nínive, la ciudad de Roboot y Calac y Dasem, entre Nínive y Calac: esta es la ciudad grande*^[25]. Más adelante ese Cus, padre del gigante Nebrot, fue mencionado en primer lugar entre los hijos de Cam, del que ya se habían contado cinco hijos y dos nietos. Pero engendró a ese gigante o bien después de que hubieran nacido sus nietos, o bien, cosa que resulta más creíble, la escritura habló de él por separado a causa de su preeminencia, puesto que también se recordó su reino, cuyo comienzo era aquella nobilísima ciudad de Babilonia, y las ciudades o regiones que se mencionan junto a ella. Pero lo que se ha contado de que Asur salió de aquella tierra, es decir, de la tierra de Senaar, que pertenecía al reino de Nebrot, y construyó Nínive y otras ciudades que ha enumerado, sucedió mucho después, cuestión que tocó aprovechando la ocasión con la excusa del prestigio del imperio de los asirios, que admirablemente expandió Nino, el hijo de Belo, fundador de la gran ciudad de Nínive, ciudad cuyo nombre deriva del suyo, de manera que era llamada Nínive a partir de Nino^[26]. Asur, por su parte, de donde proceden los asirios, no estuvo entre los hijos de Cam,

el hijo mediano de Noé, sino que se encuentra entre los hijos de Sem, que fue el hijo mayor de Noé^[27]. De ahí se hace patente que de la estirpe de Sem surgieron los que después conquistaron el reino de aquel gigante y desde allí se extendieron y fundaron otras ciudades, la primera de las cuales fue llamada Nínive por Nino. De aquí se vuelve a otro hijo de Cam, que se llamaba Mesraim, y se recuerda a los que engendró, no como individuos, sino como siete naciones. Y de la sexta, como de un sexto hijo, se recuerda que surgió la nación que recibe el nombre de filisteas, de donde hacen ocho. De ahí se vuelve de nuevo a Canaán, el hijo en el cual fue maldito Cam, y son mencionados los once que engendró. Después se indica hasta qué fronteras llegaron, mencionándose algunas ciudades. Y por esto, si se cuentan los hijos y nietos, se citan treinta y uno nacidos de la estirpe de Cam.

Resta por mencionar a los hijos de Sem, el hijo mayor de Noé, pues el relato de esas generaciones, comenzado por el menor, llega gradualmente hasta él. Pero la relación desde donde comienzan los hijos de Sem presenta cierta oscuridad que debe ser aclarada en la exposición, porque atañe, y mucho, a la cuestión que investigamos. En efecto, se lee así: *Y Sem, el padre mismo de todos los hijos y hermano mayor de Jafet, tuvo como descendencia a Heber*^[28]. El orden de las palabras es el siguiente: y Sem tuvo como descendencia a Heber, también él mismo, es decir, el propio Sem, tuvo a Heber, y este Sem es el padre de todos los hijos. Así pues, quiere darse a entender que Sem es el patriarca de todos aquellos que han nacido de su estirpe, a los que había de mencionar, ya sean sus hijos, ya sus nietos y bisnietos y otros descendientes suyos. En realidad, Sem no engendró directamente a ese Heber, sino que se encuentra en quinto lugar a partir de él en la línea de sus descendientes. Lo cierto es que Sem entre otros hijos engendró a Arfaxat, Arfaxat engendró a Cainán, Cainán engendró a Sala, Sala engendró a Heber. Consecuentemente, este mismo fue mencionado no sin motivo en primer lugar en la descendencia procedente de Sem y antepuesto incluso a sus hijos, aun perteneciendo a la quinta generación, dado que es verdad lo que transmite la tradición, que los hebreos reciben su nombre de aquel, como hebereos. Aunque también podría darse otra interpretación, que parezca que reciben su nombre de Abraham, como Abraeos; pero, evidentemente, la verdad es que se llaman hebereos a partir de Heber y después, debilitada una letra, hebreos^[29], cuya lengua solo pudo conservar el pueblo de Israel, en el cual la ciudad de Dios fue peregrina en los santos y proyectada en todos como símbolo. Así pues, en primer lugar se nombran seis hijos de Sem, después de uno de ellos nacieron sus cuatro nietos y, del mismo

modo, otro de los hijos de Sem engendró a su nieto, y de aquel igualmente nació un bisnieto y de allí un tataranieto que es Heber. Heber, por su parte, engendró dos hijos, a uno de los cuales llamó Falec, que significa «el que divide»^[30]. Después la escritura, añadiendo y dando explicación de este nombre, dice: *Porque en sus días fue dividida la tierra*^[31]. Más adelante se mostrará qué sentido tienen estas palabras^[32]. Por otra parte, el otro que nació de Heber engendró doce hijos; y por esto todos los descendientes de Sem hacen veintisiete. Por tanto, en total todos los descendientes de los tres hijos de Noé, a saber, los quince de Jafet, los treinta y uno de Cam y los veintisiete de Sem, hacen setenta y tres. Después la escritura continúa diciendo: *Estos son los hijos de Sem en sus tribus, según sus lenguas, en sus territorios y en sus naciones*^[33]; y, asimismo, dice de todos: *estas son las tribus de los hijos de Noé según sus generaciones, según sus naciones. De ellas se dispersaron las islas de las naciones sobre la tierra tras el diluvio*^[34]. De donde se concluye que hubo entonces setenta y tres o, más bien (cosa que se demostrará más adelante), setenta y dos naciones, no individuos. Pues incluso antes, tras mencionarse a los hijos de Jafet, se concluyó así: *De ellas se dispersaron las islas de las naciones sobre la tierra, cada uno según su lengua en sus tribus y en sus naciones*^[35].

Por otra parte, entre los hijos de Cam en cierto pasaje se mencionan más claramente las naciones, como mostré más arriba. *Mesraim engendró a los que son llamados Ludiim*^[36]; y de este mismo modo las restantes naciones hasta siete. Y una vez mencionados todos, más adelante concluye diciendo: *Estos son los hijos de Cam en sus tribus, según sus lenguas, en sus territorios y naciones*^[37]. Por consiguiente, los hijos de muchos no son mencionados por el siguiente motivo, porque al nacer se agregaron a otras naciones, pero ellos mismos no fueron capaces de formar una nación. Pues ¿por qué otra razón, siendo mencionados ocho hijos de Jafet, solamente se nombran los hijos nacidos de dos de ellos, y siendo citados cuatro hijos de Cam, tan solo se añaden los nacidos de tres, y siendo nombrados seis hijos de Sem, se incluye la descendencia de dos? ¿Acaso los restantes se quedaron sin hijos? Lejos se esté de creerlo. En lugar de ello, no formaron naciones por las cuales mereciesen ser recordados porque, conforme iban naciendo, se agregaban a otras naciones.

Por consiguiente, una vez consignado que estas naciones hablaban en sus lenguas, no obstante vuelve el narrador a aquel tiempo en el que la lengua de todos fue una sola, y a partir de ahí ya expone qué sucedió para que surgiera la diversidad de las lenguas. *Y toda la tierra era, dice, un solo labio y una sola voz para todos. Y sucedió que, al desplazarse estos mismos desde oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar, y habitaron allí. Y dijo cada hombre a su vecino: venid, fabriquemos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos a modo de piedra y de alquitrán a modo de arcilla, y dijeron: venid, construyámonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagámonos un nombre antes que nos dispersemos por la faz de toda la tierra. Y el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que habían construido los hijos de los hombres. Y dijo el Señor Dios: He aquí un único linaje y un único labio para todos; y han comenzado a construir este edificio y ahora no desistirán de hacer todo lo que hayan emprendido; venid, y al bajar confundamos allí sus lenguas para que ninguno entienda la palabra del vecino. Y el señor los dispersó de allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad y la torre. Por causa de ello se le llama con el nombre de confusión, porque allí Dios confundió los labios de toda la tierra. Y de allí el señor los dispersó sobre la faz de toda la tierra*^[38]. Esa ciudad, que fue llamada confusión, es Babilonia, cuya admirable construcción celebra también la historia de los gentiles. Lo cierto es que Babilonia significa «confusión»^[39]. De ahí se sigue que aquel gigante Nebrot fue su fundador, lo cual anteriormente se había sugerido de pasada, cuando, al hablar la escritura sobre él, dice que el comienzo de su reino fue Babilonia, es decir, la que ostentaba la primacía sobre las restantes ciudades, donde se hallaba la sede del reino como en una metrópolis; aunque no había alcanzado tan altas cotas de esplendor como imaginaba su soberbia impiedad^[40]. Pues se proyectaba una altura desmesurada, se ha dicho que hasta el cielo, ya de aquella única torre que edificaban como la principal entre las restantes, ya de todas las torres que fueron designadas en número singular, así como se dice «el soldado» y se entiende «un millar de soldados»; como la rana y la langosta^[41]; pues así fue denominada la multitud de ranas y de langostas en las plagas con las que los egipcios fueron golpeados por medio de Moisés^[42]. Pero ¿qué iba a conseguir la presunción humana y vana, comoquiera y cuanto quiera que elevase la altura de la mole hasta el cielo contra Dios, cuando superase todos los montes, cuando escapase del espacio de esta atmósfera nebulosa? En definitiva, ¿qué daño podría causar a Dios la elevación, ya espiritual, ya corporal, por grande que fuese? La humildad

construye un camino seguro y verdadero hasta el cielo, levantando el corazón hacia el Señor, no contra el Señor, así como se dice de ese gigante *cazador contra el Señor*^[43]. Algunos, engañados por la ambigüedad del griego, no lo entendieron, de manera que no tradujeron *contra el Señor*, sino *ante el Señor*; Ἰναντίον ciertamente significa «contra» y «ante». Esta palabra, en efecto, aparece en el salmo: *Y lloremos ante el Señor que nos creó*^[44]; y esta palabra se halla también en el libro de Job, donde está escrito: *estallaste en furor contra el Señor*^[45]. Así, en efecto, debe entenderse ese gigante *cazador contra el Señor*. Por otra parte, ¿qué se expresa aquí con este término, que es *venator* (cazador), sino el burlador, opresor y exterminador de los animales terrestres? Pues erigía con sus pueblos una torre contra Dios, con la que se simboliza la soberbia impía. Y mercedamente se castiga la mala intención, incluso si no logra su propósito. Pero ¿cuál fue la índole misma del castigo? Puesto que el poder del que manda reside en la lengua, allí fue condenada la soberbia, de manera que no fuera entendido el que mandaba al hombre, que no quiso entender que debía obedecer a Dios cuando le mandaba. Así quedó desbaratada aquella conspiración, al separarse cada cual de aquel al que no entendía y al no unirse sino a aquel con el que podía comunicarse. Y las naciones se dividieron por lenguas y se dispersaron por las tierras, así como a Dios plugo, que lo hizo de forma oculta e incomprensible para nosotros.

5

Y respecto a lo que está escrito: *Y el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que habían construido los hijos de los hombres*^[46], esto es, no los hijos de Dios, sino aquella sociedad que vive conforme al hombre, a la que llamamos ciudad terrena, Dios no se mueve de su lugar, quien siempre está en su totalidad en todas partes, sino que se dice que desciende cuando realiza alguna acción en la tierra, que, realizada de forma admirable al margen del curso habitual de la naturaleza, muestra en cierto modo su presencia. Y no aprende viendo en un determinado momento quien nunca puede ignorar nada, sino que se dice que ve y conoce en ese momento lo que hace que sea visto y conocido. Por consiguiente, aquella ciudad no se veía así, de la manera en que Dios hizo que se viera cuando mostró cuánto le disgustaba. Aunque podría entenderse que Dios descendió a aquella ciudad porque descendieron sus ángeles, en los cuales habita, como si lo que se añade: *Y dijo el Señor Dios:*

he aquí un solo pueblo y un solo labio para todos, y lo demás, y después se añade: *venid, y al bajar confundamos allí sus lenguas*^[47], fuese una recapitulación^[48], mostrando cómo se hizo lo que se había dicho: *Descendió el Señor*. Pues si ya había descendido, ¿qué quiere decir: *venid, y al bajar confundamos* (lo que se entiende como dirigido a los ángeles), a no ser porque descendía por medio de los ángeles quien se hallaba en los ángeles que descendían? Y no dice propiamente «*venid, y al bajar confundid*», sino *confundamos allí sus lenguas*, mostrando así que él actúa por medio de sus ministros, para que también sean ellos mismos cooperadores de Dios, como dice el apóstol: *pues somos cooperadores de Dios*^[49].

6

Podía entenderse también de los ángeles aquello que se dijo en el momento en que fue creado el hombre^[50]: *hagamos al hombre*, porque no dijo «haga»; pero, dado que sigue *a nuestra imagen*, ni es lícito creer que el hombre fue creado a imagen de los ángeles, ni que la imagen de los ángeles y la de Dios es la misma. Allí propiamente se entiende la pluralidad de la Trinidad. Sin embargo, ya que esta Trinidad es un solo Dios, aun habiendo dicho «*hagamos*», añade: «*Y dios hizo al hombre a imagen de Dios*»^[51], no dijo «lo hicieron los dioses» o «a imagen de los dioses». Podía también aquí entenderse la misma Trinidad, como si el Padre hubiera dicho al Hijo y al Espíritu Santo: *venid, y al bajar confundamos allí sus lenguas*, si hubiese algún obstáculo que impidiera que se entendieran los ángeles, a los que más bien conviene ir hacia Dios con movimientos santos, es decir, con los pensamientos piadosos a partir de los cuales consultan ellos la Verdad inmutable, como ley eterna en aquella curia celeste suya. En efecto, ellos mismos no son su propia verdad, sino que, como partícipes de la Verdad creadora, se mueven hacia ella como hacia una fuente de vida, para tomar de ella lo que no tienen por sí mismos. Y el suyo es ese movimiento estable mediante el cual van sin alejarse. Y Dios no habla a los ángeles como nosotros lo hacemos entre nosotros o a Dios o a los ángeles o como los propios ángeles a nosotros o como Dios a través de ellos a nosotros, sino a su manera inefable; pero a nosotros aquello se nos comunica a nuestra manera. Lo cierto es que el lenguaje de Dios, más sublime antes de su acción, es la razón inmutable de su misma acción. Este no tiene un sonido estridente y

pasajero, sino una fuerza que permanece eternamente y que actúa a lo largo del tiempo. Con ella se dirige a los ángeles santos, pero a nosotros, que estamos situados lejos, lo hace de otra manera. Y cuando nosotros también captamos algo de tal lenguaje con los oídos interiores, nos acercamos a los ángeles. Por tanto, no debo dar razón constantemente en esta obra sobre las formas de expresión de Dios. En efecto, o bien la Verdad inmutable habla por sí misma de forma inefable a las mentes de la criatura racional, o bien habla a través de la criatura mutable, ya mediante imágenes espirituales a nuestro espíritu, ya mediante voces corporales al sentido del cuerpo.

Sin duda, aquello que se dijo: *y ahora no desistirán de hacer todo lo que hayan emprendido*^[52], no se dijo a modo de afirmación, sino de interrogación, tal y como suelen hablar los que lanzan amenazas, como dice cierto poeta:

¿No prepararán las armas y seguirán desde toda la ciudad^[53]?

Por consiguiente, debe entenderse así, como si hubiese dicho: «¿acaso no desistirán de hacer todo lo que hayan emprendido?». En cambio, si se dice así, no denota a alguien lanzando una amenaza. Pero por causa de algunos más lentos de entendimiento añadimos una partícula, esto es «ne» (acaso), para decir «nonne» (acaso no), puesto que no podemos poner por escrito la entonación del que habla.

Por tanto, de aquellos tres hombres, hijos de Noé, setenta y tres o más bien, según el cálculo va a demostrar, comenzaron a existir setenta y dos naciones y otras tantas lenguas sobre la tierra, las cuales al crecer llenaron también las islas. Por su parte, el número de naciones creció mucho más que el de las lenguas. Pues incluso en África hemos conocido muchos pueblos bárbaros con una sola lengua^[54].

7

¿Y quién puede poner en duda que los hombres, tras la multiplicación del género humano, pudieron cruzar hasta islas deshabitadas con una embarcación? Pero la cuestión se plantea acerca de todas las especies de animales que no están bajo el cuidado de los seres humanos y no nacen de la tierra como las ranas^[55], sino que se propagan únicamente mediante el cruce del macho y la hembra, así como los lobos y las restantes similares, cómo después del diluvio por el que aquellas que no estaban en el arca fueron todas destruidas, pudieron también hallarse en las islas, si no fueron reintroducidas

salvo a partir de aquellas cuyas especies conservó el arca en uno y otro sexo. Puede ciertamente creerse que cruzaron a las islas a nado, pero a las cercanas. En cambio, hay algunas situadas a tan gran distancia de las tierras continentales que no parece que hubiese podido nadar hasta ellas bestia alguna. Y si los seres humanos las llevaron consigo tras haberlas capturado, y de ese modo introdujeron las especies de aquellas allí donde habitaban por su afición a la caza, no resulta increíble que hubiese podido suceder; aunque no debe negarse que fueran trasladadas incluso por obra de los ángeles por mandato o permiso de Dios. Pero si nacieron de la tierra según el primer origen, cuando Dios dijo: *Produzca la tierra alma viva*^[56], se muestra con mucha más claridad que todas las especies estuvieron en el arca, no tanto para reintroducir los animales como para simbolizar las diversas naciones por causa del misterio de la iglesia, si la tierra produjo muchos animales en las islas, adonde no podrían cruzar.

8

También se plantea la cuestión de si debe creerse que de los hijos de Noé o, mejor dicho, de aquel único hombre de donde también nacieron estos mismos, se propagaron ciertas especies monstruosas de seres humanos que describe la historia de los gentiles^[57]. Por ejemplo, se cuenta que algunos poseen un solo ojo en mitad de la frente, que otros tienen las plantas de los pies vueltas hacia la parte posterior de las piernas, que otros están dotados de los rasgos de ambos sexos: la mama derecha masculina y la izquierda femenina, y que ayuntándose entre sí engendran y paren alternativamente; que unos no tienen boca y estos viven respirando solamente por la nariz, que otros son de la estatura de un codo, a los cuales los griegos llaman pigmeos a partir de codo^[58]; que en otros lugares las mujeres conciben con cinco años y no sobrepasan el octavo año de vida. Afirman, asimismo, que existe un pueblo donde tienen una sola pierna en los pies y no doblan la rodilla, y son de una velocidad asombrosa. A estos los llaman esciápodos, porque en verano se cubren con la sombra de sus pies tumbándose en el suelo boca arriba^[59]. Existen algunos sin cabeza que tienen los ojos en los hombros, y otras especies de seres humanos o cuasi humanos que están representados en mosaicos en el puerto de Cartago, tomados de libros de relatos muy curiosos, por llamarlos de algún modo. ¿Qué podría decir de los cinocéfalos^[60], cuyas

cabezas caninas y su propio ladrido delatan a bestias antes que a seres humanos? Pero no es necesario creer en todas estas clases de seres humanos que dicen que existen. En cambio, cualquier ser humano es decir, animal racional mortal^[61], que nace en algún lugar, por más que presente una forma del cuerpo extraña para nuestros sentidos, o un color, movimiento o sonido, o una naturaleza a causa de alguna facultad, parte o cualidad, nadie entre los fieles podría poner en duda que tiene su origen en aquel único creado en primer lugar. No obstante, se pone de manifiesto qué conserva la naturaleza en la mayoría y qué resulta digno de admiración por su propia rareza.

Por otra parte, idéntica explicación a la que se da entre nosotros acerca de los nacimientos monstruosos de seres humanos puede darse igualmente respecto a algunos pueblos monstruosos. Efectivamente, Dios mismo es el creador de todos los seres, que sabe dónde y cuándo conviene o ha sido conveniente que sea creado algún ser, conociendo de qué partes, según su semejanza o diversidad, ha de entretejer la belleza del universo en su conjunto. Pero quien no es capaz de contemplar la totalidad se disgusta ante la supuesta deformidad de la parte, puesto que ignora a qué se adecúa y con qué se relaciona. Sabemos que nacen individuos con más de cinco dedos en las manos y en los pies, y esta es una diferencia más leve que otras^[62]. Pero que nadie, sin embargo, llegue a tal grado de ignorancia que considere que el Creador se equivocó en el número de dedos de los seres humanos, aun sin saber por qué lo hizo. Así, aunque se origine una diferencia mayor, Él, cuyas obras nadie reprueba justamente, sabe qué hizo. En Hipona-Zarito^[63] hay un hombre que tiene las plantas de los pies en forma de luna y en cada uno de ellos solamente dos dedos, y las manos idénticas. Si existiese un pueblo semejante, se añadiría a la historia de las curiosidades y prodigios. ¿Acaso, pues, por este motivo negaremos que ese procede de aquel único que fue creado en primer lugar? Los andróginos, a los que también denominan hermafroditos, aunque son especialmente raros, con todo resulta difícil que falten a través de los tiempos. En ellos aparecen ambos sexos, de tal manera que resulta dudoso a partir de cuál deben recibir su nombre. No obstante, ha prevalecido la costumbre de denominarlos a partir del mejor, es decir, del masculino. Pues nadie jamás los llamó andróginas o hermafroditas^[64]. Algunos años atrás, dentro de nuestro recuerdo sin embargo, nació en oriente un hombre doble en lo que respecta a los miembros superiores y simple en los inferiores. Efectivamente, tenía dos cabezas, dos pechos, cuatro manos, pero un solo vientre y dos pies, como un solo individuo^[65]. Y vivió tanto tiempo que su fama atraía a muchos a visitarlo. Pero ¿quién podría recordar todos los

vástagos humanos tan diferentes a aquellos de quienes resulta completamente seguro que han nacido? Por consiguiente, como no puede negarse que estas diferencias tienen su origen en aquel únicamente, de igual modo ha de reconocerse que todos los pueblos de los que se dice que se han desviado de algún modo en la diversidad de sus cuerpos del curso habitual de la naturaleza, que la mayoría y prácticamente todos mantienen, si se incluyen en aquella definición por la que son animales racionales y mortales, derivan su estirpe de ese mismo único primer padre de todos, si acaso son ciertos los relatos que se transmiten sobre la diversidad de aquellas naciones y de tan gran diferencia entre ellos y nosotros. En efecto, si no supiéramos que las monas, los cercopitecos y las esfinges^[66] no son humanos, sino bestias, aquellos historiadores, vanagloriándose de su afán de saber, podrían hacernos creer con su impune vanidad que son razas humanas. Pero si son humanos aquellos seres sobre los cuales se han escrito aquellos relatos maravillosos, ¿qué impide que Dios quisiera también crear algunas razas semejantes, para que no creyésemos que en tales monstruos, que conviene que nazcan de seres humanos entre nosotros, erró su inteligencia, con la que modela la naturaleza humana, como la técnica de un artesano menos experto? Por tanto, no debe parecernos absurdo que, del mismo modo que en cada uno de los pueblos existen algunos seres humanos monstruosos, así en el conjunto del género humano existen algunos pueblos monstruosos. Por lo cual, para concluir esta cuestión paso a paso y con cautela, o tales seres que se han descrito de algunos pueblos no existen en absoluto, o si existen no son seres humanos; o proceden de Adán si son seres humanos.

9

Pero en lo que respecta a los relatos fabulosos sobre la existencia de antípodas, es decir, que los seres humanos de la parte opuesta de la tierra, donde sale el sol cuando se pone para nosotros, marcan sus huellas opuestas a las nuestras, estos no deben creerse bajo ningún concepto. Y no afirman haberlo aprendido a través de ningún conocimiento histórico, sino que lo deducen como por medio de un razonamiento, porque la tierra se halla suspendida dentro de la bóveda celeste, y el mundo tiene idénticos el lugar ínfimo y el intermedio^[67]; y de ello opinan que la otra parte de la tierra, que está abajo, no puede carecer de población humana. No se dan cuenta de que,

aunque se crea que el mundo es una figura esférica y redonda, aun si se demuestra mediante algún argumento, sin embargo no resulta consecuente que la tierra además por esta parte esté libre de la masa de las aguas; luego, aunque esté libre, tampoco resulta al punto necesario que albergue seres humanos. Puesto que no miente en absoluto la escritura, que con la narración de los hechos pasados da fe de que se cumplen sus predicciones, y resulta totalmente absurdo afirmar que algunos seres humanos pudieron navegar y llegar desde esta a aquella parte, tras cruzar la inmensidad del Océano, para que también allí se estableciera el género humano a partir de aquel único primer hombre^[68]. Por lo cual, entre aquellos pueblos humanos de entonces, que se concluye que fueron divididos en setenta y dos naciones y otras tantas lenguas, busquemos, si podemos encontrarla, aquella ciudad de Dios que peregrina en la tierra, que fue conducida hasta el diluvio y el arca, y se muestra que perduró en los hijos de Noé gracias a sus bendiciones, sobre todo en el más grande, que fue llamado Sem, puesto que Jafet había sido bendecido de manera que habitase en las moradas de este, su hermano.

10

Consecuentemente, la sucesión de generaciones debe trazarse desde el propio Sem, para que ella misma muestre la ciudad de Dios después del diluvio, como antes del diluvio la mostraba la sucesión de generaciones desde aquel que fue llamado Set. Así pues, por este motivo la escritura divina, tras haber mostrado la ciudad terrena en Babilonia, es decir, en la confusión, retorna a modo de recapitulación al patriarca Sem y comienza a partir de ahí las generaciones hasta Abraham, recordando también la edad en que cada uno había engendrado al hijo que pertenecía a esta línea y cuánto había vivido. En este punto ciertamente debe reconocerse la explicación que había prometido anteriormente^[69], para que quede claro por qué se dijo de los hijos de Heber: *El nombre de uno es Falec, porque en sus días fue dividida la tierra*^[70]. En efecto, ¿qué otra cosa debe entenderse con que la tierra fue dividida sino que lo fue por la diversidad de lenguas? Por consiguiente, omitidos los restantes hijos de Sem que no guardaban relación con este asunto, se concatenan en la sucesión de las generaciones aquellos a través de los cuales se pueda llegar hasta Abraham; así como antes del diluvio se concatenaban aquellos a través de los cuales se llegaba hasta las generaciones de Noé, que se propagaron

desde aquel hijo de Adán que fue llamado Set. Por tanto, así comienza esta serie de generaciones: *Y estas son las generaciones de Sem. Sem contaba cien años cuando engendró a Arfaxad, el segundo año después del diluvio. Y Sem vivió quinientos años después de que engendró a Arfaxad, y engendró hijos e hijas y murió*^[71]. Así continúa nombrando a los demás, en qué año de su vida engendró cada uno al hijo perteneciente a esta sucesión de generaciones que se dirige a Abraham y cuántos años vivió a continuación, añadiendo que engendró hijos e hijas, a fin de que comprendamos a partir de dónde pudieron crecer los pueblos, no sea que, ofuscados en los pocos hombres que se mencionan, dudemos puerilmente de dónde pudieron llenarse tan grandes espacios de tierras y de regiones a partir del linaje de Sem, especialmente a causa del imperio de los asirios, de donde el famoso Nino^[72], dominador de los pueblos orientales por doquier, reinó con gran prosperidad y dejó a sus sucesores un imperio extensísimo y sólidamente establecido, que había de prolongarse largo tiempo.

Pero nosotros, para no demorarnos más de lo necesario, no indicamos cuántos años vivió cada uno en esa sucesión de generaciones, sino solamente en qué año de su vida engendró al hijo que ha de ser recordado en esta línea, a fin de, por un lado, recoger el número de años desde que pasó el diluvio hasta Abraham y, por otro, tocar otras cuestiones brevemente y de pasada, aparte de aquellas en las cuales la necesidad nos obliga a demorarnos. Así pues, el segundo año después del diluvio Sem engendró a Arfaxat. Arfaxat, por su parte, a la edad de ciento treinta y cinco <años> engendró a Cainán^[73]. Este engendró a Sala cuando tenía ciento treinta. Más adelante, también el mencionado Sala tenía los mismos años cuando engendró a Heber. Heber contaba ciento treinta y cuatro años cuando engendró a Falec, en cuyos días fue dividida la tierra. Este mismo Falec, por su parte, vivió ciento treinta y engendró a Ragau. Y Ragau ciento treinta y dos, y engendró a Seruc. Y Seruc ciento treinta, y engendró a Nacor. Y Nacor setenta y nueve, y engendró a Taré. Taré, por su parte, setenta, y engendró a Abrán, al que después Dios, tras cambiar su nombre, llamó Abraham^[74]. Así pues, desde el diluvio hasta Abraham hacen mil setenta y dos años según la versión más divulgada, es decir, la de los setenta traductores. En los códigos hebreos, en cambio, se dice que se hallan muchos menos años^[75], sobre los cuales, o bien no dan razón alguna, o bien muy difícil de admitir.

Por consiguiente, cuando buscamos la ciudad de Dios en aquellas setenta y dos naciones no podemos afirmar que en aquel tiempo, en el que tenían un solo labio, es decir, una sola lengua, ya entonces el género humano se había

apartado del culto al Dios verdadero, de tal manera que la piedad verdadera permaneciera únicamente en estas generaciones que descienden de la estirpe de Sem a través de Arfaxat y se dirigen a Abraham. Pero de aquella soberbia de edificar la torre hasta el cielo, por la que se significa la arrogancia impía, se hizo visible la ciudad, es decir, la sociedad, de los impíos. Por ello, no resulta sencillo dilucidar si no había existido antes o había permanecido oculta, o más bien perduraron ambas, la piadosa, evidentemente, en los dos hijos de Noé, que han sido bendecidos, y en sus descendientes, pero la impía en aquel que fue maldecido y en su estirpe, donde también nació el gigante cazador contra el Señor. En efecto, tal vez, lo que ciertamente resulta más verosímil, en los hijos de aquellos dos ya entonces, antes de que Babilonia empezase a ser construida, se hallaron los despreciadores de Dios, y en los hijos de Cam los adoradores de Dios. Ha de creerse, no obstante, que no faltó nunca sobre la tierra una y otra clase de hombres. Porque además cuando se ha dicho: *Todos se han descarriado, al mismo tiempo se han vuelto perniciosos, no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo*^[76], en uno y otro salmo, donde aparecen estas palabras, también se lee lo siguiente: *¿acaso son unos ignorantes todos los que cometen iniquidad, que devoran a mi pueblo como pan*^[77]? Por consiguiente, también existía entonces el pueblo de Dios. De ahí que aquello que se dijo: *no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo*, se dijo de los hijos de los hombres, no de los hijos de Dios. Pues se dijo previamente: *Dios ha mirado desde el cielo por encima de los hijos de los hombres, para ver si hay quien entienda o busque a Dios*^[78], y después fueron añadidas aquellas palabras que ponen de manifiesto que todos los hijos de los hombres, es decir, pertenecientes a la ciudad que vive conforme al ser humano, no conforme a Dios, son réprobos.

11

Por lo cual, como cuando la lengua de todos era una sola no por ello faltaron los hijos de la corrupción (pues también antes del diluvio existía una sola lengua y, sin embargo, todos excepto únicamente la casa del justo Noé merecieron ser aniquilados por el diluvio), de igual modo, cuando en merecimiento de su muy soberbia impiedad las naciones fueron castigadas y divididas con la dispersión de las lenguas y la ciudad de los impíos recibió el nombre de «confusión», es decir, fue llamada Babilonia, no dejó de existir la

casa de Heber, donde se conservase aquella lengua que antes fue la de todos. De ahí, como he recordado anteriormente^[79], al comenzar a enumerar los hijos de Sem, cada uno de los cuales engendró su propia nación, el primero en ser recordado es Heber, aunque era su tataranieta, es decir, que se sitúa en la quinta generación a partir de él. Por consiguiente, ya que tras la división de las restantes naciones por otras lenguas en su familia se conservó esta lengua, que no sin razón se cree que en el pasado fue la lengua común para el género humano, por dicho motivo fue llamada hebrea en lo sucesivo. En efecto, entonces resultaba necesario distinguirla del resto de las lenguas por su propio nombre, del mismo modo que las demás fueron también designadas por los suyos. Pero cuando había una sola, no se llamaba de otra forma sino lengua humana, o lenguaje humano, la única en la que hablaba toda la humanidad.

Alguien podría decir: si en los días de Falec, hijo de Heber, fue dividida la tierra por las lenguas, es decir, los seres humanos que entonces habitaban la tierra, más bien debió denominarse a partir del nombre de aquel la lengua que antes fue común para todos. Pero debe entenderse que el propio Heber impuso a su hijo un nombre tal que se le llamaba Falec, que significa «división», porque le había nacido cuando la tierra quedó dividida por las lenguas, es decir, en el mismo tiempo en que se cumple lo que fue dicho: *En sus días fue dividida la tierra*^[80]. Pues si Heber no hubiera vivido hasta el momento en que se creó la multiplicidad de las lenguas, no hubiera recibido el nombre a partir del suyo la lengua que pudo perdurar en aquel^[81]. Y, por ello, debe creerse que esta precisamente fue la primera común, puesto que aquella multiplicación y transformación de las lenguas provino de un castigo, y el pueblo de Dios sin duda debió quedar al margen de dicho castigo. Y no en vano esta es la lengua que conservó Abraham y no pudo transmitir a todos sus hijos, sino solamente a aquellos que propagados por Jacob y convergiendo de forma más destacada y relevante en el pueblo de Dios pudieron ser depositarios de las alianzas de Dios y la estirpe de Cristo. Ni el propio Heber transmitió la misma lengua a toda su progenie, sino solamente a aquella cuyas generaciones conducen a Abraham. Por lo cual, aunque no se expresó de forma evidente que hubiera alguna estirpe humana piadosa, cuando Babilonia era fundada por los impíos, esta oscuridad no tuvo poder para confundir el esfuerzo del investigador, sino para ponerlo a prueba. En efecto, cuando se lee que originariamente la lengua de todos fue una sola, por un lado, se hace valer a Heber por delante de todos los hijos de Sem, aunque nació de él en la quinta generación y, por otro, se llama lengua hebrea a aquella que preservó la autoridad de los patriarcas y profetas no solo en sus conversaciones, sino

también en sus escritos sagrados, ciertamente cuando se plantea respecto a la división de las lenguas dónde pudo permanecer aquella que fue antes común (que sin ninguna duda allí donde ha perdurado no se produjo aquel castigo que se infligió mediante la transformación de las lenguas), ¿qué otra cosa viene a la mente sino que perduró en el pueblo de aquel de cuyo nombre recibe el suyo, y que representa un no pequeño vestigio de la justicia de aquel pueblo el hecho de que, mientras otras naciones fueron golpeadas por la transformación de las lenguas, a este no alcanzó semejante suplicio?

Pero todavía produce desasosiego lo siguiente: cómo pudieron formar Heber y su hijo Falec dos naciones distintas, si ambos conservaron una sola lengua. Y, ciertamente, una es la nación hebrea, propagada desde Heber hasta Abraham, y posteriormente a través de este hasta que Israel se convirtió en un gran pueblo. ¿Cómo, pues, todos los hijos que son mencionados de los tres hijos de Noé formaron distintas naciones, si Heber y Falec no lo hicieron? Ciertamente, lo más probable es que el famoso gigante Nebrot crease también él mismo su propia nación, pero fue mencionado aparte de forma más destacada a causa de la magnitud de su dominio y de su cuerpo, para que se mantenga la cifra de setenta y dos naciones y lenguas. Falec, por su parte, fue mencionado no porque crease una nación (pues la suya es precisamente la misma nación hebrea e idéntica su lengua), sino por la relevancia de su época, porque la tierra fue dividida en sus días. No debe desasosegarnos cómo pudo el gigante Nebrot aparecer hacia aquella época en la que Babilonia fue fundada y se produjo la confusión de las lenguas y de ahí la división de las naciones. En efecto, no porque Heber sea el sexto a partir de Noé, y aquel en cambio el cuarto, deja de ser posible que coincidieran viviendo en el mismo periodo. Pues esto sucedió al vivir más tiempo cuando las generaciones son pocas, menos cuando son muchas; o al haber nacido más tarde cuando son pocas y más pronto cuando son muchas. Sin duda, debe entenderse que cuando la tierra fue dividida, no solo ya habían nacido los restantes hijos de los hijos de Noé, que son recordados como padres de las naciones, sino que también fueron de una edad tal que tenían familias numerosas que fueran merecedoras del nombre de naciones. De ahí que no deba pensarse en absoluto que fueron engendrados en aquel orden en que aparecen mencionados. Por otro lado, los doce hijos de Jectán, que era otro hijo de Heber, hermano de Falec, ¿cómo pudieron formar ya naciones si Jectán nació después de su hermano Falec, tal y como es mencionado después de él, puesto que la tierra fue dividida en el tiempo en que nació Falec? Por consiguiente, debe entenderse que fue nombrado en primer lugar, pero que nació mucho

después que su hermano Jectán, cuyos doce hijos ya tenían familias tan numerosas que podían dividirse en sus propias lenguas. En efecto, así pudo ser mencionado el primero el que era posterior por edad, de modo que de los tres hijos de Noé fueron nombrados en primer lugar los hijos nacidos de Jafet, que era el menor de ellos, después los hijos de Cam, que era el mediano, y finalmente los hijos de Sem que era el primero y el mayor. Por otro lado, los nombres de aquellas naciones en parte perduraron, de manera que hoy incluso es evidente de dónde fueron derivados, como los asirios de Asur y los hebreos de Heber, y en parte fueron transformados por la antigüedad del tiempo, de manera que apenas los hombres más eruditos que investigan las historias antiquísimas pudieran descubrir los orígenes de las naciones y no de todas, sino de algunas de ellas. Pues en lo que respecta a la afirmación de que los egipcios tienen su origen en el hijo de Cam llamado Mesraim, aquí el origen del nombre no se percibe en absoluto. Como tampoco el nombre de los etíopes, que se dice que deriva de aquel hijo de Cam que se llamaba Cus^[82]. Y si se examinasen todos, aparecerían más nombres modificados que conservados.

12

Ahora veamos ya el recorrido de la ciudad de Dios también desde aquel periodo de tiempo que se inició en el padre Abraham^[83], a partir del cual comienza a ser más evidente su conocimiento y donde se leen con mayor claridad las promesas divinas que ahora vemos cumplirse en Cristo. Tal y como aprendemos a través de las indicaciones de la escritura santa, Abraham nació en la región de los caldeos, territorio que pertenecía al imperio de los asirios^[84]. Entre los caldeos, ya incluso entonces, prevalecían las supersticiones impías, como entre las restantes naciones. Había una sola familia, la de Taré, del cual nació Abraham, en la que se mantenía el culto al único Dios verdadero, y, en la medida en que resulta creíble, única en la que por aquel entonces aún se conservaba la lengua hebrea (aunque también se cuenta, según el relato de Jesús Nave^[85], que este mismo, como ya el pueblo más manifiestamente de Dios en Egipto, de igual modo en Mesopotamia sirvió a dioses extranjeros), mientras que los restantes miembros de la estirpe de aquel Heber iban derivando paulatinamente hacia otras lenguas y otras naciones. Por ello, del mismo modo que en medio del diluvio de las aguas

había perdurado únicamente la familia de Noé para restaurar el género humano, así también en el diluvio de las innumerables supersticiones únicamente había perdurado en todo el mundo la familia de Taré, en la cual fue preservado el germen de la ciudad de Dios. Finalmente, como allí, después de haber sido enumeradas previamente las generaciones hasta Noé junto con el número de años y después de haber sido expuesta la causa del diluvio, antes de que Dios comenzase a hablar a Noé de la fabricación del arca, se dice: *Estas son las generaciones de Noé*^[86], así también aquí, una vez enumeradas las generaciones desde aquel llamado Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, a continuación se introduce igualmente un pasaje relevante, de forma que se dice: *Estas son las generaciones de Taré. Taré engendró a Abram, a Nacor y a Arán, y Arán engendró a Lot. Y Arán murió antes que su padre Taré en la tierra en que nació, en la región de los caldeos. Abram y Nacor tomaron esposas. El nombre de la mujer de Abram es Sara y el nombre de la mujer de Nacor Melca, hija de Arán*^[87]. Ese Arán fue padre de Melca y padre de Jescá, que se cree que es también la misma Sarra, esposa de Abraham^[88].

13

Después se narra cómo Taré abandonó con los suyos la región de los caldeos y llegó a Mesopotamia y habitó en Jarán. Pero no se hace mención de un hijo suyo, llamado Nacor, como si no lo hubiese llevado consigo. Pues se cuenta así: *Y tomó Taré a Abram, su hijo, y a Lot, hijo de Arán, hijo de su hijo, y a Sara, su nuera, esposa de Abram, su hijo, y los sacó de la región de Caldea para dirigirse a la tierra de Canaán; y vino a Jarán y habitó allí*^[89]. En ningún momento se menciona aquí a Nacor ni a su esposa Melca. Pero después encontramos que cuando Abraham envía a su siervo a buscar esposa para su hijo Isaac, así dice la escritura: *Y el siervo tomó consigo diez camellos de los camellos de su amo y una parte de todos los bienes de su amo, y levantándose partió a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor*^[90]. Con este y otros testimonios de esta historia sagrada se muestra que también Nacor, hermano de Abraham, salió de la región de Caldea y estableció su residencia en Mesopotamia, donde había habitado Abraham con su padre. ¿Por qué, entonces, la escritura no lo mencionó cuando Taré partió de la nación caldea con los suyos y habitó en Mesopotamia, donde no solo se menciona a

Abraham, su hijo, sino también a su nuera Sarra y a su nieto Lot, porque los llevó consigo? ¿Por qué, en nuestra opinión, sino tal vez porque se había apartado de la religión paterna y fraterna y se había adherido a la superstición de los caldeos, y después de ello, ya por arrepentimiento, ya después de haber sufrido persecución porque se le consideraba sospechoso, emigró también él mismo de allí? En efecto, en el libro que se titula *Judit*, al preguntar Holofernes, enemigo de los israelitas, cuál era aquella nación, si se debía combatir contra ella, así le respondió Aquior, jefe de los amonitas: *Escuche mi señor la palabra de boca de su siervo, y te contaré la verdad sobre el pueblo que habita cerca de ti esta región montañosa, y no saldrá mentira de boca de tu siervo. En efecto, este linaje descende del pueblo de los caldeos, y anteriormente habitaron Mesopotamia, ya que no quisieron seguir a los dioses de sus padres, que fueron ilustres en la tierra de los caldeos, pero se desviaron del camino de sus padres y adoraron al Dios del cielo, al que habían conocido, y los expulsaron de la presencia de sus dioses y huyeron a Mesopotamia y habitaron allí durante muchos días. Y les dijo su Dios que salieran de su residencia y se dirigiesen a la tierra de Canaán, y allí habitaron*^[91], y lo demás que relata Aquior el amonita. De ahí queda de manifiesto que la casa de Taré había sufrido persecución a manos de los caldeos por su verdadera religión, por la que ellos rendían culto al Dios único y verdadero.

14

Por otra parte, tras la muerte de Taré en Mesopotamia, donde, según se transmite, había vivido doscientos quince años, ya comienzan a revelarse las promesas de Dios hechas a Abraham, hecho que está escrito así: *Y los días de Taré en Jarán se prolongaron doscientos cinco años, y Taré murió en Jarán*^[92]. Pero no debe entenderse como si hubiese pasado allí todos estos días, sino que completó allí todos los días de su vida, que fueron doscientos cinco. De otro modo no se sabría cuántos años vivió Taré, porque no está escrito en qué año de su vida vino a Jarán. Y resulta absurdo considerar que en esta serie de generaciones, donde se recuerda rigurosamente cuántos años vivió cada cual, no haya sido confiado a la memoria el número de años de vida de este solamente. En efecto, el hecho de que se omiten los años de algunos a los que menciona la misma escritura, se debe a que no se hallan en

esta línea en la cual el cómputo de los tiempos se sustenta en la muerte de los progenitores y la sucesión de los nacidos. Y esa línea que va desde Adán hasta Noé y de allí hasta Abraham no incluye a nadie sin el número de años de su vida^[93].

15

Por otra parte, respecto al hecho de que, tras ser mencionada la muerte de Taré, padre de Abraham, se lee después: *Y dijo el Señor a Abraham: sal de tu tierra, de tu familia y de la casa de tu padre*^[94], y lo demás, no debe pensarse que este suceso, porque aparece a continuación en el relato del libro, sigue también en el transcurso de los hechos. Lo cierto es que, si es así, la cuestión será irresoluble. En efecto, tras estas palabras de Dios, que le fueron dirigidas a Abraham, la escritura habla del modo siguiente: *Y salió Abram conforme le había dicho el Señor, y Lot partió con él. Y Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán*^[95]. ¿Cómo puede ser esto verdad si salió de Jarán después de la muerte de su padre? Pues, como se ha indicado anteriormente, Taré engendró a Abraham cuando tenía setenta años. Si a esta cifra se le añaden los setenta y cinco años que contaba Abraham cuando salió de Jarán, hacen ciento cuarenta y cinco años. Así pues, tantos eran los años de Taré cuando Abraham salió de aquella ciudad de Mesopotamia. Efectivamente, contaba el septuagésimo quinto año de su vida y por esto su padre, que le había engendrado en su septuagésimo año, contaba, como se ha dicho, el ciento cuarenta y cinco. Por consiguiente, no salió de allí después de la muerte de su padre, es decir, después de los doscientos cinco años, durante los cuales vivió su padre, sino que el año de su marcha de aquel lugar, puesto que era su septuagésimo quinto, se infiere sin lugar a dudas que fue el ciento cuarenta y cinco de su padre, que lo engendró en su septuagésimo quinto año. Y, por ello, debe entenderse que la escritura, según su costumbre, retornó a un tiempo que ya había sobrepasado la narración, como más arriba, después de haber mencionado a los hijos de los hijos de Noé, dijo que ellos permanecieron en sus lenguas y sus naciones^[96], y sin embargo después, como si esto también siguiera en el orden cronológico, dice: *Y toda la tierra era un solo labio y una sola voz para todos*^[97]. Por consiguiente, ¿cómo se situaban según sus naciones y según sus lenguas, si era una sola para todos, a no ser porque el relato volvió a modo de recapitulación^[98] a aquello que ya

había acontecido? Por tanto, así también después de que se hubo dicho: *Y los días de Taré en Jarán fueron doscientos cinco y Taré murió en Jarán*^[99], a continuación la escritura, volviendo a aquello que había omitido a fin de completar lo que había empezado anteriormente sobre Taré, sigue: *Y dijo el Señor a Abram: sal de tu tierra, y lo demás*^[100]. Después de estas palabras del Señor, se añade: *Y salió Abram conforme le había dicho el Señor, y Lot partió con él. Y Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán*^[101]. Así pues, aconteció cuando su padre contaba ciento cuarenta y cinco años de edad y entonces, en efecto, él se hallaba en su septuagésimo quinto. Y esta cuestión también queda resuelta de otra forma, de modo que los setenta y cinco años de Abraham cuando salió de Jarán se computen desde aquel en el que fue liberado del fuego de los caldeos, no desde el que nació, como si se debiera considerar más bien que había nacido en ese momento^[102].

Pero el beato Esteban en los *Hechos de los Apóstoles* al narrar estos sucesos dice: *El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que se estableciera en Jarán y le dijo: sal de tu tierra, de tu familia y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré*^[103]. Según estas palabras de Esteban, Dios no le habló después de la muerte de su padre, que ciertamente murió en Jarán, donde también habitó con él su propio hijo, sino antes de que habitase en la misma ciudad, estando ya, sin embargo, en Mesopotamia. Por tanto, ya había salido de Caldea. Por consiguiente, lo que añade Esteban: *Abraham salió de la tierra de los caldeos y habitó en Jarán*^[104], no tiene relación con qué había sucedido después de que le habló Dios (pues no había salido de la tierra de los caldeos después de aquellas palabras de Dios, porque dice que Dios le habló estando en Mesopotamia), sino que cuando dice: «Entonces, es decir, desde que salió de Caldea y habitó en Jarán», se refiere a todo aquel tiempo. Igualmente, lo que sigue: *Y desde allí después que murió su padre lo asentó en esta tierra en la que ahora habitáis vosotros y vuestros padres*^[105], no dice: «Después que murió su padre salió de Jarán», sino: «Y desde allí después que murió su padre lo asentó». Por tanto, debe entenderse que Dios hablo a Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que habitase en Jarán, pero este había llegado a Jarán con su padre, conservado en él el mandato de Dios, y de ahí marchó en su septuagésimo quinto año y en el ciento cuarenta y cinco de su padre. En cambio, dice que su asentamiento en la tierra de Canaán, no su marcha de Jarán, se produjo después de la muerte de su padre, porque ya había muerto su padre cuando compró la tierra de la cual comenzó a ser allí dueño por derecho propio. En cambio, lo que dice el Señor una vez

establecido en Mesopotamia, es decir, después de haber salido de la tierra de los caldeos: *sal de tu tierra, de tu familia y de la casa de tu padre*, no se dice para que saque de allí su cuerpo, cosa que ya había hecho, sino para que desligue su espíritu. En efecto, no había salido de allí de espíritu, si mantenía la esperanza y el deseo de volver, esperanza y deseo que debían ser amputados con el mandato y la ayuda de Dios y la obediencia de aquel. Ciertamente, no se considera increíble que después que Nacor hubiera seguido a su padre^[106], entonces Abraham cumpliera el mandato de Dios de salir de Jarán con su esposa Sarra y con Lot, el hijo de su hermano.

16

En este punto deben ser examinadas las promesas que Dios hizo a Abraham. En efecto, en estas comenzaron a hacerse más patentes los oráculos de nuestro Dios, es decir, del Dios verdadero, sobre el pueblo de los piadosos, que predijo la autoridad profética. La primera de ellas se lee así: *Y dijo el Señor a Abram: sal de tu tierra, de tu familia y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré; y haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendecido, y bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y serán bendecidas en ti todas las tribus de la tierra*^[107]. En consecuencia, debe advertirse que son dos las promesas hechas a Abraham: una, evidentemente, que su descendencia iba a poseer la tierra de Canaán, lo que se señala donde se dice: *a la tierra que te mostraré; y haré de ti un gran pueblo*; y la otra, con mucho, más importante, no sobre la descendencia carnal, sino sobre la espiritual, en virtud de la cual es el padre no solamente del pueblo de Israel, sino de todos los pueblos que siguen las huellas de su fe, y que empezó a ser enunciada con estas palabras: *y serán bendecidas en ti todas las tribus de la tierra*. Piensa Eusebio que esta promesa fue realizada en el año septuagésimo quinto de la vida de Abraham, como si Abraham hubiera salido de Jarán tan pronto como le fue hecha^[108]. Porque la escritura no puede ser rebatida donde se lee: *Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán*^[109]. Pero si dicha promesa se le hizo aquel año, sin duda Abraham ya moraba en Jarán con su padre. Y, en efecto, no hubiera podido salir de allí si no hubiese habitado antes allí. Por consiguiente, ¿acaso ciertamente se contradice en algo a Esteban cuando dice: *El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en*

Mesopotamia, antes de que se estableciera en Jarán^[110]? Más bien debe entenderse que aquel mismo año se produjeron todos los acontecimientos: la promesa de Dios antes que Abraham habitase en Jarán, su residencia en Jarán y su partida de allí, no solo porque Eusebio en las crónicas computa desde el año de esta promesa y demuestra que salió de Egipto después de cuatrocientos treinta años cuando la ley fue promulgada^[111] sino también porque lo menciona el apóstol Pablo^[112].

17

Por aquella misma época eran florecientes los imperios de los gentiles, en los cuales la ciudad de los hijos de la tierra, es decir, la sociedad de los seres humanos que viven conforme al hombre, bajo el dominio de los ángeles desertores, brillaba extraordinariamente y, en concreto, eran tres imperios: el de los sicionios^[113], el de los egipcios y el de los asirios^[114]. Pero el de los asirios era mucho más poderoso y excelente. Pues aquel famoso rey Nino, hijo de Belo, había subyugado a los pueblos de toda Asia a excepción de la India. Y en este punto, con Asia me refiero no a la parte que es una provincia de aquella Asia mayor, sino a aquella que se denomina Asia completa, que algunos situaron en una parte de dos, pero la mayoría en la tercera parte de todo el orbe^[115], de modo que en total son Asia, Europa y África, cosa que no hicieron mediante una división equilibrada. Pues la que se denomina Asia alcanza desde el mediodía por oriente hasta el septentrión; Europa, por su parte, desde el septentrión hasta occidente, y de allí África desde occidente hasta el mediodía. De ahí que dos, Europa y África, parecen ocupar la mitad del orbe, y Asia sola la otra mitad. Pero aquellas dos partes se crearon porque entre una y otra entran desde el océano todas las aguas que bañan las tierras, y nos forman este gran mar. Por lo cual, si dividieras el orbe en dos partes, oriente y occidente, Asia estará en una, pero en la otra Europa y África. Por ello, de los tres imperios que descollaban en aquella época, el de los sicionios no estaba bajo los asirios, porque están en Europa. Pero el de los egipcios, ¿cómo no estaba sometido a ellos, bajo cuyo dominio se hallaba toda Asia, exceptuados los indios, según se dice? Por tanto, en Asiria había prevalecido el señorío de la ciudad impía; su capital era aquella Babilonia, cuyo nombre, a saber, confusión, era especialmente apropiado para la ciudad terrena. Allí ya reinaba Nino después de la muerte de su padre Belo, que había reinado allí en

primer lugar durante sesenta y cinco años. Pero su hijo Nino, que sucedió en el trono a su difunto padre, reinó durante cincuenta y dos años, y llevaba cuarenta y tres en el poder cuando nació Abraham, que era en torno a mil doscientos años antes de la fundación de Roma, como una segunda Babilonia en occidente.

18

Por consiguiente, tras salir Abraham de Jarán el septuagésimo quinto año de su vida, y el ciento cuarenta y cinco de la de su padre, se dirigió con el hijo de su hermano, Lot, y con su esposa Sarra a la tierra de Canaán, y llegó hasta Siquén, donde de nuevo escuchó el oráculo divino, del cual así está escrito: *Y se apareció el Señor a Abram y le dijo: daré esta tierra a tu descendencia*^[116]. Aquí nada se dice de aquella descendencia en la que fue convertido en padre de todos los pueblos, sino únicamente de aquella por la que es padre de todo el pueblo de Israel. Pues aquella tierra fue poseída por esta estirpe.

19

Después, tras edificar allí un altar e invocar a Dios, Abraham marchó de allí y habitó en el desierto, y de allí se vio obligado por el apremio del hambre a ir a Egipto. Cuando dijo que su esposa era su hermana no mentía en absoluto^[117], pues lo era también por ser pariente de sangre, como también Lot por el mismo parentesco, al ser hijo de su hermano, fue llamado hermano suyo. Por tanto, dejó de mencionar su calidad de esposa, no la negó, encomendando a Dios la protección de la castidad de su cónyuge, y cuidándose como hombre de las asechanzas humanas. Porque si no se hubiera cuidado del peligro cuanto había podido cuidarse, más bien hubiera tentado a Dios en lugar de haber esperado en Dios. De esta cuestión ya hablamos suficientemente contra las calumnias de Fausto el maniqueo^[118]. En definitiva, sucedió lo que Abraham presupuso del Señor. Pues el faraón, rey de Egipto, que había tomado a esta como esposa, después de haber sido severamente castigado, se la devolvió a su marido. En este punto, lejos

estemos de creer que fue mancillada por una unión adulterina, ya que resulta mucho más creíble que al faraón no le fue permitido hacerlo por sus graves sufrimientos.

20

Por consiguiente, tras regresar Abraham desde Egipto al lugar de donde había venido, en ese momento Lot, el hijo de su hermano, se separó de él a la tierra de los sodomitas, quedando salvaguardado su afecto. Lo cierto es que se habían hecho ricos y empezaron a tener muchos pastores de sus rebaños y, al pelearse estos entre sí, evitaron de ese modo una encarnizada discordia entre sus familias. De ahí ciertamente, tal como son las relaciones humanas, podía haber surgido incluso entre ellos mismos alguna disputa. Por ello, estas son las palabras que dirige Abraham a Lot tratando de evitar ese mal: *Que no haya disputa entre tú y yo, ni entre mis pastores y los tuyos, porque nosotros somos hermanos. ¿Acaso no tienes toda la tierra ante ti? Sepárate de mí, si tú vas a la izquierda yo a la derecha, o bien si tú a la derecha yo a la izquierda*^[119]. De ahí se origina tal vez la pacífica costumbre entre los seres humanos de que cuando se ha de repartir algún terreno, el mayor divida, el menor elija^[120].

Por consiguiente, una vez que se hubieron apartado y vivieron por separado Abraham y Lot por la necesidad de mantener a su familia, no por la ruindad de la discordia, y hallándose Abraham en la tierra de Canaán y Lot por su parte en Sodoma, el Señor anunció en un tercer oráculo a Abraham: *Mira con tus ojos y contempla desde el lugar en el que estás ahora hasta el Aquilón, el Ábrego, el oriente y el mar, porque toda la tierra que tú ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre, y haré tu descendencia como la arena de la tierra. Si alguien puede contar la arena de la tierra, también contará tu descendencia. Poniéndote en pie recorre la tierra a lo largo y ancho, porque te la daré*^[121]. En esta promesa no queda claro si se incluye también aquella por la que fue convertido en padre de todos los pueblos. En efecto, puede parecer que se refiere a ello y *haré tu descendencia como la arena de la tierra*, lo que se enuncia mediante ese modo de expresión que los griegos denominan hipérbole, la cual ciertamente es figurada, no propia. No obstante, nadie que conozca la escritura pone en duda que esta suele servirse de este recurso como de los demás tropos. Pero ese tropo, es decir, este modo de expresión, se produce cuando lo que se dice es de mayor envergadura que lo que se quiere significar con dicha expresión. Pues ¿quién no es capaz de ver cuán incomparablemente mayor es el número de granos de arena de lo que puede ser el de todos los seres humanos desde el mismo Adán hasta el fin de los siglos? Por tanto, ¡cuanto mayor que la descendencia de Abraham, no solo en lo que respecta al pueblo de Israel, sino también lo que es y será siguiendo el ejemplo de la fe por todo el orbe terrestre en todos los pueblos! Esta descendencia en comparación con la multitud de impíos se halla sin duda en minoría, aunque esos mismos pocos hagan innumerable su multitud, que es representada mediante hipérbole por la arena de la tierra^[122]. Indudablemente, esta multitud que se promete a Abraham no es innumerable para Dios, sino para los seres humanos; pero para Dios tampoco lo es la arena de la tierra. Por ello, porque no solo el pueblo de Israel, sino toda la descendencia de Abraham, donde reside la promesa de los muchos hijos no según la carne, sino según el espíritu, se compara muy apropiadamente con la multitud de los granos de arena, puede entenderse que aquí la promesa ha sido hecha en ambos sentidos^[123].

Pero dijimos que no queda claro porque también la multitud de aquel único pueblo, que nació de Abraham según la carne a través de su nieto Jacob, creció hasta tal punto que prácticamente llenó todas las partes del orbe. Y pudo también ser comparada esta mediante la hipérbole de la multitud de los granos de arena porque también esta sola es imposible de contar para el ser humano. Nadie discute que se representa únicamente aquella tierra que es llamada Canaán. Pero lo que dice: *te la daré a ti y a tu descendencia para siempre*^[124], puede inquietar a algunos, si entienden *para siempre* en el sentido de «para la eternidad». Y si en este pasaje interpretan así *para siempre*, según sostenemos por la fe que se inicia el principio del tiempo futuro a partir del final del presente, no les inquietará en absoluto. Porque, aunque los israelitas fueron expulsados de Jerusalén, permanecen sin embargo en otras ciudades de la tierra de Canaán y permanecerán hasta el final^[125]. Y toda aquella tierra, cuando está habitada por los cristianos, también es la misma descendencia de Abraham.

22

Una vez recibida como respuesta esta promesa, emigró Abraham y permaneció en otro lugar de la misma tierra, junto a la encina de Mambré, que estaba en Hebrón^[126]. Más adelante, al entablar una guerra cinco reyes contra cuatro, y al ser capturado también Lot tras la derrota de los sodomitas, Abraham, llevando consigo al combate trescientos dieciocho esclavos suyos, lo liberó de los enemigos que habían invadido Sodoma. Este les dio la victoria a los reyes de Sodoma y no quiso quedarse nada del botín, a pesar de habérselo ofrecido el rey al que había obtenido la victoria. Pero, ciertamente, entonces fue bendecido por Melquisedec, que era sacerdote del Dios excelso^[127], del cual en la epístola que se titula «A los hebreos»^[128], que muchos atribuyen al apóstol Pablo, pero otros lo rechazan, están escritas muchas y grandes cosas. Lo cierto es que allí aparece por primera vez el sacrificio que ahora es ofrecido por los cristianos a Dios por todo el orbe de la tierra, y se cumple aquello que mucho después de este hecho se le dice por medio de una profecía a Cristo, que todavía habría de venir en carne: *Tú eres sacerdote para la eternidad según el orden de Melquisedec*^[129]; no ciertamente según el orden de Aarón, orden que debía ser eliminado al iluminarse las verdades que eran anunciadas por aquellas sombras.

Entonces también le fue dirigida a Abraham la palabra de Dios en una visión^[130]. Prometiéndole este su protección y una gran recompensa, preocupado él por la posteridad nombró como su futuro heredero a un tal Eliecer, siervo suyo, y al instante le fue prometido un heredero, no aquel siervo, sino el que habría de nacer del propio Abraham, y a su vez una descendencia innumerable, no como la arena de la tierra, sino como las estrellas del cielo; donde, a mi modo de ver, más bien parece que le fue prometida la posteridad sublime por la felicidad celeste. Pues en lo que respecta a la cantidad, ¿qué son las estrellas del cielo frente a la arena de la tierra? a no ser que alguien diga que esta comparación es similar en tanto en cuanto las estrellas tampoco pueden contarse, ya que debe creerse que ni siquiera pueden verse todas. En efecto, con cuanta mayor agudeza visual se las contemple tantas más se ven. De ahí que también con razón se piensa que algunas están ocultas incluso a quienes las escudriñan con vista más penetrante, sin contar aquellas estrellas que se dice que salen y se ponen en otra parte del orbe alejadísima de nosotros. Finalmente, cualesquiera que se jacten de haber abarcado y puesto por escrito todo el número de estrellas, como Arato^[131] o Eudoxo^[132] o si existen otros, la autoridad de este libro los desdeña. Aquí ciertamente se sitúa el pensamiento que recuerda el apóstol a fin de hacer valer la gracia de Dios: *Abraham creyó en Dios y le fue computado a justicia*^[133]; para que no se gloriase la circuncisión y no se quisiera admitir en la fe de Cristo a los pueblos incircuncisos. Pues cuando se hizo esto: reconocérsele la fe para justificación a Abraham que creía, todavía no había sido circuncidado.

Mientras Dios le hablaba en la misma visión, le dijo también lo siguiente: *Yo soy Dios, quien te sacó de la región de los caldeos para darte esta tierra, para que seas su heredero*^[134]. Y habiéndole preguntado Abraham bajo qué signo sabría que iba a ser su heredero, le dijo Dios: *toma para mí una novilla de tres años, una cabra de tres años y un carnero de tres años, una tórtola y una paloma. Por su parte, tomó para él todas estas ofrendas, las partió por la mitad y colocó estas mitades una frente a otra; pero no partió las aves. Y*

descendieron, como está escrito, las aves sobre los cuerpos que estaban divididos, y Abram permaneció sentado ante ellas. Pero hacia la puesta del sol el miedo se apoderó de Abram y he aquí que un oscuro e intenso temor lo invadió, y le fue dicho a Abram: has de saber que tu descendencia será peregrina en tierra ajena, y los reducirán a la esclavitud y los oprimirán durante cuatrocientos años; pero a la nación a la que hayan de servir yo la juzgaré. Pero después de esto saldrán de allí con muchas riquezas. Tú, por tu parte, irás en paz junto a tus padres satisfecho en una buena vejez. Pero a la cuarta generación retornarán aquí. Pues todavía no se han consumado los pecados de los amorreos. Y cuando ya el sol estaba a punto de ponerse, surgió una llama y he aquí que un horno humeante y antorchas de fuego pasaron en medio de las víctimas divididas. Aquel día el Señor Dios selló una alianza con Abram diciendo: daré a tu descendencia esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates, los territorios quenitas, quenicitas, cadmonitas, hititas, fereceos, refaítas, amorreos, cananeos, eveos, guirgaseos y jebuseos^[135].

Todas estas predicciones se realizaron y se anunciaron en una visión por intervención divina. Discutir acerca de cada una de ellas en detalle resulta largo y excede el propósito de esta obra. Por tanto, debemos saber lo que es suficiente: después de que se dijo que Abraham creyó en Dios y le fue computado a justicia, no fue por falta de fe el que dijese: *Señor Dios, bajo qué signo sabré que voy a ser tu heredero*^[136] (sin duda se le había prometido la herencia de aquella tierra) —no dice, en efecto: ¿cómo lo sabré? Como si aún no lo creyese, sino que dice: ¿bajo qué signo lo sabré?, a fin de obtener alguna señal de aquello con la que reconocer su carácter. De igual modo, no son falta de fe de la virgen María las palabras: *¿cómo se hará eso, puesto que no conozco varón*^[137]? Pues estaba segura de que iba a suceder; preguntaba el modo en que sucedería, y lo escuchó después de haberlo preguntado—: finalmente la señal también se dio aquí a través de los animales, la novilla, la cabra, el carnero y las dos aves, la tórtola y la paloma, para que bajo dicho signo supiera que iba a suceder lo que ya no dudaba que iba a suceder. Por consiguiente, ya mediante la novilla sea simbolizada la población puesta bajo el yugo de la ley, mediante la cabra la propia población que habrá de ser pecadora, mediante el carnero también la misma población que habrá de reinar (se dice que estos animales eran de tres años porque, como eran tres los periodos de tiempo reseñables desde Adán hasta Noé, de ahí hasta Abraham y de ahí hasta David, quien, tras la reprobación de Saúl, fue el primero en ser establecido en el trono del pueblo de Israel por la voluntad de Dios, aquel

pueblo, alcanzando su tercera edad, por así decirlo, se desarrolló en este tercer periodo que se extiende desde Abraham hasta David), ya estos elementos representen un significado más conveniente, de ninguna manera, sin embargo, pondría en duda que en esta están prefigurados los hombres espirituales, con el añadido de la tórtola y la paloma. Y por esto se dice: *pero no partió las aves*, porque los carnales se dividen entre sí, los hombres espirituales, en cambio, de ninguna manera, ya se aparten del fatigoso trato humano como la tórtola, ya pasen su vida en medio de él como la paloma. Ambas aves, sin embargo, son simples e inofensivas, simbolizando también en el propio pueblo de Israel, al que había de entregarse aquella tierra, que iban a ser hijos indivisibles de la promesa e iban a permanecer como herederos del reino en una felicidad eterna. Por su parte, las aves que descendían sobre los cuerpos que habían sido divididos no significan nada bueno, sino los espíritus de ese aire que buscan algún alimento suyo en la división de los hombres carnales. Y el hecho de que Abraham permaneció sentado ante ellas simboliza también que entre aquellas divisiones de los hombres carnales los verdaderos fieles perseverarán hasta el final. Y el que hacia la puesta del sol el miedo se apoderó de Abraham y un oscuro e intenso temor lo invadió simboliza que hacia el final de este tiempo se producirá una gran perturbación y tribulación de los fieles, de la cual dice el Señor en el Evangelio: *Pues habrá entonces una gran tribulación como no la hubo desde el principio*.

Por otra parte, lo que se le dice a Abraham: *has de saber que tu descendencia será peregrina en tierra no propia, y los reducirán a la esclavitud y los oprimirán durante cuatrocientos años*, es profetizado con total claridad respecto al pueblo de Israel, que habría de ser esclavizado en Egipto. Y no porque aquel pueblo hubiera de pasar cuatrocientos años en la misma esclavitud bajo la opresión de los egipcios, sino que se anunció de antemano que esto sucedería en los mismos cuatrocientos años. Pues como está escrito sobre Taré, el padre de Abraham: *Y los días de Taré en Jarán fueron doscientos cinco*^[138], no porque los pasó todos allí, sino porque los terminó allí, así también se introduce lo siguiente, *y los reducirán a la esclavitud y los oprimirán durante cuatrocientos años*, porque ese número es completado en la misma opresión, no porque transcurrió todo allí. Se dice sin duda cuatrocientos años a causa de la perfección del número, aunque sean algunos más, ya se computen desde aquel tiempo en el que se le hacían estas promesas a Abraham, ya desde el que nació Isaac, a causa de la descendencia de Abraham, respecto a la cual se realizaron dichas promesas. En efecto, se computan, como ya dijimos más arriba, desde el año septuagésimo quinto de

Abraham, cuando se le hizo la primera promesa, hasta la salida de Israel de Egipto cuatrocientos treinta años. El apóstol los recuerda del modo siguiente: Dice: *Y esto digo: una ley promulgada después de cuatrocientos treinta años no invalida el testamento otorgado por Dios para anular la promesa*^[139]. Por consiguiente, esos cuatrocientos treinta años bien podían citarse como cuatrocientos, porque no son muchos más, y aún más después de haber pasado ya algunos de esta cifra cuando aquellas cosas se le mostraron visualmente y se le dijeron a Abraham, o cuando Isaac le nació a su padre centenario, veinticinco años después de la primera promesa, quedando ya cuarenta y cinco de estos cuatrocientos treinta a los que Dios quiso llamar cuatrocientos. Y las restantes profecías que siguen en las palabras de la predicción de Dios, nadie pondría en duda que se refieren al pueblo de Israel^[140].

Por otra parte, lo que se añade: *Y cuando ya el sol estaba a punto de ponerse, surgió una llama y he aquí un horno humeante y antorchas de fuego que pasaron en medio de las víctimas divididas*^[141], significa que ya al final de los tiempos los hombres carnales deberán ser juzgados por el fuego. En efecto, como la aflicción de la ciudad de Dios cual no se dio antes jamás, que se espera que tendrá lugar bajo el Anticristo, es representada mediante el oscuro temor de Abraham a la puesta del sol, es decir, aproximándose ya el fin de los tiempos: así a la puesta del sol, es decir, ya hacia el final mismo, es representado mediante ese fuego el día del juicio que separará a los carnales que deben ser salvados por medio del fuego y a los que deben ser condenados en el fuego^[142]. Después el testamento otorgado a Abraham designa propiamente la tierra de Canaán y menciona en ella once pueblos desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates. Por tanto, no desde el gran río de Egipto, es decir, el Nilo, sino desde el pequeño que fija la frontera entre Egipto y Palestina, donde se ubica la ciudad de Rinocorura^[143].

25

Ya a continuación siguen los tiempos de los hijos de Abraham, el uno de la esclava Agar, el otro de la libre Sara, de los cuales ya hablamos en el libro anterior^[144]. Por lo que atañe al hecho, en modo alguno se debe marcar a fuego a Abraham la culpa relativa a esta concubina^[145]. Lo cierto es que se sirvió de ella para engendrar descendencia, no para satisfacer su libido, y no

burlando, sino más bien obedeciendo a su esposa, que creyó que sería un consuelo para su esterilidad si por voluntad, ya que por naturaleza no podía, hacía suyo el útero fecundo de una esclava, y la mujer se serviría de ese derecho del que habla el apóstol: *igualmente tampoco el varón tiene la potestad sobre su cuerpo, sino la mujer*^[146], para dar a luz por medio de otra porque por sí misma no podía. Aquí no hay ningún deseo de lascivia ni desvergüenza de doble intención. Es entregada una esclava al marido por parte de la esposa en busca de descendencia, es recibida por el marido en busca de descendencia. Ambos buscan no el desenfreno de la culpa, sino el fruto de la naturaleza. Además, al ensoberbecerse la esclava encinta sobre su ama estéril, y al achacarle esto Sarra más bien a su esposo por suspicacia femenina, incluso ahí Abraham demostró que no había sido un amante esclavizado, sino un progenitor libre, y que en Agar había guardado fidelidad a su esposa Sarra y no había satisfecho su deseo, sino la voluntad de ella; que había recibido y no buscado; que se había acercado y no se había vinculado; que había fecundado, pero no amado. Pues dice: *Ahí tienes a tu esclava en tus manos, sírvela como te plazca*^[147]. He aquí un varón que se sirve de las mujeres como un hombre, de la esposa con templanza, de la esclava por obediencia, de ninguna sin moderación.

26

Después de estos acontecimientos nació de Agar Ismael, en el cual podría pensar que se había cumplido lo que se le había prometido al haber deseado adoptar a su sirviente, cuando Dios le dijo: *No será este tu heredero, sino que el que salga de ti, aquel será tu heredero*^[148]. Así pues, para que no pensase que esta promesa se había cumplido en el hijo de la esclava, ya cuando contaba noventa y nueve años se le apareció el Señor y le dijo: *Yo soy Dios, complace a mis ojos y vive sin queja, y yo estableceré mi alianza entre mí y entre ti y te colmaré en gran manera. Y Abram cayó de cara. Y Dios le habló diciendo: Y aquí estoy, mi alianza es contigo, y serás padre de una multitud de pueblos; y ya no recibirás el nombre de Abrán, sino que tu nombre será Abraham, porque te hice padre de una multitud de pueblos, te engrandeceré extraordinariamente y te pondré al frente de los pueblos y de ti saldrán reyes; y sellaré mi alianza entre mí y <entre> ti y entre tu descendencia en sus generaciones después de ti en una alianza eterna para que sea tu dios y el de*

tu descendencia después de ti. Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que habitas, toda la tierra de Canaán en posesión eterna, y seré su Dios. Y dijo Dios a Abraham: tú por tu parte guardarás la alianza conmigo, tú y tu descendencia después de ti en sus generaciones. Y este es el compromiso que guardarás entre mí y vosotros y entre tu descendencia después de ti en sus generaciones: que todo varón vuestro sea circuncidado, y vosotros os circuncidaréis la carne de vuestro prepucio y será en señal de la alianza entre mí y los tuyos. Y el niño de ocho días será circuncidado, todo varón vuestro en vuestras generaciones. El esclavo nacido en casa y el comprado de cualquier hijo ajeno, que no es de tu descendencia, será circuncidado mediante la circuncisión, el nacido en casa y el comprado. Y estará mi alianza en vuestra carne en alianza eterna. Y el varón que no fuera circuncidado, que no se circuncide la carne de su prepucio al octavo día, aquella alma se perderá de su linaje, porque rompió mi alianza. Y dijo Dios a Abraham: Sara, tu esposa, ya no será llamada por el nombre de Sara, sino que su nombre será Sarra. La bendeciré y te daré un hijo de ella, y lo bendeciré, y gobernará sobre naciones y los reyes de los pueblos saldrán de él. Y Abraham cayó de cara y rió y se dijo en su mente: ¿voy a tener <un hijo> yo, que tengo cien años, y va a dar a luz Sarra a los noventa? Dijo entonces Abraham a Dios: Que Ismael viva aquí ante tu mirada. Dijo por su parte Dios a Abraham: Así es, tu esposa te dará un hijo, y lo llamarás por el nombre de Isaac; y sellaré mi alianza con él en alianza eterna: que yo sea su Dios y el de su descendencia después de él. Pero he aquí que te he escuchado acerca de Ismael; he aquí que le he bendecido y le engrandeceré y multiplicaré extraordinariamente. Engendrará doce pueblos y lo pondré al frente de un gran pueblo. Pero mi alianza la sellaré respecto a Isaac, el que Sara te dará en este tiempo para el próximo año^[149].

Aquí quedan más claras las promesas respecto de la llamada de los gentiles en Isaac, es decir, en el hijo de la promesa, por el que se simboliza la gracia, no la naturaleza, porque es prometido el hijo de un anciano y una anciana estéril. En efecto, aunque Dios se ocupe del curso natural de la procreación, sin embargo, donde es evidente la obra de Dios al hallarse la naturaleza deteriorada y en decadencia, allí se entiende más claramente la gracia. Y ya que esto no había de suceder por la generación, sino por la regeneración, por ello en ese momento fue impuesta la circuncisión, cuando le fue prometido un hijo de Sarra. Y el hecho de que ordene que sean circuncidados todos, no solo los hijos, sino también los esclavos de casa y los comprados es testimonio de que esa gracia alcanza a todos. En efecto, ¿qué

otra cosa simboliza la circuncisión sino la renovación de la naturaleza por desprenderse de lo viejo^[150]? ¿Y qué otra cosa simboliza el octavo día sino a Cristo, que completada la semana, es decir, después del sábado, resucitó^[151]? Se cambian también los nombres de los padres. Todo suena a novedad, y en el Antiguo Testamento se oculta el Nuevo. Pues ¿qué es lo que significa la antigua alianza sino la ocultación de la nueva? ¿Y qué otra cosa significa la nueva, sino la revelación de la antigua? La risa de Abraham es el júbilo del que manifiesta agradecimiento, no la irrisión del que desconfía. Asimismo, aquellas palabras en su mente, *¿voy a tener <un hijo> yo, que tengo cien años, y va a dar a luz Sarra a los noventa?* no son propias del que duda, sino del que siente admiración. Pero si a alguien le inquietan las palabras, *Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que habitas, toda la tierra de Canaán en posesión eterna*, respecto a cómo puede entenderse que se ha cumplido, o bien se espera que haya de cumplirse todavía, si ninguna posesión terrena puede ser eterna para ningún pueblo, sepa que nuestros autores traducen por eterno lo que los griegos llaman αἰώνιον, que deriva de siglo; precisamente αἰών en griego significa «siglo». Pero los latinos no se atrevieron a llamar a esto secular para no derivar su sentido a otro concepto. Lo cierto es que se llaman seculares a muchos acontecimientos que se desarrollan en este siglo, aunque transcurren incluso en un breve intervalo de tiempo; sin embargo, lo que recibe el calificativo de αἰώνιον o bien no tiene final o bien se extiende hasta el final de estos tiempos.

27

Asimismo, puede producir inquietud cómo conviene que se interprete lo que aquí se ha dicho: *Y el varón que no se circuncide la carne de su prepucio al octavo día, aquella alma se perderá de su linaje, porque rompió mi alianza*^[152], porque no tiene ninguna culpa el niño, cuya alma dijo que perecería, y él mismo no rompería la alianza de Dios, sino los adultos, que no se preocuparon de circuncidarlo. A no ser porque también los niños pequeños, no por su particular forma de vida, sino por el origen común del género humano, rompieron todos la alianza de Dios en aquel único en el que todos pecaron^[153]. Lo cierto es que muchas alianzas se llaman de Dios, aparte de aquellas dos grandes, la antigua y la nueva, que es lícito a cualquiera conocer mediante su lectura. Pero la primera alianza que se realizó con el primer

hombre, es, efectivamente, aquella: *el día en que comas, morirás por la muerte*^[154]. De donde está escrito en el libro que se titula *Eclesiástico: toda carne envejece como un vestido. Y esta es la alianza desde el comienzo de los tiempos: morirás por la muerte*^[155]. En efecto, dado que después fue promulgada una ley más clara y el apóstol dice: *donde no hay ley no hay transgresión*^[156], ¿cómo puede ser verdad lo que se dice en el salmo: *he juzgado transgresores a todos los pecadores de la tierra*^[157], a no ser porque todos los que están encadenados a algún pecado son reos de transgredir alguna ley? Por lo cual, si incluso los niños pequeños, como sostiene la verdadera fe, nacen pecadores, no por ellos mismos, sino por su origen, de donde proclamamos que les es necesaria la gracia de la remisión de los pecados, ciertamente, del mismo modo en que son pecadores, también se les reconoce transgresores de aquella ley que fue promulgada en el paraíso. De ese modo, son ciertas ambas afirmaciones de las escrituras: *he juzgado transgresores a todos los pecadores de la tierra, y donde no hay ley no hay transgresión*. Y por esto, porque la circuncisión fue signo de regeneración y merecidamente al niño pequeño, a causa del pecado original por el que fue rota la primera alianza de Dios, lo habrá de destruir la generación si no lo libera la regeneración, así deben entenderse estas palabras divinas, como si dijera: «aquel que no haya sido regenerado, su alma desaparecerá de su linaje», porque rompió la alianza de Dios, cuando él mismo también pecó en Adán con todos. Pues si hubiese dicho: «porque rompió esta alianza mía» obligaría a que se entendiera exclusivamente respecto a esa circuncisión. Pero en realidad, puesto que no expresó que clase de alianza rompió el niño pequeño, se es libre de pensar qué se dijo respecto a aquella alianza cuya ruptura puede corresponder a un niño pequeño. Pero si alguien sostiene que esto se ha dicho exclusivamente respecto a esa circuncisión, porque el niño pequeño ha roto en esta la alianza de Dios, dado que no ha sido circuncidado, busque algún modo de expresión por el que pueda entenderse razonablemente que había roto la alianza, porque, aunque no fue rota por él, sin embargo fue rota en él. Pero así también debe advertirse que el alma de un niño pequeño no circuncidado no peca injustamente por ninguna falta suya propia, sino por la sujeción al pecado original.

Consecuentemente, una vez hecha una promesa tan grande y tan clara a Abraham, al que se le dijo muy abiertamente: *te hice padre de una multitud de pueblos; te engrandeceré extraordinariamente y te pondré al frente de los pueblos y de ti saldrán reyes. Y te daré un hijo de Sarra, y lo bendeciré, y gobernará sobre naciones y los reyes de los pueblos saldrán de él*^[158] (esta promesa vemos que ahora se ha cumplido en Cristo), desde entonces en lo sucesivo aquellos cónyuges no se llaman en las escrituras como se llamaban antes, Abram y Sara, sino como nosotros los hemos llamado desde el principio, puesto que así ya son llamados por todos, Abraham y Sarra. Por otra parte, se da la siguiente razón de por qué se cambió el nombre de Abraham. Dice: *porque te hice padre de una multitud de pueblos*^[159]. Por consiguiente, debe entenderse que este es el significado de Abraham; pero Abram, nombre que recibía anteriormente, se interpreta como padre excelso^[160]. Sin embargo, sobre el cambio de nombre de Sarra no se da explicación. Pero, según dicen quienes escribieron las interpretaciones de los nombres hebreos, que se contienen en estas letras sagradas, Sara se entiende como «princesa mía», Sarra en cambio como «vigor»^[161]. Por ello, está escrito en la Epístola a los hebreos: *por la fe también la propia Sarra recibió el vigor para dar a luz descendencia*^[162]. Pues ambos eran de edad avanzada, según atestigua la escritura. Pero ella además era estéril y ya privada del flujo menstrual, por lo cual no hubiera podido dar a luz incluso si no hubiera sido estéril. En definitiva, si una mujer es de edad avanzada, de manera que todavía conserva el flujo propio de las mujeres, puede dar a luz de un hombre joven, pero no puede de un anciano; aunque aquel anciano pueda todavía engendrar, pero de una mujer joven, como pudo Abraham de Cetura después de la muerte de Sarra, porque la encontró en una edad plena de vitalidad^[163]. Por consiguiente, esto es lo que el apóstol destaca como admirable^[164], y a ese propósito dice que el cuerpo de Abraham ya estaba muerto, porque él mismo ya no podía engendrar en aquella edad de ninguna mujer que se hallase ya en el límite final de su edad fértil. En efecto, debemos entender que el cuerpo estaba muerto para algo concreto, no para todo. Pues si lo estuviese para todo, no es ya la vejez de un vivo, sino el cadáver de un difunto. Aunque también se suela resolver esta cuestión de este modo: que después Abraham engendró de Cetura porque el don de procrear que recibió del Señor continuó incluso después de la muerte de su esposa. Sin embargo, a mi modo de ver, debe preferirse la solución del problema que hemos seguido, porque un varón ciertamente centenario, pero de nuestro tiempo, no puede engendrar de

ninguna mujer; no sucedía lo mismo entonces, cuando vivían tanto tiempo que los cien años no convertían a un hombre en un anciano decrepito.

29

Asimismo, Dios se apareció a Abraham junto a la encina de Mambre en forma de tres varones que, sin lugar a dudas, eran ángeles^[165]; aunque algunos consideren que uno de ellos era Cristo, el Señor^[166], afirmando que él había sido visible también antes de revestirse de carne. Ciertamente, es propio del poder divino e invisible, de la naturaleza incorpórea e inmutable, aparecer incluso ante la mirada de los mortales sin ningún cambio en su ser, no por lo que es, sino por algo que está sometido a él. Pero ¿qué no está sometido a él? Sin embargo, si afirman que uno de esos tres era Cristo porque, habiendo visto tres, se dirigió al Señor en singular (pues así está escrito: *Y he aquí que tres varones estaban en pie ante él, y al verlos corrió a su encuentro desde la puerta de su tienda, y se prosternó sobre la tierra y dijo: Señor: si he encontrado la gracia ante ti*^[167], y lo demás) ¿por qué no advierten que dos de ellos vinieron para destruir a los habitantes de Sodoma, mientras que Abraham se dirigía entonces a uno solo llamándole Señor e intercediendo para que en Sodoma no perdiera al mismo tiempo al justo con el impío? Por su parte, Lot recibió a aquellos dos de tal manera que incluso él mismo en su conversación con ellos se dirige al Señor en singular. En efecto, después de haberles dicho a ellos en plural: *Señores, desviaos a la casa de vuestro siervo*^[168], y lo demás que se dice allí, sin embargo, a continuación se lee así: *y los ángeles asieron su mano, y la mano de su esposa y la mano de sus dos hijas porque el Señor le perdonaba. Y se hizo, tan pronto como lo llevaron fuera, y dijeron: pon a salvo tu vida, no mires atrás y no te detengas en toda la región, ponte a salvo en el monte para que no seas alcanzado. Por su parte, Lot les dijo a aquellos: te ruego, Señor, porque tu siervo halló la misericordia ante ti*^[169], y lo que sigue. A continuación, tras estas palabras también el Señor le responde en singular, aunque estaba en forma de dos ángeles, diciendo: *He aquí que he admirado tu rostro*, y lo demás. Por ello, es mucho más creíble que Abraham en los tres hombres y Lot en los dos reconocían al Señor, al que se dirigían en número singular, aunque juzgasen que estos eran hombres. Y no por otro motivo los recibieron de tal manera que les sirvieron como a mortales y necesitados de alimento humano. Pero,

indudablemente, había algo por lo que destacaban, aun en su humanidad, hasta el punto que aquellos que les mostraban hospitalidad no pudieran poner en duda que el Señor estaba en ellos, como suele estarlo en los profetas. Y, por ello, también unas veces se dirigían a ellos mismos en plural y otras al Señor en ellos en singular. Por otra parte, la escritura atestigua que fueron ángeles, no solo en este libro del Génesis, donde se relatan estos hechos, sino también en la Epístola a los hebreos, donde, alabando la hospitalidad dice: *Gracias a esta incluso algunos sin saberlo recibieron en hospitalidad a ángeles*^[170]. Por consiguiente, por medio de aquellos tres hombres, cuando de nuevo se le prometió a Abraham un hijo de Sarra, Isaac, también le fue dada una respuesta divina que se expresaba así: *Abraham se convertirá en un pueblo grande y numeroso, y serán bendecidos en él todos los pueblos de la tierra*^[171]. Y aquí se han realizado aquellas dos promesas de manera muy concisa y completa: el pueblo de Israel según la carne y todos los pueblos según la fe.

30

Hecha la promesa, una vez liberado Lot de Sodoma y tras la caída de una lluvia de fuego desde el cielo, fue reducida a cenizas toda aquella región de la impía ciudad, donde las relaciones deshonestas entre varones habían llegado a convertirse en una costumbre tan arraigada como otras acciones a las que las leyes suelen conceder autorización^[172]. Pero también este suplicio suyo fue un ensayo del futuro juicio divino. Pues ¿qué sentido tiene que se prohibiera mirar atrás a quienes eran liberados por los ángeles, sino que no debe volverse con la mente a la antigua vida de la que se sale regenerado por la gracia, si pensamos escapar al juicio final^[173]? En definitiva, la mujer de Lot se quedó donde se volvió a mirar, y convertida en sal proporcionó a los fieles una especie de condimento por el que tuvieran algo de juicio con que evitar aquel ejemplo.

Después Abraham hizo de nuevo en Gerar ante el rey de aquella ciudad, Abimelec, lo que había hecho en Egipto con su esposa, e igualmente le fue devuelta intacta. Allí, ciertamente, al reprocharle el rey por qué había ocultado que era su esposa y afirmado que era su hermana, Abraham desvelándole qué temor había sentido añadió también lo siguiente: *En realidad es mi hermana por parte de padre, pero no de madre*^[174], porque era

hermana de Abraham por parte de padre, por cuyo lado era pariente suya. Y fue de tan gran belleza que incluso a su edad podía enamorar.

31

Después de estos hechos le nació a Abraham, según la promesa de Dios, un hijo de Sarra y lo llamó Isaac, que significa «risa»^[175]. De hecho, había reído su padre cuando le fue prometido, asombrándose en el gozo; había reído también su madre, cuando le fue prometido de nuevo por medio de aquellos tres varones, dudando en el gozo; aunque el ángel le había reprochado que aquella risa, a pesar de que fue de gozo, sin embargo no estuvo llena de fe, después también fue reafirmada en la fe por el mismo ángel. Por consiguiente, de ello recibió el nombre el niño. En realidad, que aquella risa no correspondía a la burla de un oprobio, sino a la celebración del gozo, lo demostró Sarra una vez nacido Isaac y llamado por dicho nombre. Lo cierto es que dice: *Dios me hizo reír; en efecto, cualquiera que me oyera, compartirá mi alegría*^[176]. Pero poco tiempo después la esclava es expulsada de la casa con su hijo, y aquellas dos mujeres significan según el apóstol los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, donde Sarra representa la imagen de la Jerusalén celeste, es decir, la ciudad de Dios^[177].

32

Entre estos sucesos que resulta excesivamente largo recordarlos en su totalidad, Abraham es tentado a inmolar a su queridísimo hijo, el propio Isaac, a fin de poner a prueba su piadosa obediencia, que había de llevarse al conocimiento de los siglos, no de Dios^[178]. En efecto, no toda tentación es condenable, ya que incluso hay que felicitarse por aquella con la que se realiza una prueba. Y muchas veces el espíritu humano no puede conocerse a si mismo de otro modo a menos que dé una respuesta, no de palabra, sino mediante la experiencia, frente a la tentación que en cierto modo interroga sus fuerzas. Si allí reconociera un don de Dios, entonces es piadoso, entonces se afianza por la firmeza de la gracia, no se hincha por la vanidad de la jactancia. Sin duda, Abraham jamás podría creer que Dios se deleitaba con víctimas

humanas, aunque, al resonar el precepto divino, había que obedecer, no discutir. Sin embargo, Abraham merece ser alabado por haber creído que su hijo iba a resucitar inmediatamente después de ser inmolado. Pues Dios le había dicho, al no querer cumplir la voluntad de su esposa de expulsar a la esclava y al hijo de esta: *En Isaac recibirá su nombre tu descendencia*. Y ciertamente allí sigue diciendo: *Pero también al hijo de esta esclava lo convertiré en un gran pueblo porque es tu descendencia*^[179]. Por consiguiente, ¿cómo se dijo: *En Isaac recibirá su nombre tu descendencia*, si Dios también llamó a Ismael descendencia de este? Y el apóstol, explicando qué significa: *En Isaac recibirá su nombre tu descendencia*, afirma: *es decir, no quienes son hijos de la carne son considerados hijos de Dios, sino los hijos de la promesa como descendencia*^[180]. Y por esto los hijos de la promesa, para ser descendencia de Abraham, son llamados en Isaac, es decir, se reúnen en Cristo por la llamada de la gracia. Por consiguiente, el padre piadoso, manteniendo fielmente esta promesa, porque convenía que fuera cumplida por medio de aquel al que Dios ordenaba que se diera muerte, no dudó de que podía devolverse tras ser inmolado quien pudo serle dado sin ser esperado. Así debe entenderse también en la Epístola a los hebreos, y así está expuesto. Dice: *Por su fe Abraham ofreció a Isaac tras ser puesto a prueba y dio en ofrenda a su único hijo, quien recibió las promesas, a quien se dijo: En Isaac recibirá su nombre tu descendencia, pensando también que Dios puede hacer resucitar de entre los muertos*. Por ello añade: *Por esto también a este lo puso como símbolo*^[181]. ¿Símbolo de quién, sino de aquel del que dice el apóstol: *el que no preservó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*^[182]? Por ello, también Isaac, como Dios llevó su cruz, así él mismo llevó al lugar del sacrificio los leños en los que también había de ser colocado. Finalmente, ya que no convenía que se diera muerte a Isaac, después que se le impidió a su padre herirle, ¿quién era aquel carnero con cuya inmolación se cumplía el sacrificio con sangre simbólica? Ciertamente, cuando lo vio Abraham, estaba retenido por los cuernos en un arbusto. ¿Qué simbolizaba aquello sino a Jesús, antes de ser inmolado, coronado de espinas judías?

Pero mejor escuchemos las palabras divinas a través del ángel. Dice ciertamente la escritura: *Y Abraham extendió su mano para tomar el cuchillo para matar a su hijo. Y le llamó un ángel del Señor desde el cielo y le dijo: ¡Abraham! Y él le contestó: Aquí estoy. Y le dijo: No pongas tu mano sobre el niño, ni le hagas ningún daño; pues ahora sé que temes a tu Dios, y por mi causa no preservaste a tu hijo querido*^[183]. Ahora sé significa «ahora he

hecho que se sepa», pues Dios ya lo sabía^[184]. Después, tras ser inmolado aquel carnero en lugar de su hijo Isaac, según se lee, *Abraham dio por nombre a aquel lugar «el Señor ha visto», de manera que hoy dicen: el Señor se apareció en la montaña*. Como se ha dicho *ahora sé* en lugar de «ahora he hecho que se sepa», así aquí *el señor ha visto* en lugar de «el Señor apareció», es decir, se hizo ver. *Y el ángel del Señor llamó por segunda vez a Abraham desde el cielo diciendo: he jurado por mí mismo, dice el Señor, porque cumpliste mi palabra y por mi causa no preservaste a tu hijo querido, te bendeciré inmensamente y multiplicaré extraordinariamente tu descendencia como las estrellas del cielo y la arena que hay a la orilla del mar. Y tu descendencia poseerá en herencia las ciudades de los enemigos y serán bendecidos en tu descendencia todos los pueblos de la tierra, porque obedeciste mi palabra*^[185]. De este modo fue confirmada, incluso con el juramento de Dios, aquella promesa sobre la llamada de los pueblos en la descendencia de Abraham después del holocausto con el que Cristo fue simbolizado. Pues a menudo había prometido, pero nunca había jurado. ¿Y qué es el juramento del Dios verdadero y veraz sino la confirmación de la promesa y un cierto reproche a los incrédulos?

Después de estos sucesos murió Sarra, en el centésimo vigésimo séptimo año de su vida, y en el centésimo trigésimo séptimo de la de su esposo^[186]. Lo cierto es que la superaba en diez años de edad, como él mismo, cuando le fue prometido un hijo de ella, afirma: *¿voy a tener <un hijo> yo, que tengo cien años, y va a dar a luz Sarra a los noventa*^[187]? Entonces Abraham compró un campo en el que dio sepultura a su esposa. En consecuencia, entonces, según el relato de Esteban^[188], se estableció en aquella tierra, puesto que allí empezó a ser propietario, precisamente después de la muerte de su padre, que se deduce que murió dos años antes.

33

Después Isaac tomó por esposa a Rebeca, nieta de Nacor, su tío paterno, cuando contaba cuarenta años, es decir, a los ciento cuarenta años de vida de su padre, tres años después de la muerte de su madre. Y cuando su padre envió un esclavo a Mesopotamia a fin de que la tomara por esposa, ¿qué otra cosa se demuestra cuando Abraham le dijo al mismo esclavo: *pon tu mano bajo mi muslo y te haré jurar por el Señor Dios del cielo y Señor de la tierra*

que no tomarás esposa para mi hijo entre las hijas de los cananeos^[189], sino que el Señor Dios del cielo y Señor de la tierra habría de venir en la carne que era tomada de aquel muslo? ¿Son acaso pequeños estos indicios de la verdad anunciada que vemos cumplirse en Cristo?

34

¿Qué significado tiene el hecho de que Abraham después de la muerte de Sarra tomó a Cetura como esposa? Lejos esté de nosotros en este punto sospechar incontinencia, especialmente en aquella edad y en aquella santidad de su fe. ¿Acaso buscaba todavía engendrar hijos, si ya por la promesa de Dios se sostenía con probadísima fe una proliferación de sus descendientes por medio de Isaac tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena de la tierra? Pero, ciertamente, si Agar e Ismael, según las enseñanzas del apóstol^[190], simbolizaron los hombres carnales de la antigua alianza, ¿por qué Cetura y sus hijos no iban también a simbolizar los hombres carnales que creen pertenecer a la nueva alianza? Ambas ciertamente son llamadas tanto esposas como concubinas de Abraham. En cambio, Sarra nunca fue llamada concubina. Pues incluso cuando le fue entregada Agar a Abraham, así está escrito: *Y Sara, la esposa de Abram tomó a Agar, su esclava egipcia, diez años después de que Abram habitara en la tierra de Canaán y se la entregó como esposa a Abram, su propio esposo*^[191]. Sobre Cetura, por su parte, a la que tomó tras la muerte de Sarra, así se lee: *Abraham tomó de nuevo esposa, cuyo nombre era Cetura*^[192]. He aquí que ambas son llamadas esposas; pero también se halla que ambas fueron concubinas, al decir a continuación la escritura: *Y Abraham entregó toda su herencia a su hijo Isaac, y a los hijos de sus concubinas les dio Abraham legados y, todavía en vida, los envió lejos de su hijo Isaac hacia oriente, a la tierra de oriente*^[193]. Por consiguiente, los hijos de las concubinas gozan de algunas prerrogativas, pero no llegan al reino prometido, ni los herejes, ni los judíos carnales, porque a excepción de Isaac ninguno es heredero, y *no quienes son hijos de la carne son considerados hijos de Dios, sino los hijos de la promesa en la descendencia*^[194], sobre lo cual se ha dicho: *En Isaac recibirá su nombre tu descendencia*^[195]. Y no veo por qué también Cetura, a la que tomó tras la muerte de su esposa, es llamada concubina sino a causa de este misterio. Pero no calumnie a Abraham quien no quiera interpretar estos hechos en este

sentido. ¿Y si esto, efectivamente, se dio en previsión frente a los herejes que habrían de ser contrarios a las segundas nupcias, para demostrar en el propio padre de muchos pueblos que no es pecado casarse por segunda vez tras la muerte de la esposa^[196]? Y Abraham murió cuando contaba ciento setenta [y cinco] años^[197]. Por consiguiente, dejó a su hijo Isaac de setenta [y cinco], al que engendró siendo centenario.

35

Ya a partir de este momento veamos cómo transcurren los tiempos de la ciudad de Dios a través de los descendientes de Abraham. Así pues, desde el primer año de vida de Isaac hasta el sexagésimo, en el que nacieron sus hijos, resulta digno de recordar que, habiéndole concedido el Señor su petición cuando suplicaba a Dios que diera a luz su esposa, que era estéril, y habiendo ella concebido, unos gemelos se agitaban todavía encerrados en su útero. Al sentir angustia por esta molestia, consultó al Señor y recibió respuesta: *Hay dos naciones en tu útero y dos pueblos se separarán en tu vientre, y un pueblo superará al otro pueblo y el mayor se someterá al menor*^[198]. Esto el apóstol Pablo quiere que se interprete como una prueba sólida de la gracia, porque no habiendo nacido aquellos todavía y no habiendo hecho nada, ni bueno ni malo, sin ningún mérito positivo, se elige al menor después de ser rechazado el mayor; cuando fuera de duda, en lo que atañe al pecado original, ambos eran iguales; y en cuanto al propio, no existía en ninguno de ellos^[199]. Pero ahora el plan de la obra no permite hablar más extensamente sobre esta cuestión, de la que ya hemos expuesto multitud de aspectos en otros lugares^[200]. Pero lo que se ha dicho: *el mayor se someterá al menor*, prácticamente ninguno de nosotros lo entiende en otro sentido sino que el pueblo más antiguo de los judíos habrá de servir al más joven de los cristianos. Y, ciertamente, aunque en el pueblo de los idumeos que nació de uno mayor, el cual recibía dos nombres (pues era llamado Esaú y Edón, de donde Idumeos), pudiera parecer que esto se ha cumplido, porque después había de ser aventajado por el pueblo que nació del menor, es decir, del israelita, y habría de someterse a él^[201], sin embargo se cree más oportuno que esta profecía en la que se dice *un pueblo superará al otro pueblo y el mayor se someterá al menor* esté referida a algo más importante. ¿Y qué es eso sino lo que se cumple claramente en los judíos y los cristianos?

También Isaac recibió un oráculo semejante al que su padre había recibido en algunas ocasiones. Sobre dicho oráculo así se ha escrito: *Y hubo una hambruna sobre la tierra aparte de aquella que se produjo anteriormente en época de Abraham. E Isaac marchó ante Abimelec, rey de los filisteos, a Gerar. Entonces se le apareció el Señor y le dijo: No bajes a Egipto. Habita en cambio en la tierra que te indicaré y establécete en esa tierra; y estaré contigo y te bendeciré. Pues te daré a ti y a tu descendencia toda esta tierra, y cumpliré el juramento que le hice a tu padre Abraham; y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y le daré a tu descendencia toda esta tierra, y serán bendecidos en tu descendencia todos los pueblos de la tierra, porque tu padre Abraham obedeció mi voz y guardó mis preceptos, mis mandatos, mis normas y mis leyes*^[202]. Este patriarca ni tuvo otra esposa ni concubina alguna, sino que se contentó con dos gemelos engendrados en una sola unión como descendencia. (Este mismo temió ciertamente también el peligro de la belleza de su esposa mientras habitaba entre extranjeros, e hizo como su padre, decir que era su hermana y negar que era su esposa. En realidad, era también pariente suya por parte de padre y madre, pero también esta misma, aun sabiéndose que era su esposa, permaneció intacta entre los extranjeros). Y, sin embargo, no debemos anteponerlo a su padre porque este no había conocido ninguna mujer excepto a su única esposa. Pues, sin lugar a dudas, eran más relevantes los méritos de la fe y obediencia paternas, hasta el punto que Dios dice que le concede los bienes que le concede por su causa. Dice: *serán bendecidos en tu descendencia todas los pueblos de la tierra porque tu padre Abraham obedeció mi voz y guardó mis preceptos, mis mandatos, mis normas y mis leyes; y a su vez en otro oráculo dice: Yo soy el Dios de Abraham, tu padre, no temas; pues estoy contigo y te he bendecido y multiplicaré tu descendencia por causa de Abraham, tu padre*^[203], para que comprendamos cuán castamente hizo Abraham lo que a los impúdicos y que buscan una justificación de su maldad en las escrituras santas les parece que hizo con lujuria; después para que aprendamos a no comparar a los seres humanos entre sí a partir de virtudes individuales, sino que las tengamos en cuenta todas en cada uno. En efecto, puede suceder que alguien tenga en su vida y costumbres algo en lo que supere a otro, y esto sea mucho más excelente que lo es aquello en lo que es superado por el otro. Y por este juicio sano y verdadero, aunque la continencia se prefiera al matrimonio, es mejor, sin embargo, el creyente casado que el incrédulo continente. Pero el hombre

incrédulo no solo debe ser menos alabado, sino también absolutamente despreciado. Imaginemos a ambos buenos, incluso así ciertamente es mejor el casado fidelísimo y obedientísimo a Dios que el continente de menor fe y menor obediencia. Pero si las restantes cualidades son parejas, ¿quién duda en anteponer el continente al casado?

37

Así pues, los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, crecen a la par. La primacía del mayor es transferida al menor por un pacto y un acuerdo entre ellos, porque al mayor le habían apetecido desmedidamente las lentejas que había preparado el menor para comer, y por semejante precio vendió su primogenitura a su hermano bajo juramento^[204]. De donde aprendemos que respecto a la comida no debe censurarse a nadie por el tipo de alimento sino por la avidez desmedida. Envejeció Isaac y sus ojos perdieron la vista a causa de la vejez. Quiere bendecir al hijo mayor y en su lugar, sin saberlo, bendice al menor, que se había colocado bajo las manos paternas en lugar de su hermano mayor, que era velludo, habiéndose ajustado unas pieles de cabrito como si portara los pecados ajenos^[205]. Para que este engaño de Jacob no se considerase un engaño fraudulento, y sí se buscase en él el misterio de algo grande, la escritura había explicado anteriormente: *Era Esaú un hombre que sabía cazar y agreste, Jacob por su parte era un hombre sencillo, amante del hogar*^[206]. Algunos de nuestros autores han traducido esto como «sin engaño». Pero ya se diga «sin engaño», «sin doblez» ya más bien «sin fingimiento», que en griego se dice *φπλαστος*, ¿cuál es el engaño de un hombre sin engaño en recibir esa bendición? ¿Cuál es el engaño sin doblez, cuál el fingimiento del que no miente, sino el profundo misterio de la verdad^[207]? ¿Y de qué índole es la propia bendición? Dice: *he aquí el aroma de mi hijo, semejante al aroma de un campo en su plenitud que bendijo el Señor. Y que el Señor te dé del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y de vino, y que te sirvan los pueblos y te adoren los príncipes y te convertirás en el señor de tu hermano y te adorarán los hijos de tu padre. Y quien te maldijera será maldito, y quien te bendijera bendito*^[208]. Por consiguiente, la bendición de Jacob es la predicación de Cristo en todas las naciones. Esto sucede, esto se lleva a cabo. Isaac es la ley y la profecía; incluso por boca de los judíos Cristo es bendecido por ella como si no le

conociera, ya que ella misma no lo conoce. El mundo, como un campo, se llena del aroma del nombre de Cristo. Suya es la bendición procedente del rocío del cielo, es decir, de la lluvia de palabras divinas y de la fertilidad de la tierra, esto es, de la congregación de los pueblos; suya es la abundancia de trigo y de vino, es decir, la multitud que recoge el trigo y el vino en el sacramento de su cuerpo y de su sangre. A él le sirven las naciones y a él mismo adoran los príncipes. Él mismo es el señor de su hermano, porque su pueblo domina a los judíos. A él mismo le adoran los hijos de su padre, es decir, los hijos de Abraham según la fe, ya que también él mismo es hijo de Abraham según la carne. Quien le maldijera, es maldito, y quien le bendijera, bendito. Nuestro Cristo, digo, también es bendecido por boca de los judíos, aunque equivocados, pero que sin embargo proclaman la ley y los profetas, es decir, es nombrado verazmente. Creen bendecir a otro, al que esperan en medio de su error. He aquí que, exigiendo el mayor la bendición prometida, Isaac se aterrorizó y supo que había bendecido al uno en lugar del otro. Se admira y pregunta quién es aquel. Y sin embargo no se queja por haber sido engañado. Lo cierto es que al punto de serle revelado dentro de su corazón el gran misterio, evita la indignación, confirma la bendición. Dice: *¿Quién, pues, ha cazado para mí y me ha traído la pieza, y la he comido entera antes de que tú vinieses? Le he bendecido, y bendito sea*^[209]. ¿Quién no esperaría aquí más bien la maldición de un hombre encolerizado, si estos hechos se hubieran llevado a cabo no por inspiración divina, sino según la costumbre terrenal? ¡Qué acciones realizadas, pero realizadas proféticamente, en la tierra, pero a la manera celeste, por seres humanos, pero a la manera divina! Si se examinara cada una de ellas, fecunda en tan grandes misterios, habría que llenar muchos volúmenes; pero el justo límite que debe imponerse a esta obra nos obliga a apresurarnos a otras cuestiones.

38

Jacob es enviado por sus padres a Mesopotamia para que tome allí esposa. Estas son las palabras de su padre al enviarle: *No tomarás esposa entre las hijas de los cananeos; levántate y huye a Mesopotamia, a casa de Batuel, el padre de tu madre. Y toma para ti de allí una esposa entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. Y que mi Dios te bendiga, te haga prosperar y multiplicarte, y darás lugar a una asociación de naciones; y allí te dé la*

*bendición de Abraham, tu padre, a ti y a tu descendencia después de ti, para que te conviertas en heredero de la tierra que habitas, que Dios entregó a Abraham^[210]. Aquí ya entendemos que la descendencia de Abraham se disgregó de la otra descendencia de Isaac, que se originó a partir de Esaú. En efecto, cuando se dijo: *En Isaac recibirá su nombre tu descendencia^[211]*, perteneciendo ciertamente la descendencia a la ciudad de Dios, de ahí se separó otra descendencia de Abraham, que se hallaba en el hijo de la esclava y que iba a encontrarse en los hijos de Cetura. Pero hasta el momento resultaba incierto respecto a los dos hijos gemelos de Isaac si aquella bendición pertenecía a ambos o a uno solo de ellos, y si a uno solo, cuál era de los dos. Esto fue declarado ahora cuando Jacob es bendecido proféticamente por su padre y se le dice: *y darás lugar a una asociación de naciones; y allí te dé la bendición de Abraham, tu padre.**

Por tanto, mientras se dirigía a Mesopotamia, Jacob recibió un oráculo en sueños, del que ha sido escrito así: *Y Jacob salió del pozo del juramento y marchó a Jarán y llegó a un lugar y durmió allí, pues se había puesto el sol. Cogió una de las piedras del lugar, la colocó bajo su cabeza, se quedó dormido en aquel lugar y tuvo un sueño. Y he aquí una escalera fijada sobre la tierra cuya cima llegaba al cielo, y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella, y el Señor se apoyaba sobre ella y dijo: Yo soy el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac, no temas; la tierra sobre la que estás durmiendo te la daré a ti y a tu descendencia; y tu descendencia será como la arena de la tierra, y se extenderá más allá del mar, hacia el Ábrego, hacia el Aquilón y hacia oriente. Y serán bendecidas en ti y en tu descendencia todas las tribus de la tierra. Y he aquí que yo estoy contigo, protegiéndote en todos los caminos por donde vayas, y te haré volver a esta tierra porque no te abandonaré hasta que haga todo lo que he hablado contigo. Y Jacob se despertó de su sueño y dijo: el Señor estaba aquí pero yo no lo sabía. Y sintió temor y dijo: ¡qué terrible es este lugar! Pues no es sino la casa de Dios y esta es la puerta del cielo. Y Jacob se levantó y cogió la piedra que había colocado allí bajo su cabeza, la dispuso como monumento y derramó aceite sobre su cúspide; y Jacob dio como nombre a aquel lugar casa de Dios^[212]. Esto pertenece a una profecía; y Jacob no derramó aceite sobre la piedra según la costumbre de la idolatría, como si la convirtiera en Dios; ni adoró aquella piedra ni le ofreció sacrificios, sino que, puesto que el nombre de Cristo procede de crisma, es decir, de unción, sin duda aquí está simbolizado algo tal que concierne a un gran misterio^[213]. La escalera, por su parte, se entiende que el propio Salvador nos la trae a la memoria en el Evangelio,*

donde, tras haber dicho de Natanael: *he aquí en verdad un israelita, en el que no hay engaño*^[214], porque Israel había visto esta misma visión (pues él mismo es Jacob), en el mismo lugar dice: *en verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el hijo del hombre*^[215].

En consecuencia, Jacob se dirigió a Mesopotamia para tomar allí esposa. Y por qué motivo le aconteció tener allí cuatro mujeres, de las cuales procreó doce hijos y una hija, no habiendo deseado a ninguna de ellas ilícitamente, lo indica la escritura divina. Lo cierto es que había venido con la intención de tomar una sola^[216]. Pero como le fue sustituida una <por otra>, y no abandonó a esa misma, de la que había disfrutado por la noche sin saberlo, para que no pareciera que la había poseído con la intención de ultrajarla, y en aquella época, en la que ninguna ley impedía tener muchas esposas por causa de la multiplicación de la descendencia, tomó también a aquella, única a la cual ya había dado su palabra de un futuro matrimonio. Y al ser esta estéril, le entregó su esclava a su esposo para que él pudiera tener hijos de ella misma. Y esto también lo hizo imitándola su hermana mayor aunque había dado a luz, puesto que deseaba multiplicar su prole. Se lee que Jacob no pidió más que una sola, y que no disfrutó de muchas excepto por el deber de engendrar descendencia, respetando el derecho conyugal hasta el punto de que no lo hubiera hecho si sus esposas no le hubieran reclamado que lo hiciera, las cuales tenían legítima potestad sobre el cuerpo de su marido^[217]. Así pues, engendró doce hijos y una hija de cuatro mujeres. Después entró en Egipto por su hijo José, que fue llevado allí después que hubo sido vendido por sus hermanos envidiosos y allí elevado a lo más alto.

39

Por otra parte, Jacob, como he dicho poco antes, era llamado también Israel, nombre que recibió más bien el pueblo nacido de él^[218]. Y este nombre le fue impuesto por el ángel que había luchado con él en el camino cuando regresaba de Mesopotamia^[219], representando clarísimamente la figura de Cristo. Pues el hecho de que Jacob le superase, queriéndolo este sin duda para dar forma a un misterio, significa la pasión de Cristo, donde pareció que los judíos prevalecían sobre él. Y, sin embargo, consiguió la bendición del mismo ángel al que había derrotado. Y así la imposición de ese nombre fue la

bendición. Pues Israel se traduce como «el que ve a Dios»^[220], que al final será el premio de todos los santos. Finalmente, el mismo ángel tocó la parte ancha del muslo al que aparentemente había vencido y de este modo lo dejó cojo. En consecuencia, el único y el mismo Jacob quedaba bendecido y cojo: bendecido en aquellos del mismo pueblo que creyeron en Cristo y cojo en los incrédulos^[221]. Pues la parte ancha del muslo representa la abundancia de su linaje. Lo cierto es que son muchos en esta estirpe, de los que se ha dicho a modo de profecía: *Y cojearon lejos de sus sendas*^[222].

40

Se cuenta que entraron en Egipto al mismo tiempo con el propio Jacob setenta y cinco personas, contado él mismo con sus hijos^[223]. En dicho número se mencionan solamente dos mujeres, una hija y una nieta. Pero el hecho, considerado con rigor, no indica que hubiera un número tan grande en la descendencia de Jacob el día o el año en que entró en Egipto. Lo cierto es que entre ellos se nombran también a los biznietos de José, que de ningún modo pudieron estar ya entonces, puesto que en aquel momento Jacob contaba ciento treinta años, pero su hijo José treinta y nueve. Dado que se tiene constancia de que este tomó esposa a sus treinta años o más, ¿cómo pudo en nueve años tener biznietos de los hijos que engendró de la misma esposa? Por tanto, al no tener hijos Efraín y Manasés, hijos de José, sino que Jacob los encontró aún niños de menos de nueve años al entrar en Egipto ¿cómo se cuentan entre aquellos setenta y cinco que entonces entraron en Egipto con Jacob no solo los hijos de estos, sino también los nietos^[224]? Pues allí se menciona a Maquir, hijo de Manasés, nieto de José, y al hijo del mismo Maquir, es decir, a Galaad, nieto de Manasés, biznieto de José; allí se cuenta también el que engendró Efraín, el otro hijo de José, a saber, Utalaán, nieto de José, y el hijo del propio Utalaán, Edén, nieto de Efraín, biznieto de José. Estos en ningún modo pudieron estar cuando Jacob vino a Egipto y encontró a los hijos de José, nietos suyos, abuelos de estos, como niños menores de nueve años. Pero en realidad la entrada de Jacob en Egipto, cuando la escritura lo menciona entre las setenta y cinco personas, no corresponde a un día o un año, sino a todo aquel tiempo durante el que vivió José, por medio del cual se produjo su entrada. En efecto, del propio José la misma escritura dice así: *Y habitó José en Egipto, él y sus hermanos y toda la familia de su*

padre, y vivió ciento diez años, y vio José a los hijos de Efraín hasta la tercera generación^[225]. Este mismo es aquel bisnieto suyo, el tercero a partir de Efraín. Lo cierto es que llama tercera generación al hijo, al nieto y al bisnieto. Después continúa: *Y los hijos de Maquir, hijos de Manasés, nacieron sobre el regazo de José*^[226]. Y este mismo es el nieto de Manasés, bisnieto de José. Pero son nombrados en plural, como es costumbre de la escritura, que ha llamado hijas a una sola hija de Jacob^[227], así como en el uso de la lengua latina los hijos se llaman *liberi* en plural, aunque no sean más de uno. Por consiguiente, al proclamarse la felicidad del propio José porque pudo ver a sus biznietos, en modo alguno se debe pensar que existieron ya en el año treinta y nueve de su bisabuelo José, cuando su padre Jacob llegó junto a él a Egipto. Y eso es lo que lleva a engaño a quienes consideran estas cuestiones menos atentamente, porque la escritura indica: *Y estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto junto con Jacob, su padre*^[228]. En efecto, esto se dijo porque junto con aquel se computan setenta y cinco, no porque estaban ya todos al mismo tiempo cuando este mismo entró en Egipto; pero como he dicho, se considera su entrada todo el tiempo que vivió José, por medio del cual parece que se produjo la misma.

41

Por consiguiente, en razón del pueblo cristiano, en el que la ciudad de Dios peregrina en la tierra, si buscamos la carne de Cristo en la descendencia de Abraham, dejando a un lado los hijos de las concubinas, aparece Isaac; si en la descendencia de Isaac, excluido Esaú, que es también Edón, aparece Jacob, que también es Israel; si en la descendencia del propio Israel, descartados los demás, aparece Judá, porque Cristo nació de la tribu de Judá. Y por este motivo escuchamos cómo Israel, al bendecir a sus hijos cuando iba a morir en Egipto, bendijo proféticamente a Judá: *A ti Judá, dijo, te alabarán tus hermanos. Tus manos estarán sobre la espalda de tus enemigos. Te adorarán los hijos de tu padre. Judá, cachorro de león; de un retoño, hijo mío, te alzaste, recostándote dormiste como un león y como un cachorro de león, ¿quién lo despertará? No faltará un príncipe de Judá y un jefe de sus muslos hasta que llegue lo que se le ha reservado; y él mismo será la esperanza de las naciones; atando a la vid a su pollino y a la tienda al pollino de su burra lavará en vino su túnica y en la sangre de la uva su*

manto. Sus ojos están enrojecidos por el vino, y sus dientes más blancos que la leche^[229]. He explicado estas cuestiones polemizando contra Fausto el maniqueo^[230] y considero que es suficiente, en la medida en que se manifiesta la verdad de esta profecía. Allí también ha sido predicha la muerte de Cristo mediante el término «sueño», y no la necesidad, sino el poder sobre la muerte, mediante el nombre del león. Dicho poder él mismo lo profetiza en el Evangelio cuando dice: *Tengo el poder de desprenderme de mi alma y el poder de recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, pero yo me desprendo de ella y la recobro de nuevo*^[231]. Así rugió el león, así cumplió lo que dijo. En efecto, pertenece a este poder lo que se añadió acerca de su resurrección: *¿quién lo despertará?* Es decir, ningún ser humano, excepto él mismo, que también dijo de su cuerpo: *Destruid este templo y en tres días lo reconstruiré*^[232]. Y el propio género de muerte, es decir, la sublimidad de la cruz, se entiende en una sola palabra que dijo: *Te levantaste*. Y lo que añade: *recostándote dormiste*, el evangelista lo explica cuando dice: *E inclinada la cabeza entregó su espíritu*^[233]. O, sin lugar a dudas, se reconoce su sepultura en la que se recostó quedándose dormido, y de donde ningún ser humano lo hizo levantarse, como los profetas a algunos o como él mismo a otros, sino que él mismo se levantó como de un sueño. Por otra parte, su túnica, que lava en vino, es decir, que purifica de los pecados en su sangre, sangre cuyo sacramento conocen los bautizados, donde también añade: *y en la sangre de la uva su manto*, ¿qué es sino la iglesia? Y *Sus ojos están enrojecidos por el vino*, alude a sus hombres espirituales embriagados por su copa, de la que canta el salmo: ¡Y qué excelente es tu cáliz embriagador! *Y sus dientes más blancos que la leche*, lo que según el apóstol beben los niños pequeños, aún no preparados para el alimento sólido, es decir, las palabras nutricias. Por consiguiente, él mismo es en quien habían sido restauradas las promesas de Judá que, hasta que se cumpliesen, nunca faltaron príncipes de aquella estirpe, es decir, reyes de Israel. *Y él mismo será la esperanza de las naciones*, lo que resulta más claro cuando se ve que cuando se explica.

42

Por otra parte, así como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, ofrecieron la imagen de los dos pueblos en los judíos y los cristianos (aunque, en lo que se refiere a la propagación de la carne, ni los judíos procedían de la estirpe de

Esaú, sino los Idumeos, ni las naciones cristianas de Jacob, sino más bien los judíos. En realidad, respecto a esta cuestión la figura solo ha tenido valor en lo que se dijo: *el mayor servirá al menor*)^[234]. Así ha sucedido también en los dos hijos de José; pues el mayor representó la figura de los judíos y el menor la de los cristianos. Al bendecirlos Jacob, colocando la mano derecha sobre el menor, al que tenía a su izquierda, la izquierda sobre el mayor, al que tenía a su derecha, a su padre le pareció inaceptable, y avisó al padre como corrigiendo su error y mostrando cuál de ellos era el mayor. Pero él no quiso cambiar sus manos, sino que dijo: *Lo sé, hijo, lo sé. También este se convertirá en un pueblo y será ensalzado; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia dará lugar a una multitud de pueblos*^[235]. Aquí también muestra las dos promesas. Aquel, en efecto, *en un pueblo*, este *en una multitud de pueblos*. ¿Qué es más evidente que en estas dos promesas está contenido el pueblo de los israelitas y el orbe de la tierra en la descendencia de Abraham, aquel según la carne, este según la fe?

43

Tras la muerte de Jacob, muerto también José, durante los restantes ciento cuarenta y cuatro años hasta la salida de la tierra de Egipto, aquel pueblo creció de manera increíble, aun siendo debilitado por persecuciones de tal envergadura que en cierto tiempo los nacidos varones eran asesinados a causa del terror que infundía a los asombrados egipcios el excesivo aumento de su población^[236]. Entonces Moisés, sustraído furtivamente de los asesinos de los niños, llegó al palacio real, preparando Dios grandes cosas para él, fue criado y adoptado por la hija del faraón^[237] (dicha denominación fue la propia de todos los reyes en Egipto), y llegó a ser un hombre de tal valía que él mismo liberó a aquel pueblo asombrosamente multiplicado del durísimo y pesadísimo yugo de la esclavitud que allí soportaba —en realidad Dios a través de él, que se lo había prometido a Abraham—. Lo cierto es que primero huyendo de allí porque había matado a un egipcio por defender a un israelita^[238] y se sintió aterrorizado, enviado después por voluntad divina^[239], gracias al poder del Espíritu de Dios, venció a los magos del faraón que se le enfrentaban. Entonces por medio de él les fueron infligidas a los egipcios las diez famosas plagas, por no querer dejar marchar al pueblo de Dios: el agua transformada en sangre, las ranas y mosquitos, los tábanos, la muerte del

ganado, las úlceras, el granizo, las langostas, las tinieblas, la muerte de los primogénitos^[240]. Al final los egipcios fueron aniquilados mientras perseguían en el mar Rojo a los israelitas, a los que, al verse quebrantados por tantas y tan grandes plagas, habían dejado marchar. Lo cierto es que a los que se marchaban el mar dividido les proporcionó una vía; en cambio, a los que les perseguían los sumergió la ola que volvía sobre sí misma^[241]. Después, durante cuarenta años, con Moisés como su guía, el pueblo de Dios fue conducido por el desierto, momento en que recibió su nombre el tabernáculo del testimonio^[242], donde se rendía culto a Dios mediante sacrificios que prefiguraban los hechos futuros, una vez promulgada ya la ley en el monte de manera totalmente terrorífica; en efecto, la divinidad la ratificaba de forma absolutamente evidente con señales y sonidos dignos de admiración. Esto sucedió después que se salió de Egipto y el pueblo empezó a hallarse en el desierto, el quincuagésimo día después de la celebración de la pascua mediante la inmolación de un cordero^[243]. Este es figura de Cristo pronosticando que él había de pasar de este mundo al Padre por la víctima de la pasión (ciertamente pascua en lengua hebrea se traduce como tránsito)^[244], de tal manera que ya al revelarse el Nuevo Testamento, cincuenta días después de que fue inmolado Cristo, nuestra pascua^[245], vino del cielo el Espíritu Santo^[246], que fue llamado en el Evangelio el dedo de Dios^[247], para que trajera a nuestra memoria el recuerdo del primer hecho prefigurado, ya que, según se dice, también aquellas tablas de la ley fueron escritas por el dedo de Dios^[248].

A la muerte de Moisés, Jesús Nave gobernó al pueblo, lo introdujo en la tierra de la promesa y la repartió entre el pueblo. Estos dos admirables caudillos también dirigieron guerras con gran éxito y de forma digna de admiración, dando Dios testimonio de que aquellas victorias procedían no tanto de los méritos del pueblo hebreo como de los pecados de aquellas naciones que eran derrotadas. Después de estos caudillos vinieron los jueces, ya establecido el pueblo en la tierra prometida, de manera que comenzase entretanto a cumplirse la primera promesa a Abraham de una sola nación, es decir, la hebrea, y de la tierra de Canaán^[249], pero todavía no la relativa a todos los pueblos y todo el orbe de la tierra. Esto lo había de cumplir la venida de Cristo en carne y no las observancias de las antiguas leyes, sino la fe del Evangelio. De ello se convirtió en símbolo no el hecho de que Moisés, que había recibido la ley para el pueblo en el monte Sinaí, introdujo al pueblo en la tierra prometida, sino Jesús, a quien también se le cambió el nombre por prescripción divina para que se llamase así^[250]. Por otra parte, en la época de

los jueces alternaron los éxitos y los fracasos en las guerras conforme se sucedían los pecados del pueblo y la misericordia de Dios^[251].

De ahí se llegó al tiempo de los reyes, de los cuales Saúl reinó en primer lugar. A este, reprobado y abatido en un desastre bélico^[252], y relegada su estirpe para que no surgieran reyes de ella, le sucedió David en el trono, del que Cristo fue llamado hijo especialmente. Con este se inició una época y, en cierto modo, el comienzo de la juventud del pueblo de Dios, linaje cuya adolescencia, por decirlo de algún modo, abarca desde el propio Abraham hasta este David^[253]. Lo cierto es que el ser humano empieza a poder engendrar a partir de la adolescencia; por ello el comienzo de las generaciones se inicia a partir de Abraham, que también fue instituido padre de las naciones cuando recibió su nuevo nombre^[254]. Por consiguiente, antes de este tuvo lugar la infancia, por llamarla de algún modo, de ese linaje del pueblo de Dios, desde Noé hasta Abraham, y, por ello, se descubrió en posesión de la lengua, es decir, de la hebrea^[255]. Pues el ser humano comienza a hablar desde la niñez, después de la infancia, que es llamada así porque no posee la capacidad de hablar^[256]. Ciertamente, el olvido engulló esta primera edad, así como la primera edad del género humano fue destruida por el diluvio. Pues ¿cuántos hay que se acuerden de su infancia^[257]? Por lo cual, en este recorrido de la ciudad de Dios, como el libro anterior trataba la primera y única, así este contiene dos edades, la segunda y la tercera. En esta tercera fue impuesto el yugo de la ley por la novilla de tres años, la cabra de tres años y el carnero de tres años, y se hizo visible la abundancia de pecadores y surgió el comienzo del reino terreno, donde no faltaron los hombres espirituales, cuyo símbolo fue representado en la tórtola y la paloma^[258].

LIBRO XVII

SUMARIO

1. Sobre los tiempos de los profetas.
2. En qué tiempo se cumplió la promesa de Dios de la tierra de Canaán que recibió en propiedad también el Israel carnal.
3. Sobre el triple significado de los profetas, que ora se refieren a la Jerusalén terrena, ora a la celeste, ora a una y otra.
4. Sobre la transformación prefigurada del reino y el sacerdocio de Israel, y sobre la profecía de Ana, madre de Samuel, representando la figura de la iglesia.
5. Sobre las palabras que pronunció el hombre de Dios al sacerdote Elí con espíritu profético, significando que debía eliminarse el sacerdocio que había sido instituido según Aarón.
6. Sobre el sacerdocio y el reino de los judíos, que, aunque se diga que fueron instituidos para la eternidad, no perduran, para dar a entender otros cuya eternidad es prometida.
7. Sobre la disgregación del reino de Israel, por la que es prefigurada la división perpetua del Israel espiritual respecto al Israel carnal.
8. Sobre las promesas a David en su hijo, que no se hallan de ninguna manera en Salomón, sino en Cristo en toda su plenitud.
9. Cuán semejante es la profecía de Cristo en el salmo octogésimo octavo a aquellas promesas que se realizan en el libro de los reyes mediante la profecía de Natán.
10. Cuán diversos son los acontecimientos en el reino de la Jerusalén terrena de aquellos que Dios había prometido, para que se entendiera que la verdad de la promesa pertenecía a la gloria de otro rey y de otro reino.
11. Sobre la sustancia del pueblo de Dios, que existe por la adopción de la carne en Cristo, único que tuvo el poder de arrebatarse su alma de los infiernos.

12. A la persona de quiénes debe entenderse que pertenece la insistente súplica de las promesas de las cuales se dice en el salmo «¿Dónde está tu antigua misericordia, Señor?», y lo demás.
13. ¿Acaso la verdad de la paz prometida puede adscribirse a aquellos tiempos que transcurrieron bajo Salomón?
14. Sobre el empeño de David en la disposición y misterio de los salmos.
15. Si todo lo que es profetizado en los salmos sobre Cristo y la iglesia debe incluirse en el plan de esta obra.
16. Sobre aquellas realidades concernientes a Cristo y a la iglesia que o bien se dicen literalmente o bien metafóricamente.
17. Sobre aquellas que en el salmo 109 se refieren al sacerdocio de Cristo y en el salmo vigésimo primero a su pasión.
18. Sobre los salmos tercero, cuadragésimo, décimo quinto y sexagésimo séptimo, en los cuales se profetiza la muerte y resurrección del Señor.
19. Sobre el salmo sexagésimo octavo, en el que se declara la pertinaz impiedad de los judíos.
20. Sobre el reinado y los méritos de David y sobre su hijo Salomón y sobre aquella profecía perteneciente a Cristo que se encuentra ya en aquellos libros que se unen a sus escritos o en aquellos que no hay duda de que son suyos.
21. Sobre los reyes después de Salomón, ya en Judá, ya en Israel.
22. Sobre Jeroboán, que mancilló al pueblo sometido a él con la impiedad de la idolatría, en el cual sin embargo no dejó Dios no solo de inspirar a los profetas, sino también de preservar a muchos del crimen de la idolatría.
23. Sobre la diversa situación de uno y otro reino de los hebreos hasta que ambos pueblos fueron llevados en cautividad en distinto tiempo, restituido después Judá a su reino, que recientemente pasó al poder de los romanos.
24. Sobre los profetas que, o bien fueron los últimos entre los judíos, o bien la historia evangélica sitúa en torno a los tiempos del nacimiento de Cristo.

1

Cómo se cumplen las promesas de Dios que se le hicieron a Abraham, a cuya stirpe hemos aprendido que pertenecen tanto el pueblo de Israel según la carne como todos los pueblos según la fe, conforme a la promesa de Dios, lo señalará la ciudad de Dios en su transcurrir por la sucesión de los tiempos.

Por tanto, puesto que el libro anterior tuvo su final en el reinado de David, ahora abordamos los restantes acontecimientos que siguen a partir de dicho reinado, en la medida en que parece suficiente para la obra emprendida. Consecuentemente, este tiempo, desde el que santo Samuel empezó a profetizar, e inmediatamente después, mientras el pueblo de Israel era llevado cautivo a Babilonia, después de regresar de allí los israelitas pasados setenta años, según la profecía del santo Jeremías^[1], fue reconstruida la casa de Dios, todo ese tiempo es el de los profetas. Aunque, efectivamente, también al propio patriarca Noé, en cuyos días toda la tierra fue devastada por el diluvio, y a otros antes y después hasta aquel tiempo en el que empezaron a gobernar los reyes en el pueblo de Dios, debido a ciertos acontecimientos futuros concernientes a la ciudad de Dios y al reino de los cielos, ya significados de algún modo, ya predichos a través de ellos, no sin razón podemos llamarlos profetas, principalmente porque leemos que algunos de ellos son llamados así de forma explícita, como Abraham^[2] y como Moisés^[3]. No obstante, reciben el nombre de días de los profetas especialmente y sobre todo aquellos a partir del momento en que empezó a profetizar Samuel^[4], que por mandato divino ungió como rey en primer lugar a Saúl^[5] y, reprobado este, al propio David^[6], a cuya estirpe pertenecerían los restantes sucesores, mientras resultase conveniente que se diera este tipo de sucesión. Así pues, si quisiera recordar todas las predicciones que han sido realizadas por los profetas sobre Cristo, mientras la ciudad de Dios seguía su curso a través de estos tiempos con la desaparición de sus miembros al morir y la sucesión de otros al nacer, sería continuar hasta el infinito, en primer lugar porque la misma escritura, que, al disponer ordenadamente los reyes y sus hechos y acontecimientos, parece que está centrada en la narración de los acontecimientos con rigor histórico, por decirlo de algún modo, si se abordase mediante su examen con la ayuda del Espíritu de Dios, se descubrirá que está más atenta, o no menos sin duda, a pronosticar los hechos futuros que a relatar los pasados (¿y quién que reflexione sobre estas cuestiones, incluso con poca profundidad, ignora cuán laborioso y prolijo resulta, y cuán ingente cantidad de volúmenes requiere indagarlo mediante la investigación y exponerlo mediante la discusión?); después porque esos mismos acontecimientos, que no se discute que presentan un carácter profético, son en tal cuantía acerca de Cristo y el reino de los Cielos, que es la ciudad de Dios, que la discusión necesaria para explicarlo resulta más extensa de lo que exigen las dimensiones de esta obra. Por tanto, si me es posible, pondré límite a mi pluma, de manera que para la

conclusión de esta obra, conforme a la voluntad de Dios, no exponga lo que es superfluo ni omita lo que es suficiente.

2

En el libro anterior afirmamos que Dios desde el principio le hizo dos promesas a Abraham, una en el sentido de que su descendencia había de poseer la tierra de Canaán (lo que se significa donde se dijo: *Ve a la tierra que te mostraré y haré de ti un gran pueblo*)^[7], la otra, por su parte, mucho más importante, acerca no de la descendencia carnal, sino de la espiritual, a través de la cual es padre no únicamente del pueblo de Israel, sino de todos los pueblos que siguen las huellas de su fe, promesa que comenzó a formularse con estas palabras: *Y serán bendecidas en ti todas las tribus de la tierra*^[8]; y a continuación hemos mostrado que ambas promesas precisamente fueron realizadas mediante multitud de testimonios. Por consiguiente, ya se hallaba en la tierra de la promesa la descendencia de Abraham según la carne, es decir, el pueblo de Israel, y allí había empezado ya a reinar no solo mediante la ocupación y dominación de las ciudades de los enemigos, sino también mediante la institución de una monarquía, cumplidas las promesas de Dios relativas al propio pueblo ya en gran parte, no solo las que se les hicieron a aquellos tres patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, y todas las demás en sus tiempos, sino también aquellas que fueron realizadas a través del propio Moisés, por medio del cual el mismo pueblo fue liberado de la esclavitud egipcia y fueron revelados todos los hechos pasados en su tiempo, mientras el pueblo era conducido por el desierto. Por otra parte, tampoco se había cumplido la promesa de Dios relativa a la tierra de Canaán, desde cierto río de Egipto hasta el gran río Éufrates^[9], a través del ilustre caudillo Jesús Nave, por medio del cual aquel pueblo fue conducido a la tierra de la promesa, y, una vez vencidos los pueblos, la dividió entre las doce tribus que Dios le había ordenado y murió, ni después de aquel, durante todo el tiempo de los jueces; y, sin embargo, ya no se profetizaba que fuera a suceder, sino que se esperaba su cumplimiento. Y se cumplió por medio de David y su hijo Salomón, cuyo reinado se dilató en una dimensión tal cual se había prometido. Lo cierto es que sometieron a todos aquellos pueblos y los convirtieron en tributarios. En consecuencia, bajo aquellos reyes la descendencia de Abraham se estableció en la tierra de la promesa según la

carne, es decir, en la tierra de Canaán, de tal manera que no faltase nada después para que se cumpliera aquella promesa terrena de Dios, excepto que el pueblo hebreo permaneciera en la misma tierra, en cuanto atañe a la prosperidad temporal, en una situación estable por la descendencia de su linaje hasta el final de este siglo mortal, si obedecía las leyes del Señor, su Dios. Pero, puesto que Dios sabía que este no iba a cumplirlo, se sirvió también de sus castigos temporales para poner a prueba a sus pocos fieles en él y para advertir lo que convenía advertir a quienes lo iban a ser después en todos los pueblos en los cuales había de cumplir la segunda promesa con la revelación del Nuevo Testamento por la encarnación de Cristo.

3

En consecuencia, como aquellos oráculos divinos a Abraham, Isaac y Jacob y cualesquiera otras señales o palabras proféticas que fueran realizadas en los escritos proféticos precedentes, así también las restantes profecías a partir de ese tiempo de los reyes en parte atañen al pueblo de la carne de Abraham, y en parte a aquella descendencia suya en la cual son bendecidas todas las naciones coherederas de Cristo por el Nuevo Testamento para la posesión de la vida eterna y del reino de los cielos; por consiguiente, en parte a aquella esclava que engendra en la servidumbre, es decir, la Jerusalén terrena que sirve con sus hijos, y en parte a la ciudad de Dios libre, es decir, la verdadera Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos, los seres humanos que viven conforme a Dios, peregrinan en la tierra^[10]; pero hay entre ellas profecías que se interpreta que pertenecen a una y otra, a la esclava literalmente, a la libre en sentido figurado.

Por tanto, se hallan tres clases de expresiones en los profetas, ya que unas son relativas a la Jerusalén terrena, otras a la celeste, y otras a ambas. Veo que esta afirmación debe ser demostrada con ejemplos. Fue enviado el profeta Natán para reprobear al rey David por un pecado grave, y para predecirle los males venideros que resultarían como consecuencia de ello^[11]. ¿Quién podría poner en duda que estas profecías y otras semejantes se refieren a la ciudad terrena, ya fueran pronunciadas públicamente, es decir, por la salvación y utilidad del pueblo, ya en privado, al ser alguien merecedor en su propio beneficio de las palabras divinas con las cuales se diera a conocer algún suceso futuro para utilidad de la vida temporal? Sin embargo, donde se lee:

He aquí que llegan los días, dice el Señor, y consumaré para la casa de Israel y la casa de Judá una nueva alianza, no según la alianza que establecí para sus padres en el día en que tomé sus manos para sacarlos de la tierra de Egipto, puesto que ellos mismos no permanecieron en mi alianza, y yo los desprecié, dice el Señor. Porque esta es la alianza que establecí para la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor, poniendo mis leyes en su mente, y las escribiré en su corazón y los veré y me convertiré en su Dios y ellos mismos se convertirán en mi pueblo^[12], sin duda profetiza la Jerusalén celeste, cuya recompensa es el propio Dios, poseerlo y pertenecerle es allí el bien supremo y absoluto. En cambio, ataña a ambas el mismo hecho de que Jerusalén es llamada ciudad de Dios y en esta se profetiza la futura casa de Dios, y dicha profecía parece cumplirse cuando el rey Salomón edifica aquel famosísimo templo^[13]. En efecto, estos acontecimientos tuvieron lugar en la Jerusalén terrena según la historia, y fueron símbolos de la Jerusalén celeste. Este género de profecía, combinado y compuesto de uno y otro, por así decirlo, presenta una enorme relevancia en los antiguos libros canónicos, en los que se contienen las narraciones de los hechos, y ha puesto y sigue poniendo a prueba las inteligencias de quienes escudriñan las escrituras sagradas, para que se investigue cuál es el sentido alegórico de que lo que se lee que ha sido predicho y cumplido históricamente en la descendencia de Abraham según la carne también ha de cumplirse en la descendencia de Abraham según la fe, hasta tal punto que, en opinión de algunos, en los mismos libros no hay nada o profetizado y cumplido, o cumplido, aunque no profetizado, que no sugiera algo referido en sentido figurado a la ciudad de Dios celeste y sus hijos peregrinos en esta vida. Pero si esto es así, ya serán de dos clases, y no de tres, las expresiones de los profetas, o más bien las de todas aquellas escrituras que se registran mediante la denominación de Antiguo Testamento. En efecto, no habrá allí nada que ataña solamente a la Jerusalén terrena si cualquier cosa que se dice allí de ella o por ella y se cumple presenta algún significado que también se refiera a la Jerusalén celeste mediante un símbolo alegórico; pero habrá únicamente dos tipos, uno que ataña a la Jerusalén libre, otro que lo haga a una y otra. Sin embargo, al igual que, a mi modo de ver, cometen un grave error quienes consideran que ninguna acción recogida en este género de escritos presenta algún otro significado, aparte de que ha acontecido de ese modo, de la misma manera muestran una inmensa osadía quienes defienden que allí todo está impregnado de significados alegóricos. Por eso dije que son de tres tipos y no de dos. En efecto, así pienso, pero sin censurar a aquellos que hubieran podido moldear a

partir de un hecho cualquiera una interpretación de sentido espiritual, si al menos se respeta originariamente la verdad histórica. Por lo demás, ¿qué fiel podría dudar que no se ha dicho de forma vana lo que se ha dicho de forma que no pueda convenir a los hechos que, o bien se han realizado, o bien han de realizarse conforme a la naturaleza humana o divina? ¿Quién no los referiría a un sentido espiritual, si pudiera, o admitiría que deben ser reinterpretados por quien esté cualificado?

4

Así pues, el desarrollo de la ciudad de Dios cuando llega al tiempo de los reyes, en que David, una vez reprobado Saúl, fue el primero en obtener el trono, de tal manera que a partir de ese momento sus descendientes reinasen en la Jerusalén terrena en prolongada sucesión^[14], proporcionó un símbolo, significando y anunciando con sus acciones, cosa que no debe dejarse en silencio, sobre el cambio de las circunstancias futuras, en lo que atañe a las dos alianzas, la vieja y la nueva, donde el sacerdocio y el reino son transformados por medio del sacerdote y al mismo tiempo rey nuevo y sempiterno que es Cristo Jesús. Pues después que hubo sido reprobado el sacerdote Elí, Samuel, nombrado como sustituto en el servicio de Dios, desempeñando al mismo tiempo el cargo de sacerdote y juez^[15], y el rey David, establecido en el trono al ser destituido Saúl^[16], simbolizaron lo que acabo de explicar. También la propia madre de Samuel, Ana, que antes fue estéril y gozó de una fecundidad tardía, no parece profetizar nada diferente cuando, exultante de alegría, expresa su agradecimiento al Señor en el momento en que consagra a Dios al mismo niño, una vez nacido y destetado, con idéntica piedad con la que lo había ofrecido. Dice, en efecto: *Mi corazón se ha fortalecido en el Señor, y mi fuerza se ha alzado en mi Señor. Mi boca se ha abierto contra mis enemigos, me regocijo en tu salvación. Puesto que no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios; no hay santo excepto tú. No os vanagloriéis ni pronunciéis palabras altisonantes, ni salga la jactancia de vuestra boca. Porque Dios es el Señor del conocimiento, y Dios el que dispone sus designios. Hizo débil el arco de los poderosos y los débiles se ciñeron de valor; los que estaban hartos de pan quedaron disminuidos y los hambrientos cruzaron la tierra. Porque la estéril parió a siete y la abundante en hijos quedó yerma. El señor da la muerte y da la vida,*

hace descender a los infiernos y regresar de ellos. El señor hace pobres y da riqueza, humilla y eleva. Levanta del suelo al pobre y eleva del estiércol al indigente para colocarlo con los poderosos del pueblo, dándoles también en herencia el trono de la gloria, presentando una ofrenda al que se la ofrece, y bendijo los años del justo porque el hombre no es poderoso en su vigor. El Señor hará débil a su adversario, el Señor es santo. No se vanaglorie el prudente en su prudencia, ni se vanaglorie el poderoso en su poder, ni se vanaglorie el rico en sus riquezas; pero gloríese en esto quien se gloria, en conocer y comprender al Señor y en ejercer el derecho y la justicia en medio de la tierra. El señor ascendió a los cielos y tronó; él en persona juzgará los confines de la tierra, porque es justo; y concede el valor a nuestros reyes, y exaltará el poder de su cristo^[17].

¿Y acaso se pensará que estas palabras son realmente las de una simple mujer que se felicita por el hijo que le ha nacido? ¿Acaso la mente humana se halla tan apartada de la luz de la verdad que no se da cuenta de que las palabras pronunciadas superan la capacidad de esta mujer? En definitiva, quien se conmueve convenientemente con estos hechos que ya empezaron a cumplirse incluso en esta peregrinación terrena ¿acaso no entiende, ni ve, ni reconoce que a través de esta mujer, cuyo nombre, a saber, Ana, también se traduce como gracia^[18], ha hablado así con espíritu profético la propia religión cristiana, la propia ciudad de Dios, cuyo rey es también Cristo, su fundador, y, finalmente, la propia gracia de Dios, de la que se apartan los soberbios para caer y de la que se llenan los humildes para levantarse, hecho que sobre todo hizo resonar este himno? A no ser que alguien acaso vaya a alegar que esa mujer no ha realizado ninguna profecía, sino que se limitó a alabar a Dios con jubiloso encomio a causa del hijo que consiguió con sus súplicas. Por consiguiente, ¿qué quieren decir las palabras: *Hizo débil el arco de los poderosos y los débiles se ciñeron de valor; los que estaban hartos de pan quedaron disminuidos y los hambrientos cruzaron la tierra. Porque la estéril parió a siete y la abundante en hijos quedó yerma^[19]*? ¿Acaso ella misma parió siete aunque hubiese sido estéril? Tenía un único hijo cuando pronunciaba estas palabras; pero tampoco parió siete después, ni seis, de los que el propio Samuel fuese el séptimo, sino tres varones y dos mujeres^[20]. Después, si en aquel pueblo todavía no gobernaba ningún rey, ¿por qué decía lo que dispuso al final: *y concede el valor a nuestros reyes, y exaltará el poder de su cristo^[21]*, si no estaba profetizando?

Diga, por consiguiente, la iglesia de Cristo, la ciudad del gran rey^[22], llena de gracia, fecunda en su prole, diga aquello que reconoce profetizado

sobre ella tanto tiempo atrás por la boca de esta madre piadosa: *Mi corazón se ha fortalecido en el Señor, y mi fuerza se ha alzado en mi Señor*^[23]. En verdad su corazón se ha fortalecido y su fuerza se ha alzado, porque no lo fue en sí sino en el Señor su Dios. *Mi boca se ha abierto contra mis enemigos*^[24], porque la palabra de Dios no está encadenada^[25], ni en las angustias de las persecuciones, ni en los predicadores encadenados. *Me regocijo*, dice, *en tu salvación*.

Cristo es ese Jesús al que Simeón^[26], como se lee en el Evangelio, cuando era un anciano, abrazándolo pequeño, reconociéndolo grande, dice: *Ahora, Señor, dejas marchar a tu siervo en paz, porque mis ojos vieron tu salvación*^[27]. Diga, pues, la iglesia: *Me regocijo en tu salvación; puesto que no hay santo como el Señor, y no hay justo como nuestro Dios*^[28], como santo que santifica, justo que justifica. *No hay santo excepto tú*, porque nadie se hace santo sino por ti. Finalmente sigue: *No os vanagloriéis ni pronunciéis palabras altisonantes, ni salga la jactancia de vuestra boca; porque Dios es el Señor del conocimiento*^[29]. Él mismo os conoce, incluso cuando nadie os conoce, porque *quien cree que es algo sin ser nada, se engaña a sí mismo*^[30].

Estas palabras se dirigen a los adversarios de la ciudad de Dios que pertenecen a Babilonia, que presumen de su virtud, que se glorían en sí mismos, no en el Señor. Entre estos se hallan también los israelitas carnales, ciudadanos terrenales de la Jerusalén terrena, que, como dice el apóstol, *ignoran la justicia de Dios* (es decir, la que da al ser humano Dios, que es el único justo y que justifica) *y que desean establecer la suya* (es decir, como si hubiese sido alcanzada por ellos para sí, no dada por él), *no están sometidos a la justicia de Dios*^[31], sobre todo porque son soberbios, que piensan que pueden complacer a Dios por lo que les pertenece, no por lo que reciben de Dios, que es el Dios del conocimiento y, por ello, también árbitro de las conciencias, viendo allí los pensamientos de los seres humanos, porque son vanos^[32], si son propios de seres humanos y no proceden de él. *Y que dispone*, dice, *sus designios*^[33]. ¿Qué designios pensamos, sino que caigan los soberbios y se alcen los humildes? Lo cierto es que realiza estos designios cuando dice: *El arco de los poderosos fue debilitado y los débiles se ciñeron de valor*^[34]. Se debilitó el arco, es decir, la voluntad de aquellos que se consideran poderosos hasta el punto de poder cumplir los mandatos divinos por la suficiencia humana, sin el favor y la ayuda de Dios, y se ciñen de valor aquellos en quienes habita una voz interior: *Compadécete de mí, Señor, porque soy débil*^[35].

Los que estaban hartos de pan, dice, quedaron disminuidos y los hambrientos cruzaron la tierra^[36]. ¿Quiénes debe entenderse que están hartos de pan sino precisamente aquellos mismos, supuestamente poderosos, a saber, los israelitas, a quienes fueron confiadas las palabras de Dios? Pero en aquel pueblo los hijos de las esclavas fueron disminuidos (con este término, poco correcto en latín, sin embargo se expresa con propiedad que de superiores se convierten en inferiores)^[37], ya que también en los propios panes, es decir, en las palabras divinas que recibieron entonces únicamente los israelitas entre todos los pueblos, saborean las realidades terrenas. Pero los pueblos a quienes no les fue otorgada aquella ley, después de que alcanzaron aquellas palabras por medio del Nuevo Testamento, cruzaron la tierra pasando mucha hambre, porque en ellas saborearon no las realidades terrenas sino las celestes. Y, como si se preguntase la causa por la que sucedió esto, dice: *Porque la estéril parió a siete y la abundante en hijos quedó yerma*^[38]. Aquí todo lo que se había profetizado se revela a aquellos que conocen el número septenario, con el que se halla simbolizada la perfección de la iglesia universal. A causa de esto, también el apóstol Juan escribe a las siete iglesias^[39], mostrando de ese modo que escribe a la plenitud de la única. Y anteriormente la Sabiduría, prefigurando esto en los proverbios de Salomón, *se construyó una casa y erigió siete columnas*^[40]. Efectivamente, la ciudad de Dios era estéril en todos los pueblos, antes que surgiera esta descendencia que vemos. Observamos también que la Jerusalén terrena, que era abundante en hijos, ahora se ha debilitado, puesto que todos los hijos de la libre que habitaban en ella constituían su vigor. Pero ahora, dado que en ella reside la letra y no el espíritu^[41], se ha debilitado por la pérdida de su vigor.

El señor da la muerte y da la vida^[42]. Mortificó a aquella que era abundante en hijos, y vivificó a esta estéril que parió siete. Aunque pudiera entenderse más propiamente que da la vida a aquellos a los que ha dado la muerte^[43]. En efecto, en cierto modo repitió esta idea añadiendo *hace descender a los infiernos y regresar de ellos*^[44]. Pues a quienes dice el apóstol: *si habéis muerto con Cristo, buscad lo que está arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios*^[45], sin duda la muerte les ha sido dada por el Señor de forma salutífera. Para estos añade: *saboread lo que está arriba, no lo que se halla sobre la tierra*^[46], para que ellos mismos sean los que *hambrientos cruzaron la tierra. Pues estáis muertos*, dice. He aquí cómo Dios da la muerte de forma salutífera. Después sigue: *Y vuestra vida está escondida en Dios con Cristo*^[47]. He aquí cómo Dios les da la vida a estos mismos. Pero ¿acaso les hace descender a los infiernos y regresar de ellos a

estos mismos? Vemos más bien, sin polémica de los fieles, que ambas cosas se han cumplido en él, sin duda nuestra cabeza, con el que dijo el Apóstol que nuestra vida está escondida en Dios. Pues el que *no preservó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*^[48], de ese modo sin duda le dio la muerte. Y ya que resucitó de entre los muertos, a este de nuevo le dio la vida.

Y ya que en la profecía se reconoce su voz: *no abandonarás mi alma en el infierno*^[49], a este mismo lo hizo descender a los infiernos y regresar de ellos. Por esta pobreza suya somos enriquecidos^[50]. *El señor hace pobres y da la riqueza*. Y para que sepamos qué significa esto, escuchemos lo que sigue: *humilla y eleva*^[51]. Ciertamente, humilla a los soberbios y eleva a los humildes. Esto, en efecto, se lee en otro pasaje: *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da la gracia*^[52]. Este es el contenido de todo el discurso de aquel cuyo nombre significa «gracia».

Y, por otra parte, lo que añade, *levanta del suelo al pobre*^[53], no lo entiendo de ningún otro sino de aquel *que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que por su pobreza, como se ha dicho un poco antes, nos hiciéramos ricos*^[54]. En efecto, lo levantó del suelo con tal presteza que su carne no vio la corrupción. Y no desvincularé de aquel lo que fue añadido: *eleva del estiércol al indigente*^[55]. Lo cierto es que indigente es lo mismo que pobre. Por su parte, el estiércol, de donde es alzado, se entiende de forma absolutamente correcta como los judíos perseguidores, en el número de los cuales se ha puesto el apóstol, al haber afirmado que había perseguido a la iglesia: *lo que para mí fue beneficio, dice, por causa de Cristo lo consideré un perjuicio, y no solo consideré que era pérdida, sino también estiércol, a fin de ganar a Cristo*^[56]. Por consiguiente, aquel pobre fue levantado del suelo por encima de todos los ricos y aquel indigente fue alzado de aquel estiércol por encima de todos los opulentos para que se siente *con los poderosos del pueblo*^[57], a los que dice: *os sentaréis sobre doce tronos*^[58]. —*Y dándoles en herencia el trono de la gloria*^[59]; en efecto, los poderosos le habían dicho: *he aquí que lo hemos dejado todo y te hemos seguido*^[60]. Esta ofrenda la habían realizado con gran fuerza. ¿Pero de dónde les venía a aquellos sino de aquel del que se dice a continuación: *presentando una ofrenda al que se la ofrece*^[61]? De otro modo, serían de aquellos poderosos cuyo arco se debilitó. *Presentando*, dice, *una ofrenda al que se la ofrece*. En efecto, nadie ofrece nada recto al Señor salvo quien recibe de él lo que le ha ofrecido. Sigue: *Y bendijo los años del justo*^[62], para que ciertamente viva sin fin con aquel al que se ha dicho: *Y tus años no tendrán fin*^[63]. Efectivamente, allí los años perduran, aquí en cambio transcurren, mejor aún, perecen; pues

antes de llegar no existen; pero cuando hayan llegado no existirán, porque llegan con su final. Y de estas dos expresiones: *presentando una ofrenda al que se la ofrece*, y *bendijo los años del justo*, una es lo que hacemos, la otra lo que recibimos. Pero lo segundo no se recibe por la largueza de Dios, sino cuando con su ayuda se cumple lo primero: *porque el hombre no es poderoso en su vigor. El Señor hará débil a su adversario*^[64], es decir, a aquel que envidia al hombre que hace la ofrenda y le pone obstáculos para que no pueda cumplir lo que ofreció. Puede entenderse también por la ambigüedad del griego *al adversario suyo*. En efecto, cuando el Señor empieza a poseernos, ciertamente el adversario que había sido nuestro se hace suyo y es vencido por nosotros, pero no con nuestras fuerzas, porque *el hombre no es poderoso en su vigor. El señor hará débil a su adversario, el Señor santo*; para que sea vencido por los santos, a los que el Señor, santo de los santos, hace santos.

Y, por ello, *no se vanaglorie el prudente en su prudencia, ni se vanaglorie el poderoso en su poder, ni se vanaglorie el rico en sus riquezas; pero gloríese en esto quien se gloria, en conocer y comprender al Señor y en ejercer el derecho y la justicia en medio de la tierra*^[65]. No comprende y conoce al Señor de forma insuficiente quien comprende y conoce también que el comprender y conocer al Señor le será dado por el Señor. Dice el apóstol: *en efecto, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te vanaglorias, como si no lo hubieras recibido*^[66]? Es decir, como si tuvieras algo por ti mismo de lo que vanagloriarte. Por otra parte, ejerce el derecho y la justicia aquel que vive rectamente. Y vive rectamente quien obedece los preceptos de Dios; y *el fin del precepto*, es decir, aquello a lo que el precepto está orientado, *es la caridad que nace de un corazón puro, de la buena conciencia y de la fe no fingida*^[67]. En definitiva, esta *caridad*, como el apóstol Juan atestigua, *procede de Dios*^[68]. Por consiguiente, ejercer el derecho y la justicia procede de Dios. Pero ¿qué significa *en medio de la tierra*^[69]? En efecto, no deben dejar de ejercer el derecho y la justicia quienes habitan en los confines de la tierra. ¿Quién podría decir tal cosa? ¿Por qué se añade entonces *en medio de la tierra*? Porque si no se añadiese y se dijese simplemente *ejercer el derecho y la justicia*, este precepto afectaría en mayor medida a dos tipos de seres humanos, los habitantes del interior y los de las costas. Pero para que nadie pensara que después del fin de esta vida que se pasa en este cuerpo quedaría tiempo de ejercer el derecho y la justicia que no ejerció mientras estaba en carne, y así poderse eludir el juicio divino, me parece que se dijo *en medio de la tierra* en el sentido de «cuando cada uno vive en el cuerpo». Lo cierto es que en esta vida cada cual mueve en torno a sí

su propia tierra que, al morir la persona, recibe la tierra común, para restituírsela ciertamente al resucitar. Por ello, *en medio de la tierra*, es decir, cuando nuestra alma está encerrada en ese cuerpo terreno, se debe ejercer el derecho y la justicia, a fin de que nos resulte provechoso en el futuro, *cuando cada cual recibe, según aquello que hizo por medio de su cuerpo, ya el bien ya el mal*^[70]. En *a través del cuerpo* el apóstol quiso decir allí en realidad «a través del tiempo en el que vive en el cuerpo». Y, en efecto, si alguien con mente malvada y pensamiento impío blasfema y no lo hace con ningún miembro de su cuerpo, no por ello dejará de ser reo por no haberlo llevado a cabo mediante la acción de su cuerpo, habiéndolo realizado durante este tiempo en el que obró también el cuerpo. De este modo, puede entenderse coherentemente también aquello que se lee en el salmo: *Y Dios, nuestro rey, ha obrado la salvación antes de los siglos en medio de la tierra*^[71], de manera que el Señor Jesús sea interpretado como nuestro Dios, que existe antes de los siglos, porque por él fueron creados los siglos, ha obrado nuestra salvación en medio de la tierra, cuando el Verbo se hizo carne^[72] y habitó en cuerpo terreno.

Más adelante, después de que en estas palabras de Ana fue profetizado cómo debe gloriarse quien se gloria, no en sí mismo ciertamente, sino en el Señor, a causa de la recompensa que habrá de venir en el día del juicio: *El Señor, dice, ascendió a los cielos y tronó; él en persona juzgará los confines de la tierra, porque es justo*^[73]. Mantuvo exactamente el orden de la profesión de fe de los creyentes. En efecto, ascendió al cielo el Señor Cristo, y de ahí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Pues, como dice el apóstol, ¿quién ascendió sino el que también descendió a las regiones inferiores de la tierra? *El que descendió, él mismo también es el que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo*^[74]. Por consiguiente, tronó en medio de sus nubes, que llenó de Espíritu Santo cuando hubo ascendido. En relación con estas amenazó a la Jerusalén esclava, es decir a la viña ingrata, a través del profeta Isaías, con que no harían caer la lluvia sobre ella. Pues así se dijo: *él en persona juzgará los confines de la tierra*^[75], como si se dijera «también los confines de la tierra». En efecto, no podrá dejar de juzgar las otras partes quien sin lugar a dudas juzgará a todos los seres humanos. Pero los confines de la tierra se entienden mejor como los confines del ser humano, puesto que no serán juzgadas las acciones que cambian a mejor o a peor en el tiempo intermedio, sino en los confines en que se encuentre quien será juzgado. Por causa de ello se ha dicho: *Quien haya perseverado hasta el final, este será salvado*^[76]. Por consiguiente, quien con perseverancia ejerce el derecho y la

justicia en el medio de la tierra, no será condenado cuando sean juzgados los confines de la tierra. *Y concede, dice, el valor a nuestros reyes*^[77], para no condenarlos en el juicio. Les concede el valor para que gobiernen la carne como reyes^[78] y venzan el mundo en aquel que derramó su sangre por ellos. *Y exaltará el poder de su cristo*^[79]. ¿De qué modo Cristo *exaltará el poder de su cristo*? Pues aquel del que se ha dicho más arriba: *El Señor ascendió a los cielos*, y se ha entendido también el Señor Cristo, él mismo, como se dice aquí, *exaltará el poder de su cristo*. En consecuencia, ¿quién es el cristo de Cristo? ¿Acaso exaltará el poder de cada uno de sus fieles, como dice aquella misma al comienzo de este himno: *mi fuerza es exaltada en mi Dios*^[80]? Lo cierto es que a todos los ungidos con su crisma podemos llamarlos justamente cristos; cuerpo que, sin embargo, todo entero con su cabeza es un solo Cristo. Estas profecías realizó Ana, la madre de Samuel, santo varón y muy alabado, en el que ciertamente fue simbolizada la transformación del antiguo sacerdocio también cumplida ahora, cuando quedó estéril la que era abundante en hijos, para que la estéril, que parió a siete, tuviera en Cristo el nuevo sacerdocio.

5

Pero esto lo expresa más claramente un hombre de Dios enviado al propio sacerdote Elí, cuyo nombre ciertamente se omite, pero que por su oficio y ministerio se entiende sin duda que se trata de un profeta^[81]. En efecto, así está escrito: *Y vino un hombre de Dios a Elí y dijo: Esto dice el Señor: Revelado, me he revelado a la casa de tu padre, siendo esclavos en la tierra de Egipto en casa del Faraón; y escogí la casa de tu padre entre todos los cetros de Israel para que ejerciera el sacerdocio para mí, para que subieran hasta mi altar y quemaran incienso y llevaran el efod*^[82]; *y a la casa de tu padre le di como alimento todas las ofrendas que pertenecen al fuego de los hijos de Israel. ¿Y por qué mirasteis mi pira y mi sacrificio con ojos insolentes y glorificaste a tus hijos por encima de mí en la bendición de las primicias de todo sacrificio en Israel en mi presencia? Por esto dice estas palabras el Señor Dios de Israel: He dicho. Tu casa y la casa de tu padre caminarán delante de mí hasta la eternidad. Y ahora dice el señor: De ningún modo, pero glorificaré a los que me glorifiquen, y quien me desprecia será despreciado. He aquí que llegan los días, y exterminaré tu descendencia y la*

descendencia de la casa de tu padre, y no tendrás un anciano en mi casa por siempre jamás, y erradicaré a tu hombre de mi altar para que sus ojos desfallezcan y su alma se desvanezca; y a todo el que sobreviviera de tu casa lo matarán con la espada de los hombres. Y esa será para ti la señal, que vendrá sobre tus dos hijos, OfnÍ y Fineés: ambos morirán en un solo día. Y me dispondré un sacerdote fiel que haga todo lo que esté en mi corazón y en mi alma. Y edificaré para él una casa fiel, y caminará delante de mi cristo todos los días. Y así será, quien sobreviva en tu casa vendrá a adorarle con un óbolo de plata diciendo: encomiéndame una parte de tu sacerdocio para comer pan^[83].

No puede decirse que esta profecía, donde se ha anunciado con tanta claridad el relevo del antiguo sacerdocio, fue cumplida en Samuel. (En efecto, aunque Samuel no fuese de otra tribu que la que había sido establecida por el Señor, para que sirviese al altar, sin embargo no pertenecía a los hijos de Aarón, cuya estirpe había sido señalada para que se hiciesen sacerdotes^[84]. Y, por este motivo, también en aquella acción está bosquejada la misma transformación que había de suceder por medio de Cristo Jesús, y la propia profecía del hecho, no de la palabra, pertenecía al Antiguo Testamento propiamente, pero al Nuevo de forma figurada, significando evidentemente mediante el hecho lo que le fue dicho de palabra al Sacerdote ElÍ por medio del profeta). Pues hubo después sacerdotes del linaje de Aarón, como Sadoc y Abiatar, durante el reinado de David^[85], y otros en lo sucesivo, antes que llegara el tiempo en el que convenía que estas profecías sobre la transformación del sacerdocio, que fueron predichas con tanta antelación, fueran cumplidas por Cristo. ¿Y quién contemplando ahora estas realidades con la mirada de la fe no ve que se han cumplido? Porque ningún tabernáculo, ningún templo, ningún altar, ningún sacrificio y, por ello, ningún sacerdote les quedó a los judíos, a quienes se les había encomendado en la ley de Dios que fueran ordenados siguiendo la estirpe de Aarón. Y esto también es recordado aquí cuando añade el profeta lo siguiente: *dice estas palabras el Señor Dios de Israel: He dicho. Tu casa y la casa de tu padre caminarán delante de mí hasta la eternidad. Y ahora dice el señor: De ningún modo, pero glorificaré a los que me glorifiquen, y quien me desprecia será despreciado^[86]*. En efecto, en lo que respecta al hecho de que nombra la casa de su padre, que este no habla del padre inmediato, sino de aquel Aarón que fue el primero en ser nombrado sacerdote, de cuyo linaje descienden los restantes, lo demuestran las anteriores palabras, cuando dice: *me he revelado a la casa de tu padre, siendo esclavos en la tierra de Egipto en casa del Faraón; y escogí la casa de*

tu padre entre todos los cetros de Israel para que ejerciera el sacerdocio para mí. ¿Quién de sus padres vivió en aquella esclavitud egipcia, de donde, tras haber sido liberados, fue elegido para el sacerdocio, sino Aarón? Por consiguiente, sobre su estirpe dijo en ese lugar que sucedería que no habría más sacerdotes, profecía que ahora vemos cumplida. Esté vigilante la fe, los hechos son evidentes, se ven, se tocan y se imponen a los ojos que no quieren verlos. Dice: He aquí que llegarán los días en que exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no tendrás un anciano en mi casa por siempre jamás, y erradicaré a tu hombre de mi altar para que sus ojos desfallezcan y su alma se desvanezca^[87]. He aquí que los días que fueron profetizados ya han llegado. No hay ningún sacerdote según el orden de Aarón. Y cualquier individuo que sea de su linaje, cuando ve que el sacrificio de los cristianos tiene pujanza en todo el orbe, pero que a él se le ha sustraído aquel gran honor, sus ojos desfallecen y su alma se desvanece por la pesadumbre de la tristeza.

Por otra parte, lo que sigue atañe propiamente a la casa de aquel Elí, al que se dirigían aquellas palabras: *y a todo el que sobreviviera de tu casa lo matarán con la espada de los hombres. Y esa será para ti la señal, que vendrá sobre tus dos hijos, OfnÍ y Fineés: ambos morirán en un solo día^[88]*. Por consiguiente, esto se convirtió en signo de la transformación del sacerdocio de la casa de este, mediante el cual se significa que el sacerdocio de la casa de Aarón debía ser sustituido. Lo cierto es que la muerte de sus hijos simbolizó la muerte, no de los hombres, sino del mismo sacerdocio de los hijos de Aarón. Por otra parte, lo que sigue atañe ya a aquel sacerdote cuya figura representó Samuel sucediendo a este. Por tanto, las palabras que siguen se dicen de Cristo Jesús, verdadero sacerdote de la nueva alianza: *Y me dispondré un sacerdote fiel que haga todo lo que esté en mi corazón y en mi alma. Y edificaré para él una casa fiel^[89]*. Esta misma es la Jerusalén eterna y celeste. Y caminará, dice, *delante de mi Cristo todos los días. Caminará delante* quiere decir «frecuentará», así como anteriormente había dicho acerca de la casa de Aarón: *He dicho. Tu casa y la casa de tu padre caminarán delante de mí hasta la eternidad^[90]*. Y lo que dice: *caminará delante de mi Cristo*, debe entenderse sin duda de la propia casa, no de aquel sacerdote que es el mismo Cristo, mediador y salvador. Por consiguiente, su casa pasará delante de aquel. Puede también entenderse *pasará* de la muerte hacia la vida, *durante todos los días*, por aquellos por los que transcurre esta vida mortal hasta el final de este tiempo. Por otra parte, respecto a lo que Dios dice: *que haga todo lo que esté en mi corazón y en mi alma^[91]*, no pensemos que Dios

tiene un alma, dado que es creador del alma, sino que esto se ha dicho de Dios metafóricamente, no en sentido propio, como la mano, el pie y otros miembros del cuerpo. Y para que no se crea que según esto el hombre fue creado a imagen de Dios según el modelo de su carne, se añaden también las alas, que ciertamente no posee el ser humano, y se dice a Dios: *Bajo la sombra de tus alas me protegerás*^[92], para que entiendan los seres humanos que esto se dice sobre aquella naturaleza inefable, no con términos propios, sino figurados.

Y lo que se añade: *Y así será, quien sobreviva en tu casa vendrá a adorarlo*^[93], no se dice propiamente de la casa de este Elí, sino de la de aquel Aarón, de la cual han sobrevivido seres humanos hasta la venida de Jesucristo, linaje del cual incluso ahora no faltan. Pues de aquella casa de este Elí ya se dijo anteriormente: *Y a todo el que sobreviviera de tu casa, lo matarán con la espada de los hombres*^[94]. Por consiguiente, ¿cómo pudo decirse aquí de acuerdo con la verdad: *Y sucederá, quien sobreviva en tu casa vendrá a adorarlo*, si es cierto que nadie de ahí sobrevivirá a la espada vengadora? A no ser porque quiso que se entendiera los que pertenecen a la estirpe, pero de todo aquel sacerdocio según el orden de Aarón. Por consiguiente, si procede de aquellos restantes predestinados, de los cuales dijo otro profeta: *los restos se salvarán*^[95] (de donde también el apóstol dijo: *por consiguiente, así también en este tiempo han surgido restos por elección de la gracia*)^[96], porque se entiende bien que es sobre aquellos restos sobre lo que se dice: *el que sobreviviera en tu casa*, ciertamente cree en Cristo; como en tiempos de los apóstoles muchos de ese mismo pueblo creyeron, y ahora no faltan quienes, aunque muy raramente, creen sin embargo. Y se cumple en aquello que ese hombre de Dios continúa aquí añadiendo al instante: *vendrá a adorarlo con un óbolo de plata*^[97]. ¿A adorar a quién sino a aquel sumo sacerdote que también es Dios? Y, en efecto, en aquel sacerdocio según el orden de Aarón las personas no acudían al templo o al altar de Dios para adorar al sacerdote. ¿Y qué significa la expresión *con un óbolo de plata* sino la brevedad de la palabra de la fe, sobre lo cual el apóstol recuerda lo dicho: *el Señor producirá sobre la tierra una palabra perfecta y breve*^[98]? Por otra parte, el salmo es testigo de que se pone plata en lugar de palabra donde canta: *palabras del señor, palabras castas, plata probada por el fuego*^[99].

Por consiguiente, ¿qué dice este que viene a adorar al sacerdote de Dios y al sacerdote Dios? *encomiéndame una parte de tu sacerdocio para comer pan*^[100]. No quiero ser colocado en el puesto de honor de mis padres, que no es nada; encomiéndame una parte de tu sacerdocio. En efecto, *he elegido ser*

despreciable en la casa de Dios^[101]. Deseo ser un miembro cualquiera y todo lo pequeño que sea de tu sacerdocio. Lo cierto es que aquí llama sacerdocio a todo el pueblo, pueblo cuyo sacerdote es el mediador entre Dios y los seres humanos, el hombre Cristo Jesús^[102]. A este pueblo le dice el apóstol Pedro: *Pueblo santo, sacerdocio real*^[103]. Aunque algunos hayan traducido «de tu sacrificio», no «de tu sacerdocio»^[104]; lo cual no obstante significa igualmente el pueblo cristiano. De ahí que dice el apóstol Pablo: *un solo pan, un solo cuerpo somos muchos*^[105]. Y lo que añade: *para comer pan*, también expresa elegantemente el mismo género de sacrificio, del que dice el propio sacerdote: *el pan que os daré es mi carne por la vida del mundo*^[106]. Este precisamente es el sacrificio, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. Entiéndalo quien lo lea. Así pues, es breve y salvíficamente humilde esta confesión por la que se dice: *encomiéndame una parte de tu sacerdocio para comer pan*. Este mismo es el óbolo de plata, porque la palabra de Dios que habita en el corazón del creyente es breve. En efecto, porque había dicho anteriormente que él había dado alimentos a la casa de Aarón de las víctimas de la antigua alianza, cuando dice: *a la casa de tu padre le di como alimento todas las ofrendas que pertenecen al fuego de los hijos de Israel*^[107] (estos fueron ciertamente los sacrificios de los judíos), por ello dijo aquí: *comer pan*, lo que constituye en la nueva alianza el sacrificio de los cristianos.

6

Por consiguiente, aunque estos hechos fueran anunciados entonces con tan gran profundidad y ahora brillen tan manifiestamente, no obstante, no en vano alguien podría albergar dudas y preguntar: ¿cómo confiamos en que va a suceder todo lo que se predijo en aquellos libros que había de suceder, si esto mismo que se dijo allí por inspiración divina: *tu casa y la casa de tu padre caminarán delante de mí hasta la eternidad*^[108], pudo no tener cumplimiento? Porque vemos que aquel sacerdocio fue transformado y que lo que se le prometió a aquella casa no se espera que vaya a cumplirse en algún momento, porque lo que le sucedió cuando fue reprobado y sustituido fue proclamado más bien para la eternidad. Quien realiza esta afirmación todavía no entiende o no recuerda tampoco que el propio sacerdocio según el orden de Aarón había sido instituido como una sombra del futuro sacerdocio eterno. Y

por esto, cuando se le prometió la eternidad, no se le prometió a la misma sombra y figura, sino a aquello que era iluminado y representado por medio de ella. Pero para que no se piense que la misma sombra habrá de perdurar, por dicho motivo también su transformación debió ser profetizada.

También de ese modo el reinado del propio Saúl, quien ciertamente fue reprobado y rechazado, era la sombra del reino futuro que había de perdurar en la eternidad. Lo cierto es que aquel óleo, por el que fue ungido y fue llamado cristo a partir de la propia unción, debe tomarse en sentido místico y entendido como un gran sacramento. Y hasta tal punto lo veneró el propio David que sintió un terror en su corazón conmocionado cuando, escondido en una cueva tenebrosa en la que también Saúl había entrado acuciado por una necesidad de la naturaleza, le cortó a escondidas por detrás una pequeña parte de su vestido para tener de dónde mostrar cómo le había respetado cuando podría haberle matado, y así apartar de su mente la sospecha por la que teniendo al santo David como enemigo suyo lo perseguía con ímpetu. Por tanto, sintió temor de convertirse en culpable de haber transgredido un sacramento tan grande en Saúl simplemente por haber tocado así su vestido. Efectivamente, así está escrito: *Y el corazón de David comenzó a dar golpes sobre él porque le quitó el borde de su manto*^[109]. Por otra parte, a los hombres que estaban con él y trataban de persuadirle de que matase a Saúl, que había caído en sus manos, les dice: *No me permita el Señor cometer esta ofensa contra mi señor ungido del Señor, extender mi mano sobre él, porque este es el ungido del Señor*^[110]. Por consiguiente, se mostraba tan gran veneración a esta sombra del futuro no por ella misma, sino por lo que prefiguraba. De ahí también aquello que dice Samuel a Saúl: *Porque tú no cumpliste el mandato que te dio el Señor, como ahora había dispuesto el Señor tu reino sobre Israel para la eternidad: y ahora tu reino no se te mantendrá en pie y el Señor se buscará un hombre conforme a su corazón, y el Señor le encomendará convertirse en gobernante de su pueblo; porque no observaste lo que te encomendó el Señor*^[111], no debe ser interpretado como si Dios hubiera dispuesto que el propio Saúl fuera a reinar para la eternidad, y después no hubiera querido conservárselo por haber pecado (pues no ignoraba que este iba a pecar); sino que había dispuesto su reino para que fuera símbolo del reino eterno. Por ello añadió: *y ahora tu reino no se te mantendrá en pie*. En efecto, se mantuvo y se mantendrá en pie lo que fue simbolizado en ello, pero no permanecerá en pie para este, porque él mismo no había de reinar eternamente ni su descendencia, de manera que al menos en la sucesión de los unos a los otros pareciera que se cumple lo que se ha dicho: *para la*

*eternidad. Y el Señor, dice, se buscará un hombre; ya simbolizando a David, ya al mismo mediador de la nueva alianza, que era representado también en el óleo con el que fue ungido el propio David y su descendencia. Pero Dios no busca un hombre para sí como si no supiera dónde está, sino que habla a través de un hombre según la costumbre de los hombres, ya que también nos busca hablando así. En efecto, no solo ya éramos conocidos para Dios Padre, sino también para su propio Unigénito, que viene a buscar lo que se había perdido^[112], hasta el punto de que habíamos sido elegidos en él mismo antes de la creación del mundo^[113]. Por consiguiente, *se buscará* quiere decir «tendrá como suyo». De ahí que en la lengua latina este verbo recibe prefijo y se dice *adquirir* (adquiere), cuyo significado está suficientemente claro. Aunque también sin añadir el prefijo *quaerere* (buscar), se entiende como *adquirere* (adquirir), por lo cual los beneficios se llaman también adquisiciones^[114].*

7

De nuevo pecó Saúl por desobediencia, y de nuevo Samuel en nombre de Dios le dijo: *Porque despreciaste la palabra de Dios el Señor te despreció, para que no seas rey de Israel^[115]*. Y de nuevo por el mismo pecado, tras confesarlo, pedir el perdón y suplicar Saúl a Samuel que volviera con él para aplacar a Dios, le contestó: *No volveré contigo, porque despreciaste la palabra de Dios; y Dios te despreciará para que no seas rey de Israel. Y Samuel volvió su rostro para marcharse; y Saúl agarró el borde de su manto y lo rasgó. Y le dijo Samuel: el Señor ha arrancado hoy el reino de Israel de tu mano y se lo entregará a alguien cercano a ti superior a ti en bondad, e Israel se dividirá en dos; y no regresará ni se arrepentirá; porque no es como un ser humano para arrepentirse; este amenaza y no persevera^[116]*. Ese, al que se dice: *te despreciará, para que no seas rey de Israel, y el Señor arrancará hoy el reino de Israel de tu mano*, reinó durante cuarenta años sobre Israel, precisamente durante un espacio de tiempo tan dilatado como también lo hizo el propio David^[117], y escuchó esto en el primer instante de su reino, para que entandamos que se dijo por el siguiente motivo, porque ninguno de su estirpe había de reinar, y volviéramos la vista a la estirpe de David, de donde nació el mediador según la carne entre Dios y los seres humanos, el hombre Cristo Jesús^[118].

Sin embargo, la escritura no contiene lo que se lee en muchos códices latinos: *el Señor arrancará hoy el reino de Israel de tu mano*; sino que se encuentra en los griegos tal como ha sido incluido por nosotros: *el Señor le arrancará hoy el reino a Israel de tu mano*^[119], para que se entienda *de tu mano*, lo que significa *a Israel*. Por consiguiente, ese hombre representaba figuradamente la imagen del pueblo de Israel, pueblo que había de perder el reino, cuando hubiera de reinar no carnalmente, sino espiritualmente, conforme a la nueva alianza, Jesucristo nuestro Señor. Cuando se dice de este: *y se lo dará a alguien cercano a ti*, se refiere al parentesco carnal. Efectivamente, Cristo procede de Israel según la carne, como también Saúl. Y lo que se añade: *superior a ti en bondad*, puede entenderse perfectamente como «mejor que tu», pues también algunos lo han traducido así. Pero mejor se entiende así, *superior a ti en bondad*, de manera que ya que él es bueno, por ello está por encima de ti, junto con aquella otra profecía: *hasta que ponga a todos tus enemigos a tus pies*^[120], entre los cuales se halla también Israel, al que, como a su perseguidor, Cristo arrebató el reino; aunque había también allí un Israel en el cual no había engaño, como una especie de trigo entre aquella paja. Pues de allí ciertamente procedían los apóstoles, de allí también tantos mártires, el primero de los cuales fue Esteban. De allí tantas iglesias a las cuales el apóstol Pablo recuerda glorificando a Dios por su conversión^[121].

De esta cuestión no dudo que deba entenderse lo que sigue: *E Israel se dividirá en dos*, evidentemente en el Israel enemigo de Cristo y en el Israel que se adhiere a Cristo; en el Israel perteneciente a la esclava y en el Israel perteneciente a la libre^[122]. Pues estos dos linajes estaban unidos al principio, como Israel se había unido a la esclava hasta que la estéril, fecundada por la gracia de Cristo, clamó: *Expulsa a la esclava y a su hijo*^[123]. Ciertamente, sabemos que a causa del pecado de Salomón, durante el reinado de su hijo Roboam, Israel fue dividida en dos y que así permaneció, teniendo cada parte sus reyes, hasta que todo aquel pueblo fue destruido con gran devastación y deportado por los caldeos. Pero ¿qué relación tiene esto con Saúl, puesto que, si debía lanzarse una amenaza semejante, debía haberse amenazado más bien al propio David, del cual era hijo Salomón? Finalmente, ahora el pueblo hebreo no está dividido en dos, sino disperso por la tierra indistintamente en la asociación en un mismo error. Pero aquella división con la que Dios amenazó al mismo pueblo y reino en la persona de Saúl, que representaba la figura de aquel reino y pueblo, se interpretó como eterna e inmutable, por lo que se añade: *y no regresará ni se arrepentirá; porque no es como un ser*

humano para arrepentirse; este amenaza y no persevera^[124], es decir, el hombre amenaza y no persevera; pero no Dios, que no se arrepiente como un ser humano. Pues donde se lee que se arrepiente se significa un cambio de las cosas, permaneciendo inmutable la presciencia divina. Por consiguiente, donde se dice que no se arrepiente, se entiende que no cambia.

En suma, vemos que mediante estas palabras ha sido pronunciada una sentencia irrevocable y absolutamente inalterable por inspiración divina acerca de esa división del pueblo de Israel. En efecto, cualesquiera que han pasado, pasan o pasarán de allí a Cristo no procedían de allí ni conforme a la presciencia de Dios ni conforme a la única e idéntica naturaleza del género humano. En definitiva, cualesquiera de los israelitas que adhiriéndose a Cristo perseveran en él nunca estarán con aquellos israelitas que perseveran en ser enemigos suyos hasta el final de esta vida, pero permanecerán para siempre en la división que ha sido pronosticada. En efecto, nada ayuda la antigua alianza del monte Sinaí, que engendra para la esclavitud^[125], salvo porque proporciona un testimonio para la nueva alianza. Por otra parte, mientras se lee a Moisés se pone un velo sobre sus corazones, y cuando cada cual pase a Cristo se retirará el velo^[126]. Lo cierto es que cambia la propia intención de los que pasan de la antigua a la nueva, de manera que ya nadie entiende que recibe una felicidad carnal, sino espiritual. A causa de ello, el propio gran profeta Samuel, antes de ungir al rey Saúl, cuando clamó a Dios por Israel y le escuchó, y al ofrecerle un sacrificio mientras los extranjeros acudían al combate contra el pueblo de Dios^[127] tronó el Señor sobre ellos, quedaron sumidos en la confusión, se enfrentaron a Israel y fueron derrotados. Tomó una piedra y la colocó entre la nueva y la vieja Masefat y la llamó con el nombre de Abenezzer, que en latín significa «piedra del que ayuda», y dijo: *Hasta este punto nos ayudó el Señor*^[128]. Masefat se traduce como intención^[129]. Aquella piedra del que ayuda es la mediación del Salvador, mediante el cual ha de pasarse de la vieja a la nueva Masefat, es decir, de la intención con la que se contemplaba en el reino carnal la falsa felicidad carnal a la intención con la que se espera por la nueva alianza en el reino de los cielos la felicidad espiritual absolutamente verdadera; puesto que no existe nada mejor que ella, Dios nos ayuda a llegar hasta allí.

En este momento veo que ya debe mostrarse, cuestión que atañe al asunto sobre el que tratamos, qué prometió Dios al propio David, que sucedió a Saúl en el trono, por cuya transformación fue simbolizada aquella transformación final en relación con la cual por voluntad divina se ha dicho y se ha puesto por escrito todo. Habiéndole tocado en suerte al rey David una gran prosperidad, pensó construir una morada para Dios, a saber, aquel templo magníficamente afamado, que posteriormente fue edificado por su hijo, el rey Salomón. Mientras pensaba en ello, la palabra de Dios le fue dirigida al profeta Natán, para que la transmitiera al rey. Una vez que Dios dijo que la morada no le sería edificada por David personalmente, y que durante tan largo tiempo él no había encomendado a nadie entre su pueblo que le construyera una morada de cedro, dijo: *Y ahora transmitirás esto a mi siervo David. Esto dice el Señor omnipotente: te tomé del aprisco de las ovejas para que te convirtieras en el jefe sobre mi pueblo, sobre Israel, y estaba contigo en todas las empresas que realizabas, y exterminé a todos tus enemigos ante tus ojos, e hice que fueras nombrado por el nombre de los grandes que habitan sobre la tierra; y dispondré un lugar para mi pueblo, Israel, y lo plantaré y habitará independiente y no estará angustiado nunca más, y el hijo de la iniquidad no se dispondrá a humillarlo como al comienzo de los tiempos en los cuales establecí jueces sobre mi pueblo, Israel; y te concederé el descanso de todos tus enemigos, y el Señor te anunciará que edificarás una morada para él. Y así será, cuando se hayan cumplido tus días, y dormirás con tus antepasados, y haré surgir tu descendencia después de ti, que procederá de tus entrañas, y preparará su reino. Este me edificará una morada a mi nombre, y yo dispondré su trono para la eternidad. Yo seré para él como un padre, y él será para mí como un hijo. Y si su maldad le alcanzase, le castigaría con la vara de los hombres y los golpes de los hijos de los hombres. Pero no apartaré mi misericordia de él, como la aparté de quienes aparté de mi vista; y su casa y su reino serán fieles para la eternidad ante mí, y su trono se erigirá para la eternidad*^[130].

Quien piensa que esta promesa tan grande fue cumplida en Salomón se equivoca enormemente. En efecto, presta atención a las palabras: *Este edificará una morada para mí*, puesto que Salomón edificó aquel famosísimo templo, y no tiene en cuenta lo siguiente: *y su casa y su reino serán fieles para la eternidad ante mí*. Por consiguiente, preste atención y contemple la casa de Salomón llena de mujeres extranjeras adorando dioses falsos, y al propio rey, sabio en otro tiempo, seducido y arrojado por ellas a la misma idolatría^[131]; y no se atreva a considerar que Dios le prometió esto en falso o

que no pudo prever que Salomón y su casa habían de resultar de tal índole. Y de ahí no deberíamos discutir, ni aunque no viéramos, ya que eso se cumple en Cristo Nuestro Señor, que fue creado de la estirpe de David según la carne^[132], para que no busquemos aquí de forma vana y sin fundamento a algún otro, como los judíos carnales. Pues incluso ellos mismos entienden que no fue Salomón el hijo que, según leen en este pasaje, le fue prometido al rey David, hasta el punto que, aun después de ser revelado el que fue prometido ya con tan gran evidencia, afirman con asombrosa ceguera que ellos todavía están esperando a otro. Ciertamente se creó en Salomón una imagen de un acontecimiento futuro, en el hecho de que edificó un templo y mantuvo la paz en consonancia con su nombre (lo cierto es que Salomón significa «pacífico» en latín)^[133] y al comienzo de su reinado fue admirablemente digno de alabanza; pero en su propia persona por medio de la sombra de lo que había de suceder él mismo profetizaba a Cristo, el Señor, pero no lo mostraba. De ahí que ciertas palabras acerca de él han sido escritas así, como si hubiesen sido predichas sobre él mismo, mientras la escritura santa, profetizando también mediante los hechos acontecidos, en cierto modo traza en él la figura de los hechos futuros. Pues aparte de los libros de historia sagrada, donde se cuenta que había reinado, también el salmo septuagésimo primero está inscrito bajo el título de su nombre. En este se dicen tantas cosas que no pueden convenirle en absoluto y, en cambio, convienen al Señor Cristo con evidentísima claridad, que queda manifiesto que en aquel fue bosquejada una figura cualquiera, pero en este fue presentada la misma verdad. Efectivamente, es conocido por qué fronteras estaba limitado el reino de Salomón; y, sin embargo, en el mismo salmo se lee, para omitir otras cuestiones: *dominará desde un mar hasta el otro mar y desde el río hasta los confines del orbe terrestre*^[134], cosa que vemos que se cumple en Cristo. Lo cierto es que emprendió el comienzo de su dominio desde el río, donde, bautizado por Juan, quien lo presentó, empezó a ser reconocido por sus discípulos, que no solo lo llamaron maestro, sino también Señor^[135].

Y no por otro motivo comenzó David su reinado todavía en vida de su padre, cosa que no le había sucedido a ninguno de aquellos reyes, sino para que de ello quedase suficientemente claro que él no era precisamente a quien señala esa profecía que se dirige a su padre diciendo^[136]: *Y sucederá cuando se hayan cumplido tus días, y dormirás con tus antepasados, y haré surgir tu descendencia después de ti, que procederá de tus entrañas, y prepararé su reino*. Por consiguiente, ¿cómo de lo que sigue: *este edificará una morada para mí*, va a pensarse que ha sido profetizado ese Salomón y en cambio más

bien de aquello que lo precede: *Y cuando se hayan cumplido tus días, y dormirás con tus antepasados, y haré surgir tu descendencia después de ti*^[137], no se entiende que ha sido prometido otro pacífico que, según se ha profetizado, habrá de levantarse no antes, como ese, sino después de la muerte de David? Por mucho que Jesucristo viniese transcurrido un largo intervalo de tiempo, lejos de toda duda convenía que viniese después de la muerte del rey David, a quién así se le prometió, aquel que edificase la morada para Dios, no de maderos y piedras, sino de seres humanos, cual nos regocijamos de la que aquel edifica. Por tanto, a esta morada es decir, a los fieles de Cristo, dice el apóstol: *en efecto, el templo de Dios es santo, porque sois vosotros*^[138].

9

Por esto también en el salmo octogésimo octavo, cuyo título es *Instrucción para el propio Etán el israelita*, se recuerdan las promesas de Dios hechas al rey David, y se expresan algunas ideas semejantes a las que aparecen expuestas en el Libro de los reyes, como es: *juré a David mi siervo: dispondré tu linaje hasta la eternidad*^[139]; y, por otra parte: *entonces hablaste en una visión a tus hijos y dijiste: he prestado mi ayuda al poderoso, exalté al elegido de mi pueblo. Encontré a David, mi siervo, lo ungí en mi óleo santo. En efecto, mi mano lo auxiliará, y mi brazo lo fortalecerá. El enemigo no obtendrá ventaja sobre él y el hijo de la iniquidad no se aprestará a perjudicarlo. Y destruiré a sus enemigos ante su vista, y pondré en fuga a quienes le odian. Y mi verdad y mi misericordia estarán con él, y su poder será exaltado en mi nombre. Y pondré su mano en el mar y su diestra en los ríos. Él mismo me invocará: tú eres mi padre, mi Dios, y garante de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra. Le guardaré mi misericordia para la eternidad y mi alianza fiel a él. Y dispondré su linaje por los siglos de los siglos y su trono como los días del cielo*^[140]. Todo esto se entiende, cuando se interpreta correctamente, en relación con el Señor Jesús bajo el nombre de David a causa de la forma de siervo que tomó el mismo Mediador perteneciente a la estirpe de David a partir de una virgen. A continuación, se dice también sobre los pecados de sus hijos algo semejante a lo que es expuesto en el Libro de los reyes y se entiende un tanto precipitadamente como en relación con Salomón. En efecto, allí, es decir, en el Libro de los reyes, señala: *Y si su maldad se manifestase, le castigaría con*

la vara de los hombres y los golpes de los hijos de los hombres. Pero no apartaré mi misericordia de él^[141], significando con los golpes las heridas de la corrección. De ahí procede el *no toquéis a mis ungidos*^[142]. ¿Qué otra cosa significa sino «no los lastiméis»? Pero en el salmo, como si tratara de David, para decir también allí algo similar, afirma: *si sus hijos abandonasen mi ley y no siguieran el camino de mis preceptos; si profanasen mis justos preceptos y no guardasen mis mandatos, pondré a prueba sus iniquidades con la vara y sus pecados con los azotes; pero no apartaré mi misericordia de él*^[143]. No dijo «de ellos» al hablar de sus hijos, no de él mismo; sino que dijo *de él*, que, si se entiende correctamente, significa lo mismo. Efectivamente, del mismísimo Cristo, que es la cabeza de la iglesia, no se puede encontrar pecado alguno que fuera necesario castigar mediante correctivos humanos, guardada la misericordia por la voluntad divina, sino en su cuerpo y sus miembros, que constituyen su pueblo. Por ello, en el Libro de los reyes se dice: *su iniquidad*, en el salmo, en cambio, *de sus hijos*, a fin de que entendamos que se dice del mismo en cierto modo lo que se dice de su cuerpo^[144]. A causa de ello, también él mismo desde el cielo, como persiguiera Saulo su cuerpo, que son sus fieles, dice: *Saulo, Saulo ¿por qué me persigues*^[145]? Después, en la continuación del salmo, dice: *en mi verdad no causaré perjuicio, ni profanaré mi alianza, y no reprobaré las palabras que salgan de mis labios. Una vez juré por mi santidad, si mentiría a David*^[146]. Es decir, en ningún momento mentiré a David. En efecto, así suele expresarse la escritura. Por otra parte, respecto a qué no mentirá añade diciendo: *Su linaje perdurará para la eternidad; y su trono como el sol ante mi vista, y como la luna fijada para la eternidad, testigo fiel en el cielo*^[147].

10

Después de esta solidísima confirmación de una promesa tan importante, para que no se pensase que se había cumplido en Salomón, como si esto se esperase y no se hallase, dice: *Pero tú lo has rechazado y lo has reducido a la nada, Señor*^[148]. Lo cierto es que esto sucedió respecto al reino de Salomón en sus descendientes hasta la destrucción de la propia Jerusalén terrena, que fue la sede del mismo reino y, sobre todo, la ruina del propio templo que había sido edificado por Salomón^[149]. Pero para que por ello no se pensase que Dios había actuado en contra de sus promesas, al punto añade: *has*

diferido tu cristo^[150]. Por consiguiente, no es aquel Salomón, ni tampoco el propio David, si fue diferido el cristo del Señor. En efecto, eran llamados sus cristos todos los reyes consagrados por aquel crisma místico, no solo a partir del rey David y en lo sucesivo, sino también desde aquel Saúl, que fue ungido como el primer rey para este mismo pueblo (lo cierto es que el propio David lo llama cristo del Señor)^[151]. Sin embargo, únicamente uno era el verdadero Cristo, cuya figura aquellos representaban mediante la unción profética. Este, según la opinión de los hombres que pensaban que él debía entenderse en David o en Salomón, era diferido para un tiempo lejano, pero, según la disposición de Dios, se establecía que había de venir en su tiempo. Entretanto, mientras aquel se difiere, ese mismo salmo añade a continuación qué sucede en relación con el reino de la Jerusalén terrena, donde se esperaba ciertamente que iba a reinar, y dice: *subvertiste la alianza de tu siervo, profanaste en la tierra su santidad, destruiste todos sus muros, llenaste de terror sus fortificaciones, todos los que recorrían el camino le expoliaron, y fue convertido en objeto de oprobio para sus vecinos, alzaste la diestra de sus enemigos, llevaste la alegría a todos sus enemigos, le sustrajiste la ayuda de su espada y no le socorriste en la guerra. En efecto, lo despojaste de su brillo, arrojaste por tierra su trono, acortaste los días de su trono, lo cubriste de confusión*^[152]. Todos estos desastres sobrevinieron a la Jerusalén esclava, en la cual reinaron también algunos hijos de la libre, ocupando aquel reino en administración temporal, pero guardando en la verdadera fe y esperando en el cristo verdadero el reino de la Jerusalén celeste, de la cual eran hijos. Pero de cómo llegarían estas desgracias sobre aquel reino, la historia, si se lee, es testigo de los acontecimientos.

11

Por otra parte, después de esas profecías, el profeta se vuelve para rogar a Dios; pero la plegaria misma constituye una profecía: ¿Hasta cuándo, Señor, *apartas para siempre*^[153]? Se sobrentiende «tu rostro», como se dice en otro pasaje: ¿Hasta cuándo apartas tu rostro de mí^[154]? Por ello, en efecto, algunos códigos no dicen aquí «apartas», sino «te apartas», aunque podría entenderse «apartas tu misericordia, que prometiste a David». Y la expresión *al fin*, ¿qué significa sino «hasta el final»? Y este fin debe entenderse como el tiempo último, cuando incluso aquella nación habrá de creer en Cristo Jesús,

final antes del cual convenía que sucedieran aquellas calamidades que deploró anteriormente. A causa de ellas también sigue aquí: *arderá tu ira como el fuego: recuerda cuál es mi sustancia*^[155]. Nada se entiende mejor aquí que el propio Jesús, sustancia de su pueblo, del que surge la naturaleza de su carne. *No en vano, dice, creaste a todos los hijos de los hombres*^[156]. En efecto, a no ser que un solo hijo del hombre fuese la sustancia de Israel, hijo del hombre por medio del cual fueran liberados muchos hijos de los hombres, sin duda hubiesen sido creados en vano todos los hijos de los hombres. Pero ahora ciertamente toda la naturaleza humana se ha precipitado desde la verdad a la vanidad a causa del pecado del primer hombre, respecto a lo cual dice otro salmo: *El ser humano se ha hecho semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra*^[157]; pero Dios no creó en vano a todos los hijos de los hombres, porque, por un lado, libera a muchos de la vanidad a través del mediador Jesús, y, por otro, a aquellos que supo de antemano que no habían de ser liberados los creó para utilidad de los que habían de ser liberados y para comparación por contraste de las dos ciudades entre sí, no ciertamente en vano, en la ordenación hermosísima y justísima del conjunto de las criaturas racionales. Después sigue: *¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte, que arrancará su alma de la mano del infierno*^[158]? ¿Quién es ese, sino aquella sustancia de Israel de la estirpe de David, Cristo Jesús? De este dice el apóstol que *resucitando de entre los muertos ya no muere, <y> la muerte ya no tendrá dominio sobre él*^[159]. Así, en efecto, vivirá y no verá la muerte, a pesar de que sin embargo haya muerto, pero arrancará su alma de la mano del infierno, adonde había descendido para soltar las cadenas infernales de algunos; por otra parte, la arrancó en virtud de aquel poder del que dice en el Evangelio: *tengo el poder de desprenderme de mi alma y tengo el poder de tomarla de nuevo*^[160].

12

Pero las restantes palabras de este salmo, que son las siguientes: *¿Dónde está tu antigua misericordia, Señor, que juraste a David en tu verdad? Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos, que he guardado en mi seno de muchas naciones, de lo que tus enemigos, Señor, te reprocharon; de lo que te reprocharon, la transformación de tu cristo*^[161], con razón puede preguntarse si se dijeron de la persona de los israelitas, que deseaban que les fuera

cumplida la promesa que se hizo a David, o más bien de los cristianos, que son israelitas no según la carne, sino según el espíritu. Lo cierto es que estas palabras fueron pronunciadas o escritas en el tiempo en el que vivió Etán^[162], de cuyo nombre recibe el título ese salmo; y este mismo tiempo fue el del reinado de David. Y por esto no se podría decir: *¿Dónde está tu antigua misericordia, Señor, que juraste a David en tu verdad?* A no ser que la profecía transfigurase en sí la persona de aquellos que habían de vivir mucho después, para quienes este tiempo sería el de los antiguos, cuando se le hicieron estas promesas al rey David. Por otra parte, puede entenderse que muchas naciones, cuando los cristianos eran perseguidos, les reprocharan la pasión de Cristo, que la escritura llama transformación, puesto que muriendo se hizo inmortal. Puede entenderse también la transformación de Cristo como un reproche a los israelitas conforme a lo siguiente, porque, esperando que les iba a suceder a ellos, les sucedió a los gentiles, y esto ahora se lo reprochan a ellos muchas naciones, que creyeron en él por la nueva alianza, mientras ellos permanecían en su vetustez, para que se diga: *Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos*, porque no olvidándose de ellos el Señor, sino más bien compadeciéndose, también ellos mismos van a creer después de este oprobio. Pero aquel sentido que propuse al principio me parece más apropiado. En efecto, la expresión *Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos* no se ajusta con propiedad a los enemigos del Cristo, a los que se reprocha que Cristo los hubiera abandonado al pasarse a los gentiles; efectivamente, tales judíos no deben ser llamados siervos de Dios, sino que esta denominación corresponde a aquellos que, habiendo soportado las graves humillaciones de las persecuciones por el nombre de Cristo, pudieron recordar que a la estirpe de David le fue prometido un reino excelso y por anhelo del mismo hablaron no desesperando, sino pidiendo, buscando, llamando: *¿Dónde está tu antigua misericordia, Señor, que juraste a David en tu verdad? Acuérdate también del oprobio de tus siervos, que he guardado en mi seno de muchas naciones* (es decir, que soporté pacientemente en mi interior); *de lo que tus enemigos, Señor, te reprocharon; de lo que te reprocharon, la transformación de tu cristo*^[163]; no considerando que era una transformación, sino una consunción. ¿Qué significa, pues, *Acuérdate, Señor*, sino «compadécete y a cambio de mi humillación, soportada con paciencia, devuélveme la elevación que juraste a David en tu verdad»? Si, en cambio, atribuyésemos estas palabras a los judíos, tales pudieron pronunciarlas aquellos siervos de Dios que, tras ser conquistada la Jerusalén terrena, antes de que Jesucristo naciera con naturaleza humana, fueron llevados al cautiverio, comprendiendo la

transformación de Cristo, ya que evidentemente por medio de él no debería esperarse la felicidad terrena y carnal, tal y como se presentó durante unos pocos años la del rey Salomón, sino la celeste y espiritual. Al ignorarla entonces las naciones infieles cuando se regocijaban y se burlaban de que el pueblo de Dios estuviese cautivo ¿qué otra cosa les echaban en cara, sin conocerla en cambio a los que la conocían, sino la transformación de Cristo? Y, por ello, lo que sigue cuando concluye ese salmo: *Bendito el Señor por siempre: sea, sea*^[164], es suficientemente apropiado para todo el pueblo de Dios que pertenece a la ciudad celeste, ya en aquellos que se ocultaban en la antigua alianza, antes de que la nueva fuera revelada, ya en estos, que ya revelada la nueva alianza se discierne claramente que pertenecen a Cristo. Lo cierto es que la bendición de Dios en la estirpe de David no debe esperarse para un tiempo concreto, como se manifestó en los días de Salomón, sino para la eternidad, y en esta certísima esperanza se dice: *sea, sea*. En efecto, la confirmación de dicha esperanza se halla en la repetición de esta palabra. Por consiguiente, David al comprenderlo dice en el Segundo libro de los reyes, a partir de donde nos hemos desviado a ese salmo: *Y hablaste a favor de la casa de tu siervo para un largo tiempo*^[165]. Y, por ello, poco después dice: *Empieza ahora y bendice la casa de tu siervo para la eternidad*^[166], y lo restante, ya que entonces iba a engendrar un hijo a partir del cual su descendencia se prolongase hasta Cristo, por medio del cual su casa había de ser eterna y al mismo tiempo casa de Dios. En efecto, casa de David por el linaje de David y casa de Dios esta misma también por el templo de Dios construido de seres humanos, no de piedras, donde habite para la eternidad el pueblo con Dios y en su Dios, y Dios con el pueblo y en su pueblo; de modo que Dios llene a su pueblo, y el pueblo esté lleno de su Dios, cuando Dios sea todo en todos, él mismo, que es valor en la guerra, recompensa en la paz. Por ello, como se dijo en palabras de Natán: *Y te anunciará el Señor que edificarás una casa para él*^[167], después se dijo en palabras de David: *Porque tú, Señor omnipotente, Dios de Israel, abriste el oído de tu siervo diciendo: te construiré una casa*^[168]. Esta casa, en efecto, también nosotros la construimos viviendo rectamente y con la ayuda de Dios para que vivamos rectamente, porque *si Dios no construyese la casa, en vano se esforzaron los que la construyeron*^[169]. Cuando llegue la inauguración final de esta casa, entonces sucederá lo que Dios mencionó aquí por medio de Natán diciendo: *y dispondré un lugar para mi pueblo, Israel, y lo plantaré y habitará independiente y no estará angustiado nunca más, y el hijo de la iniquidad no*

se dispondrá a humillarlo como al comienzo de los tiempos en los cuales establecí jueces sobre mi pueblo, Israel^[170].

13

Cualquiera que espera este bien tan grande en este siglo y en esta tierra, es un insensato. ¿Acaso alguien va a pensar que esto se cumplió en la paz del reino de Salomón? Lo cierto es que la escritura pone de relieve con excelente alabanza aquella paz como sombra de lo que ha de venir. Pero a esta suposición cautelosamente se le ponen objeciones cuando, después de que se dice *y el hijo de la iniquidad no se dispondrá a humillarlo*, se añade a continuación: *como desde el comienzo de los tiempos en los cuales establecí jueces sobre mi pueblo, Israel*^[171]. Pues los jueces, antes de que empezasen a existir reyes allí, habían sido instituidos sobre aquel pueblo a partir del cual recibió la tierra de promisión. Y, ciertamente, lo humillaba el hijo de la iniquidad, es decir, el enemigo extranjero, durante los periodos de tiempo en los que se lee que la paz alternó con las guerras; y a partir de ahí se encuentran tiempos de paz más prolongados que los que disfrutó Salomón, que reinó durante cuarenta años^[172]. Pues bajo aquel juez llamado Aod hubo ochenta años de paz^[173]. Por consiguiente, lejos se esté de creer que en esta promesa fueron pronosticados los tiempos de Salomón, y mucho menos igualmente los de cualquier otro rey. En efecto, ninguno de ellos reinó en una paz tan prolongada como aquel. Ni en absoluto aquel pueblo mantuvo jamás el reino de tal modo que no sintiese la preocupación de verse sometido a los enemigos. Porque, en tan gran mutabilidad de las circunstancias humanas, jamás le fue concedida a ningún pueblo una seguridad tan firme que no temiera los ataques que amenazan esta vida. Por consiguiente, ese lugar que es prometido, de morada pacífica y segura, es eterno y está destinado a los eternos en la madre Jerusalén libre, donde se hallará en verdad el pueblo de Israel. En efecto, este nombre se traduce por «el que ve a Dios»^[174]. Por el anhelo de este premio debe llevarse una vida piadosa por la fe en esta ardua peregrinación.

14

Así pues, mientras la ciudad de Dios seguía su curso a través de los tiempos, reinó David en primer lugar en la sombra de lo que había de suceder, es decir, en la Jerusalén terrena. David era un hombre experto en el canto, que amaba la armonía musical, no por vulgar placer, sino con voluntad religiosa y para servir mediante ella a su Dios, que es el Dios verdadero, como representación mística de una importante realidad. En efecto, la armonía proporcionada y mesurada de diversos sonidos pone de manifiesto con su melodiosa variedad la unidad compacta de una ciudad bien organizada. Además, casi toda su profecía se halla en los salmos, que en número de ciento cincuenta contiene el libro que denominamos De los salmos. Entre ellos algunos pretenden que únicamente fueron compuestos por David aquellos en los que aparece inscrito su nombre. Asimismo, hay quienes piensan que no han sido compuestos por él excepto los que reciben como encabezamiento *del mismo David*, pero los que tienen en sus títulos *al mismo David*, tras haber sido compuestos por otros, fueron adaptados a su personalidad^[175]. Esta opinión es refutada por la voz evangélica del mismísimo Salvador, donde dice que el propio David había proclamado bajo inspiración que Cristo era su Señor^[176]. Porque el salmo centésimo noveno comienza así: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies*^[177]. Y este mismo salmo no contiene en el título ciertamente *Del mismo David*, sino *Al mismo David*, así como muchísimos. Por mi parte, a mí me parece que defienden una opinión más verosímil aquellos que atribuyen todos aquellos ciento cincuenta salmos a su mano, y que él también tituló algunos con los nombres de otros que representaban algo que atañía al argumento, pero no quiso que los restantes tuvieran en sus títulos el nombre de ningún hombre, tal y como le inspiró el Señor la disposición de su variedad, aunque oscura, sin embargo, no sin sentido. Y no debe impulsar a no creerlo el que los nombres de algunos profetas, que vivieron mucho después de los tiempos del rey David, se leen adscritos a algunos salmos en este libro y que lo que allí se dice parece ser expresado supuestamente por ellos. Y en efecto, el espíritu profético pudo revelar al rey David en sus predicciones también estos nombres de futuros profetas, para que se cantase proféticamente algo que conviniera a sus personalidades. Como el rey Josías, que había de nacer y de reinar después de más de trescientos años, le fue revelado por su nombre a cierto profeta que también predijo sus acciones futuras.

Me parece que ahora ya se espera de mí que explique en este punto de este libro qué profetizó David en los salmos acerca del Señor Jesucristo o de su iglesia. Yo, por mi parte, para hacerlo tal y como parece exigir la misma expectación (aunque ya lo hice en uno), hallo más obstáculos en la abundancia que en la escasez. En efecto, me reprimo de incluirlo todo para evitar la prolijidad, pero temo que, al elegir algunos textos, parezca a muchos que los conocen que dejo al margen otros más necesarios. Después (ya que el testimonio que se aduce sobre la interrelación de todos los salmos debe gozar de aprobación, a fin de que sin lugar a dudas no exista nada que se le pueda objetar, si no se aprueba su totalidad), no debe parecer que a la manera de un centón^[178] vamos arrancando versículos en función del asunto que nos interesa, como de un gran poema que descubre que ha sido escrito no sobre aquel asunto, sino sobre otro y muy diverso. Y para que esto pueda mostrarse en cualquier salmo, ha de exponerse la totalidad. Cuánto esfuerzo requiere esto lo ponen de manifiesto tanto nuestros volúmenes, en los que lo llevamos a cabo, como los de otros^[179]. Por consiguiente, léalos quien quiera y pueda. Hallará cuántas y cuán grandes profecías realizó el rey y también profeta David acerca de Cristo y su iglesia, es decir, sobre el rey y la ciudad que fundó.

Por consiguiente, sean del tipo que sean las expresiones propias y manifiestamente proféticas sobre cualquier asunto, es necesario que con ellas se mezclen también otras con sentido figurado, que, a causa de los más lentos de entendimiento, exigen a los más doctos una laboriosa tarea de discusión y de exégesis. Algunas, no obstante, muestran a Cristo y a la iglesia a primera vista, en el preciso momento en que se pronuncian. Aunque quedan algunas, que se entienden menos en sí mismas, que deben ser explicadas con tranquilidad, como aquello que aparece en el mismo libro de los Salmos: *exhaló mi corazón una buena palabra, yo cuento mis obras al rey. Mi lengua, cálamo de escriba que escribe veloz. Hermoso eres por tu belleza sobre los hijos de los hombres. La gracia está vertida en tus labios, por ello Dios te bendijo para la eternidad. Cíñete tu espada al muslo, poderosísimo por tu*

apariencia y tu hermosura, expándete, avanza en la prosperidad y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia, y tu diestra te conducirá admirablemente. Tus flechas serán agudas, oh poderosísimo (los pueblos caerán a tus pies), contra los corazones de los enemigos del rey. Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos, un cetro de rectitud el cetro de tu reino. Amaste la justicia y sentiste odio por la iniquidad. Por ello Dios, tu Dios, te ungió con el óleo del júbilo entre tus compañeros. La mirra, el áloe y la casia exhalan de tus vestidos, de tus moradas ebúrneas. Con ellas te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor^[180]. ¿Quién no reconocería aquí a Cristo, al que predicamos y en el que creemos, por muy lento de entendimiento que sea, al escuchar que Dios, cuyo trono existe por los siglos de los siglos^[181], también fue ungido por Dios, ciertamente del modo en que unge Dios, no con un crisma^[182] visible sino espiritual e inteligible? ¿Quién es, en efecto, tan ignorante en esta religión o tan sordo contra su fama, difundida a lo largo y a lo ancho, que no sepa que Cristo recibió su nombre de crisma, es decir, de unción? Pero, una vez reconocido Cristo como rey, quien se haya sometido ya al que reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia, indague con tranquilidad lo restante que se ha dicho aquí metafóricamente: cómo es hermoso por su belleza sobre los hijos de los hombres, con una hermosura tanto más digna de ser amada y admirada cuanto menos corpórea, cuál es su espada, cuáles las flechas, y las restantes expresiones similares que se han dispuesto no de forma literal sino metafóricamente.

Contemple después su iglesia unida a su esposo tan excelente mediante un matrimonio espiritual y el amor divino, de la cual se dice en estos versículos que siguen: *La reina está en pie a tu derecha con vestido dorado, cubierta de adornos variados. Escucha, hija, mira, inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; puesto que el rey deseó tu belleza, porque él mismo es tu Dios. Y lo adorarán las hijas de Tiro con sus presentes, los ricos del pueblo buscarán tu rostro. Toda la gloria de la hija del rey está en el interior rodeada de adornos variados en orlas doradas. Las vírgenes serán llevadas al rey tras ella, las más allegadas a ella te serán llevadas a ti. Serán llevadas en medio de la alegría y el regocijo, serán introducidas en el templo del rey. Tus hijos nacen en sustitución de tus padres; los nombrarás príncipes sobre toda la tierra. Recordarán tu nombre de generación en generación. Por ello, los pueblos te proclamarán para la eternidad y por los siglos de los siglos^[183]. No creo que haya nadie tan necio que piense que aquí se alaba y describe a alguna mujer sin importancia; sin duda es la esposa de aquel a quien se dice: *Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos, un cetro de rectitud**

el cetro de tu reino. Amaste la justicia y sentiste odio por la iniquidad. Por ello Dios te ungió, tu Dios con el óleo del júbilo entre tus compañeros^[184]; evidentemente Cristo ante los cristianos. En efecto, aquí están sus compañeros, por cuya unidad y concordia en todas las naciones surge esta reina, así como se dice de ella en otro salmo: *Ciudad del gran rey*^[185]. Esta misma es Sión espiritualmente. Dicho nombre en latín se traduce como «contemplación»^[186]. Pues se contempla el gran bien de los siglos futuros, puesto que allí se dirige su atención. Esta misma es también Jerusalén espiritualmente de igual modo, respecto a la cual ya hablamos con profusión. Su enemiga es la ciudad del Diablo, Babilonia, que se traduce como «confusión»^[187]. De dicha Babilonia, sin embargo, esa reina es liberada en todas las naciones por medio de la regeneración, y pasa del peor rey al mejor rey, es decir, del Diablo a Cristo. Por causa de ello, se le dice: *Olvida tu pueblo y la casa de tu padre*^[188]. De esta ciudad impía son también una porción los israelitas solo por la carne, no por la fe. También son ellos mismos enemigos de este gran rey y de esta reina. Pues Cristo, al venir a estos mismos y ser muerto por ellos, se hizo más Cristo de otros a los que no vio en carne. De donde, por la profecía de cierto salmo, dice nuestro mismísimo rey: *Me apartarás de las réplicas de mi pueblo, me pondrás a la cabeza de las naciones. Un pueblo al que no conocí me ha servido; atento a sus oídos me obedeció*^[189].

Por consiguiente, ese pueblo de los gentiles, al que Cristo no conoció en su presencia corporal, Cristo en el que sin embargo creyó cuando le fue anunciado, de manera que de él justamente se dijese: *atento a sus oídos me obedeció*^[190], *ya que la fe procede del oído*^[191] —ese pueblo, digo, sumado a los verdaderos israelitas por la carne y por la fe, constituye la ciudad de Dios, que engendró también al mismísimo Cristo según la carne cuando existió en aquellos israelitas solamente. Lo cierto es que de allí procedía la virgen María, en la cual Cristo tomó la carne para ser hombre. De esta ciudad dice otro salmo: *Madre Sión, dirá el hombre y el hombre nació en ella, y el Altísimo en persona la fundó*^[192]. ¿Quién sino Dios es ese Altísimo? Y por esto Cristo Dios, antes que se hiciera hombre en aquella ciudad a través de María, él mismo la fundó en los patriarcas y profetas. Por tanto, al habérsele anunciado por medio de la profecía a esta reina la ciudad de Dios, lo que ya vemos cumplido, *en el lugar de tus padres te han nacido hijos, los nombrarás príncipes sobre toda la tierra*^[193] (lo cierto es que de sus hijos surgen príncipes y patriarcas por toda la tierra, al proclamarla los pueblos que acuden a esta confesión de alabanza eterna por los siglos de los siglos), lejos de toda

duda cualquier cosa que se ha dicho aquí veladamente mediante expresiones metafóricas, de cualquier modo que se interprete, debe adecuarse a estas realidades evidentes.

17

Así como también en aquel salmo donde se proclama con absoluta claridad a Cristo sacerdote, del mismo modo se lo proclama aquí rey: *dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies*^[194], se cree que Cristo está sentado a la derecha del Padre, no se ve. Asimismo, todavía no se ha hecho visible que sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies. Esto está sucediendo, se hará visible al final. Asimismo, esto ahora se cree, después se verá. Pero lo que sigue: *el Señor extenderá el cetro de tu valor desde Sión, domina en medio de tus enemigos*^[195], está tan claro que negarlo no solo denota falta de fe e infelicidad, sino también imprudencia. Y lo cierto es que los propios enemigos^[196] confiesen que la ley de Cristo fue promulgada desde Sión, lo que nosotros llamamos Evangelio, y reconocemos este cetro de su valor. Y que este domina en medio de sus enemigos, esos mismos entre los cuales domina lo atestiguan rechinando los dientes y consumiéndose, y no teniendo ningún poder frente a él. Después, respecto a lo que dice poco más adelante: *el Señor ha jurado, y no se arrepentirá*, con estas palabras señala que va a ser inmutable lo que añade: *tú eres sacerdote para la eternidad según el orden de Melquisedec*^[197], porque ya no existe en ninguna parte el sacerdocio y el sacrificio según el orden de Aarón, y por todas partes se presenta bajo el sacerdote Cristo el que ofreció Melquisedec cuando bendijo a Abraham^[198], ¿quién se permite dudar a qué se refieren estas palabras? Por consiguiente, a estas realidades manifiestas se refieren aquellas que están dispuestas de manera un tanto más oscura en el mismo salmo, cuando se interpretan correctamente, cosa que ya hicimos en nuestros sermones dirigidos al pueblo. Así también en aquello, donde Cristo explica la humillación de su pasión por medio de una profecía diciendo: *atravesaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; ellos mismos ciertamente me examinaron y me observaron*^[199] (con estas palabras sin duda simbolizó el cuerpo extendido en la cruz con los pies y las manos fijados y atravesados por la perforación de los clavos, y que de este modo él ofreció un espectáculo para quienes le

examinasen y contemplasen), añadiendo también: *Se repartieron mis ropas y echaron a suertes mi túnica*^[200]. Cómo se cumplió esta profecía lo cuenta el relato evangélico^[201]. Entonces ciertamente también se interpretan correctamente otras que se pronuncian allí con menor claridad, cuando concuerdan con aquellas que brillaron de forma tan manifiesta, principalmente porque también aquellas que no creemos por haber pasado, sino que contemplamos como presentes, como se leen en el mismo salmo, predichas tanto tiempo atrás, así ahora se contemplan mostradas en todo el orbe. Efectivamente, allí, poco después se dice: *recordarán y se tornarán al Señor todos los confines de la tierra y le adorarán ante su vista todas las patrias de las naciones; puesto que el reino es del Señor, y él mismo dominará a las naciones*^[202].

18

Tampoco los oráculos de los salmos callaron en absoluto sobre su resurrección. Pues qué otra cosa significa lo que se canta por boca de este en el salmo tercero: *Yo dormí y cogí el sueño; ¿me levanté porque el Señor me acogió*^[203]? ¿Acaso tal vez hay alguien tan necio que crea que el profeta quiso mostrarnos como algo importante que durmió y se levantó, a no ser que ese sueño fuese la muerte y el despertar la resurrección, que así convino profetizar de Cristo? Pues esto se muestra mucho más claramente incluso en el cuadragésimo, donde por boca del mismo mediador, según la costumbre habitual, se cuentan como pasados los hechos que se profetizaban como futuros; porque los que habían de suceder ya en la predestinación y presciencia de Dios se presentaban como sucedidos <porque eran ciertos>. Dice: *mis enemigos pronunciaron malas palabras contra mí. ¿Cuándo morirá y perecerá su nombre? Y si entraba para visitarle, su corazón dijo falsedades y acumuló maldad contra mí mismo. Salía afuera y hablaba al mismo tiempo contra uno solo. Contra mí murmuraban todos mis enemigos, contra mí maquinaban males. Establecieron un discurso malévolo contra mí. ¿Acaso el que duerme no terminará por levantarse*^[204]? Aquí, sin duda, han sido dispuestas estas palabras de manera que se entienda que no se ha dicho nada distinto que si se dijese: ¿Acaso el que muere no terminará por revivir? Lo cierto es que las palabras anteriores demuestran que sus enemigos habían maquinado y preparado su muerte, y que esto había sido llevado a cabo por

aquel que entraba a visitarle y salía para traicionarle. ¿A quién no le viene aquí a la mente Judas, que de discípulo suyo se convirtió en traidor? Por consiguiente, ya que habían de hacer lo que tramaban, es decir, que iban a matarle, mostrando que ellos por su vana maldad iban a matar en vano al que había de resucitar, así añade este versículo, como si dijese: ¿Qué hacéis, necios? Lo que es vuestro crimen, será mi sueño: *¿Acaso el que duerme no terminará por levantarse?* Y, sin embargo, que estos no iban a cometer tan terrible crimen impunemente lo indica en los versos siguientes afirmando: *E incluso el hombre de mi confianza, en el que deposité mis esperanzas, que comía mi pan, levantó su talón contra mí*, es decir, me pisoteó. *Pero tú, Señor, dice, compadécete de mí y resucítame, y yo se lo retribuiré*^[205]. ¿Quién que ve a los judíos después de la pasión y la resurrección de Cristo, exterminados de raíz de sus asentamientos por la devastación y ruina de la guerra, podrá negar esto? En efecto, tras morir a manos de estos resucitó y les aplicó entretanto un correctivo temporal, aparte del que reserva a los que no se hayan corregido, cuando juzgará a vivos y muertos. Pues el mismo Señor Jesús, al señalar a los apóstoles a ese mismo traidor suyo por el pan que le ofreció^[206], recordó también este verso de aquel salmo y dijo que se había cumplido en él: *Quien comía mis panes levantó el talón contra mí*. Y lo que dice: *en el que deposité mis esperanzas*, no tiene relación con la cabeza, sino con el cuerpo. Y el mismo Salvador conocía a quien del que antes ya había dicho: *Uno de vosotros me traicionará y uno de vosotros es el Diablo*^[207]. Pero suele transferir a sí mismo el carácter de sus miembros y atribuirse lo que pertenece a aquellos, porque la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo. De ahí aquello del Evangelio: *Tuve hambre y me disteis de comer*^[208], que explica diciendo: *cada vez que lo hicisteis a uno de mis pequeñuelos a mí me lo hicisteis*^[209]. Así pues, dijo que él había esperado lo que entonces habían esperado de Judas sus discípulos cuando fue sumado a los apóstoles.

Por otra parte, los judíos no esperan que el Cristo al que esperan vaya a morir^[210]. Por ello, no creen que el nuestro sea el que anunciaron la ley y los profetas, pero no sé cuál es el suyo, que se figuran ajeno al trance de la muerte. Por ello, sostienen con admirable vanidad y ceguera que las palabras que citamos no significaban la muerte y la resurrección, sino el sueño y la vigilia. Pero también se lo anuncia en voz alta el salmo décimo quinto: *Por este motivo mi corazón se ha regocijado y mi lengua ha exultado de alegría, y mi carne también descansará en la esperanza; porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni permitirás a tu santo ver la corrupción*^[211]. ¿Quién podría decir que su carne descansó en la esperanza de que su alma no se viese

abandonada en el infierno, sino que reviviese rápidamente al volver a ella para no corromperse, como suelen corromperse los cadáveres, sino aquel que resucitó al tercer día? Cosa que, por cierto, no pueden decir del profeta y rey David. Lo dice en alto también el sexagésimo séptimo: *Nuestro Dios es un Dios que salva, y del señor es la salida de la muerte*^[212]. ¿Puede decirse algo más claro? En efecto, el Dios que salva es el Señor Jesús, que se traduce como «salvador» o «salutífero»^[213]. Pues se dio la siguiente razón de este nombre cuando antes de que naciera de la Virgen se dijo: *dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús. Pues él mismo salvará a su pueblo de sus pecados*^[214]. Puesto que para la remisión de estos pecados fue derramada su sangre, no convino ciertamente que tuviera otra salida de esta vida sino la muerte. Por ello, tras decirse: *Nuestro Dios es un Dios que salva*, se añade a continuación *y del señor es la salida de la muerte*, para que se mostrase que había de dar la salvación muriendo^[215]. Pero se dice con admiración *y del Señor*, como si se dijese: «Esta vida de los mortales es tal que ni el Señor mismo podría salir de ella de otro modo sino por la muerte».

19

Pero para que los judíos no cedan en absoluto ante los testimonios tan manifiestos de esta profecía, aún dirigidos los hechos a un cumplimiento tan claro y seguro, ciertamente en ellos se cumple aquello que está escrito en el salmo que sigue a este. En efecto, al decirse proféticamente también a partir de allí por boca de Cristo aquello que atañe a su pasión, se recuerda lo que se hizo patente en el Evangelio: *me dieron hiel en mi comida y para mi sed me dieron de beber vinagre*^[216]. Y como después de semejante banquete y alimentos de tal índole que le fueron ofrecidos, a continuación añade: *Que su mesa se convierta en presencia de ellos mismos en ratonera, castigo y escándalo; que sus ojos se nublen para que no vean, y su espalda esté siempre doblegada*^[217], y lo demás que se dijo, no expresando un deseo, sino que fue predicho mediante una profecía bajo la apariencia de expresión de un deseo. Por consiguiente, ¿qué hay de admirable si no ven estas evidencias aquellos cuyos ojos están nublados para no ver? ¿Qué hay de admirable si no contemplan las realidades celestes quienes para estar inclinados a la tierra tienen siempre su espalda encorvada? En efecto, mediante estas expresiones metafóricas tomadas del cuerpo se entienden los vicios de los espíritus. Estas

cuestiones sobre los salmos, es decir, sobre la profecía del rey David, ya han sido suficientemente expuestas, para poner algún límite. Pero discúlpenme quienes las leen y conocen todas ellas, y no se quejen de aquellas que, siendo tal vez más sólidas, entienden o consideran que he omitido.

20

Consecuentemente, el rey David reinó en la Jerusalén terrena, hijo de la Jerusalén celeste, muy ensalzado por el testimonio divino, porque también sus faltas fueron compensadas por su piedad tan inmensa a través de la salubérrima humildad de la penitencia, para estar finalmente entre aquellos de los cuales él mismo dice: *Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos*^[218]. Después de este reinó sobre el mismo pueblo en su totalidad su hijo Salomón, que, como se ha dicho anteriormente^[219], comenzó a reinar mientras su padre aún vivía. Este, de unos buenos comienzos tuvo un mal desenlace^[220]. Lo cierto es que las circunstancias prósperas, que inquietan los espíritus de los sabios, le resultaron más perjudiciales de lo que le benefició su propia sabiduría, ahora y en lo sucesivo memorable, y entonces alabada por doquier. También se halla que este mismo profetizó en sus libros, que han sido admitidos en número de tres en la autoridad canónica: Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares. En cambio los otros dos, uno de los cuales se titula la Sabiduría, el otro Eclesiástico, a causa de cierta coincidencia de estilo, la costumbre hizo que se le atribuyeran a Salomón; sin embargo, los más eruditos no dudan de que no son suyos. No obstante la iglesia, especialmente la occidental, los reconoció desde antiguo como autoridad^[221]. En uno de ellos, que se titula Sabiduría de Salomón, se profetiza clarísimamente la pasión de Cristo. Lo cierto es que se alude a sus impíos asesinos, que dicen: *Acechemos al justo, porque es desagradable para nosotros y contrario a nuestras acciones, y reprende nuestras transgresiones de la ley y nos echa en cara las faltas contra nuestra instrucción. Proclama que él posee el conocimiento de Dios y se arroga el nombre de hijo de Dios. Se nos ha convertido en censor de nuestros pensamientos. Para nosotros es incluso oneroso de ver, puesto que su vida es diferente de las demás y sus caminos inmutables. Somos considerados por él frívolos y se guarda de nuestros caminos como de inmundicias, prefiere los últimos tiempos de los justos y se vanagloria de*

*tener como padre a Dios. Veamos, por consiguiente, si sus palabras son verdaderas, y probemos qué le habrá de suceder, y sabremos cuál será su final. En efecto, si es el justo hijo de Dios, le ayudará y lo liberará de las manos de sus adversarios. Interroguémosle mediante el ultraje y el tormento para conocer su reverencia y probar su paciencia. Condenémosle a una muerte vergonzosísima; pues, según sus palabras, habrá auxilio para él. Esto pensaron y se equivocaron. En efecto, les cegó su maldad^[222]. En el Eclesiástico, por su parte, la futura fe de los gentiles se proclama de este modo: *Compadécete de nosotros, Dios dominador de todas las cosas, e infunde tu temor sobre todas las naciones; alza tu mano sobre las naciones extranjeras y vean tu poder. Como fuiste santificado en nosotros ante ellos, así ante nosotros muestras tu magnificencia en ellos, y te reconozcan como también nosotros te reconocimos, porque no hay Dios excepto tú, Señor*^[223]. Esta profecía, bajo la apariencia de deseo y súplica, la vemos cumplida por medio de Jesucristo. Pero los escritos que no están incluidos dentro del canon de los judíos no ofrecen un argumento tan firme contra nuestros oponentes.*

Pero en aquellos tres que se tiene constancia de que pertenecen a Salomón, y los judíos tienen por canónicos, a fin de que quede demostrado que lo que se encuentra en ellos de esta índole atañe a Cristo y a la iglesia, es precisa una discusión laboriosa, que nos hace extendernos más allá de lo que conviene si se emprende en este momento. No obstante, lo que se lee en los Proverbios que dicen los impíos: *Escondamos en la tierra injustamente al hombre justo, devorémoslo vivo como el infierno y borremos su recuerdo de la tierra, apoderémonos de su posesión preciada*^[224], no resulta tan oscuro que no pueda entenderse referido a Cristo y a su posesión, la iglesia, sin necesidad de una discusión laboriosa. Lo cierto es que el propio Señor Jesús por medio de una parábola del Evangelio mostró también que unos malvados colonos dijeron algo semejante: *Este es el heredero, venid, démosle muerte, y la heredad será nuestra*^[225]. Igualmente en el mismo libro, aquello que ya hemos resumido anteriormente, al tratar sobre la estéril que dio a luz a siete^[226], se tuvo por costumbre entenderlo, tan pronto como fue pronunciado, no en otro sentido sino sobre Cristo y la iglesia, por parte de aquellos que saben que Cristo es la sabiduría de Dios: *La sabiduría ha edificado una casa para sí, y ha erigido siete columnas, ha inmolado sus víctimas, ha mezclado su vino en una vasija y ha preparado su mesa. Ha enviado a sus siervos para invitar con eminente proclama a beber diciendo: ¿quién es ignorante? Que venga a mí. Y a los privados de inteligencia les dice: venid, comed de mis panes y bebed el vino que mezclé para*

vosotros^[227]. Aquí, sin duda, reconocemos que la sabiduría de Dios, es decir, el verbo coeterno con el padre, edificó en el útero virginal como su morada un cuerpo humano y a este, como los miembros a la cabeza, le unió la iglesia; que inmoló como víctimas a los mártires; que preparó la mesa con vino y panes, donde se hace visible también el sacerdocio según el orden de Melquisedec; que llamó a los ignorantes y a los privados de inteligencia, ya que, como dice el apóstol: *eligió la debilidad de este mundo para confundir a los fuertes*^[228]. No obstante, a los débiles les dice lo que sigue: *Abandonad la ignorancia, para que viváis, y buscad la prudencia, para que tengáis vida*^[229]. Y el hacerse partícipe de su mesa, esto mismo es empezar a tener vida. Pues en otro libro que se titula Eclesiastés, cuando dice: *No existe bien para el hombre sino lo que comerá y beberá*^[230], ¿qué se entiende que dice más verosímilmente que lo que atañe a la participación en esta mesa, que el propio sacerdote mediador de la nueva alianza muestra según el orden de Melquisedec de su cuerpo y de su sangre? En efecto, este sacrificio sucedió a todos aquellos sacrificios de la antigua alianza, que eran inmolados como sombra del futuro. Por ello también reconocemos aquella voz del mismo Mediador hablando por medio de la profecía en el salmo trigésimo noveno: *no quisiste el sacrificio ni la ofrenda, pero me hiciste un cuerpo*^[231]; ya que por todos aquellos sacrificios y ofrendas su cuerpo es ofrecido y es servido a los participantes. En efecto, el Eclesiastés en esta máxima sobre comer y beber, que a menudo repite y recomienda con insistencia, muestra suficientemente que ello no se refiere a los banquetes del placer carnal cuando dice: *Es mejor ir a una casa en duelo que a una casa donde se bebe*^[232]; y un poco más adelante dice: *el corazón de los sabios está en la casa en duelo y el corazón de los necios en la casa de los banquetes*^[233]. Pero pienso que de este libro debe recordarse sobre todo lo que atañe a las dos ciudades, una la del Diablo, otra la de Cristo, y sus reyes, el Diablo y Cristo: *Ay de ti, tierra, dice, cuyo rey es un muchacho y tus príncipes se banquetean ya por la mañana. Feliz tú, tierra, cuyo rey es hijo de personas libres y tus príncipes comen a su hora en la fortaleza y no en la confusión*^[234]. Llama muchacho al Diablo a causa de su necedad, de su soberbia, de su temeridad, de su petulancia y de sus restantes vicios, que en esa edad suelen abundar. A Cristo, en cambio, hijo de hombres libres, es decir, de los santos patriarcas, pertenecientes a la ciudad libre, de los cuales fue engendrado en carne^[235]. Los príncipes de aquella ciudad banqueteándose ya de mañana, es decir, antes de la hora apropiada, porque no esperan la felicidad oportuna, que es la verdadera, en un tiempo futuro, ansiosos por gozar precipitadamente de las

celebraciones de este siglo. En cambio, los príncipes de la ciudad de Cristo esperan con paciencia el tiempo de la felicidad no engañosa. Dice esto: *en la fortaleza, y no en la confusión*, porque no les engaña la esperanza, de la cual dice el apóstol: *pero la esperanza no confunde*^[236]. Dice también el salmo: *Y en verdad los que te esperan no serán confundidos*^[237]. Por otra parte, el Cantar de los Cantares consiste en una especie de placer espiritual de las mentes santas en el matrimonio del rey y de la reina de la ciudad, que son Cristo y la iglesia. Pero este placer está revestido de un envoltorio alegórico para que sea deseado más ardientemente y sea descubierto con mayor gozo, y se presente el esposo, al que se dice en el mismo cántico: *La justicia te ha amado*^[238], y la esposa, que allí escucha, *la caridad en tus deleites*^[239]. Pasamos muchas cuestiones en silencio por la preocupación de terminar esta obra.

21

De los restantes reyes de los hebreos después de Salomón apenas se encuentra que realizaran profecías a través de alguna interpretación oculta de sus palabras o de sus acciones que tuviese relación con Cristo y la iglesia, ya en Judá, ya en Israel. En efecto, así fueron llamadas las partes de aquel pueblo en las que fue dividido por el castigo de Dios a causa de la ofensa de Salomón en el tiempo de su hijo Roboán, que sucedió a su padre en el trono. En consecuencia, las diez tribus que recibió Jeroboán, esclavo de Salomón, nombrado rey suyo en Samaria^[240], eran llamadas propiamente Israel^[241], aunque este fuese el nombre de todo aquel pueblo. Pero las dos tribus que por causa de David permanecieron sometidas a la ciudad de Jerusalén a fin de que el poder real no fuese totalmente erradicado de su linaje, a saber, la de Judá y la de Benjamín, recibieron el nombre de Judá, porque esa misma era la tribu de donde era originario David. Por su parte, la tribu de Benjamín, que, como dije, pertenecía al mismo reino, era de donde surgió el rey Saúl antes de David. Pero al mismo tiempo estas dos tribus, como se ha dicho, se denominaban de Judá y con este nombre se distinguían de Israel, por el que eran llamadas las diez tribus que tenían su propio rey. En efecto, la tribu de Leví, puesto que fue sacerdotal, al estar cedida al servicio de Dios y no de los reyes, se contaba como la decimotercera. Lo cierto es que José, uno de los doce hijos de Israel, creó no una sola tribu, como los restantes uno cada una,

sino dos, la de Efraín y la de Manasés. Sin embargo, también la tribu de Leví pertenecía más bien al reino de Jerusalén, donde se encontraba el templo de Dios, al que prestaba servicio^[242]. Así pues, dividido el pueblo, en Jerusalén reinó en primer lugar Roboán, rey de Judá, hijo de Salomón, y en Samaria Jeroboán, rey de Israel, siervo de Salomón. Y cuando hubo pretendido Roboán combatir mediante la guerra aquella tiranía de la parte dividida, por así llamarla, se prohibió al pueblo luchar contra sus hermanos, proclamando Dios por medio de un profeta que había sido obra suya^[243]. De ahí se hizo patente que en esa cuestión no había pecado alguno ni del rey de Israel ni del pueblo, sino el cumplimiento de la voluntad del Dios vengador. Una vez conocido esto, ambas partes, tras alcanzar la paz entre sí, quedaron apaciguadas; pues no se había producido una división de la religión, sino del reino.

22

Pero el rey de Israel Jeroboán, a causa de su perversidad, al no creer en Dios, cuya veracidad había probado al serle prometido y entregado a él el reino, temió que, cuando acudiera al templo de Dios que se hallaba en Jerusalén, adonde conforme a la ley divina debía acudir toda aquella nación para ofrecer sacrificios, el pueblo se separase de él y se tornase a la estirpe de David como linaje real, instituyó la idolatría en su reino y con nefanda impiedad engañó al pueblo de Dios encadenado con él por el culto a los ídolos. Y, no obstante, Dios no cesó en absoluto de denunciar por medio de los profetas no solo a aquel rey, sino también a sus sucesores e imitadores de su impiedad y al pueblo mismo. Pues allí sobresalieron además aquellos grandes e insignes profetas, Elías y su discípulo Eliseo, que también realizaron muchas acciones admirables. Allí también al profeta Elías, cuando dijo: *Señor, mataron a tus profetas, socavaron tus altares, y he quedado yo solo, y buscan mi alma*^[244], se le respondió que allí había siete mil varones que no doblaron sus rodillas ante Baal^[245].

23

Igualmente en el reino de Judá perteneciente a Jerusalén tampoco faltaron profetas en los tiempos de los sucesivos reyes, según le placía a Dios enviarlos ya para anunciar lo que resultaba necesario, ya para censurar los pecados, ya para prescribir la justicia. En efecto, también allí, aunque en menor medida que en Israel, sin embargo existieron reyes que ofendieron gravemente a Dios por sus impiedades y que fueron golpeados con correctivos apropiados junto con su pueblo, de la misma catadura. De los reyes piadosos^[246] allí ciertamente son alabados méritos no pequeños; en cambio en Israel leemos que unos reyes más y otros menos, todos fueron sin embargo reprobables. Así pues, una y otra parte, como ordenaba o permitía la divina providencia, o bien era elevada por diversas circunstancias prósperas o bien era abatida por las adversidades, y de tal modo era golpeada no solo por guerras externas sino también con guerras civiles entre ellos, que la misericordia o la ira de Dios se hacía visible al existir unas causas evidentes hasta que, al ir en aumento su indignación, todo aquel pueblo no solo fue abatido en su territorio por los caldeos, que les vencieron en la guerra, sino también deportado en su mayor parte a las tierras de los asirios; en primer lugar aquella parte que era llamada Israel en diez tribus^[247], y a continuación la de Judá, una vez destruida Jerusalén y su magnífico templo^[248]. En dichas tierras sufrió la inactividad del cautiverio durante setenta años. Después de estos, tras permitírsele regresar, reconstruyó el templo que había sido destruido^[249]. Y aunque muchos de ellos continuaron viviendo en las tierras de los extranjeros, no tuvo sin embargo en lo sucesivo un reino dividido en dos partes ni dos reyes diferentes en cada parte, sino que en Jerusalén se hallaba su único príncipe, y todos acudían en momentos determinados desde todas partes, en cualquier lugar que estuviesen y desde donde pudiesen, al templo de Dios que se encontraba allí. Pero tampoco entonces les faltaron enemigos y atacantes procedentes de otras naciones, y, en efecto, Cristo incluso los encontró como tributarios de los romanos.

24

Y en todo aquel tiempo desde que regresaron de Babilonia, después de Malaquías, Ageo y Zacarías, que profetizaron entonces, y de Esdrás, no tuvieron profetas hasta la venida del Salvador, a no ser el otro Zacarías, padre de Juan^[250], e Isabel, su esposa^[251], estando ya próximo el nacimiento de

Cristo, y nacido ya este, el anciano Simeón^[252] y la viuda Ana, ya de avanzada edad^[253], y el último el mismísimo Juan^[254]. Este en su juventud no predijo ciertamente que había de venir Cristo, que ya estaba en su juventud, pero sin embargo con su conocimiento profético lo mostró no siendo conocido^[255]. A causa de ello, dijo el Señor mismo: *La ley y los profetas hasta Juan*^[256]. Pero la actividad profética de estos nos es conocida a través del Evangelio, donde también se halla que la propia virgen madre del señor había profetizado antes de Juan^[257]. Pero los judíos réprobos no aceptaron su profecía. En cambio, la aceptaron muchísimos de ellos^[258] que creyeron en el Evangelio. En efecto, entonces quedó dividido realmente Israel en dos por aquella división que fue anunciada de antemano como inmutable por el profeta Samuel al rey Saúl^[259]. En cambio los judíos réprobos tienen por los últimos admitidos en la autoridad divina a Malaquías, Ageo, Zacarías y a Esdrás incluso. En efecto, hay también escritos suyos, así como de otros que en un número reducidísimo entre una gran multitud de profetas escribieron aquellas profecías que alcanzaron la autoridad del canon. Sobre las predicciones de estos que atañen a Cristo y a su iglesia, veo que debo exponer algunas en esta obra, cosa que se hará de manera más apropiada, con la ayuda de Dios, en el libro siguiente, para no cargar este tan prolijo todavía más.

LIBRO XVIII

SUMARIO

1. Sobre aquellas cuestiones que han sido discutidas en los diecisiete volúmenes, que abarcan hasta los tiempos del Salvador.
2. Sobre los reyes y los tiempos de la ciudad terrena, a los que corresponden los tiempos de los santos computados desde los comienzos de Abraham.
3. Quiénes reinaban entre los asirios y los sicionios cuando, según la promesa, Isaac le nació a Abraham ya centenario, o al mismo Isaac siendo sexagenario le nacieron de Rebeca los gemelos Esaú y Jacob.
4. Sobre los tiempos de Jacob y de su hijo José.
5. Sobre Apis, rey de los argivos, al que los egipcios rindieron culto con honores divinos bajo el nombre de Serapis.
6. Quién reinaba entre los argivos y entre los asirios cuando murió Jacob en Egipto.
7. En tiempos de qué reyes murió José en Egipto.
8. En tiempos de qué reyes nació Moisés, y en honor a qué dioses surgió el culto en esos mismos tiempos.
9. Cuándo fue fundada la ciudad de los atenienses y qué causa aduce Varrón para su nombre.
10. Qué transmite Varrón acerca de la denominación del Areópago y del diluvio de Decaulión.
11. En qué tiempo sacó Moisés al pueblo de Egipto, y en tiempos de qué reyes murió Jesús Nave, su sucesor.
12. Sobre los ritos en honor a los falsos dioses que los reyes de Grecia instituyeron en aquellos tiempos que se computan desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Jesús Nave.
13. De qué clase de fábulas se originaron relatos ficticios en aquel tiempo en que los jueces comenzaron a gobernar a los hebreos.
14. Sobre los poetas teólogos.

15. Sobre la caída del reino de los argivos, tiempo en el cual Pico, hijo de Saturno, recibió el primero el reino de su padre entre los laurentes.
16. Sobre Diomedes, elevado a la categoría de los dioses después de la caída de Troya, cuyos compañeros, según cuenta la tradición, fueron transformados en aves.
17. Qué transmitió Varrón sobre transformaciones increíbles de seres humanos.
18. Qué debe creerse sobre las transformaciones que parecen sufrir los seres humanos por arte de los demonios.
19. Eneas llegó a Italia en el tiempo en el que el juez Labdón ejercía su cargo entre los hebreos.
20. Sobre la sucesión del orden de los reyes entre los israelitas después de los tiempos de los jueces.
21. Sobre los reyes del Lacio, de los cuales el primero, Eneas, y el duodécimo, Aventino, fueron convertidos en dioses.
22. Roma fue fundada en aquel tiempo en que cayó el reino de los asirios y en el que Ezequías reinaba en Judá.
23. Sobre la sibila de Eritrea, que entre otras sibilas se tiene constancia de que cantó muchas evidencias sobre Cristo.
24. Durante el reinado de Rómulo descollaron los siete sabios, en el tiempo en el que las diez tribus llamadas de Israel fueron conducidas a la esclavitud por los caldeos y el propio Rómulo, una vez muerto, fue recompensado con honores divinos.
25. Qué filósofos descollaron mientras reinaba entre los romanos Tarquinio Prisco, entre los hebreos Sedecías, cuando fue conquistada Jerusalén y destruido el templo.
26. En el tiempo en el que, pasados setenta años, fue abolido el cautiverio de los judíos, los romanos también se liberaron del dominio regio.
27. Sobre los tiempos de los profetas, cuyos oráculos están contenidos en libros. Estos entonaron multitud de oráculos sobre la vocación de los gentiles cuando comenzó el imperio de los romanos y terminó el de los asirios.
28. Qué profecías realizaron Oseas y Amós sobre aquellas cuestiones que atañen al Evangelio de Cristo.
29. Cuáles fueron las predicciones de Isaías sobre Cristo y la iglesia.
30. Qué profecías congruentes con el Nuevo Testamento realizaron Miqueas, Jonás y Joel.
31. Qué predicciones se encuentran en Naún y Habacuc sobre la salvación del mundo en Cristo.
32. Sobre la profecía que está contenida en la oración y el cántico de Habacuc.

33. Qué pronosticaron con espíritu profético Jeremías y Sofonías sobre Cristo y la vocación de los gentiles.
34. Sobre la profecía de Daniel y Ezequiel que concuerda con Cristo y la iglesia.
35. Sobre el vaticinio de los tres profetas: Ageo, Zacarías y Malaquías.
36. Sobre Esdrás y los libros de los Macabeos.
37. La autoridad profética se revela más antigua que todo el origen de la filosofía gentil.
38. El canon eclesiástico no admitió algunos escritos de los santos a causa de su excesiva antigüedad, no fuera que por esta circunstancia se mezclasen los falsos con los verdaderos.
39. Sobre los escritos hebreos, que nunca dejaron de existir en su propia lengua.
40. Sobre la falsísima presunción de los egipcios, que otorga cien mil años a la antigüedad de su ciencia.
41. Sobre las discrepancias de las opiniones filosóficas y la concordia de las escrituras canónicas dentro de la iglesia.
42. ¿Por medio de qué disposición de la providencia de Dios las sagradas escrituras del Antiguo Testamento fueron traducidas del hebreo a la lengua griega, para que los gentiles las conocieran?
43. Sobre la autoridad de los setenta traductores que, con el debido respeto a la escritura hebrea, debe ser preferida a todos los traductores.
44. ¿Qué debe entenderse sobre la destrucción de Nínive, cuyo aviso se prolonga durante el espacio de cuarenta días en el texto hebreo, pero en los Setenta concluye en el breve periodo de tres días?
45. Después de la restauración del templo, los judíos dejaron de tener profetas, y a partir de ahí hasta el nacimiento de Cristo fueron afligidos por continuas adversidades, para que quedase probado que la construcción del otro templo había sido prometida por voces proféticas.
46. Sobre el nacimiento de nuestro Salvador, según lo cual el verbo se hizo carne, y sobre la dispersión de los judíos por todas las naciones, tal y como fue profetizado.
47. ¿Hubo acaso antes de los tiempos cristianos algunas personas fuera del linaje israelita que pertenecieran a la comunidad de la ciudad celeste?
48. La profecía de Ageo, por la que dijo que la gloria futura de la casa de Dios iba a ser mayor de lo que anteriormente lo fue, no se ha cumplido en la reconstrucción del pueblo, sino en la iglesia de Cristo.
49. Sobre la indiscriminada multiplicación de la iglesia, por la cual en este siglo muchos malvados se mezclan con los elegidos.
50. Sobre la predicación del Evangelio, que se hizo más sonora y poderosa por los martirios de los que lo predicaban.

51. La fe católica también se fortalece por las disensiones de los herejes.
52. Si debe creerse lo que algunos piensan, que, una vez concluidas las diez persecuciones que se han producido, ya no quedará ninguna más que la undécima, que acontecerá en el mismísimo tiempo del Anticristo.
53. Sobre el tiempo oculto de la última persecución, no revelado a ningún ser humano.
54. Sobre la muy necia mentira de los paganos, por la cual inventaron que la religión cristiana no perduraría más de trescientos sesenta y cinco años.

1

He prometido que iba a escribir sobre el origen, el devenir y los finales correspondientes de las dos ciudades, una de las cuales es la de Dios, la otra la de este siglo, en la cual se encuentra, en lo que concierne al género humano, también esa peregrina, después de haber refutado en primer lugar, en la medida en que me ayudase su gracia, a los enemigos de la ciudad de Dios, que prefieren a sus dioses antes que a Cristo, su fundador, y odian atrocemente a los cristianos con una malevolencia perniciosísima para ellos mismos, cosa que hice en los diez primeros volúmenes. Y en función de esta triple promesa mía, que acabo de recordar, se ha distribuido el origen en los cuatro libros que siguen al décimo, después el devenir desde el primer hombre hasta el diluvio en un solo libro, que es el decimoquinto de esta obra, y de allí hasta Abraham ambas progresaron a su vez, como en los tiempos, así también en nuestros escritos. Pero desde el padre Abraham hasta el tiempo de los reyes israelitas, donde concluimos el volumen decimosexto, y de allí hasta la llegada del propio Salvador en carne, hasta donde se dirige el libro décimo séptimo, parece que en mi escritura solo había progresado la ciudad de Dios. Aunque no hubo progresado sola en este tiempo, sino que ambas sin duda, como desde el principio, variaron los tiempos en su devenir en el género humano. Pero he actuado de este modo con la finalidad de que en primer lugar, desde el momento en que las promesas de Dios comenzaron a ser más evidentes, hasta su nacimiento de una virgen, en el cual habían de cumplirse las promesas realizadas al principio, esta ciudad, que pertenece a Dios, se presente más claramente en su devenir, sin interrupción por la contraposición de la otra. Aunque hasta la revelación del Nuevo Testamento transcurrió no a la luz sino

en la sombra. Por consiguiente, ahora veo que debe hacerse lo que había dejado pospuesto, para abordar cómo había transcurrido también aquella desde los tiempos de Abraham, en la medida que resulte suficiente, a fin de que ambas puedan ser comparadas entre sí mediante el análisis de los lectores^[1].

2

Por consiguiente, la sociedad de los mortales, que se extiende por las tierras por doquier y que, en una diversidad de lugares tan grande cuanto se quiera, está ligada, sin embargo, por una comunidad de una sola e idéntica naturaleza, persiguiendo cada cual su conveniencia y sus deseos hasta que aquello que ansía o bien no es suficiente para alguien o bien para nadie, porque no es lo mismo, se divide contra sí misma en muchas ocasiones y la parte que prevalece oprime a la otra parte. En efecto, la vencida sucumbe ante la vencedora, prefiriendo sin duda la paz a cualquier precio y la salvación antes que la dominación e incluso la libertad, de manera que fueron causa de gran admiración aquellos que prefirieron perecer antes que ser esclavos^[2]. Pues en casi todos los pueblos en cierto modo resonó aquella voz de la naturaleza para que aquellos a los que tocó en suerte ser vencidos prefirieran someterse a los vencedores antes que ser destruidos por completo por la devastación de la guerra. Por ello, ha sucedido que, no sin la providencia de Dios, en cuya potestad se halla que uno u otro sea sojuzgado o sojuzgue en la guerra, unos posean los reinos y otros estén sometidos a los que reinan. Pero entre los muchos reinos de la tierra en los cuales está dividida la sociedad basada en la conveniencia o el deseo terreno (a la que denominamos ciudad de este mundo mediante un término general), descubrimos que dos de ellos llegaron a ser mucho más famosos que los demás, primero el de los asirios, después el de los romanos, ordenados y diferenciados entre sí tanto en los lugares como en las épocas. En efecto, así como surgió uno antes y el otro después, de igual modo uno lo hizo en Oriente y el otro en Occidente. Además el comienzo de uno se produjo inmediatamente después del final del otro. Mencionaré los restantes reinos y los restantes reyes como apéndices suyos.

Así pues, Nino era ya el segundo rey de los asirios, que había sucedido a su padre Belo, el primer rey de aquel imperio, cuando nació Abraham en la

tierra de los caldeos^[3]. También en aquella época existía el reino de los sicionios, muy pequeño, desde el cual comenzó, como a partir de un tiempo antiquísimo, aquel Marco Varrón, eruditísimo en todos los campos, al escribir su *Sobre el linaje del pueblo romano*. En efecto, desde aquellos reyes de los sicionios llega hasta los atenienses, de ellos a los latinos y de allí a los romanos. Pero antes de la fundación de Roma, en comparación con el imperio de los asirios, estos se recuerdan insignificantes. Aunque también el historiador romano Salustio reconoce que los atenienses descollaron muchísimo en Grecia, no obstante, es mayor la fama que la propia realidad. Pues hablando de ellos dice: «las hazañas de los atenienses, según yo pienso, fueron suficientemente abundantes y magníficas, pero algo menos relevantes, sin embargo, de lo que la fama transmite. Pero ya que los grandes ingenios de los escritores procedían de allí, los hechos de los atenienses son celebrados como los más importantes por el orbe de la tierra. Así tan grande se considera el valor de aquellos que los llevaron a cabo como sus ingenios preclaros pudieron ensalzarlo con palabras»^[4]. Se añade a esta ciudad también una no pequeña gloria de las letras y de la filosofía, porque allí florecieron en gran medida tales estudios. Pues en lo que se refiere al poder, no hubo ninguno en los primeros tiempos mayor que el de los asirios^[5], ni tan extendido a lo largo y a lo ancho, evidentemente desde el momento en que el rey Nino, hijo de Belo, según se transmite, sometió hasta los límites de Libia toda Asia, que dentro del número de las partes de todo el orbe se dice que es la tercera, pero que por su extensión se aprecia como su mitad. Lo cierto es que únicamente los indos en la parte oriental se hallaban fuera de su dominio, a los cuales, sin embargo, una vez muerto, su esposa Semíramis^[6] atacó mediante acciones bélicas^[7]. Sucedió de tal modo que todos los pueblos o reyes que había en aquellas tierras obedecían al poder real y la autoridad de los asirios y hacían todo lo que se les ordenaba. Así pues, Abraham nació en aquel reino entre los caldeos en los tiempos de Nino. Pero puesto que los acontecimientos griegos son más conocidos para nosotros que los asirios, aquellos que han investigado el linaje del pueblo romano en la antigüedad de sus orígenes trazaron la sucesión temporal por griegos y latinos, y después hasta los romanos, que también eran ellos mismos latinos. Por ello, debemos, cuando resulta necesario, mencionar a los reyes asirios, para que se haga patente cómo Babilonia, como una primera Roma, avanza en este mundo junto a la ciudad peregrina de Dios. Por otra parte, debemos incluir las cuestiones que conviene añadir a esta obra en virtud de la comparación entre una y otra ciudad, a

saber, la terrena y la celeste, y en mayor medida de los griegos y latinos, donde también la propia Roma es como una segunda Babilonia^[8].

Por consiguiente, cuando nació Abraham, Nino era el segundo rey entre los asirios, Europe entre los sicionios^[9]. Los primeros por su parte fueron aquí Belo, allí Egialeo^[10]. Pero cuando tras salir Abraham de Babilonia Dios le prometió que de él iba a surgir una gran nación y en su linaje la bendición de todas las naciones, los asirios tenían su cuarto rey, los sicionios el quinto. En efecto, entre ellos reinaba el hijo de Nino después de su madre Semíramis, que dicen que fue asesinada por él, por haberse atrevido ella, siendo su madre, a forzar a su hijo a una relación incestuosa^[11]. Algunos piensan que esta había fundado Babilonia, que ciertamente pudo haber reconstruido. Pero cuándo o cómo fue fundada, lo explicamos en el libro decimosexto^[12]. Finalmente, al hijo de Nino y Semíramis, que sucedió a su madre en el trono, algunos lo llaman también Nino, pero otros Ninias^[13], mediante un nombre derivado del de su padre. Entonces Telxión ostentaba el poder sobre los siciónidas^[14]. Durante su reinado los tiempos fueron tan llevaderos y felices que cuando murió le rindieron culto como a un dios mediante sacrificios y la celebración de unos juegos, que dicen que fueron instituidos por primera vez en su honor^[15].

3

En tiempos de este también nació Isaac, según la promesa de Dios, hijo de un padre centenario, Abraham, y de su esposa Sarra, que estéril y anciana ya había perdido la esperanza de descendencia. Entonces también los asirios tenían su quinto rey, Arrio^[16]. Por su parte, al propio Isaac, sexagenario, le nacieron gemelos, Esaú y Jacob, a los que dio a luz su esposa Rebeca, aun en vida de su abuelo Abraham, que contaba ciento sesenta años de edad, el cual murió cumplidos ciento setenta y cinco, mientras reinaba sobre los asirios aquel Jerjes más antiguo, que también era llamado Baleo^[17], y sobre los sicionios Turiaco, que algunos escriben Turímaco^[18], sus séptimos reyes. Por otra parte, el reino de los argivos se originó en la época de los nietos de Abraham, donde reinó en primer lugar Ínaco^[19]. Ciertamente Varrón, cosa que no hubo de omitirse, cuenta que también ante el sepulcro de su séptimo rey, Turiaco, los sicionios solían hacer sacrificios^[20]. Finalmente, durante el reinado de los octavos reyes, Armamitre de los asirios^[21], Leucipo de los

sicionios^[22], y del primero de los argivos, Ínaco, Dios habló a Isaac^[23] y a este mismo también le hizo aquellas dos mismas promesas que a su padre, a saber, la tierra de Canaán para su descendencia y la bendición de todos los pueblos en su descendencia. Estas mismas promesas le fueron realizadas también a su hijo, nieto de Abraham, que fue llamado primero Jacob, después Israel, reinando ya Beloco, el noveno rey de Asiria, y Foroneo^[24], hijo de Ínaco, segundo de los argivos, y continuando hasta entonces Leucipo entre los sicionios^[25]. En estos tiempos Grecia bajo Foroneo, rey de Argos, se hizo más famosa por ciertas instituciones legales y jurídicas. Sin embargo, al morir Fegoo^[26], hermano^[27] menor de aquel Foroneo, fue erigido un templo junto a su sepultura para que se le rindiera culto como a un dios y se inmolasen bueyes en su honor. Creo que lo consideraron digno de tan alto honor porque en la parte de su reino (lo cierto es que su padre había repartido entre ambos las tierras en las que reinasen mientras aún vivía) este había erigido pequeños santuarios para rendir culto a los dioses y había enseñado a regular los tiempos por meses y años, conforme a qué medida se calculaban y se contabilizaban. Los hombres, todavía ignorantes, admirando estas novedades en él o bien pensaron o bien pretendieron que tras sobrevenirle la muerte se había convertido en un dios. Pues se cuenta que también Io fue hija de Ínaco^[28], la cual después bajo el nombre de Isis fue adorada en Egipto como una gran diosa^[29], aunque otros escriban que esta llegó como reina a Egipto desde Etiopía, y por haber gobernado dilatada y justamente y haberles proporcionado muchas ventajas y las letras, se le otorgó este honor divino después de su muerte, un honor tan grande que, si alguien afirmaba que esta era humana, se convertía en reo de pena capital.

4

Durante el reinado del décimo rey de los asirios, Baleo, y del noveno de los sicionios, Mésapo, que también es mencionado por algunos autores como Céfiso^[30] (si acaso fue un solo personaje con dos nombres y más bien quienes incluyeron en sus escritos el segundo nombre no pensaron que fue otro hombre en lugar del primero), siendo Apis el tercer rey de los argivos^[31], Isaac murió a los ciento ochenta años y dejó a sus gemelos de ciento veinte años^[32]. El menor de ellos, Jacob, que pertenecía a la ciudad de Dios, sobre la cual escribimos, tras haber sido reprobado el mayor efectivamente, tenía doce

hijos, de los cuales a aquel que se llamaba José lo vendieron sus hermanos a unos comerciantes que pasaban a Egipto cuando todavía vivía su abuelo Isaac. José, por su parte, se presentó ante el faraón cuando, a la edad de treinta años, fue resarcido de la humillación que hubo soportado. Puesto que después que hubo interpretado por inspiración divina los sueños del rey predijo que iban a producirse siete años de prosperidad, cuya pujante abundancia habrían de consumir otros siete siguientes estériles, y, por este motivo, el rey lo puso al frente de Egipto una vez liberado de la cárcel, adonde lo había arrojado la integridad de su castidad, que preservó con todas sus fuerzas al no consentir en el adulterio con su señora, perdidamente enamorada y dispuesta a engañar malintencionadamente a un crédulo señor, huyendo de sus manos cuando le asía abandonando incluso su ropa^[33]. Por otro lado, al segundo de los siete años estériles, Jacob vino a Egipto al lado de su hijo con todos los suyos cuando contaba ciento treinta años, como él mismo respondió al preguntarle el rey^[34], mientras que José contaba treinta y nueve, evidentemente, sumados los siete años de abundancia y los dos de hambruna a los treinta que contaba cuando fue honrado por el rey.

5

En aquella época, el rey de los argivos, Apis, que había cruzado con sus naves a Egipto, una vez muerto allí, fue convertido en Serapis, el más importante de todos los dioses egipcios. Por otra parte, respecto a su nombre, de por qué después de su muerte no fue llamado Apis, sino Serapis, Varrón dio una sencillísima explicación^[35]. En efecto, dado que el arca en la que se coloca al difunto, que todos ya denominan sarcófago, se llama σοφός en griego, y habían empezado a venerarlo allí una vez sepultado, antes que fuese construido su templo, como al principio se le llamó Sorapis, de «soros» y Apis, después, cambiada una letra, como suele hacerse, fue llamado Serapis. Y respecto a él se estableció que cualquiera que dijese que había sido un ser humano fuera castigado con la pena capital. Y puesto que prácticamente en todos los templos donde se rendía culto a Isis y Serapis había también una imagen que parecía advertir con el dedo colocado sobre los labios que se guardase silencio, el mismo Varrón considera que esto significa que debía callarse que estos habían sido humanos. Por otra parte, aquel buey al que los egipcios, a causa del engaño de su asombrosa vanidad, alimentaban en su

honor con abundantes manjares, porque lo veneraban vivo sin sarcófago, era llamado Apis y no Serapis. Muerto dicho buey, puesto que se buscaba y se encontró un novillo del mismo color, es decir, idénticamente adornado con algunas manchas blancas, creían que se habían procurado algo prodigioso y de parte de los dioses. En efecto, no era difícil para los demonios, a fin de engañar a estos, mostrar a una vaca ya gestante y preñada la imagen de semejante toro, para que la viese ella únicamente, de donde el instinto maternal atrajese algo que se hiciera visible en su feto ya físicamente^[36]. Como hizo Jacob con las varas rayadas para que naciesen ovejas y cabras de distintos colores^[37]. En efecto, lo que los seres humanos hacen con colores y objetos reales, los demonios pueden mostrarlo muy fácilmente con figuras ficticias a los animales que están concibiendo.

6

Por consiguiente el rey Apis, no de los egipcios, sino de los argivos, murió en Egipto. A este le sucedió en el trono su hijo Argo, a partir de cuyo nombre fueron llamados argos y de ahí argivos, pues con los reyes anteriores ni el lugar ni el pueblo recibían todavía dicho nombre^[38]. Reinando este entre los argivos y entre los sicionios Erato^[39], pero manteniéndose todavía Baleo entre los asirios, murió Jacob en Egipto a los ciento cuarenta y siete años, después de haber bendecido instantes antes de morir a sus hijos y nietos por parte de José^[40] y después de haber profetizado clarísimamente a Cristo al decir en la bendición de Judá: *no faltará un príncipe de Judá y un jefe de sus muslos, hasta que llegue lo que le está reservado; y este mismo será la esperanza de las naciones*^[41]. Durante el reinado de Argo, Grecia comenzó a servirse de los productos de la tierra y a disfrutar de cosechas mediante la agricultura, gracias a la importación de semillas de distintos lugares. También Argo empezó a ser considerado un dios después de su muerte, honrado con un templo y con sacrificios. Dicho honor le fue concedido durante su reinado antes que a él a un particular, un tal Homogiro, que había muerto fulminado por un rayo, por haber sido el primero en uncir los bueyes al arado^[42].

7

Durante el reinado del duodécimo monarca de los asirios^[43], Avito, del undécimo de los sicionios, Plemmeo^[44] y continuando todavía en el trono de los argivos Argo, murió José a la edad de ciento diez años^[45]. Tras su muerte el pueblo de Dios, que crecía de un modo admirable, permaneció en Egipto durante ciento cuarenta y cinco años^[46], al principio en paz, hasta que fueron muriendo aquellos que conocieron a José. Después, ya que se le miraba con recelo y era objeto de sospechas a causa de su aumento de población, hasta ser liberado de allí, era oprimido mediante persecuciones (entre las cuales sin embargo seguía creciendo con fecunda multiplicación gracias a la acción divina), y con trabajos de una intolerable esclavitud^[47]. Por su parte, en Asiria y en Grecia durante esa misma época se mantenían los mismos reinos.

8

Por consiguiente, mientras reinaba sobre los asirios el decimo-cuarto monarca, Safro, sobre los sicionios el duodécimo, Ortópolis^[48], y Criaso^[49], el quinto sobre los argivos^[50], nació Moisés en Egipto, por medio del cual el pueblo de Dios fue liberado de la esclavitud egipcia, en la cual convenía que fuera puesto a prueba de ese modo, a fin de que ansiase el auxilio de su creador. Durante el reinado de los monarcas citados, algunos creen que vivió Prometeo^[51], del que dicen que modeló a los hombres de barro porque, según se cuenta, fue el mejor maestro de sabiduría. Y, sin embargo, no se muestra quiénes fueron sabios en sus tiempos. Se dice que su hermano Atlas fue un gran astrólogo^[52]. De ello el mito encuentra una ocasión para imaginar que este sostenía el cielo, aunque exista un monte designado con su nombre a causa de cuya altitud más bien parece haber llegado a la opinión del vulgo la idea de sostener el cielo^[53]. Muchos otros relatos míticos también comenzaron a idearse en Grecia desde aquellos tiempos. Pero hasta Cécrope, rey de los atenienses, durante cuyo reinado esa misma ciudad recibió tal nombre^[54], y durante cuyo reinado Dios sacó a su pueblo de Egipto por medio de Moisés^[55], fueron asignados al número de los dioses algunos difuntos por una ciega y vana superstición de los griegos. Entre ellos se encuentran la esposa del rey Criaso, Melantomice^[56], y su hijo Forbas^[57], que después de su padre fue el sexto rey de los argivos, y Iaso, el hijo del séptimo rey, Tríopas^[58], y el noveno rey, Estenelas o Esteneleo o Estenelo, ciertamente con distinta forma en diversos autores^[59]. También se dice que en

estos tiempos vivió Mercurio, nieto de Atlas por parte de su hija Maya, hecho que divulgan incluso los escritos más difundidos^[60]. Por su parte, brilló como experto en muchas artes que también transmitió a los seres humanos. Por dicho mérito después de su muerte pretendieron que fuese un dios o incluso llegaron a creerlo. Se dice que Hércules fue posterior, perteneciendo no obstante a esos mismos tiempos de los argivos^[61]. Aunque algunos anticipan a este al tiempo de Mercurio, los cuales considero que están en un error. Pero en cualquier tiempo que hayan nacido, consta entre los historiadores serios, que consignaron estos hechos antiguos por escrito, que ambos fueron seres humanos, y porque aportaron muchos beneficios a los mortales para pasar esta vida más cómodamente, merecieron de ellos honores divinos. Pero Minerva es mucho más antigua que estos. En efecto, se dice que en tiempos de Ogiges apareció junto al lago llamado de Tritón en edad virginal, de donde también es denominada Tritonia^[62]; se la cree ciertamente inventora de muchas técnicas y diosa con una facilidad tanto mayor cuanto menos se conoce su origen. En efecto, el que se cante que nació de la cabeza de Júpiter debe atribuirse a los poetas y los mitos, no a la historia y a los hechos. Aunque entre los historiadores no hay acuerdo sobre cuándo vivió el propio Ogiges, en cuya época también se produjo un gran diluvio^[63], pero no el más grande, en el que nadie escapó excepto quienes pudieron refugiarse en el arca, y que no conoce la historia de los gentiles, ni griega ni latina, pero sin embargo mayor que el que se produjo después en tiempos de Decaulión^[64]. Pues Varrón a partir de ahí comenzó el libro del que hice mención más arriba^[65] y no se propone ningún hecho desde el que llegar a los asuntos romanos más antiguo que el diluvio de Ogiges, es decir, el acontecido en los tiempos de Ogiges. Por su parte, nuestros escritores de crónicas, primero Eusebio, después Jerónimo, que ciertamente han seguido a algunos historiadores precedentes en esta opinión, recuerdan que después de más de trescientos años, reinando ya Foroneo, segundo rey de los argivos, se produjo el diluvio de Ogiges^[66]. Pero fuera el tiempo que fuera, ya sin embargo Minerva era adorada como diosa durante el reinado del ateniense Cécrope, rey bajo el cual dicen que fue reinstaurada o fundada la propia ciudad^[67].

Respecto a que esta recibiera el nombre de Atenas, que sin duda deriva de Minerva, que en griego se llama 'Αθηνᾶ, Varrón aduce la siguiente causa^[68]. Habiendo aparecido allí repentinamente el árbol de la oliva y habiendo brotado agua en otro lugar, dichos prodigios conmocionaron al rey, y envió a consultar a Apolo delfico qué interpretación se le debería dar y que había que hacer. Aquel respondió que el olivo significaba Minerva, la corriente de agua Neptuno, y que estaba bajo la potestad de los ciudadanos de cuál de los dos dioses, a los cuales pertenecían esas señales, recibiría preferentemente su nombre la ciudad. Tras ser recibido este oráculo, Cécrope convocó para emitir sufragio a todos los ciudadanos de uno y otro sexo (pues entonces existía la costumbre en esos mismos lugares de que también las mujeres participasen en las consultas públicas). Por consiguiente, una vez consultada la multitud, los varones otorgaron su voto a favor de Neptuno, las mujeres a favor de Minerva, y ya que se hallaba una mujer más, venció Minerva. Entonces Neptuno indignado devastó las tierras de los atenienses con las olas del mar embravecido. Porque no resulta difícil para los demonios esparcir por doquier toda clase de aguas. Para aplacar su ira, el mismo autor dice que las mujeres fueron castigadas por los atenienses mediante una triple pena: que no emitiesen sufragio en adelante, que ningún nacido recibiera el nombre materno y que nadie las llamase Ateneas. Así aquella ciudad madre o nutricia de las disciplinas liberales y de tantos y tan ilustres filósofos respecto a la cual no hubo nada en Grecia más famoso y noble, por la burla de los demonios, recibió el nombre de Atenas del litigio de sus dioses, hombre y mujer, y de la victoria de una mujer por medio de las mujeres, y, dañada por el vencido, se vio obligada a castigar la propia victoria de la vencedora, más temerosa de las aguas de Neptuno que de las armas de Minerva. Pues también Minerva, que había vencido, fue derrotada en las mujeres que fueron castigadas de ese modo. Y no les quedó a sus electoras que, una vez perdido el derecho al voto y enajenados los hijos de los nombres de las madres, el que les fuera lícito al menos llamarse Ateneas y ser merecedoras del nombre de esta diosa a la que habían convertido en vencedora de un dios varón emitiendo sufragio. ¡Cuántas explicaciones y de qué clase podrían añadirse al respecto si mi discurso no se apresurase hacia otras cuestiones!

Y, sin embargo, Marco Varrón no quiere dar crédito a las ficciones fabulosas de los dioses, no fuera que llegase a albergar alguna opinión indigna de la dignidad de su majestad^[69]. Y, por ello, no quiere que el Areópago, donde el apóstol Pablo debatió con los atenienses^[70], lugar a partir del cual son llamados Areopagitas los miembros de la asamblea de dicha ciudad, haya recibido su nombre a partir del hecho de que Marte, que en griego se llama οΑρης, al haberse convertido en reo del crimen de homicidio, tras juzgarle doce dioses en aquel pago, fue absuelto por seis votos (ya que cuando los dictámenes hubieran resultado de número par solía preferirse la absolución a la condena)^[71]. Pero contra esa opinión, que ha sido admitida mucho más frecuentemente, intenta aducir otra explicación de este nombre a partir del conocimiento de testimonios oscuros, no vaya a creerse que los atenienses lo llamaron Areópago por el nombre de Marte y de pago, como si se tratase del pago de Marte, evidentemente a modo de ofensa a las divinidades, a las que considera ajenas a los litigios y juicios; y, aseverando que no es menos falso lo que se dice de Marte que lo que se afirma de las tres diosas, a saber, Juno, Minerva y Venus, que se cuenta que compitieron ante el juez Paris por conseguir una manzana de oro como premio por la superioridad de su belleza^[72] y, para aplacar con juegos a los dioses, que se deleitan con estos crímenes suyos, ya verdaderos, ya falsos, se cantan y bailan entre aplausos teatrales. Esto no lo cree Varrón, para no creer algo incongruente con la naturaleza o las costumbres de los dioses; y, sin embargo, dando una explicación no fabulosa, sino histórica, del nombre de Atenas, introduce en sus escritos un litigio tan importante entre Neptuno y Minerva, sobre el nombre de cuál de ellos recibiría preferentemente su denominación aquella ciudad, que al competir en la ostentación de prodigios ni Apolo al serle consultado osaría emitir un juicio entre ambos, sino que para terminar la querrela de los dioses, del mismo modo que Júpiter remitió el de las tres diosas mencionadas a Paris, así también este a los seres humanos, cuando Minerva venció en los sufragios y fue vencida en el castigo de sus electoras, que logró obtener el nombre de Atenas frente a sus adversarios los varones y no pudo conseguir que sus amigas las mujeres tuvieran el de ateneas^[73]. En estos tiempos, como escribe Varrón^[74], durante el reinado de Cranao sobre los atenienses, sucesor de Cécrope, o como según nuestros Eusebio y Jerónimo, manteniéndose en el trono todavía Cécrope^[75], se produjo el diluvio que fue denominado de Decaulión porque este mismo reinaba en las regiones de aquellas tierras donde tuvo lugar con más fuerza^[76]. Pero este diluvio no llegó en absoluto a Egipto ni a sus países vecinos.

11

Así pues, Moisés sacó de Egipto al pueblo de Dios al final de la época de Cécrope, rey de los atenienses, mientras reinaba entre los asirios Ascátades, entre los sicionios Márato^[77], entre los argivos Tríopas^[78]. Y después de la salida del pueblo le entregó la ley recibida de Dios en el monte Sinaí, lo que se llama antigua alianza, porque recoge promesas terrenas, y por medio de Jesucristo se iba a sellar la nueva alianza, en la que se promete el reino de los cielos^[79]. En efecto, convenía que se guardase este orden, así como también en un solo hombre que progresa hacia Dios se hace lo que dice el apóstol: *que no sea antes lo que es espiritual, sino lo que es animal, y después lo espiritual*; porque dice así y es cierto, *el primer hombre procede de la tierra, es terreno, el segundo del cielo*^[80]. Por otra parte, Moisés gobernó el pueblo durante cuarenta años en el desierto y murió a los ciento veinte años^[81], habiendo profetizado él mismo a Cristo mediante los símbolos de las observancias carnales en el tabernáculo, en el sacerdocio, en los sacrificios y en otros muchos mandatos místicos. A Moisés le sucedió Jesús Nave y estableció al pueblo introducido en la tierra de promisión por la autoridad divina tras haber combatido a los pueblos que poseían esas mismas tierras. Este, después de haber reinado tras la muerte de Moisés durante veintisiete años^[82], también murió mientras reinaba entre los asirios su decimoctavo rey, Amintas, entre los sicionios el decimosexto, Córax^[83], entre los argivos el décimo, Dánao^[84], entre los atenienses el cuarto, Erictonio^[85].

12

Por estos tiempos, es decir, desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Jesús Nave, por medio del cual el mismo pueblo recibió la tierra de promisión, fueron instituidos ritos en honor de los dioses falsos por los reyes de Grecia, que con solemne celebración invocaron el recuerdo del diluvio, de la liberación de los seres humanos del mismo y de la pesadosa vida de los que en ese tiempo se desplazaban unas veces a las tierras altas, otras a las llanuras. Pues también el ascenso y el descenso de los lupercos^[86] por la Via Sacra^[87] se interpreta mediante la afirmación de que por medio de ellos son representados los seres humanos que, a causa de la inundación del agua, se dirigieron a las cumbres de los montes y que, al retirarse la misma, volvieron

a las llanuras. En estos tiempos dicen que Dioniso, que también es llamado padre Liber, y después de su muerte fue considerado un dios, enseñó la viticultura a su huésped en la tierra del Ática^[88]. Entonces fueron instituidos los Juegos Músicos en honor de Apolo Delfico, para que fuera aplacada su ira, a causa de la cual pensaban que las regiones de Grecia habían sido afectadas por la esterilidad porque no habían defendido su templo, que el rey Dánao^[89] incendió cuando hubo invadido esas mismas tierras con la guerra. Y recibieron la admonición de su oráculo de que instituyeran estos juegos. Pero en el Ática el rey Erictonio instituyó por primera vez dichos juegos en su honor, y no solo en su honor, sino también en el de Minerva, cuando se imponía el aceite como premio a los vencedores, porque, según la tradición, Minerva fue la inventora de este fruto, como Liber lo fue del vino. Se cuenta que por esos años Europa fue raptada por el rey de los cretenses Janto, del cual hallamos otro nombre en otros autores, y de él fueron engendrados Radamante, Sarpedón y Minos, de los que se había difundido que más bien eran hijos de Júpiter de la misma mujer^[90]. Pero los adoradores de tales dioses atribuyen a la verdad histórica aquello que contamos del rey de los cretenses, pero esto que cantan los poetas de Júpiter, hacen resonar los teatros y celebran los pueblos, a la vanidad de las fábulas, a fin de que haya argumentos de donde se celebren juegos para aplacar a las divinidades incluso con sus crímenes falsos. En estos tiempos Hércules era considerado ilustre, pero no aquel del que hablamos anteriormente, sino en realidad otro. Lo cierto es que en una historia más oculta se dice que hubo muchos padres Liber^[91] y Hércules^[92]. Realmente cuentan que este Hércules, del que computan doce grandes hazañas, entre las cuales no recuerdan el asesinato de Anteo el Africano^[93] porque esta acción pertenece al otro Hércules, se quemó a sí mismo en el monte Eta^[94], al no poder sobrellevar, sin embargo, la enfermedad por la que languidecía con idéntico valor con el que había soportado muchas vicisitudes. En aquella época el rey, o mejor dicho tirano, Busiris^[95], inmolaba a sus huéspedes como ofrenda a sus dioses, quien, según dicen, fue hijo de Neptuno y de su madre Libia, hija de Epafos^[96]. Pero no vaya a creerse que Neptuno había perpetrado este acto deshonesto, para que no se acuse a los dioses, sino que dichas acciones se atribuyen a los poetas y teatros para que tengan con qué deleitarse. De Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos años se descubre que murió Jesús Nave, se dice que fueron sus padres Vulcano y Minerva^[97]. Pero puesto que quieren una Minerva virgen, dicen que Vulcano, en medio de la lucha entre ambos, en su excitación, derramó su semen en tierra y que al ser humano nacido de allí por

esa causa se le dio tal nombre. En efecto, en lengua griega *Qoices* disputa, *Ἰθύς* tierra, y de estos dos términos procede el nombre compuesto *Erictonio*^[98]. Pero, cosa que debe reconocerse, estos relatos los refutan y detraen de sus dioses los más sabios, que afirman que esta opinión fabulosa se origina de ahí, porque en el templo de Vulcano y Minerva, único que ambos poseían en Atenas, se encontró expuesto un niño envuelto en una serpiente, que significó que iba a ser importante, y a causa del templo común, siendo sus padres desconocidos, se dijo que era hijo de Vulcano y Minerva. No obstante, aquella fábula designa el origen de este nombre mejor que esta historia. Pero ¿qué nos importa? Que esto instruya en libros más dignos de crédito a los hombres religiosos, que aquello deleite a los demonios impuros en los espectáculos falaces. Sin embargo, aquellos religiosos rinden culto a aquellos dioses y cuando niegan estos relatos sobre ellos, no pueden liberarlos de toda culpa, puesto que les ofrecen juegos, cuando lo exigen, donde se representan de forma vergonzosa lo que niegan con sabiduría, y con estas falsedades y desvergüenzas son aplacados los dioses cuando, a pesar de que la fábula canta el crimen falso de las divinidades, sin embargo es auténtico el crimen de deleitarse con el falso crimen.

13

Después de la muerte de Jesús Nave el pueblo de Dios tuvo jueces, en unos tiempos en los cuales alternaron entre ellos la humillación de las penalidades por causa de sus pecados y la prosperidad de los consuelos debidos a la compasión de Dios. En estos tiempos fueron ideados los siguientes mitos: el de Triptólemo, que transportado por orden de Ceres por serpientes aladas llevó volando el trigo a las tierras necesitadas^[99]; el del Minotauro, una bestia que había sido encerrada en un laberinto de donde no podían salir los hombres que se adentraban en él en su intrincado error^[100]; el de los centauros, en los que se había unido la naturaleza de los caballos y la de los seres humanos^[101]; el de Cerbero, que es el perro de tres cabezas de los infiernos^[102]; el de Frixo y Hele, su hermana, que volaron transportados por un carnero^[103]; el de la Górgona, que estaba dotada de una cabellera de serpientes y que convertía en piedras a quienes la miraban^[104]; el de Belerefonte, que fue transportado por un caballo volador alado, caballo que recibió el nombre de Pegaso^[105]; el de Anfión, que ablandaba y arrastraba las

piedras con la dulzura de su cítara^[106]; el del constructor Dédalo y su hijo Ícaro, que volaron mediante unas alas que se habían ceñido^[107]; el de Edipo, que a cierto monstruo llamado esfinge, cuadrúpedo de rostro humano, una vez resuelto el enigma que acostumbraba a proponer como irresoluble, le empujó a que pereciera lanzándose ella misma desde un precipicio^[108], el de Anteo, al que mató Hércules, que era hijo de la tierra, por lo cual, cuando caía a tierra, solía levantarse más fuerte^[109]; y algún otro que haya podido omitir. Estos relatos hasta la guerra de Troya, donde Marco Varrón puso fin al segundo libro *Sobre el linaje del pueblo romano*^[110], con ocasión de las narraciones históricas, que contienen acciones realizadas de verdad, fueron ideados por la imaginación de los seres humanos de tal manera que no fueron vinculadas al oprobio de las divinidades. Y, finalmente, quienesquiera que inventasen el rapto del hermosísimo muchacho Ganimedes por parte de Júpiter con fines deshonestos, sacrilegio que cometió el rey Tántalo y el mito atribuye a Júpiter^[111], o que hubo pretendido el ayuntamiento con Dánae por medio de una lluvia de oro, donde se entiende que el pudor de la mujer fue corrompido por el oro^[112], acciones que fueron, ya llevadas a cabo en aquellos tiempos, ya inventadas, o realizadas por otros e inventadas sobre Júpiter, no puede decirse cuán gran maldad presupusieron del corazón de los seres humanos, porque podrían tolerar pacientemente estas mentiras, que no obstante también habían acogido de buen grado. Ciertamente, con cuanta mayor devoción rinden culto estos a Júpiter tanto más severamente debieron ser castigados aquellos que se atrevieron a contar tales historias sobre aquel. Pero en realidad no solo no están enojados con aquellos, que inventaron esos relatos, sino que más bien temieron tener a los propios dioses enojados hasta el punto de que incluso se representasen tales ficciones en los teatros. En aquellos tiempos Latona dio a luz a Apolo, no a aquel cuyos oráculos decíamos antes que solían consultarse, sino al que sirvió a Admeto junto con Hércules^[113]. No obstante, hasta tal punto se creyó que este era un dios que la mayoría y prácticamente todos opinan que fue uno solo e idéntico Apolo. Entonces también el padre Liber combatió en la India^[114], el cual tuvo en su ejército a muchas mujeres que fueron llamadas Bacantes, famosas no tanto por su valor como por su locura. Algunos ciertamente también escriben que ese Liber fue vencido y encadenado. Otros también que fue muerto en la lucha a manos de Perseo, y no omiten dónde había sido sepultado. Y, sin embargo, en el nombre de este dios, por así llamarlo, fueron instituidos por inmundos demonios los ritos, o mejor dicho, los sacrilegios de las Bacanales, de cuya furibunda inmoralidad después de tantos años el senado hasta tal punto se

avergonzó que prohibió que se celebrasen en la ciudad de Roma^[115]. Por aquellos tiempos, después de que murieron Perseo y su esposa Andrómeda, hasta tal punto creyeron que habían sido recibidos en el cielo que no les produjo vergüenza ni temor representar sus imágenes con estrellas y llamarlas por sus nombres.

14

Por aquel mismo intervalo de tiempo surgieron poetas que también eran llamados teólogos, porque componían poemas sobre los dioses, pero sobre tales dioses que, aunque grandes hombres, fueron sin embargo hombres, o son elementos de este mundo que creó el Dios verdadero, o fueron ordenados en principados y potestades por la voluntad del Creador y por sus méritos, y si entonaron algún canto sobre el único Dios verdadero entre muchas vanidades y falsedades, rindiendo culto con él a otros que no son dioses, y prestándoles la servidumbre que solamente se le debe al único Dios, sin duda no le sirvieron debidamente, ni pudieron abstenerse tampoco ellos mismos — Orfeo, Museo, Lino— de la fabulosa ignominia de sus dioses^[116]. Pero esos teólogos rindieron culto a los dioses, no se les rindió culto como dioses; aunque a Orfeo no sé cómo solía la ciudad de los impíos ponerlo al frente de los ritos o, mejor dicho, sacrilegios infernales^[117]. Por otra parte, la esposa del rey Atamante, que se llamaba Ino, y su hijo Melicertes perecieron precipitándose espontáneamente en el mar y fueron elevados a la categoría de dioses por la opinión humana^[118], así como Castor y Pólux, otros hombres de aquellos tiempos^[119]. Por cierto, a aquella madre de Melicertes los griegos la llamaron Leucotea, los romanos Matuta^[120], no obstante considerándola diosa unos y otros.

15

Por aquellos tiempos tuvo su fin el reino de los argivos, trasladado a Micenas, de donde fue originario Agamenón^[121], y se produjo el nacimiento del reino de los laurentes^[122], donde Pico, hijo de Saturno, recibió el reino en primer lugar^[123], mientras era juez entre los hebreos una mujer, Débora. Por

medio de ella actuaba el Espíritu de Dios, pues también era profetisa, cuya profecía no es lo suficientemente evidente para que podamos demostrar que esta fue pronunciada respecto a Cristo sin una explicación pormenorizada^[124]. Por consiguiente, ya reinaban los laurentes precisamente en Italia, desde los cuales se traza más claramente el origen romano después de los griegos; y, sin embargo, hasta ese momento perduraba el reino de los asirios, donde Lampsares era el vigésimo tercer rey, mientras Pico había comenzado a ser el primero de los laurentes^[125]. Acerca de Saturno, padre de dicho Pico, vean qué opinan los adoradores de tales dioses, que niegan que hubiera sido un ser humano. De este también escribieron otros que él mismo reinó en Italia antes que Pico, su hijo, y Virgilio en unos versos muy conocidos dice:

Este linaje indómito y disperso por los altos montes
Promulgó y otorgó leyes y prefirió llamarse Lacio
Porque se ocultó seguro en estas orillas.
Bajo aquel rey, según cuentan, fueron los siglos de oro^[126].

Pero piensen que estas son ficciones poéticas y afirmen que el padre de Pico fue más bien Esterces, experto agricultor del que dicen que descubrió que los campos se fertilizaban mediante el fiemo de los animales, que es llamado estiércol a partir de su nombre; algunos dicen que este se llamó Estercucio. Pero por cualquier motivo por el que quisieran llamarle Saturno, no obstante sin duda a este Esterces o Estercucio lo hicieron merecidamente dios de la agricultura^[127]. También a Pico, su hijo, igualmente lo incluyeron en el número de tales dioses, del que afirman que fue un esclarecido augur y guerrero^[128]. Pico engendró a Fauno, segundo rey de los laurentes^[129]. También ese o bien es o bien fue para ellos un dios. Estos honores divinos antes de la guerra de Troya se los tributaron a hombres muertos.

16

Pero después de la destrucción de Troya, famosísima catástrofe cantada hasta la saciedad y conocidísima para los niños, que fue elevada a la fama y divulgada tanto por su magnitud como por las excelentes lenguas de los escritores, y acontecida reinando ya Latino, hijo de Fauno, a partir del cual comenzó a denominarse reino de los latinos y cesó el de reino de los

laurentes, los griegos vencedores, abandonando Troya una vez destruida y regresando a sus propias tierras, fueron destrozados y abatidos por diversos y horribles desastres, y, sin embargo, también aumentaron a partir de estos el número de sus dioses. En efecto, también hicieron dios a Diomedes, del que dicen que no regresó junto a los suyos a causa de un castigo impuesto por voluntad divina^[130]. Y confirman que sus compañeros fueron convertidos en aves no como una mentira fabulosa o poética sino como testimonio histórico. Y a estos, ni convertido en dios, según creen, pudo él devolverles la naturaleza humana personalmente ni lo consiguió ciertamente de Júpiter, su rey, como habitante de los cielos reciente. Es más, dicen que su templo se encuentra en la isla Diomedea, no lejos del monte Gargano, que se halla en Apulia, y que dicho templo lo circunvuelan y habitan esas aves con tan admirable veneración que llenan el pico de agua y lo rocían. Y si allí llegasen griegos o descendientes del linaje de los griegos, no solo se quedan quietas sino que además los acarician, pero si vieses extranjeros, sobrevuelan sus cabezas y los hieren con tan fuertes golpes que llegan a matarlos. En efecto, se cuenta que están suficientemente armadas para estos combates con picos grandes y duros^[131].

17

Para demostrar esto, Varrón^[132] trae a la memoria otros relatos no menos increíbles de aquella famosísima maga Circe, que también transformó en bestias a los compañeros de Ulises^[133], y de los arcadios, que designados por sorteo cruzaban cierto estanque y allí eran convertidos en lobos y vivían con fieras semejantes por los eriales de aquella región. Pero si no se alimentaban de carne humana, después de nueve años volvían a transformarse de nuevo en hombres tras volver a cruzar a nado el mismo estanque^[134]. Además también menciona que un tal Demeneto de nombre probó del sacrificio de la inmolación de un niño que los arcadios solían ofrecer a su dios Liceo, y que fue transformado en lobo^[135], y al décimo año, restituido en su propia imagen, se ejercitó en el pugilato y venció en los Juegos Olímpicos. Y el mismo historiador cree que no por otro motivo en Arcadia se aplica tal nombre a Pan Liceo y a Júpiter Liceo sino por esa transformación de hombres en lobos, que no creían que se produjese salvo por el poder divino. En efecto, en griego lobo se dice λύκος, de donde aparece derivado el nombre de Liceo.

Dice también que los lupercos romanos se originaron como de la semilla de aquellos misterios^[136].

18

Pero quienes leen estos relatos tal vez esperen que nosotros digamos algo sobre esta inmensa burla de los demonios. ¿Y qué vamos a decir salvo que es preciso huir de en medio de Babilonia^[137]? Este precepto profético debe entenderse espiritualmente en el sentido de que debemos huir de la ciudad de este siglo, que es precisamente la sociedad de los ángeles y de los seres humanos impíos, por las huellas de la fe, que actúa por medio del amor, avanzando hacia el Dios vivo^[138]. Lo cierto es que cuanto más grande vemos el poder de los demonios en estos abismos, tanto más tenazmente es preciso adherirse al Mediador, mediante el cual ascendemos de lo más profundo a lo más alto. Pero si dijésemos que no hay que creer estas historias, no faltarían incluso ahora quienes asegurasen que, o bien han escuchado algunas semejantes absolutamente ciertas, o bien han tenido experiencia de ellas incluso. En efecto, también nosotros estando en Italia oíamos relatos semejantes de cierta región de aquellas tierras, donde decían que mujeres posaderas, imbuidas en tan malas artes solían dar en el queso a los viajeros que querían o podían alguna sustancia por la que se convertían allí mismo en acémilas, transportaban cualquier cosa que necesitasen y, una vez realizado su trabajo, volvían de nuevo a su ser. Y, sin embargo, en ellos la mente no se tornaba animal, sino que se conservaba racional y humana, así como Apuleyo en los libros que escribió bajo el título del *Asno de oro*^[139] reveló o inventó que a él mismo le sucedió que tras tomar una poción se convirtió en asno conservando su inteligencia.

Estos relatos o son falsos o tan insólitos que con razón no son aceptados. No obstante, debe creerse firmísimamente que Dios omnipotente puede hacer todo lo que quisiese, ya castigando, ya ayudando, y que los demonios no obran nada según el poder de su naturaleza (ya que también esta misma es una criatura angélica, aunque sea maligna por su propio vicio), sino lo que les permitiera aquel que muchos de cuyos juicios son ocultos, injustos ninguno. Ciertamente, los demonios tampoco crean naturalezas, si hacen algo semejante a los hechos sobre los cuales versa esta discusión, sino que transforman solo en apariencia las cosas que fueron creadas por el Dios

verdadero para que parezcan ser lo que no son. Por tanto, no podría creer bajo ningún concepto que pueda transformarse realmente por el arte o poder de los demonios no ya el espíritu, sino ni siquiera el cuerpo, en miembros o rasgos de bestias. Creo, en cambio, que una imagen fantástica de un ser humano que también mediante la imaginación o en sueños se transforma en innumerables clases de seres y, aun no siendo un cuerpo, sin embargo adquiere formas semejantes a los cuerpos con asombrosa celeridad, dormidos o abotagados los sentidos corpóreos del ser humano, puede ser trasladada en figura corpórea a los sentidos de otros no sé de qué forma inexplicable, de tal manera que los cuerpos mismos de los seres humanos yacen por doquier, vivos sin duda, pero con sus sentidos bloqueados mucho más fuerte y profundamente que en el sueño. Por otra parte, aquella imagen fantástica se presenta a los sentidos ajenos aparentemente dotada de cuerpo en la figura de algún animal, e incluso al afectado le parece que es tal ser, como podrá parecerle en sueños, y que transporta cargas, cargas que si son verdaderos cuerpos son transportadas por demonios para burlar a los humanos, que verían por una parte los cuerpos de las cargas y por otra las falsas imágenes de las acémilas. En efecto, un tal Prestancio de nombre señalaba que a su padre le sucedió el tomar aquella poción en su casa dentro de un queso y cayó en el lecho como si durmiese, de forma que de ninguna manera hubiera podido ser despertado. Pero después de algunos días decía que él había despertado de alguna manera y que había relatado como si fueran sueños lo que le había pasado: que él convertido ciertamente en un rocín había transportado junto a otras acémilas las provisiones a los soldados, las cuales se llamaban réticas porque eran llevadas a Recia. Esto se comprobó que había sucedido tal como lo refirió, aunque a él le parecían sueños suyos. Señaló también otro que él en su casa por la noche, antes de acostarse, vio que venía a su lado cierto filósofo que le resultaba bien conocido y que le expuso algunas nociones platónicas que anteriormente no quiso explicarle habiéndoselo pedido. Y habiéndole preguntado a dicho filósofo por qué había hecho en su casa lo que le había negado en la de él cuando se lo pidió dijo: «no lo hice, sino que soñé que lo hacía». Y por esto mediante una imagen fantástica le fue mostrado a uno despierto lo que el otro vio en sueños.

Estos relatos nos han llegado a nosotros no refiriéndonoslos personas cualesquiera, tales que juzgaríamos indignas de crédito, sino aquellos que no podríamos creer que nos hubieran mentido. Por consiguiente, lo que se dice y se ha consignado por escrito de que los seres humanos suelen ser convertidos en lobos por los dioses, o, mejor dicho, por los demonios arcadios, y que

Circe transformó a los compañeros de Ulises con sortilegios^[140],

me parece que pudo hacerse, si es que se hizo, según ese procedimiento que he descrito. Por otra parte, creo que las aves diomedeadas, dado que se cuenta que su linaje perdura por la sucesión de su descendencia, no fueron creadas a partir de hombres metamorfoseados, sino puestas en sustitución de hombres que fueron sustraídos, así como la cierva por Ifigenia^[141], la hija del rey Agamenón. En efecto, no pudieron resultar difíciles para los demonios, autorizados por el juicio de Dios, las imposturas de esta índole, pero ya que aquella muchacha fue hallada viva después, se supo fácilmente que una cierva fue puesta en su lugar. En cambio, los compañeros de Diomedes, ya que no se presentaron repentinamente en ninguna parte y después no aparecieron en ningún lugar, tras acabar con ellos los vengativos ángeles malvados, se cree que fueron convertidos en aquellas aves que fueron llevadas en su lugar ocultamente desde otros puntos donde existe esta especie de aves a estos y puestos en su lugar repentinamente. Por otra parte, el que lleven agua con sus picos al templo de Diomedes y la rocíen, y el que acaricien a los de origen griego y persigan a los extranjeros, no resulta admirable que se hiciera por instigación de los demonios, a los cuales interesa persuadir de que Diomedes fue convertido en dios para engañar a los seres humanos, a fin de que rindan culto a muchos dioses falsos con injuria al Dios verdadero, y sirvan con templos, altares, sacrificios y sacerdotes (todo lo cual, cuando es justo, no se debe sino al único Dios vivo y verdadero) a hombres muertos que ni siquiera cuando estaban vivos vivieron de verdad.

En aquel tiempo, después de la toma y destrucción de Troya, Eneas con veinte naves que transportaban lo que quedaba de los troyanos^[142], llegó a Italia, reinando allí Latino, entre los Atenenses Menesteo^[143], entre los sicionios Polifides^[144], entre los asirios Tautane^[145], y entre los hebreos por su parte gobernó el juez Labdón^[146]. Y una vez muerto Latino reinó Eneas durante tres años^[147], manteniéndose los mismos reyes en los lugares anteriormente mencionados, a excepción de que ya Pelasgo era rey de los sicionios^[148] y Sansón juez de los Hebreos. Este, al poseer una fuerza descomunal, fue tenido por Hércules^[149]. Pero a Eneas, como desapareció en el momento de su muerte, los latinos lo convirtieron en su dios. También los sabinos elevaron a la categoría de los dioses a su primer rey, Sanco o Sancto como lo llaman algunos^[150]. Por ese mismo tiempo Codro, rey de los atenienses, como un desconocido, se arrojó a los peloponesios, enemigos de la ciudad, para hacerse matar; y así sucedió. De este modo proclaman que liberó a su patria. En efecto, los peloponesios habían recibido la respuesta de que solo entonces vencerían, si no mataban al rey de aquellos. Por consiguiente, los engañó presentándose bajo la apariencia de un pobre y provocando su muerte mediante una ofensa^[151]. De donde dice Virgilio:

Y las ofensas de Codro^[152].

Y a este los atenienses le rindieron culto como a un dios con el honor de los sacrificios. Siendo el cuarto rey de los latinos Silvio^[153], hijo de Eneas, no de Creusa, de la cual fue Ascanio, que reinó allí en tercer lugar, sino de Lavinia, hija de Latino, que se dice que Eneas lo tuvo póstumamente, y siendo el vigésimo noveno de los asirios Oneo y Melanto el décimo sexto de los atenienses^[154], y siendo por su parte juez de los hebreos el sacerdote Heli, el reino de los sicionios tuvo su fin, el cual, según se transmite, se prolongó durante novecientos cincuenta y nueve años.

A continuación, mientras reinaban los mismos en los lugares recordados, el reino de los israelitas, concluido el tiempo de los jueces, tuvo su inicio en el rey Saúl, en la época en que fue profeta Samuel^[155]. Así pues, a partir de aquel tiempo, comenzaron a ser reyes de los latinos aquellos que recibían el sobrenombre de Silvios^[156]. Lo cierto es que desde aquel hijo de Eneas que fue llamado Silvio en primer lugar, a los restantes que le siguieron les imponían sus propios nombres y no les faltó este sobrenombre, así como mucho después recibieron el sobrenombre de Césares quienes sucedieron a César Augusto. Por otro lado, reprobado Saúl para que nadie de su estirpe reinase^[157], y una vez muerto, le sucedió David en el reino después de cuarenta años del mandato de Saúl. Entonces los atenienses dejaron ya de tener reyes después de la muerte de Codro y comenzaron a disponer de magistrados para administrar el estado^[158]. Después de David, que también él mismo reinó durante cuarenta años^[159], su hijo Salomón fue rey de los israelitas, quien construyó aquel famosísimo templo de Dios de Jerusalén^[160]. En ese tiempo entre los latinos fue fundada Alba^[161], desde la cual en lo sucesivo los reyes comenzaron a llamarse no de los latinos, sino de los albanos, en el mismo Lacio sin embargo^[162]. A Salomón le sucedió su hijo Roboán, bajo el cual aquel pueblo se dividió en dos reinos y cada parte empezó a tener sus propios reyes^[163].

21

El Lacio, después de Eneas, al que elevaron a la categoría de dios, tuvo once reyes, de los cuales ninguno fue convertido en divinidad. Pero Aventino, que sigue a Eneas en el duodécimo lugar, tras ser abatido en la guerra y sepultado en aquel monte que también en la actualidad es designado con su nombre, fue añadido al número de los dioses tales como los que creaban para sí. Otros, sin duda, no quisieron escribir que este fue muerto en combate, sino que afirmaron que desapareció; y que el monte no recibe su nombre del de este, sino que fue llamado Aventino a partir de la llegada de las aves^[164]. Tras este no fue convertido en dios en el Lacio ninguno excepto Rómulo, fundador de Roma. Entre ese y aquel hubo dos reyes, de los cuales el primero es, para citarlo con un verso virgiliano:

Más cercano aquel Procas, gloria del pueblo troyano^[165].

Durante su época, ya que, por decirlo de algún modo, Roma ya daba sus primeros vagidos, aquel reino asirio, el mayor de todos, alcanzó el final de tan prolongada trayectoria^[166]. Lo cierto es que fue transferido a los medos después de casi mil trescientos cinco años, para contar también los tiempos de Belo, que engendró a Nino, y de allí, contentándose con un pequeño imperio, fue el primer rey. Procas, por su parte, reinó antes que Amulio. Finalmente Amulio hizo virgen vestal a la hija de su hermano Númitor, de nombre Rea, que también era llamada Ilia, madre de Rómulo, la cual pretenden que concibió dos gemelos de Marte, alabando o excusando su deshonor de ese modo, y ofreciendo como prueba que una loba amamantó a los niños tras ser abandonados^[167]. En efecto, consideran que esta especie de animal tiene relación con Marte, hasta el punto de creerse que una loba ofreció sus ubres a los pequeños porque los reconoció como hijos de Marte, su señor. Aunque no faltan quienes afirman que, al yacer expuestos llorando, fueron recogidos en primer lugar por no sé qué prostituta y que succionaron primero sus senos (a las prostitutas las llamaban lobas, de donde también ahora sus depravados establecimientos se denominan lupanares), y que estos después llegaron al pastor Fáustulo y fueron alimentados por su esposa Aca^[168]. Aunque ¿qué tiene de admirable que, si para contradecir a un rey que había ordenado arrojarlos cruelmente al agua, Dios quisiera ayudar a aquellos niños por los cuales una ciudad tan grande había de ser fundada, liberados del agua por voluntad divina por una fiera lactante? A Amulio le sucedió en el reino del Lacio su hermano Númitor, abuelo de Rómulo, en cuyo primer año fue fundada Roma^[169], y por esto en lo sucesivo reinó junto con su nieto, es decir, con Rómulo.

22

Para no demorarme en excesivos detalles, la ciudad de Roma fue fundada como una segunda Babilonia y como hija de la primera Babilonia, por medio de la cual plugo a Dios someter el orbe de la tierra y pacificarlo en toda su extensión encauzado hacia una sola sociedad de gobierno y de leyes. En efecto, existían ya pueblos poderosos y fuertes y naciones ejercitadas en las armas que no cederían fácilmente y que era necesario que fueran superadas con grandes peligros, no pequeña devastación por ambas partes y terrible esfuerzo. Pues cuando el reino de los asirios subyugó casi toda Asia, aunque

se hizo mediante la guerra, sin embargo pudo hacerse mediante guerras no demasiado encarnizadas ni complejas, porque hasta el momento las naciones no estaban preparadas para resistir y no eran ni tantas ni tan poderosas, dado que después de aquel diluvio más grande y universal, cuando solo huyeron ocho personas en el arca de Noé, no habían pasado mucho más de mil años cuando Nino subyugó toda Asia exceptuada la India. En cambio, Roma no dominó totalmente con esa celeridad y facilidad a tantas naciones de oriente y occidente que vemos sometidas al Imperio Romano, puesto que creciendo poco a poco se las encontró robustas y belicosas por cualquier lugar hacia el que se expandía. En consecuencia, en el tiempo en que Roma fue fundada, el pueblo de Israel llevaba en la tierra de promisión setecientos dieciocho años. De estos, veintisiete pertenecen a Jesús Nave, después trescientos veintinueve al tiempo de los jueces. Por otra parte, habían pasado trescientos sesenta años desde que habían empezado a existir los reyes allí. Y entonces era rey en Judá aquel cuyo nombre era Acaz^[170] o, según computan otros, Ezequías, su sucesor, que ciertamente consta que reinó como un óptimo y piadosísimo rey en tiempos de Rómulo. Pero en aquella parte del pueblo hebreo que se llamaba Israel había empezado a reinar Oseas.

23

En ese mismo tiempo algunos afirman que realizó sus profecías la sibila de Eritrea^[171]. Pero Varrón revela que hubo varias sibilas, no una sola^[172]. Lo cierto es que esta sibila de Eritrea puso por escrito algunos hechos manifiestos sobre Cristo, lo cual también nosotros hemos leído anteriormente en lengua latina en unos versos en mal latín e incorrectos a causa de la impericia de no sé qué traductor, como supimos después. Pues Flaciano^[173], varón ilustre, que también fue procónsul, personaje de facilísima elocuencia y amplia formación, hablando nosotros sobre Cristo, nos presentó un códice griego diciendo que eran los cantos de la sibila de Eritrea, donde muestra que en cierto pasaje, en las iniciales de los versos el orden de las letras se halla dispuesto de tal manera que en él se leen las siguientes palabras: Ἰησοῦς Χρῆστὸς Θεοῦ υἱὸς Σωτὴρ, que en latín es Jesus Cristo hijo de Dios salvador. Pero estos versos, cuyas primeras letras dan ese sentido que hemos señalado, poseen el siguiente contenido, tal y como alguien los ha traducido en versos latinos y correctos:

Como señal del juicio la tierra se empapará de sudor.
 Del cielo vendrá el rey que habrá de reinar por los siglos,
 vendría en su carne para juzgar al mundo.
 De donde el incrédulo y el fiel verán a Dios
 excelso con los santos ya en el mismo fin de los tiempos.
 Así las almas con la carne estarán presentes, a las cuales juzga en
 persona,
 cuando yace el orbe yermo entre densas zarzas.
 Los hombres rechazarán las imágenes, también toda la riqueza,
 el fuego abrasará las tierras buscando el mar y el cielo
 romperá las puertas del terrible Averno.
 Pero una luz libre será entregada a toda la carne de los santos,
 la llama eterna abrasará a los culpables.
 Entonces cada cual contará sus secretos desvelando sus actos ocultos
 y Dios abrirá los corazones a la luz.
 Entonces también habrá aflicción, todos rechinarán los dientes.
 Desaparecerá el brillo del sol y perecerá el coro de los astros.
 Se desplomará el cielo, el esplendor de la luna se apagará.
 Derribará las colinas, levantará los valles desde las profundidades.
 No habrá entre las cosas de los hombres nada sublime ni elevado
 ya se igualan los montes a las llanuras y todo el azul del mar
 cesará, la tierra quebrada perecerá.
 Así igualmente las fuentes y los ríos se abrasarán por el fuego.
 Pero la trompeta emitirá entonces su triste sonido desde lo alto del
 orbe
 lamentando el desventurado suceso y los sufrimientos variados
 y la tierra abriéndose mostrará el caos del Tártaro.
 Y aquí los reyes comparecerán en presencia del señor al mismo
 tiempo.
 Del cielo caerá fuego y un río de azufre^[174].

En estos versos latinos, bien que mal traducidos del griego, no pudo encontrarse aquel sentido que resulta cuando las letras que se sitúan en su comienzo se unen allí donde aparece la letra Υ en griego, ya que no pudieron hallarse palabras latinas que comenzasen por esa letra y convinieran al sentido. Pero estos son tres versos, el quinto, el decimoctavo y el decimonoveno. En definitiva, si uniendo las letras que se hallan en los comienzos de todos los versos no leyéramos las que están escritas de estos tres y recordásemos en su lugar la letra Y como si estuviera colocada

precisamente en esos mismos lugares, se expresa en cinco palabras: Jesús Cristo hijo de Dios Salvador, pero cuando se dice esto en griego, no en latín. Y son veintisiete versos, número que da el cubo de tres^[175]. En efecto, tres multiplicado por tres da nueve, y esos mismos nueve, si se multiplican por tres, para que se erija una figura de lo ancho a lo alto, llegan a veintisiete. Pero si de las cinco palabras griegas que son Ἰησοῦς Χρῆστὸς Θεοῦ υἱὸς Σωτὴρ, que en latín es Jesús Cristo hijo de Dios salvador, unes las primeras letras, será {cθύς, es decir, pez, nombre en el cual se entiende simbólicamente Cristo, porque pudo permanecer vivo en este abismo de mortalidad como en la profundidad de las aguas, es decir, sin pecado.

Pero esta sibila, ya de Eritrea ya, como más bien creen algunos, de Cumas, no presenta nada de tal índole en todo su canto^[176], del cual esta es una pequeñísima parte, que ataña al culto de los dioses falsos o inventados, aún más, incluso se habla contra ellos y contra sus adoradores, hasta el punto de que parece que deba ser contada en el número de los que pertenecen a la ciudad de Dios. También incluye Lactancio en su obra algunos vaticinios de la Sibila sobre Cristo, aunque no indique de cuál. Pero aquellas citas que incluyó él mismo por separado, he pensado que deben colocarse unidas, como si fuese un solo texto prolongado, que aquel recordó como muchos y breves. Dice: «Caerá después en las manos <inicias> de los infieles. Por su parte, propinarán a Dios bofetadas con sus manos impuras y le lanzarán escupitajos envenenados de su boca infecta. En cambio, él ofrecerá con simplicidad su santa espalda a los azotes^[177]. Y al recibir los puñetazos callará, para que nadie reconozca que es el verbo o de dónde viene, para hablar a los muertos y ser coronado de espinas^[178]. Le dieron hiel como alimento y vinagre para la sed. Esta mesa de inhospitalidad le ofrecerán^[179]. Pues tú misma, ignorante, no comprendiste a tu Dios, que se burla de las mentes de los mortales, sino que lo coronaste de espinas y mezclaste desagradable hiel^[180]. Pero el velo del templo se rasgará; y al mediodía se hará una noche muy tenebrosa durante tres horas^[181]. Y por la muerte morirá cayendo en un sueño durante tres días, y entonces, regresando de los infiernos vendrá el primero a la luz, mostrando a los llamados el principio de la resurrección»^[182]. A estos testimonios de la Sibila ha recurrido Lactancio por separado en partes de su discusión así como parecía exigirlo lo que trataba de demostrar, los cuales nosotros procuramos que hubieran de distinguirse únicamente por las letras capitales, sin intercalar nada, sino colocándolos reunidos en una sucesión, si no obstante los escritores en lo sucesivo no se desprecupan de conservarlos. Algunos ciertamente

escribieron que la Sibila de Eritrea no vivió en tiempos de Rómulo, sino de la guerra de Troya^[183].

24

Durante el reinado del mismo Rómulo se cuenta que vivió Tales de Mileto^[184], uno de los siete sabios que después de los poetas teólogos, entre los cuales Orfeo es el más famoso de todos ellos, fueron llamados σοφοί, que en latín es sabios. Por esa misma época, las diez tribus que en la división del pueblo fueron llamadas de Israel, fueron derrotadas por los caldeos y conducidas cautivas a estas tierras^[185], permaneciendo en la tierra de Judea aquellas dos tribus que eran denominadas bajo el nombre de Judá, y tenían a Jerusalén como sede del reino. A Rómulo, una vez muerto, como no apareció, los romanos lo incluyeron entre los dioses, hecho que vulgarmente también es muy conocido. Esa práctica había dejado ya de realizarse (y después en tiempos de los Césares no se llevó a cabo sino por adulación y no por extravío) hasta el punto que Cicerón postule para gran alabanza de Rómulo el que se le hiciera merecedor de estos honores, no en tiempos ignorantes e incultos, cuando los seres humanos eran engañados con facilidad, sino en unos ya refinados e ilustrados, aunque todavía no hubiera entrado en efervescencia y proliferado la sutil y aguda verborrea de los filósofos^[186]. Pero aunque los tiempos posteriores no instituyeran como dioses a personas difuntas, sin embargo no dejaron de rendir culto y a tener por dioses a aquellos instituidos por los antiguos. Aún más, acrecentaron con estatuas, que los antiguos no poseían, el estímulo de la vana e impía superstición, obrando los inmundos demonios en su corazón, engañándoles también por medio de oráculos falaces, a fin de que también los crímenes fabulosos de los dioses, que en un siglo más civilizado ya no se inventaban, se representasen no obstante de manera vergonzosa por medio de juegos en honor de esas mismas divinidades falsas^[187]. A continuación reinó Numa después de Rómulo, que, aun considerando que aquella ciudad debía ser protegida por una muchedumbre de dioses ciertamente falsos^[188], él mismo, una vez muerto, no mereció ser incluido en esa misma turbamulta, como si se pensase que había colmado el cielo de tal multitud de dioses que no podía encontrar sitio allí. Reinando este en Roma y al comienzo del reinado de Manasés entre los

hebreos, impío rey a manos del cual se cuenta que fue muerto el profeta Isaías^[189], dicen que vivió la sibila de Samos.

25

Por otra parte, durante el reinado de Sedecías entre los hebreos y de Tarquinio Prisco entre los romanos, el cual había sucedido a Anco Marcio^[190], el pueblo judío fue llevado cautivo a Babilonia tras la destrucción de Jerusalén y del famoso templo construido por Salomón^[191]. En efecto, los profetas, increpándoles por sus iniquidades e impiedades, predijeron que habían de sucederles estas desgracias, especialmente Jeremías, que incluso precisó el número de años^[192]. En aquel tiempo se dice que vivió Pítaco de Mitilene, otro de los siete sabios^[193]. Y Eusebio escribe que los cinco restantes que, para sumar siete, se añaden a Tales, al que mencionamos anteriormente y a este Pítaco, vivieron en aquel tiempo en el que el pueblo de Dios era retenido cautivo en Babilonia^[194]. Y estos son: Solón de Atenas, Quilón de Lacedemonia, Periandro de Corinto, Cleóbulo de Lindos, Bias de Priene. Todos estos, llamados los siete sabios, brillaron después de los poetas teólogos, ya que por cierto género de vida digno de alabanza aventajaban a los restantes hombres y reunieron algunos preceptos morales en la brevedad de sus sentencias. Pero no dejaron a la posteridad ningún monumento que tenga relación con las letras, excepto el hecho de que, según se cuenta, Solón dio algunas leyes a los atenienses. Tales, en cambio, fue físico y dejó libros de sus principios filosóficos. En aquel tiempo de cautividad judía brillaron los físicos Anaximandro, Anaxímenes y Jenófanes^[195]. También lo hizo entonces Pitágoras a partir del cual comenzaron a llamarse filósofos^[196].

26

Por aquella misma época Ciro, rey de los persas, que también gobernaba sobre los caldeos y los asirios, relajado un tanto el cautiverio de los judíos, hizo que cincuenta mil de ellos regresaran para reconstruir el templo^[197]. Estos solamente construyeron los primeros cimientos y el altar. Pues a causa de las incursiones realizadas por los enemigos no fueron capaces en absoluto

de avanzar en la edificación, y la obra se prolongó hasta Darío. Por esa misma época también acontecieron aquellos hechos que están consignados en el libro de Judit, del que por cierto se dice que los judíos no incluyeron en el canon de las escrituras^[198]. Por consiguiente, completados los setenta años bajo Darío, rey de los persas, que el profeta Jeremías había predicho, fue devuelta la libertad a los judíos, concluido su cautiverio^[199], mientras reinaba el séptimo rey de los romanos, Tarquinio^[200]. Expulsado este, también ellos mismos comenzaron a hallarse libres de la dominación de sus reyes. Hasta ese tiempo tuvo profetas el pueblo de Israel, que, al ser muchos, solo se conservan escritos canónicos de unos pocos, tanto entre los judíos como entre nosotros. Acerca de ellos prometí que iba a exponer alguna cuestión en este libro al terminar el anterior^[201], cosa que veo que ya debe hacerse.

27

En consecuencia, para que podamos dirigir nuestra atención a los tiempos de aquellos, retrocedamos un poco a los anteriores. En el comienzo del libro del profeta Oseas, que ocupa el primer lugar entre doce, está escrito así: *La palabra del Señor, que fue pronunciada a Oseas en los días de Ozías, Joatán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá*^[202]. Amós también escribe que él hizo profecías en los días del rey Ozías. Añade también a Jeroboán, rey de Israel, que vivió por aquellos días^[203]. Y también Isaías, hijo de Amós, ya del profeta anteriormente mencionado, ya —lo que se afirma más habitualmente— otro que recibía el mismo nombre y no era profeta^[204], dispone al comienzo de su libro a los mismos cuatro reyes que colocó Oseas, en cuyos días dice a modo de preámbulo que él había profetizado^[205]. También Miqueas menciona los mismos tiempos de su actividad profética después de los días de Ozías. Pues nombra a los tres reyes que siguen, a los que también mencionó Oseas: Joatán, Ajaz y Ezequías^[206]. Estos son los que se encuentra que profetizaron al mismo tiempo en la misma época a partir de sus escrituras. A estos se añaden Jonás, durante el reinado del mismo rey Ozías, y Joel, reinando ya Joatán, que sucedió a Ozías. Pero los tiempos de esos dos profetas podemos hallarlos en las crónicas, no en sus libros, ya que callan sobre sus días^[207]. Por otra parte, estos días avanzan desde el rey de los latinos Procas o el anterior, Aventino, hasta el rey^[208] Rómulo, ya romano, o incluso hasta el comienzo del reinado de su sucesor, Numa Pompilio (lo cierto

es que Ezequías, rey de Judá, reinó hasta ese momento). Y por dicho motivo, por aquella época estas fuentes de profecía, por llamarlas de algún modo, irrumpieron al mismo tiempo, cuando cayó el reino asirio y comenzó el romano. Es decir, que del mismo modo que en la primera época del reino de los asirios vivió Abraham, al que se le hicieron promesas clarísimas de bendición de todos los pueblos en su descendencia, así al comienzo de la Babilonia occidental, bajo cuyo imperio Cristo había de venir, en el cual se cumplirían aquellas promesas, las bocas de los profetas, no solo hablando, sino también escribiendo, se desatarían para el testimonio de tan gran acontecimiento futuro. En efecto, no habiendo faltado los profetas casi nunca al pueblo de Israel desde que empezaron a existir reyes allí, fueron solamente para su utilidad, no para la de las naciones. Pero cuando se inauguraba una escritura más manifiestamente profética que en su momento resultase provechosa para las naciones, entonces convenía que comenzase cuando era fundada esta ciudad que había de gobernar sobre los pueblos.

28

En consecuencia, el profeta Oseas cuanto más profundamente habla tanto más difícil resulta de interpretar. Pero es necesario tomar de allí algún elemento y exponerlo aquí conforme a nuestra promesa. Dice: *Y sucederá en el lugar en el que se les dijo: Vosotros no sois mi pueblo, y ellos mismos serán llamados también hijos de Dios vivo*^[209]. Este testimonio profético de la llamada del pueblo de los gentiles, que antes no pertenecía a Dios^[210], también lo comprendieron los apóstoles. Y ya que también el propio pueblo de los gentiles reside espiritualmente en los hijos de Abraham y, por este motivo, se le llama correctamente Israel, por ello continúa diciendo: *Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en esto mismo y establecerán un único principado y se elevarán de la tierra*^[211]. Si aún quisiéramos explicar esto, se perdería el sabor de la palabra profética. Recuérdese, sin embargo, aquella piedra angular y los dos muros, uno a partir de los judíos, otro de los gentiles^[212]; reconózcase a aquel bajo el nombre de los hijos de Judá, este bajo el nombre de los hijos de Israel, apoyándose en este mismo principado suyo para esto mismo y ascendiendo desde la tierra. Pero que esos israelitas por la carne, que ahora no quieren creer en Cristo, habrán de creer después, es decir, sus hijos (en efecto, esos al morir ocuparán

su lugar), el mismo profeta lo atestigua diciendo: *Puesto que durante muchos días los hijos de Israel vivirán sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin revelaciones*^[213]. ¿Quién no puede ver que los judíos se hallan ahora en esta situación? Pero escuchemos qué añade. *Y después, dice, volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor, su Dios y a David, su rey, y quedarán atónitos en el Señor y en sus bienes en los últimos días*^[214]. Nada hay más evidente que esta profecía cuando se comprende que con el nombre del rey David se significa a Cristo, porque, como dice el apóstol, *fue creado de la estirpe de David según la carne*^[215]. También predijo este profeta que la resurrección de Cristo se iba a producir al tercer día, así como convenía que fuera predicha con profundidad profética, cuando dice: *Nos sanará después de dos días, al tercer día resucitaremos*^[216]. En efecto, conforme a esta profecía nos dice el apóstol: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que están en lo alto*^[217]. También Amós profetiza de tales cosas del siguiente modo: *Prepárate, Israel, dice, para invocar a tu Dios. Porque aquí estoy yo dando fuerza al trueno, creando el espíritu y anunciando en los hombres a su cristo*^[218]; y en otro lugar dice: *En aquel día restauraré el tabernáculo de David, que ha caído, y reedificaré lo que cayó de él y repararé sus ruinas y las reconstruiré como el día del siglo, de suerte que me busquen los que quedan entre los hombres y todos los pueblos sobre los cuales mi nombre ha sido invocado, dice el Señor que obra estas cosas*^[219].

29

El profeta Isaías no se halla en el libro doce de los profetas que son llamados menores ya que sus textos son breves en comparación con los de aquellos que son llamados mayores porque redactaron extensos volúmenes. Entre ellos se encuentra el mencionado Isaías, al que, a causa de los propios tiempos de su profecía, añadido a los dos anteriormente citados. Por consiguiente, Isaías entre aquellas iniquidades que denunció, las normas de justicia que prescribió y los males futuros que predijo al pueblo pecador, también sobre Cristo y la iglesia, es decir, sobre el rey y la ciudad que fundó, realizó muchas más profecías que los restantes, de tal modo que algunos lo llaman antes evangelista que profeta. Pero, por razón de la conclusión de la obra, presentaré en este lugar un solo ejemplo entre muchos. Concretamente, al hablar de la persona de Dios Padre dice: *He aquí que mi esclavo entenderá*

y será elevado y glorificado en extremo. Del mismo modo en que muchos se quedarán atónitos ante ti, así tu apariencia será privada de gloria por los hombres, y tu gloria arrebatada por los hombres; así se admirarán muchas naciones ante este y los reyes cerrarán su boca. Porque aquellos a los que no les ha sido anunciado, le verán, y quienes no oyeron, entenderán. Señor, ¿quién creyó nuestra noticia y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Lo anunciamos en su presencia, como un niño, como una raíz en la tierra sedienta. No tiene apariencia ni gloria. Y lo vimos y no tenía apariencia ni adorno. Pero su apariencia carecía de honor, abatiéndose ante todos los hombres. Un ser humano puesto bajo los golpes y sabiendo soportar la debilidad. Porque su rostro se ha transformado, ha sido deshonrado y ha sido tenido en poca consideración. Este porta nuestros pecados y sufre por nosotros; y nosotros juzgamos que él estaba inmerso en el dolor, los golpes y la aflicción. Y él mismo resultó herido a causa de nuestras iniquidades y abatido por nuestros pecados. La enseñanza de nuestra paz se halla en él, por su lividez nosotros somos sanados. Todos anduvimos errantes como ovejas, el ser humano se desvió de su camino. Y el señor lo entregó por nuestros pecados. Y él mismo no abrió la boca por haber sufrido aflicción. Como oveja fue conducido al sacrificio y como el cordero ante el esquilador, sin voz, así no abrió su boca. En su humillación fue sometido a juicio. ¿Quién narrará su generación? Porque su vida será eliminada de la tierra. Por la iniquidad de mi pueblo fue conducido a la muerte. Y entregaré a los malvados para su sepultura y a los ricos para su muerte. Porque no cometió iniquidad ni engaño con su boca. Y el señor quiere purificarle de sus heridas. Si entregaseis vuestra alma por el pecado, veréis una descendencia longeva. Y el Señor quiere arrebatarse su alma del dolor, mostrarle la luz y formar su intelecto, justificar al justo que sirve bien a muchos; y él mismo cargará con sus pecados. Por este motivo él mismo recibirá en herencia una multitud y repartirá los despojos de los fuertes, porque su alma fue entregada a la muerte y fue juzgado entre los inicuos y él mismo cargó con los pecados de muchos y fue entregado a causa de sus pecados^[220]. Esto respecto a Cristo.

Por otra parte, respecto a la iglesia escuchemos lo que sigue. Dice: alégrate, estéril, que no das a luz, rompe a gritar, tú que no has sufrido los dolores del parto; porque los hijos de la abandonada son muchos más que los de aquella que tiene marido. Ensancha el espacio de tu tienda y de tus lonas. Fíjala, no escatimes, prolonga tus cuerdas, robustece tus estacas y extiéndela a derecha e izquierda. Y tu estirpe tendrá como herencia a naciones y habitarás ciudades desiertas. No tengas miedo, porque estás confundida, ni

sientas temor porque has sufrido oprobio. Porque olvidarás la confusión eterna y no te acordarás del baldón de tu viudez. Porque el Señor es quien te creó, su nombre es Señor de los ejércitos, y quien te ha redimido ese mismo será llamado Señor de Israel de toda la tierra^[221]. Y lo restante. Pero estas palabras son suficientes; asimismo, respecto a ellas deben explicarse algunos aspectos. No obstante, considero que bastan y que resultan tan claras que incluso los enemigos se ven obligados a comprenderlas contra su voluntad.

30

El profeta Miqueas, presentando a Cristo en la imagen de un monte elevado, dice: *En los últimos días será visible el monte del Señor, dispuesto sobre las cimas de las montañas y se elevará sobre las colinas. Y hacia él se apresurarán los pueblos y acudirán muchas naciones y dirán: Venid, ascendamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos mostrará su camino y caminaremos en sus senderos, porque de Sión surgirá la ley y la palabra de Dios de Jerusalén. Y juzgará sobre muchos pueblos y rebatirá a las naciones poderosas hasta los lugares más lejanos*^[222]. Pronosticando ese profeta también el lugar en el que nació Cristo dice: *Y tú, Belén, casa de Efrata, eres muy pequeña para estar entre los millares de Judá. De ti surgirá para mí para erigirse en príncipe de Israel. Y su partida se producirá desde su comienzo y desde los días de la eternidad. Por ello, les entregará hasta el tiempo de dar a luz, dará a luz y sus restantes hermanos volverán a los hijos de Israel. Y permanecerá en pie y verá y apacentará a su rebaño en la virtud del Señor y se hallarán en el honor del nombre del Señor su Dios, porque ahora será glorificado hasta el confín de la tierra*^[223].

Por su parte, el profeta Jonás profetizó a Cristo no tanto por sus palabras como por una especie de pasión suya, ciertamente de manera más clara que si hubiese clamado con su voz su muerte y resurrección. En efecto, ¿con qué fin fue atrapado en el vientre de la bestia y devuelto al tercer día^[224] sino para significar que Cristo iba a regresar al tercer día de las profundidades del infierno?

Joel obliga a que sean expuestas con abundantes explicaciones todas las profecías que realizó, para que salgan a la luz las que pertenecen a Cristo y la iglesia^[225]. Sin embargo, no pasaré por alto un pasaje que también recordaron los apóstoles cuando el Espíritu Santo, como había prometido Cristo,

descendió sobre los creyentes reunidos^[226]. Dice: *Y sucederá después de esto, y derramaré mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas y vuestros ancianos tendrán sueños y vuestros jóvenes verán visiones; y ciertamente en aquellos días derramaré mi espíritu sobre mis siervos y criadas*^[227].

31

Tres profetas entre los menores, Abdías, Naún y Habacuc, ni indican ellos mismos los tiempos en que profetizaron ni se encuentra en las crónicas de Eusebio y Jerónimo. En efecto, estos situaron a Abdías junto a Miqueas, pero no en el mismo lugar donde se señalan los tiempos en que se tiene constancia, según sus escritos, de que profetizó Miqueas. Considero que esto sucedió por el error de los que transcriben los trabajos ajenos. En cambio, a los otros dos no pudimos hallarlos mencionados en los volúmenes de las crónicas que manejamos. No obstante, ya que están contenidos en el canon, tampoco conviene que los pasemos por alto. Abdías, en cuanto atañe a su escrito, el más breve de todos los profetas, habla contra Idumea, nación ciertamente de Esaú, el reprobado, el mayor de los dos hijos gemelos de Isaac, nietos de Abraham. Finalmente, si interpretamos que se ha puesto Idumea en lugar de naciones, mediante la locución por la que se entiende el todo por la parte^[228], podemos reconocer como referido a Cristo lo que dice entre las restantes palabras: *En el monte Sión gozará de salud y será santo*^[229]; y poco después al final de su profecía dice: *y ascenderán salvados de nuevo del monte de Sión para defender el monte Esaú y será para el Señor el reino*^[230]. Evidentemente, resulta visible que esto se ha cumplido cuando los que creen en Cristo, salvados de nuevo del monte Sión, es decir, desde Judea, quienes principalmente se reconocen como los apóstoles, ascendieron para defender el monte de Esaú. ¿Cómo lo defenderán sino concediendo la salvación por medio de la predicación del Evangelio a los que creyeron, para arrebatarnos del poder de las tinieblas y transferirlos al reino de Dios? Esto lo expresa a continuación añadiendo: *y será para el Señor el reino*. En efecto, el monte de Sión significa Judea, donde fue predicha la salvación futura y el santo que es Cristo Jesús. El monte de Esaú por su parte es Idumea, por la cual se simboliza la iglesia de las naciones, a la que defendieron, como expuse, salvados de nuevo del monte de Sión, para que el reino sea para el Señor. Esto

resultaba oscuro antes de que sucediera; pero, una vez sucedido, ¿qué fiel no lo reconocería?

Por su parte, el profeta Naún, o mejor, Dios por medio de él, dice: *Destruiré los ídolos de barro y de metal, colocaré tu sepultura; porque he aquí sobre los montes los veloces pies de los que evangelizan y anuncian la paz. Celebra, Judá, tus días festivos, cumple tus votos. Porque ya no continuarán en lo sucesivo para no caer en desuso. Está consumado, está consumido, está erradicado. Asciende el que sopla en tu rostro, sacándote de la tribulación*^[231]. Quien recuerda el Evangelio traiga a la memoria quién ascenderá de los infiernos e insuflará el Espíritu Santo en el rostro de Judá, es decir, de los discípulos de los judíos. En efecto, atañen al Nuevo Testamento, cuyos días festivos se renuevan espiritualmente de tal modo que no puedan caer en desuso. Finalmente, ya vemos destruidos por medio del Evangelio los ídolos de barro y metal, es decir, los de los dioses falsos, y entregados al olvido como a una sepultura, y ya conocemos que también en este punto la profecía se ha cumplido.

¿De qué otra cosa sino la venida de Cristo que había de llegar se entienden las palabras de Habacuc: *Y el Señor me responde y me dice: graba nítidamente la visión en madera de boj para que la siga quien la lee. Porque la visión es todavía para un tiempo, y se originará al final y no en vano. Si se retrasase, espérala porque cuando tenga que llegar llegará y no se retrasará*^[232]?

32

Por otra parte, en su oración con el cántico ¿a quién sino al Señor dice Habacuc: *Señor, oí tus palabras y tuve miedo. Señor, examiné tus obras y sentí pavor*^[233]? En efecto, ¿qué es esto sino el asombro inefable ante la previsión de la nueva y repentina salvación de los hombres? *Lo reconocerás en medio de dos animales* ¿qué significa, sino en medio de las dos alianzas, o en medio de los dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías cuando conversaban con él en el monte? *Mientras se aproximan los años, serás conocido; a la llegada del tiempo serás mostrado*, no es necesario explicarlo. *¿En el tiempo en que mi alma estuviese turbada, en la ira recordarás la misericordia*^[234], qué significa sino que ha transfigurado a los judíos en sí, a cuya nación perteneció, a los cuales, al crucificar a Cristo perturbados por una

inmensa ira, aquel, acordándose de la misericordia, dijo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*^[235]? *Dios vendrá de Temán y el santo de un monte umbroso y espeso*^[236]. Lo que aquí se ha dicho, *vendrá de Temán* otros lo han traducido «del Austro» o «del Ábrego», por el cual se significa el mediodía, es decir, el calor de la caridad y el esplendor de la verdad. Pero el monte umbroso y espeso, aunque puede entenderse de muchos modos, lo interpretaría de buen grado como la profundidad de las escrituras divinas por las que ha sido profetizado Cristo. Lo cierto es que allí hay muchos elementos sombríos y densos que ejercitan la mente del que busca respuestas. Y también viene de ahí cuando lo encuentra allí quien lo comprende. *Abrió los cielos su virtud y la tierra está llena de su alabanza*^[237] ¿qué es sino lo que también se dice en el salmo: *Álzate sobre los cielos, Dios, y toda la tierra con tu gloria*^[238]? *Su esplendor será como una luz* ¿qué significa sino «su fama iluminará a los creyentes»? *Hay cuernos en sus manos*^[239] ¿qué es sino el trofeo de la cruz? *Y puso la caridad como base inquebrantable de su fortaleza*^[240] no necesita explicación. *Delante de su rostro irá la palabra, y avanzará en la llanura en pos de sus pies*^[241] ¿qué significa sino que fue predicho antes de venir aquí y que fue anunciado después de marchar de aquí? *Se puso en pie y la tierra se conmovió*^[242], ¿qué es sino «se puso en pie para socorrer y la tierra se conmovió para creer»? *Se volvió a mirar y las naciones languidecieron*^[243], esto es «se compadeció e indujo a los pueblos al arrepentimiento». *Los montes fueron triturados con violencia*, esto es «la soberbia de los altivos fue triturada con los milagros que hacen la fuerza». *Descendieron las colinas eternas*^[244], es decir, «fueron humillados por un tiempo para ser alzados en la eternidad». *He visto sus entradas eternas a cambio de sus esfuerzos*^[245], esto es, «no he contemplado el esfuerzo de la caridad sin la recompensa de la eternidad». *Las tiendas de los etíopes, y las de la tierra de Madián sentirán terror*^[246], es decir, «las naciones atemorizadas repentinamente por el anuncio de tus hechos admirables, incluso aquellas que no están bajo la jurisdicción romana, pertenecerán al pueblo cristiano». ¿Acaso, Señor, estás enojado contra los ríos o tu furia se dirige contra los ríos y tu violencia contra el mar^[247]? Esto se dijo porque no viene ahora para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él precisamente. *Porque montarás sobre tus caballos y tu cabalgar es la salvación*, esto es «tus evangelistas te llevarán, los cuales son guiados por ti, y el Evangelio será la salvación para aquellos que creen en ti»^[248]. *Tensarás tu arco indefectiblemente contra los cetros, dice el Señor*^[249], es decir, «amenazarás con tu juicio también a los reyes de la tierra», *La tierra será*

rasgada por los ríos^[250], esto es, «por medio de los penetrantes sermones de los que te predicán se abrirán los corazones de los hombres para proclamarte, a los cuales se ha dicho: “Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos”»^[251]. ¿Qué significa *te verán y sufrirán los pueblos* sino que son felices en su llanto? ¿Qué significa *esparciendo las aguas a tu paso*? ¿Acaso «caminando entre aquellos que te anuncian por doquier, esparces aquí y allí estas corrientes de tu doctrina? ¿Qué es *el abismo* hizo sonar su voz? ¿No es tal vez “la profundidad del corazón humano expresó su parecer”»? *La profundidad de su imaginación*^[252] es como una explicación del verso anterior: en efecto, profundidad es abismo. Por otra parte, cuando dice *de su imaginación* debe interpretarse «hizo sonar su voz», es decir, lo que hemos indicado, «expresó su parecer». Lo cierto es que la imaginación es una visión que no retuvo, no ocultó, sino que pronunció a modo de confesión. *El sol se elevó y la luna permaneció en su órbita*, es decir, «Cristo ascendió al cielo y la iglesia se organizó bajo su rey». *Tus flechas irán a la luz*, esto es, «tus palabras no serán pronunciadas en secreto, sino abiertamente». *En el resplandor del brillo de tus armas*^[253] debe sobreentenderse «tus flechas irán». En efecto, había dicho a los suyos: *Lo que os digo en las tinieblas, decidlo a la luz*^[254]. *En tu amenaza empequeñecerás la tierra*, esto es «amenazando a los hombres los humillarás». *Y en tu cólera abatirás a las naciones*^[255], porque a los que se elevan los aplastarás con tu venganza. *Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos; enviaste la muerte sobre las cabezas de los inicuos*, nada de esto debe ser explicado. *Alzaste las cadenas hasta el cuello*, aquí pueden entenderse las buenas cadenas de la sabiduría, para que los pies queden sujetos en sus grilletes y el cuello en su collera. *Las rompiste en el estupor de la mente*^[256], sobreentendemos «cadenas», pues alzó las buenas, rompió las malas, de las cuales se le dice: *rompiste mis cadenas*^[257], y esto *en el estupor de la mente*, es decir, de forma digna de admiración. *Las cabezas de los poderosos se conmovieron en ella*, es decir, en aquella admiración. *Abrirán sus bocas para morder, como el pobre que come a escondidas*^[258]. En efecto, algunos de los poderosos entre los judíos venían al Señor admirados por sus hechos y sus palabras y hambrientos comían a escondidas el pan de su doctrina por miedo a los judíos, como los presenta el Evangelio^[259]. *Y lanzaste al mar a tus caballos que agitaban muchas aguas*^[260], que no son otra cosa sino muchos pueblos. Pues unos no se convertirían por temor y otros no perseguirían con saña si todos no se hubiesen sentido turbados. *Observé y mis entrañas se aterrorizaron por el sonido de las palabras de mis labios; y el temblor*

penetró hasta mis huesos y mi ser se turbó en mi interior^[261]. Puso su atención^[262] en lo que decía y se sintió aterrorizado por su propio discurso, que lanzaba proféticamente y en el cual discernía acontecimientos futuros. En efecto, en medio de la agitación de muchos pueblos, vio las inminentes tribulaciones de la iglesia, y de inmediato se reconoce miembro de ella y dice: *Descansaré en el día de la tribulación*, como si perteneciese a aquellos que están gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación^[263]. Dice: *para ascender al pueblo de mi peregrinación*^[264], sin duda apartándose del pueblo maligno, de su propio parentesco carnal, que no peregrina en esta tierra ni busca la patria celeste. *Porque la higuera, dice, no dará frutos, y no habrá brotes en las viñas; la cosecha de la oliva defraudará y los campos no producirán alimento. Las ovejas se han apartado del pasto y no quedarán bueyes en los establos*^[265]. Ve que esta nación que iba a matar a Cristo habría de perder la abundancia de riquezas espirituales que, según la costumbre profética, representó mediante la fecundidad terrena. Y ya que aquella nación sufrió tal ira de Dios porque ignorando la justicia de Dios quiso establecer la suya^[266], este dice a continuación: *Pero yo me entusiasmaré en el Señor, me regocijaré en Dios, mi salvador. El señor mi Dios, mi valor, asentará mis pies hasta el fin, me colocará sobre lo más alto para que venza en su cántico*^[267], es decir, en aquel cántico sobre el que se dicen cosas semejantes en el salmo: *Asenté mis pies sobre la piedra y dirigí mis pasos, y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios*^[268]. Por consiguiente él mismo vence en el cántico del Señor, que se complace en su alabanza, no en la propia, para que *quien se gloria se gloríe en el Señor*^[269]. Pero me parecen mejores ciertos códices que contienen *Me regocijaré en Dios, mi Jesús*, que aquellos que, pretendiendo ponerlo en latín, no pusieron el propio nombre que a nosotros nos resulta más grato y dulce nombrar.

33

Jeremías es un profeta de los mayores, como Isaías, no de los menores, como los restantes de cuyos escritos ya cité algunos pasajes. Profetizó durante el reinado de Josías en Jerusalén y de Anco Marcio en Roma^[270], ya estando próximo el cautiverio de los judíos. Por su parte, extendió su profecía hasta el quinto mes de cautiverio, tal y como hallamos en sus escritos^[271]. Y se le añade Sofonías, uno de los menores. Pues también él mismo afirma haber

profetizado en los días de Josías, pero no dice hasta cuándo. Por consiguiente, Jeremías profetizó no solo en los tiempos de Anco Marcio, sino también en los de Tarquinio Prisco, el quinto rey que tuvieron los romanos. En efecto, este mismo, en cuanto se produjo aquel cautiverio, ya había empezado a reinar^[272]. Así pues, Jeremías, profetizando sobre Cristo, dice: *El aliento de nuestra boca, Cristo, el Señor, ha sido apresado en nuestros pecados*^[273], mostrando así brevemente que nuestro señor es Cristo y que padeció por nosotros. Asimismo en otro pasaje dice: *Este es mi Dios, y ningún otro tiene valor ante él; quien encontró todo camino de prudencia y se lo dio a Jacob, su hijo y a Israel, su amado; después de esto se hizo visible en la tierra y conversó con los seres humanos*^[274]. Este testimonio algunos lo atribuyen no a Jeremías, sino a su escriba, que se llamaba Baruc. Pero más habitualmente se atribuye a Jeremías. Finalmente, el mismo profeta dice sobre el mismo asunto: *He aquí que vendrán los días, dice el Señor, y generaré a David un vástago justo y reinará como rey y será sabio e impartirá derecho y justicia sobre la tierra. En aquellos días se salvará Judá e Israel habitará seguro. Y este es el nombre por el que lo llamarán: Señor nuestro justo*^[275]. También sobre la llamada de los gentiles, que había de suceder, y ahora la vemos cumplida, habló de este modo: *Señor Dios mío y refugio mío en el día de los males, a ti vendrán las naciones desde el confín de la tierra y dirán: En verdad nuestros padres rindieron culto a imágenes engañosas, y no hay provecho en ellas*^[276]. Pero el que no habían de reconocerle los judíos, por quienes también convenía que él fuese muerto, así lo señala el profeta: *El corazón es duro sobre todas las cosas, y es hombre y ¿quién lo reconoce*^[277]? De este es también aquello que cité en el libro décimo séptimo sobre la nueva alianza cuyo mediador es Cristo^[278]. Lo cierto es que el propio Jeremías dice: *He aquí que llegan los días, dice el Señor, y consumaré sobre la casa de Jacob una nueva alianza*^[279], y lo restante que allí se lee.

Por otra parte, del profeta Sofonías, que profetizaba con Jeremías, citaré entretanto estas predicciones acerca de Cristo: *Espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección en el futuro. Porque es mi decisión congregar a las naciones y reunir los reinos*^[280]. Y a continuación dice: *Terrible será el Señor contra estos, y aniquilará a todos los dioses de la tierra y el varón le adorará desde su lugar, todas las islas de las naciones*^[281]. Y poco después dice: *Entonces transformaré la lengua de los pueblos y su linaje para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un solo yugo; desde los confines de los ríos de Etiopía me traerán ofrendas. En aquel día <no> sentirás la turbación por todas tus invenciones que impíamente ideaste contra*

mí. Porque entonces eliminaré de ti la depravación de tu ofensa. Y ya no pretenderás ensoberbecerte sobre mi monte santo, y dejaré en ti un pueblo manso y humilde; y sentirán temor del nombre del Señor quienes queden de Israel^[282]. Estos son los restos de los que se profetiza en otro lugar, cosa que el apóstol también recuerda: *Si el número de los hijos de Israel fuese como la arena del mar, sus restos serían salvados*^[283]. Lo cierto es que los restos de aquella nación creyeron en Cristo.

34

Más adelante, en el propio cautiverio de Babilonia, en primer lugar profetizaron Daniel y Ezequiel, ciertamente otros dos de los profetas mayores^[284]. De ellos Daniel determinó incluso el tiempo en el que había de venir y padecer Cristo en el número de años, lo cual resulta largo de demostrar mediante el cálculo y ya ha sido realizado frecuentemente por otros antes de nosotros. Pero sobre su poder y su iglesia habló del siguiente modo: *Veía, dice, en la visión de la noche, y he aquí que con las nubes del cielo estaba viniendo una especie de hijo del hombre, y llegó hasta el anciano de los días y se presentó ante su vista. Y a este mismo se le concedió la primacía, el honor y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas servirán a este mismo. Su potestad es potestad perpetua, que no pasará, y su reino no se corromperá*^[285].

También Ezequiel, significando a Cristo por medio de David según la costumbre profética, porque tomó la carne de la estirpe de David^[286] (a causa de esa forma de esclavo en la que se hizo hombre, también se llama esclavo de Dios al mismo hijo de Dios), lo predice así profetizando en nombre de Dios padre: *Y promoveré para mi rebaño a un único pastor que lo apaciente, mi esclavo David. Y él mismo lo apacentará y él mismo será su pastor. Yo, el Señor, por mi parte, seré su Dios y mi esclavo David el príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado*^[287]. Y en otro pasaje dice: *Y habrá un solo rey gobernando sobre todos; y ya no habrá dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos; ni se contaminarán más en sus ídolos y abominaciones y en todas sus iniquidades. Y los salvaré de todos los lugares en los que pecaron, y los purificaré. Y serán mi pueblo y yo seré su Dios, y mi esclavo David será rey sobre ellos y el único pastor de todos ellos*^[288].

Quedan tres profetas menores, que profetizaron al final del cautiverio: Ageo, Zacarías y Malaquías^[289]. De ellos Ageo profetiza más claramente a Cristo y su iglesia con esta forma abreviada: *Esto dice el Señor de los ejércitos: queda todavía un pequeño espacio de tiempo, y yo sacudiré el cielo y la tierra y el mar y el desierto, y causaré conmoción a todas las naciones y vendrá el deseado por todas las naciones*^[290]. Esta profecía en parte ya se ve completa, en parte se espera que haya de cumplirse al final. En efecto, conmueve el cielo con el testimonio de los ángeles y las estrellas^[291] cuando se encarnó Cristo; conmovió la tierra con el inmenso milagro de su propio nacimiento de una virgen, conmovió el mar y el desierto cuando Cristo es anunciado en las islas y en todo el orbe. Así vemos que todas las naciones se mueven hacia la fe. Y además, lo que sigue: *y vendrá el deseado por todas las naciones*, se espera su última venida. En efecto, para que fuera deseado^[292] por los que lo esperan, antes convino que fuese amado por los que creen.

Zacarías dice sobre Cristo y la iglesia: *Regocíjate sin límite, hija de Sión, estalla en júbilo, hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu rey, justo y salvador. Él en persona, pobre y montando sobre un asno, sobre el pollino hijo de una burra. Y su poder llega desde el mar hasta el mar y desde los ríos hasta los confines de la tierra*^[293]. Cuándo sucedió aquello de que el Señor Cristo se sirvió en su camino de un jumento de tal guisa, se lee en el Evangelio, donde también se recuerda esta profecía en parte, en la medida en que pareció suficiente para ese pasaje^[294]. En otro lugar, dirigiéndose a Cristo mismo en espíritu de profecía sobre la remisión de los pecados por su sangre dice: *Tú también en la sangre de tu alianza hiciste salir a los tuyos cautivos del lago en el que no hay agua*^[295]. Respecto a qué quiere dar a entender por medio de ese lago, pueden darse interpretaciones diversas incluso conforme a la fe recta. Sin embargo, a mí me parece que no hay otro significado mejor que el de la profundidad de la desgracia humana, seca en cierto modo y estéril, donde no hay corrientes de justicia, sino el barro de la iniquidad. Lo cierto es que sobre esto dice también el salmo: *Y me sacó del lago de desgracia y del barro del lodazal*^[296].

Malaquías, al profetizar la iglesia, que vemos propagada por medio de Cristo, dice muy abiertamente a los judíos en nombre de Dios: *No siento complacencia en vosotros, y no tomaré la ofrenda de vuestra mano. En efecto, desde la salida del sol hasta el ocaso grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrificará y se ofrecerá a mi nombre una*

oblación pura. Porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor^[297]. Como nosotros ya vemos que este sacrificio es ofrecido a Dios mediante el sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec en todo lugar desde la salida del sol hasta el ocaso, pero el sacrificio de los judíos, a los cuales se dijo: *No siento complacencia en vosotros, y no tomaré la ofrenda de vuestra mano*, no pueden negar que ha cesado, ¿Por qué^[298] aún esperan otro Cristo, cuando esto que leen profetizado y ven cumplido no pudo cumplirse sino a través de él mismo? Dice poco después de este mismo en nombre de Dios: *Mi alianza con él era de vida y paz, y le concedí que me temiera con reverencia y sintiera veneración ante la presencia de mi nombre. La ley de la verdad se hallaba en su propia boca, dirigiendo en la paz caminó conmigo y desvió a muchos del mal. Porque los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, e indagarán la ley de su boca; porque es el ángel del Dios omnipotente^[299]*. Y no hay que admirarse de que Cristo Jesús sea llamado ángel del Señor omnipotente. En efecto, como se le llama esclavo a causa de la apariencia de esclavo en la que vino a los hombres, así también ángel a causa del Evangelio que anunció a los seres humanos. Pues si traducimos estos términos griegos, Evangelio es buena noticia y ángel mensajero. Lo cierto es que sobre el mismo dice además: *He aquí que enviaré a mi ángel y explorará el camino ante mi rostro; y súbitamente vendrá a su templo el Señor, al que vosotros buscáis, y el ángel de la alianza que vosotros deseáis. He aquí que viene, dice el Señor omnipotente; y ¿quién soportará el día de su venida? ¿Quién resistirá ante su visión^[300]*? En este pasaje se predijeron la primera y la segunda venida de Cristo. La primera, precisamente, de la que afirma: *y súbitamente vendrá a su templo*, es decir, a su carne, de la cual dijo en el Evangelio: *Destruid este templo y en tres días lo resucitaré^[301]*, la segunda, por su parte, donde indica: *He aquí que viene, dice el Señor omnipotente; y ¿quién soportará el día de su venida? ¿Quién resistirá ante su visión?* Y lo que dijo: *el Señor al que vosotros buscáis, y el ángel de la alianza que vosotros deseáis* significó sin duda también que los judíos, conforme a las escrituras que leen, buscan y desean a Cristo. Pero muchos de aquellos no reconocieron que había venido aquel a quien buscaron y desearon, cegados en sus corazones por sus méritos previos. Ciertamente, la alianza que nombra aquí, o más arriba, donde dice: *mi alianza era con él*, o aquí, donde le llama ángel de la alianza, debemos interpretarla fuera de toda duda como la nueva alianza, donde las promesas son eternas, no como la antigua, donde son temporales; teniendo muchos en su debilidad a estas últimas en gran consideración y sirviendo al Dios verdadero por la

recompensa de tales beneficios, se sienten confusos cuando ven que entre ellos abundan los impíos. A causa de ello, el mismo profeta, a fin de distinguir la felicidad eterna de la nueva alianza, que no será concedida excepto a los buenos, de la prosperidad terrena de la antigua, que a menudo les es dada también a los malos, dice: *Endurecisteis vuestras palabras contra mí, dice el Señor, y dijisteis: ¿En qué te hemos hecho menoscabo? Dijisteis: Vano es todo el que sirve a Dios. ¿Y qué provecho obtenemos porque guardamos sus observancias y porque caminamos suplicantes ante el rostro del Señor omnipotente? Y ahora nosotros haremos bienaventurados a los extraños y todos los que cometen iniquidades se recomponen. Fueron contrarios a Dios y fueron salvados. Estas palabras las dirigieron quienes temían a Dios, cada cual a su prójimo; y el Señor prestó atención y escuchó; y escribió un libro de testimonio ante su presencia para aquellos que temen al Señor y respetan su nombre*^[302]. En ese libro está simbolizada la nueva alianza. Escuchemos finalmente lo que sigue: *Y los tendré en propiedad, dice el Señor omnipotente, en el día que hago, y los elegiré como elige el hombre a su hijo que se pone a su servicio. Y os convertiréis y discerniréis entre lo justo y lo injusto, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí que vendrá el día ardiente como un horno y los abrasará, y todos los extranjeros y todos los que cometen iniquidad serán paja, y los incendiará el día que venga, dice el Señor omnipotente. Y no quedará de ellos ni raíz ni sarmiento. Y surgirá para vosotros, que teméis, mi nombre, el sol de justicia, y la salud en sus alas. Y saldréis y saltaréis de gozo como terneros liberados de las ataduras. Y pisotearéis a los inicuos, y serán cenizas bajo vuestros pies en el día en que yo actúo, dice el Señor omnipotente*^[303]. Este es el que se llama día del juicio, del cual hablaremos más prolijamente en su lugar, si Dios quiere.

36

Después de estos tres profetas, Ageo, Zacarías, Malaquías, por el mismo tiempo de la liberación del pueblo de la esclavitud de Babilonia, también escribió Esdrás, que es tenido más por narrador de hechos históricos que por profeta^[304] (como sucede también con el libro que se titula Ester, cuya hazaña para la gloria de Dios no se halla lejos de aquellos tiempos)^[305]; a no ser que quizá deba entenderse que Esdrás profetizó a Cristo en aquel punto en que, al

originarse entre dos jóvenes la discusión sobre qué tenía más valor entre las cosas, después de que uno opinara que los reyes, el otro que el vino, un tercero que las mujeres, que muchas veces mandaban sobre los reyes, sin embargo ese tercero precisamente demostró que la verdad era la vencedora sobre todas las cosas^[306]. Y mediante la consulta del Evangelio conocemos que Cristo es la verdad. A partir de este tiempo, una vez reconstruido el templo, entre los judíos no hubo reyes, sino príncipes, hasta Aristóbulo. El cálculo de sus tiempos no se halla en las escrituras santas que son llamadas canónicas, sino en otras, entre las cuales se encuentran también los libros de los Macabeos, que no tienen por canónicos los judíos, sino la iglesia a causa de las valerosas y admirables pasiones de ciertos mártires que, antes de que viniese Cristo en carne, combatieron hasta la muerte por la ley de Dios y soportaron graves y terribles sufrimientos.

37

Por otra parte, en el tiempo de nuestros profetas, cuyos escritos llegaron al conocimiento de casi todas las naciones, y mucho después de estos, vivieron los filósofos de los gentiles, que también fueron llamados por ese nombre que se inicia a partir de Pitágoras de Samos, que en aquel tiempo en el que fue roto el cautiverio de los judíos comenzó a sobresalir y a ser conocido^[307]. Por consiguiente, se descubre que los restantes filósofos vivieron después de los profetas. Pues el mismísimo Sócrates de Atenas, maestro de todos aquellos que entonces descollaron extraordinariamente, gozando de la primacía en aquella parte que se denomina moral o activa, se encuentra en las crónicas después de Esdrás^[308]. No mucho después también nació Platón, que habría de aventajar en mucho a los restantes discípulos de Sócrates^[309]. Si añadiéramos a estos también los anteriores, que todavía no eran llamados filósofos, a saber, los siete sabios y después los físicos, que sucedieron a Tales imitando su interés en la investigación de la naturaleza de las cosas, concretamente Anaximandro, Anaxímenes y Anaxágoras y algunos otros, antes que Pitágoras fuera declarado el primero de los filósofos^[310]. Ni siquiera aquellos preceden a todos nuestros profetas en antigüedad en el tiempo, puesto que Tales, después del cual vivieron los restantes, se dice que descolló durante el reinado de Rómulo, cuando el río de la profecía brotó de las fuentes de Israel en aquellas escrituras que manaron por todo el orbe. En

consecuencia, únicamente aquellos poetas teólogos, Orfeo, Lino, Museo, y si acaso hubo algún otro entre los griegos, se sitúan en años anteriores a estos profetas hebreos cuyos escritos tenemos por autoridad. Pero tampoco estos mismos precedieron en el tiempo a nuestro verdadero teólogo, Moisés, que predicó verazmente al único Dios verdadero, cuyos escritos ahora son los primeros en la autoridad canónica. Y por esto, en lo que atañe a los griegos, en cuya lengua las letras de este siglo alcanzaron su máxima efervescencia, no tienen ningún motivo por el que jactarse de su sabiduría por el cual parezca más antigua que nuestra religión, donde se halla la verdadera sabiduría, si no superior. Pero, lo cual debe reconocerse, no precisamente en Grecia, sino en pueblos bárbaros, como Egipto, ya había existido antes de Moisés cierta doctrina, que podría llamarse su sabiduría. De otro modo, no hubiese sido escrito en los libros santos que Moisés había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios^[311], precisamente cuando nació allí y fue adoptado y criado por la hija del faraón, e incluso educado en las artes liberales. Pero tampoco la sabiduría de los egipcios pudo preceder en el tiempo a la sabiduría de nuestros profetas, puesto que también Abraham fue profeta^[312]. Por otra parte, ¿qué sabiduría pudo existir en Egipto antes que Isis, que consideraron que debían adorar como a una gran diosa una vez muerta, les entregase las letras? En definitiva, según la tradición, Isis fue hija de Ínaco, el primero que comenzó a reinar sobre los argivos, cuando se descubre que ya habían nacido los nietos de Abraham^[313].

Por otra parte, si me remontase a tiempos mucho más antiguos, antes incluso de aquel gran diluvio vivía ciertamente nuestro patriarca Noé, al que también podría llamar profeta no de forma inmerecida. Porque la propia arca que construyó y en la cual se salvó con los suyos, fue una profecía de nuestros tiempos. Y en cuanto a Enoc, el séptimo desde Adán, ¿acaso no se constata en la escritura canónica del apóstol Judas que había profetizado^[314]? El hecho de que sus escritos no estén autorizados ni entre los judíos ni entre nosotros se debe a su extrema antigüedad, a causa de la cual parecía que debían ser considerados sospechosos de presentar hechos falsos por verdaderos^[315]. Pues también se muestran algunos escritos respecto a los cuales afirman que pertenecen a aquellos mismos quienes, según su propio criterio, creen indiscriminadamente lo que quieren. Pero esa pureza del canon no los admite, no porque repruebe la autoridad de aquellos hombres que complacieron a Dios, sino porque se cree que estos escritos no les pertenecen. Y no debe parecer extraño que se consideren sospechosos los que se presentan bajo el nombre de tan gran antigüedad. Porque en la propia historia de los reyes de Judá y de los reyes de Israel, que contiene las hazañas respecto a las cuales creemos a la escritura canónica, se traen a la memoria muchas que no se exponen allí y se dice que se encuentran en otros libros que escribieron los profetas, y en alguna parte incluso no se omiten los nombres de estos profetas^[316], y, sin embargo, no se hallan en el canon que recibió el pueblo de Dios. La causa de este hecho se me oculta, lo confieso, excepto que, a mi modo de ver, también estos mismos a quienes el Espíritu Santo ciertamente realizaba aquellas revelaciones que debían hallarse en la autoridad de la religión pudieron poner por escrito unas como seres humanos con rigor histórico, otras como profetas por inspiración divina, y que estas se han distinguido de tal modo que se juzgase que aquellas les debían ser atribuidas como propias, estas en cambio a Dios, que habla a través de ellos, y así aquellas pertenecerían a la fecundidad del conocimiento, estas a la autoridad de la religión, autoridad bajo la cual es custodiado el canon, al margen del cual, si se presentan también algunos escritos bajo el nombre de auténticos profetas, tampoco tienen valor para el propio acopio de conocimientos porque resulta incierto si son de aquellos de los que se dice que son. Y, por este

motivo, no se tiene fe en ellos, especialmente en aquellos en los cuales incluso se leen algunos puntos contrarios a la fe de los libros canónicos, a causa de lo cual se hace patente que estos no les pertenecen en absoluto.

39

No debe creerse, como sostienen algunos, que solamente la lengua hebrea había sido conservada por medio de aquel que se llamaba Heber, de donde procede el nombre de los hebreos^[317], y que de allí había llegado hasta Abraham, pero las letras hebreas tuvieron su origen a partir de la ley que fue otorgada por medio de Moisés, sino que más bien esta famosa lengua fue preservada por aquella sucesión de patriarcas junto con sus letras. En definitiva, Moisés instituyó en el pueblo a quienes estuviesen a cargo de la enseñanza de las letras, antes que conocieran ninguna letra de la ley divina. A estos la escritura los llama γραμματοεισαγωγούς, que en latín pueden denominarse iniciadores o introductores de las letras, porque las inician, es decir, las introducen, por decirlo de algún modo, en los corazones de los que las aprenden, o más bien introducen en ellas a aquellos mismos que las aprenden. Consecuentemente, ninguna nación se jacte con vanidad alguna de la antigüedad de su sabiduría por encima de nuestros patriarcas y profetas, en quienes residía la sabiduría divina, cuando se descubre que ni Egipto, que suele vanagloriarse falsa y vanamente de la antigüedad de sus conocimientos aventajó en su tiempo con su sabiduría, cualquiera que sea, la sabiduría de nuestros patriarcas. En efecto, nadie se atreverá a afirmar que ellos fueron expertísimos en disciplinas dignas de admiración, antes de que conocieran las letras, es decir, antes de que Isis llegase y las enseñase allí. Finalmente esa misma doctrina suya tan memorable a la que se llama sabiduría ¿en qué consistía sino sobre todo en astronomía y si acaso en alguna otra de tales disciplinas que suelen servir más para ejercitarlos ingenios que para iluminar las mentes con verdadera sabiduría? Pues en lo que respecta a la filosofía, que reivindica enseñar algo por medio de lo cual los seres humanos alcancen la felicidad, en torno a los tiempos de Mercurio, al que llamaron Trismegisto^[318], en aquellas tierras florecieron estudios de tal índole, mucho tiempo antes que los sabios o filósofos de Grecia, pero sin embargo después de Abraham, Isaac, Jacob y José, ciertamente incluso después del propio Moisés. Lo cierto es que en aquel tiempo en el que nació Moisés se descubre

que vivió Atlas^[319], aquel gran astrólogo, hermano de Prometeo, abuelo materno de Mercurio el mayor, cuyo nieto fue ese Mercurio Trismegisto.

40

En consecuencia, algunos con vanísima presunción desbarran inútilmente afirmando que se cuentan más de cien mil años desde que Egipto domina la astronomía. Efectivamente, ¿En qué libros recogieron este número quienes aprendieron las letras no hace mucho más de dos mil años con Isis como maestra? Pues no es una autoridad menor en historia Varrón, que nos transmitió esta noticia, que no está en contradicción con la verdad de las letras divinas^[320]. En efecto, si no se habían cumplido todavía seis mil años desde el mismísimo primer hombre, que fue llamado Adán, ¿cómo no han de ser objeto de burla antes que de refutación quienes intentan persuadirnos de ideas tan peregrinas y contrarias a esta verdad cierta sobre los periodos de tiempo? ¿A quién que relate los hechos pasados creemos preferentemente sino a aquel que también ha predicho los acontecimientos futuros que ya vemos cumplidos en el presente? Pues la propia discrepancia de los historiadores entre sí nos ofrece el argumento para que hayamos de creer más bien a aquel que no se opone a la historia divina que poseemos. Ahora bien, los ciudadanos de la ciudad impía, desparramados por las tierras por doquier, cuando leen a los hombres más eruditos, cuya autoridad en nada parece despreciable, discrepando entre sí acerca de los hechos más alejados de la memoria de nuestro tiempo, no hallan a quién deben creer preferentemente. Nosotros, en cambio, apoyados en la autoridad divina en la historia de nuestra religión, no dudamos que es falsísima cualquier cosa que se le oponga, de cualquier modo que se consideren las restantes cuestiones en las letras seculares, que, ya sean verdaderas o falsas, no aportan nada de interés para que vivamos recta y felizmente.

41

Por otra parte, a fin de dejar al margen el conocimiento de la historia, los propios filósofos, desde quienes hemos avanzado hasta estas cuestiones, que

no parecen haberse afanado en sus estudios sino para encontrar cómo se debe vivir de manera conveniente para alcanzar la felicidad, ¿por qué discreparon también los discípulos de los maestros, y los condiscípulos entre sí, sino porque buscaron estos bienes como seres humanos, con sentimientos humanos y razonamientos humanos? Aunque allí podría hallarse también el deseo de gloria por el que cada uno aspira a parecer más sabio y más perspicaz que el otro, y no adherido a una opinión ajena, por así decirlo, sino descubridor de su doctrina y opinión, sin embargo, para conceder que hubo algunos o incluso muchos de ellos a los que el amor a la verdad apartó de sus maestros o compañeros de estudio, hasta el punto de combatir por lo que creían la verdad, ya lo fuese o no, ¿qué propósito tiene, o adónde o por dónde se extiende la infelicidad humana para llegar a la felicidad, si no la guía la autoridad divina? En fin, lejos esté de nuestros autores, en los cuales no en vano se conforma y se delimita el canon de las letras sagradas, disenter entre sí en alguna cuestión. De ahí que no sin motivo, cuando escribieron aquello, no unos pocos charlatanes en las polémicas discusiones en escuelas y gimnasios, sino tantos y tan numerosos pueblos en campos y ciudades con personas doctas e iletradas creyeron que Dios les había hablado a ellos o había hablado a través de ellos. Sin duda, estos mismos debieron ser pocos, para que no se depreciase por la multitud lo que convenía que fuera valioso por la religión; y, sin embargo, no eran tan pocos que su consenso no resultase digno de admiración. Efectivamente, tampoco en la multitud de los filósofos que mediante su actividad literaria legaron asimismo testimonios escritos de sus doctrinas, se hallara fácilmente quienes estuvieran de acuerdo entre ellos en todas las opiniones que sostuvieron. Demostrarlo en esta obra sería largo.

Por otra parte, ¿qué fundador de cualquier secta en esta ciudad de los demonios ha alcanzado tal aceptación que los restantes, que sostuvieron opiniones diferentes y contrarias, quedaran desautorizados? ¿Acaso en Atenas no florecían tanto los epicúreos, que afirmaban que los asuntos humanos no concernían a los dioses, como los estoicos, que, opinando lo contrario, sostenían que ellos eran regidos y defendidos por la ayuda y la tutela de los dioses? Por ello me admiro de que Anaxágoras hubiese sido llevado a juicio porque dijo que el sol era una piedra ardiente, negando ciertamente que fuera un dios^[321], cuando en esa misma ciudad floreció en la gloria y vivió seguro Epicuro, que no solo no creía que el sol o ningún astro fuese un dios, sino que sostenía que tampoco Júpiter ni ninguno de los dioses en absoluto habitaban el mundo, de forma que le llegasen las peticiones y las súplicas de los seres

humanos. ¿Acaso allí Aristipo, que situaba el bien supremo en el placer del cuerpo, allí Antístenes^[322], que aseveraba que el ser humano se hacía feliz más bien mediante la virtud del espíritu, dos filósofos ilustres y ambos socráticos, que situaban el objetivo supremo de la vida en fines tan diversos y contrarios entre sí, de los cuales incluso aquel decía que el sabio debía huir de la política, este que debía administrar el Estado, no reunían cada uno sus discípulos para que frecuentaran su escuela? Por supuesto, abiertamente en un pórtico concurrido y conocidísimo, en gimnasios, en jardincillos, en lugares públicos y privados disputaban en grupos cada cual en defensa de su opinión, unos afirmando que existía un solo mundo, otros que innumerables; por su parte, unos que ese único había tenido un origen, otros en cambio que no había tenido comienzo; unos que había de desaparecer, otros que siempre existiría; unos que era regido por la inteligencia divina, otros que fortuitamente y por azar; unos que las almas eran inmortales, otros mortales; y entre quienes creían que eran inmortales, unos que retornaban a animales, otros que de ningún modo; pero entre quienes creían que eran mortales, unos que perecían apenas después que el cuerpo, otros que también vivían después, poco o mucho, sin embargo no siempre; otros, estableciendo en el cuerpo el fin del bien, otros en el espíritu, otros en uno y otro, otros añadiendo al espíritu y el cuerpo también los bienes externos; unos considerando que se debe confiar siempre en los sentidos del cuerpo, otros que no siempre, otros que nunca^[323]. Estas y otras prácticamente innumerables disensiones entre filósofos ¿qué pueblo, qué senado, qué poder o autoridad pública de la ciudad impía se ha preocupado jamás de que unas hubieran de ser aprobadas y aceptadas, otras desaprobadas y rechazadas, y no tuvo por doquier en su seno sin ningún criterio y en medio de la confusión tantas controversias de hombres que discrepan, no sobre terrenos y viviendas o cualquier otra cuestión económica, sino sobre aquellos principios por los que se vive desgraciada o felizmente? Donde, aunque se decían algunas verdades, con idéntica libertad se afirmaban también falsedades, en una palabra, hasta el punto de que no sin razón semejante ciudad recibiera el nombre místico de Babilonia. Lo cierto es que Babilonia se traduce como confusión, cosa que recordamos haber comentado ya^[324]. Y no le importa al Diablo, su rey, cuán contrarios son los errores que les llevan a disputar entre sí, que él posee igualmente en razón de su mucha y variada impiedad.

Por el contrario, aquella nación, aquel pueblo, aquella ciudad, aquel estado, aquellos israelitas a quienes fueron confiadas las palabras de Dios, de ningún modo confundieron a los pseudoprofetos con los profetas verdaderos

con idéntica licencia, sino que los que eran concordes entre sí y no discrepaban en ningún punto eran reconocidos y considerados por aquellos como autoridades veraces de las letras sagradas. Estos eran para ellos filósofos, es decir, amantes de la sabiduría, estos mismos sabios, estos mismos teólogos, estos mismos profetas, estos mismos maestros de honradez y religiosidad. Cualquiera que ha pensado y ha vivido conforme a aquellos, ha pensado y ha vivido no conforme a los seres humanos, sino conforme a Dios, que habló a través de ellos. Si allí ha sido prohibido el sacrilegio, Dios lo prohibió. Si se ha dicho: *Honra a tu padre y a tu madre*^[325], Dios lo ordenó. Si se ha dicho: *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás*^[326] y los restantes mandamientos de esa índole, no los pronunciaron bocas humanas, sino oráculos divinos. Aquellas nociones que algunos filósofos, entre las falsedades que sostuvieron, pudieron ver como verdaderas y se esforzaron en demostrar en laboriosas discusiones, que este mundo lo hizo Dios y que él en persona lo administra con su inmensa providencia, sobre la honestidad de las virtudes, sobre el amor a la patria, sobre la lealtad de la amistad, sobre las buenas acciones y todas las cuestiones pertinentes a las costumbres honestas, aunque sin saber a qué finalidad debían ser referidas todas ellas y de qué forma, mediante las voces proféticas, es decir, divinas, aunque por medio de hombres, en esta ciudad han sido encomendadas al pueblo, no inculcadas mediante debates argumentales, para que quien las conociese no temiese despreciar la inteligencia de los seres humanos sino la palabra de Dios.

42

También uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto, deseó conocer y poseer estas escrituras sagradas. En efecto, después del asombrosísimo y poco duradero poderío de Alejandro de Macedonia, que también recibió el sobrenombre de El grande, bajo el cual había sometido toda Asia, en realidad casi todo el orbe, en parte por la fuerza y por las armas, en parte por medio del terror (puesto que entre los restantes pueblos de oriente también conquistó Judea después de haberla invadido), una vez muerto este, sus generales, no habiéndose repartido entre ellos aquel extensísimo reino con la intención de poseerlo de forma pacífica, sino más bien habiéndolo disuelto dispuestos a devastarlo todo con las guerras, Egipto comenzó a tener a los Ptolomeos como reyes. El primero de ellos, el hijo de Lago, trasladó a muchos

prisioneros de Judea a Egipto^[327]. Por otra parte, otro Ptolomeo, que recibió el sobrenombre de Filadelfo^[328], cuando le sucedió, permitió regresar libres a todos los que aquel había llevado sometidos. Además, incluso envió dones regios al templo de Dios y pidió a Eleazar^[329], entonces sumo sacerdote, que le fueran entregadas las escrituras, cuyo carácter divino conocía de oídas sin duda a través de la fama que lo pregonaba, y, por ello, había deseado conservarlas en la famosísima biblioteca que había creado. Después que las hubo enviado el sumo sacerdote en lengua hebrea, a continuación aquel solicitó asimismo traductores. Y le fueron dados setenta y dos, seis hombres de cada una de las doce tribus, expertísimos en una y otra lengua, a saber, la hebrea y la griega, cuya traducción la costumbre ya ha logrado que se denomine de los Setenta. Cuenta la tradición que el consenso en sus palabras fue tan admirable y asombroso, y completamente divino que, aunque cada uno se sentó por separado para esta tarea (pues así agradó a Ptolomeo examinar su fidelidad), no discreparon uno de otro en ninguna palabra que significase lo mismo y que tuviera el mismo valor, o en el orden de palabras, sino que como si fuese un solo traductor, así era solo una la traducción que todos realizaron, porque en verdad en todos ellos había un solo espíritu^[330]. Y por esto habían recibido un don de Dios tan admirable que se hizo valer la autoridad de aquellas escrituras de este modo también, no como si fueran humanas, sino como si fuesen divinas, la cual había de beneficiar a las naciones que algún día habrían de creer, cosa que ya vemos cumplida.

43

En efecto, aunque hubo también otros traductores que trasladaron de la lengua hebrea a la griega aquellas palabras sagradas, como Aquila, Símaco, Teodoción, como también existe aquella traducción cuyo autor no consta, y, por ello, se denomina quinta versión sin el nombre del traductor, sin embargo, la iglesia acepta esta, que es la de los Setenta, como si fuese la única, y de ella se sirven los pueblos cristianos griegos, la mayoría de los cuales ignoran si exista alguna otra. De esta versión de los Setenta también se ha traducido a la lengua latina el texto que adoptan las iglesias cristianas^[331]. Aunque no faltó en nuestros tiempos un presbítero, Jerónimo, hombre eruditísimo y experto en las tres lenguas, que no vertió las mismas escrituras al latín desde el griego, sino desde el hebreo. Pero aunque los judíos confiesen que su trabajo, tan

erudito, es fiel, y sostengan en cambio que los setenta traductores erraron en muchos aspectos, sin embargo las iglesias de Cristo juzgan que ninguno debe ser preferido a la autoridad de tantos hombres elegidos para tan gran obra por Eleazar, entonces sumo sacerdote. Porque, aunque en ellos no se hubiese manifestado un solo espíritu, divino sin duda, sino que los setenta eruditos hubiesen cotejado entre sí las palabras de su traducción según la costumbre de los hombres, de modo que se mantuviese aquello que complaciese a todos, ningún traductor individual debió anteponerse a aquellos. Pero cuando se ha hecho patente en ellos una señal tan evidente de la divinidad, sin duda cualquier otro traductor de aquellas escrituras de la lengua hebrea a cualquier otra es fiel o coincidió con aquellos setenta traductores o, si parece que no coincide, debe creerse que allí existe profundidad profética. En efecto, el espíritu que residía en los profetas cuando realizaron aquellas predicciones era el mismo precisamente también en los Setenta cuando las tradujeron. Este ciertamente pudo incluso por la autoridad divina utilizar otra expresión como si el profeta hubiese empleado ambas porque el mismo espíritu utilizó una y otra, y la misma idea de distinto modo, de manera que si no las mismas palabras, se hiciera visible sin embargo el mismo sentido a los buenos entendedores. Y pudo omitir un aspecto y añadir otro, para que también a partir de ello se mostrase que en aquella obra no existió la servidumbre humana que el traductor debía a las palabras, sino más bien la potestad divina que llenaba la mente y gobernaba la del traductor. Por otra parte, algunos juzgaron que los códigos griegos de la traducción de los Setenta debían ser enmendados a partir de los códigos hebreos. Sin embargo, no se atrevieron a eliminar lo que los hebreos no incluían y los Setenta incorporaron, sino que solamente añadieron aquello que, hallado en los hebreos, no aparecía en los Setenta, y lo anotaron a la cabeza de los mismos versículos mediante algunos signos trazados a modo de estrellas, signos que denominan asteriscos. En cambio, aquello que no incluyen los hebreos pero incluyen los Setenta, de igual modo lo señalaron a la cabeza de los versículos mediante trazos horizontales, como se representan las onzas^[332]. Y se han difundido por todas partes muchos códigos, incluso latinos, que poseen estas anotaciones. Por otra parte, lo que no ha sido omitido o añadido, sino dicho de otro modo, ya ofrezca otro sentido que tampoco sea incompatible con el anterior, ya se muestre que expresa el mismo sentido de otra forma, no puede descubrirse sino mediante el cotejo de ambos códigos^[333]. Por consiguiente, si, como conviene, no contemplamos ningún otro aspecto en aquellas escrituras excepto qué había dicho Dios por medio de los hombres, todo lo que se

encuentra en los códigos hebreos y no se halla en los setenta traductores, el Espíritu de Dios no quiso expresarlo por medio de estos, sino por aquellos profetas. Pero todo lo que se halla en los Setenta pero no está en los códigos hebreos, el mismo Espíritu de Dios prefirió decirlo por medio de estos que de aquellos, mostrando así que unos y otros fueron profetas. En efecto, de este modo, como quiso, dijo unas cosas por medio de Isaías, otras por medio de Jeremías, otras por uno u otro profeta, o las mismas de distinta manera por este y por aquel. Finalmente, todo lo que se encuentra en unos y otros quiso que lo expresara por medio de unos y otros el único e idéntico espíritu. Pero del mismo modo que aquellos precedían en la actividad profética, estos continuaban traduciéndonlos proféticamente, ya que como en aquellos que pronunciaban palabras verdaderas y coherentes hubo un único espíritu de paz, así también en estos sin consultarse entre ellos, y, sin embargo, traduciéndonlo todo como con una sola voz, se hizo visible el mismo único espíritu.

44

Pero alguien dice: «¿Cómo puedo saber qué dijo el profeta Jonás a los ninivitas, si *Tres días, y Nínive será destruida*, o *Cuarenta días*^[334]?». En efecto, ¿quién no es capaz de ver que ambas afirmaciones no pudieron ser realizadas entonces por el profeta, que había sido enviado para aterrorizar a la ciudad con la amenaza de una inminente destrucción? Si a esta la destrucción le había de venir al tercer día, no iba a hacerlo al cuadragésimo; pero si al cuadragésimo, no ciertamente al tercero. Por consiguiente, si se me pregunta cuál de estas cosas dijo Jonás, pienso que más bien lo que se lee en el hebreo: *Cuarenta días, y Nínive será destruida*. Lo cierto es que los Setenta, que realizaron su traducción mucho después, pudieron decir otra cosa que, sin embargo, fuera pertinente para la cuestión y que coincidiese en un solo e idéntico sentido, aunque bajo otro significante, y advirtiese al lector de que, sin despreciar una y otra autoridad, se abstrajese de la historia para buscar aquellas realidades con el propósito de cuya simbolización fue escrita la propia historia. Lo cierto es que estos hechos sucedieron en la ciudad de Nínive, pero también tuvieron un sentido que sobrepasa la dimensión de aquella ciudad. Como sucedió que el propio profeta estuvo tres días en el vientre de la ballena^[335] y, sin embargo, significó que otro, que es el Señor de todos los profetas, iba a estar tres días en las profundidades del infierno^[336].

Por lo cual, si por medio de aquella ciudad se interpreta correctamente la iglesia de los gentiles, simbolizada proféticamente, destruida sin duda por la penitencia, hasta el punto de que ya no fuese cual había sido, puesto que esto fue llevado a cabo por medio de Cristo en la iglesia de los gentiles, cuya representación portaba aquella Nínive, el mismísimo Cristo es simbolizado ya por cuarenta días ya por tres; por cuarenta, evidentemente, porque pasó ese número de días con sus discípulos tras la resurrección y ascendió al cielo, por tres, en cambio, porque resucitó al tercer día. Como si al lector, que no deseaba otra cosa sino adherirse al relato histórico de los acontecimientos, los setenta traductores e igualmente los profetas lo despertasen de su sueño para examinar la profundidad de la profecía y en cierto modo le dijeran: «En los cuarenta días busca al mismo en el cual también podrías encontrar los tres días». Por causa de ello, pudo significarse de forma muy conveniente mediante uno y otro número, de los cuales uno a través del profeta Jonás, el otro por la profecía de los setenta traductores, fueron expresados sin embargo por un único e idéntico espíritu. Huyo de la prolijidad, a fin de no demostrar mediante demasiadas palabras aquello en lo que se juzga que los setenta traductores discrepan de la verdad hebraica y que, si se les comprende bien, se descubre que concuerdan. De ahí que también yo, siguiendo las huellas de los apóstoles conforme a mi capacidad, ya que también ellos mismos expusieron testimonios proféticos de unos y otros, es decir, de los hebreos y de los Setenta, consideré que era necesario servirse de una y otra autoridad, puesto que ambas son una sola y divina. Pero expongamos ya lo que resta, en la medida de nuestras posibilidades.

45

Después que la nación judía empezó a no tener profetas, lejos de toda duda empeoró, precisamente en aquel tiempo en el que se esperaba que, una vez restaurado el templo después del cautiverio que se produjo en Babilonia, iba a mejorar. Lo cierto es que así entendía aquel pueblo carnal lo que fue anunciado por medio del profeta Ageo, que decía: *Grande será la gloria de esta última morada, más que la de la primera*^[337]; cosa que demostró un poco más arriba que había dicho sobre el Nuevo Testamento, cuando dice prometiendo abiertamente a Cristo: *Y moveré a todas las naciones y vendrá el deseado por todas las naciones*^[338]. En este lugar los setenta traductores, con

autoridad profética, propusieron otro sentido más adecuado al cuerpo que a la cabeza, es decir, más a la iglesia que a Cristo: *Vendrán las que son las elegidas del Señor entre todas las naciones*, es decir, los seres humanos, de los cuales el propio Jesús en el Evangelio dice: *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*^[339]. En efecto, con tales elegidos entre las naciones se edifica por la nueva alianza la casa de Dios con piedras vivas, mucho más gloriosa de lo que lo fue aquel templo que fue construido por el rey Salomón y restaurado tras el cautiverio. Por consiguiente, por este motivo aquella nación no tuvo profetas desde aquel tiempo y fue afligida por muchas desgracias a manos de reyes extranjeros y de los propios romanos, para que no se pensase que esta profecía de Ageo se había cumplido en aquella restauración del templo.

En efecto, no mucho después, fue sometida con la llegada de Alejandro, cuando, aunque no se produjo ninguna devastación, puesto que aquellos no se atrevieron a resistir y, por ello, tras ser sometidos con gran facilidad lo recibieron con buena disposición, sin embargo la gloria de aquella casa no era tan grande cuanto lo fue en la libre potestad de sus reyes. Ciertamente, Alejandro inmoló víctimas en el templo de Dios, no por haberse convertido a su culto por verdadera piedad, sino pensando con impía vanidad que se debía rendir culto a este con los dioses falsos. Después Ptolomeo, hijo de Lago, hecho que recordé anteriormente, después de la muerte de Alejandro trasladó a los cautivos desde allí a Egipto, a los cuales su sucesor, Ptolomeo Filadelfo, con gran benevolencia permitió regresar de allí. Gracias a este sucedió lo que he relatado poco antes, que dispongamos del texto de las escrituras de los setenta traductores. Después se vieron abatidos por las guerras que se exponen en los libros de los Macabeos. Tras las mismas, fueron hechos prisioneros por el rey de Alejandría, Ptolomeo, que recibió el sobrenombre de Epífanes^[340]. De ahí se vieron obligados por el rey Antíoco de Siria^[341] a rendir culto a los ídolos mediante abundantes y gravísimas coacciones, y el mismo templo se llenó de las sacrílegas supersticiones de los gentiles, que no obstante Judas, su valerosísimo caudillo, que también es llamado Macabeo, purificó de toda aquella contaminación de la idolatría, una vez expulsados los generales de Antíoco^[342].

Pero no mucho después un tal Alcimo por ambición fue nombrado sumo sacerdote, aun siendo ajeno a la casta sacerdotal, lo cual constituía un sacrilegio^[343]. A partir de ahí, ya después de casi cincuenta años en los cuales, sin embargo, no tuvieron paz, aunque llevaron a cabo algunas acciones incluso prósperamente, Aristóbulo, el primero entre ellos, una vez

tomada la diadema, fue nombrado rey y sumo sacerdote^[344]. Lo cierto es que antes, desde que fueron devueltos del cautiverio de Babilonia y fue reinstaurado el templo, no tuvieron reyes, sino caudillos o príncipes. Aunque también quien es rey puede ser llamado príncipe por la primacía de gobernar, y caudillo por ser conductor del ejército. Pero no de forma inmediata cualesquiera que son príncipes o caudillos pueden ser llamados también reyes, como fue ese Aristóbulo. A este le sucedió Alejandro, él mismo también rey y sumo sacerdote, del que cuenta la tradición que gobernó con crueldad sobre los suyos^[345]. Después de este su esposa Alejandra fue reina de los judíos, a partir de cuya época en lo sucesivo a estos les persiguieron males más graves. Lo cierto es que los hijos de esta Alejandra, Aristóbulo e Hircano, en su lucha por el poder, provocaron a las fuerzas romanas contra el pueblo de Israel. En efecto, Hircano les pidió ayuda contra su hermano^[346]. Entonces Roma ya había sometido África, había sometido Grecia, y extendiendo su dominio también en otras partes del orbe, como si ella misma, no siendo capaz de sostenerse a sí misma, se hubiera quebrantado en cierto modo por su grandeza. Lo cierto es que había llegado a graves sediciones internas y de allí a guerras contra sus aliados y después civiles, y hasta tal extremo se había debilitado y quebrantado que resultaba inminente la transformación del régimen republicano en un gobierno por medio de reyes. Consecuentemente, Pompeyo, famosísimo líder del pueblo romano, entrando con su ejército en Judea tomó la ciudad, abrió el templo, no por la devoción del suplicante, sino por el derecho del vencedor, y accedió al sanctasanctórum, donde no era lícito entrar sino al sumo sacerdote, no como adorador, sino como profanador^[347]. Confirmado el sumo sacerdocio de Hircano e impuesto Antípatro al pueblo sometido como guardián, de los que entonces llamaban procuradores, condujo consigo a Aristóbulo encadenado^[348]. A partir de aquel los judíos también comenzaron a ser tributarios de los romanos. Después Casio también expolió el templo. A continuación, después de pocos años incluso merecieron tener un rey extranjero, Herodes, durante cuyo reinado nació Cristo. Efectivamente, ya había llegado la plenitud del tiempo significada con espíritu profético por boca del patriarca Job, cuando dice: *No faltará un príncipe de Judá y un general de sus muslos hasta que llegue lo que se le ha reservado; y él mismo será la esperanza de las naciones*^[349]. Así pues, no faltó un príncipe de los judíos hasta ese Herodes, el primer rey extranjero que adoptaron. Por consiguiente, ya era el tiempo de que viniera aquel en quien se había depositado lo que se prometió en el Nuevo Testamento, que él mismo sería la esperanza de las naciones. Pero no podía suceder que las naciones esperasen

que este viniera, así como observamos que este es esperado para que venga a emitir su juicio en el esplendor de su poder, a no ser que primero creyeran en él cuando viene a sufrir el juicio en la humildad de la paciencia.

46

En el reinado de Herodes en Judea, pero ya sustituido entre los romanos el sistema republicano durante el gobierno de César Augusto y pacificado el orbe gracias a él, nació Cristo conforme a la profecía precedente en Belén de Judá^[350], hombre visible de una virgen humana, Dios oculto de Dios Padre. En efecto, así había predicho el profeta: *He aquí que una virgen concebirá en sus entrañas y dará a luz un hijo y lo llamarán con su nombre Emanuel, que se traduce «Dios con nosotros»*^[351]. Este, para resaltar a Dios en sí mismo, realizó muchos milagros, de los cuales algunos, cuanto ha parecido que era suficiente para darlo a conocer, los contiene la escritura evangélica. El primero de estos es su nacimiento de un modo tan asombroso; el último, por su parte, su subida al cielo con su cuerpo resucitado de los muertos. Pero los judíos, que lo mataron y no quisieron creer en él, porque convenía que muriera y resucitase, deplorablemente arrasados por los romanos y dispersados de su reino, donde los extranjeros ya ejercían su dominio sobre ellos, erradicados y diseminados por las tierras (porque no faltan en ningún lugar), por medio de sus escrituras nos sirven de testimonio de que nosotros no nos habíamos inventado las profecías sobre Cristo que, al examinarlas, muchos de ellos creyeron en él antes de la pasión y, especialmente, después de su resurrección. Sobre estos se había predicho: *Si fuese el número de los hijos de Israel como la arena del mar, se salvarían los restos*^[352]. Pero quedaron cegados los restantes, de los cuales fue predicho: *Que su mesa se torne en una trampa ante su vista como pago y escándalo. Que se oscurezcan sus ojos para que no vean; y su espalda siempre curvada*^[353]. Por tanto, cuando no creen en nuestras escrituras, se cumplen en ellos las tuyas, que leen ciegos. A no ser que se diera la circunstancia de que alguien llegara a decir que los cristianos inventaron aquellas profecías sobre Cristo que son citadas bajo el nombre de la Sibila o de otros, si existen algunas que no pertenecen al pueblo de los judíos. A nosotros ciertamente nos bastan aquellas que son obtenidas de los libros de nuestros enemigos, a los que reconocemos a causa de este testimonio que nos ofrecen contra su voluntad poseyendo y

conservando esos mismos libros, que también ellos mismos están dispersos por todas las naciones, por todos los lugares por los que la iglesia de Cristo se extiende. Pues en los salmos, que también leen, ha sido enunciada una profecía sobre esta cuestión donde está escrito: *mi Dios, por su misericordia me prevendrá, mi Dios me mostrará en mis enemigos: no los mates por si alguna vez olvidan tu ley, dispérsalos en tu virtud*^[354]. Por consiguiente, Dios mostró a la iglesia en sus enemigos, los judíos, la gracia de su misericordia, puesto que, así como dice el apóstol, *su delito es la salvación de los gentiles*^[355]; y, por ello, no los mató, es decir, no destruyó en ellos su condición de judíos, aunque fuesen vencidos y oprimidos por los romanos, para que, olvidándose de la ley de Dios, no dejasen de servir como testimonio para esta cuestión de la que tratamos. Por ello, no fue suficiente que dijera: *no los mates, por si alguna vez olvidan tu ley*, si no añadiera después: *dispérsalos*; puesto que si con ese testimonio de las escrituras hubiesen habitado solamente en su tierra y no por doquier, sin duda la iglesia, que está en todas partes, no hubiese podido tener a estos en todas las naciones como testimonios de las profecías que se habían pronunciado sobre Cristo.

47

Por este motivo, si llega o llegara a nuestro conocimiento cualquier extranjero, es decir, no originario de Israel y no incluido en el canon de las letras sagradas, del que se lee que ha realizado alguna profecía sobre Cristo, puede ser citado como apoyo. Y no porque sea imprescindible, si falta, sino porque no resulta inconsecuente creer que hubo también en otras naciones hombres a los cuales les fue revelado este misterio y que también se sintieron impulsados a anunciarlo, ya fuesen partícipes de esta misma gracia, ya estuvieran privados de ella, pero fueron adoctrinados por los ángeles malos, que sabemos que también reconocieron a Cristo presente, al que los judíos no admitían^[356]. Y no creo que los propios judíos se atrevieran a sostener que nadie estuviera vinculado a Dios excepto los israelitas, a partir de cuya estirpe comenzó a existir Israel, una vez reprobado su hermano mayor. Pues en verdad no hubo ningún otro pueblo que se llamase propiamente pueblo de Dios, pero no pueden negar que ha habido también en otras naciones algunas personas pertenecientes no por una asociación terrena, sino celeste, a los verdaderos israelitas, ciudadanos de la patria celeste; porque, si lo niegan, son

refutados muy fácilmente en el caso de Job, varón santo y digno de admiración, que ni fue oriundo ni prosélito, es decir, forastero del pueblo de Israel, sino que portando el linaje de la nación idumea, nació allí y allí mismo murió. Este hasta tal punto es alabado por la palabra divina que, en lo que respecta a la justicia y a la religiosidad, ningún hombre de su tiempo se le equipara^[357]. A pesar de que no hallemos estos tiempos suyos en las crónicas, sin embargo, dedujimos de su libro, que los israelitas incluyeron en la autoridad canónica por su mérito, que fue posterior en tres generaciones a Israel. Y no dudo que fue dispuesto por la providencia divina que supiéramos a partir de este único hecho que también pudieron existir entre otras naciones quienes vivieran conforme a Dios y le complacieran, perteneciendo a la Jerusalén espiritual. Lo cual no debe creerse que le fuera concedido a nadie sino a quien le fue revelado por la voluntad divina el único mediador entre Dios y los seres humanos, el hombre Cristo Jesús, del que se anunciaba a los antiguos santos que había de venir en carne, como se nos anunció a nosotros que había venido, de tal manera que una e idéntica fe por medio de él mismo conduzca a todos los predestinados a la ciudad de Dios, la casa de Dios, el templo de Dios. Pero todas las profecías de otros sobre la gracia de Dios que fueron reveladas por medio de Jesucristo puede considerarse que han sido confeccionadas por los cristianos. Por ello, no existe nada más seguro para refutar a algunos ajenos, si discutiesen acerca de esta cuestión, y hacerlos nuestros, si alcanzasen un recto juicio, que dar a conocer aquellas profecías divinas sobre Cristo que están escritas en los códigos de los judíos. Expulsados estos de sus propios territorios y dispersos por todo el orbe por causa de este testimonio, la iglesia de Cristo ha crecido por doquier.

48

Esta casa de Dios posee mayor gloria de la que tuvo aquella primera, construida con maderos y piedras y otros materiales y metales preciosos. Por tanto, la profecía de Ageo no se cumplió en la reconstrucción de aquel templo. En efecto, desde que fue reconstruido, jamás se evidencia que hubiera tenido tanta gloria cuanta tuvo en el tiempo de Salomón. Por el contrario, se muestra más bien que en primer lugar la gloria de aquella casa quedó disminuida por la cesación de la profecía, después por tantas desgracias de la propia nación hasta la destrucción definitiva que fue llevada a cabo por los

romanos, como testimonian aquellos hechos que han sido recordados anteriormente^[358]. Por otra parte, esta casa, que pertenece a la nueva alianza, posee una gloria tanto mayor cuanto son mejores las piedras vivas, los creyentes y reafirmados en la fe, con las cuales se construye. Pero fue simbolizada por la restauración del templo por el siguiente motivo, porque la propia restauración de aquel edificio simboliza en el lenguaje profético la otra alianza, que es llamada nueva. Por consiguiente, lo que Dios dijo por medio del profeta mencionado: *Y daré la paz en ese lugar*^[359], debe entenderse por el lugar que simboliza aquel que es simbolizado por él. De manera que, ya que por aquel lugar reconstruido es simbolizada la iglesia que había de ser edificada por medio de Cristo, no se entienda ninguna otra cosa cuando se dice: *daré la paz en ese lugar*, sino «daré la paz en el lugar al que simboliza este lugar». Porque todo lo que simboliza parece contener de algún modo las características de aquello que simboliza. Como dice el apóstol: *Cristo era la piedra*^[360], puesto que aquella piedra, de la cual se ha dicho esto, simbolizaba sin duda a Cristo. Así pues, es mayor la gloria de esta casa de la nueva alianza que la de la casa precedente de la antigua alianza, y se manifestará más grande cuando sea consagrada. En efecto, entonces *vendrá el deseado por todas las naciones*^[361], como se lee en hebreo. De hecho, su primera venida todavía no era deseada por todos los pueblos. Pues no sabían a quién debían desear, dado que no habían creído todavía en él. Entonces también, según los setenta traductores, (ya que además este mismo es el sentido profético) *vendrán de todas las naciones los que han sido elegidos del señor*. Efectivamente, entonces en verdad no vendrán sino los elegidos, de los cuales dice el apóstol. *Como nos eligió en él antes de la creación del mundo*^[362]. Lo cierto es que el arquitecto mismo, que dijo: *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*^[363], iba a demostrar que la casa, que en lo sucesivo no iba a temer ninguna ruina, había sido construida no de aquellos que una vez llamados acudieron de tal forma que fueron arrojados del banquete, sino de los elegidos. Ahora, en cambio, cuando también llenan las iglesias aquellos a los que separará como el biello en la era, no es visible tanta gloria de esta casa cuanta será visible entonces, cuando quien va a estar allí lo estará siempre.

Por consiguiente, en este siglo maligno, en estos días funestos, donde la iglesia por la humildad presente adquiere la elevación futura y es instruida por las punzadas de los temores, por los tormentos de los dolores, por las molestias de los trabajos y por los peligros de las tentaciones, regocijándose únicamente en la esperanza, cuando se regocia razonablemente, muchos malvados se mezclan con los buenos, y unos y otros se reúnen como en la red del Evangelio^[364], y unos y otros nadan en este mundo como en el mar, atrapados en redes indiscriminadamente hasta que lleguen a la orilla, donde los malos serán segregados de los buenos y en los buenos, como en su templo, *Dios sea todo en todos*^[365]. Por ello, ahora reconocemos que se cumple la palabra de aquel que hablaba en el salmo y decía: *he anunciado y he hablado: se han multiplicado más allá de lo calculable*^[366]. Esto sucede ahora, desde que en primer lugar por boca de su precursor Juan, después por su propia boca, anunció y habló diciendo: *Haced penitencia, pues el reino de los cielos está cerca*^[367]. Eligió discípulos, a los que llamó también apóstoles^[368], nacidos de origen humilde, sin rango, sin cultura, para que todo lo grande que fueran o hicieran, él mismo lo fuese y lo hiciese en ellos. Tuvo entre ellos uno, haciendo buen uso de cuya maldad, por un lado, se cumpliese lo dispuesto de su pasión y, por otro, ofreciera a su iglesia un ejemplo de capacidad de soportar a los malvados. Una vez sembrado el santo Evangelio, en la medida en que era necesaria su presencia corporal, sufrió, fue muerto y resucitó, mostrando con su pasión qué debemos soportar por la verdad, por la resurrección qué debemos esperar en la eternidad, aparte de la profundidad del misterio, por la cual su sangre fue derramada por la remisión de los pecados. Convivió en la tierra durante cuarenta días con sus discípulos, y ante su propia vista ascendió al cielo^[369], y después de diez días envió al Espíritu Santo que había prometido^[370]. La señal más grande y la más necesaria de su venida a aquellos que habían creído consistía en que cada uno de ellos hablaba en las lenguas de todas las naciones, simbolizando así que la unidad de la iglesia católica se había de producir por todas las naciones y así había de hablar en todas las lenguas.

50

Después, según aquella profecía: *De Sión saldrá de ley y la palabra del Señor de Jerusalén*^[371]. Y según las predicciones del Señor Cristo mismo,

cuando tras la resurrección *abrió la mente* a sus discípulos, que se habían quedado atónitos ante él, *para que comprendieran las escrituras, y les dijo que así está escrito, y así convenía que Cristo sufriera la pasión y resucitase de los muertos al tercer día y se predicase en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén*^[372], y cuando de nuevo al preguntarle acerca de su llegada definitiva les responde diciéndoles: *No os corresponde conocer el tiempo que el Padre ha puesto bajo su potestad, pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*^[373], en primer lugar la iglesia se expandió desde Jerusalén y habiendo creído muchos en Judea y Samaria, también se dirigieron a otras naciones, anunciando el Evangelio aquellos a los que él mismo, como a antorchas, había preparado con su palabra y había encendido con el Espíritu Santo. Les había dicho, en efecto: *No temáis a aquellos que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma*^[374]. Estos, para que no quedaran fríos por el temor, ardían por el fuego de la caridad. Finalmente, no solo por medio de aquellos mismos que le habían visto y oído antes de la pasión y después de la resurrección, sino también tras la muerte de ellos por medio de sus sucesores entre horrendas persecuciones y variados tormentos y muertes de los mártires fue predicado por todo el orbe el Evangelio, confirmándolo Dios mediante señales y prodigios y diversos poderes y dones del Espíritu Santo^[375], para que los pueblos de los gentiles, creyendo en él, que fue crucificado por su redención, venerasen con amor cristiano la sangre de los mártires, que derramaron con diabólica locura, y los mismísimos reyes, por cuyas leyes era devastada la iglesia, se sometieran saludablemente a su nombre, que habían tratado de erradicar cruelmente de la tierra, y comenzaran a perseguir a los falsos dioses, por cuya causa los adoradores del Dios verdadero habían sido antes perseguidos.

51

Por otra parte, el Diablo, al ver que los templos de los demonios eran abandonados, y que el género humano corría al nombre del mediador que lo liberaba, movió a los heréticos para que bajo el nombre cristiano opusieran resistencia a la doctrina cristiana, como si pudiesen ser aceptados indistintamente sin ninguna recriminación en la ciudad de Dios, así como la

ciudad de la confusión acogió indistintamente a filósofos que sostenían opiniones diversas y opuestas entre sí. Por consiguiente, quienes en la iglesia de Cristo sostengan algún juicio malsano y depravado, si una vez advertidos para que mantengan un juicio sano y recto, resisten con contumacia y no quieren rectificar sus pestíferos y mortíferos dogmas, sino que persisten en defenderlos, se convierten en heréticos, y al salir de la iglesia son tenidos entre los enemigos que la acosan sin descanso. Lo cierto es que también así favorecen con su maldad a aquellos católicos verdaderos, miembros de Cristo, mientras Dios no solo se sirve bien de los malvados sino que también *para quienes le aman todo coopera para el bien*^[376]. En efecto, todos los enemigos de la iglesia, cualquiera que sea el error que les ciegue o la maldad que les convierta en depravados, si adquieren la potestad de hacer daño físicamente, ejercitan su paciencia; si solamente se les oponen con sus opiniones erróneas, ejercitan la sabiduría; por otra parte, a fin de que también amen a sus enemigos, ejercitan su benevolencia o incluso su beneficencia, ya se trate con ellos mediante una doctrina persuasiva ya mediante una terrible disciplina. Y por este motivo, el Diablo, príncipe de la ciudad impía, blandiendo sus propias armas contra la ciudad de Dios que peregrina en este mundo, no tiene permitido perjudicarla en nada, a la cual, lejos de toda duda, gracias a la divina providencia, se le proporciona, por un lado, consuelo en las circunstancias prósperas, para que no se quebrante en las adversas, y, por otro, una puesta a prueba en las adversas, para que no se corrompa en las prósperas, y una cosa se modera por la otra, de tal modo que reconozcamos en el salmo que aquella voz no se ha originado de otra parte: *Conforme a la multitud de mis dolores en mi corazón tu consuelo alegró mi alma*^[377]. De ahí también aquellas palabras del apóstol: *alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación*^[378].

En efecto, también aquello que dice el mismo maestro: *Todos los que deseen vivir piadosamente en Cristo, sufren la persecución*^[379], no debe pensarse que pueda dejar de suceder en ningún momento. Porque cuando parece que se produce la calma de parte de aquellos que están fuera de la iglesia sin causar daño, y realmente se produce y aporta el máximo consuelo, especialmente a los débiles, sin embargo no faltan —incluso muchos están dentro— quienes atormentan con sus costumbres perdidas los corazones de los que viven piadosamente; porque por medio de ellos es blasfemado el nombre cristiano y católico^[380]; que cuanto más querido es para aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo, tanto más se lamentan de que por causa de los malvados que se hallan en su interior resulte que sea menos amado de

lo que desean las mentes de los piadosos. También estos mismos herejes, al pensarse que poseen el nombre y los sacramentos cristianos, las escrituras y la profesión, causan un gran dolor en los corazones de los piadosos; porque muchos que desean ser cristianos se ven obligados a dudar a causa de sus disensiones y muchos maledicentes encuentran también en estos materia para blasfemar el nombre de Cristo, porque también esos mismos en cierto modo son llamados cristianos. Por estas y otras costumbres depravadas similares y por estos errores de los seres humanos soportan la persecución quienes desean vivir piadosamente en Cristo, incluso sin que nadie maltrate y atormente sus cuerpos. Lo cierto es que sufren esta persecución, no en sus cuerpos, sino en sus corazones. De ahí procede aquella voz: *Conforme a la multitud de mis dolores en mi corazón*. En efecto, no dice «En mi cuerpo». Pero, por el contrario, puesto que se traen a la mente las promesas divinas inmutables y lo que dice el apóstol: *El Señor sabe quiénes son los suyos (a los que, efectivamente, conoció de antemano y predestinó idénticos a la imagen de su hijo*^[381], ninguno entre ellos puede perecer), por ese motivo sigue en aquel salmo: *tu consuelo alegró mi alma*. Por otra parte, el mismo dolor que se produce en los corazones de los piadosos, a los que persiguen las costumbres de los cristianos malvados o falsos, es provechoso para los que lo sufren, puesto que desciende de la caridad, por la que no quieren que estos perezcan ni que impida la salvación de otros. Finalmente, grandes consuelos derivan de las correcciones de estos, que inundan las almas de los piadosos de una felicidad tan grande como los dolores por los que se atormentan por su perdición. Así en este siglo, en estos malos días, no solo desde el tiempo de la presencia corpórea de Cristo y de sus apóstoles, sino desde el propio Abel, el primer justo al que mató su hermano impío, y en adelante hasta el final de este siglo la iglesia avanza en su peregrinar entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios.

52

Por consiguiente, no pienso siquiera que deba decirse o creerse sin temeridad lo que a algunos ha parecido o parece, que la iglesia no va a sufrir más persecuciones hasta el tiempo del Anticristo que cuantas ya ha soportado, es decir, diez, para que la undécima y última sea la del Anticristo. Lo cierto es que computan como la primera la que fue llevada a cabo por Nerón, la

segunda por Domiciano, por Trajano la tercera, la cuarta por Antonino, por Severo la quinta, la sexta por Maximino, por Decio la séptima, la octava por Valeriano, por Aureliano la novena, la décima por Diocleciano y Maximiano^[382]. En efecto, piensan que las plagas de los egipcios, puesto que fueron diez antes de que empezara a salir de allí el pueblo de Dios, hacen referencia a esta interpretación, de modo que la última persecución del Anticristo parezca similar a la undécima plaga, por la cual los egipcios, mientras perseguían con hostilidad a los hebreos, perecieron en el Mar Rojo, mientras el pueblo de Dios cruzaba por un lugar seco. Pero yo no pienso que estas persecuciones hayan sido señaladas proféticamente por aquel acontecimiento en Egipto. Aunque parezcan sutil e ingeniosamente equiparadas cada una de aquellas con cada una de estas por quienes lo sostienen, no lo son por el espíritu profético, sino por la conjetura de la mente humana, que algunas veces alcanza la verdad, otras incurre en el engaño.

En efecto, ¿qué van a decir quienes sostienen esta idea de la persecución por la que el Señor mismo fue crucificado? ¿En qué número van a situarla? Pero si piensan que el cómputo ha de realizarse excluyendo esta, como si debieran numerarse aquellas que atañen al cuerpo, no aquella por la cual la propia cabeza fue atacada y muerta, ¿qué van a hacer respecto a aquella que, después de que Cristo ascendió al cielo, se produjo en Jerusalén, donde el beato Esteban fue lapidado^[383], donde Jacobo, el hermano de Juan, fue muerto por la espada, donde el apóstol Pedro fue encarcelado para dársele muerte y liberado por un ángel, donde fueron puestos en fuga y dispersados los hermanos de Jerusalén^[384], donde Saulo, que después se convirtió en el apóstol Pablo, devastaba la iglesia, donde él mismo también, predicando la fe que perseguía, soportó idénticos sufrimientos que los que infligía, ya por Judea, ya por otras naciones, allí donde predicaba con gran fervor a Cristo? Por consiguiente, ¿por qué les parecía que se debía comenzar desde Nerón cuando la iglesia en su crecimiento había llegado hasta los tiempos de Nerón entre las más atroces persecuciones, de las cuales resulta excesivamente prolijo describir todos los detalles? Y si consideran que deben estar en la lista las persecuciones realizadas por los reyes, fue el rey Herodes quien llevó a cabo incluso la más terrible tras la ascensión del Señor. Después ¿qué responderán también de la de Juliano, que no cuentan entre las diez? ¿Acaso no persiguió a la iglesia él mismo, que impidió a los cristianos aprender y enseñar las artes liberales^[385]? Bajo su mandato Valentiniano el mayor, que fue el tercer emperador después de este, se alzó como confesor de la fe cristiana y fue destituido del mando militar^[386]; para omitir lo que había

empezado a hacer en Antioquía, si admirado de la libertad y la hilaridad de un fidelísimo y constantísimo joven que, tras ser apresados muchos para ser torturados, fue el primero en sufrir el martirio durante todo el día, cantando entre uñas^[387] y suplicios, no se hubiera horrorizado y temido sonrojarse en los restantes de manera más vergonzosa. Finalmente, en nuestra memoria, el arriano Valente, hermano del Valentiniano anteriormente citado, ¿acaso no devastó la iglesia católica en una gran persecución por los territorios de Oriente? Por otra parte, ¿cómo se explica el no tener en cuenta que la iglesia, fructificando y creciendo por todo el mundo, puede sufrir persecución en algunas naciones por parte de sus reyes también cuando no la sufre en otros? ¿A no ser que tal vez no debe computarse la persecución cuando el rey de los godos en la propia Gotia persiguió a los cristianos con admirable crueldad, no habiendo allí sino católicos, de los cuales muchos recibieron la corona del martirio, como escuchamos de algunos hermanos que habían estado entonces allí de niños y recordaban que ellos lo habían visto con absoluta certeza? ¿Y qué sucede actualmente en Persia? ¿Acaso la persecución contra los cristianos no tuvo tal efervescencia (aunque ya ha cesado) que algunos huyendo de allí llegaron hasta las fortalezas romanas? Al reflexionar sobre estos hechos y otros semejantes, no me parece que deba delimitarse el número de persecuciones con las que conviene que la iglesia sea puesta a prueba. Pero, por el contrario, afirmar que se van a producir otras por parte de los reyes aparte de aquella última sobre la que ningún cristiano discute, no resulta de menor temeridad. Así pues, dejamos el problema en suspenso sin demostrar ni rebatir ninguna de las dos partes de la cuestión, sino simplemente tratando de apartarnos de la presunción audaz de sostener cualquiera de ellas.

53

Ciertamente, la última persecución, que será llevada a cabo por el Anticristo, Jesús mismo la extinguirá con su presencia. En efecto, así está escrito, que *a este lo matará con el aliento de su boca y lo abatirá con la iluminación de su presencia*^[388]. En este punto se suele preguntar: ¿cuándo sucederá eso? Pregunta totalmente inoportuna. En efecto, si saberlo nos resultase de algún provecho, ¿quién mejor que el mismísimo Dios como maestro habría informado a los discípulos cuando lo preguntasen? Pues no callaron respecto a ello ante él, sino que estando presente le preguntaron en

los siguientes términos: *Señor, ¿en este tiempo restaurarás el reino de Israel?* Pero aquel dijo: *No os compete a vosotros conocer los tiempos que el Padre puso bajo su potestad*^[389]. Ciertamente, cuando recibieron esta respuesta, no le habían preguntado sobre la hora, el día o el año, sino sobre el tiempo. Por consiguiente, en vano intentamos computar y delimitar los años que le quedan a este siglo, dado que escuchamos de la boca de la verdad que no nos compete saberlo. No obstante, unos dijeron que desde la ascensión del Señor hasta su última venida podían completarse cuatrocientos años, otros quinientos, otros incluso mil. Cómo construye su opinión cada uno de ellos, resulta largo e innecesario de exponer. Lo cierto es que se sirven de conjeturas humanas, sin revelar nada cierto a partir de la autoridad de la escritura canónica. Pero aflojó los dedos de todos los que realizan cálculos sobre esta cuestión y les ordena descansar aquel que dice: *No os compete a vosotros conocer los tiempos que el Padre puso bajo su potestad*.

Pero porque esta es una sentencia evangélica, no resulta admirable que no haya impedido a los adoradores de los muchos y falsos dioses inventar mediante oráculos de los demonios, a los que, sin embargo, rinden culto como a dioses, que ha quedado fijado durante cuánto tiempo va a perdurar la religión cristiana. En efecto, al ver que esta no pudo ser aniquilada por tantas y tan duras persecuciones, sino que más bien con ellas adquirió un enorme crecimiento, imaginaron no sé qué versos griegos emitidos supuestamente por un oráculo divino para alguien que lo consultase, donde ciertamente declaran a Cristo inocente de esta especie de crimen de sacrilegio, pero añaden que Pedro realizó maleficios para que se adorase el nombre de Cristo durante trescientos sesenta y cinco años. Después, una vez cumplido el mencionado número de años, tendría su fin sin demora. ¡Oh corazones de los hombres ilustrados! ¡Oh ingenios cultivados, dignos de creer de Cristo aquello que no queréis creer en Cristo, que su discípulo Pedro no habría aprendido de él las artes mágicas, sino que, siendo él inocente, sin embargo sería su hechicero, y habría preferido que se adorase el nombre de aquel antes que el suyo mediante sus artes mágicas, mediante grandes trabajos y peligros suyos, y, finalmente, incluso con el derramamiento de su sangre! Si hizo a Pedro hechicero para que así el mundo amase a Cristo, ¿qué hizo el Cristo inocente para que Pedro lo amase así? Por tanto, respóndanse ellos mismos y entiendan, si pueden, que por aquella gracia superior se hizo que el mundo amase a Cristo por la vida eterna, gracia por la que se hizo que Pedro amase a Cristo también por recibir de él la vida eterna hasta soportar por él la muerte temporal. Después ¿qué clase de dioses son esos que pueden predecir estos

hechos y no pueden revertirlos, sucumbiendo así a un único hechicero y a un único crimen de magia por el que un niño, según dicen, de un año, es asesinado, despedazado y sepultado mediante un abominable rito^[390], hasta el punto de permitir que la secta contraria a ellos se desarrollase durante tan largo tiempo, sobreviviera no resistiendo las horrendas crueldades de tantas y tan duras persecuciones, sino soportándolas, y llegase a la destrucción de sus imágenes, de sus templos y de sus oráculos sagrados? Finalmente, ¿cuál es el dios —no ciertamente el nuestro, sino uno de los de aquellos, que ha sido inducido u obligado por un crimen tan grande a propiciar tales actos? En efecto, aquellos versos dicen que Pedro con las artes mágicas los asignó a un dios, no a algún demonio. Semejante dios tienen quienes no tienen a Cristo.

54

Podría reunir estos y otros muchos argumentos similares si todavía no hubiese transcurrido el mismo año que prometió la falsa predicción y creyó la vanidad engañada. Pero cuando se han cumplido hace algún tiempo los trescientos sesenta y cinco años desde que el culto al nombre de Cristo fue instituido por su presencia en carne y por los apóstoles, ¿qué otro argumento busquemos por el que pueda refutarse esta falsedad? En efecto, aunque no establezcamos el comienzo de este hecho en la natividad de Cristo, porque durante su infancia y su niñez no tenía discípulos, sin embargo, cuando empezó a tenerlos, sin lugar a dudas entonces se dio a conocer a través de su presencia corporal la doctrina y la religión cristiana, a saber, después que fue bautizado en el río Jordán bajo el ministerio de Juan. Por ello, en efecto, había precedido aquella profecía acerca de él: *Dominará de un mar a otro mar y desde el río hasta los confines del orbe de la tierra*^[391]. Pero, dado que antes de que hubiese sufrido la pasión y hubiera resucitado de los muertos, la fe todavía no había sido fijada para todos (lo cierto es que fue fijada en la resurrección de Cristo, pues así se dirigió el apóstol Pablo a los atenienses diciendo: *ya anuncia a los hombres que todos por doquier se arrepientan porque ha fijado el día para juzgar al orbe con equidad en el varón por el que definió la fe para todos al resucitar a aquel de los muertos*)^[392]: en la resolución de este problema tomamos el punto de partida preferentemente a partir de ahí, principalmente porque entonces fue dado también el Espíritu Santo, así como convenía que fuera dado después de la resurrección de Cristo

en esta ciudad desde la cual debió comenzar la segunda ley, es decir, la nueva alianza. Efectivamente, la primera fue desde el monte Sinaí por medio de Moisés, lo que se llama la antigua alianza. Por otra parte, de esta que había de ser dada a través de Cristo se predijo: *Desde Sión surgirá la ley y la palabra de Dios desde Jerusalén*^[393]. De ahí también él mismo dijo que debía predicarse el arrepentimiento en su nombre por todas las naciones, pero comenzando, sin embargo, desde Jerusalén. Allí, por consiguiente, nació el culto a este nombre, para que se creyera en Jesucristo, que había sido crucificado y había resucitado. Allí esta fe brilló de unos inicios tan gloriosos que algunos miles de personas convertidas al nombre de Cristo con admirable alegría^[394], tras vender todos sus bienes para que fueran repartidos entre los necesitados^[395], con santo propósito y ardentísima caridad llegaban a la pobreza voluntaria y entre los judíos que murmuraban en su indignación y sedientos de sangre se disponían a combatir por la verdad hasta la muerte, no con un poder armado, sino con una paciencia más poderosa. Si esto no se hizo mediante artes mágicas de ninguna clase ¿por qué dudan en creer que ello pudo llevarse a cabo por todo el mundo por la misma virtud divina por la que se hizo esto? Por otra parte, si Pedro había realizado ya aquel sortilegio, que en Jerusalén se encendiera así al culto del nombre de Cristo una multitud de personas tan numerosa, la cual le había clavado en la cruz o se había burlado de él crucificado, debe investigarse a partir de aquel mismo año cuándo se habían cumplido los trescientos sesenta y cinco. Así pues, Cristo fue muerto durante el consulado de los dos Géminos el octavo día de las calendas de abril^[396]. Resucitó al tercer día, tal y como los apóstoles comprobaron también a través de sus sentidos. A continuación, después de cuarenta días ascendió al cielo. Diez días después, es decir, en el quincuagésimo día tras su resurrección, envió al Espíritu Santo. Entonces tres millares de personas creyeron cuando los apóstoles le predicaron. Entonces, pues, nació el culto a su nombre, como nosotros creemos, y sostiene la verdad, por la acción del Espíritu Santo, pero, según inventó o creyó la impía vanidad, mediante las artes mágicas de Pedro. Poco después, habiéndose producido también un asombroso milagro, cuando mediante la palabra de Pedro cierto mendigo, tan cojo desde el útero materno que debía ser transportado por otros y colocado ante la puerta del templo donde pedía limosna, saltó curado en el nombre de Jesucristo, creyeron cinco mil personas. Y en adelante la iglesia creció con las adhesiones de más y más creyentes. Y por esto se deduce también el día desde que el mismo año tuvo su comienzo, a saber, cuando fue enviado el Espíritu Santo, es decir, por los idus de mayo^[397]. Por tanto, numerados los cónsules,

se hallan los trescientos sesenta y cinco días del año cumplidos por esos mismos idus, bajo el consulado de Honorio y Eutiquiano^[398]. Ahora bien, al año siguiente, durante el consulado de Manlio Teodoro^[399], cuando ya según aquel oráculo de los demonios o invención de los seres humanos no debía existir en absoluto la religión cristiana, no fue necesario indagar qué sucedió acaso por otros lugares de la tierra. Entretanto, hecho del que tenemos conocimiento, en la conocidísima e ilustrísima ciudad de Cartago de África, Gaudencio y Jovio, cómites del emperador Honorio, destruyeron los templos de los dioses falsos y quebraron las estatuas en el decimocuarto día de las calendas de abril^[400]. Desde aquel tiempo hasta este durante casi treinta años, ¿quién no es capaz de ver cuánto había crecido el culto al nombre de Cristo, especialmente después que se hicieron cristianos muchos de aquellos que eran apartados de la fe por aquella predicción supuestamente verdadera, y vieron que, cumplido ese mismo número de años, esta era vana y ridícula? Por consiguiente, nosotros, que somos y recibimos el nombre de cristianos, no creemos en Pedro, sino en quien creyó Pedro; edificamos por las palabras de Pedro acerca de Cristo, no hechizados por sortilegios; no engañados por maleficios, sino ayudados por sus beneficios. Cristo, el maestro de Pedro, es él mismo también nuestro maestro en la doctrina que conduce a la vida eterna.

Pero concluyamos ya definitivamente este libro, tras discutir y demostrar cuanto ha parecido suficiente cuál es el devenir mortal de las dos ciudades, la celeste y la terrena, mezcladas desde el inicio hasta el final. De ellas la que es la terrena creó para sí, ya de cualquier parte, ya incluso de seres humanos, los dioses falsos que quiso, para servirles mediante sacrificios. En cambio la celeste, que peregrina en la tierra, no crea dioses falsos, sino que ella misma es creada por el Dios verdadero, para que ella misma sea el sacrificio verdadero. Sin embargo, ambas ya se sirven igualmente de los bienes temporales, ya son afligidas igualmente por los males, con distinta fe, distinta esperanza, distinto amor, hasta que sean separadas por el juicio final, y cada una obtenga su fin, el cual no tiene fin. De dichos fines de ambas se habrá de discutir en lo sucesivo.

LIBRO XIX

SUMARIO

1. En el debate que agitó la discusión filosófica sobre los fines del bien y del mal Varrón descubrió que podían existir doscientas ochenta y ocho escuelas.
2. De qué modo, eliminadas todas las diferencias, que no son teorías filosóficas, sino problemas, Varrón llega a la definición en tres partes del sumo bien, de las cuales, sin embargo, debe elegirse una sola.
3. Cuál de las tres teorías filosóficas que buscan el sumo bien del ser humano establece Varrón que debe ser elegida, siguiendo la opinión de la Academia Antigua, bajo la autoridad de Antíoco.
4. Qué opinan los cristianos sobre el sumo bien y el sumo mal frente a los filósofos, que afirmaron que poseían el sumo bien en sí mismos.
5. Sobre la vida en sociedad, que, aunque debe ser deseada por encima de todo, a menudo es dificultada por multitud de contratiempos.
6. Sobre el error de los juicios humanos, cuando la verdad se esconde.
7. Sobre la diversidad de las lenguas, por la que la sociedad de los seres humanos es dividida, y sobre la desgracia de las guerras, incluso las que se llaman justas.
8. Que la amistad de los buenos no puede ser segura mientras es inevitable temblar a causa de los peligros que existen en esta vida.
9. Sobre la amistad de los ángeles santos, que no puede serle manifiesta al ser humano en este mundo, a causa del engaño de los demonios, por los cuales cayeron quienes creyeron que debían rendirles culto a muchos dioses.
10. Qué fruto ha sido dispuesto para los santos por la superación de la tentación de esta vida.
11. Sobre la felicidad de la paz eterna, en la cual se halla el fin para los santos, es decir, la verdadera perfección.
12. Que también la crueldad de quienes hacen la guerra y todas las inquietudes de los seres humanos desean alcanzar el fin de la paz, sin

el anhelo de la cual no existe ninguna naturaleza.

13. Sobre la paz universal, que en medio de perturbaciones de todo tipo no puede ser detraída por la ley natural, mientras bajo un juez justo cualquiera alcanza mediante el orden aquello que mereció por la voluntad.
14. Sobre el orden y la ley, ya celeste, ya terrena, por la cual se vela por la sociedad humana, incluso dominándola, a la que incluso se sirve velando por ella.
15. Sobre la libertad natural y sobre la esclavitud, cuya causa primera es el pecado, por la que el hombre de mala voluntad, aunque no es propiedad de otro hombre, es esclavo de su propio deseo.
16. Sobre el justo derecho de dominar.
17. De dónde ha de tener paz la sociedad celeste con la ciudad terrena y de dónde discordia.
18. Cuán diferente es la ambigüedad de la Academia Nueva de la constancia de la fe cristiana.
19. Sobre la actitud y las costumbres del pueblo cristiano.
20. Los ciudadanos de los santos son bienaventurados por la esperanza en el tiempo de esta vida.
21. ¿Acaso según las definiciones de Escipión que aparecen en el diálogo de Cicerón ha existido alguna vez la República romana?
22. Si es el Dios verdadero aquel al que sirven los cristianos, al cual únicamente se deben ofrecer sacrificios.
23. Qué dice Porfirio que se ha respondido a los oráculos sobre Cristo.
24. Mediante qué definición se tiene constancia de que no solo los romanos sino también otros reinos reclaman justamente para sí la denominación de pueblo y de república.
25. No pueden existir verdaderas virtudes allí donde no hay una verdadera religión.
26. Sobre la paz de los pueblos alejados de Dios, de la que se sirve el pueblo de Dios para la piedad mientras es peregrino en este mundo.
27. Sobre la paz de los que sirven a Dios, cuya tranquilidad perfecta no puede alcanzarse en esta vida temporal.
28. A qué término habrá de llegar el final de los impíos.

1

Puesto que veo que debo disertar de inmediato acerca de los fines propios de las dos ciudades, a saber, de la terrena y de la celeste, antes deben ser

expuestos, en la medida que el plan de esta obra lo admita, los argumentos de los mortales por los cuales se afanan en crear para sí mismos la felicidad en la infelicidad de esta vida, de modo que quede destacado, no tanto por la autoridad divina, sino mediante la aplicación del raciocinio tal cual podemos aplicarlo por causa de los infieles, en qué difiere nuestra esperanza, que Dios nos ha dado, de las vanidades de aquellos, y el mismo bien que nos dará, es decir, la auténtica felicidad. En efecto, sobre los fines del bien y del mal los filósofos han discutido entre sí muchos aspectos y de muchas formas. Analizando dicha cuestión con el máximo rigor trataron de descubrir qué hace al ser humano feliz. Efectivamente, el fin de nuestro bien es aquello a causa de lo cual deben desearse los demás bienes y este mismo por sí mismo; y el fin del mal aquello en virtud de lo cual deben evitarse los restantes males y él mismo por sí mismo^[1]. Por consiguiente, llamamos ahora fin del bien no al punto de destino donde concluya para dejar de existir, sino donde se perfeccione para alcanzar su plenitud; y fin del mal no donde deje de existir sino hasta donde conduce causando daño. Así pues, estos fines son el bien supremo y el mal supremo. En el descubrimiento de los mismos y en la adquisición del bien supremo en esta vida y la evitación del mal supremo, mucho se esforzaron, como dije, quienes profesaron el estudio de la sabiduría en la vanidad de este siglo. Y, sin embargo, el límite de la naturaleza no les permitió a estos, aunque errando de diversos modos, desviarse del camino de la verdad hasta el punto de que unos no pusieran los fines del bien y del mal en el espíritu, otros en el cuerpo, otros en ambos. A partir de esta distribución tripartita de las escuelas de carácter general, por así llamarlas, Marco Varrón en el libro *Sobre la filosofía*^[2], tras haber escudriñado exhaustiva y sutilmente tan gran variedad de doctrinas, señala que aplicando ciertas distinciones llegaba fácilmente hasta doscientas ochenta y ocho escuelas, no en el sentido de que ya existiesen, sino que podían existir.

Para mostrar brevemente este hecho, conviene que comience a partir de lo que él mismo señaló y dispuso en el libro mencionado, que existen cuatro objetivos a los que los seres humanos aspiran, por así decirlo, de forma natural, sin maestro, sin ningún apoyo de la educación, sin la habilidad o arte de vivir que se denomina virtud y que, sin lugar a dudas, se aprende: o bien el placer, por el que se ven impulsados los sentidos del cuerpo con deleite, o bien la tranquilidad, por la que se logra que nadie soporte ninguna molestia del cuerpo, o ambos, a los que, sin embargo, Epicuro denomina por el nombre único de placer, o bien en sentido general los impulsos primarios de la naturaleza, en los cuales se hallan estos y otros bienes, ya en el cuerpo, como

la integridad y la salud de los miembros y su incolumidad, ya en el espíritu, como son aquellas cualidades que, grandes o pequeñas, se hallan en las inteligencias de los seres humanos. Consecuentemente, estos cuatro, a saber, el placer, la tranquilidad, ambos, los impulsos primarios de la naturaleza se hallan en nosotros de tal modo que, o bien la virtud, que más tarde inculca la educación, ha de ser deseada por ella misma, o bien esta por la virtud, o ambas por sí mismas. Y, por este motivo, surgen de ahí doce escuelas. En efecto, mediante este cálculo se triplican cada una de ellas. Cuando lo haya demostrado en una, no será difícil hallarlo en las restantes. Por consiguiente, cuando el placer del cuerpo o se somete, o se antepone, o se une a la virtud del espíritu, se produce una triple variedad de escuelas. Se somete a la virtud cuando se pone al servicio de la virtud. Lo cierto es que atañe al desempeño de la virtud el vivir para la patria y procrear hijos por la patria, dos objetivos que en ningún caso pueden llevarse a cabo sin el placer del cuerpo. Pues sin aquel ni se toma comida y bebida para vivir ni se practica la cópula para que se propague la descendencia. Pero cuando se antepone a la virtud, este mismo se desea por sí mismo, y se cree en cambio que la virtud debe ser adoptada a causa de aquel, es decir, para que la virtud no tenga otro objetivo sino la consecución o la conservación del placer del cuerpo. Esa vida es, sin duda, vergonzosa, cuando la virtud precisamente sirve al placer como a un amo (aunque en absoluto esta debe llamarse virtud); pero, sin embargo, incluso esta terrible desvergüenza tuvo a ciertos filósofos como patronos y defensores suyos. Finalmente, el placer se une a la virtud cuando ninguno de estos objetivos se desea por el otro, sino ambos por sí mismos. Por lo cual, así como el placer, o bien sometido, o bien preferido, o bien unido a la virtud, da lugar a tres escuelas, del mismo modo también se halla que la tranquilidad, la unión de ambos y los impulsos primarios de la naturaleza constituyen tres en cada caso. Lo cierto es que por la variedad de las opiniones humanas, unas veces se someten a la virtud, otras se prefieren, otras se unen, y así se llega hasta el número de doce escuelas. Pero ese número también se duplica si se añade una sola diferencia, a saber, la de la vida en sociedad, puesto que cada uno que es seguidor de alguna escuela de estas doce, ciertamente, o lo hace solamente por sí mismo, o también por un compañero para el que debe querer lo que quiere para sí. Por lo cual, son doce las de aquellos que consideran que cualquiera de ellas debe seguirse solamente por ellos mismos y otras doce las de aquellos que juzgan que se debe filosofar de una u otra forma, no solo por ellos mismos, sino también por aquellos cuyo bien desean como el suyo. Por otra parte, estas veinticuatro escuelas se duplican de nuevo al añadirse otra

diferencia a partir de los nuevos académicos, y resultan cuarenta y ocho. En realidad, alguien puede sostener y defender cualquiera de aquellas veinticuatro teorías como cierta, como defendieron los estoicos que el bien del ser humano, por el cual es feliz, consiste solamente en la virtud del espíritu; otro puede defenderla como incierta, como los nuevos académicos, porque a ellos, aunque no cierta, sin embargo les parecía verosímil^[3]. Por consiguiente, resultan veinticuatro por parte de aquellos que las consideran como ciertas a causa de la verdad y otras veinticuatro por aquellos que consideran que deben seguirse, aun no siendo evidentes, a causa de su verosimilitud. Por el contrario, ya que alguno puede seguir cualquiera de esas cuarenta y ocho escuelas según la costumbre de los restantes filósofos, e igualmente otro puede hacerlo según el modo de vida de los cínicos, también por esta diferencia se duplican y hacen noventa y seis. Después, ya que los seres humanos pueden defender y seguir cada una de ellas en particular de tal modo que, o bien elijan la vida ociosa como aquellos que quisieron y fueron capaces tan solo de dedicar su tiempo al estudio de la doctrina, o una vida activa como aquellos que, aunque filosofasen, sin embargo estuvieron ocupadísimos en la administración del estado y en el gobierno de los asuntos humanos, o combinada con uno y otro género, como aquellos que asignaron tiempos alternos de su vida en parte al ocio erudito, en parte a una actividad ineludible, en virtud de estas diferencias puede también triplicarse este número de escuelas y ser ampliado hasta doscientas ochenta y ocho.

Estas cuestiones del libro de Varrón las expuse, en la medida de mis posibilidades, brevemente y con claridad, explicando sus opiniones con mis palabras. Por otro lado, resulta largo presentar en detalle cómo escoge una sola refutadas las restantes, la cual quiere que sea la de los antiguos académicos (estos, instituidos por Platón hasta Polemón^[4], que dirigió en cuarto lugar a partir de él su escuela, la cual recibió el nombre de Academia, quiere que parezca que profesaron doctrinas ciertas y por esto los distingue de los nuevos académicos —género de filosofía que empieza a partir de Arcesilao^[5], sucesor de Polemón—, para los cuales todo es incierto), y aquella escuela, es decir, la de los antiguos académicos, considera que carece de igual modo de error como de toda duda. Y no obstante, la cuestión no debe dejarse al margen en su totalidad. Por consiguiente, elimina en primer lugar todas aquellas diferencias que multiplicaron el número de escuelas, las cuales considera que deben ser eliminadas porque en ellas no se halla el fin del bien. En efecto, no considera que deba recibir en el nombre de escuela filosófica ninguna que no diste de las demás en el hecho de poseer distintos fines del

bien y del mal. Porque para el ser humano no existe ningún motivo de filosofar sino el ser feliz. Pero el fin en sí del bien consiste en lo que hace feliz; por consiguiente, no existe ningún motivo para filosofar sino el fin del bien. Por lo cual, aquella que no persigue ningún fin del bien no debe ser llamada en ningún momento escuela de filosofía. Por consiguiente, cuando se pregunta sobre la vida en sociedad, si el sabio debe mantenerla de tal modo que así desee y procure el sumo bien, por el que el ser humano alcanza la felicidad, de su amigo como el suyo propio, o solamente hace lo que hace en función de su propia felicidad, la cuestión no versa sobre el sumo bien en sí mismo, sino sobre la aceptación o no aceptación de un compañero para la participación en este bien, no por sí mismo, sino por el mismo compañero, para que goce del mismo modo del bien de aquel como goza del suyo. Igualmente, cuando se pregunta respecto a los nuevos académicos, para los cuales todo es incierto, si las cuestiones sobre las que ha de filosofarse deben ser consideradas de igual modo o, como ha satisfecho a otros filósofos, debemos tenerlas por ciertas, no se pregunta qué debe perseguirse en el fin del bien, sino sobre la verdad del propio bien, que debe ser perseguido, si ha de dudarse o no, es decir, para hablar con más claridad, si debe ser perseguido de tal manera que quien lo siga afirme que es verdadero o de manera que quien lo siga asegure que le parece verdadero, aunque tal vez sea falso, aunque uno y otro persigan un único e idéntico bien. También en aquella diferencia que se aplica por el modo de vida y la costumbre de los cínicos, no se pregunta cuál es el fin del bien, sino si aquel que persigue el verdadero bien debe vivir según ese modo de vida y costumbre, cualquiera que le parezca que es el verdadero y que debe perseguirse. Finalmente, hubo quienes, aunque siguieran como fines bienes diversos, unos la virtud, otros el placer, mantenían el mismo modo de vida y costumbres por las cuales los cínicos recibían su nombre. Así, sea lo que sea aquello a partir de lo cual los filósofos cínicos se distinguen de los restantes, ciertamente no tenía ningún valor para escoger o conservar el bien que les hacía felices. Pues si tuviera alguna relevancia al respecto, ciertamente el mismo modo de vida obligaría a perseguir el mismo bien y diversos modos de vida no permitirían perseguir el mismo bien.

También en aquellos tres géneros de vida, uno el ocioso, no precisamente en la indolencia, sino en la contemplación o indagación de la verdad, otro el activo, en la gestión de los asuntos humanos, el tercero combinado de uno y otro género, cuando se pregunta cuál de ellos debe elegirse preferentemente, no se produce discusión acerca del fin del bien. En cambio, en esta discusión se debate lo siguiente: cuál de estos tres ofrece dificultad o facilidad para conseguir o conservar el fin del bien. En efecto, el fin del bien, cuando alguien lo alcanza, lo hace feliz de inmediato. Por otra parte, en el ocio erudito o en la actividad pública, o cuando se practica uno u otro alternativamente, nadie es constantemente feliz. Lo cierto es que muchos pueden vivir en cualquiera de estos tres, y equivocarse en intentar alcanzar el fin del bien por el que el ser humano se hace feliz. Consecuentemente, una cosa es la discusión sobre los fines del bien y del mal, que conforma cada escuela filosófica, y otra los problemas sobre la vida en sociedad, sobre la duda de los académicos, sobre el vestido y la alimentación de los cínicos, sobre los tres géneros de vida, ocioso, activo y combinado de uno y otro, en ninguno de los cuales se debate sobre los fines del bien y del mal. Por consiguiente, puesto que Marco Varrón, admitiendo estas cuatro diferencias, a saber, a partir de la vida en sociedad, de los nuevos académicos, de los cínicos, de ese triple género de vida, llega a doscientas ochenta y ocho escuelas, y si pueden añadirse otras igualmente, eliminadas todas ellas, puesto que no introducen ningún debate sobre la persecución del sumo bien y, por ello, ni son ni deben ser llamadas escuelas, vuelve a aquellas doce en las cuales se pregunta qué es el bien del ser humano, alcanzado el cual se hace feliz, para demostrar que de ellas una es verdadera y las restantes falsas. Pues eliminados aquellos tres géneros de vida se restan dos partes de ese número y quedan noventa y seis escuelas. Y eliminada la diferencia tomada de los cínicos, se reducen a la mitad y se convierten en cuarenta y ocho. Eliminemos también lo que se toma de los nuevos académicos: de nuevo queda la mitad, es decir, veinticuatro. Elimínesse además lo que se añadió respecto a la vida en sociedad, doce son las restantes, a las que esta diferencia había duplicado para que fuesen veinticuatro. En consecuencia, acerca de estas doce no puede aducirse ningún motivo por el cual no deban ser consideradas escuelas. Lo cierto es que en ellas no se indaga ninguna otra cuestión sino el fin del bien y del mal. Y una vez descubiertos los fines del bien ciertamente los del mal se hallan en lo contrario. Pero para que resulten doce escuelas, se triplican aquellos cuatro principios: el placer, la tranquilidad, uno y otra, y los impulsos primarios de la naturaleza que Varrón llama bienes primigenios. Lo

cierto es que estos cuatro, mientras en unas ocasiones se someten individualmente a la virtud para que parezca que deben desearse no por sí mismos, sino en función de la virtud, pero en otras se prefieren para que se juzgue que la virtud necesaria debe adquirirse o preservarse no por sí misma, sino por estos, y en otras se combinan para que se crea que deben desearse tanto la virtud como estos por sí mismos, multiplican su número de cuatro por tres y llegan a doce escuelas. Pero de aquellos tres principios Varrón elimina tres, concretamente el placer, la tranquilidad y uno y otra, no porque los repruebe, sino porque aquellos principios primigenios de la naturaleza contienen en sí tanto el placer como la tranquilidad. Por consiguiente, ¿qué necesidad hay de hacer de estos dos tres, dos, sin duda, cuando se persiguen individualmente el placer o la tranquilidad, y el tercero cuando ambos al mismo tiempo, puesto que los impulsos primarios de la naturaleza contienen estos mismos y otros muchos aparte de ellos? Por tanto, respecto a las tres escuelas le parece que debe de tratarse diligentemente cuál debe ser elegida preferentemente. En efecto, un razonamiento certero no permite que sea verdadera más que una, ya se halle entre estas tres, ya en algún otro lugar que veremos después. Entretanto, discutamos lo más breve y claramente que nos sea posible cómo elige Varrón una sola de estas tres. Evidentemente, estas tres escuelas se configuran cuando, o bien los impulsos primarios de la naturaleza deben perseguirse a causa de la virtud, o bien la virtud a causa de los impulsos de la naturaleza, o bien ambos, es decir, tanto la virtud como los impulsos de la naturaleza, por sí mismos.

3

Por consiguiente, intenta determinar cuál de estos tres impulsos primarios es el verdadero y debe perseguirse de la siguiente manera. En primer lugar, ya que en filosofía se indaga el sumo bien no del árbol, ni del ganado, ni de Dios, sino del ser humano, piensa que debe investigarse qué es el ser humano en sí. Opina ciertamente que en su naturaleza existen dos elementos, el cuerpo y el alma, y no duda que de estos dos el mejor y, con mucho, el más excelente es con total seguridad el alma. En cambio, se plantea si el ser humano es el alma sola, para que el cuerpo sea para ella como el caballo para el jinete (pues el jinete no es el hombre y el caballo, sino solo el hombre; sin embargo, es llamado jinete porque de algún modo tiene relación con el caballo), o el ser

humano es solo el cuerpo, teniendo relación con el alma de algún modo, como el recipiente con la bebida (en efecto, la copa y la bebida que contiene la copa no se llama en conjunto recipiente, sino solamente la copa, porque, sin embargo, es apropiada para contener la bebida), o, por el contrario, ni el alma sola ni el cuerpo solo, sino que el ser humano es ambos al mismo tiempo, del cual sean una parte tanto el alma como el cuerpo, pero aquel en su totalidad esté compuesto de ambos para que sea un ser humano (así como a dos caballos unidos los llamamos biga, de los cuales tanto el derecho como el izquierdo son una parte de la biga, pero no llamamos a uno de ellos biga, de cualquier modo que se sitúe respecto al otro, sino a ambos al mismo tiempo) [6]. Por su parte, de estas tres opciones elige la tercera, y considera que el ser humano no es ni el alma sola ni el cuerpo solo, sino al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Igualmente afirma que el sumo bien del ser humano por el que se hace feliz se compone de los bienes de ambos, a saber, del cuerpo y del alma. Y por esto considera que deben desearse por sí mismos aquellos impulsos primarios de la naturaleza y la misma virtud que la educación inculca como arte de vivir, que es el bien más excelente entre los bienes del alma. Por lo cual, la misma virtud, es decir, el arte de encauzar la vida, al asumir los impulsos primarios de la naturaleza que existían al margen de ella, pero que existían, sin embargo, incluso cuando les faltaba la educación, los desea todos por sí misma y al mismo tiempo también a sí misma, y se sirve al mismo tiempo de todos y de sí misma con este fin, para deleitarse y disfrutar de todos, en mayor o menor medida según cada uno sean mayores o menores entre sí, gozando, sin embargo, de todos y despreciando algunos menores, si la necesidad lo exige, para conseguir o conservar otros mayores. Por otra parte, la virtud no antepone a sí misma ninguno de todos los bienes, ya del espíritu ya del cuerpo. En efecto, esta hace buen uso tanto de sí misma como de los restantes bienes que hacen feliz al ser humano. Pero cuando ella misma no está presente, por muchos que sean los bienes, no sirven para el bien de aquel al que pertenecen y, por ello, tampoco deben llamarse bienes los de aquel para quien no pueden resultar útiles al hacer mal uso de ellos. Por consiguiente, es llamada feliz aquella vida del ser humano que disfruta de la virtud y de otros bienes del espíritu y del cuerpo sin los cuales no puede existir la virtud. Pero si también disfruta de aquellos sin los cuales puede existir la virtud, ya de algunos, ya de muchos, se la llama más feliz; y si lo hace de todos los bienes por completo, de manera que no falte ningún bien en absoluto, ya del espíritu, ya del cuerpo, felicísima. En efecto, la vida no es lo que la virtud; porque no toda vida, sino la vida sabia, es virtud; y, sin

embargo, cualquier vida puede existir sin ninguna virtud; pero la virtud sin ninguna vida no puede existir. Esto también podría decirlo de la memoria y la capacidad de raciocinio, y si existe alguna otra facultad semejante en el ser humano. Pues estas existen incluso de manera previa a la educación, pero sin ellas no puede existir ninguna educación, y por esto tampoco la virtud, que ciertamente se aprende. Pero correr rápidamente, poseer un cuerpo hermoso, destacar por una gran fortaleza física y otras cualidades semejantes son de tal índole que tanto la virtud puede existir sin ellas como ellas mismas sin la virtud. Sin embargo, son bienes y según estos también la propia virtud los ama por sí mismos y se sirve y disfruta de ellos como conviene a la virtud.

Afirman que esta vida feliz es también social, que ama los bienes de los amigos por sí mismos como suyos, y quiere para ellos por ellos mismos lo que quiere para sí, ya se hallen en casa, como la esposa y los hijos y otros familiares, ya en el lugar, donde se halla su residencia, como es la ciudad, como son aquellos que se denominan ciudadanos, ya en todo el orbe, como son las naciones a las que le une la sociabilidad humana, ya en el mismo universo, que se concibe bajo la denominación de cielo y tierra, como dicen que son los dioses, que pretenden que son amigos del hombre sabio, a los que nosotros más comúnmente llamamos ángeles. Pero acerca del fin del bien y de su contrario, el mal, niegan que deba albergarse ninguna duda en absoluto y afirman que esta es la diferencia que existe entre ellos y los nuevos académicos, y no les importa en absoluto si cada cual filosofa respecto a este fin que consideran verdadero con la indumentaria y el régimen alimenticio de los cínicos o con cualquier otro. Finalmente, de aquellos tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el que está combinado de uno y otro, aseguran que les complace el tercero. Esto afirma Varrón que opinaron y enseñaron los antiguos académicos, conforme a la autoridad de Antíoco^[7], maestro de Cicerón y suyo, del que Cicerón quiere que parezca que en muchas cuestiones fue más estoico que antiguo académico. Pero ¿qué nos importa a nosotros que debemos juzgar más sobre las propias cuestiones que conocer qué sentía cada uno como importante sobre los seres humanos?

4

Por consiguiente, si se nos preguntase qué responde la ciudad de Dios al consultársele sobre cada una de estas cuestiones y, en primer lugar, qué opina

sobre los fines del bien y del mal, responderá que la vida eterna es el sumo bien, pero la muerte eterna es el sumo mal, y que, por tanto, debemos vivir rectamente por alcanzar esta y evitar aquella. Por dicho motivo, está escrito: *El justo vive por la fe*^[8]. Puesto que todavía no vemos nuestro bien, por lo que conviene que lo busquemos creyendo, ni tampoco está en nuestras manos el mismo vivir rectamente, a no ser que creyendo y suplicando nos ayude quien también nos dio la propia fe por la que creamos que debemos ser ayudados por él. Por su parte, aquellos que pensaron que el fin del bien y del mal se halla en esta vida, situando el sumo bien, ya en el cuerpo, ya en el espíritu, ya en uno y otro, y, para expresarlo con mayor precisión, ya en el placer, ya en la virtud, ya en ambos, ya en la tranquilidad, ya en la virtud, ya en ambas, ya en los impulsos primarios de la naturaleza, ya en la virtud, ya en ambos, pretendieron con asombrosa vanidad ser felices aquí y alcanzar la felicidad por sí mismos. La Verdad se burló de ellos por medio del profeta cuando dice: *El señor conoce los pensamientos de los hombres*^[9]. O, como citó el apóstol Pablo este testimonio: *El señor conoce los pensamientos de los sabios, porque son vanos*^[10].

¿Quién, en efecto, se basta para exponer las desgracias de esta vida ni aun con un río de elocuencia? ¡Cuánto se lamentó Cicerón, como fue capaz, en la consolación por la muerte de su hija^[11]! Pero ¿con qué resultado? Lo cierto es que estos que se llaman principios de la naturaleza, ¿cuándo, dónde, de qué modo pueden desarrollarse tan bien en esta vida que no fluctúen bajo eventualidades imprevisibles? En efecto, ¿qué dolor contrario al placer, qué inquietud contraria a la tranquilidad no puede afectar al cuerpo del sabio? Ciertamente, la amputación de los miembros o la parálisis abate la integridad del ser humano, la deformidad la belleza, la debilidad la salud, la fatiga las fuerzas, la torpeza o la lentitud la movilidad. ¿Y cuál de estas circunstancias es tal que no pueda recaer sobre la carne del sabio? También la postura y el movimiento del cuerpo, cuando son adecuados y armoniosos, son mencionados entre las necesidades elementales de la naturaleza. Pero ¿qué sucede si alguna enfermedad ataca los miembros con el temblor? ¿Qué si la espina dorsal se curva hasta obligar a poner las manos en tierra y convierte al ser humano en cierto modo en cuadrúpedo? ¿Acaso no trastoca toda la belleza y dignidad de la colocación y el movimiento del cuerpo? ¿Qué decir respecto a los que se denominan bienes primigenios del propio espíritu, donde sitúan como los dos primeros el sentido y el intelecto a causa de la comprensión y percepción de la verdad? Pero ¿en qué condiciones y en qué medida permanece el sentido si, para no mencionar otros, la persona se queda ciega y

sorda? Y la razón y la inteligencia, ¿adónde se retiran cuando se adormecen, si alguna enfermedad conduce a la locura? Cuando los dementes dicen o hacen muchas cosas absurdas, y muchas veces ajenas a su buena intención y sus costumbres, aún más, contrarias a su buena intención y costumbres, ya las pensemos, ya las veamos, si las analizamos apropiadamente, apenas podemos contener las lágrimas, o tal vez ni siquiera podemos. ¿Qué voy a decir de aquellos que sufren la posesión de los demonios? ¿Dónde tienen escondida o sepultada su inteligencia cuando un espíritu maligno se sirve según su voluntad de su alma y de su cuerpo? ¿Y quién confía en que este mal en esta vida no puede sucederle al sabio? Después ¿de qué índole y magnitud es la percepción de la verdad en esta carne, cuando, como leemos en el fidedigno Libro de la sabiduría: *En efecto, el cuerpo corruptible es un lastre para el alma y el habitáculo terreno abate el espíritu en sus múltiples cavilaciones*^[12]? Por otro lado, el impulso o deseo de acción, si de este modo se denomina correctamente en latín lo que los griegos llaman *oppó*, ya que también lo incluyen entre los bienes primordiales de la naturaleza^[13], ¿acaso no es eso mismo con lo que son regulados también aquellos movimientos dignos de lástima de los dementes y las acciones que aborrecemos cuando se pervierte el sentido y la razón duerme?

Por otra parte, la propia virtud, que no se halla entre los impulsos primarios de la naturaleza porque les viene por añadidura después, al introducirla la educación, aunque reivindique para sí la cúspide de los bienes humanos ¿qué hace aquí sino una guerra constante contra los vicios, no contra los exteriores, sino contra los interiores, y no contra los ajenos, sino claramente contra los nuestros y propios, especialmente aquella virtud que en griego se denomina *σωφροσύνη*, en latín templanza, por la que se pone freno a los deseos carnales, para que no arrastren a la mente a infamia alguna con su consentimiento^[14]? En efecto, no deja de haber vicio, cuando, como dice el apóstol, *la carne siente deseos en contra del espíritu*^[15]. A dicho vicio es contraria la virtud, cuando, como el mismo indica: *el espíritu siente deseos en contra de la carne. En efecto estos, dice, se oponen a su vez, de modo que no hagáis lo que queréis*^[16]. ¿Pero qué queremos hacer cuando queremos perfeccionarnos en el fin del sumo bien, sino que la carne no sienta deseos en contra del espíritu y que en nosotros no resida el vicio en contra del cual sienta sus deseos el espíritu? Puesto que en esta vida no somos capaces de hacerlo, por más que lo deseemos, al menos tratamos con la ayuda de Dios de no ceder cuando sucumbe el espíritu a los deseos de la carne contrarios al espíritu y de no vernos arrastrados a cometer pecado con nuestro

consentimiento. Por consiguiente, lejos esté de nosotros, mientras nos hallamos en esta lucha interior, creer que hemos alcanzado la felicidad a la que queremos llegar victoriosos. ¿Y quién es sabio hasta el punto de no tener ningún conflicto en absoluto contra los deseos?

¿Y qué decir de aquella virtud que es llamada prudencia? ¿acaso con toda su vigilancia no distingue los bienes de los males para que no se introduzca ningún error en desear aquellos y evitar estos, y, por ello, también ella misma atestigua que nosotros residimos en el mal o el mal en nosotros? En efecto, esta misma enseña que el mal consiste en consentir con el deseo para pecar y el bien en no consentir. No obstante, aquel mal con el que la prudencia nos enseña a no consentir y que la templanza hace que no consintamos no se lo quitan a esta vida ni la prudencia ni la templanza. ¿Y qué decir de la justicia, cuya función consiste en dar a cada uno lo suyo^[17] (de donde surge en el propio ser humano un cierto orden justo de la naturaleza de manera que el alma se someta a Dios y la carne al alma, y, por ello, tanto el alma como la carne a Dios)? ¿acaso no demuestra que todavía se esfuerza en esta tarea en lugar de descansar ya en el final de la misma? Lo cierto es que tanto menos se somete el alma a Dios cuanto menos acoge a Dios en sus pensamientos, y tanto menos la carne se somete al alma cuanto más deseos siente en contra del espíritu. Por consiguiente, mientras permanece en nosotros esta debilidad, esta peste, esta languidez, ¿cómo nos atreveremos a llamarnos salvados, y si todavía no salvados, cómo ya felices en aquella felicidad definitiva? Por otra parte, aquella virtud cuyo nombre es el de fortaleza, por grande que sea la sabiduría, es testigo extremadamente fidedigno de los males humanos, que se ve obligada a soportar con la paciencia. Me causa admiración con qué descaro los filósofos estoicos sostienen que estos males no son males, respecto a los que confiesen que, si fuesen tan grandes que el sabio, o bien no pudiera, o bien no debiera soportarlos, se vería obligado a infligirse la muerte a sí mismo y a partir de esta vida^[18]. Pero tan grande es la estupidez de la soberbia en estos hombres al creer que ellos tienen aquí el fin del bien y que se hacen felices por sí mismos, que el sabio entre aquellos, es decir, según lo describen con asombrosa vanidad, aunque se quede ciego, sordo y mudo, se debilite en sus miembros y sea atormentado por los dolores y, si recae en él algún otro mal semejante que puede decirse o pensarse, por el que se vea obligado a infligirse la muerte, no les avergüenza llamar feliz a esta vida asentada en dichos males^[19]. ¡Oh vida feliz, que busca el auxilio de la muerte para terminar! Si es feliz, permanézcase en ella. ¿Cómo no son males estos que vencen al bien de la fortaleza y no solo empujan a la misma fortaleza a ceder

ante ellos, sino también a delirar hasta el punto, por un lado, de afirmar que esta vida es feliz y, por otro, de persuadir de que se debe huir de ella? ¿quién es tan ciego que no es capaz de ver que, si fuese feliz, no se debería huir de ella? Pero con la voz manifiesta de la debilidad confiesan que se ha de huir de ella. Por tanto, ¿cuál es la causa por la cual no reconocen también que es desgraciada, quebrantada la altanería de la soberbia? ¿acaso, si se me permite, aquel Catón se suicidó por su paciencia o más bien por su impaciencia? En efecto, ¿no lo hubiera hecho si no hubiera tolerado con impaciencia la victoria de César^[20]? ¿dónde está la fortaleza? Evidentemente cedió, evidentemente sucumbió, evidentemente fue derrotada hasta el punto de dejar, abandonar y huir de la vida feliz. ¿Acaso no era ya feliz? Por consiguiente, era desgraciada. Así pues, ¿cómo no eran males los que hacían la vida desgraciada y de la que había que huir?

Por lo tanto, también aquellos mismos que reconocen que esos son males, como los peripatéticos, como los antiguos académicos, cuya escuela defiende Varrón, hablan de un modo ciertamente más aceptable, pero también es asombroso su error de sostener que en estos males, aunque sean tan graves que deben rehuirse con la muerte infligida a uno mismo por el mismo que los sufre, la vida, sin embargo, es feliz. «Son males, dice, los tormentos y los sufrimientos del cuerpo, y son tanto peores cuanto habrían podido ser mayores. Para librarse de ellos es preciso huir de esta vida». ¿De qué vida, por Dios? «De esta, dice, que sufre la carga de tan graves males». Por consiguiente, ¿es sin duda ella feliz en los mismos males por los que sostienes que hay que huir de ella? ¿acaso la llamas feliz porque te es lícito apartarte de estos males con la muerte? ¿y qué puede decirse si eres retenido en ellos por algún juicio divino y no se te permite morir ni se te consiente vivir en ningún momento sin ellos? Evidentemente, entonces al menos llamarías a tal vida desgraciada. Por tanto, esta vida no deja de ser desgraciada porque se la abandone rápidamente. Puesto que si fuese sempiterna, también tú mismo la juzgarías desgraciada. Así pues, no porque es breve debe dejar de parecer una desgracia o, lo que resulta más absurdo, porque la desgracia es breve, por ello incluso debe llamarse felicidad. Un gran poder reside en estos males que obligan a un hombre, incluso sabio según sus criterios, a eliminar de sí mismo lo que constituye el ser humano, porque dicen, y dicen la verdad, que esta es en cierto modo la primera y más alta voz de la naturaleza, que el ser humano esté en armonía consigo mismo y huya de la muerte por naturaleza, sea amigo de sí mismo de tal modo que desee y ansíe vehementemente ser un ser animado y vivir en esta unión de cuerpo y alma^[21]. Gran poder reside en estos

males por los que es vencido este instinto de la naturaleza por el que la muerte es evitada de todas las maneras, con todas las fuerzas y tentativas, y es vencido de tal modo que la muerte que había de evitar se desee, se ansíe y, si no pudiera alcanzarla por otro medio, sea infligida por el propio ser humano a sí mismo. Gran poder reside en estos males que convierten a la fortaleza en homicida, si todavía debe, sin embargo, llamarse fortaleza a la que es vencida por estos males, de tal modo que al ser humano, al que la virtud, por así decirlo, ha acogido para guiarlo y protegerlo, no solo no puede protegerlo por medio de la paciencia, sino que ella misma además se ve obligada a matarlo. Debe el sabio ciertamente también soportar la muerte con paciencia, pero la que le viene de otra parte. Según estos, en cambio, si este mismo se ve empujado a infligírsela a sí mismo, evidentemente deben reconocer que no son simplemente males, sino males intolerables incluso, que le impulsan a cometer esa acción. Por consiguiente, la vida que o bien es oprimida por las cargas de esos males tan ingentes y tan graves, o bien está sometida a las circunstancias, en absoluto podría llamarse feliz si los hombres que realizan esta afirmación, del mismo modo que al ser vencidos por males que se van agravando, cuando se infligen la muerte, ceden ante la infelicidad, igualmente, vencidos por argumentos firmes, cuando buscan la vida feliz, se dignarán a ceder ante la verdad y no pensarán que han de gozar del fin del sumo bien en esta mortalidad, donde las mismas virtudes, en comparación con las cuales no se encuentra aquí nada mejor y más útil en el ser humano, cuanto mayores apoyos son contra el poder de los peligros, los esfuerzos y los dolores, tanto más fieles testimonios de las desgracias. En efecto, si son virtudes verdaderas las que no pueden existir excepto en aquellos en quienes resida la verdadera piedad, no proclamarían que ellos tienen el poder de que no sufran ninguna desgracia los seres humanos en quienes se hallan (no son, en efecto, mentirosas las virtudes verdaderas para proclamar esto), sino de que la vida humana, que está obligada a ser desgraciada por tantos y tan grandes males de este siglo, sea feliz en la esperanza del siglo futuro, como también salvada. Efectivamente, ¿cómo es feliz la que todavía no ha alcanzado la salvación? De donde también el apóstol Pablo dice, no de hombres imprudentes, impacientes, intemperantes e inicuos, sino de aquellos que viviesen conforme a la verdadera piedad y, por ello, tuvieran de verdad las virtudes que tuvieran: *por la esperanza, en efecto, somos salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza. Pues quien lo ve ¿qué puede esperar? Pero si esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo contemplamos*^[22]. Por consiguiente, como por la esperanza somos salvados, así por la esperanza

alcanzamos la felicidad, y como todavía no tenemos la salvación presente, así tampoco la felicidad, sino que esperamos la futura y esto *por la paciencia*. Porque nos hallamos en medio de males que debemos tolerar pacientemente, hasta que lleguemos a aquellos bienes donde se hallará todo con lo que nos deleitemos de forma inefable, y en cambio no habrá nada que ya debamos soportar. Tal salvación que se producirá en el siglo futuro será también ella misma la felicidad última. Esos filósofos, ya que no quisieron creer en dicha felicidad al no verla, intentan fabricársela aquí, falsísima, por medio de una virtud tanto más falsa cuanto más soberbia.

5

Por otra parte, el hecho de que, según pretenden, la vida del sabio es social, nosotros lo admitimos mucho más ampliamente. Pues ¿de dónde esta ciudad de Dios, de la que ya tenemos aquí entre manos el libro decimonoveno de la presente obra, comenzaría en su origen, o avanzaría en su transcurrir, o alcanzaría el final debido, si la vida de los santos no fuese social? Pero en la tribulación de esta vida mortal ¿quién sería capaz de enumerar en cuántos y cuán grandes males abunda la sociedad humana? Oigan en sus comediógrafos decir a un hombre con el sentir y la común opinión de todos los hombres:

He tomado esposa; ¡qué gran desgracia he visto en ello! Nacieron los hijos. Otra preocupación^[23].

¿Y qué decir igualmente sobre aquellos males producto del amor que recuerda el mismo Terencio: «ofensas, sospechas, enemistades, guerra, de nuevo paz»^[24]? ¿Acaso no han colmado las relaciones humanas por doquier? ¿acaso no afectan en muchas ocasiones incluso a los amores honestos de los amigos? ¿acaso no están llenas de ellos las relaciones humanas en todo momento, cuando sentimos las ofensas, las sospechas, las enemistades y la guerra como males ciertos, y, en cambio, la paz como un bien incierto, porque no conocemos los corazones de aquellos con quienes queremos mantenerla, y si hoy pudiéramos conocerlos, ignoraríamos ciertamente cómo habían de ser mañana? ¿quiénes, en definitiva, suelen o deben ser más amigos entre sí que quienes también están alojados en una misma casa? Y, sin embargo, ¿quién está seguro de ello, cuando a menudo se originaron tantos males de sus

asechanzas ocultas, tanto más amargos cuanto más dulce fue la paz que se cree verdadera mientras es fingida con gran astucia? Por lo cual, afecta de tal modo a los corazones de todos que obliga al lamento que expresa Tulio: «Ningunas asechanzas se hallan más ocultas que aquellas que están latentes en la simulación del servicio o bajo algún nombre de la necesidad. Pues a quien es abiertamente tu adversario podrás evitarlo fácilmente tomando precauciones; pero este mal oculto, intestino y doméstico no solo está ahí, sino que también te aplasta antes que puedas examinarlo e investigarlo^[25]». Por lo cual también aquella expresión divina: *Y los enemigos del hombre son los de su casa*^[26], se escucha con gran dolor de corazón, ya que, aunque alguien sea tan fuerte que pueda soportar con ánimo sereno aquello que trama contra él una amistad fingida, o tan cauteloso que sea capaz de guardarse de ello con inteligencia previsor, sin embargo, si él mismo es honesto, es inevitable que se sienta atormentado gravemente por la maldad de aquellos hombres pérfidos, cuando descubre por experiencia que estos son pésimos, ya hubieran sido siempre malvados y fingieron ser honestos, ya hubieran cambiado de la bondad a esta maldad. Por consiguiente, si la casa, refugio común en estos males del género humano, no está segura, ¿qué sucede con la ciudad, que, cuanto más grande es, tanto más lleno se halla su foro de litigios civiles y criminales, aunque cesen las no simplemente turbulentas, sino incluso muy a menudo cruentas sediciones y guerras civiles, acontecimientos de los cuales las ciudades se hallan alguna vez libres, pero jamás de sus peligros?

6

¿Qué hemos de decir respecto a los propios juicios humanos sobre los seres humanos, que no pueden faltar a las ciudades que se mantienen en una paz todo lo estable que se quiera, de qué índole pensamos que son, cuán desafortunados, cuán dignos de lástima? Porque juzgan quienes no pueden ver las conciencias de aquellos sobre quienes emiten su juicio. De ahí que a menudo se ven obligados a buscar la verdad pertinente a un proceso judicial ajeno mediante los tormentos de testigos inocentes. ¿Y qué decir cuando alguien es torturado en su propio proceso, y cuando se le pregunta si es culpable, se le aplican tormentos y siendo inocente sufre por un delito incierto penas certísimas, no porque se revela que lo había cometido, sino porque no

se sabe si lo había cometido? Y, por ello, la ignorancia del juez es en muchos casos la calamidad del inocente. Y lo más intolerable y más lamentable y, si fuera posible, digno de ser regado por fuentes de lágrimas, es cuando un juez aplica la tortura a un acusado para no matar sin saberlo a un inocente, sucede por la desgracia de la ignorancia que mata al mismo tiempo al torturado e inocente, al que había ordenado torturar para no matar a un inocente. En efecto, si conforme a la sabiduría de esos eligiese escapar de esta vida en lugar de soportar por más tiempo aquellos tormentos, confiesa haber cometido él lo que no ha cometido. Condenado y muerto este, el juez todavía no sabe si mató a un culpable o a un inocente, al que aplicó tormento para no matar a un inocente sin saberlo. Y, por ello, ha torturado a un inocente para saber si lo era, y lo ha matado en medio de su ignorancia. ¿En estas tinieblas de la vida en sociedad el juez sabio ocupará su sede o no se atreverá? La ocupará sin duda. En efecto, lo encadena y lo arrastra a esta función la sociedad humana, que considera que es ilícito abandonar. Efectivamente, no juzga ilícito que se torture a testigos inocentes en las causas judiciales ajenas. Ni que aquellos que son acusados, superados muchas veces por la intensidad del dolor y tras confesar falsedades sobre sí mismos, son castigados siendo incluso inocentes, habiendo ya sido torturados siendo inocentes. Ni que, aunque no sean castigados con la muerte, mueren muchas veces en los mismos o por los mismos tormentos^[27]. Ni que a veces también aquellos mismos que ejercen la acusación, deseando tal vez beneficiar a la sociedad humana para que los crímenes no queden impunes, y al mentir los testigos y al resistir de forma prodigiosa y no confesar el propio reo ante los tormentos, no siendo capaces de probar aquello de lo que le acusan, aunque lancen acusaciones ciertas, sean condenados por un juez ignorante. Estos males, tantos y tan graves, no cree que sean pecados. En efecto, el juez sabio no los comete con voluntad de causar un perjuicio, sino por la necesidad de la ignorancia, y, sin embargo, ya que la sociedad humana obliga, también por la necesidad de hacer justicia. Por consiguiente, esta que decimos es, sin duda, desgracia del ser humano, aunque no maldad del sabio. ¿Pero acaso por la necesidad de la ignorancia y de hacer justicia tortura a inocentes, castiga a inocentes y es poco para él no ser culpable, si no es también feliz por añadidura? Cuánto más ponderadamente y de forma más digna del ser humano reconoce en esta necesidad la desgracia y la odia en sí y, si es sabio con piedad, clama a Dios: ¡libérame de mis necesidades^[28]!

Después de la ciudad o la urbe sigue el orbe de la tierra, en el cual fijan el tercer grado de la sociedad humana, comenzando desde la casa y de ahí a la urbe, llegando después en su progresión al orbe. Este ciertamente, como una confluencia de aguas, cuanto más grande es, tanto más llena de peligros. En él en primer lugar la diversidad de las lenguas aleja a un ser humano de otro. Pues si se encuentran dos, de los cuales ninguno conoce la lengua del otro, y se ven obligados por alguna necesidad a no pasar de largo, sino a estar juntos, dos animales mudos, aunque de distinta especie, convivirían más fácilmente que ellos, aun siendo ambos seres humanos. En efecto, dado que no pueden comunicar entre sí lo que piensan, a causa únicamente de la diversidad de lenguas una naturaleza tan semejante no propicia en absoluto la asociación de los seres humanos, de modo que una persona está más a gusto con su perro que con un extraño. Pero se ha procurado que la ciudad dominadora no solo impusiese el yugo, sino también su lengua sobre los pueblos dominados por un pacto de asociación, gracias al cual no faltasen, por el contrario, incluso también abundasen los traductores. Es cierto. Pero esto, ¿con cuántas y cuán encarnizadas guerras, con cuanta matanza de seres humanos, con cuanto derramamiento de sangre humana ha sido dispuesto? Una vez concluidos estos sucesos, no ha terminado, sin embargo, la desgracia de aquellos males. En efecto, aunque no hubieran faltado ni falten enemigos de naciones extranjeras contra las cuales siempre se han entablado y se entablan guerras^[29], no obstante, la propia extensión del imperio engendra incluso guerras de la peor categoría, a saber, entre aliados y civiles, por las cuales es golpeado más lamentablemente el género humano, ya cuando se combate, para que cesen alguna vez, ya cuando se teme que se originen de nuevo. Si quisiera exponer como conviene las muchas y múltiples calamidades, las duras y terribles necesidades de dichos males, aunque no sería incapaz de hacerlo en absoluto como la cuestión exige, ¿cuál será el límite de una prolija discusión? Pero el sabio, dicen, va a sostener una guerra justa. Como si no hubiera de lamentarse mucho más, si se acuerda de que es un ser humano, de que exista para él la necesidad de las guerras justas, ya que si no fuesen justas, no debería sostenerlas, y, por ello, no hubiese guerra alguna para el sabio. En efecto, la iniquidad de la parte contraria obliga al sabio a emprender guerras justas. Dicha iniquidad, sin duda, ha de ser motivo de tristeza para el sabio, porque es propia del ser humano, aunque no nazca de ella ninguna necesidad de hacer la guerra. Por consiguiente, estos males tan grandes, tan horrendos,

tan crueles, quien los considera con dolor, reconózcalos como una desgracia; pero quien o bien los tolera, o piensa en ellos sin dolor del espíritu, se considera feliz de forma mucho más lamentable, porque también ha perdido la sensibilidad humana.

8

Por otra parte, si no se diera cierta ignorancia similar a la demencia que, sin embargo, en la desgraciada condición de esta vida se presenta a menudo, que lleva a creer que es amigo quien es enemigo, o bien enemigo quien es amigo, ¿qué nos consuela en esta sociedad humana llenísima de errores y de tribulaciones sino la lealtad no fingida y el cariño mutuo de los buenos y verdaderos amigos^[30]? Cuantos más tenemos y en más lugares, tanto más amplio y profundo temor albergamos de que no les suceda nada malo entre tan gran cúmulo de males de este siglo. En efecto, no solamente sentimos la preocupación de que se vean afligidos por el hambre, las guerras, las enfermedades, el cautiverio, de que en esta servidumbre sufran tales desgracias cuales no somos capaces ni de imaginar, sino también, donde el temor es mucho más amargo, de que tornen a la perfidia, la maldad y el desprecio. Y cuando esto sucede (ciertamente con mayor frecuencia cuantos más son aquellos) y llega a nuestro conocimiento, ¿quién puede darse cuenta, excepto quien siente lo mismo, de con qué clase de llamas se abrasa nuestro corazón? Lo cierto es que preferiríamos oír que han muerto, aunque tampoco eso podríamos oírlo sin dolor. En efecto, ¿cómo puede suceder que las muertes de aquellos cuya vida nos deleitaba por el consuelo de la amistad no nos provoquen ninguna tristeza? Quien la impide, que impida, si puede, las conversaciones amistosas, prohíba o interrumpa el afecto amical, corte los vínculos espirituales de todas las relaciones humanas con cruel insensibilidad. Y si no puede suceder en modo alguno, ¿cómo también habrá de suceder que no sea amarga para nosotros la muerte de aquel cuya vida es dulce? En efecto, de ahí procede también cierto pesar del corazón no inhumano como una herida o llaga que para sanarla se aplican los consuelos debidos. Pues no deja de haber algo que pueda sanarse, porque cuanto mejor es el espíritu, tanto más rápido y mejor se logra la curación en él. Por consiguiente, a pesar de que también la vida de los mortales es afligida, ahora más levemente, ahora más duramente, por las muertes de los seres más queridos, especialmente de

aquellos cuyos servicios son necesarios para la sociedad humana, sin embargo, cuánto preferiríamos oír o ver que aquellos a los que queremos han muerto a que han decaído en su fe o sus buenas costumbres, es decir, que han muerto en la misma alma. De qué enorme cúmulo de males está llena la tierra, por lo que ha sido escrito: *¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra*^[31]? Y por esto el Señor mismo dice: *¡Ay del mundo por causa de los escándalos*^[32]! Y añade además: *porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos*^[33]. De ello sucede que nos alegremos por los buenos amigos muertos, y aunque su propia muerte nos entristezca, la misma nos consuele con más seguridad, porque se libraron de los males por los que en esta vida incluso las buenas personas son destrozadas o depravadas o son puestas a prueba por uno y otro mal.

9

Pero en la sociedad de los ángeles santos, que aquellos filósofos que pretendieron que los dioses son nuestros amigos, situaron en el cuarto lugar, como yendo hasta el universo desde el orbe terrestre, para que así abarcasen en cierto modo también el cielo, no temimos en absoluto ciertamente que tales amigos nos entristecieran, ya con su muerte, ya con su depravación. Pero ya que no se mezclan con nosotros con esta familiaridad con que lo hacen los seres humanos (lo cual asimismo también pertenece a las desgracias de esta vida) y en ocasiones Satanás, como leemos, se transfigura como un ángel de luz^[34] para tentar a aquellos a los cuales, o bien es preciso aleccionar, o bien es justo engañar de tal modo, es necesaria una gran misericordia de Dios para que nadie, cuando cree que tiene por amigos a los ángeles buenos, tenga a los demonios malvados como amigos fingidos, y los soporte como enemigos tanto más dañinos cuanto más astutos y falaces. ¿Y para qué es necesaria esta gran misericordia de Dios sino para que la gran miseria humana, que es oprimida por tan gran ignorancia, fácilmente se vea engañada por su fingimiento? Y resulta segurísimo que aquellos filósofos en la ciudad impía, que afirmaron que los dioses eran sus amigos, cayeron en manos de los demonios malignos, a quienes está sometida toda esta ciudad, que habrá de tener el eterno castigo con ellos^[35]. Lo cierto es que de sus ritos, o mejor dicho, sacrilegios, con los que pensaron que se les debía rendir culto, y de los juegos inmundísimos donde se celebran sus crímenes, con los que

consideraron que debían ser aplacados aquellos mismos autores y demandantes de tales y tantas desvergüenzas, está suficientemente claro a quiénes rinden culto estos.

10

Pero ni los santos y fieles adoradores del único y supremo Dios verdadero se encuentran a salvo de sus engaños y de la tentación multiforme. En efecto, en este lugar de debilidad y en estos días malignos esta preocupación no resulta tampoco inútil para que aquella seguridad, donde se halla la paz plenísima y certísima, sea buscada con un deseo más ardiente. En efecto, allí estarán los dones de la naturaleza, es decir, aquellos que son dados a nuestra naturaleza por el creador de todas las naturalezas, no solo buenos, sino también sempiternos, no solo en el espíritu, que es sanado por la sabiduría, sino también en el cuerpo, que será renovado por la resurrección; allí las virtudes, no combatiendo contra ningún vicio o cualquier mal, sino poseyendo como premio de la victoria la paz eterna, que ningún adversario pueda perturbar^[36]. Esta misma es, pues, la felicidad definitiva, este mismo el fin de la perfección, que no tiene un fin que lo consuma. Por otra parte, aquí ciertamente somos llamados felices cuando tenemos paz, por pequeña que pueda tenerse aquí en una buena vida. Pero esta felicidad, comparada con aquella felicidad que llamamos final, se descubre en suma como desgracia. Por consiguiente, cuando los mortales poseemos esta paz, tal cual puede existir aquí, en los asuntos mortales, si vivimos rectamente, la virtud se sirve de sus bienes rectamente; pero cuando no la tenemos, la virtud también se sirve bien de los males que sufre el ser humano. Pero entonces la virtud es verdadera, cuando dirige todos los bienes de los que bien se sirve, todo lo que hace en el buen uso de bienes y males y a sí misma, a este fin donde tendremos una paz semejante y tan grande que no podría haberla mejor y más grande.

11

Por lo cual, podríamos afirmar que el fin de nuestros bienes es la paz, como afirmamos que lo era la vida eterna, tanto más cuanto que a la propia ciudad de Dios, sobre la cual mantenemos esta laboriosísima discusión, se le dice en el salmo santo: *Alaba Jerusalén al Señor, alaba juntamente a tu Dios, Sión; porque reforzó las cerraduras de tus puertas, bendijo a tus hijos en ti, quien puso como tus fronteras la paz*^[37]. En efecto, cuando fuesen reforzadas las cerraduras de sus puertas ya nadie entrará en ella ni ninguno saldrá de ella. Y por esto debemos entender aquí sus fronteras como aquella paz que queremos demostrar que será la final. Pues también el nombre místico de la propia ciudad, es decir, Jerusalén, lo que también hemos indicado anteriormente, significa «visión de paz»^[38]. Pero puesto que el término paz se utiliza frecuentemente también en estas cuestiones mortales, donde ciertamente no se halla la vida eterna, por ello hemos preferido recordar el fin de esta ciudad, donde reside el sumo bien, con el nombre de vida eterna en lugar de paz. De dicho fin dice el apóstol: *Pero ahora, liberados del pecado, y, en cambio, convertidos en siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en la santificación, y como fin la vida eterna*^[39]. Pero por el contrario, ya que la vida eterna puede ser entendida por aquellos que no están familiarizados con las escrituras santas también como la vida de los malvados, ya también según algunos filósofos a causa de la inmortalidad del alma, ya también según nuestra fe a causa de los interminables castigos de los impíos, que, ciertamente, no podrán ser atormentados para la eternidad si no viviesen también para la eternidad, sin duda el final de esta ciudad, en el cual gozará del sumo bien, debe llamarse ya paz en la vida eterna, ya vida eterna en la paz, para que pueda entenderse fácilmente por parte de todos. En efecto, tan grande es el bien de la paz que, incluso en los asuntos terrenos y mortales, no suele oírse nada más grato, nada más deseable desearse, nada mejor, en definitiva, puede encontrarse. Si quisiéramos hablar sobre ello algo más extensamente, no resultaremos, según creo, tediosos para los lectores, tanto a causa del final de esta ciudad, de la que versa nuestra disertación, como a causa de la propia dulzura de la paz, que es querida para todos.

12

Cualquiera que observe los asuntos humanos y la naturaleza común del modo que sea, reconoce esto conmigo. En efecto, como no hay nadie que no

quiera sentir gozo, así tampoco hay nadie que no quiera tener paz. Puesto que incluso aquellos mismos que quieren la guerra no desean ninguna otra cosa sino vencer. Por consiguiente, desean alcanzar una paz gloriosa guerreando. Pues ¿qué otra cosa es la victoria sino el sometimiento de quienes oponen resistencia? Y cuando esto se haya conseguido, se producirá la paz. Consiguientemente, las guerras también se hacen con voluntad de paz, incluso por parte de aquellos que desean ejercer el valor guerrero dando órdenes y combatiendo. De donde consta que la paz es el fin deseable de la guerra. En efecto, todo hombre busca la paz haciendo la guerra, pero ninguno busca la guerra haciendo la paz. Pues incluso aquellos que quieren que sea perturbada la paz en la que se hallan, no odian la paz, sino que desean transformarla según su arbitrio. Por consiguiente, no quieren que no haya paz, sino que esta sea la que ellos quieren. En definitiva, aunque a causa de una sedición se segregasen de los demás, si no mantienen una apariencia de paz de cualquier tipo con sus propios conspiradores y conjurados, no consiguen lo que pretenden. Por consiguiente, los propios bandidos, a fin de ser hostiles de manera más impetuosa y segura para la paz de los demás, quieren mantener la paz de sus secuaces. Pero aunque uno solo resulte tan extremadamente poderoso en fuerzas, y de tal modo se guarde de sus cómplices que no se confíe a ningún compinche y consiga botines tramando asechanzas él solo y superando a los que pudo, una vez aplastados y muertos, mantiene cierta sombra de paz con aquellos precisamente a los que no puede matar y a los que quiere ocultar lo que hace. Por otra parte, en su casa ciertamente procura estar en paz con su mujer y sus hijos, y, dado el caso, con otros que allí albergase. Evidentemente, sin duda, se deleita si estos le obedecen a la mínima señal. Pues si no se hace, se indigna, increpa, castiga y, si es así necesario, recompone la paz de su casa incluso actuando con crueldad, la cual siente que no puede existir si todo lo demás en la propia comunidad doméstica no está sometido a cierto principio que en su casa es su persona. Y, por ello, si se le ofreciese la servidumbre de más personas, ya de una ciudad, ya de una nación, de tal modo que le sirvieran como quería que se le sirviera en su casa, ya no se ocultaría como un bandido en sus escondrijos, sino que se elevaría como un rey visible, permaneciendo en él idéntica codicia y maldad. En efecto, todos los que quieren vivir según su arbitrio desean mantener la paz con los suyos. Pues también quieren poner bajo su dominio, si pudiesen, a aquellos con quienes hacen la guerra e imponerles, una vez sometidos, las leyes de su paz.

Pero imaginemos un personaje semejante al que canta el relato poético y fabuloso, al que tal vez a causa de su fiereza antisocial prefirieron llamar medio humano antes que humano^[40]. En efecto, aunque su reino fuese la soledad de una siniestra cueva y tan singular su maldad que a partir de ella se le encontró un nombre (pues en griego malo se dice κακός, nombre que aquel recibía)^[41], ninguna esposa entablase e intercambiase con él una tierna conversación, ni jugase con sus hijos pequeños, ni diese órdenes a los más crecidos, ni disfrutase de ningún diálogo con un amigo, ni con Vulcano, su padre, respecto al cual no fue poco más feliz solamente por esto, porque él mismo no engendró un monstruo semejante, ni le diese nada a nadie, sino que arrebatase a quien podía lo que quería y cuando podía a quien quería, sin embargo, en esa misma cueva solitaria suya, cuyo suelo, tal y como se describe, siempre estaba caliente por la matanza reciente^[42], no quería ninguna otra cosa más que la paz, en la cual nadie le resultase molesto, ni la violencia o el terror de nadie perturbase su tranquilidad. En suma, deseaba tener paz con su cuerpo y, en la medida en que la tenía, así se encontraba a gusto. Porque gobernaba sobre sus miembros obedientes y a fin de apaciguar con la mayor premura posible su condición mortal que se insubordinaba contra él a causa de la necesidad y provocaba la rebelión del hambre para separar y expulsar el alma del cuerpo, robaba, mataba, devoraba y, aunque cruel y fiero, sin embargo miraba por la paz de su vida y su salud de un modo cruel y feroz. Y, por ello, si quisiera mantener también con otros la paz que procuraba mantener suficientemente en su cueva y en sí mismo, no se le llamaría ni malo ni monstruo ni medio humano. O si la apariencia de su cuerpo y el vómito de negros fuegos apartaba de él la compañía de los seres humanos, tal vez se mostraba cruel no por deseo de hacer daño, sino por la necesidad de vivir. En realidad, este no hubiera existido, o, lo que resulta más creíble, no hubiese sido tal cual es descrito por la vanidad poética. En efecto, si Caco no fuese acusado en exceso, Hércules sería escasamente alabado. Por consiguiente, se cree que un hombre semejante, o mejor medio humano, como dije, no existió, como muchas ficciones de los poetas. En efecto, las propias fieras crudelísimas, de donde él tuvo su parte de fiereza (pues también era llamado semifiera), preservan la propia especie mediante cierta paz, apareándose, engendrando, pariendo, cuidando y alimentando a la camada, aun siendo la mayoría insociables y solitarias; no ciertamente como las ovejas, los ciervos, las palomas, los estorninos, las abejas, sino como los leones, <los lobos>, las zorras, las águilas, las lechuzas. En efecto, ¿qué tigre no susurra tiernamente a sus hijos y los acaricia, aplacada su fiereza? ¿qué

milano, por muy solitario que vuele alrededor de sus presas, no se aparea con su pareja, construye el nido, incuba los huevos, alimenta a los polluelos y con su madre de familia, por así llamarla, preserva la sociedad doméstica todo lo pacíficamente que le es posible? Cuánto más el ser humano es llevado en cierto modo por las leyes de su naturaleza para entablar una alianza y alcanzar la paz con todos los seres humanos en cuanto está en sus manos, si también los malvados hacen la guerra por la paz de los suyos y querrían hacer suyos a todos, si pudiesen, para que todo y todos estuviesen al servicio también de uno solo. ¿De qué manera podría ser, si no fuera por estar en armonía con su paz, ya por medio del amor o del temor? Así, en efecto, la soberbia imita perversamente a Dios. Pues odia con sus socios la igualdad bajo su poder, pero quiere imponer a sus socios su dominación en lugar de la de él. Por consiguiente, odia la paz justa de Dios y ama su paz inicua. No puede, sin embargo, de ningún modo dejar de amar la paz, cualquiera que sea. Lo cierto es que el vicio de nadie es tan contrario a la naturaleza que destruya incluso las últimas huellas de la naturaleza.

En consecuencia, aquel que sabe anteponer la rectitud a la depravación y la conducta ordenada a la perversión ve que la paz de los malvados en comparación con la paz de los justos no merece recibir el nombre de paz. Pero lo que es perverso también es necesario que esté en paz en alguna, por alguna o con alguna parte de las cosas en las que se halla o de las que consta. De no ser así, no existiría en absoluto. Por ejemplo, si alguien estuviera suspendido cabeza abajo, la posición de su cuerpo y el orden de sus miembros están sin duda viciados, ya que lo que la naturaleza exige que esté arriba se encuentra debajo, y lo que aquella quiere que esté debajo se coloca arriba. Este trastorno perturbó la paz de la carne y por ello resulta incómodo. Sin embargo, el alma está en paz con el cuerpo y se preocupa por su salud y, por ello, hay quien siente dolor. Y si esta, expulsada de él a causa de los sufrimientos, se separara, mientras permanece el ensamblaje de los miembros, el que permanezca no se da sin cierta paz de las partes, y, por ello, todavía existe el que está suspendido. Y porque el cuerpo terreno tiende hacia la tierra y opone resistencia a la cadena por la que está suspendido, se inclina al orden de su paz y, en cierto modo, exige con la voz del peso un lugar para descansar, y ya exánime y sin sentido alguno, sin embargo no se aparta de la paz de su orden natural, ya cuando la mantiene, ya cuando es llevado a ella. En efecto, si se aplicasen ungüentos y un tratamiento que no permita que la forma del cadáver se disuelva y se corrompa, todavía cierta paz une unas partes a otras y apoya toda su masa en un lugar terreno y apropiado y, por ello, en paz. En cambio,

si no se aplicase ninguna técnica de conservación, sino que se dejase a su curso natural, durante un tiempo, por así decirlo, se levantaría un tumulto entre emanaciones discordantes y contrarias a nuestra sensibilidad (esto es, en efecto, lo que se percibe en la putrefacción), hasta que se reúna con los elementos del mundo y se disgregue en su paz de forma paulatina y partícula a partícula. Sin embargo, de ahí nada se sustrae en absoluto a las leyes de aquel creador y ordenador supremo por el que es administrada la paz del universo. Ya que, aunque de un cadáver de un animal mayor nazcan animales diminutos, por la propia ley del creador todos los cuerpecillos sirven a sus pequeñas almas en la paz de la salud. Aunque las carnes de los muertos sean devoradas por otros animales, encuentran las mismas leyes difundidas por todas partes, pacificando lo conveniente con lo conveniente para la supervivencia de cada especie de seres mortales, por cualquier parte que sean arrastradas y a cualquier cosa a la que sean unidas y en cualquier cosa en la que se conviertan y transformen.

13

Por consiguiente, la paz del cuerpo es la composición equilibrada de sus partes, la paz del alma irracional el descanso ordenado de los apetitos, la paz del alma racional el acuerdo ordenado del pensamiento y de la acción, la paz del cuerpo y el alma la vida ordenada y la salud del ser vivo, la paz del hombre mortal y Dios la obediencia ordenada en la fe bajo la ley eterna, la paz de los seres humanos la concordia ordenada, la paz de la casa la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan, la paz de la ciudad la concordia ordenada de mandar y obedecer de los ciudadanos, la paz de la ciudad celeste la sociedad ordenadísima y llenísima de la concordia de gozar de Dios y al mismo tiempo en Dios, la paz de todas las cosas la tranquilidad del orden^[43]. El orden consiste en la disposición que asigna sus lugares a cada una de las cosas semejantes o dispares. Por tanto, los desgraciados, ya que, en cuanto que son desgraciados, ciertamente no están en paz, carecen sin duda de la tranquilidad del orden, donde no existe ninguna perturbación. Sin embargo, ya que son justamente y con razón desgraciados, tampoco en esta misma desgracia suya pueden hallarse al margen del orden, no ciertamente unidos a los felices, sino separados de ellos, sin embargo, por la ley del orden. Estos, cuando viven sin ninguna perturbación, se adaptan a las situaciones en las que

se encuentran con total conformidad. Y, por ello, se da en ellos cierta tranquilidad del orden, por consiguiente, reside cierta paz. Pero son desgraciados porque, aunque en cierta clase de seguridad no sienten dolor, sin embargo, no se encuentran allí donde deberían estar seguros y no sentir dolor, y aún más desgraciados si no tienen paz con esa misma ley por la que se administra el orden natural. Pero cuando sienten dolor la perturbación de la paz se produce por aquella parte por la que sienten dolor. Pero todavía hay paz en aquella en la que ni el dolor abrasa ni la propia cohesión se disuelve. Por consiguiente, como existe alguna vida sin dolor, pero el dolor no puede existir sin ninguna vida, así existe alguna paz sin ninguna guerra, pero no puede existir la guerra sin ninguna paz, no conforme a aquello que define la guerra, sino conforme al hecho de que es dirigida por aquellos o contra aquellos que son naturalezas de alguna especie, cosa que en ningún modo serían si no subsistieran en una paz, fuera de la clase que fuera.

Por este motivo, existe una naturaleza en la cual no reside ningún mal e incluso en la que no puede existir ningún mal. Por otra parte, no puede existir una naturaleza en la cual no resida ningún bien. Por consiguiente, ni la naturaleza del mismísimo Diablo, en cuanto que es naturaleza, es un mal; pero la perversión la hace mala. Así pues, *no se mantuvo firme en la verdad*^[44], pero no escapó al juicio de la verdad; no permaneció en la tranquilidad del orden, y no por ello, sin embargo, escapó de la potestad del Ordenador. El bien de Dios, que aquel posee en su naturaleza, no le sustrae de la justicia de Dios, por la que se pone orden en el castigo. Ni allí Dios persigue el bien que él creó, sino el mal que aquel cometió. Ni, en efecto, se lleva todo lo que dio a su naturaleza, sino que algo le quita y algo le deja, para que haya quien sienta dolor por lo que le quita. Y el mismo dolor es testimonio del bien arrebatado y del bien que se ha dejado. En efecto, si no se le hubiese dejado el bien, no podría sentir dolor por el bien perdido. Pues quien peca es peor si se regocija en el daño a la equidad; pero quien sufre tormento, si no obtiene de ello ningún bien, lamenta el daño de su salud. Y puesto que la equidad y la salud son ambos un bien, y hay que lamentarse por la pérdida de un bien antes que alegrarse (si no existe, no obstante, la compensación de uno mejor; en cambio es mejor la equidad del espíritu que la salud del cuerpo), ciertamente el injusto siente dolor más convenientemente en el suplicio de lo que se alegró en el delito. Por consiguiente, como la alegría por el bien abandonado en el pecado es testimonio de mala voluntad, así el dolor por el bien perdido en el suplicio es testimonio de una buena naturaleza. De hecho, quien se lamenta por la pérdida de la paz de su

naturaleza, se lamenta a causa de algunos restos de paz gracias a los cuales sucede que la naturaleza le resulta amistosa. Pero en el suplicio final se cumple con justicia lo siguiente: que los malvados y los impíos lamenten en los tormentos los daños de los bienes naturales, reconociendo como su sustractor al justísimo Dios, al que despreciaron como benignísimo dador. Por consiguiente, Dios, creador sapientísimo y justísimo ordenador de todas las naturalezas, que estableció como el mayor de los ornamentos terrenos al género humano mortal, dio a los seres humanos ciertos bienes convenientes para esta vida, es decir, la paz temporal a la medida de la vida mortal en la misma salud, incolumidad y sociedad de su especie, y todo lo que es necesario para defender o recuperar esta paz (como todo aquello que, de forma adecuada y conveniente, se halla al servicio de los sentidos: la luz, el sonido, los aires respirables, las aguas potables, y todo lo que es apropiado para alimentar, cubrir, cuidar y adornar el cuerpo), con esta justísima condición, que quien hiciera uso rectamente de tales bienes mortales acomodados a la paz de los mortales, reciba otros mayores y mejores, a saber, la propia paz de la inmortalidad y la gloria conveniente a esta y el honor en la vida eterna para gozar de Dios y del prójimo en Dios; pero quien hiciera mal uso, no recibirá aquellos y perderá estos.

14

Por consiguiente, todo uso de los bienes temporales está enfocado al disfrute de la paz terrena en la ciudad terrena. En cambio, en la ciudad celeste está dirigido al disfrute de la paz eterna. Por lo cual, si fuésemos animales irracionales, no ansiaríamos nada excepto el equilibrio ordenado de las partes del cuerpo y el alivio de los apetitos, nada, en efecto, aparte del descanso de la carne y la abundancia de satisfacciones, para que la paz del cuerpo beneficie a la paz del alma. Pues si falta la paz del cuerpo, se obstaculiza también la paz del alma, ya que no puede alcanzar el alivio de los apetitos. Por su parte, una y otra al mismo tiempo benefician a esta paz que mantienen entre sí alma y cuerpo, es decir, de la vida ordenada y la salud. En efecto, como los animales muestran que aman la paz del cuerpo cuando rehúyen el dolor, y la paz del alma cuando para cubrir sus carencias persiguen la satisfacción de sus apetitos, así, huyendo de la muerte, señalan suficientemente cuánto aman la paz por la que están en armonía el alma y el

cuerpo. Pero ya que el ser humano posee alma racional, todo esto que tiene en común con las bestias lo somete a la paz del alma racional con el fin de que examine algo con la mente y actúe conforme a ello, para poseer una armonía ordenada de conocimiento y acción, a la que habíamos denominado paz del alma racional. En efecto, con este fin debe desear no sentir molestias por el dolor, ni verse perturbado por el deseo, ni ser destruido por la muerte, para conocer algo útil y según ese conocimiento organizar la vida y las costumbres. Pero, a fin de que por el propio afán de conocimiento no incurra en el azote de algún error a causa de la debilidad de la mente humana, tiene la necesidad del magisterio divino al que someterse seguro y de su ayuda para someterse libremente. Y puesto que durante el tiempo en que se halla en ese cuerpo mortal peregrina lejos del Señor^[45], camina por la fe, no por la visión. Y, por ello, refiere toda paz, ya del cuerpo, ya del alma, ya al mismo tiempo del cuerpo y el alma, a aquella paz que tiene el hombre mortal con Dios inmortal, para que esté ordenada en la fe por la obediencia bajo la ley eterna. Por otra parte, ya que los dos principales preceptos, es decir, el amor a Dios y el amor al prójimo, los enseña Dios, nuestro maestro^[46], en los cuales el ser humano encuentra tres objetos a los que amar, a Dios, a sí mismo, y al prójimo, y aquel que ama a Dios no se equivoca en amarse a sí mismo. Resulta consecuente que vele por el prójimo al que se ordena amar como a sí mismo (así a la esposa, así a los hijos, así a los de la familia, así a las restantes personas a las que pueda), para que ame también a Dios, y quiera que el prójimo vele por él con ese fin, si por casualidad lo necesita. Y por esto, en cuanto esté en sus manos, estará en paz con cualquier ser humano por la paz de los seres humanos, es decir, por la concordia ordenada cuyo orden es el siguiente, en primer lugar no causar daño a nadie, después prestar ayuda a quien se pueda^[47]. Por consiguiente, existe en él primigeniamente la preocupación por los suyos. Lo cierto es que tiene una posibilidad más oportuna y fácil de velar por ellos, sea en el orden de la naturaleza, sea en el de la propia sociedad humana. De ahí dice el apóstol: *pero quien no mira por los suyos y sobre todo por los de su casa, reniega de su fe y es peor que un infiel*^[48]. De ahí, pues, surge la paz doméstica, es decir, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan. Mandan, en efecto, aquellos que velan por otros, como el esposo a la esposa, los padres a los hijos, los amos a los esclavos. Obedecen, en cambio, aquellos por los que se mira, como las mujeres a los maridos, los hijos a los padres, los esclavos a los amos. Pero en la casa del justo que vive por la fe y que todavía peregrina lejos de aquella ciudad celeste, incluso los que mandan sirven a aquellos a quienes parecen

mandar. Y no mandan por el ansia de dominar, sino por el deber de cuidar, y no por la soberbia del que busca reinar, sino con la misericordia del que prevé.

15

Esto prescribe el orden natural, así creó Dios al ser humano. Pues dice: *que ejerza su dominio sobre los peces del mar y las aves del cielo y todos los reptiles que reptan sobre la tierra*^[49]. No quiso que el que fue creado racional a su imagen ejerciera su dominio más que sobre seres irracionales; no el ser humano sobre el ser humano, sino el ser humano sobre el ganado. De ahí que los primeros justos se establecieron como pastores de rebaños más que como reyes de los hombres^[50], de forma que Dios sugiriera así qué requiere el orden de las criaturas, qué exige la retribución de los pecados. Lo cierto es que se entiende que la condición de esclavitud haya sido impuesta mercedamente al pecador. Por consiguiente, en ningún pasaje de las escrituras leemos «esclavo», antes que el justo Noé reprobase el pecado de su hijo bajo este término^[51]. Así pues, la culpa mereció ese nombre, no la naturaleza. Pero el origen del nombre de los esclavos en lengua latina se cree que deriva del hecho de que aquellos que podían ser muertos bajo la ley de la guerra, cuando eran preservados por los vencedores, se convertían en siervos, recibiendo su nombre de «preservar»^[52]. Esto mismo tampoco se produce sin la retribución del pecado. Pues también cuando se entabla una guerra justa, el bando contrario combate en virtud del pecado. Y toda victoria, incluso cuando favorezca a los malvados, humilla a los vencidos por el juicio divino o enmendando los pecados o castigándolos. Daniel, hombre de Dios, es testigo cuando, puesto en cautiverio, confiesa ante Dios sus pecados y los pecados de su pueblo, y testimonia que esa es la causa de su cautiverio con piadoso dolor. Por consiguiente, la primera causa de la esclavitud es el pecado, que el ser humano se someta al ser humano por la atadura de su condición, cosa que no sucede sino por el juicio de Dios, en el cual no existe la iniquidad y sabe repartir distintas penas según los méritos de los que delinquieron. Pero así como el Dios supremo dice: *Todo el que comete pecado es esclavo del pecado*^[53], y, por ello, muchas personas piadosas sirven a amos malvados, pero sin embargo, no libres: *en efecto, a aquel por quien alguien ha sido vencido, a este también le ha sido adjudicado como esclavo*^[54]. Y,

ciertamente, se sirve más felizmente a un ser humano que al deseo, porque con su crudelísimo dominio destruye los corazones de los mortales, por omitir otros, el propio deseo de dominar. Pero para los seres humanos, por aquel orden de la paz por el que han sido sometidos unos a otros, como la humildad es provechosa para los que sirven, del mismo modo es perniciosa la soberbia de los que ejercen su dominio. Por otra parte, nadie es esclavo de un ser humano ni del pecado por la naturaleza en la cual Dios creó al principio al hombre. Pero la esclavitud como castigo se rige según esa ley que ordena que se conserve el orden natural e impide que sea trastocado. Porque si no se hubiera actuado contra esa ley, nada debería ser reprimido mediante la pena de esclavitud. Y, por ello, el apóstol también aconseja que los esclavos estén sometidos a sus amos^[55] y que les sirvan de corazón con buena voluntad, sin duda para que si no pueden liberarse de sus amos, hagan su servidumbre en cierto modo libre para ellos, sirviendo no con astuto temor sino con cariño fiel, hasta que transcurra la injusticia y se elimine toda la soberanía y poder^[56] humanos y Dios sea todo en todas las cosas^[57].

16

En consecuencia, aunque nuestros justos patriarcas tuvieron esclavos, administraban la paz doméstica de tal manera que distinguieron la suerte de los hijos de la condición de los esclavos conforme a estos bienes temporales; pero para rendir culto a Dios, en el que deben esperarse los bienes eternos, velaron por todos los miembros de su casa con un celo semejante. Y esto lo prescribe el orden natural de tal manera que la denominación de padres de familia ha surgido de ahí y se ha divulgado tan ampliamente que también los que ejercen su dominio injustamente se gozan en recibir dicho nombre. Pero quienes son verdaderos padres de familia velan por todos en su familia como de sus hijos para rendir culto y servir a Dios, ansiando y deseando venir a la morada celeste, donde no sea necesario el deber de gobernar sobre los mortales, ya que no será necesario el deber de velar ya por los felices en aquella inmortalidad. Mientras se llega allí, más deben soportar los padres por mandar que los esclavos por servir. Y si alguien en la casa por su desobediencia es contrario a la paz doméstica, es corregido o bien de palabra, o bien por el látigo, o bien por cualquier otro género de castigo justo y lícito, en la medida en que lo permite la sociedad humana, en beneficio de aquel que

es corregido, para que se ajuste a la paz de la cual se había disgregado. En efecto, como no es propio de la bondad ocasionar mediante la ayuda que se pierda un bien que es mayor, así no es propio de la inocencia permitir mediante el perdón que se incurra en un mal más grave. Por consiguiente, atañe al deber del inocente no solo no infligir un mal a nadie, sino también apartar del pecado o castigar el pecado para que, o bien sea corregido mediante la experiencia el mismo que es castigado, o bien otros sientan temor por el ejemplo. Por consiguiente, ya que la casa del hombre debe ser el principio o una pequeña parte de la ciudad, y, por su parte, todo comienzo remite a algún fin de su género y toda parte a la integridad del todo del cual es parte, se muestra suficientemente que la consecuencia de ello consiste en que la paz doméstica esté en relación con la paz cívica, es decir, que la concordia ordenada de mandar y obedecer de los que cohabitan está en relación con la concordia ordenada de mandar y obedecer de los ciudadanos. Así resulta que conviene que el padre de familia tome de la ley de la ciudad los preceptos con los que gobierne su casa, de tal modo que esté acomodada a la paz de la ciudad.

17

Pero la casa de los seres humanos que no viven según la fe persigue la paz terrena a partir de los bienes y comodidades de esta vida temporal. En cambio, la casa de los seres humanos que viven según la fe espera aquellos bienes que han sido prometidos como eternos para el futuro y se sirve de los bienes terrenos y temporales como peregrina, no para verse atrapada por estos ni desviada de allí adonde se dirige, a Dios, sino para apoyarse en ellos para soportar más fácilmente y aumentar lo menos posible las cargas del cuerpo corruptible, que es un lastre para el alma^[58]. Por lo cual, el uso de los bienes necesarios para esta vida mortal es común para unas y otras personas, y para una y otra casa. Pero el fin de su uso es el suyo propio para cada uno y muy diverso. Así también la ciudad terrena que no vive por la fe, desea la paz terrena y fija en esto mismo la concordia de sus ciudadanos, en mandar y obedecer, para que haya una cierta armonía de las voluntades humanas en las cuestiones pertinentes a la vida mortal. En cambio, la ciudad celeste, o más bien la parte de la misma que peregrina en esta mortalidad y vive por la fe, también es necesario que haga uso de esta paz, mientras pase esa misma

mortalidad, para la que es necesaria semejante paz. Y, por ello, mientras pasa, por así decirlo, la vida cautiva de su peregrinación en la ciudad terrena, recibida ya la promesa de redención y el don espiritual como garantía, no duda en obedecer las leyes de la ciudad terrena por las que se administran aquellos bienes que han sido dispuestos para sustentar la vida mortal, para que, puesto que la misma mortalidad es común, se conserve la concordia entre una y otra ciudad en los bienes que pertenecen a esta. Pero ya que la ciudad terrena tuvo algunos sabios suyos a los que la enseñanza divina reprueba, los cuales, o bien habiéndolo conjeturado, o bien engañados por los demonios, creían que los muchos dioses debían ser propiciados en relación con los bienes humanos, y que a diversas funciones suyas, por así llamarlas, pertenecerían diversas realidades asignadas, a uno el cuerpo, a otro el espíritu, y en el mismo cuerpo a uno la cabeza, a otro el cuello y cada uno de las restantes a cada uno; igualmente en el espíritu a uno la inteligencia, a otro la instrucción, a otro la ira, a otro el deseo; y en las mismas realidades relativas a la vida, a uno el ganado, a otro el trigo candeal, a otro el aceite, a otro los bosques, a otro las monedas, a otro la navegación, a otro la guerra y las victorias, a otro los matrimonios, a otro el parto y la fecundidad, y a otros las otras restantes; por el contrario, la ciudad celeste sabe que debe rendirse culto solo a <este> Dios único y juzga con piedad llena de fe que solamente a él se le debe servir con aquella servidumbre que en griego se llama λατρεία y que no se le debe más que a Dios^[59]. Ha resultado que no podía tener comunes las leyes de la religión con la ciudad terrena, y que en su defensa debía necesariamente disentir de aquella, y ser una carga para quienes sostenían opiniones diferentes, y soportar sus iras y odios, y los ataques de las persecuciones, excepto cuando se defendía de la animadversión de sus oponentes mediante el temor que inspiraba su número, y siempre con la ayuda de Dios. Por consiguiente, esta ciudad celeste, mientras peregrina en la tierra, recluta a sus ciudadanos de todas las naciones y reúne su sociedad peregrina en todas las lenguas, sin tener en cuenta lo que es diverso en las costumbres, las leyes e instituciones, mediante las cuales la paz terrena o bien se conquista, o bien se mantiene, no anulando ni destruyendo nada de aquello, aún más, en cambio, preservando y siguiendo lo que, aun siendo diverso en las distintas naciones, tiende, sin embargo, al mismo y único fin de la paz terrena, si no pone impedimento a la religión por la que se enseña que debe rendirse culto al único Dios supremo y verdadero. Por consiguiente, la ciudad celeste se sirve también de la paz terrena en esta peregrinación suya, y protege y desea, en la medida en que le es permitido por la piedad incólume y

la religión, el acuerdo de las voluntades humanas respecto a los asuntos pertenecientes a la naturaleza mortal de los seres humanos, y subordina la paz terrestre a la paz celeste, que verdaderamente es paz, de tal modo que debe ser considerada y llamada la única paz, al menos de la criatura racional, a saber, la ordenadísima y muy concorde sociedad en el disfrute de Dios y, al mismo tiempo, en Dios. Cuando se llegue allí no existirá la vida mortal, sino una absoluta y ciertamente vital, ni el cuerpo animal, que, mientras se corrompe, es una carga para el alma^[60], sino el espiritual, sin ninguna carencia, sometido totalmente a la voluntad. Esta paz tiene mientras peregrina en la fe y por esta fe vive justamente, cuando subordina a la consecución de aquella paz todas las buenas acciones que administra para con Dios y el prójimo, puesto que la vida de la ciudad es sin duda social.

18

Por otra parte, en lo que se refiere a aquella diferencia, que Varrón ha aplicado respecto a los académicos nuevos para quienes son inciertas todas las cosas, la ciudad de Dios rechaza absolutamente como una locura semejante duda, al tener, respecto a las realidades que comprende mediante la mente y la razón, un conocimiento, aunque pequeño a causa del cuerpo corruptible, que es un lastre para el alma (puesto que como dice el apóstol, *sabemos en parte*)^[61], segurísimo no obstante, y ante la evidencia de cualquier realidad confía en los sentidos, de los cuales se sirve el espíritu por medio del cuerpo, porque se engaña más miserablemente quien piensa que nunca se debe confiar en ellos^[62]. Cree también en las escrituras santas, antiguas y nuevas, a las que llamamos canónicas, de donde ha sido concedida la propia fe por la que vive el justo^[63]. Por ella caminamos sin vacilación durante el tiempo en que peregrinamos lejos del Señor^[64]. Estando esta a salvo y segura, respecto a algunas realidades que no percibimos ni por medio de los sentidos ni del entendimiento y que no se nos hicieron claras ni a través de la escritura canónica ni de testigos en los cuales resulta absurdo no creer, dudamos sin justa reprensión.

19

Ciertamente, no interesa en absoluto a esa ciudad con qué hábito o modo de vida, si no va en contra de los preceptos divinos, sigue cada cual esa fe por la que se llega a Dios. De ahí que también a los propios filósofos, cuando se hacen cristianos, no les impele a cambiar la actitud o los hábitos de vida, que no obstaculizan en nada la religión, sino los falsos dogmas. De ahí que no se preocupa en absoluto de aquella diferencia que Varrón destaca de los cínicos, si no comporta nada vergonzoso o inapropiado. Pero de aquellos tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el compuesto de uno y otro, aunque, estando a salvo la fe, cada cual podría desarrollar su vida en cualquiera de ellos y alcanzar recompensas sempiternas, interesa, sin embargo, qué mantiene por amor a la verdad, a qué se compromete por el deber de la caridad. Y nadie debe estar ocioso de tal manera que no piense en la utilidad del prójimo en el ocio mismo, ni activo de tal modo que no busque la contemplación de Dios. En el ocio no debe deleitar la inacción indolente, sino la indagación o el descubrimiento de la verdad, para que cada cual avance en ella y no envidie al otro el hallazgo que ha realizado. Por su parte, en la acción no se deben amar el prestigio o el poder en esta vida, puesto que todo es vano bajo el sol^[65], sino la obra misma que se realiza por medio del propio prestigio o del poder, si se hace de forma correcta y útil, es decir, para que resulte eficaz para la salud de sus súbditos que es conforme a Dios, de lo cual ya discutimos anteriormente. Por ello dice el apóstol: *Quien desea un episcopado, desea un buen oficio*^[66]. Quiso explicar en qué consiste el episcopado, ya que es el nombre de un oficio, no de un cargo. En efecto, se trata de un término griego y procede del hecho de que quien es puesto al mando supervisa a aquellos de quienes está al mando, evidentemente, asumiendo su cuidado; σκόπος ciertamente significa «atención», por consiguiente]πισκοπεῖν, si queremos, podemos expresarlo en latín como «supervisar», para que entienda que no es obispo el que desearía estar al mando y no ser útil. Así pues, a nadie se le aparta del afán de conocer la verdad, porque atañe al ocio digno de alabanza. Pero el puesto superior, sin el cual el pueblo no puede ser gobernado, aunque se mantenga y administre como conviene, sin embargo, es ansiado indecorosamente. Por lo cual, el amor de la verdad busca el ocio santo, la necesidad del amor asume la justa obligación. Si esta carga nadie la impone, es preciso dedicarse a buscar y contemplar la verdad. Pero si es impuesta, se debe asumir por causa de la necesidad del amor. Pero ni aun así se debe abandonar totalmente el disfrute de la verdad, para que aquella dulzura no nos sea sustraída y esa necesidad nos produzca agobio.

Por lo cual, dado que el sumo bien de la ciudad de Dios es la paz eterna y perfecta, no aquella por la que puedan pasar los mortales naciendo y muriendo, sino en la que permanezcan inmortales sin soportar ninguna adversidad en absoluto ¿quién es capaz de negar que, o bien aquella vida es felicísima, o bien no juzgaría desgraciadísima en comparación con ella la que aquí transcurre, por muy llena que esté de cuantos bienes se quiera del espíritu o del cuerpo o de las circunstancias externas? Sin embargo, cualquiera que la posee de tal manera que encamina su uso al fin de aquella que ansía muy ardientemente y espera muy fielmente, no sin razón puede ser llamado incluso ahora bienaventurado, más por aquella esperanza que por esta realidad. Pero la realidad presente sin la esperanza es una felicidad falsa y una inmensa desgracia. En efecto, no se sirve de los verdaderos bienes del espíritu, porque no es una verdadera sabiduría que dirige su atención con fortaleza a aquello que discierne con prudencia, lleva a cabo con fortaleza, refrena con templanza y reparte con justicia, no hacia aquel fin donde Dios lo será todo en todo^[67], en una paz segura y perfecta.

Por lo cual, ahora es el momento de exponer lo más breve y claramente que pueda lo que prometí que iba a demostrar en el segundo libro de esta obra^[68], según las definiciones de las cuales se sirve Escipión en Cicerón en sus libros *Sobre la República*, que la república romana nunca existió. En efecto, brevemente define que la república es la cosa del pueblo^[69]. Si esta definición es cierta, nunca existió la república romana, ya que nunca fue cosa del pueblo, definición que quiso establecer para la república. En efecto, definió que el pueblo era la unión de una multitud asociada por el consenso en el derecho y la comunidad de intereses. Por otra parte, por medio del debate explica a qué llama acuerdo en el derecho, demostrando a través de ello que sin justicia no puede gobernarse la república^[70]. Por consiguiente, donde no existe la justicia verdadera, tampoco puede existir el derecho. En efecto, lo que se hace conforme al derecho, se hace sin duda justamente, pero lo que se hace injustamente no puede hacerse conforme al derecho. Pues no deben llamarse o considerarse derechos las instituciones injustas de los hombres,

puesto que también ellos mismos afirman que el derecho es aquello que emana de la fuente de la justicia, y que es falso lo que suele decirse por parte de algunos que no sostienen una opinión correcta, que el derecho es lo que resulta útil para aquel que tiene más poder. Por lo cual, donde no hay verdadera justicia no puede existir una unión de seres humanos asociada por el consenso del derecho, ni tampoco un pueblo conforme a aquella definición de Escipión o de Cicerón; y si no existe un pueblo, tampoco la cosa del pueblo, sino de una muchedumbre cualquiera, que no es merecedora del nombre de pueblo. Y, por ello, si la república es la cosa del pueblo y no hay un pueblo porque no está asociado por el consenso del derecho, y, por su parte, no existe el derecho donde no hay ninguna justicia, lejos de toda duda se infiere que donde no hay justicia no hay república. Finalmente, la justicia es aquella virtud que reparte a cada uno lo suyo. Por consiguiente, ¿cuál es la justicia del hombre que arrebató el mismo hombre al Dios verdadero y lo somete a demonios inmundos? ¿acaso es esto repartir a cada uno lo suyo? ¿acaso quien enajena la finca de aquel por quien fue comprada y se la entrega a aquel que no tienen ningún derecho es injusto? ¿y quién se enajena a sí mismo del dominio de Dios, por el que ha sido creado, y sirve a los espíritus malignos, es justo?

Se discute ciertamente de forma encarnizadísima y vigorosísima en esos mismos libros sobre la república contra la injusticia a favor de la justicia^[71]. Y puesto que, al tratarse en primer lugar a favor del punto de vista de la injusticia contra la justicia, y al decirse que la república no podía mantenerse en pie y ser regida a no ser por medio de la injusticia, había quedado establecido como validísimo el siguiente principio: que es injusto que los seres humanos sirvan a otros seres humanos que los dominan. Sin embargo, al argumento de si una ciudad dominadora, a la que pertenece una gran república, no aplica dicha injusticia, no podría gobernar sobre las provincias, la parte de la justicia responde que es justo porque la servidumbre resulta útil a tales hombres y se hace por su beneficio, si se hace de forma correcta. Es decir, cuando a los malvados se les priva de la libertad de cometer injusticias, también vivirán mejor estando sometidos porque vivieron peor sin sometimiento. Se añadió, para reafirmar este argumento, un ejemplo reseñable tomado de la naturaleza, por decirlo de algún modo, y se preguntó: ¿por qué Dios, en efecto, gobierna sobre el ser humano, el espíritu sobre el cuerpo, la razón sobre el deseo y las restantes partes viciosas del espíritu? Con este ejemplo se enseña claramente que a algunos les resulta útil la servidumbre y que el servir a Dios resulta sin duda útil para todos. Por otra

parte, sirviendo a Dios el espíritu gobierna correctamente sobre el cuerpo, y en el propio espíritu la razón sometida al Señor Dios gobierna rectamente sobre el deseo y los restantes vicios. Por lo cual, cuando el ser humano no sirve a Dios ¿qué justicia debe pensarse que hay en él? Porque no sirviendo a Dios en modo alguno puede el alma dominar justamente al cuerpo o la razón humana a los vicios. Y si en una persona semejante no hay ninguna justicia, sin lugar a dudas, tampoco en la unión de los seres humanos que se compone de tales personas. Por consiguiente, no es este aquel consenso del derecho que convierte a una multitud de personas en un pueblo, cuya organización política se dice que es la república. Efectivamente, ¿qué puedo decir sobre los intereses, asociada en cuya comunidad la unión de los seres humanos, así como establece esa definición, se denomina pueblo? En efecto, aunque si prestas atención diligentemente, no exista ningún interés de los vivos que viven en la impiedad, así como vive todo el que no sirve a Dios y sirve a los demonios, tanto más impíos cuanto más pretenden que se hagan sacrificios en su honor como si fueran dioses, aun siendo espíritus inmundísimos, sin embargo, considero que resulta suficiente lo que dijimos acerca del consenso del derecho, de donde se hace patente a través de esta definición que no existe un pueblo del que pueda decirse que es una república en el que no existe la justicia. En efecto, si dicen que los romanos en su república no sirvieron a espíritus inmundos sino a dioses buenos y santos, ¿acaso deben repetirse tantas veces las ideas que ya expusimos suficientemente, aún más de lo que es suficiente? En efecto, ¿quién hay, una vez llegado a este lugar, después de haber leído los libros anteriores de esta obra, que pueda dudar en este momento que los romanos sirvieron a demonios malvados e impuros, sino alguien o bien demasiado necio, o bien desvergonzadísimamente obstinado? Pero, para omitir de qué índole son a los que rendían culto mediante sacrificios, en la ley del Dios verdadero está escrito: *el que ofrezca sacrificios a los dioses y no solo al Señor, será exterminado*^[72]. Por consiguiente, quien prescribió esto con tan gran conminación, no quiso que se ofrecieran sacrificios ni a los dioses buenos ni a los malos.

22

Pero puede replicarse: ¿quién es ese Dios o cómo se demuestra digno, al que deberían someterse los romanos de manera que no rindiesen culto

mediante sacrificios a ninguno de los dioses excepto al mismo? Es propio de una absoluta ceguera preguntar todavía quién es ese Dios. Es el mismo Dios cuyos profetas han predicho lo que vemos. Es el mismo Dios del que Abraham recibió la respuesta. *En tu stirpe serán bendecidas todas las naciones*^[73]. Que esto se cumple en Cristo, que nació según la carne de aquella stirpe, aquellos mismos que se mantuvieron como enemigos de este nombre, quieran o no, lo saben. Este mismo es Dios, cuyo espíritu divino ha hablado a través de aquellos cuyas profecías, también cumplidas a través de la iglesia, que vemos extendida por todo el orbe, expuse en libros anteriores. Es el mismo Dios que Varrón, el más erudito entre los romanos, cree Júpiter, aunque sin saber lo que dice^[74], hecho que, sin embargo, consideré que debía ser mencionado porque un hombre de tan extensa cultura no pudo opinar que ese Dios o no existía, o era irrelevante. En efecto, creyó que este era aquel, al que consideró el Dios supremo. En definitiva, es el mismo Dios que el más sabio de los filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos, Porfirio, reconoce que es un Dios importante por medio incluso de los oráculos de aquellos a los que considera dioses^[75].

23

En efecto, en los libros que titula *Ἐκ λογίων φιλοσοφίας*^[76], en los cuales recopila y pone por escrito las respuestas divinas, por llamarlas de algún modo, de las cuestiones que atañen a la filosofía, para citar sus propias palabras como han sido traducidas de la lengua griega, dice: «A alguien que preguntaba a qué dios podría aplacar para hacer retractarse a su esposa del cristianismo, Apolo le responde lo siguiente en verso». Las que siguen son las supuestas palabras de Apolo: «Tal vez podrías escribir en el agua con letras grabadas o volar por el aire como un ave desplegando ligeras alas antes que consigas que se retracte el entendimiento de una esposa impía mancillada. Que siga como desea, perseverando en sus vanos engaños y cantando con dichos engaños su lamentar por el dios muerto, al que, condenado por unos jueces que dictaban justa sentencia, aniquiló la muerte más denigrante unida al hierro en lo mejor de la vida». Después, tras estos versos de Apolo, que han sido traducidos al latín sin respetar la métrica, añade diciendo: «En estos ciertamente manifestó lo irremediable de su creencia, al afirmar que los judíos están más comprometidos con Dios que estos». He aquí que, al deslucir a

Cristo, pone por delante de los cristianos a los judíos, confesando que estos últimos están comprometidos con Dios. Así, en efecto, explicó los versos de Apolo donde dice que Cristo fue muerto por unos jueces que dictaban justa sentencia, como si aquel hubiese sido condenado merecidamente por unos jueces que dictaban justa sentencia. Vean qué dijo sobre Cristo el vaticinador mentiroso de Apolo y qué creyó este o tal vez inventó él mismo que el vaticinador había dicho lo que no dijo. Más adelante veremos hasta qué punto existe constancia para él o hace que concuerden los propios oráculos entre sí. Sin embargo, este afirma que los judíos, como valedores de Dios, juzgaron justamente sobre Cristo, porque juzgaban que este debía ser atormentado con la muerte más denigrante. Consecuentemente, el Dios de los judíos, al que da testimonio, debió ser escuchado cuando dice: *el que ofrezca sacrificios a los dioses y no solo al Señor, será exterminado*^[77]. Pero vayamos a cuestiones más evidentes, y oigamos cuán poderoso dice que es el Dios de los judíos. Asimismo, ante aquellas cuestiones que preguntó a Apolo, sobre qué es mejor, la palabra, la razón o la ley, dice: «Responde diciendo estas palabras en versos». Y después añade los versos de Apolo, entre los cuales también se hallan esos que extraeré de ahí, en la medida en que resulte suficiente. Dice: «... pero ante un Dios generador y ante el rey sobre todas las cosas, tiemblan el cielo y la tierra y el mar y las profundidades ocultas de los infiernos, y sienten terror las propias divinidades. Su ley es el Padre al que honran en extremo los santos hebreos». Con tal oráculo de su dios Apolo, Porfirio afirmó que el Dios de los hebreos era tan poderoso que incluso las propias divinidades sienten terror ante él. Por consiguiente, dado que este Dios dijo: *El que ofrezca sacrificios a los dioses será exterminado*, me asombro de que el propio Porfirio no hubiera sentido terror y no hubiera temido ser exterminado al ofrecer sacrificios a los dioses.

Ese filósofo realiza también afirmaciones positivas sobre Cristo, como si se hubiera olvidado de aquella ofensa suya de la que poco antes hemos hablado, o como si sus dioses hubieran injuriado a Cristo en sueños y al despertar hubiesen reconocido que este era bueno y lo hubieran alabado dignamente. Después, como si fuera a efectuar una admirable e increíble revelación, dice: «a algunos ciertamente les parecerá que lo que vamos a decir es contrario a la opinión general. En efecto, los dioses han proclamado que Cristo fue extremadamente piadoso y que fue convertido en inmortal, y lo recuerdan con justa alabanza; en cambio, dice, afirman que los cristianos están impuros y contaminados y que se hallan envueltos en el error, y se sirven de muchas blasfemias semejantes contra ellos». Después añade una

especie de oráculos de los dioses que blasfeman contra los cristianos, y continúa diciendo: «por otra parte, a quienes preguntan sobre Cristo si es Dios, Hécate^[78] responde: “Porque sin duda conoces cómo avanza el alma inmortal después del cuerpo; pero separada de la sabiduría siempre yerra. Aquella alma es la de un varón excepcional por su piedad, a esta rinden culto siéndoles ajena la verdad”». A continuación, entrelazando él mismo tras las palabras de este oráculo, por así llamarlo, las suyas propias, dice: «por consiguiente, afirmó que aquel fue un hombre piadosísimo y su alma, como la de otros piadosos, considerada tras la muerte merecedora de la inmortalidad, y a esta rinden culto los cristianos ignorantes». «Por otra parte, dice, a quienes preguntaban ¿por qué fue condenado entonces? la diosa les responde mediante un oráculo: “El cuerpo ciertamente siempre está expuesto a tormentos que lo debilitan; el alma de los piadosos, en cambio, reside en la morada celeste. Pero aquella alma indujo fatalmente a verse envueltas en el error a otras almas a las que los hados no permitieron obtener los dones de los dioses, ni tener reconocimiento de Júpiter inmortal. Por ello, por consiguiente, son odiosos para los dioses, porque a aquellos que por causa del destino no tuvieron la posibilidad de conocer a Dios ni recibir los dones de los dioses, a estos este les indujo fatalmente a verse envueltos en el error. Por tanto, no blasfemarás contra este, sino que compadecerás la demencia de los seres humanos, de él se cierne sobre ellos un peligro inminente y que les lleva al abismo”».

¿Quién es tan necio que no es capaz de comprender que o bien estos oráculos fueron inventados por un hombre astuto y acérrimo enemigo de los cristianos, o que con una intención similar fueron emitidos por demonios impuros, evidentemente, para que, puesto que alaban a Cristo, se crea por ello que vituperan verazmente a los cristianos y así, si pudieran, cerrarían la vía de la salvación eterna en la que cada cual se hace cristiano? Ciertamente, opinan que no es contrario a su perniciosa astucia multiforme, si se les cree cuando alaban a Cristo con tal de que, sin embargo, se les crea también cuando vituperan a los cristianos. De ese modo, convierten a aquel que creyera ambas cosas en un apologista de Cristo de tal índole, con el fin de que no quiera ser cristiano, y así Cristo, aunque alabado por él, no lo libere, sin embargo, del dominio de esos demonios, principalmente porque alaban a Cristo de tal modo que todo el que creyera en este, tal como es proclamado por ellos, no sería un verdadero cristiano, sino un hereje fotiniano^[79], que reconoce a Cristo solamente como hombre y no también como Dios, y, por ello, no podría ser salvado por medio de este ni evitar ni desatar los lazos de esos

demonios mentirosos. Nosotros, por nuestra parte, no podemos aprobar ni a Apolo vituperando a Cristo, ni a Hécate alabándolo. Aquel, sin duda, pretende que se crea a Cristo malvado, del que afirma que fue muerto tras haber dictado los jueces una justa sentencia. Esta que es un hombre piadosísimo, pero solamente un hombre. Una sola es, sin embargo, la intención de aquel y de esta, que los hombres no quieran ser cristianos, ya que, si no son cristianos, no podrán liberarse de su poder. Pero ese filósofo, o, más bien, quienes creen en tales supuestos oráculos contra Cristo, hagan antes, si pueden, que Hécate y Apolo se pongan de acuerdo entre sí sobre el propio Cristo y, o bien ambos lo condenen, o bien ambos lo alaben. Y si pudiesen hacerlo, sin embargo nosotros evitaríamos a los demonios falaces, ya vituperadores ya alabadores de Cristo. Pero al discrepar su dios y su diosa entre sí acerca de Cristo, él vituperándolo, esa alabándolo, sin duda los seres humanos no creen en ellos cuando blasfeman contra los cristianos, si ellos mismos sostienen una recta opinión.

Ciertamente, sea Porfirio, sea Hécate, en su alabanza de Cristo, al afirmar que él mismo fatídicamente posibilitó a los cristianos el verse implicados en el error, revela, sin embargo, según considera, las causas del propio error. Antes de que las exponga a partir de sus palabras, en primer lugar pregunto, si Cristo fatídicamente posibilitó la implicación en el error, si lo posibilitó voluntaria o involuntariamente. Si voluntariamente, ¿cómo puede ser justo? Si involuntariamente, ¿cómo bienaventurado? Pero oigamos ya las causas del mismo error. «Hay, dice, espíritus terrenos pequeñísimos en cierto lugar sometidos a la potestad de los demonios malvados. De estos, los sabios entre los hebreos (uno de los cuales fue también ese Jesús, según escuchaste a partir de los oráculos de Apolo que fueron expuestos más arriba) —de estos pésimos demonios y espíritus menores, efectivamente, los hebreos apartaban a las personas religiosas y les impedían dedicarles su tiempo; en cambio les impulsaban a venerar sobre todo a los dioses celestes y todavía más al Dios padre. Y esto, dice, también lo prescriben los dioses y en pasajes anteriores mostramos de qué modo recomiendan prestar atención a Dios y ordenan rendirle culto en todo lugar. Pero los iletrados y de naturaleza impía, a quienes en verdad el hado no concedió obtener los dones de los dioses ni poseer la noción de Júpiter inmortal, al no escuchar ni a los dioses ni a los hombres divinos rechazaron ciertamente a todos los dioses, y, en cambio, a los demonios prohibidos no los odiaron, sino que los reverenciaron. Por otra parte, simulando rendir culto a Dios, dejan de hacer aquello único por medio de lo cual Dios es adorado. Pues ciertamente Dios, como padre de todos, no

tiene necesidad de nadie, pero para nosotros es un bien cuando le adoramos por medio de la justicia, la castidad y otras virtudes, convirtiendo la propia vida en plegaria a él mismo por la imitación y la indagación sobre él mismo. En efecto, dice, la indagación purifica, la imitación deifica obrando una inclinación hacia él». Ciertamente, predicó bien a Dios Padre, y explicó con qué costumbres debía rendírsele culto. De dichos preceptos están llenos los libros proféticos de los hebreos, cuando o bien se prescribe, o bien se alaba la vida de los santos. Pero en los cristianos tanto se equivoca o lanza tantas calumnias en la medida en que desean los demonios, a los que considera dioses. Como si resultase difícil para alguien traer a la memoria qué desvergüenzas, qué infamias se llevaban a cabo en los teatros y en los templos en deferencia a los dioses, y prestar atención a lo que se lee, se dice, se escucha en las iglesias, o qué se ofrece al Dios verdadero y, a partir de ello, entender dónde se halla el edificio y dónde la ruina de las costumbres^[80]. Por otra parte, ¿quién sino un espíritu diabólico le dijo o le inspiró a este una mentira tan vana y evidente, que los cristianos reverenciaban más que odiaban a los demonios a los que los hebreos prohibían que se rindiese culto? Pero aquel Dios, al que rindieron culto los sabios entre los hebreos, prohíbe que se ofrezcan sacrificios incluso a los santos ángeles celestes y a las virtudes de Dios, a los cuales, como a felicísimos ciudadanos veneramos y amamos en nuestra peregrinación mortal, haciendo resonar en su ley que dio a su pueblo hebreo, y diciendo de manera tremendamente amenazadora: *El que ofrezca sacrificios a los dioses será exterminado*^[81]. Y para que nadie pudiera pensar que se ha prescrito que no se ofrezcan sacrificios a los malvadísimos demonios y a los espíritus terrenos, a los que ese llama mínimos o menores (ya que también estos mismos en las escrituras santas son llamados dioses, no de los hebreos, sino de los gentiles, hecho que los setenta traductores expresaron claramente en el salmo diciendo: *Puesto que <todos> los dioses de los gentiles son demonios*)^[82], para que nadie, en efecto, pudiera pensar que se prohibió ofrecer sacrificios a esos demonios, y, en cambio, se permitió hacerlo a los celestes, bien a todos, bien a algunos, añade a continuación: *sino al Señor solo*, es decir, excepto únicamente al señor; para que cuando dice: *al Señor solo*, no vaya alguien a creer acaso que es el Señor Sol al que considera que hay que ofrecer sacrificios; lo cual se encuentra muy fácilmente en las escrituras griegas que no debe entenderse así.

Por consiguiente, el Dios de los hebreos, al que este filósofo tan relevante ofrece tan importante testimonio, dio la ley a su pueblo, el hebreo, escrita en lengua hebrea, no oscura y desconocida, sino difundida ya entre todas las

naciones, ley en la cual está escrito: *el que ofrezca sacrificios a los dioses, y no solo al Señor, será exterminado*. ¿Qué necesidad hay de indagar más en esta ley suya y de sus profetas acerca de este asunto? Más aún, no hay necesidad de indagar, pues no se trata de pasajes extraños y abstrusos, sino de recopilarlos, claros y abundantes, e incluirlos en esta argumentación mía, por los cuales se presenta más claro que la luz que el Dios verdadero y supremo no quiso que se ofrecieran sacrificios a ninguno en absoluto excepto a él mismo. He aquí qué único dictado, expresado brevemente, de modo evidentemente grandioso, amenazadoramente, pero verazmente, por el Dios al que tan excelentemente proclaman los más sabios entre ellos, es escuchado, temido y cumplido para que el exterminio no alcance a los desobedientes. *El que ofrezca sacrificios a los dioses, dice, y no solo al Señor, será exterminado*^[83]. Y no porque él carezca de algo, sino porque nos conviene ser posesión suya. En efecto, a este se canta en las escrituras sagradas de los hebreos: *Dije al Señor: tú eres mi Dios, puesto que no necesitas mis bienes*^[84]. Pero para este el más magnífico y mejor sacrificio somos nosotros^[85] mismos, es decir, su ciudad, cuyo misterio celebramos con nuestras ofrendas, que son conocidas para los fieles, como discutimos en libros precedentes^[86]. En efecto, los oráculos divinos a través de los profetas hebreos^[87] hicieron resonar que iban a cesar las víctimas que los judíos ofrecían a modo de sombra de lo que había de venir, y que las naciones, desde donde sale el sol hasta donde se pone, iban a ofrecer un único sacrificio, como discernimos que ya está sucediendo. De estos, en la medida en que se ha considerado suficiente, hemos expuesto algunos y los hemos ido incorporando a esta obra. Por lo cual, donde no existe una justicia tal que el Dios único y supremo ordene a la ciudad que le obedece según su gracia que no ofrezca sacrificios a ninguno, excepto solamente a él, y por esto en todos los seres humanos pertenecientes a esta misma ciudad y que obedecen a Dios el espíritu gobierne fielmente mediante un ordenamiento legítimo sobre el cuerpo y la razón sobre los vicios, de manera que, como un solo justo, así la unión y el pueblo de los justos viva por la fe, que actúa mediante el amor por el que el ser humano ama a Dios, así como Dios debe ser amado, ya al prójimo como a sí mismo, por tanto, donde no existe esa justicia, ciertamente no existe la unión de los seres humanos asociada por el consenso en el derecho y la comunidad de intereses. Y si esto no se da, sin duda no es pueblo, si esta es la auténtica definición de pueblo. Por consiguiente, no es una república, ya que no existe la cosa del pueblo donde no existe el propio pueblo.

Por otra parte, si el pueblo se define no de ese modo, sino de otro, como si se afirmase: «pueblo es la unión de una multitud dotada de raciocinio asociada en la concordia de la comunidad de intereses a los que aspira», ciertamente, para que sea visible de qué índole es cada pueblo, se debe tener en cuenta cuáles son sus intereses. Sin embargo, sea lo que sea a lo que aspire, si se trata de la unión de una multitud, no de bestias, sino de criaturas racionales, y está constituida en la concordia de la comunidad de intereses a los que aspira, no de forma incongruente recibe el nombre de pueblo; y, ciertamente, es tanto mejor cuanto es concorde en los intereses más honestos, y tanto peor cuanto lo sea en los más inmorales. Según esta definición nuestra, el pueblo romano es un pueblo y su organización es, sin duda, una república. Por otro lado, por qué intereses se movió aquel pueblo en sus primeros tiempos y por cuáles en los siguientes, y bajo qué costumbres, llegando a crudelísimas sediciones, y de ahí a las guerras sociales y civiles, rompió y corrompió esa misma concordia que es, en cierto modo, la salvación del pueblo, la historia lo atestigua. Sobre ella realizamos una larga exposición en libros precedentes^[88]. Y no por ello, sin embargo, podría decir que este mismo no es un pueblo o su propia organización una república, durante el tiempo en que se mantiene una unión de una multitud dotada de raciocinio, sea cual sea, asociada en la concordia de la comunidad de intereses a los que aspira. Y lo que he dicho sobre este pueblo y de esta república, entiéndase que esto lo he dicho y pensado de los atenienses o de cualesquiera de los griegos, de los egipcios, de aquella primera Babilonia de los asirios, mientras mantuvieron imperios, grandes o pequeños, en sus estados, y de otros cualesquiera de otras naciones. Lo cierto es que, en general, la ciudad de los impíos, a la que Dios ordena, sin contar con su obediencia hacia él, que no ofrezca sacrificios excepto solamente a él, y por esto también que el espíritu gobierne en ella sobre el cuerpo y la razón sobre los vicios recta y fielmente, carece de la verdad de la justicia.

En efecto, por mucho que parezca digno de alabanza que el espíritu gobierne sobre el cuerpo y la razón sobre los vicios, si el espíritu y la razón

misma no sirven a Dios, así como el mismo Dios prescribe que se le debe servir, en absoluto gobierna rectamente sobre el cuerpo y los vicios. Pues ¿qué clase de dueña del cuerpo y de los vicios puede ser la mente que no conoce al Dios verdadero y no está sometida a su mandato, sino prostituida a los viciosísimos demonios que la corrompen? Por lo cual, las virtudes que cree poseer, por medio de las cuales gobierna al cuerpo y a los vicios a fin de adquirir o de conservar cualquier bien, si no están orientadas a Dios, estas mismas también son más vicios que virtudes. Pues aunque por parte de algunos se considere que son virtudes verdaderas y honestas cuando se orientan a sí mismas y no se ansían por otro fin, también entonces son hinchadas y soberbias, por ello no deben juzgarse virtudes, sino vicios. En efecto, como no procede de la carne, sino que está por encima de la carne lo que hace vivir a la carne, así no procede del ser humano, sino que se halla por encima del ser humano, lo que hace vivir feliz al ser humano, y no solo al ser humano, sino también a cualquier potestad y virtud celeste.

26

En consecuencia, como el alma es la vida de la carne, así Dios es la vida feliz del hombre, del que dicen las escrituras sagradas de los hebreos: *Feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor*^[89]. Desgraciado, pues, el pueblo apartado de ese Dios. Sin embargo, él mismo también ama cierta paz irreprochable suya, que, ciertamente, no tendrá en el fin porque no se sirve bien de ella antes del fin. Por otra parte, el que, entretanto, la tenga en esta vida, también nos interesa, puesto que, mientras están mezcladas las dos ciudades, también nos servimos nosotros de la paz de Babilonia. De ella se libera el pueblo de Dios por medio de la fe de tal manera que, entretanto, peregrina en ella. Por lo cual, también el apóstol advirtió a la iglesia que rogase por sus reyes y aristócratas, añadiendo y diciendo: *para que pasemos una vida sosegada y tranquila con toda la piedad y la caridad*^[90], y el profeta Jeremías, al predecir al antiguo pueblo de Dios la esclavitud, y al ordenarle conforme a la voluntad divina que se dirigiesen obedientemente a Babilonia sirviendo también a su Dios con esta paciencia, les advirtió también él mismo que rogasen por aquella diciendo: *Porque en su paz está vuestra paz*^[91], ciertamente entretanto la temporal, que es común para buenos y malos.

Por otra parte, la paz particular nuestra no solo se halla aquí con Dios por la fe sino que también existirá para la eternidad con aquel por su contemplación. Pero aquí, la paz, sea aquella común, sea la nuestra propia, es de tal índole que constituye un consuelo de la desgracia antes que gozo de la felicidad. También la justicia nuestra propia, aunque sea verdadera a causa del verdadero fin del bien, al que se dirige, sin embargo, en esta vida es de una magnitud tal que consiste más en la remisión de los pecados que en la perfección de las virtudes. Es testigo la plegaria de toda la ciudad de Dios que peregrina en la tierra. Lo cierto es que por todos sus miembros clama a Dios: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*^[92]. Y esta plegaria no es eficaz por aquellos cuya fe sin obras está muerta^[93], sino por aquellos cuya fe actúa por medio del amor^[94]. En efecto, ya que ciertamente está sometida a Dios, sin embargo en esta condición mortal y en el cuerpo corruptible, que es un lastre para el alma^[95], la razón no gobierna completamente sobre los vicios, por ello les es necesaria a los justos semejante plegaria. Pues, sin duda, aunque se gobernase sobre los vicios, no se gobernaría en absoluto sin conflicto. Y, ciertamente, algo se insinúa en este estado de debilidad incluso al que se bate bien y domina a enemigos tales una vez vencidos y sometidos, y de donde se peca, si no con una acción directa, con una palabra lábil o con un pensamiento volátil. Y, por ello, mientras se gobierna sobre los vicios, no existe una paz plena, ya que aquellos que resisten son vencidos en una peligrosa lucha, y aquellos que son vencidos todavía no son derrotados en un seguro descanso, sino que son reprimidos con un intenso dominio. Por consiguiente, en estas tentaciones, de todas las cuales se dijo brevemente en palabras divinas: ¿Acaso no es tentación *la vida humana sobre la tierra*^[96]? ¿quién se arrogará el vivir de tal manera que no tenga como necesidad pedir a Dios: *perdónanos nuestras deudas*, excepto el hombre soberbio? Pero no es grande, sino hinchado y presuntuoso, al que resiste por medio de la justicia quien reparte con largueza la gracia a los humildes. Por lo cual está escrito: *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da la gracia*^[97]. En consecuencia, aquí la justicia está en cada uno para que Dios gobierne sobre el hombre obediente, el espíritu sobre el cuerpo, la razón, por su parte, sobre los vicios que oponen resistencia, ya sometiéndolos, ya combatiéndolos, y para pedir al mismo Dios la gracia por los méritos y el perdón de los pecados, y ofrecer la acción de gracias por los bienes recibidos. En cambio, en aquella paz final, adonde ha de dirigirse y

que, para cuya consecución, se debe poseer esa justicia, puesto que la naturaleza sanada por la inmortalidad y la incorruptibilidad no tendrá vicios ni nada opondrá resistencia a ninguno de nosotros ya por otro ya por sí mismo; sino que Dios gobernará sobre el ser humano, el espíritu sobre el cuerpo, y tanta será allí la suavidad y la facilidad de obedecer cuanta la felicidad de vivir y gobernar. Y esto allí en todos y en cada uno será eterno y será seguro que es eterno y, por ello, la paz de esta felicidad o la felicidad de esta paz será un bien supremo.

28

Por otra parte, para aquellos que no pertenecen a esa ciudad de Dios será por el contrario la desgracia sempiterna, que también es llamada segunda muerte, ya que ni puede decirse que allí esté viva el alma que estará apartada de la vida de Dios, ni el cuerpo, porque estará sometido a sufrimientos eternos; y, por este motivo, será más dura esa segunda muerte, porque no podrá terminar con la muerte. Pero puesto que del mismo modo que la desgracia a la felicidad y la muerte a la vida, así también parece que la guerra es contraria a la paz, con razón se pregunta, como la paz es proclamada y alabada entre los fines del bien, qué o qué clase de guerra puede entenderse, por el contrario, entre los fines del mal. Verdaderamente, quien lo pregunte preste atención a qué hay dañino y pernicioso en la guerra, y verá que no es ninguna otra cosa sino la rivalidad y el conflicto entre unos y otros. Por consiguiente, ¿qué guerra más encarnizada y amarga puede imaginarse que aquella donde la voluntad es tan contraria a la pasión y la pasión a la voluntad que tales enemistades no terminen con la victoria de ninguna de ellas, y donde combate con la propia naturaleza del cuerpo la fuerza del dolor de tal manera que ninguno de los dos ceda ante el otro? Aquí, en efecto, cuando se produce este conflicto, o vence el dolor y la muerte arrebató el sentido, o vence la naturaleza y la salud elimina el dolor. Pero allí no solo el dolor permanece para afligir sino también la naturaleza perdura para sentirlo. Porque no falta ninguno de los dos para que no falte el castigo. Pero en relación con estos fines del bien y del mal, los primeros dignos de perseguirse, los segundos de evitarse, puesto que los buenos pasarán por el juicio a los del bien, los malos a los del mal, sobre este juicio, en la medida en que Dios me lo conceda, discutiré en el siguiente volumen.

LIBRO XX

SUMARIO

1. Aunque Dios juzgue en todo tiempo, en este libro sin embargo habrá de discutirse propiamente sobre su juicio definitivo.
2. Sobre la diversidad de las situaciones humanas, ante la cual no puede afirmarse que falta el juicio de Dios aunque no puedan seguirse sus huellas.
3. Qué discutió Salomón en el libro del Eclesiastés sobre aquellas circunstancias que en esta vida son comunes tanto a los buenos como a los malos.
4. Para discutir acerca del juicio definitivo de Dios se van a aducir en primer lugar testimonios del Nuevo Testamento y después del Antiguo.
5. ¿Con qué palabras del Señor, el Salvador, se declara que el juicio divino se producirá al final de los tiempos?
6. ¿Cuál es la primera resurrección, cuál la segunda?
7. Sobre las dos resurrecciones y sobre los mil años, ¿qué está escrito en el Apocalipsis de Juan y qué se puede opinar sobre estas cuestiones racionalmente?
8. Sobre la acción de atar y la de liberar al Diablo.
9. ¿En qué consiste el reino de mil años de los santos con Cristo, y en qué se diferencia del reino eterno?
10. ¿Qué debe responderse a aquellos que piensan que la resurrección atañe solo a los cuerpos y no a las almas también?
11. Sobre Gog y Magog, a los que el Diablo, liberado cerca del final del siglo, incitará a perseguir a la iglesia de Dios.
12. Si se refiere al último suplicio de los impíos lo que se menciona de que descendió un fuego del cielo y devoró a estos mismos.
13. Si debe incluirse el tiempo de la persecución del Anticristo en los mil años.

14. Sobre la condenación del Diablo con los suyos y, como recapitulación, sobre la resurrección corpórea de todos los muertos y sobre el juicio de la última retribución.
15. ¿Quiénes son los muertos que el mar mostró para el juicio o a cuáles devolvieron la muerte y los abismos?
16. Sobre el nuevo cielo y la nueva tierra.
17. Sobre la glorificación sin fin de la iglesia después del fin.
18. ¿Qué predicó el apóstol Pedro del juicio definitivo de Dios?
19. ¿Qué escribió el apóstol Pablo a los tesalonicenses sobre la manifestación del Anticristo, a cuyo tiempo seguirá el día del Señor?
20. ¿Qué enseñó el mismo apóstol en la primera epístola sobre la resurrección de los muertos?
21. ¿Qué dijo el profeta Isaías sobre la resurrección de los muertos y sobre la retribución del juicio?
22. ¿Cuál será la salida de los santos para ver las penas de los malvados?
23. ¿Qué profetizó Daniel sobre la persecución del Anticristo y sobre el juicio de Dios y el reino de los santos?
24. ¿Qué profecías se realizan en los salmos de David sobre el fin de este juicio y el definitivo juicio de Dios?
25. Sobre la profecía de Malaquías por la que se declara el último juicio de Dios y se menciona la purificación de algunos que se habrá de realizar mediante penas expiatorias.
26. Sobre los sacrificios que ofrecerán los santos a Dios, que habrán de agradarle tanto como le agradaron en los antiguos días y en los primeros años.
27. Sobre la separación de los buenos y los malos por la que se proclama la diferenciación del juicio final.
28. Sobre la ley de Moisés, que ha de entenderse espiritualmente para que el sentido carnal no incurra en rumores condenables.
29. Sobre la venida de Elías antes del juicio, que al revelar su predicación los secretos de las escrituras los judíos se convertirán a Cristo.
30. En los libros del Antiguo Testamento, cuando se lee que Dios ha de juzgar, no se muestra claramente la persona de Cristo, pero a partir de ciertos testimonios donde el Señor Dios habla, se presenta no de forma dudosa que él mismo es Cristo.

Estando dispuestos a exponer acerca del día del último juicio de Dios lo que él mismo nos habrá concedido y a afirmarle a él frente a los impíos e incrédulos, en primer lugar, como fundamento del edificio, debemos aducir los testimonios divinos que quienes no quieren creer en ellos tratan de rebatir con pobres razonamientos humanos, falsos y engañosos, con el propósito de sostener que el testimonio que se toma de las escrituras sagradas posee un significado diferente, o de negar que, en absoluto, han sido pronunciados por inspiración divina. Pues pienso que no hay nadie entre los mortales que, al comprender dichos testimonios tal y como han sido expresados, y al creer que han sido pronunciados por el Dios supremo y verdadero por medio de almas santas, no ceda y esté de acuerdo con ellos, ya lo confiese incluso de palabra, ya se avergüence y tema confesarlo por algún vicio, ya por una obstinación rayana en la locura se afane por defender incluso a porfía lo que sabe o cree que es falso, <frente a aquello que sabe o cree que es verdadero>.

Por consiguiente, aquello que toda la iglesia del Dios verdadero sostiene en confesión y profesión, que Cristo ha de venir desde el cielo para juzgar a los vivos y a los muertos^[1], lo llamamos el último día del juicio divino, es decir, el tiempo final. Pues no existe certeza sobre cuántos días se prolongará este juicio. Pero nadie que haya leído aquellas escrituras, aun superficialmente, ignora que, según la costumbre de las escrituras santas, suele ponerse día en lugar de tiempo. Y, por ello, cuando decimos el día del juicio de Dios, añadimos último o final, ya que también imparte justicia en la actualidad, y ha impartido justicia desde el origen del género humano, expulsando del paraíso y separando del árbol de la vida a los primeros seres humanos, perpetradores de un gran pecado^[2]; aún más incluso, sin lugar a dudas impartió justicia cuando no perdonó a los ángeles que pecaron, cuyo príncipe, tras pervertirse a sí mismo, pervirtió a los seres humanos por envidia^[3]. Y no sin su elevado y justo juicio, ya en este cielo aéreo, ya en las tierras, la vida de demonios y seres humanos es desgraciadísima, llenísima de errores y de adversidades. Pero aunque nadie hubiera pecado no sin su buen y recto juicio mantendría en la felicidad eterna a toda criatura racional vinculada con total perseverancia a él, su Dios. Imparte justicia también no solo de forma global sobre el género de los demonios y los seres humanos para que sean desgraciados en merecimiento de los primeros pecados, sino también sobre las obras propias de cada uno, que se realizan con el arbitrio de la voluntad. Pues también los demonios suplican no ser atormentados^[4] y, sin duda, no injustamente, o bien se les perdona, o bien es atormentado cada uno según su iniquidad. Y los seres humanos, muchas veces abiertamente, siempre

de forma oculta, expían sus culpas por sus actos según la voluntad divina, ya en esta vida, ya después de la muerte. Aunque ningún ser humano actúa rectamente si no tiene el apoyo del auxilio divino. Ningún demonio o ser humano actúa inicualemente si no le es permitido por idéntico y justísimo juicio divino. En efecto, como dice el apóstol, *no hay iniquidad en Dios*^[5]; también, como dice en otro pasaje: *inescrutables son sus juicios e insondables sus caminos*^[6]. Por tanto, en este libro no discutiré de aquellos primeros juicios de Dios ni de esos intermedios, sino del último propiamente, en la medida en que él mismo me lo conceda, cuando Cristo habrá de venir desde el cielo para juzgar a los vivos y a los muertos^[7]. Lo cierto es que este mismo es llamado propiamente día del juicio porque allí no habrá ningún lugar para la queja ignorante de por qué el injusto es feliz y el justo desgraciado. En efecto, entonces se hará patente que la verdadera y plena felicidad pertenece solo a los buenos, y la merecida y suprema infelicidad solo a los malvados.

2

Pero ahora aprendemos a sobrellevar con serenidad de espíritu los males que soportan también los buenos, y a no sobrevalorar los bienes que adquieren también los malvados, y por esto también en aquellas circunstancias en que no se hace visible la justicia divina, resulta saludable la enseñanza divina. En efecto, ignoramos por qué juicio de Dios el bueno es pobre, el malo rico; gozaba ese que por sus costumbres perdidas consideramos que debió ser atormentado con desgracias, se entristece aquel al que una vida digna de alabanza persuade de que hubiera debido sentirse feliz; un inocente sale de un juicio no ya sin venganza, sino incluso condenado, oprimido por la iniquidad del juez o abrumado por los falsos testimonios. Quién, el adversario criminal actúa de forma insolente al quedar no solo impune sino también vengado; el impío goza de magnífica salud, el piadoso se consume de debilidad; jóvenes sanísimos se entregan al latrocinio, y los niños que no pudieron hacer daño a nadie ni de palabra son afligidos por la atrocidad diversa de las enfermedades; alguien útil para los asuntos humanos es arrebatado por una muerte temprana, y quien parece que ni debió nacer vive durante larguísimo tiempo; el que está cargado de crímenes es ensalzado con honores, y las tinieblas de la humildad ocultan al hombre sin tacha, y otras situaciones semejantes que ¿quién las recopila? ¿quién las enumera? Si

estas circunstancias tuviesen constancia en su, por así decirlo, incongruencia, de manera que en esta vida en la que *el ser humano*, como dice el salmo sagrado, *se hace semejante a la vanidad y sus días transcurren como una sombra*^[8], esos bienes transitorios y terrenos solo los consiguen los malos y solo los buenos soportan males semejantes, esto podría atribuirse al juicio de Dios justo o incluso benévolo, de modo que quienes no habían de conseguir los bienes eternos que hacen felices, o bien se vieran defraudados por su maldad, o bien consolados por la misericordia de Dios con los bienes temporales, y quienes no habían de soportar los tormentos eternos, o bien serían afligidos con los males temporales por sus pecados, cualesquiera que fueran y por muy pocos que fueran, o bien serían espoleados a fin de que perfeccionaran sus virtudes. Pero en realidad, dado que ahora no solo los buenos están inmersos en el mal y los malos en el bien, situación que parece injusta, sino que también muchas veces a los malos les suceden males y a los buenos les acontecen bienes, más inescrutables se tornan los juicios de Dios e insondables sus caminos^[9]. Por consiguiente, aunque ignoremos por qué juicio Dios hace o permite que esto suceda, en quien reside la suma virtud, la suma sabiduría, la suma justicia, ninguna debilidad, ninguna imprudencia, ninguna iniquidad, sin embargo, aprendemos saludablemente a no sobrevalorar ni los bienes ni los males que vemos que son comunes a los buenos y a los malos, y buscar aquellos bienes que son propios de los buenos y, sobre todo, a evitar aquellos males que lo son de los malvados. Pero cuando lleguemos a aquel juicio de Dios, cuyo tiempo ya propiamente se denomina día del juicio y en ocasiones día del Señor, no solo cualesquiera de los juicios que entonces sean emitidos, sino también cualesquiera que han sido emitidos desde el comienzo y cualesquiera que han de serlo hasta aquel tiempo, se hará patente que son justísimos. Donde también quedará esto de manifiesto, por cuán justo juicio de Dios resulta que ahora tantos y casi todos los juicios justos de Dios se ocultan a los sentidos y las mentes de los mortales, aunque sin embargo en este punto no se oculta a la fe de los piadosos que lo que se oculta es justo.

3

Lo cierto es que Salomón, el rey más sabio de Israel, que reinó en Jerusalén, comienza así el libro que se titula *Eclesiastés*, y que también es

considerado por los judíos dentro del canon de las escrituras sagradas: *Vanidad de vanidades, dice el Eclesiastés, vanidad de vanidades, todo vanidad. ¿Qué riqueza obtiene el ser humano en todo su esfuerzo en el que se afana bajo el sol*^[10]? Y al enlazarse a esta idea las restantes, recordando las penalidades y extravíos de la vida, y el transcurrir de los tiempos que entretanto se desvanece, cuando nada sólido, nada estable se mantiene, en esta vanidad de las realidades bajo el sol también lamenta en cierto modo que, aunque la sabiduría abunde por encima de la necedad, así como la luz sobre las tinieblas, los ojos del sabio estén sobre su cabeza y el necio deambule en las tinieblas, un único acontecimiento, sin embargo, alcanza a todos, sin duda en esta vida que transcurre bajo el sol, señalando, evidentemente, aquellos males que vemos que son comunes a buenos y malos. Afirma también que los buenos soportan los males como si fueran malos y los malos consiguen los bienes como si fueran buenos, expresándose del siguiente modo: *existe, dice, una vanidad que ha surgido sobre la tierra, que hay justos sobre los que recae, por así decirlo, la acción de los impíos, y hay impíos sobre los que recae, por así decirlo, la acción de los justos. Dije que esto también es vanidad*^[11]. En esta vanidad, a la que, en la medida en que le pareció suficiente, el sapientísimo varón consideró que debía dedicarse todo ese libro (no ciertamente por otro motivo sino a fin de que deseemos aquella vida que no posee vanidad bajo este sol, sino la verdad bajo aquel que creó este sol), — en esta vanidad por tanto ¿acaso se desvanecerá el ser humano, hecho semejante a esa misma vanidad, salvo por el juicio justo y recto de Dios^[12]? Sin embargo, en los días de su vanidad interesa sobre todo si se resiste u obedece a la verdad, y si está privado o es partícipe de la verdadera piedad, no para conseguir los bienes o evitar los males de esta vida, transitorios en su evanescencia, sino a causa del juicio futuro, por el cual los bienes serán para los buenos y para los malos los males, que habrán de permanecer sin fin. En definitiva, ese sabio concluye este libro de tal manera que ofrece el siguiente consejo: *Teme a Dios y guarda sus mandatos, porque esto es todo el ser humano; porque Dios llevará toda esta obra a juicio, sea buena o mala, en toda persona despreciable*^[13]. ¿Qué puede decirse más breve, más verdadero, más saludable? *Teme a Dios, dice, y guarda sus mandatos, porque esto es todo el ser humano*. En efecto, cualquiera que existe es esto, guardián, evidentemente, de los mandatos de Dios; puesto que quien no es eso no es nada; pues no se corrige conforme a la imagen de la verdad, permaneciendo en la semejanza de la vanidad. *Porque Dios llevará toda esta obra, es decir, lo que hace el ser humano en esta vida, a juicio, sea buena o mala, en toda*

persona despreciable, es decir, en todo aquel incluso que aquí parece despreciable y, por ello, tampoco se le ve; puesto que Dios ve también a ese mismo y ni lo desprecia ni lo deja al margen cuando juzga.

4

Consecuentemente, los testimonios de las escrituras santas sobre el último juicio de Dios que he decidido presentar deben elegirse en primer lugar entre los libros del Nuevo Testamento, después entre los del Antiguo. En efecto, aunque los antiguos sean anteriores en el tiempo, los nuevos, no obstante, deben anteponerse por su categoría, puesto que aquellos antiguos son anuncio de los nuevos. Por consiguiente, los nuevos se sitúan en primer lugar, y, para confirmarlos con mayor seguridad, se adjuntarán también los antiguos. En los antiguos están contenidos la ley y los profetas, en los nuevos el Evangelio y las cartas apostólicas. Y dice el apóstol: *por la ley, en efecto, el conocimiento del pecado. Pero ahora sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas; y la justicia de Dios por la fe en Jesucristo en todos los que creen*^[14]. Esta justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento, y tiene su testimonio de los libros antiguos, es decir, de la ley y los profetas. Por consiguiente, debe presentarse en primer lugar la propia causa y después han de introducirse los testigos. El propio Cristo Jesús, demostrando también que debe mantenerse dicho orden, dice: *El escriba versado en el reino de Dios es semejante a un varón padre de familia que saca de su almacén cosas nuevas y viejas*^[15]. No dijo «viejas y nuevas», cosa que, sin duda, hubiera dicho si no hubiera preferido mantener el orden de los méritos antes que el de los tiempos.

5

Por consiguiente, el Salvador mismo, al censurar a las ciudades en las cuales había realizado grandes acciones meritorias y no habían creído, y al anteponerles las extranjeras, dice: *Pero en verdad os digo, que para Tiro y Sidón habrá más benevolencia en el día del juicio que para vosotros*^[16]; y poco después, dirigiéndose a otra ciudad, dijo: *En verdad os digo que habrá*

más benevolencia para la tierra de los sodomitas en el día del juicio que para ti^[17] (aquí clarísimamente anuncia que el día del juicio iba a llegar); y en otro pasaje dice: *los varones ninivitas se levantarán en el juicio con esa generación y la condenarán; porque hicieron penitencia en la predicación de Jonás, y hay aquí más que Jonás. La reina del Austro se levantará en el juicio con esta generación y la condenará; porque vino de los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, y hay aquí más que Salomón*^[18]. De este pasaje aprendemos dos cosas: que el juicio ha de venir y que vendrá con la resurrección de los muertos. En efecto, cuando realizaba tales afirmaciones acerca de los de Nínive y de la reina del Austro, hablaba sin duda de los muertos, que, sin embargo, predijo que resucitarían en el día del juicio. Y no dijo «condenaban» porque ellos mismos iban a juzgar sino porque por la comparación de ellos mismos esos serán condenados merecidamente.

De nuevo en otro pasaje, al hablarse sobre la mezcla actual de las personas buenas y malas y de la posterior separación, que, sin duda, se producirá el día del juicio, se sirvió de la similitud entre el grano sembrado y la cizaña sobresembrada, y al exponérsela a sus discípulos dice: *Quien siembra buena semilla es hijo del hombre; y el campo es el mundo; pero la buena semilla son los hijos del reino; por su parte, la cizaña son los hijos del maligno y el enemigo que la sembró es el Diablo; pero la mies es el fin del siglo, los segadores, por su parte, son los ángeles. Por consiguiente, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en la consumación del siglo. El hijo del hombre enviará a sus ángeles y recogerá de su reino todos los escándalos y a aquellos que cometen iniquidad, y los enviarán a un horno de fuego; allí habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos relumbrarán como el sol en el reino de su padre. Quien tenga oídos que escuche*^[19]. Aquí, ciertamente, no nombró el juicio o el día del juicio, sino que lo expresó mucho más claramente mediante las mismas imágenes y predijo que sucedería en el día del juicio.

En idéntico sentido dice a sus discípulos: *en verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el hijo del hombre se sienta en el trono de su majestad, también vosotros os sentaréis juzgando sobre doce tronos a las doce tribus de Israel*^[20]. Aquí aprendemos que Jesús va a impartir justicia con sus discípulos. De ahí que también en otro lugar dijo a los judíos: *Si yo expulso a los demonios por Belcebú ¿por quién los expulsarán vuestros hijos? Por ello, los mismos jueces serán los vuestros*^[21]. Y no porque dice que se sentarán sobre doce tronos debemos pensar que van a juzgar con él solo doce hombres. En realidad con el número doce se significa

toda una cierta multitud de personas que imparten justicia en relación con las dos partes del número siete, con el que muchas veces se expresa la totalidad. Estas dos partes, es decir, tres y cuatro, multiplicadas la una por la otra, dan doce, pues tanto cuatro por tres como tres por cuatro son doce, y si se encuentra algún otro cálculo de dicho número doce que sirva a este propósito. De otro modo, puesto que leemos que Matías fue ordenado apóstol en lugar de Judas el traidor^[22], el apóstol Pablo, que se esforzó más que todos aquellos, no tendrá donde sentarse a impartir justicia, quien ciertamente muestra que pertenece al número de los jueces con los otros santos cuando dice: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles*^[23]? Sobre los mismos que han de ser juzgados la causa es también similar en este número de doce. En efecto, no porque se ha dicho *juzgando a las doce tribus de Israel*, la tribu de Leví, que es la decimotercera, no habrá de ser juzgada por aquellos, o solamente juzgarán a aquel pueblo y no también a las restantes naciones. Por otra parte, en cuanto a lo que dijo: *en la regeneración*, sin lugar a dudas, bajo el término de regeneración quiso que se entendiera la resurrección de los muertos. En efecto, así nuestra carne será regenerada por la incorrupción como nuestra alma ha sido regenerada por la fe.

Dejo al margen muchos pasajes que parecen hablar sobre el último juicio, de tal modo que al ser analizados exhaustivamente se descubren ambiguos o que en realidad atañen más a otra cuestión, ya naturalmente a la venida del Salvador por la que viene por todo este tiempo en su iglesia, es decir, en sus miembros, parte por parte y paulatinamente, puesto que toda es su cuerpo, ya a la destrucción de la Jerusalén terrena, ya que también, cuando se habla de ello, muchas veces se habla como si se hablase del final del siglo y de aquel gran y definitivo día del juicio, de forma que no puedan desentrañarse en absoluto excepto si aquellos testimonios que fueron expuestos por los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, de forma similar sobre este asunto, se cotejan todos entre sí^[24]. Lo cierto es que algunas cuestiones uno las explica de forma más oscura, otro más simple, para que quede patente a partir de dónde se exponen aquellas que se afirma que atañen a una sola cuestión. He procurado hacer esto de algún modo en cierta epístola que escribí a Hesiquio, varón de feliz recuerdo, obispo de la ciudad de Salona^[25]. El título de la epístola es *Sobre el fin del siglo*^[26].

Por ello, aquí ya expondré lo que se lee en el Evangelio según Mateo sobre la separación de buenos y malos por el juicio más inmediato y último de Cristo. Dice: *cuando venga el hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su majestad y se*

reunirán ante él todas las naciones, y los separará a su vez como el pastor separa a las ovejas de las cabras y colocará a las ovejas a su diestra y a las cabras a su izquierda. Entonces el rey les dirá a aquellos que estén a su derecha: *Venid benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era extranjero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis; <enfermo y me visitasteis;> estaba en la cárcel y vinisteis a mí. Entonces le responderán los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿y cuándo te vimos extranjero y te acogimos, o desnudo y te cubrimos? ¿o cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a ti? Y respondiendo el rey les dirá: en verdad os digo, cuantas veces lo hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces, continúa, dirá también a aquellos que estén a su izquierda: marchad lejos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el Diablo y sus ángeles*^[27]. A continuación, de modo similar también detalla a estos que no hicieron lo que recordó que hicieron los de la derecha. Igualmente, al preguntarle estos cuándo lo vieron sumido en la indigencia de tales bienes responde que lo que no se les hizo a sus pequeñuelos a él no se le hizo. Concluyendo el discurso, dice: *E irán estos al suplicio eterno, pero los justos a la vida eterna*^[28]. En verdad Juan el evangelista relata clarísimamente que él predijo que el juicio se producirá en la resurrección de los muertos. Pues tras haber afirmado: *En efecto, el Padre no juzga a nadie, sino que otorgó todo el juicio al Hijo para que todos honren al Hijo así como honran al Padre. Quien no honra al hijo no honra al padre, que lo envió*, añade a continuación: *en verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en aquel que me envió tiene la vida eterna, y no va al juicio, sino que pasa de la muerte a la vida*^[29]. He aquí que este dice que sus fieles no van al juicio. En consecuencia, ¿cómo serán separados por el juicio de los malos y se colocarán a su derecha sino porque en este lugar puso juicio en lugar de condena? Lo cierto es que no irán a tal juicio quienes escuchan su palabra y creen en aquel que le envió.

6

Después añade diciendo: *En verdad, en verdad os digo que ha llegado la hora y es ahora cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y quienes la*

oyeran vivirán. En efecto, así como el padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al hijo tener la vida en sí mismo^[30]. Todavía no habla de la segunda resurrección, es decir, la de los cuerpos, que sucederá al final, sino de la primera, que se produce ahora. Lo cierto es que para distinguirla dice: *ha llegado la hora y es ahora*. Pero esa no es la de los cuerpos, sino la de las almas. Tienen, en efecto, también las almas su muerte en la impiedad y en los pecados, muerte según la cual están muertos aquellos de quienes dice el Señor mismo: *Permite que los muertos sepulten a sus muertos*^[31]; es decir, que los muertos en el alma sepulten a los muertos en el cuerpo. Por consiguiente, por estos muertos en el alma a causa de su impiedad e iniquidad dice: *ha llegado la hora y es ahora cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y quienes la oyeran vivirán*. Con *quienes la oyeran*, quiso decir «quienes obedezcan, quienes creyeran y quienes perseveraran hasta el fin». Y no hizo aquí ninguna diferencia entre buenos y malos. Pues es bueno para todos escuchar su palabra y vivir pasando a la vida de piedad desde la muerte de la impiedad. De dicha muerte dice el apóstol Pablo: *Por consiguiente, todos han muerto y ha muerto por todos para que quienes viven ya no vivan para sí sino para aquel que ha muerto por ellos mismos y ha resucitado*^[32]. Así pues, todos han muerto en los pecados, sin ser exceptuado nadie en absoluto, ya en los originales ya en los añadidos por la voluntad, y no haciendo lo que es justo, ya por ignorancia, ya a sabiendas. Y por todos los muertos ha muerto el único vivo, es decir, sin tener ningún pecado en absoluto, para que quienes viven por la remisión de los pecados ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que ha muerto por todos a causa de nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación, a fin de que, creyendo en aquel que justifica al impío, justificados de la impiedad, vivificados de la muerte, por así decirlo, podamos pertenecer a la primera resurrección que se da ahora. A esta primera, en efecto, no pertenecen sino quienes serán felices en la eternidad, en cambio a la segunda, de la que se va a hablar a continuación, enseñará que pertenecen tanto los felices como los desgraciados. Esa es la de la misericordia, aquella la del juicio. A causa de ello está escrito en el salmo: *te cantaré, Señor, la misericordia y el juicio*^[33].

Sobre dicho juicio, en consecuencia, añade diciendo: *Y le dio la potestad de hacer el juicio, porque es hijo de hombre*^[34]. Aquí muestra que vendrá para juzgar en esta carne en la cual había venido para ser juzgado. En efecto, para ese propósito dice: *porque es hijo de hombre*. Y después, añadiendo desde el punto sobre el que estamos tratando, dice: *No os asombréis de esto, porque vendrá la hora en la que todos los que están en las tumbas escucharán su voz y avanzarán, los que hicieron el bien a la resurrección de*

la vida, pero los que hicieron el mal a la resurrección del juicio^[35]. Este es el juicio que poco antes, como ahora, había dispuesto como condenación diciendo: *quien escucha mi palabra y cree en aquel que me envió tiene la vida eterna, y no va al juicio, sino que pasa de la muerte a la vida*^[36], es decir, perteneciendo a la primera resurrección, por la que ahora se pasa de la muerte a la vida, no vendrá a la condenación que señaló bajo el apelativo de juicio, como también en este pasaje, donde dice: *quienes hicieron el mal, a la resurrección del juicio*, es decir, de la condenación. Resucite, por tanto, en la primera resurrección, quien no quiere ser condenado en la segunda. En efecto *ha llegado la hora y es ahora cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y quienes la oyeran vivirán*^[37], es decir, no vendrán a la condenación que se llama segunda muerte. A dicha muerte, después de la segunda resurrección, que será la de los cuerpos, serán precipitados quienes no resuciten en la primera, que es la de las almas. *Vendrá en efecto la hora* (donde no dice *y es ahora*, porque será en el final del siglo, es decir, en el último y más grande juicio de Dios) *en la que todos los que están en las tumbas escucharán su voz y avanzarán*. No dijo como en el primer pasaje: *quienes la oyeran vivirán*. En efecto, no todos vivirán, evidentemente, esta vida que, puesto que es feliz, es la única que merece llamarse vida. Pues, ciertamente, sin alguna clase de vida no podrían oír y avanzar desde las tumbas al resucitar la carne. Pero por qué no todos vivirán lo enseña en lo que sigue: *los que hicieron el bien*, dice, *a la resurrección de la vida*, estos son quienes vivirán; *pero los que hicieron el mal, a la resurrección del juicio*^[38], estos son quienes no vivirán porque morirán por la segunda muerte. Lo cierto es que hicieron el mal porque vivieron mal; y, por otra parte, vivieron mal porque en la primera resurrección de las almas, que se da ahora, no revivieron o no permanecieron hasta el fin en aquello en lo que revivieron. Por consiguiente, así como son dos las regeneraciones, de las que ya he hablado anteriormente, una según la fe, que ahora se produce por el bautismo, otra según la carne, que se producirá en su incorrupción e inmortalidad por el gran y definitivo juicio, así también son dos las resurrecciones, una la primera <que> se produce ahora y es la de las almas, que no permite llegar a la segunda muerte, otra la segunda, que no se produce ahora, sino que sucederá al final del siglo, y no es de las almas, sino de los cuerpos, que por el último juicio a unos envía a la segunda muerte, a otros a esta vida que no tiene muerte.

Sobre estas dos resurrecciones el mismo evangelista Juan en el libro que se titula Apocalipsis habló de tal modo que la primera de ellas, al no ser comprendida por algunos de los nuestros, ha derivado incluso en ciertas historias ridículas. Dice ciertamente en el libro mencionado el apóstol Juan: *Y vi a un ángel descendiendo del cielo, sosteniendo la llave del abismo y una cadena en su mano. Y apresó a aquel dragón, la serpiente antigua, que es llamado Diablo y Satanás, <y> lo encadenó durante mil años y lo envió al abismo. Y lo encerró y puso un sello sobre él para que no sedujera ya a las naciones hasta que terminasen los mil años. Después de esto conviene que este sea liberado por un breve tiempo. Y vi los tronos y a los que se sentaban sobre ellos, y el juicio fue emitido. Y las almas de los muertos a causa del testimonio de Jesús y a causa de la palabra de Dios, y si algunos no adoraron a la bestia ni a su imagen ni recibieron la marca en su frente o en su mano, reinaron también con Jesús durante mil años. Los restantes de aquellos no vivieron, hasta que concluyeran los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo es quien tiene parte en esta primera resurrección. Sobre estos la segunda muerte no tiene poder; pero serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante mil años*^[39]. Quienes por estas palabras de este libro supusieron que la primera resurrección iba a ser la corporal, fueron impulsados entre otros elementos sobre todo por el número de mil años, como si resultase conveniente que de este modo se realizase en los santos una especie de observancia del sábado de tan larga duración, es decir, un descanso sagrado después de los trabajos de los seis mil años desde que fue creado el hombre y fue expulsado de la felicidad del paraíso a las desgracias de su mortalidad por el merecimiento de su gran pecado, a fin de que, puesto que está escrito: *un solo día en el Señor como mil años y mil años como un solo día*^[40], completados seis mil años como seis días, siga como séptimo del sábado en los últimos mil años, al resucitar los santos precisamente para celebrar este sábado. De cualquier modo, esta opinión sería admisible si se creyera que en aquel sábado se iban a producir algunos gozos espirituales para los santos por la presencia de Dios. Pues también nosotros sostuvimos esta opinión en algún momento^[41]. Pero si dicen que aquellos que hayan resucitado en aquel tiempo van a estar ociosos en desenfrenadísimos banquetes carnales, en los cuales habrá tanta comida y bebida que no solo no mantengan ninguna medida, sino que excedan también la medida de la propia credibilidad, de ningún modo se puede dar crédito a

estas ideas excepto por parte de personas carnales. Por su parte, quienes son espirituales a esos que sostienen tales creencias los llaman *κίλιαστὰς* mediante un término griego. A estos nosotros podríamos llamarlos milenaristas obteniendo la palabra de dicha palabra^[42]. Pero a estos resulta largo refutarlos individualmente; en cambio debemos mostrar más bien ahora cómo debe ser interpretada esta escritura.

Dice el mismo Señor Jesucristo: *Nadie puede entrar en la casa del fuerte y robarle sus vajillas, si no encadena primero al fuerte*^[43], queriendo que se entienda por el fuerte al Diablo, ya que él mismo pudo tener cautivo al género humano; pero por sus vajillas, que había de robar a sus futuros fieles, a los que aquel poseía en diversos pecados e impiedades. Por consiguiente, para que sea encadenado el fuerte, este apóstol ve en el Apocalipsis *a un ángel descendiendo del cielo, sosteniendo la llave del abismo y una cadena en su mano. Y apresó, dice, a aquel dragón, la serpiente antigua, que es llamado Diablo y Satanás, <y> lo encadenó durante mil años*^[44], es decir, reprimió y frenó su poder de seducir y poseer a aquellos que debían ser liberados. Por otra parte, los mil años pueden entenderse de dos maneras en lo que a mí respecta: o que este acontecimiento se produce en los últimos mil años, es decir, en el sexto millar de años como en el sexto día, cuyos tiempos posteriores se están desarrollando ahora, siguiendo después el sábado, que no tiene tarde, es decir, el descanso de los santos, que no tiene fin, de modo que denominase mil años a la última parte de este día de mil años, por llamarlo de algún modo, que perduraba hasta el final del siglo, mediante este modo de expresión por el que la parte es significada por el todo; o, precisamente, puso mil años por todos los años de este siglo, de forma que se señalase mediante un número perfecto la misma plenitud del tiempo. Lo cierto es que el número mil hace el cubo del número diez. De hecho, diez multiplicado por diez da cien, que ya es una figura cuadrada pero plana; y para que se eleve en altura y se haga sólida, de nuevo se multiplica cien por diez y son mil. Finalmente, si en ocasiones el cien se coloca por la propia totalidad, como es aquello que el Señor prometió al que dejase todos sus bienes y le siguiese diciendo: *Recibirá en este siglo el céntuplo*^[45], que al explicarlo el Apóstol de cierta manera señala: *Como no teniendo nada y poseyéndolo todo*^[46]; porque también antes ya se había dicho: *todo un mundo de riquezas pertenece al hombre fiel*^[47]: ¿Cuánto más se pone mil por la totalidad cuando es el propio cubo de diez? De ahí que tampoco se entiende mejor aquello que se lee en el salmo: *recordó para siempre la palabra de su alianza, que prescribió para mil generaciones*^[48], es decir, para todas.

Y lo envió, dice, al abismo^[49]. Ciertamente, envió al Diablo al abismo, término con el que se señala la multitud incalculable de impíos, cuyos corazones son profundos abismos en su malignidad contra la iglesia de Dios; pero no porque el Diablo no estaba antes allí, sino que se dice que fue enviado allí porque, excluido de los creyentes, empezó a dominar en mayor medida a los impíos. Pues está más dominado por el Diablo quien no solo está alejado de Dios sino que también odia gratuitamente a los que sirven a Dios^[50]. *Y lo encerró, dice, y puso un sello sobre él para que no sedujera ya a las naciones hasta que terminasen los mil años*^[51]. *Cerró sobre él* se dijo en el sentido de «Le impidió que pudiera salir», es decir, se le prohibió pasar. Por su parte, lo que añade, *puso un sello*, me parece que significa que quiso que se mantuviera oculto quiénes pertenecen a la facción del Diablo y quiénes no pertenecen. Lo cierto es que en este siglo esto permanece totalmente oculto, ya que resulta incierto si va a caer quien parece mantenerse firme, o si va a levantarse aquel que parece que ha caído^[52]. Por otra parte, el Diablo, mediante la cadena y el cerrojo de esta prohibición, es impedido y privado de seducir a estas naciones, que, perteneciendo a Cristo, seducía o retenía antes. En efecto, Dios eligió antes de la creación del mundo arrebatarlas del poder de las tinieblas^[53] y transferirlas al reino del hijo de su amor, como dice el apóstol^[54]. Pues ¿qué fiel ignora que aquel también ahora seduce a las naciones y las arrastra consigo al castigo eterno, pero no a las que estaban predestinadas a la vida eterna? Y no nos conmocione el hecho de que a menudo el Diablo seduce incluso a aquellos que ya regenerados en Cristo avanzan por los caminos de Dios. En efecto, *sabe el Señor quiénes son los suyos*^[55]; de estos aquel no seduce a ninguno para la condena eterna. Pues el Señor los conoce como Dios, al que nada se le oculta, ni siquiera de los acontecimientos futuros, no como ser humano, que ve al ser humano en el presente (si no obstante ve lo que su corazón no ve), pero cómo será él después ni él mismo lo ve. Por consiguiente, el Diablo fue encadenado y encerrado en el abismo para que ya no sedujese a las naciones, de las cuales está compuesta la iglesia, a las que antes mantenía seducidas, antes de que fueran iglesia. Y, en efecto, no se ha dicho «para que no sedujeran a nadie», sino que dijo *para que no sedujeran ya a las naciones*^[56], en las cuales quiso sin lugar a dudas que se entendiera la iglesia, *hasta que terminasen*, dice, *los mil años*, es decir, o lo que queda del sexto día, que consta de mil años, o todos los años con los cuales en lo sucesivo debe completarse este siglo.

Y lo que dice: *para que no sedujese a las naciones hasta que terminasen los mil años*, no debe entenderse como si después fuera a seducir solo a estas

naciones de las cuales consta la iglesia predestinada, de cuya seducción estaba impedido por la cadena y el cerrojo. Pero o bien se dijo mediante aquella forma de expresión que se encuentra en algunas ocasiones en las escrituras, como sucede en el salmo: *Así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga piedad de nosotros*^[57], —y, en efecto, cuando haya mostrado piedad los ojos de sus siervos no dejarán de dirigirse al Señor su Dios—, o este es ciertamente el orden de las palabras: *Y lo encerró y puso un sello sobre él hasta que terminasen los mil años*. Pero la expresión que intercaló: *para que no sedujera ya a las naciones*, está construida de tal manera que es libre de la secuencia de esta ordenación y debe entenderse aparte, como si se añadiera después, para que toda la frase quedase así: *Y lo encerró y puso un sello sobre él hasta que terminasen los mil años para que no sedujera ya a las naciones*; es decir, lo encerró hasta que terminasen los mil años para que no sedujera ya a las naciones.

8

Después de esto, dice, conviene que este sea liberado por un breve tiempo^[58]. Si para el Diablo ser encadenado y encerrado significa que no puede seducir a la iglesia, ¿su liberación consecuentemente será que lo pueda? En absoluto. En efecto, nunca será seducida por aquel la iglesia predestinada y elegida antes de la creación del mundo^[59], de la cual se dijo: *Sabe el Señor quiénes son los suyos*^[60]. Y, sin embargo, aquí estará también en aquel tiempo en el que el Diablo habrá de ser liberado, como estuvo aquí desde que fue instituida y estará todo el tiempo en los suyos, es decir, en aquellos que con sus nacimientos suceden a los que mueren. Pues poco después dice que el Diablo, tras ser liberado, arrastrará a las naciones bajo su seducción por todo el orbe de la tierra a la guerra contra esta, el número de cuyos enemigos será como la arena del mar. *Y ascendieron, dice, sobre la extensión de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad predilecta, y descendió el fuego desde el cielo de parte de Dios y los consumió; y el Diablo, que los seducía, fue enviado a una laguna de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*^[61]. Pero esto ya atañe al juicio definitivo que ahora consideré que debía ser mencionado, para que nadie piense que, en ese mismo pequeño espacio de tiempo en el que el

Diablo será liberado, la iglesia no fuera a existir en esta tierra, o bien al no encontrarla este aquí tras haber sido liberado, o bien al destruirla habiéndola perseguido por todos los medios. En consecuencia, no por todo este tiempo que abarca este libro, a saber, desde la primera venida de Cristo hasta el final del siglo, que será su segunda venida, el Diablo estará encadenado de tal manera que este mismo encadenamiento, durante ese periodo que designa bajo el número de mil años, consista en no seducir a la iglesia, puesto que ni estando liberado ciertamente la va a seducir. Pues efectivamente, si el que se le encadene consiste en que no pueda o no le sea permitido seducir, ¿en qué consistirá su liberación sino en que pueda o le sea permitido seducir? Lejos esté de suceder esto. Pero el encadenamiento del Diablo consiste en que no le sea permitido poner al descubierto toda la tentación de la que es capaz para seducir, o bien por la fuerza, o bien mediante el engaño, a los seres humanos hacia su parte, obligándoles violentamente, o engañándolos fraudulentamente. Y si le fuera permitido en tan largo espacio de tiempo y en medio de tan gran debilidad de muchos, a muchísimos tales que Dios no desea que sufran esta tribulación, a los fieles les haría caer, y a otros les apartaría de la fe. A fin de que no haga esto se encuentra encadenado.

Y entonces será liberado, cuando también se dé el breve espacio de tiempo (pues se lee que durante tres años y seis meses se iba a ensañar con todas sus fuerzas y con las de los suyos)^[62] y aquellos con los que debe combatir serán de tal naturaleza que no podrían ser vencidos por un ataque suyo tan violento y por sus asechanzas. Pero si nunca fuese liberado, su poder maligno sería menos visible, la fidelísima paciencia de la ciudad santa sería menos probada, en definitiva, se percibiría menos de cuán gran mal suyo se sirvió tan bien el Omnipotente, que ni lo privó absolutamente de tentar a los santos, aunque expulsado de sus hombres interiores^[63], donde reside la fe en Dios, para que obtuvieran provecho de su ataque externo. Y lo encadenó en aquellos que son de su facción, a fin de evitar que, esparciendo y ejerciendo toda la maldad de la que es capaz, a los débiles sin número, por los cuales convenía que la iglesia se multiplicase y se llenase, a unos a punto de creer, a otros ya creyentes, a los primeros los disuadiera de la fe de la piedad, a los segundos los quebrantase. Y lo liberará al final para que la ciudad de Dios contemple a qué adversario tan fuerte había vencido con gran gloria de su redentor, apoyo y liberador. En comparación con estos santos y fieles que entonces existirán ¿qué somos realmente? Puesto que para probarlos será liberado tan gran enemigo, con el cual encadenado nosotros combatimos contra tantos peligros. Aunque también en este intervalo de tiempo no hay

duda de que hubo y hay algunos soldados de Cristo tan prudentes y valerosos que, aunque viviesen entonces en esta mortalidad, cuando aquel sea liberado se guardarían con gran sabiduría y soportarían con gran paciencia todas las asechanzas y ataques suyos.

Por otra parte, este encadenamiento del Diablo no solo se produjo desde el momento en que la iglesia comenzó a expandirse en unas y otras naciones aparte de Judea, sino que también se da ahora y se dará hasta el término del siglo, en el que deberá ser liberado, ya que también ahora los seres humanos se convierten a la fe desde la infidelidad en la cual este mismo los poseía y, sin duda, se convertirán hasta dicho final. Y ciertamente este fuerte está encadenado a cada uno cuando le es arrebatado como si se tratase de un objeto suyo. Y el abismo donde está encerrado no se consume en ellos cuando han muerto quienes vivían cuando comenzó a estar encerrado, sino que a estos sucedieron otros naciendo y hasta que concluya este siglo les suceden quienes odian a los cristianos, en cuyos ciegos e insondables corazones está encerrado cada día como en un abismo. Por otro lado, es una cuestión no sin importancia si también en aquellos últimos tres años y seis meses, cuando tras ser liberado habrá de ensañarse con todas sus fuerzas, alguien vaya a acercarse a la fe, en la cual no había vivido. ¿Cómo, en efecto, se mantendrá lo que se dijo: *Quien entra en la casa del fuerte para robarle sus vajillas, si no encadena primero al fuerte*^[64], si también se le arrebatan estando libre? Y, por este motivo, esta opinión parece obligarnos a creer que en aquel tiempo, por breve que sea, nadie se va a unir al pueblo cristiano, sino que el Diablo luchará con aquellos que ya fuesen hallados cristianos. Aunque entre ellos algunos le siguieran vencidos, estos no pertenecen al número predestinado de los hijos de Dios^[65]. Y no en vano el mismo apóstol Juan, que también escribió el Apocalipsis, en su epístola dice de algunos: *Salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros, pues si hubiesen sido de los nuestros hubiesen permanecido sin duda con nosotros*^[66]. ¿Pero qué sucede con los niños pequeños? Lo cierto es que resulta extremadamente increíble que en aquel tiempo ningún hijo pequeño de los cristianos sea sorprendido ya nacido y aún no bautizado, y que incluso no nazca ninguno ya en esos mismos días, o si lo hiciera, que no sea conducido por sus padres de algún modo al baño de la regeneración^[67]. Y si esto sucede, ¿cómo le serán arrebatados esos recipientes al Diablo ya liberado, a cuya casa nadie entra para arrebatárselos, si antes no lo encadena? Sin duda se ha de creer más bien que ni han de faltar en aquel tiempo ni quienes se aparten de la iglesia, ni quienes se adhieran a la iglesia, sino que ciertamente serán tan fuertes tanto los padres para bautizar a sus

pequeños como aquellos que entonces vayan a creer por primera vez que puedan vencer a este fuerte, incluso no estando encadenado, es decir, que lo desenmascaren con celo y lo soporten con paciencia cuando les aceche con todas sus artes y les asedie con todas sus fuerzas como nunca antes, y así se libren de él incluso sin estar encadenado. Y no por ello resultará falsa aquella idea del Evangelio: *¿Quién entra en la casa del fuerte para robarle sus vajillas, si no encadena primero al fuerte*^[68]? En efecto, conforme a la verdad de esta idea se ha mantenido este orden, de manera que en primer lugar el fuerte fuese encadenado y, robadas sus vajillas, la iglesia se multiplicase a lo largo y a lo ancho en todas las naciones a partir de personas firmes y débiles, hasta el punto que por la propia fe robustísima de los sucesos predichos y cumplidos por la voluntad divina pueda arrebatarle las vajillas, incluso estando libre. En efecto, así como debe reconocerse que la caridad de muchos se enfría cuando abunda la iniquidad, y que aquellos muchos que no están registrados en el libro de la vida van a ceder ante inusitadas y duras persecuciones y ante las falacias del Diablo ya liberado, así debe pensarse que no solo los buenos fieles que aquel tiempo encuentre, sino también algunos que estarán hasta el momento fuera, con la ayuda de la gracia de Dios por la atención a las escrituras, en las cuales están preanunciados otros acontecimientos y el propio fin que piensan que está a punto de llegar, van a mostrarse más firmes para creer lo que no creían, y más fuertes para vencer al Diablo aun sin estar encadenado. Y si va a ser así, debe decirse que su encadenamiento se ha producido antes para que siguiera su expolio, tanto encadenado como suelto, puesto que sobre esta cuestión se ha preguntado: *¿Quién va a entrar en la casa del fuerte para robarle sus vajillas, si no encadena primero al fuerte?*

9

Entretanto, mientras el Diablo permanece encadenado durante mil años, los propios santos reinan con Cristo también durante mil años, debiendo ser entendidos estos mismos sin duda también del mismo modo, es decir, ya en ese tiempo de su primera venida. Lo cierto es que, exceptuado aquel reino del cual se va a decir al final: *Venid, benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros*^[69], si de algún otro modo, ciertamente muy distinto, no reinasen ya sus santos con él, de los que dice: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo*^[70], ciertamente no se

llamaría todavía a la iglesia reino suyo y reino de los cielos. En efecto, sin duda en este tiempo se instruye en el reino de Dios aquel escriba que extrae de su arcón cosas nuevas y viejas, del que hemos hablado anteriormente^[71]. Y aquellos segadores habrán de recoger de la iglesia la cizaña, que permitió crecer con el trigo hasta la cosecha, explicando lo cual señala: *La mies es el fin del siglo, los segadores, por su parte, son los ángeles. Por consiguiente, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en la consumación del siglo. El hijo del hombre enviará a sus ángeles y recogerá de su reino todos los escándalos*^[72]. ¿Acaso de aquel reino donde no hay ningún escándalo? Por consiguiente, serán recogidos de este reino suyo que aquí es la iglesia. Asimismo, dice: *quien incumpliera uno solo de estos preceptos más pequeños y así lo enseñara a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; pero quien lo llevase a cabo y así lo enseñase, será llamado grande en el reino de los cielos*^[73]. Indica que uno y otro estarán en el reino de los cielos, tanto quien no lleva a cabo los preceptos que enseña (pues esto es incumplir: no guardar, no llevar a cabo), como aquel que los lleva a cabo y así los enseña; pero ese será el más pequeño, aquel grande. Y prosiguiendo a continuación añade: *En efecto, os digo que si vuestra justicia no sobresaliera sobre la de los escribas y fariseos*, es decir, sobre aquellos que incumplen lo que enseñan (efectivamente, sobre los escribas y fariseos dice en otro lugar: *porque dicen y no hacen*)^[74], —a no ser que, por consiguiente, vuestra justicia sobresaliese sobre la de estos, es decir, que vosotros no incumpláis, sino que más bien llevéis a cabo lo que enseñáis, *no entraréis*, dice, *en el reino de los cielos*^[75]. En consecuencia, debe entenderse en un sentido el reino de los cielos donde se hallan ambos, a saber, tanto aquel que incumple lo que enseña como aquel que lo lleva a cabo, pero uno será el más pequeño, el otro grande; y en otro, en cambio, se dice reino de los cielos donde no entra sino quien obra. Y, por ello, donde hay uno y otro género es la iglesia tal y como es ahora. En cambio, donde solo habrá aquello es la iglesia tal y como será entonces, cuando el malvado no resida en ella. Por consiguiente, también ahora la iglesia es el reino de Cristo y el reino de los cielos. Así pues, también ahora reinan sus santos con él, de otro modo ciertamente a como reinarán entonces; y, sin embargo, con aquel no reina la cizaña, aunque en la iglesia crezca con el trigo^[76]. En efecto, reinan con aquel quienes hacen lo que dice al apóstol: *Si resucitasteis con Cristo, apreciad las cosas que están arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; buscad las que están arriba, no las que se hallan sobre la tierra*^[77]. De los cuales asimismo dice que su ámbito se halla en los cielos^[78]. Finalmente,

reinan con él quienes en su reino son tales que ellos mismos son también su reino. ¿Pero cómo son reino de Cristo quienes, para omitir otras cuestiones, aunque estén allí hasta que sean recogidos de su reino todos los escándalos en el fin del siglo^[79], sin embargo allí buscan lo suyo, no lo que pertenece a Jesucristo^[80]?

Por consiguiente, sobre este reino en guerra, en el cual hasta ahora se combate con el enemigo y unas veces se rechaza a los vicios en sus ataques, otras se les gobierna cuando ceden, hasta que se llegue a aquel reino pacificadísimo, donde se reinará sin enemigo, y sobre esta primera resurrección, que se da ahora, habla este libro del modo siguiente. En efecto, tras haber dicho que el Diablo estaría encadenado durante mil años y después sería liberado por un breve espacio de tiempo, recapitulando entonces qué hace la iglesia en esos mil años o se hace en ella, dice: *y vi los tronos y a los que se sentaban sobre ellos, y el juicio fue emitido*^[81]. Y no debe pensarse que esto se dice sobre el último juicio, sino que deben entenderse los tronos de las autoridades y a las mismas autoridades por las que la iglesia es gobernada. Por otra parte, parece que el juicio emitido no ha de interpretarse de mejor forma que como se dijo: *lo que ataseis sobre la tierra estará atado también en el cielo; y lo que soltaseis en la tierra estará suelto también en el cielo*^[82]. De donde el apóstol dice: *¿Por qué tengo yo que juzgar sobre aquellos que están fuera? ¿Acaso no juzgáis vosotros sobre aquellos que están dentro? Y las almas de los muertos*, dice, *por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios*^[83]. Se sobreentiende lo que va a decir después: *reinarán con Jesús durante mil años*^[84], es decir, las almas de los mártires sin habérseles devuelto sus cuerpos todavía. Y, en efecto, las almas de los muertos piadosos no son separadas de la iglesia, que ahora también es el reino de Cristo. De no ser así, tampoco se haría memoria de ellos ante el altar en la comunión del cuerpo de Cristo; ni les resultaría de ningún provecho correr a su bautismo en medio de los peligros, para no acabar esta vida sin él; ni a la reconciliación, si por casualidad alguien es separado del mismo cuerpo por la penitencia o la mala conciencia. ¿Por qué, en efecto, se hace esto, a no ser porque también los fieles difuntos son miembros suyos? Por consiguiente, aunque todavía no con sus cuerpos, sin embargo, sus almas ya reinan con aquel, mientras transcurren estos mil años. De donde en este mismo libro también se lee en otros lugares: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. De ahora en adelante, dice el espíritu, que descansen de sus trabajos; pues sus obras los siguen*^[85]. Así pues, ahora previamente la iglesia reina con Cristo en los vivos y en los muertos. En efecto, como dice el

apóstol, *Cristo murió para gobernar sobre los vivos y los muertos*^[86]. Pero recordó solamente las almas de los mártires por este motivo, porque principalmente reinan los propios muertos que combatieron por la verdad hasta la muerte. Pero entendemos, yendo de la parte al todo, los demás muertos como pertenecientes a la iglesia, que es el reino de Cristo.

Pero lo que sigue: *Y si algunos no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en su frente o en su mano*^[87], debemos entenderlo al mismo tiempo de los vivos y de los muertos. Aunque deba investigarse más rigurosamente cuál es en definitiva esa bestia, sin embargo, no es incompatible con la fe recta que se entienda esta misma ciudad impía y el pueblo de los infieles contrario al pueblo fiel y a la ciudad de Dios. Pero su imagen me parece su simulación, precisamente en aquellos hombres que profesan la fe en apariencia y viven como infieles. En efecto, fingen ser lo que no son y son llamados cristianos no en una representación fidedigna sino en una imagen falsa. A la misma bestia, en efecto, pertenecen no solo los abiertamente enemigos del nombre de Cristo y su gloriosísima ciudad, sino también la cizaña, que debe recogerse de su reino, que es la iglesia, al final del siglo^[88]. ¿Y quiénes son los que no adoran a la bestia ni a su imagen, sino los que hacen lo que dice el apóstol: *no seáis los que portan el yugo con los infieles*^[89]? «No adoran» es, en efecto, no consienten, no se someten; «ni reciben la marca», evidentemente, la señal del crimen, «en la frente», por su profesión, «en la mano», por su actuación. Por tanto, las personas ajenas a estos males, ya viviendo todavía en esta carne mortal, ya difuntos, reinan con Cristo ya ahora en cierto modo conveniente a este tiempo por todo este intervalo que se significa con la cifra de mil años.

Los restantes de aquellos, dice, no vivieron^[90]. En efecto, *ha llegado la hora y es ahora cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y quienes la oyeran vivirán*^[91]. Por tanto, los restantes de ellos no vivirán. Pero lo que añade: *hasta que concluyan los mil años*, debe entenderse que no vivieron en aquel tiempo en que debieron vivir, es decir, pasando de la muerte a la vida. Y, por ello, cuando llegue el día en que se produzca también la resurrección de los cuerpos, no avanzarán a la vida desde los sepulcros, sino al juicio; es decir, a la condena que es llamada segunda muerte. Pues hasta que concluyan los mil años, todo aquel que no viviese, es decir, durante todo este tiempo en el que se realiza la primera resurrección, no escucharía la voz del hijo de Dios y pasaría de la muerte a la vida, ciertamente en la segunda resurrección, que es la de la carne, pasará a la segunda muerte con la propia carne. Sigue, en efecto, y dice: *Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo es*

quien tiene parte en esta primera resurrección^[92], es decir, es partícipe de ella. Por su parte, es partícipe de ella este mismo que no solo hubiera revivido de la muerte que se halla en los pecados, sino también permanecerá en la forma en que hubiera revivido. *Sobre estos*, dice, *la segunda muerte no tiene poder*^[93]. Por consiguiente, la tiene en los restantes, de los cuales dice más arriba: *los restantes de aquellos no vivieron, hasta que concluyan los mil años*^[94]; puesto que en todo este intervalo de tiempo, que llama mil años, por mucho que en este cada uno de ellos viviera en el cuerpo, no revivió de la muerte, en la cual le retenía la impiedad, para que reviviendo así se hiciera partícipe de la primera resurrección, y en él la segunda muerte no tuviera poder.

10

Hay quienes piensan que no puede llamarse resurrección sino a la de los cuerpos, y, por ello, defienden que también esa primera se producirá en los cuerpos. En efecto, a quienes corresponde caer les corresponde levantarse. Por su parte, los cuerpos caen muriendo, pues también se denominan cadáveres a partir de caer^[95]. Por consiguiente, dicen, la resurrección no puede ser de las almas, sino de los cuerpos. Pero ¿qué alegan contra el apóstol, que la llama resurrección? Pues ciertamente habían resucitado según el hombre interior^[96], no según el exterior, aquellos a quienes dice: *Si resucitasteis con Cristo, apreciad las cosas que están arriba*^[97]. Este sentido lo expresó con otras palabras en otro pasaje diciendo: *Para que, del mismo modo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida*^[98]. De ahí resulta también aquello: *Levántate tú, que estás dormido, y resurge de los muertos, y Cristo te iluminará*^[99]. Pero respecto al hecho de que dicen que no pueden levantarse salvo los que caen, y, por ello, piensan que la resurrección solo atañe a los cuerpos y no a las almas, dado que caer es propio de los cuerpos, ¿por qué no escuchan: *no os alejéis de aquel para que no caigáis*^[100], y: *permanece en pie para su Señor o cae*^[101], y *quien cree que está en pie, tenga cuidado de no caer*^[102]? En efecto, pienso que hay que cuidarse de esta caída en el alma, no en el cuerpo. Por tanto, si la resurrección es de los que caen, y también caen las almas, ciertamente debe admitirse que también las almas resucitan. Por su parte, lo que tras haber afirmado: *Sobre estos la segunda muerte no tiene*

poder, añade diciendo: *pero serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él durante mil años*^[103], sin duda no fue dicho únicamente respecto a los obispos y presbíteros, que ya se denominan propiamente sacerdotes en la iglesia, sino que, del mismo modo que decimos a todos cristos por el crisma místico, así también a todos sacerdotes porque son miembros del único sacerdote, de quienes el apóstol Pedro dice: *Pueblo santo, sacerdocio regio*^[104]. De manera acertada, aunque brevemente y de pasada, sugirió que Cristo es Dios diciendo: *Sacerdotes de Dios y de Cristo*^[105], es decir, del padre y del hijo, aunque a causa de la forma de siervo como hijo del hombre, así también Cristo se hizo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Sobre este asunto hemos hablado en esta obra, y no solo una vez^[106].

11

Dice: *Y cuando hubieran concluido los mil años, Satanás será liberado de su prisión, y saldrá para seducir a las naciones que se hallan en los cuatro extremos de la tierra, Gog y Magog, y arrastrará a estos a la guerra, cuyo número es como la arena del mar*^[107]. En consecuencia, entonces las seducirá para este fin, para arrastrarlas a esa guerra. Pues también antes seducía por medio de muchos y diversos males de las formas en que le era posible. Y *saldrá* se dijo por «irrupirá desde sus escondites de odio en abierta persecución». En efecto, esta será la persecución definitiva, siendo inminente el juicio final, que la santa iglesia soportará por todo el orbe de las tierras, es decir, toda la ciudad de Cristo por parte de toda la ciudad del Diablo, en toda la magnitud de una y otra sobre la tierra. Lo cierto es que esas naciones, a las que llama Gog y Magog^[108], no deben entenderse como si se tratase de unos bárbaros establecidos en alguna parte de la tierra, o bien los getas y masagetes que algunos sospechan a causa de las primeras letras de estos nombres, ya algunos otros extranjeros y que están fuera de la jurisdicción romana. En efecto, se ha significado que esos se hallan en todo el orbe de la tierra cuando se dice *las naciones que se hallan en los cuatro extremos de la tierra*, y ha supuesto que estas son Gog y Magog. Entendimos que la traducción de dichos nombres es: Gog «techo», Magog, «desde el techo», como la casa y el mismo que avanza desde la casa^[109]. Por consiguiente, son naciones en las cuales entendíamos anteriormente que el Diablo estaba encerrado como en un

abismo, y él mismo en cierto modo saliendo y avanzando desde ellas, de manera que aquellas sean el techo, y él, por su parte, el techo. Pero si referimos una y otra expresión a las naciones, no una de ellas a estas, la otra al Diablo, también ellas mismas son el techo, porque en ellas ahora está encerrado y, en cierto modo, se oculta el antiguo enemigo; y del techo serán estas mismas, puesto que van a irrumpir del odio oculto al abierto. Pero respecto a lo que dice: *Y ascendieron sobre la extensión de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad predilecta*^[110], no se señaló ciertamente que llegaron o habrían de llegar a un solo lugar, como si en algún único lugar fuera a hallarse el campamento de los santos y la ciudad predilecta, puesto que esta no es sino la iglesia de Cristo dispersa por todo el orbe de la tierra. Y, por ello, en cualquier lugar en que esté ahora, la que estará en todas las naciones, cosa que se significa con la expresión «extensión de la tierra», allí estará el campamento de los santos, allí estará su ciudad predilecta de Dios, allí será cercada por todos sus enemigos, ya que también ellos mismos estarán en todas las naciones con aquella, con toda la crueldad de su persecución, será oprimida, apremiada y encerrada en las angustias de los sufrimientos. Y no abandonara su milicia, que es designada mediante el término de campamento.

12

Pero lo que dice: *y descendió el fuego desde el cielo y los consumió*^[111], no debe pensarse que se trata del último suplicio, que se producirá cuando se ordene: *marchad lejos de mí, malditos, al fuego eterno*^[112]. Lo cierto es que entonces ellos mismos serán enviados al fuego, no vendrá el fuego desde el cielo sobre ellos. En cambio, aquí se entiende bien *el fuego desde el cielo* de la propia firmeza de los santos, por la que no habrán de ceder ante los que les hostigan para que hagan su voluntad. En efecto, el firmamento es el cielo, por cuya firmeza aquellos serán atormentados con ardiente celo, puesto que no pudieron arrastrar a los santos de Cristo a la parte del Anticristo. Y este mismo será el fuego que los consumirá, y esto *de parte de Dios*^[113], ya que por recompensa de Dios los santos se hacen invencibles, y de ahí los enemigos son atormentados. En efecto, así como está dispuesto en el buen sentido: *El celo de tu casa me consume*^[114], así en sentido contrario: *el celo invadió a una plebe iletrada, y ahora el fuego consumirá a los contrarios*^[115].

Y ahora, sin duda, exceptuado el fuego del último juicio, evidentemente. O si a este azote por el cual deben ser golpeados los perseguidores de la iglesia a la venida inmediata de Cristo, a los cuales encontrará viviendo sobre la tierra, cuando aniquile al Anticristo con el aliento de su boca^[116], lo llamó el fuego que desciende del cielo y los consume, tampoco este será el último suplicio de los impíos, sino aquel que habrán de soportar una vez realizada la resurrección de los cuerpos.

13

Esta persecución definitiva que será llevada a cabo por el Anticristo (como ya dijimos, porque está incluido en este libro más arriba^[117] y en el profeta Daniel)^[118], se producirá durante tres años y seis meses. Con razón se discute respecto a este tiempo, aunque pequeño, si pertenece a los mil años en los que dice que, por un lado, el Diablo está encadenado y, por otro, que los santos reinan con Cristo, o si este pequeño espacio se debe añadir a esos mismos años y está fuera de ellos. Porque, si dijéramos que este pertenece a los mismos años, se hallaría que el reino de los santos con Cristo no se prolonga durante un tiempo idéntico, sino más dilatado que aquel en que el Diablo está encadenado. En efecto, ciertamente los santos con su rey también en la propia persecución principalmente reinarán, venciendo tan grandes males, cuando el Diablo ya no esté encadenado, a fin de que pueda perseguirlos con todas sus fuerzas. Por consiguiente, ¿de qué modo esa escritura delimita en esos mismos mil años estos dos hechos, a saber, el encadenamiento del Diablo y el reino de los santos, cuando en el intervalo de tres años y seis meses antes llega a su fin el encadenamiento del Diablo que el reino de los santos en estos mil años con Cristo? En cambio, si dijéramos que este pequeño espacio de esta persecución no debe ser computado en los mil años, sino que más bien había de añadirse a estos una vez cumplidos, para que pudiera entenderse apropiadamente lo que, tras haber dicho: *sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él durante mil años*, añadió: *Y cuando hubieran concluido los mil años, Satanás será liberado de su prisión*^[119]. En efecto, de ese modo significa que tanto el reino de los santos como el encadenamiento del Diablo habrán de terminar al mismo tiempo, de manera que debe creerse que después el tiempo de aquella persecución no pertenece ni al reino de los santos ni a la prisión de Satanás, ambos de los cuales se dan

en mil años, sino que fue añadido y debe computarse aparte de este, y nos vemos obligados a reconocer que los santos en aquella persecución no van a reinar con Cristo. Pero ¿quién podrá escuchar que entonces no van a reinar con él sus miembros, cuando estén unidos a él lo más posible y con la mayor fuerza, y en dicho tiempo, cuanto más violento sea el ímpetu de la guerra, tanto mayor la gloria de no ceder, tanto más frondosa la corona del martirio? O si a causa de las tribulaciones que van a soportar, no debe decirse que van a reinar, la consecuencia será que también en los días anteriores, en los mismos mil años, cualesquiera de los santos que sufrían tribulaciones, en ese mismo tiempo de su tribulación, se dice que no reinaron con Cristo, y, por ello, también aquellos a quienes dieron muerte por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, cuyas almas escribe que vio el autor de este libro^[120], no reinaban con Cristo cuando sufrían persecución, y no eran el reino de Cristo ellos mismos, a quienes Cristo poseía en su excelencia. Esto ciertamente resulta totalmente absurdo y debe ser rechazado por todos los medios. Pero, sin duda, las almas victoriosas de los gloriosísimos mártires, superados y concluidos todos los dolores y trabajos, después que depusieron sus miembros mortales, reinaron y reinan ciertamente con Cristo, hasta que terminen los mil años, para que después reinen recibidos también los cuerpos ya inmortales. Por lo cual, durante aquellos tres años y medio las almas de los muertos por su martirio, las que anteriormente salieron de los cuerpos, y las que van a salir en la propia persecución definitiva, reinarán con aquel hasta que concluya el siglo mortal y se pase a aquel reino donde la muerte no existirá. Por esto, los años de los santos reinando con Cristo serán más que los del encadenamiento y prisión del Diablo, porque aquellos reinarán con su rey, el hijo de Dios, sin estar el Diablo ya encadenado también durante aquellos tres años y medio. Así pues, resta que cuando escuchamos: *sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con él durante mil años, y cuando hubieran concluido los mil años, Satanás será liberado de su prisión*^[121], o bien entendamos que los mil años de este reino de los santos no concluyen, sino los del encadenamiento y la prisión del Diablo, para que cada parte tenga que concluir los mil años, es decir, todos sus años, con sus diversas y particulares duraciones, más extensa para el reino de los santos, más breve para el encadenamiento del Diablo, o bien, sin duda, puesto que el periodo de tres años y seis meses es muy breve, se crea que no quiso que se computase, ya porque parece tener por más breve el encadenamiento del Diablo, ya por más extenso el reino de los santos, así como discutí sobre los cuatrocientos años en el decimosexto volumen de esta obra^[122]; puesto que eran algo más y, sin embargo, son denominados

cuatrocientos; y tales hechos se encuentran a menudo en las escrituras sagradas si se presta atención.

14

Después de esta mención de la persecución definitiva se recoge brevemente todo lo que ya en el juicio final el Diablo y, con su príncipe, la ciudad enemiga habrá de sufrir. En efecto, dice: *y el Diablo, que los seducía, fue arrojado a una laguna de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*^[123]. Anteriormente, dijimos que por la bestia se entiende perfectamente la propia ciudad impía. Pero su falso profeta es o el Anticristo o aquella imagen, es decir, la ficción de la que hemos hablado allí^[124]. Después de esto, recapitulando el mismo juicio definitivo, que se producirá en la segunda resurrección de los muertos, que es la de los cuerpos, narrando cómo le fue revelado, dice: *Y vi un trono grande e inmaculado y a aquel que se sentaba sobre él, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no se encontró su lugar*^[125]. No dice: «vi un trono grande e inmaculado y a aquel que se sentaba sobre él, y de su presencia huyeron el cielo y la tierra», porque no sucedió entonces, es decir, antes de que se hubiese emitido juicio sobre los vivos y los muertos; sino que dijo que él vio a aquel que se sentaba en el trono, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, pero después. Lo cierto es que, concluido el juicio, en ese momento dejarán de existir este cielo y esta tierra, cuando comiencen a existir el nuevo cielo y la nueva tierra. En efecto, este mundo pasará con un cambio de las cosas, no con su absoluta desaparición. De ello el apóstol dice: *en efecto, la configuración de este mundo pasa, quiero que vosotros estéis libres de preocupaciones*^[126]. Por consiguiente, la configuración pasa, no la naturaleza. Así pues, tras haber comentado Juan que él había visto al que estaba sentado sobre el trono, de cuya presencia, cosa que sucedería posteriormente, huyeron el cielo y la tierra, dijo: *Y vi muertos grandes y pequeñísimos, y los libros fueron abiertos; y fue abierto otro libro que es el de la vida de cada uno; y fueron juzgados los muertos conforme a las escrituras de los libros según sus actos*^[127]. Dijo que fueron abiertos los libros y un libro. Pero no ha omitido cómo es el libro. Dice: *que es el de la vida de cada uno*. Por consiguiente, aquellos libros que colocó en primer lugar deben entenderse como los de los santos, tanto antiguos como nuevos,

para que se muestre en ellos qué mandatos ordenó Dios que se cumplieran, pero en aquel, que es el de la vida de cada uno, qué no hizo o hizo cada uno de ellos. Este libro, si se considerase desde el punto de vista físico, ¿quién sería capaz de valorar su magnitud o extensión? ¿O en cuánto tiempo podría leerse el libro en el que están escritas todas las vidas de todos? ¿Acaso estará presente tan gran número de ángeles como lo habrá de seres humanos, y cada uno oirá que su vida es recitada por un ángel asignado a él? Por consiguiente, no habrá un solo libro de todos, sino uno de cada uno. Pero esa escritura, queriendo que se entienda uno solo, dice: *Y otro libro fue abierto*. Por tanto, debe entenderse alguna fuerza divina, por la que se hace que a cada uno le sean traídas a la memoria todas sus obras, ya buenas, ya malas, y sean analizadas con increíble celeridad por la contemplación de la mente, para que su conocimiento acuse o excuse a la conciencia, y así al mismo tiempo sean juzgados todos y cada uno. Dicha fuerza divina recibe, pues, el nombre de libro. Lo cierto es que en ella se lee en cierto modo cualquier hecho que se recuerda mediante su actuación. Por otro lado, para mostrar qué muertos deben ser juzgados, pequeñísimos y grandes, recapitulando dice, como volviendo a aquello que había omitido o más bien había aplazado: *y el mar mostró a los muertos que había en él, y la muerte y el abismo devolvieron a los muertos que guardaban en ellos*^[128]. Esto, lejos de toda duda, sucedió antes de que los muertos fuesen juzgados; y, sin embargo, aquello se dijo anteriormente. Por tanto, esto es lo que dije, que, recapitulando, este había vuelto a lo que había omitido. En cambio, ahora he respetado el orden, y para que sea expuesto el propio orden, vuelve a tratar más convenientemente en su lugar acerca del juicio de los muertos, cosa que ya había mencionado. En efecto, tras haber dicho: *y el mar mostró a los muertos que había en él, y la muerte y el abismo devolvieron a los muertos que guardaban en ellos*, a continuación añadió lo que había dispuesto poco antes: *y cada uno fue juzgado según sus actos*. Esto es en efecto lo que había dicho anteriormente: *Y los muertos fueron juzgados según sus actos*^[129].

15

¿Y quiénes son los muertos que el mar sacó a la luz y que se hallaban en él? En efecto, quienes mueren en el mar no dejan de estar en el abismo, ni sus cuerpos se conservan en el mar ni, lo que resulta más absurdo, el mar

guardaba a los muertos buenos y el abismo a los malos. ¿Quién podría pensar esto? Pero, sin duda, de manera apropiada algunos entienden que en este lugar se ha puesto mar por ese siglo^[130]. Por consiguiente, al señalar también que aquellos a los que Cristo encuentre aquí constituidos en cuerpo deben ser juzgados al mismo tiempo con aquellos que van a resucitar, también a estos mismos los llamó muertos, tanto a los buenos, a los que dice: *En efecto, estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*^[131], como a los malos, de los que dice: *Deja a los muertos sepultar a sus muertos*^[132]. Pueden ser llamados muertos también por lo siguiente, porque portan cuerpos mortales. Por ello, dice el apóstol: *El cuerpo sin duda está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es la vida a causa de la justicia*^[133], demostrando que en el ser humano vivo y constituido en este cuerpo se hallan uno y otro, el cuerpo muerto y el espíritu, la vida. Y, sin embargo, no dijo cuerpo mortal, sino muerto, aunque a estos mismos poco después también los llaman cuerpos mortales^[134], según son denominados más usualmente. Por consiguiente, el mar sacó a la luz a estos muertos que se hallaban en él, es decir, sacó a la luz este siglo a los seres humanos, cualesquiera que se hallasen en él, ya que no habían muerto todavía. *Y la muerte y el abismo*, dice, *devolvieron a los muertos que guardaban en ellos*^[135]. El mar los sacó a la luz, ya que comparecieron tal como fueron encontrados; pero la muerte y el abismo los devolvieron, puesto que los restituyeron a la vida, de la que ya habían salido. Y no en vano quizá no bastó que dijera *la muerte* o *el abismo*, sino que ambos fueron mencionados, la muerte por los buenos, que pudieron sufrir solamente la muerte y no el abismo; el abismo, por su parte, por los malos, que también expían su pena en los infiernos. En efecto, si no parece absurdo creer que también los santos antiguos, que mantuvieron la fe de que Cristo había de venir, se hallaron en lugares apartadísimos ciertamente de los tormentos de los impíos, pero en los infiernos, hasta que la sangre de Cristo y su descenso a aquellos lugares los sacase de allí, ciertamente en lo sucesivo los buenos fieles, redimidos ya por el precio de aquella sangre derramada, no conocen los infiernos hasta que también recuperados los cuerpos reciban los bienes de los que son merecedores. Por otra parte, después de haber dicho *y cada uno fue juzgado según sus actos*^[136], añadió brevemente cómo fueron juzgados: *La muerte y el abismo*, dice, *fueron arrojados a una laguna de fuego*^[137], significando con estas palabras al Diablo, puesto que es el autor de la muerte y de las penas infernales, y al mismo tiempo toda la sociedad de los demonios. Esto es, en efecto, lo que ya había afirmado antes anticipándose de forma más evidente: *y el Diablo, que los seducía, fue arrojado a una laguna*

de fuego y azufre^[138]. Cosa que, en cambio, había añadido allí de forma más oscura diciendo: *donde también estaban la bestia y el falso profeta*^[139], aquí más abiertamente: *Y quienes no fueron encontrados en el libro de la vida, dice, fueron arrojados a una laguna de fuego*^[140]. Y ese libro no trata de refrescar la memoria de Dios para que no incurra en el error por el olvido, sino que significa la predestinación de aquellos a quienes se dará la vida eterna. Y no es que Dios no los conozca y se lee en este libro para que los conozca, sino que más bien esta presciencia suya de aquellos, que no puede verse engañada, es el libro de la vida en el que están registrados, es decir, conocidos previamente con anterioridad.

16

Por otra parte, concluido el juicio en el que anunció de antemano que los malos debían ser juzgados, resta que también hable sobre los buenos. En efecto, ya ha expuesto lo que dijo el Señor en pocas palabras: *Así irán esos al suplicio eterno*, y continúa exponiendo lo que se añade también allí: *pero los justos a la vida eterna*^[141]. Dice: *y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Pues el primer cielo y la primera tierra se retiraron y el mar ya no existe*^[142]. Sucederá en ese orden que ya señaló antes anticipándose: que él vio al que se sentaba sobre el trono, de cuya presencia huyen el cielo y la tierra^[143]. Lo cierto es que, una vez juzgados estos que no están registrados en el libro de la vida y enviados al fuego eterno (qué fuego, de qué clase y en qué parte del mundo o de la realidad va a hallarse, creo que ningún ser humano lo sabe, excepto acaso al que se lo muestra el espíritu divino)^[144], entonces la configuración de este mundo desaparecerá por la conflagración de los fuegos del mundo, así como el diluvio se produjo por la inundación de las aguas del mundo. Por tanto, como he dicho, por aquella conflagración del mundo, las características de los elementos corruptibles que eran apropiadas para nuestros cuerpos mortales perecerán ardiendo en su totalidad, y la propia sustancia tendrá aquellas cualidades que convengan a los cuerpos inmortales mediante una asombrosa transformación, a saber, para que el mundo renovado para mejor se acomode apropiadamente a unos seres humanos renovados para mejor incluso en la carne. Por otra parte, respecto a lo que dice: *y el mar ya no existe*^[145], no podría afirmar fácilmente si se evaporará con aquel grandísimo incendio o él mismo se transformará a mejor. Lo cierto

es que leemos que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, pero sobre un mar nuevo no recuerdo haber leído nada en ninguna parte, a no ser lo que se encuentra en este mismo libro: *Como un mar vítreo semejante al cristal*^[146]. Pero entonces no se hablaba sobre ese fin del siglo, ni parece haber dicho propiamente mar sino *como un mar*. Aunque también ahora, como gusta al estilo profético mezclar palabras en sentido figurado con otras en sentido propio, y así, en cierto modo, ocultar lo que se dice, pudo afirmar de aquel mar: *y el mar ya no existe*, del que ya había dicho anteriormente: *y el mar sacó a la luz a estos muertos que se hallaban en él*^[147]. En efecto, entonces ya no existirá este siglo turbulento y proceloso, vida de los mortales, que simbolizó con el término mar.

Dice: *Y vi una gran ciudad, una nueva Jerusalén descendiendo desde el cielo de parte de Dios, preparada como una recién casada adornada para su esposo. Y escuché una fuerte voz hablando desde el trono: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y serán ellos mismos su pueblo, y el propio Dios estará con ellos. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no existirá, ni el lamento ni el clamor, sino que no habrá ningún dolor, porque lo anterior pasó. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que haré nuevas todas las cosas*^[148]. Se dice que esa ciudad descende del cielo porque es la gracia celeste por la que Dios la creó. A causa de lo cual le dice también por medio de Isaías: *Yo soy el Señor que te crea*^[149]. Y descende desde el cielo ciertamente ya desde su comienzo, a partir del cual sus ciudadanos crecen de inmediato a través del tiempo de este siglo, por la venida de la gracia de Dios desde lo alto, mediante el baño de la regeneración en el Espíritu Santo, enviado desde el cielo. Pero por el juicio de Dios, que será el definitivo por medio de su hijo Jesucristo, se hará visible su esplendor, tan grande y tan nuevo por el don de Dios, que no quedará ninguna huella de antigüedad; porque también los cuerpos pasarán a la nueva incorruptibilidad e inmortalidad desde la vieja corrupción y mortalidad. En efecto, me parece de una extrema desvergüenza entender esto de este tiempo en el que reina con su rey durante mil años, cuando dice con la mayor claridad: *Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no existirá, ni el lamento ni el clamor, sino que no habrá ningún dolor*^[150]. Pero ¿quién puede ser tan inconsecuente y tan insensato en su obstinadísima confrontación que se atreva a afirmar que en estas penalidades mortales, no digo el pueblo santo, sino cada uno de los santos que pasa, o vaya a pasar, o haya pasado esta vida, lo hace sin padecer ninguna lágrima ni sufrimiento, cuando más bien cuanto más santo es cada cual y lleno de un deseo santo tanto más abundante es su llanto en la oración? ¿Acaso no es la voz de un ciudadano de la Jerusalén celeste: *Mis lágrimas se me han convertido en pan día y noche*^[151], y: *bañaré cada noche mi lecho, regaré en mis lágrimas mi cobertor*^[152], y *Mi gemido no te ha sido ocultado*^[153], y *mi dolor ha sido renovado*^[154]? ¿O verdaderamente no son sus hijos quienes gimen portando una carga de la que no quieren ser despojados, sino totalmente revestidos, para que lo mortal sea

absorbido por la vida^[155]? ¿Acaso no son estos mismos quienes gozando de las primicias del Espíritu gimen en sí mismos esperando la adopción, la redención de su cuerpo^[156]? ¿Acaso el propio apóstol Pablo no era ciudadano de la Jerusalén celeste y no lo era mucho más cuando sentía una gran tristeza y un continuo dolor de su corazón por sus hermanos israelitas carnales^[157]? Pero cuándo dejará de existir la muerte en esa ciudad sino cuando se diga: ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Pero el aguijón de la muerte es el pecado^[158]. Ciertamente esto dejará de existir cuando se pregunte: ¿Dónde está? Pero ahora clama no cualquier débil ciudadano de aquella ciudad, sino el propio Juan en su epístola: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no se halla en nosotros*^[159]. Y en este libro ciertamente, cuyo título es Apocalipsis, se expresan muchas ideas de forma oscura, para ejercitar la mente del lector, y en él hay unas pocas por cuya claridad se pueden desentrañar las restantes con esfuerzo, especialmente porque así la misma es repetida de muchas formas a fin de que parezca que dice dos diferentes cuando se descubre una misma que es expresada de maneras diferentes. Pero en estas palabras cuando dice: *Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no existirá, ni el lamento ni el clamor, sino que no habrá ningún dolor*^[160], se expresa con tanta claridad sobre el siglo futuro y sobre la inmortalidad y la eternidad de los santos (pues solo entonces y solo allí dejarán de existir), que no deberíamos buscar o leer nada evidente en las letras sagradas, si las considerásemos oscuras.

18

Veamos ahora qué ha escrito también el apóstol Pedro sobre este juicio: *Vendrán, dice, en el último de los días burlándose con escarnio, conduciéndose conforme a sus propias pasiones y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su propia presencia? En efecto, desde que nuestros padres durmieron, todo perdura así desde el inicio de la creación. Pues estos voluntariamente ignoran que en otro tiempo existían los cielos y una tierra creada por la palabra de Dios del agua y por medio del agua, por la cual el mundo que entonces existía pereció inundado en el agua. Por su parte, los cielos y la tierra que existen ahora fueron restituidos por la misma palabra, para ser reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impuros. Pero esto es lo único que no se os oculta, queridísimos,*

que un solo día junto al Señor es como mil años y mil años como un solo día. El Señor no retrasa su promesa como algunos consideran el retraso, sino que lo sobrelleva pacientemente por vosotros, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan con la penitencia. Pero el día del Señor llegará como un ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran ímpetu, los elementos se desintegrarán ardiendo y la tierra y las obras que están sobre ella se abrasarán. Por consiguiente, al perecer todo esto, ¿qué clase de personas conviene que seáis vosotros en vuestra forma de actuar santa, esperando y apresurándoos a la presencia del Señor Dios, por la cual los cielos ardientes se disolverán y los elementos se volatilizarán por el ardor del fuego? Pero esperamos según su propia promesa unos nuevos cielos y una tierra nueva, en los cuales habita la justicia^[161]. Nada dice aquí sobre la resurrección de los muertos, sino lo suficiente sin duda sobre la perdición de este mundo. Al recordar aquí también el diluvio acaecido anteriormente parece haber advertido en cierto modo hasta qué punto hemos de creer que este mundo va a perecer al final de este siglo. Pues dijo que en aquel tiempo también había perecido el mundo que existía entonces, y no solo el orbe de la tierra, sino también los cielos, que entendimos precisamente como esos aéreos cuyo lugar y espacio entonces había superado el agua en su crecida. Por consiguiente, todo o casi todo ese aire ventoso (que llama cielo, o más bien cielos, pero en concreto estos bajos, no aquellos superiores donde están situados el sol y la luna y las estrellas) fue transformado al estado líquido^[162] y de este modo había perecido con la tierra, cuya apariencia primera había sido destruida por el diluvio. *Por su parte, dice, los cielos y la tierra que existen ahora fueron restituidos por la misma palabra, para ser reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impuros*^[163]. Por lo cual, estos cielos y estas tierras, es decir, este mundo que fue instaurado en sustitución de aquel que pereció por el diluvio a partir de la misma agua, este mismo es reservado para el fuego final en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. En efecto, no duda también en decir que además se iba a producir la perdición de los seres humanos por una gran transformación, a pesar de que su naturaleza había de permanecer aun en los castigos eternos. Alguien podría preguntar tal vez si, después de realizado el juicio, este mundo arderá antes de que en su lugar se restituya el cielo nuevo y la tierra nueva, dónde estarán los santos en ese mismo tiempo de su conflagración, puesto que es necesario que estos, al poseer un cuerpo, se hallen en algún lugar corpóreo. Podemos responder que estos se encontrarán en lugares superiores, adonde la llama de aquel incendio no ascenderá, así como tampoco la ola del diluvio. Lo

cierto es que estarán dotados de cuerpos tales que podrán estar allí donde quieran estar. Pero convertidos en inmortales e incorruptibles no temerán el fuego de aquella conflagración si los cuerpos corruptibles y mortales de tres hombres pudieron vivir ilesos en el horno ardiente^[164].

19

Veo que debo omitir muchas expresiones evangélicas y apostólicas sobre ese juicio divino definitivo para que el presente volumen no se prolongue en una excesiva extensión. Pero de ningún modo debe ser omitido el apóstol Pablo que, al escribir a los tesalonicenses, dice: *Os rogamos hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión en él mismo, que no os veáis rápidamente conmovidos en vuestra mente ni os sintáis aterrorizados, ni por el espíritu, ni por la palabra, ni por una carta supuestamente nuestra en el sentido de que el Día de Señor es inminente; que nadie os seduzca de ningún modo; porque no habría de venir primero sino el apóstata y habría de ser revelado el hombre de pecado, el hijo de la perdición, que se muestra hostil y se alza sobre todo lo que es llamado Dios o a lo que se rinde culto, de tal modo que se sienta en el templo de Dios mostrándose como si fuese Dios. ¿No retenéis en la memoria que esto se os decía mientras estaba entre vosotros? Y ahora sabéis qué impide que sea revelado en su tiempo. En efecto, el misterio de la iniquidad ya está obrando. Reténgalo solamente quien ahora lo retiene hasta que se retire de en medio; y entonces se revelará el inicuo, al que el Señor Jesús destruirá con el aliento de su boca, y anulará con la iluminación de su presencia a aquel cuya presencia se produzca conforme a la acción de Satanás, en toda la virtud, señales y prodigios de la mentira y en toda la seducción de la iniquidad para aquellos que perecen porque no aceptaron el amor de la verdad para ser salvados. Y, por ello, Dios les enviará un acto de confusión, que crean a la mentira y sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad sino que consintieron con la iniquidad*^[165].

A nadie resulta dudoso que este pronunció estas palabras en relación con el Anticristo y que el día del juicio (en efecto, lo llama a este día del Señor) no ha de venir si no viene primero aquel al que llama apóstata, del Señor Dios, evidentemente. Y si esto puede decirse con razón de todos los impíos ¡cuánto más de ese! Pero resulta incierto en qué templo de Dios va a sentarse;

si en aquella ruina del templo que fue construido por el rey Salomón o, en cambio, en la iglesia. En efecto, el apóstol de Dios se referiría al templo de algún ídolo o al templo del demonio. De ello algunos pretenden que en este pasaje no se entiende el Anticristo como el príncipe propiamente, sino de alguna manera todo su cuerpo, es decir, toda la multitud de seres humanos que le pertenece, junto con su propio príncipe. Y piensan correctamente que en latín también se dice como aparece en griego, no *en el templo de Dios*, sino *se sienta en calidad de templo de Dios*, como si él mismo fuese el templo de Dios, que es la iglesia. Como decimos: «se sienta en calidad de amigo», es decir, como amigo, o cualquier otra fórmula que acostumbre a utilizarse mediante este género de expresión. Por su parte, lo que dice: *Y ahora sabéis qué impide*^[166], es decir, sabéis en qué consiste el retraso, cuál es la causa de su dilación, *que sea revelado en su tiempo*: puesto que dijo que aquellos sabían, no quiso decirlo abiertamente. Y, por ello, nosotros, que no sabemos lo que aquellos sabían, deseamos llegar, con esfuerzo, a lo que tuvo en mente el apóstol, pero no somos capaces; especialmente porque también lo que añadió hace este sentido más oscuro. ¿Pues qué significa: *el misterio de la iniquidad ya está obrando. Reténgalo solamente quien ahora lo retiene hasta que se retire de en medio; y entonces se revelará el inicuo*^[167]? Yo reconozco ignorar absolutamente qué quiso decir. Sin embargo, no omitiré las suposiciones de los hombres que pude escuchar o leer.

Algunos piensan que esto se dijo respecto al Imperio Romano y, por este motivo, el apóstol Pablo no quiso ponerlo por escrito abiertamente, para no incurrir de forma evidente en la falsa acusación de haber albergado malos deseos para el Imperio Romano al esperar el eterno; como si lo que dijo: *En efecto, el misterio de la iniquidad ya está obrando*, quisiera que se entendiese por Nerón, cuyas acciones ya parecían las del Anticristo. De ahí que algunos sospechen que él mismo resucitará y se convertirá en el Anticristo. Otros, en cambio, piensan que no ha muerto, sino que más bien fue retirado para que se pensase que había muerto y que se ocultaba vivo en la flor de su propia edad en la que se encontró al creérsele muerto, hasta que se revelase en su momento y fuera restituido en el trono. Pero a mí me resulta muy extraña tan gran presunción de quienes sostienen estas opiniones. Sin embargo, lo que dice el apóstol: *Reténgalo solamente quien ahora lo retiene hasta que se retire de en medio*, no sin buen criterio se cree que se dijo del propio Imperio Romano, como si se hubiera indicado: «Gobierne solamente quien ahora gobierna, hasta que se retire de en medio», es decir, sea apartado de en medio. *Y entonces se revelará el inicuo*, que nadie discute que se refiere al Anticristo.

Pero también otros piensan que lo que dice: *Y sabéis qué impide y actúa el misterio de la iniquidad*, no se ha dicho sino sobre los malvados y los farsantes que están en la iglesia hasta que alcancen un número tan elevado que constituya un gran pueblo para el Anticristo. Y este es el misterio de la iniquidad, porque parece oculto. Por otra parte, el apóstol exhorta a los fieles a que perseveren tenazmente en la fe que profesan diciendo: *Reténgalo solamente quien ahora lo retiene hasta que se retire de en medio*, es decir, hasta que salga de en medio de la iglesia el misterio de la iniquidad, que ahora está oculto. En efecto, consideran que a este mismo misterio pertenece lo que dice Juan el evangelista en su epístola: *Niños, es la última hora; y como oísteis que el Anticristo ha de venir, ahora, en cambio, muchos se han convertido en anticristos; de donde sabemos que es la última hora. Saldrán de nosotros, pero no serán de los nuestros. Y si hubiesen sido de los nuestros hubiesen permanecido sin duda con nosotros*^[168]. Por consiguiente, como antes del fin, dicen, en esta hora que Juan llama la definitiva, salieron muchos heréticos de en medio de la iglesia, a los que llama los muchos Anticristos, así entonces saldrán de allí todos que no pertenecerán a Cristo, sino a aquel último Anticristo, y entonces se revelará.

Por consiguiente, uno interpreta las oscuras palabras del apóstol de un modo y otro de otro. No obstante, no hay duda de que dijo lo siguiente: Cristo no vendrá a juzgar a vivos y muertos^[169] si antes no viene a seducir a los muertos en el alma su adversario, el Anticristo. Aunque ya pertenezca al juicio oculto de Dios el que sean seducidos por él. Lo cierto es que *su presencia se producirá*, como se ha dicho, *conforme a la acción de Satanás, en todo su poder, signos y prodigios de la mentira y en toda la seducción de la iniquidad para aquellos que perecen*^[170]. Entonces, efectivamente, Satanás será liberado y, por medio de aquel Anticristo, actuará en todo su poder de forma admirable ciertamente, pero engañosa. Suele discutirse si estos sucesos fueron llamados signos y prodigios de mentira porque ha de engañar a los sentidos mortales por medio de ilusiones para que parezca que hace lo que no hace, o porque aquellos mismos, aunque serán auténticos prodigios, arrastrarán al engaño a los que vayan a creer que estos no pudieron realizarse excepto por voluntad divina, ignorando la fuerza del Diablo, especialmente cuando ha recibido un poder tan grande como nunca lo tuvo. En efecto, cuando cayó fuego del cielo y con un solo golpe destruyó a la numerosísima servidumbre con los inmensos rebaños de ganado del santo Job y un torbellino, irrumpiendo y derribando la casa, mató a sus hijos, se trató de ilusiones^[171]. Estas, sin embargo, fueron obras de Satanás, al que Dios había

dado esta potestad. Por consiguiente, se hará visible entonces mejor por qué motivo son llamados prodigios y signos de mentira. Pero, por cualquiera de estas causas que se diga, serán seducidos con estos signos y prodigios quienes merezcan ser seducidos, *porque no aceptaron, dice, el amor de la verdad para ser salvados*^[172]. Y no dudó el apóstol en añadir señalando: *Y, por ello, Dios les enviará un acto de confusión, para que crean la mentira*^[173]. En efecto, Dios lo enviará porque Dios permitirá al Diablo hacer esto, él mismo por un justo juicio, aunque aquel lo haga por una intención inicua y maligna. *Para que sean juzgados, dice, todos los que no creyeron en la verdad sino que consintieron con la iniquidad*^[174]. Por ello, los juzgados serán seducidos y los seducidos serán juzgados. Pero los juzgados serán seducidos por aquellos juicios de Dios ocultamente justos, ocultos justamente, mediante los cuales desde el comienzo del pecado de la criatura racional nunca cesó de juzgar. Por su parte, los seducidos serán juzgados mediante juicio definitivo y manifiesto por Cristo Jesús, juzgado injustísimamente, que habrá de juzgar justísimamente.

20

Pero este apóstol calló acerca de la resurrección de los muertos; en cambio, al escribir a estos mismos en la primera epístola, dice: *No queremos que os halléis en la ignorancia, hermanos, sobre los que duermen, para que no os entristezcáis como también los restantes, que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a aquellos que durmieron por Jesús los llevará con él. En efecto, esto os decimos en la palabra del Señor, que nosotros, los que vivimos, que somos los que quedan para la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron antes, porque el Señor mismo en el mandato y la voz del arcángel y en la trompeta de Dios descenderá del cielo y los muertos en Cristo resucitarán primero; después, nosotros los vivos, que somos los que quedan, seremos arrebatados al mismo tiempo con aquellos en las nubes al encuentro de Cristo en el aire y así estaremos siempre con el Señor*^[175]. Estas palabras apostólicas muestran con gran claridad que la resurrección de los muertos se producirá cuando venga Cristo, precisamente para juzgar a vivos y muertos^[176].

Pero suele plantearse si aquellos a los que Cristo va a encontrar vivos aquí, cuya personalidad el apóstol transfiguraba en él y en aquellos que vivían

entonces con él, nunca iban a morir en absoluto o en ese mismo instante de tiempo en el que junto con los que resuciten serán arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire, pasarán a la inmortalidad a través de la muerte con asombrosa celeridad^[177]. Y, en efecto, no ha de decirse que no pueda suceder que mientras son transportados por el aire hacia lo alto, mueran y revivan en aquel intervalo. Pues lo que dice: *Y así siempre estaremos con el Señor*^[178], no debe entenderse como si dijera que nosotros íbamos a permanecer en el aire con el Señor para siempre, porque ni él mismo ciertamente permanecerá allí, ya que lo atravesará al venir. Lo cierto es que se irá a su encuentro mientras viene, no mientras permanece. Pero *así estaremos con el Señor*, es decir, así estaremos poseyendo cuerpos sempiternos dondequiera que estuviéramos con él. Por otra parte, a esta interpretación según la cual llegamos a pensar que también aquellos a los que el Señor va a encontrar vivos aquí, en ese mismo pequeño intervalo, no solo van a sufrir la muerte sino que también van a recibir la inmortalidad, parece inducirnos el propio apóstol cuando afirma: *Todos serán vivificados en Cristo*^[179], dado que en otro pasaje, al hablar de esta misma resurrección de los cuerpos, dice: *Lo que tu siembras no es vivificado si no muere*^[180]. ¿Cómo, por consiguiente, serán vivificados por la inmortalidad en Él aquellos a los que Cristo encuentre vivos aquí, aunque no mueran, dado que vemos que por este motivo se ha dicho: *lo que tú siembras no es vivificado si no muere*? O si no decimos con propiedad que son sembrados excepto aquellos cuerpos de los seres humanos que al morir en cierto modo son devueltos a la tierra (como también se sostiene aquella sentencia pronunciada por voluntad divina contra el transgresor, padre del género humano: *tierra eres y a la tierra irás*)^[181], debe reconocerse que esos a los que Cristo en su venida encontrará sin haber salido todavía de los cuerpos no están incluidos en estas palabras del apóstol ni en aquellas del Génesis, puesto que, arrebatados hacia arriba en las nubes, evidentemente, no son sembrados, ya que ni van a la tierra ni regresan, ya no experimenten ninguna muerte en absoluto, ya mueran poco a poco en el aire.

Pero, a su vez, se presenta otra cuestión que el mismo apóstol mencionó al hablar a los corintios sobre la resurrección de los cuerpos: *Todos resucitaremos*, o como contienen otros códigos: *todos dormiremos*^[182]. Por consiguiente, como la resurrección no podría producirse si no la precediera la muerte, ni podríamos entender en este pasaje el sueño sino como la muerte, ¿cómo todos o bien dormirán o bien resucitarán, si tantos a los que Cristo va a encontrar en cuerpo, ni dormirán ni resucitarán? En ese caso, si creyésemos que los santos que serán encontrados vivos a la venida de Cristo y serán

arrebatados a su encuentro iban a salir en el mismo rapto de los cuerpos mortales y a continuación iban a regresar a los mismos inmortales, no experimentaremos ninguna dificultad en las palabras del apóstol, ya donde afirma: *Lo que tú siembras no es vivificado si no muere*, ya donde indica: *Todos resucitaremos o todos dormiremos*. Porque aquellos no serán vivificados por la inmortalidad a no ser que, por poco tiempo que sea, mueran antes sin embargo, y por esto también no serán ajenos a la resurrección, que preceden con un sueño, aunque brevísimo, pero no inexistente. Por otra parte, ¿por qué nos ha de parecer increíble que aquella multitud de cuerpos sean sembrados de algún modo en el aire y allí revivan de inmediato en la inmortalidad e incorruptibilidad, mientras creemos, cosa que el apóstol expresó con total claridad, que la resurrección se iba a producir en un golpe de vista^[183] y que el polvo de cadáveres antiquísimos iba a regresar a los miembros que habrán de vivir sin fin con tanta facilidad y tan incalculable velocidad? Ni por aquella sentencia por la que se dijo al hombre: *Tierra eres y a la tierra irás*^[184], juzgaremos que aquellos santos van a resultar inmunes, si sus cuerpos al morir no caen en la tierra, sino que, como morirán en el mismo rapto, así también resucitarán mientras son transportados en el aire. Lo cierto es que *a la tierra irás* es «perdida la vida, irás a lo que eras antes que recibieras la vida», es decir, privado del espíritu serás lo que eras antes de que estuvieras dotado de espíritu (lo cierto es que Dios insufló en un rostro de tierra el soplo de vida, cuando el hombre fue creado en alma viva); como si dijese: «eres tierra animada, cosa que no eras; serás tierra exánime, como eras»; lo que son todos los cuerpos de los muertos antes de que se pudran; lo que serán también aquellos, si mueren, dondequiera que mueran, cuando carezcan de la vida que de inmediato van a recibir. Por consiguiente, irán a la tierra porque de hombres vivos serán tierra, del mismo modo que va a la ceniza lo que se convierte en ceniza, va a la vejez lo que se hace viejo, va a la vasija lo que de arcilla se hace vasija; y así citamos otros seiscientos ejemplos. Por otra parte, cómo se producirá lo que ahora conjeturamos de algún modo según las capacidades de nuestro limitado raciocinio será entonces más fácil que podamos conocerlo. Lo cierto es que conviene que creamos, si queremos ser cristianos, que la resurrección de los muertos se realizará también en carne, cuando Cristo vaya a venir a juzgar a vivos y muertos^[185]. Pero no por ello respecto a este asunto nuestra fe es vana, si no somos capaces de comprender totalmente cómo va a ser.

Pero ya, como hemos prometido <más arriba>^[186], sobre este juicio definitivo de Dios también debemos mostrar qué anunciaron los antiguos

libros proféticos en la manera que parezca suficiente, cuestión que, según creo, no será necesario que sea tratada y expuesta con tanto detenimiento, si el lector ha procurado ayudarse de aquello que explicamos previamente.

21

Dice el profeta Isaías: *Se levantarán los muertos y se levantarán quienes estaban en los sepulcros, y se alegrarán todos los que están en la tierra; en efecto, el rocío que procede de ti será la salud para ellos; pero la tierra de los impíos caerá*^[187]. Todo lo anterior atañe a la resurrección de los bienaventurados. En cambio, lo que dice: *pero la tierra de los impíos caerá*, se interpreta correctamente como si hubiese dicho: «pero la ruina de la condenación se apoderará de los cuerpos de los impíos». Ya finalmente, si queremos que se examine más rigurosa y detenidamente lo expresado sobre la resurrección de los buenos, deben referirse a la primera las palabras: *se levantarán los muertos*; pero a la segunda lo que sigue: *y se levantarán los que estaban en las tumbas*. Ya si investigamos también a aquellos santos que el Señor va a encontrar vivos aquí, se les atribuirá convenientemente lo que añade: *y se alegrarán todos los que están en la tierra; en efecto, el rocío que procede de ti será la salud para ellos*. Entendemos correctísimamente en este lugar la salud como la inmortalidad. En efecto, esta es la salud más plena, la que no se restablece con los alimentos como medicamentos cotidianos. Igualmente, sobre el día del juicio, en primer lugar dando esperanza a los buenos, a continuación causando terror a los malvados, el mismo profeta habla del siguiente modo: *Esto dice el Señor: he aquí que yo desciendo hacia ellos como un río de paz y un torrente que inunda la gloria de los pueblos. Sus hijos serán transportados sobre sus hombros y serán consolados sobre sus rodillas. Como a quien consuela una madre, así os consolaré yo; y seréis consolados en Jerusalén, y veréis y gozará vuestro corazón y vuestros huesos surgirán como la hierba. Y se dará a conocer la mano del Señor a los que le rinden culto, y amenazará a los contumaces. En efecto, he aquí que el Señor vendrá como el fuego y su carro como una tempestad para devolver la venganza en la indignación y la devastación en la llama del fuego. Pues en el fuego de Dios será juzgada toda la tierra y en su espada toda la carne; muchos serán heridos por el Señor*^[188]. En su promesa a los buenos debemos entender sin duda el río de paz como la abundancia de aquella paz en

comparación con la cual no puede haber una más grande. De esta ciertamente seremos empapados en el final. De ella hemos hablado abundantemente en el libro anterior. Dice que él hace descender este río hacia aquellos a los que promete una felicidad tan grande que comprendemos que en el territorio de dicha felicidad que está en los cielos todo se sacia por este río. Pero ya que también la paz de la incorrupción y de la inmortalidad afluirá desde allí a los cuerpos terrenos, por esto dijo que él hacía descender este río para que inunde de algún modo las regiones inferiores desde las superiores y torne a los seres humanos idénticos a los ángeles. Entendamos también Jerusalén no como aquella que es esclava con sus hijos sino, según el apóstol, como nuestra madre libre, eterna en los cielos^[189]. Allí después de las penalidades de las desgracias y cuitas mortales seremos consolados como sus pequeñuelos transportados sobre los hombros y las rodillas. En efecto, aquella felicidad insólita para nosotros nos acogerá con su dulcísima ayuda a nosotros, inexpertos y no acostumbrados. Allí veremos, y nuestro corazón gozará. Y no especificó qué veremos —¿Pero qué sino a Dios?—, para que se cumpla en nosotros la promesa evangélica: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*^[190], y todo aquello que ahora no vemos, pero que como creyentes imaginamos, conforme a la medida de la capacidad humana, mucho menos de lo que son y sin comparación posible. *Y veréis, dice, y gozará vuestro corazón*^[191]. Aquí creéis, allí veréis.

Pero puesto que ha dicho: *y gozará vuestro corazón*, para que no fuéramos a pensar que aquellos bienes de Jerusalén atañen solamente a nuestro espíritu, añade: *y vuestros huesos surgirán como la hierba*; donde alude a la resurrección de los muertos como si restituyera algo que no había expresado^[192]; y, en efecto, no sucederá cuando lo veamos, sino que lo veremos cuando haya sido realizado. Pues ya había hablado anteriormente también sobre el cielo nuevo y la tierra nueva^[193], mientras exponía a menudo y de múltiples formas aquello que se había prometido a los santos en el final. Dice: *Habrà un cielo nuevo y una tierra nueva, y no recordarán los primeros, ni ascenderá a su corazón, sino que hallarán la alegría y el júbilo en aquella. He aquí que yo convertiré Jerusalén en regocijo y a mi pueblo en alegría; y me regocijaré en Jerusalén y me alegraré en mi pueblo. Y ya no se oirá más en ella la voz del llanto*^[194], y lo restante, que algunos intentan atribuir a aquellos mil años carnales. En efecto, las expresiones figuradas se mezclan con las propias según la costumbre profética, para que un análisis sobrio llegue mediante un esfuerzo útil y saludable al significado espiritual. Pero la pereza carnal o la torpeza de una mente inculta y sin ejercitar,

contentándose con la superficie de la letra no considera que deba indagarse nada más profundo. He hablado suficientemente acerca de las palabras proféticas que están escritas antes de este pasaje. Pero en este lugar de donde nos hemos desviado a aquellas cuestiones, tras haber afirmado: *y vuestros huesos surgirán como la hierba*, para mostrar que él ahora recordaba la resurrección de la carne ciertamente, pero la de los buenos, añadió: *Y se dará a conocer la mano del Señor a los que le rinden culto*. ¿Qué es esto sino la mano del que distingue a sus adoradores de los que le desprecian? Acerca de los cuales conectando lo siguiente indica: *y amenazará a los contumaces*, o, como dice otro traductor, *los incrédulos*^[195]. Y no los amenazará entonces, sino que las palabras que ahora son pronunciadas en tono de amenaza entonces se cumplirán eficazmente. Dice: *En efecto, he aquí que el Señor vendrá como el fuego y su carro como una tempestad, para devolver la venganza en la indignación y la devastación en la llama del fuego. Pues en el fuego de Dios será juzgada toda la tierra y en su espada toda la carne; muchos serán heridos por el Señor*^[196]. Mediante el fuego, la tempestad o la espada simboliza el castigo del juicio, puesto que afirma que el Señor mismo ha de venir como el fuego, sin duda para aquellos para los que su llegada sea un castigo. Pero sus carros (pues son nombrados en plural) los interpretamos no de forma impropia como los ministerios angélicos. Por otra parte, respecto a lo que afirma de que toda la tierra y toda la carne es juzgada en su fuego y en su espada, no debemos entender aquí los espirituales y santos, sino los terrenos y carnales, de cuyas cualidades se dijo: *Quienes degustan las cosas terrenas*^[197], *y degustar según la carne es la muerte*^[198]. Y aquellos tales que son llamados completamente carne por el Señor, donde dice: *No permanecerá mi espíritu en esos hombres, porque son carne*^[199]. Pero respecto a lo que aparece aquí: *Muchos serán heridos por el Señor*, con esa herida se producirá la segunda muerte. Pueden, ciertamente, interpretarse el fuego, la espada y la herida en el buen sentido. Pues el Señor dijo que él quería enviar el fuego al mundo^[200], y aquellos vieron lenguas divididas como de fuego cuando vino el Espíritu Santo^[201]. *No vine*, dice el Señor mismo, *a traer la paz a la tierra, sino la espada*^[202], y la escritura designa la palabra de Dios como una espada de doble filo a causa del doble filo de los dos testamentos^[203], y en el Cantar de los Cantares la santa iglesia se dice herida por la caridad, como asaeteada por el golpe del amor^[204]. Pero aquí cuando leemos o escuchamos que el señor ha de venir como vengador, está claro cómo han de entenderse estas palabras.

A continuación, tras ser recordados brevemente aquellos que serán destruidos por este juicio, representando a los pecadores e impíos bajo la figura de los alimentos prohibidos en la antigua ley, de los cuales no se abstuvieron, compendia desde el principio la gracia del Nuevo Testamento desde la primera venida del Salvador hasta el último juicio, del cual tratamos ahora, prosiguiendo y terminando su discurso. Cuenta, en efecto, que el Señor dijo que venía para reunir a todas las naciones, y que estas habían de venir y de ver su gloria^[205]. *Pues todos*, como dice el apóstol, *pecaron y están necesitados de la gloria de Dios*^[206]. Y afirma que él dejará señales sobre ellos para que, al admirarlas, sin duda crean en él, y que enviará a los que se hayan salvado entre aquellos a distintas naciones y a islas lejanas que no oyeron su nombre ni contemplaron su gloria, y que estos proclamarán su gloria entre las naciones y conducirán a sus hermanos, a los que se dirigía, es decir, a los hermanos en la fe bajo Dios padre de los israelitas elegidos, y, por otra parte, llevarán una ofrenda al Señor desde todas las naciones en acémilas y en carros^[207] (estas acémilas y carros se entiende fácilmente que son la ayuda divina por medio del ministerio de Dios de cualquier género, ya angélico, ya humano) a la ciudad santa de Jerusalén que ahora está desperdigada por las tierras en sus fieles santos^[208]. Efectivamente, donde son ayudados por la voluntad divina, allí creen, y donde creen, allí vienen. Por otra parte, el Señor los comparó como por analogía a los hijos de Israel ofreciéndole sus víctimas en su casa con salmos, cosa que ya hace la iglesia por doquier; y prometió que él iba a tomar para sí de ellos mismos sacerdotes y levitas, cosa que, con todo, ahora vemos que se hace^[209]. En efecto, no según el linaje de la carne y la sangre, como era el primero según el orden de Aarón, sino, como convenía en el Nuevo Testamento, donde el sumo sacerdote es Cristo según el orden de Melquisedec^[210], ahora vemos que los sacerdotes y los levitas son elegidos según el mérito que la gracia divina le confirió a cada cual, los cuales deben ser valorados, no por ese nombre que a menudo alcanzan los indignos, sino por aquella santidad que no es común para buenos y malos.

Una vez dicho esto sobre esa compasión de Dios, evidentísima y conocidísima para nosotros, de la que ahora se hace partícipe a la iglesia, prometió también los fines a los que se llegará por el último juicio, hecha la división entre buenos y malos, diciendo por medio del profeta o diciendo el propio profeta sobre el Señor: *Como, en efecto, el nuevo cielo y la nueva tierra permanecerán ante mí, dice el Señor, así permanecerán vuestra stirpe y vuestro nombre, y un mes vendrá tras otro mes y un sábado tras otro*

sábado. Vendrá toda la carne ante mi presencia a adorarme a Jerusalén, dijo el Señor; y saldrán y verán los miembros de los hombres que cometieron transgresión contra mí. Su gusano no morirá y su fuego no se extinguirá y estarán a la vista de toda carne^[211]. En este punto en el que terminará el siglo concluyó el libro este profeta. Algunos ciertamente no tradujeron: *miembros de los hombres*, sino *cadáveres de los varones*^[212], significando por medio de los cadáveres el castigo evidente de los cuerpos. Aunque no suela denominarse cadáver excepto la carne exánime, aquellos cuerpos empero estarán dotados de vida, de no ser así no podrán sentir ningún tormento. A no ser que quizá, ya que serán cuerpos de muertos, es decir, de aquellos que caerán en la segunda muerte, por ello también pueden ser llamados cadáveres no de forma impropia. De ahí resulta también aquello que, expresado por el mismo profeta, ya incluí anteriormente: *pero la tierra de los impíos caerá*^[213]. ¿Pero quién es incapaz de ver que los cadáveres reciben su nombre de caer? Por otra parte, es evidente que aquellos traductores pusieron «de los varones» en lugar de «de los seres humanos». En efecto, nadie va a decir que las mujeres transgresoras no van a hallarse en aquel suplicio, sino que se entiende uno y otro sexo a partir del más fuerte, precisamente del que la mujer fue creada^[214]. Pero, cosa que atañe especialmente a la cuestión, cuando se dice también respecto a los buenos: *Vendrá toda carne*, porque aquel pueblo estará compuesto de toda clase de personas (en efecto, no todos los seres humanos estarán allí, cuando muchos estén en los suplicios)—, pero, como había comenzado a decir, cuando en los buenos se denomina carne y en los malos miembros o cadáveres, ciertamente se pone de manifiesto que tras la resurrección de la carne, cuya fe en la misma es confirmada totalmente por estas denominaciones de los hechos, se producirá aquel juicio por el que los buenos y los malos serán separados en sus finales.

22

Pero ¿cómo saldrán los buenos para ver los castigos de los malvados? ¿Acaso mediante el movimiento del cuerpo van a abandonar aquellas felices moradas y a dirigirse a los lugares del castigo para contemplar los tormentos de los malos en presencia física? En absoluto. Saldrán, en cambio, a través del conocimiento. En efecto, con este término se significa que los que serán atormentados estarán fuera. Por lo cual, también el Señor llama a estos

lugares tinieblas exteriores^[215], de las que es contraria aquella entrada de la que se dice al buen siervo: *entra en el gozo de tu señor*^[216]; y no se piense que los malvados entran allí para ser conocidos, sino que más bien saldrán hacia ellos los buenos, por decirlo de algún modo, por el saber por el que van a conocerlos, ya que van a conocer lo que está fuera. En efecto, quienes estén en medio de los castigos ignorarán qué sucede dentro, en el gozo del Señor^[217]; pero quienes estén en aquel gozo sabrán qué sucede fuera, en aquellas tinieblas exteriores. Por eso se dijo: *saldrán*, porque, sin duda, incluso los hechos que se producirán fuera de ellos no les permanecerán ocultos. Si, efectivamente, los profetas han podido conocer estos hechos sin que hayan sucedido todavía por esta razón, porque Dios se hallaba, por poco que fuera, en las mentes de aquellos mortales, ¿cómo los santos inmortales van a ignorar lo que ya había sucedido entonces, cuando Dios lo sea todo en todos^[218]? Por consiguiente, permanecerán en aquella beatitud de los santos la descendencia y el nombre. La descendencia, evidentemente, de la que Juan dice: *y su descendencia permanece en él mismo*^[219]; el nombre, en cambio, del que se dijo a través del mismo Isaías: *les daré un nombre eterno*^[220], *y un mes vendrá tras otro mes y un sábado tras otro sábado*^[221], como una luna tras otra luna, y un descanso tras otro descanso, de los cuales ellos mismos serán uno y otro, cuando pasen desde estas sombras viejas y temporales a aquellas luces nuevas y sempiternas. Por otra parte, en los castigos de los malvados el fuego inextinguible y el gusano de larguísima vida^[222] han sido interpretados por unos y otros de una u otra forma. Lo cierto es que unos refirieron uno y otro al cuerpo, otros uno y otro al espíritu; unos el fuego en sentido propio al cuerpo, el gusano en sentido figurado al espíritu, lo que parece que es más creíble. Pero ahora no es el momento de discutir sobre esta diferencia. Pues hemos planteado completar este volumen en torno al juicio último, en que se realiza la distinción de los buenos y los malos; pero sobre los propios premios y castigos se ha de discutir más diligentemente en otro lugar^[223].

23

Daniel sobre este último juicio realiza una profecía en el sentido que anuncia que también el Anticristo iba a venir previamente y prolonga su relato hasta el reino eterno de los santos. En efecto, habiendo visto en una

visión profética cuatro bestias que significaban cuatro reinos, y el cuarto mismo vencido por cierto rey que se reconoce como el Anticristo, y después de estos el reino eterno del hijo del hombre que se entiende como Cristo, dice: *se horrorizó mi espíritu, yo Daniel, en mi interior, y las visiones de mi cabeza me inquietaban. Y me acerqué, continúa, a uno de los que permanecían en pie y le preguntaba la verdad sobre todo aquello y me dijo la verdad*^[224]. Después expone qué escuchó a aquel al que preguntó sobre todo esto, como si él se lo explicase: *Estas cuatro grandes bestias, los cuatro reinos, surgirán en la tierra, los cuales serán destruidos, y los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por el siglo y por los siglos de los siglos. E indagaba diligentemente, dice, sobre la cuarta bestia, que era diferente de las otras bestias, mucho más terrible —sus dientes de hierro y sus uñas de bronce, devorando y despedazando, y pisoteando los restos con sus pies—, y sobre sus diez cuernos, que se encontraban sobre su cabeza, y sobre el otro que le salió e hizo caer a tres de los primeros; aquel cuerno en el que estaban los ojos y una gran boca que hablaba y a la vista era más grande que los restantes. Miraba, y aquel cuerno hacía la guerra contra los santos, y les vencía, hasta que vino la vejez de los días y entregó el reino a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos obtuvieron el reino*^[225]. Dijo Daniel que él había indagado estas cuestiones. Después, añadiendo de inmediato qué había oído sigue: *Y dijo (es decir, aquel al que había preguntado, le respondió y dijo): La cuarta bestia*^[226] *será el cuarto reino en la tierra, que prevalecerá sobre todos los reinos; y devorará toda la tierra, y la pisoteará y la destruirá. Y sus diez cuernos surgirán en forma de diez reyes; y después de estos surgirá otro que superará en males a todos los que estuvieron antes que él; y humillará a los tres reyes y pronunciará palabras contra el Altísimo y triturará a los santos del Altísimo y planeará cambiar los tiempos y la ley; y se le darán en mano por un tiempo los tiempos y medio tiempo. Y el tribunal se sentará y le retirarán el principado para exterminarlo y llevarlo a la perdición hasta el fin; y el reino y el poder y la grandeza de los reyes que están bajo todo el cielo les fueron dados a los santos del Altísimo. Y su reino será un reino sempiterno; y todos los principados servirán a este mismo y le obedecerán. Este, dice, es el final del discurso. Yo, Daniel. Mucho me turbaban mis pensamientos, y mi apariencia cambió en mí, y conservé esta palabra en mi corazón*^[227]. Algunos explicaron aquellos cuatro reinos como los de los asirios, persas, macedonios y romanos. Pero quienes deseen saber cuán apropiadamente lo hicieron, lean el libro sobre Daniel del presbítero Jerónimo, escrito con suficiente erudición y rigor^[228]. Sin embargo, a quien

lee estas palabras como dormitando no se le permite dudar que el crudelísimo reino del Anticristo contra la iglesia debe soportarse durante un periodo de tiempo, aunque breve, hasta que los santos reciban el reino sempiterno en el último juicio de Dios. Lo cierto es que también resulta evidente, a partir del número de días indicado más adelante^[229], que el tiempo y los tiempos y la mitad del tiempo son un año, dos años y medio año y, por ello, tres años y medio, y a veces también es expresado en las escrituras por el número de meses. En efecto, parece que los espacios de tiempo son expresados de forma indeterminada en lengua latina; pero han sido expresados mediante el número dual, que los latinos no poseen. En cambio, se dice que los hebreos lo poseen al igual que los griegos. Por consiguiente, así son expresados los tiempos, como si se mencionasen dos tiempos. Reconozco ciertamente que siento el temor de que respecto a los diez reyes que parece que el Anticristo encontrará como diez hombres, tal vez incurramos en el error, y así llegue aquel de manera imprevista, al no existir tantos reyes en el orbe romano. ¿Qué decir si, en efecto, en este número de diez es significada la totalidad de los reyes después de los cuales aquel ha de venir, como el de mil, el de cien, el de siete significan muchas veces la totalidad, y muchos otros números que ahora no resulta necesario recordar?

En otro pasaje el mismo Daniel dice: *Y habrá un tiempo de tribulación como no lo hubo desde que surgió la especie sobre la tierra hasta aquel tiempo. Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que fuese hallado inscrito en el libro. Y muchos de los que dormían en un montón de tierra se levantarán: unos para la vida eterna, otros para el oprobio y la confusión eterna. Y los que entiendan refulgirán como la claridad del firmamento, y muchos entre los justos como las estrellas en los siglos y hasta ahora*^[230]. Este pasaje es semejantísimo a aquella doctrina evangélica, al menos respecto a la resurrección de los cuerpos muertos. Pues aquellos de los que allí se dice que están en los sepulcros^[231], estos mismos aquí se hallan *durmiendo en un montón de tierra*, o, como otros han traducido, *en el polvo de la tierra*^[232]. Y como allí se dijo *avanzarán*, así aquí *se levantarán*. Como allí *quienes hicieron el bien para la resurrección de la vida, pero quienes hicieron el mal para la resurrección del juicio*^[233] así también en este pasaje: *unos para la vida eterna, otros para el oprobio y la confusión eterna*. Pero no debe pensarse que existe una diferencia porque, mientras allí pone *todos los que están en los sepulcros*, aquí el profeta no dice todos, sino *muchos de los que duermen en un montón de tierra*. En efecto, en ocasiones la escritura pone «muchos» en lugar de «todos». Por lo cual, también se le anunció a Abraham:

Te hice padre de muchas naciones^[234], al que, sin embargo, en otro pasaje dice: *en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones*^[235]. Por otra parte, sobre tal resurrección también a este mismo profeta Daniel se le dice poco después: *Y tú ven y descansa; pues todavía son los días para el cumplimiento de la consumación, y descansarás y te levantarás en tu destino en el fin de los días*^[236].

24

Muchas alusiones se realizan en los salmos sobre el juicio definitivo, pero muchas de ellas de pasada y brevemente. No obstante, en absoluto dejaré pasar en silencio aquello que allí se dijo muy a las claras sobre el fin de este siglo. *Al principio tú cimentaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos. Estos mismos perecerán, pero tú permanecerás. Y todos envejecerán como el vestido, como una cobertura tú los transformarás y serán transformados; en cambio tú eres el mismo y tus años no terminarán*^[237]. ¿Cuál es el motivo por el que Porfirio, aunque alabe la piedad de los hebreos con la que rinden culto al Dios grande, verdadero y terrible para esas mismas divinidades, acusa a los cristianos de la máxima necedad también a partir de los oráculos de sus dioses porque dicen que este mundo ha de perecer? He aquí que en los escritos piadosos de los hebreos se dice a Dios, ante el que, según confiesa tan prestigioso filósofo, incluso las propias divinidades sienten terror: *los cielos son obra de tus manos, estos mismos perecerán*. ¿Acaso cuando los cielos perezcan, el universo, cuya parte superior y más segura son los mismos cielos, no perecerá? Si esta opinión desagrada a Júpiter, por cuyo oráculo, por así decirlo, de la más prestigiosa autoridad, según escribe ese filósofo, es incriminada la credulidad de los cristianos, ¿por qué no del mismo modo no incrimina como necedad la sabiduría de los hebreos, en cuyos libros piadosísimos se encuentra? Finalmente, si en aquella sabiduría que tanto complace a Porfirio que la proclama incluso con palabras de sus dioses, se lee que los cielos han de perecer ¿por qué esta falacia es hasta tal punto vana que dentro de la fe de los cristianos detestan, ya entre las demás doctrinas, ya por encima de ellas, que en ella se sostenga la creencia de que el universo está destinado a perecer, porque, sin duda, si este no perece, no pueden perecer los cielos? Y, ciertamente, en las escrituras sagradas que son propiamente nuestras, no las comunes a los hebreos y nosotros, es decir, en los libros

evangélicos y apostólicos, se lee: *Transcurre la imagen de este mundo*^[238]; se lee: *El universo pasa*^[239]; se lee: *el cielo y la tierra pasarán*^[240]. Pero pienso que *transcurre, pasa, pasarán*, son expresiones algo más suaves que *perecerán*. También en la epístola del apóstol Pedro, donde se dice que el universo que existía entonces pereció inundado por el agua, resulta suficientemente claro qué parte del universo es representada por el todo y en qué medida se dijo que había perecido y qué cielos fueron restaurados para ser reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos^[241]; y en esto que dice poco después: *El día del Señor llegará como un ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran impulso, los elementos se desintegrarán ardiendo y la tierra y las obras que están sobre ella se abrasarán*; y después añade: *al perecer todas estas cosas, ¿cómo conviene que seáis vosotros*^[242]? Puede entenderse que van a perecer aquellos cielos que dijo que fueron restaurados para ser reservados para el fuego, y entenderse que van a arder aquellos elementos que permanecen en esta parte profunda del universo, procelosa y turbulenta, en la que dijo que habían sido restaurados los mismos cielos, quedando a salvo y permaneciendo en su integridad aquellos superiores en cuyo firmamento están situadas las estrellas. Pues también lo que está escrito: que las estrellas van a caer del cielo^[243], aparte de que puede entenderse más verosímilmente y de distinto modo, muestra más bien que aquellos cielos van a permanecer, aunque las estrellas van a caer de allí, dado que, o bien es una expresión figurada, lo que es más creíble, o bien va a suceder en ese cielo profundo, ciertamente de forma más admirable de como ahora sucede. De donde también aquella estrella virgiliana.

Corrió portando una antorcha con mucha luz^[244],
Y se ocultó en el bosque del Ida^[245].

Pero aquello que recordé del salmo no parece que excluya a ningún cielo que no dijera que iba a perecer. En efecto, donde se dice: *Los cielos son obra de tus manos. Estos mismos perecerán*^[246], como ninguno de ellos será excluido de la obra de Dios, tampoco ninguno de ellos lo será de la perdición. Efectivamente, no se dignarán a defender a partir de la palabra del apóstol Pedro, al que odian vehementemente, la piedad de los hebreos, aprobada por los oráculos de sus propios dioses, para que, al menos, no fuera a creerse que todo el universo había de perecer, así se entienda la parte por el todo^[247] en lo que se dijo: *Estos mismos perecerán*, porque solamente los cielos inferiores

perecerán, como en aquella carta apostólica se entiende la parte por el todo lo que se dijo de que el universo pereció en el diluvio, aunque solamente pereciera su parte inferior con sus cielos. Pero ya que, como he dicho, no se dignarán ni a aprobar el sentir del apóstol Pedro, ni tan solo a conceder a la conflagración definitiva cuanto decimos que pudo el diluvio, quienes sostienen que todo el género humano no puede perecer bajo ningunas aguas o llamas, queda que digan que sus dioses alabaron la sabiduría hebrea porque no habían leído este salmo.

También en el salmo cuadragésimo noveno se entiende que se dijo sobre el juicio definitivo de Dios: *Dios vendrá manifestamente, nuestro Dios, y no permanecerá en silencio. El fuego arderá ante su mirada, y a su alrededor una fuerte tempestad. Convocará al cielo en lo alto y a la tierra para distinguir a su pueblo. Reunirá para él a sus justos, que ponen su alianza por encima de los sacrificios*^[248]. Esto lo entendemos nosotros del Señor Jesucristo, que esperamos que ha de venir a juzgar a vivos y muertos^[249]. En efecto, vendrá manifestamente para impartir justicia justamente entre los justos y los injustos, quien vino antes oculto para ser juzgado injustamente por los injustos. Él mismo, digo, *vendrá manifestamente y no permanecerá en silencio*, es decir, se presentará a la vista en la voz del juez quien antes, cuando hubo venido oculto, permaneció en silencio ante el juez, cuando como una oveja es conducida para ser inmolada y como un cordero fue sin voz ante el esquilador, del mismo modo que leemos profetizado sobre él por Isaías^[250] y vemos cumplido en el Evangelio^[251]. Pero sobre el fuego y la tempestad, al tratar algo similar en la profecía de Isaías, ya explicamos cómo deben entenderse estas palabras^[252]. Pero lo que se dijo: *convocará al cielo en lo alto*, puesto que los santos y justos son llamados justamente el cielo^[253], evidentemente es lo que dice el apóstol: *seremos arrebatados al mismo tiempo con aquellos en las nubes al encuentro de Cristo en el aire*^[254]. Pues según el sentido literal, ¿cómo se convoca al cielo en lo alto, como si pudiera existir excepto en lo alto? Por otra parte, lo que se añade: *y la tierra para distinguir a su pueblo*, si solamente se sobreentiende *convocará*, es decir, convocará también a la tierra, y no se sobreentiende *en lo alto*, parecerá que tiene este sentido según la recta fe: que se entienda el cielo en aquellos que van a juzgar con él y la tierra en aquellos que deben ser juzgados; que no entendamos aquí *convocará al cielo en lo alto* como «arrebatará en el aire», sino «los hará subir a asientos de jueces». Puede también entenderse aquello de *convocará al cielo en lo alto* como «convocará en lugares superiores y excelsos a los ángeles con los cuales descenderá para hacer el juicio»,

convocará también *a la tierra*, es decir, a los seres humanos en la tierra, evidentemente, para ser juzgados. Pero cuando se dice *y la tierra*, si deben sobreentenderse ambas interpretaciones, es decir, *convocará y en lo alto*, para que el sentido sea el siguiente: convocará el cielo en lo alto y convocará la tierra en lo alto, considero que no se entiende nada mejor que todos los que son arrebatados al encuentro de Cristo en el aire^[255], pero se dice el cielo por las almas, la tierra por los cuerpos. Finalmente, *distinguir a su pueblo*, ¿qué es sino separar a los buenos de los malos mediante el juicio, como las ovejas de las cabras? Después se produce el giro del discurso hacia los ángeles: *Reunid para él a sus justos*, en efecto, sin duda, una empresa de tal magnitud debe ser realizada por el ministerio de los ángeles. Pero si preguntamos qué justos van a reunir los ángeles para él, dice: *que ponen su alianza por encima de los sacrificios*. Esta es toda la vida de los justos: establecer la alianza de Dios sobre sacrificios. O las obras de misericordia están efectivamente *sobre los sacrificios*, es decir, que deben anteponerse a los sacrificios, conforme a la expresión de Dios cuando afirma: *prefiero la misericordia al sacrificio*^[256]; o si *por encima de los sacrificios* se entiende que se ha dicho «en los sacrificios», como se dice que sucede encima de la tierra lo que sucede ciertamente en la tierra, sin duda las mismas obras de misericordia son sacrificios con los que se complace a Dios, como recuerdo haber disertado en el libro décimo de esta obra^[257]. En dichas obras los justos establecen la alianza de Dios porque las realizan a causa de las promesas que se contienen en su nueva alianza. De ahí que, reunidos con él los justos suyos y colocados a su diestra, Cristo, sin duda, habrá de decir en el juicio definitivo: *Venid benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer*^[258], y las restantes palabras que allí se expresan sobre las buenas obras de los buenos y sus recompensas sempiternas por la última sentencia del que juzga.

25

El profeta Malaquiel o Malaquí, que también fue llamado ángel, quien además creen algunos que es el sacerdote Esdrás, del cual han sido admitidos en la escritura canónica otros textos (pues afirma Jerónimo que esta es la opinión de los hebreos sobre él)^[259], profetiza el juicio final diciendo: *He aquí que viene, dice el Señor omnipotente; ¿y quién resistirá el día de su*

entrada, o quién podrá soportar el contemplarle? Porque él mismo avanzará como el fuego de la fundición y como la hierba de los lavanderos; y se sentará forjando y purificando como a la plata y al oro; y purificará a los hijos de Leví, y los fundirá como al oro y a la plata; y ofrecerán al Señor víctimas en la justicia, y complacerá al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén, como en los antiguos días y como en los primeros años. Y me acercaré a vosotros en el juicio y seré testigo presto contra los hechiceros, contra los adúlteros y contra aquellos que juran en falso en mi nombre, y quienes defraudan a los asalariados el jornal y oprimen con la fuerza a las viudas y golpean a los huérfanos y privan de la justicia al forastero, y quienes no me temen, dice el Señor omnipotente; porque yo soy el Señor vuestro Dios y no cambio^[260]. A partir de lo dicho, parece que se manifiesta más claramente que en aquel juicio para algunos habrá algunas penas purgatorias. En efecto, cuando se dice: *¿y quién resistirá el día de su entrada, o quién podrá soportar el contemplarle? Porque él mismo avanzará como el fuego de la fundición y como la hierba de los lavanderos; y se sentará forjando y purificando como a la plata y como al oro; y purificará a los hijos de Leví, y los fundirá como al oro y a la plata; ¿qué otra cosa debe entenderse? Dice también algo semejante Isaías: Lavará el Señor la suciedad de los hijos y las hijas de Sión, y limpiará la sangre de en medio de ellos con el espíritu de la justicia y el espíritu del fuego*^[261]. A no ser que quizá se deba afirmar así que estos son limpiados de la suciedad y depurados de algún modo, cuando son separados de ellos los malvados por el juicio del castigo, para que la segregación y condena de aquellos sea la purificación de esos, ya que, en lo sucesivo, van a vivir sin mezclarse con seres semejantes. Pero cuando dice: *y purificará a los hijos de Leví, y los fundirá como al oro y a la plata; y ofrecerán al Señor víctimas en la justicia, y complacerá al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén*^[262], muestra evidentemente que aquellos mismos que serán purificados van a complacer de inmediato al Señor en los sacrificios de justicia y, por medio de esto, ellos mismos serán purificados de su injusticia, en la cual desagradaban al Señor. Finalmente, las víctimas en la justicia plena y perfecta serán ellos mismos una vez que sean purificados. Pues ¿qué ofrecen a Dios tales personas más grato que a sí mismas? Pero esta cuestión sobre las penas purgatorias, para que sea tratada de forma más rigurosa, debe ser diferida a otro momento^[263]. Por otra parte, debemos entender a los hijos de Leví y Judá y a la propia Jerusalén como la iglesia de Dios, congregada no solo de los hebreos sino también de otras naciones; y no tal como es ahora, donde *si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros*

misimos y la verdad no se halla en nosotros^[264], sino como será entonces, purificada por el juicio final como la era por el aventamiento^[265], una vez purificados también por el fuego aquellos para quienes es imprescindible tal purificación, de tal modo que no haya nadie en absoluto que ofrezca el sacrificio por sus pecados. En efecto, todos quienes así ofrendan, ciertamente, están en pecado, por cuya remisión hacen ofrendas, para conseguir el perdón una vez realizadas y haber sido aceptadas por Dios.

26

Queriendo Dios mostrar que su ciudad ya no iba a estar entonces en esta condición, dijo que los hijos de Leví iban a ofrecer víctimas en la justicia. Por consiguiente ya no lo serán en pecado y, por ello, no por el pecado. De donde puede entenderse en lo que a continuación añade diciendo: *y complacerá al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén, como en los antiguos días y como en los primeros años*^[266], que en vano los judíos se prometen los tiempos pasados de sus sacrificios según la ley de la antigua alianza. En efecto, entonces no se ofrecían víctimas en la justicia sino en los pecados, cuando se ofrecían principal y originariamente por los pecados, hasta el punto que el propio sacerdote, que debemos creer sin duda que fue más justo que los demás, según el mandato de Dios, solía realizar ofrendas en primer lugar por sus pecados, en segundo lugar por los del pueblo^[267]. Por lo cual, resulta conveniente que expongamos cómo debe entenderse lo que se dijo: *como en los antiguos días y como en los primeros años*. En efecto, tal vez recuerda aquel tiempo en el que los primeros seres humanos habitaron en el paraíso. Pues entonces puros e intactos de toda suciedad y mancha del pecado se ofrecían ellos mismos como víctimas purísimas. Por lo demás, desde que por causa de la transgresión cometida fueron expulsados de allí y la naturaleza humana fue condenada en ellos, exceptuado el único mediador y algunos niños aun pequeños después del baño de la regeneración, *nadie está limpio de la suciedad*, como está escrito, *ni el niño cuya vida sobre la tierra es de un solo día*^[268]. Y si se responde que con razón se puede decir que también ofrecen víctimas en la justicia aquellos que las ofrecen en la fe (pues *el justo vive de la fe*^[269]; aunque se engañaría a sí mismo si dijera que él no tiene pecado^[270], y no lo dice porque vive de la fe), ¿acaso alguien va a decir que este tiempo de fe debe equipararse a aquel final, cuando sean purificados por

el fuego del juicio final quienes ofrezcan víctimas en la justicia? Y, por esto, puesto que ha de creerse que después de semejante purificación los justos no van a tener ningún pecado, sin duda aquel tiempo, en lo que atañe a no tener pecado, no debe ser comparado a ningún tiempo, excepto a cuando los primeros seres humanos vivieron en el paraíso antes de su transgresión en inocentísima felicidad. Así pues, se entiende adecuadamente que se ha significado esto cuando se ha dicho: *como en los antiguos días y como en los primeros años*^[271]. Pues también a través de Isaías después que se ha prometido un cielo nuevo y una tierra nueva, entre las restantes nociones que allí expone sobre la felicidad de los santos por medio de alegorías y enigmas, a las cuales la preocupación por evitar extendernos nos impide dar una exposición congruente, dice: *según los días del árbol de la vida serán los días de mi pueblo*^[272]. Por otra parte, ¿quién aborda las sagradas escrituras e ignora dónde plantó Dios el árbol de la vida, de cuyo alimento fueron apartados aquellos seres humanos cuando su maldad los expulsó del paraíso, árbol que es el mismo al que le fue colocada alrededor una ardiente y terrible custodia^[273]?

Y si alguien sostiene que aquellos días del árbol de la vida que mencionó el profeta Isaías son esos días de la iglesia de Cristo que ahora transcurren, y que el propio Cristo es llamado proféticamente árbol de la vida, porque él es la sabiduría de Dios, de la que Salomón dice: *El árbol de la vida es para todos los que la abrazan*^[274], y que aquellos primeros seres humanos no pasaron algunos años en el paraíso, de donde fueron expulsados tan presto que allí no engendraron ningún hijo, y, por ello, no podía entenderse aquel tiempo en lo que se dijo: *como en los antiguos días y como en los primeros años*^[275], paso por alto esta cuestión para no verme obligado, lo cual resulta prolijo, a discutir todos sus vericuetos para que la verdad manifiesta confirme algo de esto. Lo cierto es que veo otro sentido, para que no creamos que a través del profeta se nos prometieron los antiguos días y los primeros años de sacrificios carnales como un gran don. En efecto, se ordenaba que aquellas víctimas de la antigua ley, de cualquier tipo de animal doméstico^[276], se ofrecieran inmaculadas y sin ningún defecto, y simbolizaban a los hombres santos como solo se ha hallado a Cristo, sin ningún pecado en absoluto. Por ello, ya que tras el juicio, cuando hayan sido purificados por el fuego quienes son dignos de una purificación de tal índole, en todos los santos no se encontrará ningún pecado en absoluto, y se ofrecerán a sí mismos en la justicia, de tal modo que tales víctimas habrán de ser absolutamente inmaculadas y sin ningún defecto, serán sin duda como en los antiguos días y

como en los primeros años, cuando en la sombra de este acontecimiento futuro se ofrecían víctimas absolutamente puras. Esta será entonces, pues, la purificación en la carne inmortal y en la mente de los santos, que será representada en los cuerpos de aquellas víctimas.

Después, a causa de los que son dignos, no de purificación, sino de condena, dice: *Y me acercaré a vosotros en el juicio y seré testigo presto contra los hechiceros y contra los adúlteros*^[277], y lo demás; y una vez enumerados los crímenes merecedores de condena añadió: *porque yo soy el Señor vuestro Dios y no cambio*^[278], como si dijese: «aunque vuestra culpa os haya cambiado a peor y mi gracia a mejor, yo no cambio». Pero dice que él será testigo porque en su juicio no carecerá de testigos, y que él será presto, ya porque va a venir de repente y su juicio será celerísimo por su propia venida inesperada, que parecía lentísima, ya porque convencerá a las propias conciencias sin ningún discurso prolijo. *En los pensamientos, en efecto, según está escrito, se producirá el interrogatorio del impío*^[279]; y el apóstol dice: *acusando o excusando los pensamientos en el día en que Dios juzgará lo oculto de los seres humanos, según mi Evangelio por Jesucristo*^[280]. Por consiguiente, también así debe entenderse que el Señor va a ser testigo presto cuando sin demora va a traer a la memoria de dónde convencer y castigar a la conciencia.

27

También aquello que, mientras trataba otra cuestión^[281], cité de ese profeta en el libro décimo octavo atañe al juicio final, donde dice: *Y los tendré en propiedad, dice el Señor omnipotente, en el día que hago, y los elegiré como elige el hombre a su hijo que se pone a su servicio. Y me daré la vuelta*^[282] *y discerniréis entre lo justo y lo injusto, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí que vendrá el día ardiente como un horno y los abrasará, y todos los extranjeros y todos los que cometen iniquidad serán paja, y los incendiará el día que venga, dice el Señor omnipotente. Y no quedará de ellos ni raíz ni sarmiento. Y surgirá para vosotros, que teméis, mi nombre, el sol de justicia, y la salud en sus alas. Y saldréis y saltaréis de gozo como terneros liberados de las ataduras. Y pisotearéis a los inicuos, y serán cenizas bajo vuestros pies en el día en que yo actúe, dice el Señor omnipotente*^[283]. Esta diferencia de premios y castigos que separa a los justos

de los injustos, que no se discierne bajo este sol en la vanidad de esta vida, cuando reluzca bajo aquel sol de justicia en la manifestación de aquella vida, entonces, sin duda, se celebrará un juicio como nunca lo hubo.

28

Pero lo que añade el mismo profeta: *Recordad la ley de Moisés, mi siervo, que le encomendé en Horeb para todo Israel*^[284], recuerda oportunamente los preceptos y juicios después de haber proclamado la división tan profunda que se iba a producir entre los que observan la ley y los que la desprecian, al mismo tiempo también para que aprendan a entender la ley espiritualmente y encuentren en ella a Cristo, juez por medio del cual debe hacerse esta misma separación entre buenos y malos. En efecto, no en vano dice el Señor mismo a los judíos: *Si creyeseis en Moisés creeríais también en mí; pues aquel escribió sobre mí*^[285]. Lo cierto es que, entendiendo la ley carnalmente e ignorando que las promesas terrenas son símbolos de realidades celestes, incurrieron en tales murmuraciones que se atrevieron a decir: *Vano es quien sirve a Dios, ¿Y en qué nos favorece que guardemos sus mandatos y que caminemos suplicantes ante el rostro de Dios omnipotente? Y ahora nosotros llamamos felices a los extranjeros, y prosperan todos los que cometen iniquidad*^[286]. Por estas palabras tuyas el profeta de algún modo se vio empujado a anunciar de antemano el juicio final, donde los malvados no sean felices ni siquiera en falso, sino que se muestren clarísimamente desgraciadísimos, y los buenos no sufran en absoluto por ninguna desgracia temporal, sino que disfruten de una evidente y sempiterna felicidad. Lo cierto es que también anteriormente había expresado algunas reflexiones similares de estos que dicen: *todo el que hace el mal es bueno a la vista de Dios, y tales le complacen*^[287]. A estas murmuraciones contra Dios, digo, llegaron interpretando la ley de Moisés carnalmente. De donde también aquel en el salmo septuagésimo segundo cuenta que sus pies casi tropezaron y sus pasos vacilaron, ciertamente en un resbalón, porque tuvo celos de los pecadores al ver la paz de los pecadores^[288], hasta el punto de plantear entre otras cosas: *¿Cómo conoce Dios, si es que existe conocimiento en el Altísimo? Y preguntaría también: ¿Acaso justifiqué en vano a mi corazón y lavé mis manos en los inocentes*^[289]? Pero para resolver esta difícilísima cuestión que se plantea cuando los buenos parecen ser desgraciados y felices los malos,

señala: *esto es el esfuerzo que se me presenta hasta que entre en el santuario de Dios y entienda el final*^[290]. Lo cierto es que no será así en el juicio final, sino que se hará visible algo diferente de lo que es ahora en la evidente desgracia de los malvados y en la evidente felicidad de los justos.

29

Por otra parte, al haber advertido que recordasen la ley de Moisés (puesto que preveía que ellos durante mucho tiempo hasta ahora no iban a interpretarla espiritualmente, como había convenido), añade a continuación: *<Y> he aquí que yo os enviaré a Elías el Tesbita, antes de que llegue el día del Señor, grande y luminoso, que tornará el corazón del padre al hijo y el corazón del ser humano a su prójimo, no sea que por casualidad al venir yo golpee la tierra hasta lo más hondo*^[291]. Y es un tema muy recurrente en las palabras y los corazones de los fieles que los judíos van a creer en el Cristo verdadero, es decir, en nuestro Cristo, en el último tiempo antes del juicio, tras serles expuesta la ley por medio de este Elías, grande y admirable profeta. Lo cierto es que no sin razón se esperaba que antes de la llegada del juez salvador iba a venir este mismo, que también se cree, no sin fundamento, que vive en la actualidad. En efecto, fue arrancado de los asuntos humanos por un carro de fuego^[292], cosa que la santa escritura testimonia con absoluta claridad. Por consiguiente, cuando venga, explicando la ley espiritualmente, que ahora los judíos entienden carnalmente, *tornará el corazón del padre al hijo*^[293], es decir, el corazón de los padres a los hijos. Lo cierto es que los setenta traductores utilizaron el singular por el número plural; y este es el sentido, que los hijos, es decir, los judíos, entiendan la ley del mismo modo que la entendieron los padres, es decir, los profetas, entre los cuales se hallaba también el propio Moisés. En efecto, así se tornará el corazón de los padres a los hijos, cuando la inteligencia de los padres sea guiada hacia la inteligencia de los hijos; *y el corazón de los hijos hacia sus padres*, hasta que también estos sientan lo mismo que sintieron aquellos; donde los Setenta habían dicho: *el corazón del hombre a su prójimo*^[294]. En efecto, son prójimos entre sí, sin duda, los padres y los hijos. Aunque en las palabras de los setenta traductores, que tradujeron proféticamente, puede hallarse otro sentido, e incluso mejor escogido: debe entenderse que Elías tornó el corazón de Dios Padre al Hijo, ciertamente no haciendo que el Padre ame al Hijo, sino enseñando que el

Padre ama al Hijo; para que también los judíos amen al mismo Cristo, que es el nuestro, al que antes odiaban. Efectivamente, para los judíos Dios ahora tiene el corazón vuelto lejos de nuestro Cristo, porque eso piensan. Por consiguiente, su corazón se les tornará al Hijo, cuando ellos mismos, una vez tornado su corazón, hayan aprendido el amor del Padre al hijo. Pero lo que sigue: *Y el corazón del hombre a su prójimo*^[295], es decir, Elías volverá también el corazón del hombre a su prójimo ¿qué mejor manera de entenderlo hay que el corazón del hombre al hombre Cristo? En efecto, aunque nuestro Dios lo sea en forma de Dios, recibiendo la forma de esclavo se dignó a ser también nuestro prójimo^[296]. Por consiguiente, esto hará Elías. Dice: *no sea que por casualidad al venir yo golpee la tierra hasta lo más hondo*^[297]. Pues son tierra quienes aprecian las cosas terrenas, como los judíos carnales hasta ahora. De este vicio vinieron aquellas murmuraciones contra Dios: *porque los malos le placen*^[298], *y vano es quien sirve a Dios*^[299].

30

Hay muchos otros testimonios en las escrituras sobre el juicio definitivo de Dios. Si los recogiese todos, resultaría demasiado extenso. Por tanto, sea suficiente lo que probamos que fue preanunciado en las nuevas y antiguas escrituras sagradas. Pero en las antiguas no se expresa de forma tan evidente como en las nuevas que el juicio ha de producirse por medio de Cristo, es decir, que Cristo ha de venir como juez desde el cielo, porque cuando allí dice el Señor Dios que él ha de venir, o se dice que el Señor Dios ha de venir, no se entiende Cristo de forma consecuente. En efecto, el Señor Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no conviene que dejemos esto sin testimoniar. Por tanto, en primer lugar debe demostrarse cómo Jesucristo habla como el Señor Dios en los libros proféticos y, sin embargo, Jesucristo se presenta claramente de manera que incluso cuando no se presenta así y, no obstante, se afirma que el Señor Dios ha de venir para aquel último juicio, podría entenderse Jesucristo. Existe un pasaje en el profeta Isaías que muestra claramente lo que sostengo. En efecto, dice Dios por medio del profeta: *Escúchame Jacob e Israel al que yo llamo. Yo soy el primero y lo seré para siempre, y mi mano ha cimentado la tierra y mi diestra ha dado firmeza al cielo. Los llamaré y se pondrán en pie al mismo tiempo, y se reunirán todos y escucharán. ¿Quién les anunció estas noticias? Al amarte hice tu voluntad*

sobre Babilonia para exterminar la estirpe de los caldeos. Y he hablado y yo he llamado. Le he acompañado e hice su camino próspero. Acercaos a mí y escuchad estas palabras. Desde el principio no he hablado en secreto. Cuando los acontecimientos sucedían allí estaba. Y ahora me han enviado el Señor Dios y su espíritu^[300]. Por supuesto es este mismo que hablaba como el Señor Dios. Y, sin embargo, no se hubiera entendido como Jesucristo si no hubiera añadido: *Y ahora me han enviado el Señor Dios y su espíritu*. En efecto, lo dijo en forma de esclavo, sirviéndose del verbo en tiempo pasado sobre un asunto futuro, como se lee en el mismo profeta: *como la oveja fue conducida al sacrificio*^[301]. Pues no dice: «será conducida», sino que, en lugar de aquello que iba a suceder, puso el verbo en tiempo pasado^[302]. Y así se expresa la profecía continuamente.

Hay otro pasaje en Zacarías que muestra con claridad que el omnipotente envió al omnipotente: ¿Quién a quién, sino el Dios padre al Dios hijo? Pues así está escrito: *Esto dice el Señor omnipotente: Tras la gloria me envió sobre las naciones que os expoliaron, porque quien os tocara es como si tocara la pupila de su ojo. He aquí que yo puedo levantar mi mano sobre aquellos, y serán botín para los que les habían servido; y sabréis que el Señor me ha enviado*^[303]. He aquí que el Señor omnipotente dijo que él sería enviado por el Señor omnipotente. ¿Quién se atrevería a entender aquí sino a Cristo hablando, evidentemente, a las ovejas de la casa de Israel que se habían perdido? En efecto, dice en el Evangelio: *No he sido enviado sino a las ovejas que se perdieron de la casa de Israel*^[304]. Aquí las ha comparado a la pupila del ojo de Dios a causa de su profundísimo sentimiento de amor. De esta clase de ovejas también fueron los propios apóstoles. Pero tras la gloria de su resurrección precisamente (que antes de que se produjese, dice el evangelista: *Jesús todavía no había sido glorificado*^[305]) también fue enviado sobre las naciones en sus apóstoles, y así se cumplió lo que se lee en el salmo: *me sacarás de las contradicciones del pueblo, me colocarás a la cabeza de las naciones*^[306], para que quienes habían expoliado a los israelitas y a quienes habían servido los israelitas, cuando estuvieron sometidos a las naciones, no fuesen expoliados a su vez, sino que ellos mismos se convirtieran en expolio de los israelitas (en efecto, esto les había prometido a los apóstoles diciendo: *os haré pescadores de hombres*^[307], y a uno de ellos le dice: *Desde ahora serás el que captura a los hombres*)^[308]. Por consiguiente, se convertirán en expolio, pero para bien, como las vajillas arrebatadas a aquel fuerte pero atado más fuertemente^[309].

Igualmente, hablando el Señor a través del mismo profeta dice: *Y será, en aquel día buscaré arrastrar todas las naciones que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de la gracia y la misericordia; y me contemplarán porque me insultaron y verterán por él un llanto como por alguien muy querido, y se lamentarán con un dolor como por un hijo único*^[310]. ¿Acaso no es propio sino de Dios arrastrar a todas las naciones enemigas de la ciudad santa de Jerusalén, que *vienen contra* ella, es decir, que son contrarias a ella, o, como han traducido otros, *vendrán sobre* ella, es decir, para someterla a ellos; o derramar sobre la casa de David y sobre los habitantes de la misma ciudad el espíritu de la gracia y la misericordia? Esto, evidentemente, es la palabra de Dios y es expresada a través del profeta de parte de la persona de Dios; y, sin embargo, Cristo muestra que es este Dios al realizar estas acciones tan importantes y tan divinas añadiendo y afirmando: *y me contemplarán porque me insultaron y verterán por él un llanto como por alguien muy querido (o predilecto), y se lamentarán con un dolor como por un hijo único*^[311]. Lo cierto es que los judíos se arrepentirán aquel día, incluso aquellos que van a recibir el espíritu de la gracia y la misericordia, porque en su pasión insultaron a Cristo, cuando lo contemplen viniendo en su majestad y sepan que es aquel humilde del que antes se burlaron en la figura de sus antepasados; aunque también aquellos mismos antepasados alzándose como autores de aquella impiedad tan grande, le verán, pero ya para ser castigados, no para ser corregidos. Por consiguiente, en este pasaje no deben entenderse estos mismos, cuando se dijo: *derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de la gracia y la misericordia; y me contemplarán porque me insultaron*^[312]; sino, por el contrario, los que vienen de la estirpe de aquellos que en aquel tiempo iban a creer por medio de Elías. Pero así como decimos a los judíos: «Vosotros matasteis a Cristo», aunque esto lo hicieron sus antepasados, así también esos se lamentarán de haberlo hecho de algún modo, porque lo hicieron aquellos de cuya estirpe descienden. Por consiguiente, aunque una vez recibido el espíritu de la gracia y la misericordia ya como fieles no serán condenados con sus antepasados impíos, se lamentarán, sin embargo, como si hubieran hecho ellos mismos lo que hicieron aquellos. Por consiguiente, no se lamentarán por la acusación de un delito, sino por el sentimiento de la piedad. En realidad, donde dijeron los setenta traductores *y me contemplarán porque me insultaron*, se traduce así a partir del texto hebreo: *y me contemplarán a mí a quien clavarón*^[313]; ciertamente, en este término aparece claramente Cristo crucificado. Pero

aquel insulto que prefirieron colocar los Setenta no estuvo ausente de toda su pasión. Pues detenido, atado, juzgado, vestido con el oprobio de una indumentaria ignominiosa, coronado de espinas, golpeado con una caña en su cabeza, adorado en son de burla hincando las rodillas, portando su cruz y colgando ya de un madero, sin duda le insultaron. Por lo cual, no siguiendo una sola traducción, sino uniendo ambas cuando leemos *insultaron* y *clavaron*, conocemos más plenamente la verdad de la pasión del Señor.

Por consiguiente, cuando en las escrituras proféticas se lee que Dios va a venir para realizar el juicio final, aunque no se señale otra especificación de este, debe entenderse únicamente Cristo en virtud del propio juicio, ya que, aunque juzgará el Padre, juzgará por la venida del hijo del hombre. Pues él mismo, a través de la manifestación de su presencia, *no juzgará a nadie, sino que ha entregado todo el juicio al hijo*^[314], que se manifestará como hombre que va a juzgar así como fue hombre juzgado. ¿Quién es el otro, en efecto, del que habla Dios a través de Isaías bajo el nombre de Jacob e Israel, de cuya estirpe recibió su cuerpo? Lo cual así está escrito: *Jacob, mi esclavo, yo lo aceptaré. Israel, mi elegido, mi alma lo ha acogido. Entregué mi espíritu en él, emitirá su juicio a las naciones. No clamará ni cesará ni se oírà fuera su voz. No romperá la caña quebrada ni apagará el leño humeante, sino que emitirá su juicio en la verdad. Refulgirá y no se quebrantará, hasta que establezca el juicio en la tierra; y las naciones esperarán en su nombre*^[315]. En el texto hebreo no se lee *Jacob e Israel*, sino lo que allí se lee, *mi esclavo*, seguramente los setenta traductores, queriendo advertir que debe entenderse esto porque se dijo en virtud de la forma de esclavo en la cual el Altísimo se ofreció humildísimo, pusieron, a fin de significarlo, el nombre del propio hombre de cuyo linaje fue tomada la misma forma de esclavo. El Espíritu Santo fue infundido sobre él, lo que también fue mostrado en forma de paloma según el testimonio del Evangelio^[316]; pronunció su juicio a las naciones porque predijo que iba a suceder lo que estaba oculto a las naciones; no clamó con mansedumbre, ni cesó, sin embargo, de predicar la verdad; pero su voz no fue escuchada, ni se oye en el exterior, porque no le obedecen aquellos que fueron desgajados fuera de su cuerpo; y a sus propios perseguidores judíos, que por la pérdida de la integridad han sido comparados a una caña quebrada, por la pérdida de la luz a una hebra humeante, no los quebrantó, no los extinguió, porque los perdonó quien todavía no había venido a juzgarlos, sino que sería juzgado por ellos. Sin duda, emitió su juicio en la verdad al predecirles que algún día debían ser castigados si persistían en su maldad. Brilló en el monte su rostro^[317], en el orbe su fama; y no fue

destruido ni quebrantado porque no cedió ante sus perseguidores para dejar de existir, ni en sí mismo ni en su iglesia, y, por ello, no ha sucedido ni sucederá lo que declararon o declaran sus enemigos: *¿Cuándo morirá y perecerá su nombre*^[318]? —*Hasta que imponga la justicia sobre la tierra*^[319]. He aquí que se ha manifestado el sentido oculto que buscábamos. Esto es, en efecto, el juicio final, que impondrá en la tierra cuando venga en persona desde el cielo, del que ya vemos cumplido lo último que está escrito aquí: *Y las naciones esperarán en su nombre*^[320]. Por esto sin duda que no puede negarse, se cree incluso aquello que se niega desvergonzadamente. En efecto, ¿quién podría esperar lo que incluso estos, que por el momento no quieren creer en Cristo, ya ven con nosotros y, puesto que no pueden negarlo, rechinan sus dientes y languidecen? ¿Quién, digo, podrá esperar que las naciones van a esperar en el nombre de Cristo cuando era retenido, atado, golpeado, burlado, crucificado, cuando incluso los propios discípulos habían perdido la esperanza que ya habían comenzado a tener en él? Lo que entonces apenas un solo ladrón esperó en la cruz, ahora lo esperan naciones extendidas a lo largo y a lo ancho^[321], y para no morir para la eternidad, se persignan con la misma cruz en la que aquel murió.

Por consiguiente, nadie niega ni pone en duda que el juicio final por parte de Cristo Jesús se producirá tal como es profetizado en estas escrituras sagradas, excepto quien no sé por qué increíble animadversión o ceguera no cree en las mismas escrituras, que ya demostraron su verdad al orbe de la tierra. Así pues, aprendimos que en aquel juicio o en torno a aquel juicio iban a suceder estos acontecimientos: Elías el Tesbita, la fe de los judíos, la persecución del Anticristo, el juicio de Cristo, la resurrección de los muertos, la separación de buenos y malos, la conflagración del mundo y su propia renovación. Debe creerse ciertamente que todos estos sucesos han de venir; pero de qué formas y en qué orden vengan, más lo enseñará entonces la experiencia de los acontecimientos de lo que ahora la inteligencia de los humanos es capaz de alcanzar hasta la perfección. Considero, sin embargo, que han de suceder en ese orden en que los he recordado.

Dos libros nos quedan pertenecientes a esta obra para cumplir lo prometido con la ayuda de Dios. De ellos uno será sobre el suplicio de los malvados, el otro sobre la felicidad de los justos. En ellos sobre todo, tal como Dios ha concedido, se refutarán los argumentos humanos que ellos en su miseria parecen roer como si fuesen sabios contra las predicciones y promesas divinas y desprecian el alimento de la fe saludable como falso y risible. Pero quienes son sabios conforme a Dios, sostienen como máximo

argumento de todo lo que parece increíble a los seres humanos y, sin embargo, está contenido en las escrituras santas, cuya verdad ha sido confirmada de muchas maneras, la veraz omnipotencia de Dios, que tienen como cierto que de ningún modo pudo haber mentido en ellos y que puede hacer lo que le es imposible al infiel.

LIBRO XXI

SUMARIO

1. Sobre el orden de la discusión en la que se ha de disertar sobre el suplicio perpetuo de los condenados con el Diablo antes que sobre la felicidad eterna de los santos.
2. ¿Acaso podrían los cuerpos permanecer en una combustión de fuego perpetua?
3. ¿Acaso es consecuente que la muerte de la carne siga al dolor del cuerpo?
4. Sobre los ejemplos de la naturaleza cuyo análisis enseñe que los cuerpos vivos pueden perdurar entre los tormentos.
5. Cuántos fenómenos existen cuya razón no puede comprenderse y, sin embargo, no resulta dudoso que estos mismos son reales.
6. No todos los fenómenos asombrosos son naturales, sino la mayoría organizados por la inteligencia humana, pero muchos otros dispuestos por el arte de los demonios.
7. La razón suprema de creer en cosas asombrosas es la omnipotencia del creador.
8. No es contrario a la naturaleza cuando en algún ser cuya naturaleza es conocida comience a haber algo distinto en él de lo que era conocido
9. Sobre la gehena y la cualidad de las penas eternas.
10. ¿Acaso puede el fuego de la gehena, si es corpóreo, quemar con su contacto a los espíritus malignos, es decir, a los demonios incorpóreos?
11. ¿Acaso la proporcionalidad de la justicia no implica que no sean más extensos los tiempos de los castigos de lo que fueron los de los pecados?
12. Sobre la magnitud de la primera transgresión, por causa de la cual se les debe el castigo eterno a todos los que estuvieran al margen de la gracia del Señor.

13. Contra la opinión de los que piensan que los suplicios a los criminales después de la muerte deben ser aplicados por motivo de su expiación.
14. Sobre los castigos temporales de esta vida a los que está sujeta la condición humana.
15. Que toda la obra de la gracia de Dios, que nos saca de la profundidad del antiguo mal, pertenece a la novedad del siglo futuro.
16. Bajo qué leyes de la gracia se desenvuelven todas las edades de los regenerados.
17. Sobre aquellos que piensan que los castigos de ningún ser humano van a perdurar para la eternidad.
18. Sobre aquellos que piensan que por la intercesión de los santos ningún ser humano ha de ser condenado en el juicio final.
19. Sobre aquellos que prometen la impunidad de todos los pecados, incluso a los heréticos, por su participación en el cuerpo de Cristo.
20. Sobre aquellos que prometen indulgencia no a todos, sino solo a aquellos que han renacido entre los católicos, aunque después incurrieran en muchos delitos y errores.
21. Sobre aquellos que establecen que quienes permanecen en la fe católica, aunque vivieran pésimamente y, por ello, merecerían quemarse, sin embargo deben ser salvados a causa de la solidez de su fe.
22. Sobre aquellos que piensan que aquellos crímenes que se cometen en medio de obras de caridad no son llamados al juicio de la condenación.
23. Contra la opinión de aquellos que afirman que ni los suplicios del Diablo ni los de los hombres malvados serán perpetuos.
24. Contra el sentir de aquellos que piensan que en el juicio de Dios se debe perdonar a todos los reos por las plegarias de los santos.
25. ¿Acaso aquellos que han sido bautizados entre heréticos y después se hicieron peores en su mal vivir o aquellos que, renacidos entre los católicos, pasaron a la herejía o el cisma, o aquellos que, no habiéndose separado de los católicos, entre los cuales han renacido, persistieron en vivir en el pecado, pueden esperar la remisión del suplicio eterno por la prerrogativa de los sacramentos?
26. Qué significa tener a Cristo como fundamento, y a quiénes se promete la salvación como por la quemadura del fuego.
27. Contra la convicción de aquellos que piensan que no les van a perjudicar los pecados en los que persistieron mientras ofrecían limosnas.

Tan pronto como lleguen a sus debidos finales por medio de Jesucristo, nuestro Señor, juez de los vivos y los muertos, ambas ciudades, de las cuales una es la de Dios, otra la del Diablo, hemos de discutir en este libro con mayor rigor, en la medida en que seamos capaces por obra divina, de qué índole va a ser el suplicio del Diablo y de todos los que le pertenecen. Por otra parte, he preferido mantener este orden y disertar después sobre la felicidad de los santos porque lo uno y lo otro se producirá con los cuerpos y parece que resulta más increíble que perduren en los tormentos eternos a que permanezcan sin dolor alguno en la felicidad eterna y, por este motivo, cuando demuestre que aquel castigo no debe resultar increíble, me ayudará muchísimo a que se crea mucho más fácilmente que la inmortalidad del cuerpo carente de toda molestia se producirá en los santos. Y este orden no es incompatible con las expresiones divinas, donde, en ocasiones, ciertamente se coloca en primer lugar la felicidad de los buenos, como en el siguiente pasaje: *Quienes hicieron el bien, a la resurrección de la vida; pero quienes obraron mal, a la resurrección del juicio*^[1]; pero alguna vez también posteriormente, como dice: *El hijo del hombre enviará a sus ángeles y recogerá de su reino todos los escándalos y los enviará a un horno de fuego; allí habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos relumbrarán como el sol en el reino de su padre*^[2]. Y aquello: *Así irán esos al suplicio eterno, en cambio los justos a la vida eterna*^[3]; y en los profetas, lo que resulta largo recordar, si alguien lo investiga, ahora se encuentra aquel orden, ahora este. Por mi parte, yo he dicho por qué razón he elegido ese.

2

Por consiguiente, ¿qué podría mostrar a partir de lo cual se convenzan los incrédulos de que los cuerpos humanos animados y vivos pueden no solo no disolverse jamás con la muerte, sino perdurar en los tormentos de los fuegos eternos incluso? En efecto, no quieren que nosotros atribuyamos este hecho al poder del omnipotente, sino que exigen que se les persuada mediante algún ejemplo. Si a ellos les responderemos que existen animales ciertamente corruptibles, porque son mortales, que, sin embargo, viven en medio del fuego^[4], que incluso se encuentran algunas especies de gusanos en la fuente de aguas termales cuyo ardor nadie toca impunemente, pero aquellos no solo están allí sin ningún daño suyo, sino que no pueden estar fuera, o no quieren

creer si no somos capaces de mostrarlo, o si fuéramos capaces o bien de mostrar a sus ojos estos mismos hechos, o bien enseñarlos por medio de testigos competentes, sostendrán con idéntica incredulidad que eso no es suficiente como ejemplo del asunto sobre el que se realiza la indagación, porque estos animales no viven siempre, y viven en aquellos ardores sin dolores. Lo cierto es que sus naturalezas son vivificadas, y no atormentadas, por aquellos elementos que les resultan convenientes; como si no resultase más increíble que fueran vivificadas a que fueran atormentadas por tales circunstancias. En efecto, resulta asombroso sentir dolor en el fuego y, sin embargo, vivir, pero es más admirable vivir en el fuego y no sentir dolor. Pero si se cree esto, ¿por qué no también aquello?

3

Pero no existe ningún cuerpo, dicen, que pueda sufrir dolor y no pueda morir. Y esto ¿cómo lo sabemos? Pues respecto a los cuerpos de los demonios ¿quién está seguro de si sentirán dolor en ellos cuando confiesen que ellos son afligidos por grandes tormentos? Y si se responde que no existe ningún cuerpo terreno, sólido y visible evidentemente, y para explicar esto mejor en una sola palabra, que no hay ninguna carne que pueda sentir dolor y no pueda morir ¿qué otra cosa se afirma sino lo que los seres humanos coligieron con la sensación del cuerpo y la experiencia? En efecto, no conocen ninguna carne salvo la mortal. Y esta es toda la razón de que consideren que no pueda existir en absoluto lo que no han experimentado. ¿Y qué clase de argumento es hacer al dolor prueba de la muerte, cuando más bien es indicio de la vida? Efectivamente, aunque preguntamos si puede vivir siempre, sin embargo, es seguro que vive todo lo que siente dolor y que no puede existir ningún dolor sino en un ser vivo. Por consiguiente, es necesario que quien siente dolor viva, no es necesario que el dolor cause la muerte, porque no todo dolor causa la muerte a estos cuerpos mortales y, sin duda, destinados a morir. Y la causa de que un dolor pueda causar la muerte es la siguiente: porque el alma está unida a este cuerpo de tal modo que cede y se aparta de los dolores extremos, y porque el propio ensamblaje de los miembros y de los órganos vitales es tan frágil que no es capaz de soportar aquella fuerza que causa un gran y extremo dolor. Pero entonces el alma estará unida a un cuerpo de tal índole y de tal manera que aquel vínculo, como no será disuelto por ninguna extensión de

tiempo, de igual modo no será destruido por ningún dolor. Por lo cual, aunque ahora no existe una carne tal que pueda sufrir la sensación de dolor, pero que no pueda sufrir la muerte, entonces existirá, sin embargo, una carne tal como ahora no existe, así como también habrá una muerte tal como ahora no existe. En efecto, no dejará de haber una muerte, pero una muerte sempiterna, porque el alma no podrá vivir no teniendo a Dios ni estar libre de los dolores del cuerpo muriendo. La primera muerte expulsa al alma del cuerpo sin que esta quiera, la segunda muerte mantiene al alma en el cuerpo contra su voluntad; una y otra muerte tienen esto en común, que el alma soporta de su cuerpo algo que no desea^[5].

Por otra parte, estos oponentes advierten que no existe ahora ninguna carne que pueda sufrir dolor y no pueda sufrir la muerte, y no advierten que, sin embargo, existe algo tal que es más importante que el cuerpo. Lo cierto es que el propio espíritu, por cuya presencia vive y es gobernado el cuerpo, puede soportar el dolor y no puede morir. He aquí que se ha encontrado una realidad que, aunque posea la sensación de dolor, es inmortal. Por tanto, lo que sabemos que ahora se da en las almas de todos se dará entonces también en los cuerpos de los condenados. Pero si lo analizásemos más rigurosamente, el dolor que se dice del cuerpo pertenece más al alma. En efecto, sentir dolor es propio del alma, no del cuerpo, incluso cuando la causa de sentir dolor le venga del cuerpo, cuando siente dolor en aquel punto donde el cuerpo ha sufrido daño. Por consiguiente, así como decimos cuerpos que sienten y cuerpos que viven, aunque el cuerpo tenga la sensibilidad y la vida a partir del alma, así decimos también cuerpos dolientes aunque el cuerpo no pueda tener dolor excepto a partir del alma. En consecuencia, el alma siente dolor con el cuerpo en aquel punto suyo donde le sucede algo que le cause dolor; siente dolor también sola, aunque sea en el cuerpo, cuando por alguna causa, incluso invisible, está ella misma triste hallándose el cuerpo incólume. También siente dolor sin estar establecida en un cuerpo; pues, sin duda, sentía dolor aquel rico en los infiernos cuando decía: *Soy atormentado en esta llama*^[6]. Pero el cuerpo no siente dolor exánime ni animado siente dolor sin alma. Por consiguiente, si del dolor se toma correctamente el argumento para la muerte, de manera que la muerte pueda suceder porque pudo suceder también el dolor, el morir correspondería más al alma, a la que también corresponde más el sentir dolor. Pero como aquella, que puede sentir más el dolor, no puede morir, ¿qué interés tenemos en creer que aquellos cuerpos van a morir también porque van a encontrarse en medio de los sufrimientos? Dijeron los platónicos, ciertamente, que por los cuerpos terrenos y los miembros

destinados a morir era propio de las almas sentir temor, deseo, dolor y alegría; de donde Virgilio dice: «de ahí (es decir, de los miembros destinados a morir de un cuerpo terreno), temen y desean, sienten dolor y alegría»^[7]. Pero a estos les rebatimos en el libro duodécimo de esta obra^[8] que, según ellos mismos, las almas, purificadas incluso de toda mancha de este cuerpo, tienen un terrible deseo por el que empiezan a querer ser restituidas de nuevo a los cuerpos. Pero cuando puede existir el deseo, sin duda puede existir también el dolor. Lo cierto es que el deseo frustrado, ya por no alcanzar aquello a lo que aspiraba, ya por perder lo que había alcanzado, se convierte en dolor. Por lo cual, si el alma, que siente dolor, o bien ella sola, o bien principalmente ella, posee, sin duda, cierta inmortalidad suya conforme a su medida, no podrán morir aquellos cuerpos porque sentirán dolor. Finalmente, si los cuerpos hacen que las almas sientan dolor ¿por qué pueden infligirles dolor, pero no pueden infligirles la muerte, a no ser porque no resulta consecuente que lo que produce el dolor produzca la muerte? Consecuentemente, ¿por qué resulta increíble que los fuegos puedan infligir dolor a aquellos cuerpos, no la muerte, como los propios cuerpos hacen que sientan dolor las almas, a las que, sin embargo, no por ello obligan a morir? Por consiguiente, el dolor no es argumento necesario de la muerte futura.

4

Por lo cual, si como escribieron quienes investigaron con mayor minuciosidad las naturalezas de los animales la salamandra vive en el fuego^[9], y algunos conocidísimos montes de Sicilia, que en tan gran extensión de tiempo y antigüedad, hasta ahora y en lo sucesivo, se abrasan en las llamas y continúan íntegros^[10], son testimonios lo bastante idóneos de que no todo lo que arde se consume, y el alma es indicio de que no todo lo que puede sentir dolor puede también morir, ¿por qué todavía se nos exigen ejemplos de hechos con los que enseñemos que no es inverosímil que los cuerpos de los seres humanos castigados al suplicio sempiterno y el fuego no pierdan el alma, ardan sin pérdida de su integridad, y sientan dolor sin la muerte? En efecto, entonces la sustancia de la carne poseerá esta cualidad introducida por aquel que ha introducido en tantos seres las cualidades que observamos, tan asombrosas y variadas que no nos admiramos de ellas porque son muchas. ¿Quién, pues, sino el Dios creador de todas las cosas concedió a

la carne del pavo muerto el no corromperse? Aunque esto parezca increíble de escuchar, sucedió que en Cartago se nos sirvió esta ave cocinada, de cuya pechuga ordenamos que se conservase, cuanto pareciera oportuno, una tajada de carne. Esta, después de una cantidad de días tan prolongada que cualquier otra carne cocinada se hubiera podrido, al sernos presentada y ofrecida, en nada ofendió a nuestro olfato. E, igualmente, vuelta a servir después de más de treinta días fue hallada tal y como era, e igualmente después de un año, excepto porque era algo más seca y contraída de volumen^[11]. ¿Quién concedió a la paja ya un poder de enfriamiento tan fuerte que conserva las nieves cuando las cubre, ya de calentamiento tal que madura las manzanas verdes?

¿Quién podría explicar las maravillas del propio fuego^[12], por el que ennegrecen todos los objetos quemados, aunque él mismo sea brillante, y, hermosísimo por su color, decolora prácticamente todo lo que rodea y lame, y de una reluciente brasa da un negrísimo carbón? Y esto no está definido regularmente, por decirlo de algún modo; pues contrariamente las piedras recalentadas por el fuego incandescente se hacen ellas mismas blancas brillantes, y aunque aquel se haga más rojo aquellas blanquean, concuerda, sin embargo, con la luz, que es blanca, como el negro con las tinieblas. Así pues, dado que el fuego arde en los leños para cocer las piedras, tiene efectos contrarios en objetos que no son contrarios. En efecto, aunque las piedras y los leños son diferentes, sin embargo, no son contrarios como el blanco y el negro, de los cuales el primero lo produce en las piedras, el segundo en los leños, haciendo brillantes por su brillo a aquellas y oscureciendo a estos, faltando en aquellas si no viviese en estos^[13]. ¿Qué decir al respecto? ¿Acaso en el carbón no resulta asombrosa, por un lado, tan gran fragilidad que se fractura por un golpe ligerísimo, se tritura con una levísima presión, y, por otro, tan gran solidez que no se deteriora con ningún líquido, no es vencido por ningún periodo de tiempo, hasta el punto que quienes fijan las lindes suelen enterrarlo a fin de refutar al litigante, cualquiera que se presente, después de cuanto tiempo se quiera, y sostenga que la piedra fijada no es el límite?^[14] ¿Quién hace que este, enterrado en la tierra húmeda, donde los leños se pudren, pueda perdurar tanto tiempo incorruptiblemente sino aquel fuego corruptor de las cosas?

Observemos también el prodigio de la cal^[15]. Exceptuado aquello de lo que ya hablamos suficientemente, que blanquea con el fuego, con el que otras materias se ennegrecen, también absorbe de forma secretísima fuego del fuego, y ya como terrón frío para los que la tocan lo conserva tan ocultamente

que no se hace patente para ninguno de nuestros sentidos en absoluto, sino descubierto mediante la experimentación, incluso mientras no se hace patente, se sabe que está dormido. Por este motivo la llamamos cal viva, como si el propio fuego latente fuese el alma invisible de un cuerpo visible. Por otra parte, ¡qué asombroso resulta que, cuando se extingue, entonces se enciende! En efecto, para que esté privada de su fuego oculto, se sumerge en agua o se rocía con agua, y, si antes estaba fría, hierve a partir de donde todo lo que hierve se enfría. Por consiguiente, al alejarse de aquel terrón que espiraba, por así decirlo, el fuego que estaba oculto, aparece y después está tan frío como si estuviera muerto que, tras añadirse agua, no arderá, y la que llamábamos cal viva la llamaremos muerta. ¿Hay algo que parezca que se puede añadir a este prodigio? Y, sin embargo, se añade. Pues si no agregaras agua, sino aceite, que es más bien combustible del fuego, no hierve por perfusión o infusión alguna del mismo^[16]. Este prodigio, si lo leyéramos u oyéramos sobre alguna piedra de la India y no pudiera llegar a nuestra experimentación, sin duda lo consideraríamos una mentira o, ciertamente, nos asombraríamos enormemente. Pero aquellos fenómenos, de los cuales se presentan cada día ejemplos ante nuestros ojos, pierden su valor, no por su carácter menos admirable, sino por su propia frecuencia, de tal modo que dejaríamos de admirar algunos fenómenos originarios de la mismísima India, que es una parte del mundo alejada de nosotros, que pudieron sernos presentados para nuestra admiración.

Muchos entre nosotros poseen la piedra del diamante y, sobre todo, los orfebres y los joyeros, de la que se dice que no puede ser quebrada ni por el hierro, ni por el fuego, ni por ninguna otra fuerza, excepto por la sangre de cabra^[17]. Pero quienes la poseen y la conocen ¿acaso se asombran como aquellos a los que se muestra por primera vez su dureza? Pero a quienes no se les muestra tal vez tampoco lo creen; o, si lo creen, se admiran de lo que no tienen experiencia; y si se da el caso de que lo experimentan, de momento, sin duda, se asombran de algo insólito, pero la asiduidad de la experiencia poco a poco reduce el estímulo de la admiración. Sabemos que la piedra de la magnetita posee una asombrosa capacidad de atraer al hierro, cosa que cuando observé por primera vez me sentí profundamente sobrecogido^[18]. Observaba ciertamente que un anillo de hierro era atraído por la magnetita y quedaba suspendido; después, como si le hubiera entregado y comunicado su fuerza al hierro, que lo había atraído, el mismo anillo se acercó a otro y lo dejó suspendido, y como aquel primero a la piedra así el segundo anillo se unía al primero; se añade del mismo modo un tercero, se añade también un

cuarto; y ya pendía una especie de cadena de anillos no unidos internamente entre sí en círculos entrelazados, sino adheridos externamente. ¿Quién no quedaría estupefacto ante esta propiedad de la piedra que no solo estaba presente en ella, sino también pasaba a través de tantos anillos suspendidos y los ligaba a ella con vínculos ocultos? Pero resulta mucho más asombroso lo que supe acerca de esta piedra por mi hermano y colega en el episcopado, Severo de Milevi^[19]. En efecto, me contó que él personalmente vio cómo Batanario, entonces cómite de África^[20], estando el obispo invitado a comer en su casa, tomó la misma piedra, la sostuvo bajo plata y colocó hierro sobre la plata. Después, como movía por debajo la mano con la que sostenía la piedra, así el hierro se movía por encima, y no viéndose afectada en nada la plata de en medio, la piedra debajo era arrastrada por el hombre con rapidísimo ir y venir, el hierro encima era arrastrado por la piedra. He relatado lo que él observó personalmente, he contado lo que oí decir a aquel a quien creí como si yo mismo lo hubiera visto. Podría añadir también lo que he leído sobre esta magnetita. Cuando se coloca junto a ella un diamante, no atrae al hierro, y si ya lo había atraído, en el momento en que se le aproxima, lo suelta de inmediato^[21]. La India envía estas piedras, pero si nosotros dejamos de admirarlas por ser ya conocidas, cuánto más aquellos de quienes proceden si las tienen a su disposición más fácilmente. Tal vez las tienen como nosotros la cal, de la que no nos admiramos cuando hierve de un modo asombroso con el agua, con la que suele extinguirse el fuego, y no hierve con el aceite, con el que suele encenderse el fuego, porque se halla ante nuestra vista.

5

Sin embargo, los infieles que, cuando proclamamos los milagros divinos pasados o venideros que no podemos mostrarles para que los conozcan por experiencia, nos reclaman una explicación de los mismos que, dado que no podemos darla (pues exceden las capacidades de la mente humana), consideran que son falsos los hechos que narramos, deben dar una explicación ellos mismos de tantos fenómenos asombrosos que, o bien podemos ver, o vemos. Y si se dieran cuenta de que no pueden ser realizados por el ser humano, deben reconocer que porque no pueda darse explicación de ello, no por dicho motivo no ha existido o no va a existir un fenómeno determinado, puesto que esos son de los que no se puede dar igualmente. En consecuencia,

no voy a realizar un recorrido por los muchos fenómenos que han sido puestos por escrito, no por los acontecidos y concluidos, sino por los que perduran en todos los lugares; y si alguien quisiera ir allí y pudiera, investigará si son ciertos. Traigo, en cambio, a la memoria unos pocos^[22]. Cuentan que una sal de Agrigento, de Sicilia, al ser aproximada al fuego, se disuelve como en el agua; pero cuando se acerca a la propia agua, crepita como en el fuego^[23]. Entre los garamantes hay una fuente tan fría por el día que no se puede beber, tan ardiente por la noche que no se puede tocar^[24]. En el Epiro hay otra fuente en la cual las antorchas encendidas se apagan como en las demás, pero las apagadas se encienden, no como en las demás^[25]. La piedra de asbesto de Acadia se llama así porque una vez encendida ya no puede apagarse^[26]. La madera de cierta higuera de Egipto no flota en el agua como las demás maderas, sino que se sumerge y, lo que es más asombroso, tras haber estado un tiempo en las profundidades, de ahí emerge de nuevo a la superficie del agua, cuando debió aumentar de peso al estar impregnada de líquido^[27]. En la tierra de Sodoma nacen frutos ciertamente y alcanzan la apariencia de madurez; pero cuando se prueban por el mordisco o la presión se desvanecen en humo y ceniza al abrirse la corteza^[28]. La piedra de piritas de Persia, si se oprime con fuerza, quema la mano del que la sujeta, por lo cual recibe su nombre del fuego^[29]. En la misma Persia se origina también la piedra selenita cuyo brillo interior crece y disminuye con la luna^[30]. En Capadocia también las yeguas son fecundadas por el viento y las mismas crías no viven más de tres años^[31]. Tilo, isla de la India, es preferible a las restantes tierras porque todo árbol que se origina en ella nunca es despojado del revestimiento de sus hojas^[32].

Sobre estos y otros innumerables prodigios que consigna la historia, no de los hechos pasados y transcurridos, sino de los lugares que perduran —resulta en cambio excesivamente largo para mí, que estoy tratando otra cuestión, investigarlos—, proporcionen una explicación, si son capaces, esos infieles que no quieren creer en las escrituras divinas, y que no creen que estas sean divinas por ningún otro motivo sino porque contienen hechos increíbles, como aquello de lo que ahora tratamos. Efectivamente, ningún pensamiento racional admite, dicen, que la carne arda y no se consuma, que sienta dolor y que no muera. Grandes razonadores evidentemente, que podrían dar una explicación de todos los fenómenos de los que se tiene constancia de que son admirables. Por consiguiente, denla de aquellos de los cuales expusimos unos pocos que, sin duda, si no supiesen que existen y dijésemos que iban a suceder, creerían mucho menos que sucederán en alguna ocasión de lo que

ahora no quieren creer al decírselo nosotros. En efecto, ¿quién de aquellos nos creería si, como decimos que permanecerán con vida los cuerpos de los seres humanos que están destinados a arder y a sentir dolor para siempre y, sin embargo, no habrán de morir alguna vez, de igual modo dijésemos que en un tiempo futuro va a existir una sal a la que el fuego hace disolverse como en el agua y el agua hiciera a esta misma crepitar como en el fuego, o que va a existir una fuente cuya agua en el frescor de la noche hierva de tal modo que no pueda tocarse, pero en el calor del día esté tan fría que no pueda beberse; o que va a existir una piedra, o bien que queme con su calor la mano del que la aprieta, o bien que una vez encendida del modo que sea no pueda en absoluto apagarse y los restantes prodigios que, omitidos otros innumerables, introduje entretanto para que fueran recordados? Por consiguiente, si dijésemos que estos prodigios se van a producir en aquel tiempo que ha de venir y los incrédulos nos respondiesen: «Si queréis que los creamos, dadnos una explicación de cada uno de ellos», nosotros reconoceríamos que no podemos porque la débil capacidad de raciocinio de los mortales sería superada por estas y otras similares obras admirables de Dios. Sin embargo, entre nosotros existe una explicación sólida, que el Omnipotente no actúa sin explicación, de donde el débil espíritu humano no puede dar explicación; y, ciertamente, en muchos asuntos es incierto para nosotros qué quiere, y que, sin embargo, aquello es segurísimo: que para él no es imposible nada de aquello que desee; y nosotros creemos en él cuando anuncia sus predicciones, del que no podemos creer ni que no pueda ni que mienta. Sin embargo, estos reprensos de la fe y revisores de la razón ¿qué responderán ante estos fenómenos de los cuales el ser humano no puede dar una explicación y, sin embargo, existen y parecen ser contrarios a la propia razón de la naturaleza? Si dijésemos que estos van a suceder, igualmente se nos exigiría una explicación por parte de los infieles, como de aquellos que aseguramos que van a suceder. Y, por este motivo, puesto que en tales obras de Dios falla la razón del corazón y de la argumentación humana, así como esas no por esto dejan de existir, igualmente, no por esto aquellas no habrán de existir, porque la explicación de unas y otras no puede ser dada por el ser humano.

Estos tal vez podrían responder: «Ni esos existen en absoluto ni creemos en ellos; falso es lo que se dice de ellos, falso lo que está escrito» y añaden alegando el siguiente argumento: «Si han de creerse tales fenómenos, creed también vosotros lo que es referido en esos mismos escritos: que existió o existe cierto templo de Venus, y allí un candelabro, y en él una lamparilla bajo la divinidad que ardía de tal modo que ninguna tempestad, ninguna lluvia podía apagarla, de ahí que esta fue denominada como aquella piedra, λύjvoς φοβεστος, es decir, lamparilla inextinguible»^[33]. Podrán realizar esa objeción para ponernos en el aprieto de dar una respuesta, ya que, si dijésemos que no debe creerse, invalidaríamos los testimonios escritos de los milagros; pero, si concediéramos que debe creerse, reafirmaríamos las divinidades de los paganos. Pero nosotros, como ya expuse en el libro decimoctavo de esta obra^[34], no consideramos necesario creer todo lo que contiene la historia de los gentiles, dado que incluso los propios historiadores, como dice Varrón, disienten entre sí en muchas cuestiones como de forma deliberada y a propósito; pero si queremos, creemos aquellos hechos que no contradicen los libros en los que no dudamos que conviene que creamos. Pero respecto a aquellos lugares de los milagros, para aquellos hechos de los que queremos convencer a los incrédulos de que van a suceder, bástenos los que también podemos poner nosotros a prueba, y de ellos no resulta difícil encontrar testimonios apropiados. Por otra parte, respecto a ese templo de Venus y la lamparilla inextinguible no solo no nos vemos puestos en ningún aprieto, sino que incluso se nos abre un extenso terreno. En efecto, añadimos a esta lamparilla inextinguible muchos prodigios de las artes humanas y mágicas, es decir, de las artes demoniacas por medio de seres humanos y de los propios demonios por sí mismos. Si quisiéramos negarlas, contradiríamos esa misma verdad de las escrituras sagradas en la que creemos. Por consiguiente, o en aquella lamparilla la técnica humana fabricó algo con piedra de asbesto, o por medio del arte mágica se propició que los seres humanos sintiesen admiración en aquel templo, o algún demonio se apareció bajo el nombre de Venus con tanta eficacia que este prodigio se presentase allí ante los seres humanos y permaneciese durante largo tiempo. Por otra parte, los demonios son atraídos para habitar en medio de las criaturas a las que no crearon ellos mismos, sino Dios, mediante deleites diversos según su diversidad, no como los animales con la comida, sino como el espíritu por medio de signos que concuerdan con el deleite de cada uno, mediante varios géneros de piedras, plantas, maderas, animales, cánticos y ritos. Pero con el fin de ser atraídos por los seres humanos, en primer lugar ellos mismos los

seducen con taimadísima astucia, o insuflando en sus corazones un veneno oculto, o mediante la apariencia de falsísima amistad, hacen a unos pocos de ellos discípulos suyos y maestros de muchos. Y, en efecto, no pudo, sino enseñándoles ellos mismos primero, aprender qué desea cada uno de aquellos, qué aborrece, con qué palabra se le invita, con cuál se le obliga. De ahí surgieron las artes mágicas y sus artífices. Pero, sobre todo, poseen los corazones de los mortales, posesión de la cual se vanaglorian especialmente cuando se transfiguran en ángeles de luz^[35]. Por consiguiente, hay muchísimas obras tuyas que, cuanto más asombrosas las reconozcamos, con tanta mayor cautela debemos evitarlas; pero para la cuestión de la que ahora tratamos incluso ellas mismas nos resultan provechosas. En efecto, si estas las pueden realizar los demonios inmundos, cuánto más poderosos son los ángeles santos, cuánto más poderoso que todos ellos es Dios, que hizo también a los ángeles, hacedores de tantos hechos asombrosos.

Por lo cual, si tantos y tan grandes hechos milagrosos que llaman *μηχανόματα*, son realizados sirviéndose las artes humanas de la criatura de Dios, de manera que quienes no lo saben opinan que estas son divinas (de donde resultó que en cierto templo, colocadas piedras magnéticas en el suelo y en la bóveda en proporción a su tamaño, quedaba suspendida en el aire una estatua de hierro en medio, entre una y otra piedra, como por voluntad divina, para quienes ignoraban qué había encima y debajo. Como ya dijimos^[36] que también en aquella lamparilla de Venus pudo hacerse algo de piedra de asbesto por parte de un artesano); si las obras de los magos, a los que nuestra escritura llama hechiceros y encantadores, pudieron ensalzar a los demonios hasta tal punto que a un ilustre poeta le pareciera estar de acuerdo con el sentir de los seres humanos diciendo de cierta mujer que poseía gran poder en tales artes:

Esta promete liberar con sus cánticos las mentes
que desea, pero a otras les infunde graves preocupaciones,
detener el agua de los ríos y hacer girar a los astros en sentido
contrario;
provocar a los manes nocturnos, verás mugir
la tierra bajo sus pies y descender los olmos de los montes^[37]:

cuánto más poder tiene Dios de hacer prodigios que son increíbles para los infieles, pero fáciles para su poder; porque él mismo creó el poder de las piedras y de otros objetos, y las inteligencias de los seres humanos que se

sirven de ellas de formas asombrosas, y las naturalezas angélicas, más poderosas que todos los seres vivos terrestres, con su admirable virtud que vence todos los fenómenos admirables y con su sabiduría en obrar, ordenar y permitir, sirviéndose de todos ellos tan admirablemente como los creó.

7

Por consiguiente, ¿por qué no podría Dios hacer que resuciten los cuerpos de los muertos y que los cuerpos de los condenados sean atormentados en el fuego eterno, quien creó el mundo lleno de innumerables maravillas en el cielo y la tierra, en el aire y en las aguas, si el propio mundo es, sin lugar a dudas, una maravilla más grande y sobresaliente que todas aquellas de las que está lleno? Pero esos, con quienes o contra quienes discutimos, que también creen que Dios es por quien el mundo fue creado, y que por él fueron creados los dioses por medio de los cuales él administra el mundo, o bien no niegan o, aún más, incluso ensalzan poderes mundanos obradores de maravillas, ya espontáneas, ya obtenidas mediante algún culto o rito, ya también mágicas, cuando a ellos les exponemos un poder admirable de otros seres que ni son animales racionales, ni espíritus dotados de raciocinio alguno, como son aquellos de los que recordamos unos pocos, suelen responder: «Ese es un poder de la naturaleza, su naturaleza se desenvuelve así, esas son las propiedades de las naturalezas». Así pues, toda la explicación de por qué la llama hace disolverse la sal de Agrigento y el agua crepitar es porque esta es su naturaleza. En cambio, parece que esto es más bien contrario a la naturaleza, que no concedió al fuego, sino al agua, disolver la sal, pero quemarla al fuego, no al agua. Pero esta, responden, es la cualidad natural de esta sal, que le suceda lo contrario que a las restantes. Por consiguiente, esta explicación se ofrece también respecto a aquella fuente de los garamantes, donde una sola vena está fría por el día y hierve por la noche, siendo ambas características molestas para quienes la tocan; esta también respecto a aquella otra que aun siendo fría para los que la tocan y que, como las demás fuentes, apaga una antorcha encendida, sin embargo de distinto modo y de forma asombrosa ella misma la enciende apagada; esta también respecto a la piedra de asbesto que, aunque no tenga fuego propio alguno, sin embargo, recibido el ajeno, arde de tal modo que no puede ser apagada; esta también de los restantes fenómenos que resulta tedioso reiterar, en los cuales, aunque parezca

existir una cualidad insólita contraria a la naturaleza, sin embargo, no se da otra explicación de ellos sino la afirmación de que esta es su naturaleza. Breve es, sin duda, esa explicación, lo reconozco, y la réplica suficiente. Pero si Dios es autor de todas las naturalezas, ¿por qué no quieren que nosotros ofrezcamos una explicación más sólida, cuando no quieren creer algo como imposible, y les respondemos cuando exigen que se les dé una explicación que esta es la voluntad de Dios omnipotente? Este es llamado omnipotente no por otra razón sino porque puede todo lo que quiere, que pudo crear tantas maravillas que, si no estuvieran ante la vista o contadas hoy por testigos dignos de crédito, sin duda se considerarían imposibles, no solo las que incluí, desconocidísimas entre nosotros, sino también las conocidísimas. En efecto, aquellas que [entre nosotros] no tienen un testigo, a excepción de aquellos cuyos libros sobre estas cuestiones hemos leído, y han sido puestas por escrito por aquellos que no son eruditos por voluntad divina y pudieron tal vez ser engañados conforme a su naturaleza humana, le es lícito a cada cual no creerlas sin que incurran en una justa reprensión.

En consecuencia, no yo quiero que se crean irreflexivamente todos los fenómenos que he incluido, porque ni yo mismo los creo de tal manera como si sobre ellos no existiera ninguna duda en mi pensamiento, exceptuados aquellos que yo mismo he experimentado y resulta sencillo experimentar a cualquiera; como la cal, que hierve en el agua, en aceite permanece fría; la piedra magnética, que no sé por qué atracción imperceptible no mueve la paja y arrastra el hierro; la carne de pavo que no se pudre, cuando se pudrió incluso la de Platón; la paja, que conserva tan bien el frío que no deja derretirse a la nieve, con tal poder calorífico que hace madurar la fruta; sobre el fuego resplandeciente, que, según su resplandor, al cocer las piedras las hace candentes, o contra su propio fulgor ennegrece muchos objetos al quemarlos^[38]. Semejante es también el que del aceite reluciente se extiendan manchas negras, igualmente que de la plata blanca se tracen líneas negras, también respecto a los carbones, que encendiendo fuego se transformen en lo contrario, de manera que de maderas hermosísimas se tornen negras, frágiles de duras, y de corruptibles incorruptibles. Yo comparto con muchos el conocimiento de algunos de estos fenómenos, algunos otros con todos y otros muchos que ha resultado prolijo incluir en este libro. Por otra parte, de aquellos que expuse no habiéndolos experimentado, sino leído, aparte de aquella fuente donde se apagan las antorchas encendidas y se encienden las apagadas, y de los frutos de la tierra de Sodoma aparentemente maduros por fuera, por dentro como ceniza, tampoco pude encontrar algunos testigos

fiables de quienes escuchar si eran ciertos. Y no hallé a quienes afirmasen haber visto aquella fuente en el Epiro, sino a quienes conocían una similar en la Galia, no lejos de la ciudad de Gracianópolis^[39]. Por su parte, sobre los frutos de los árboles de Sodoma no solo dan información escritos dignos de crédito, sino también dicen haberlos probado tantos que, por dicho motivo, no podría dudar^[40]. En cambio las restantes las considero de manera que he resuelto que no pueden negarse ni confirmarse; pero las incluí también porque las leí en sus historiadores, contra quienes ahora estamos tratando, a fin de mostrar cuántos fenómenos tales se han dado, y cuántos entre ellos los creen por estar escritos en las obras de sus autores sin dar ninguna explicación, quienes no se dignan a creernos cuando decimos que aquello que trasciende su experiencia y sus sentidos habrá de hacerlo el Dios omnipotente, ni aun si se les ofrece una explicación. ¿Qué explicación, pues, se da de tales fenómenos mejor y más válida sino que cuando se afirma que estos puede realizarlos el Omnipotente, y se dice que va a realizar los que se lee que había predicho allí donde predijo otros muchos que se demuestra que ha realizado? Lo cierto es que él en persona realizará, porque él predijo que iba a realizarlos, fenómenos que se consideran imposibles, quien prometió e hizo que hechos increíbles fueran creídos por gentes incrédulas.

8

Por otra parte, si responden que ellos no creen lo que decimos de los cuerpos humanos, que arderán para siempre y nunca morirán, porque sabemos que la naturaleza de los cuerpos humanos está constituida muy de otro modo, de donde ni se puede dar por ello aquella explicación que se daba de aquellas naturalezas asombrosas, en el sentido de que se pueda afirmar: «Esta es la fuerza natural, esta la naturaleza de este ser». Porque sabemos que esa no es la naturaleza de la carne humana. Tenemos, ciertamente, una respuesta que dar a partir de los escritos sagrados: que, evidentemente, esta misma carne humana fue constituida de un modo antes del pecado, es decir, de manera que nunca pudiera sufrir la muerte, y, en cambio, de otro después del pecado, tal cual se ha dado a conocer en la desgracia de esta mortalidad, de manera que no puede conservar la vida a perpetuidad; por consiguiente, así en la resurrección de los muertos estará constituida de manera diferente de como la conocemos. Pero puesto que no creen en esas escrituras donde se lee qué

clase de ser humano había vivido en el paraíso y en qué medida fue ajeno a la necesidad de la muerte (ciertamente si creyeran en ellas, no trataríamos tan afanosamente con ellos sobre el castigo de los condenados que habrá de producirse): de los escritos de aquellos que fueron los más eruditos entre ellos, debe exponerse algún dato con el que resulte manifiesto que puede suceder que cualquier ser se comporte de distinto modo a como se había manifestado antes en la realidad según la limitación de su naturaleza.

Hay en los libros de Marco Varrón cuyo título es *Sobre el linaje del pueblo romano* un pasaje que, con las mismas palabras con las que allí se lee y citaré aquí, dice: «en el cielo se manifiesta un admirable portento; pues en la famosísima estrella de Venus, que Plauto denomina Vesperúgine^[41], HomeroHéspero^[42], llamándola hermosísima, Cástor^[43] escribe que se manifestó un portento tan extraordinario que cambiaba de color, de magnitud, forma, curso; fenómeno que ni se daba antes así, ni se daría después. Adrasto de Cícico y Dión de Nápoles, ilustres astrónomos, afirmaban que este fenómeno se produjo durante el reinado de Ogiges^[44]». A esto sin duda Varrón, un autor de tanta importancia, no lo llamaría portento si no pareciera que es contrario a la naturaleza. Lo cierto es que afirmamos que todos los portentos son contrarios a la naturaleza, pero no lo son. En efecto, ¿cómo es contrario a la naturaleza lo que sucede por voluntad de Dios, cuando la voluntad de tan gran creador es, sin duda, la naturaleza de cualquier ser creado? Por consiguiente, el portento se produce, no contra la naturaleza, sino contra la naturaleza que es conocida. Por otra parte, ¿quién puede enumerar la multitud de portentos que contiene la historia de los gentiles? Pero ahora pongamos nuestra atención en uno solo que atañe al asunto del que tratamos. ¿Qué ha sido así dispuesto por el autor de la naturaleza del cielo y la tierra como el curso ordenadísimo de los astros? ¿Qué tan fuertemente consolidado por leyes constantes y fijas? Y, sin embargo, cuando lo quiso aquel que gobierna con poder y potestad supremos lo que ha creado, una estrella conocidísima sobre las demás por su magnitud y brillo cambió el color, magnitud, forma, y (lo que es más asombroso) el orden y ley de su curso. Ciertamente, entonces trastocó, si ya entonces hubo algunos, las tablas de los astrónomos, que tienen consignadas por escrito como con un cálculo infalible sobre los movimientos pasados y futuros de los astros, y que siguiendo dichas tablas se atrevieron a afirmar que aquello que sucedió con Lucífero no había sucedido antes ni lo haría después. Nosotros, en cambio, en los libros divinos leemos también que incluso el propio sol se detuvo cuando se lo pidió al Señor Dios un santo varón, Jesús Nave, hasta que la victoria pusiera fin a la

batalla comenzada^[45], y que volvió en el sentido contrario para que se significasen al rey Ezequías^[46] los quince años sumados a su vida también mediante este prodigio añadido a la promesa de Dios. Pero también esos milagros que han sido concedidos a los méritos de los santos, cuando esos creen que han sido realizados, los atribuyen a las artes mágicas. De donde viene aquello que anteriormente recordé que dijo Virgilio:

detener el agua de los ríos y hacer girar a los astros en sentido contrario^[47].

Pues también leímos en las escrituras sagradas que un río se detuvo en su curso superior y continuó fluyendo en el inferior mientras el pueblo de Dios hacía el camino siendo Jesús Nave^[48], citado anteriormente, su guía, y que eso sucedió al pasar el profeta Elías y después su discípulo Eliseo^[49], y hemos recordado que durante el reinado de Ezequiel el astro más grande cambió en un instante su curso en sentido contrario. Pero lo que Varrón escribió sobre Lucífero allí no se dijo que le hubiese sido concedido a ninguna persona que lo hubiese pedido.

Por consiguiente, no levanten para sí los infieles una niebla sobre el conocimiento de las naturalezas, como si no pudiera hacerse algo por voluntad divina en algún aspecto que conocen en su naturaleza por su experiencia humana. Aunque también aquellos mismos fenómenos que son conocidos para todos en la naturaleza de las cosas no serían menos asombrosos y causarían estupefacción si se consideran en su conjunto, si los seres humanos no acostumbrasen a admirar los fenómenos dignos de admiración excepto si son raros. ¿Quién, en efecto, con meditada reflexión no ve en el número incalculable de seres humanos y en tan gran similitud de su naturaleza que, de forma absolutamente admirable, cada uno tiene un rostro, de tal modo que si no fuesen similares entre sí no se distinguiría su especie de los restantes animales, y, a su vez, si no fuesen disímiles entre sí no se distinguirían unos seres humanos de los restantes? Por consiguiente, a los que reconocemos similares, a estos mismos los hallamos disímiles. Pero resulta más admirable la valoración de la disimilitud, puesto que parece que la naturaleza común exige más justamente la semejanza. Y, sin embargo, puesto que los fenómenos que son raros resultan ellos mismos asombrosos, mucho más nos admiramos cuando encontramos dos tan semejantes que nos equivocamos al discernirlos, o siempre, o con frecuencia.

Pero lo que he comentado que puso por escrito Varrón, aunque sea uno de sus historiadores e igualmente eruditísimo, tal vez no creen que haya sucedido en realidad; o porque no duró largo tiempo el otro curso del mismo astro, sino que se volvió al habitual, se inquietan menos con este ejemplo. Por consiguiente, disponen de otro que ahora también podría mostrarse, y pienso que debe bastarles para advertírseles que, como observasen algo en alguna disposición de la naturaleza y la hicieran conocidísima para ellos, no por ello debían imponérsela a Dios, como si no pudiese convertirla y transformarla en otra cosa muy diferente a la que les era conocida^[50]. La tierra de Sodomá no fue ciertamente como es ahora, sino que se extendía con una apariencia semejante a las demás, y ella misma incluso destacaba por su ubérrima fertilidad. Efectivamente, en las escrituras divinas fue comparada al paraíso de Dios. Esta, después de que fue golpeada desde el cielo, como también atestigua la historiografía de aquellos^[51] y ahora es contemplada por los que llegan a aquellos lugares, causa horror por un curioso hollín, y sus frutos encierran una ceniza interior bajo una engañosa capa de maduración. He aquí que no era así, y es así. He aquí que su naturaleza fue transformada por el creador de las naturalezas mediante una mutación admirable en esta horrorosísima divergencia; y lo que sucedió después de tan largo tiempo perdura durante tan largo tiempo.

Por consiguiente, así como no le fue imposible a Dios crear las naturalezas que quiso, igualmente no le es imposible cambiar aquellas que creó en cualquier aspecto que quisiera. De ahí que también prolifere como una selva esa multitud de aquellos hechos asombrosos que denominan monstruos (*monstra*), manifestaciones (*ostenta*), portentos (*portenta*), prodigios (*prodigia*)^[52], que, si quisiera recopilarlos y recordarlos, ¿cuál sería el final de esta obra? Dicen, sin duda, que los monstruos (*monstra*) reciben su nombre de «mostrando», porque muestran algo significándolo, las manifestaciones (*ostenta*) de «manifestando» («*ostendendo*»), los portentos (*portenta*) de «pronosticando» (*portendendo*), es decir, de «presagiando» (*praeostendendo*), y los *prodigia*, porque «hablan hacia adelante» (*porro dicant*), es decir, «predicen el futuro». Pero vean sus adivinos cómo son engañados, ya por ellos, ya por instigación de los espíritus que tienen como ocupación atrapar los espíritus de los seres humanos merecedores de tal castigo en las redes de una curiosidad perniciosa, pero aun así proclaman incluso verdades, o bien al decir muchas cosas alguna vez tropiezan con alguna verdad. Sin embargo, para nosotros esos fenómenos que suceden contra la naturaleza, por así decirlo, y se dice que suceden contra la naturaleza

(según esta costumbre de los seres humanos habló también el apóstol diciendo que el acebuche injertado en el olivo contra la naturaleza se hizo partícipe de la savia del olivo)^[53] y se denominan monstruos (*monstra*), manifestaciones (*ostenta*), portentos (*portenta*), prodigios (*prodigia*), deben mostrar, ostentar o pronosticar y predecir que Dios va a hacer aquello que predijo que él iba a hacer de los cuerpos de los seres humanos, sin que lo impida ningún obstáculo, sin que lo imponga ninguna ley de la naturaleza. Por otra parte, pienso que ya he mostrado suficientemente en el libro anterior cómo lo ha predicho, extrayendo de las escrituras santas, tanto nuevas como viejas, no ciertamente todo lo pertinente a esta cuestión, sino lo que juzgué que era suficiente para esta obra.

9

Consecuentemente, lo que Dios expresó sobre el suplicio sempiterno de los condenados a través de su profeta sucederá, en verdad sucederá: *su gusano no morirá y su fuego no se extinguirá*^[54]. En efecto, para hacer valer esto con más fuerza, también el Señor Jesús, poniendo los miembros que ofenden al ser humano en lugar de aquellos seres humanos a los que alguien ama como a sus miembros de la parte derecha, y prescribiendo que estos sean amputados, dice: *Bueno es para ti entrar manco en la vida en lugar de ir a la gehena conservando las dos manos, al fuego inextinguible donde su gusano no muere y el fuego no se extingue*^[55]. Del mismo modo, respecto al pie: *bueno es para ti entrar cojo en la vida eterna en lugar de ser enviado a la gehena de fuego inextinguible conservando los dos pies, donde su gusano no muere y el fuego no se extingue*^[56]. No de distinta forma dice también sobre el ojo: *bueno es para ti entrar tuerto en el reino de Dios en lugar de ser enviado a la gehena de fuego conservando los dos ojos, donde su gusano no muere y el fuego no se extingue*^[57]. No le produjo contrariedad repetir tres veces las mismas palabras en un solo pasaje. ¿A quién no causa terror esta repetición y una admonición sobre estos castigos tan vehemente por boca divina?

Por otra parte, aquellos que pretenden que uno y otro de estos tormentos, a saber, el fuego y el gusano, pertenecen a los castigos del alma y no a los del cuerpo, sostienen también que se abrasan con el dolor del espíritu, arrepintiéndose tarde e infructuosamente aquellos que habrán sido separados del reino de Dios, y, por ello, afirman que no sin sentido pudo escribirse

fuego en representación de ese dolor abrasador, de donde procede aquello del apóstol: ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso^[58]? También piensan que el gusano debe entenderse del mismo modo. Pues está escrito, dicen: *Como la tiña el vestido y el gusano la madera, así la tristeza atormenta el corazón del hombre*^[59]. Por el contrario, quienes no dudan que en aquel suplicio las penas serán tanto del alma como del cuerpo afirman que el cuerpo será quemado por el fuego, el espíritu será roído de algún modo por el gusano de la tristeza. Aunque esta afirmación resulta más creíble, ya que, ciertamente, es absurdo que allí falte el dolor, o bien del cuerpo, o bien del espíritu, por mi parte, resulta más sencillo afirmar que ambas pertenecen al cuerpo antes que ninguna, y, por ello, en aquellas palabras de la escritura sagrada se omite el dolor del espíritu, puesto que se entiende que es consecuente, aunque no se diga, que al sufrir dolor así el cuerpo el espíritu también será atormentado por una penitencia estéril. Lo cierto es que también se lee en las antiguas escrituras: *el castigo de la carne impía es el fuego y el gusano*^[60]. Pudo decirse más brevemente «el castigo del impío». Por consiguiente, ¿por qué se dijo: *la carne impía*, sino porque una y otra cosa, es decir, el fuego y el gusano, serán el castigo de la carne? O si quiso decir «el castigo de la carne» porque será castigado en el ser humano el haber vivido según la carne (por esto, en efecto, llegará a la segunda muerte, que significó el apóstol diciendo: *En efecto, si vivierais según la carne moriréis*^[61]), elija cada cual el sentido que le plazca, o atribuir el fuego al cuerpo, al espíritu el gusano, esto en sentido propio, aquello en sentido figurado, o una y otra cosa propiamente al cuerpo. Efectivamente, ya discutí antes suficientemente que los animales podían incluso vivir en el fuego, en una combustión sin consunción, en un dolor sin muerte, por un milagro del Creador omnipotentísimo^[62]. Quien niega que esto le es posible ignora de quién procede cualquier fenómeno que causa admiración en todas las naturalezas. En efecto, es el propio Dios, que realizó todos los milagros en este mundo, grandes y pequeños, que hemos recordado, y muchos más incomparablemente que no hemos recordado, y a estos mismos los incluyó en este único mundo como el mayor milagro de todos. Por consiguiente, que cada cual elija uno solo que le plazca de los dos, si considera que el gusano atañe al cuerpo propiamente o al espíritu, llevado el término a un sentido translaticio desde los conceptos físicos a los inmateriales. Por otra parte, cuál de estas interpretaciones es la verdadera la realidad misma lo indicará más expeditivamente, cuando la ciencia de los santos sea tan profunda que la experiencia de conocer aquellos castigos no sea necesaria, sino que aquella sabiduría sola, que entonces será plena y perfecta,

sea suficiente para su conocimiento (en efecto, ahora nuestro conocimiento es parcial, hasta que llegue lo que es perfecto)^[63]; entretanto, sin embargo, en absoluto creamos que aquellos cuerpos van a ser de tal índole que no van a verse afectados por ningún dolor causado por el fuego.

10

Aquí se plantea una cuestión: Si el fuego no será incorpóreo, como es el dolor del espíritu, sino corpóreo, dañino al tacto, para que los cuerpos puedan ser atormentados por él, ¿cómo se hallará en este también el castigo de los espíritus malignos? Lo cierto es que será el mismo fuego, sin duda, el asignado al suplicio de los seres humanos y de los demonios, al decir Cristo: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fue preparado para el Diablo y para sus ángeles*^[64]. A no ser porque los demonios poseen ciertos cuerpos propios, según pareció a hombres eruditos, de ese mismo aire denso y húmedo, cuyo impulso se siente cuando sopla el viento. Y esta clase de elemento, si no puede sufrir nada por el fuego, no quemaría al ser calentado en los baños. En efecto, para que queme, en primer lugar es quemado y lo hace cuando lo sufre. Por otra parte, si alguien asegura que los demonios no poseen cuerpo alguno, ni hay que esforzarse respecto a esta cuestión con una laboriosa investigación, ni debatir en una vehemente disputa. En efecto, ¿por qué no podemos decir que los espíritus incorpóreos, mediante formas, aunque asombrosas, sin embargo auténticas, también pueden ser afligidos por el castigo del fuego corpóreo si los espíritus de los seres humanos, también ellos mismos sin duda incorpóreos, igualmente ahora pudieron ser encerrados en miembros corporales y entonces pudieron ser ligados indisolublemente por los vínculos de sus cuerpos? Por consiguiente, estarán unidos, si no tienen ningún cuerpo, los espíritus de los demonios, o mejor dicho, los espíritus demonios, aunque incorpóreos, a los fuegos corpóreos para ser atormentados, no de manera que los fuegos mismos, a los cuales están unidos, sean avivados por la unión de estos y se conviertan en seres animados que consten de espíritu y cuerpo, sino, como dije, uniéndose de formas asombrosas e inefables, recibiendo el castigo de los fuegos, no dando la vida a los fuegos. Porque también este otro modo por el que los espíritus se unen a los cuerpos y se convierten en seres animados es absolutamente admirable y no puede ser comprendido por el ser humano. Y esto es el propio ser humano.

Podría decir ciertamente que los espíritus van a arder sin ningún cuerpo propio como ardía en los infiernos aquel rico cuando decía: *Soy atormentado en esta llama*^[65], a no ser que considerase una respuesta adecuada que aquella llama fue tal como los ojos que levantó y vio Lázaro, como la lengua a la que deseó que se le vertiera un poco de líquido, como el dedo de Lázaro, al que pidió que se hiciera esto para él, donde, sin embargo, había también almas sin cuerpos. Por consiguiente, también aquella llama incorpórea por la que ardió y aquella gotita que pidió son tal como son las visiones de los que duermen, ya de los que ven en éxtasis realidades incorpóreas que tienen, sin embargo, semejanza a los cuerpos. Pues también el propio ser humano, aunque se halle en tales visiones con el espíritu, no con el cuerpo, sin embargo entonces se ve tan semejante a su cuerpo que no puede distinguir en absoluto. Pero, en cambio, aquella gehena, que también se dice que es un lago de fuego y de azufre^[66], será un fuego corpóreo y atormentará los cuerpos de los condenados, o bien de los seres humanos y los demonios, sólidos los de los seres humanos, aéreos los de los demonios, o bien solo los cuerpos de los seres humanos con los espíritus, pero los espíritus demonios sin cuerpo, unidos sufriendo el castigo, no inspirando vida a los fuegos corpóreos. Lo cierto es que habrá un solo fuego para unos y otros, así como la Verdad dice^[67].

11

Por otra parte, si alguno de aquellos contra los cuales defendemos la ciudad de Dios consideran injusto que por pecados, aun graves, cometidos ciertamente en un pequeño espacio de tiempo, alguien sea condenado mediante un castigo eterno, como si la justicia de alguna ley en alguna ocasión procurase que alguien sea castigado por un periodo de tiempo tan prolongado como el periodo de tiempo que invirtió en el hecho por el que es castigado. Tulio escribe que existen en las leyes ocho géneros de castigos: la multa, la prisión, los azotes, el talión, la ignominia, el exilio, la muerte, la esclavitud^[68]. ¿Cuál de estos está restringido a un breve tiempo según la rapidez de cada delito, de manera que sea castigado con idéntica demora cuanta se tomó al cometerlo, si no es el talión? Este consiste, en efecto, en que cada cual sufra lo que hizo. De donde viene aquello de la ley: *ojo por ojo, diente por diente*^[69]. Pues puede suceder que por la severidad del castigo

alguien pierda el ojo en tan breve tiempo como este mismo se lo quitó al otro por la maldad del delito. Por otra parte, si es proporcional castigar el beso dado a una mujer ajena mediante el látigo, ¿acaso quien lo hizo en un instante de tiempo no es azotado durante un intervalo incomparable de horas, y el deleite de un pequeño placer no es castigado con un dolor prolongado? ¿Qué podemos decir? ¿Acaso se ha de sentenciar a que alguien deba permanecer en la cárcel tanto tiempo cuanto estuvo haciendo aquello por lo que mereció ser apresado, cuando un esclavo que atacó o hirió a su amo con una palabra o golpe, que pasa rapidísimamente, expía penas de años con grilletes justísimamente? Pero ya la multa, la ignominia, el exilio, la esclavitud, cuando a menudo se infligen de tal modo que no se atenúan con ninguna venia, ¿acaso no parecen semejantes a los castigos eternos en relación con la duración de esta vida? Lo cierto es que no pueden ser eternos por lo siguiente: porque tampoco esta vida, que es golpeada con estos, se prolonga hasta la eternidad; y, sin embargo, los delitos que son castigados con penas de larguísima duración son perpetrados en un tiempo brevísimo. Y no ha habido nadie que pensase que los tormentos de los culpables deban acabar tan presto cuan presto es cometido o el homicidio, o el adulterio, o el sacrilegio, o cualquier otro crimen que deba ser medido, no por la longitud de tiempo, sino por la magnitud de la iniquidad e impiedad. Pero quien es castigado con la muerte por algún grave delito, ¿acaso la demora con que se mata, la cual es brevísima, consideran las leyes que es un castigo, y no el hecho de que le aparten para siempre de la sociedad de los vivos? Por otra parte, eliminar de esta ciudad mortal a los seres humanos con el suplicio de la primera muerte equivale a eliminar a los seres humanos de aquella ciudad inmortal con el suplicio de la segunda muerte. En efecto, así como las leyes de esta ciudad no hacen que nadie regrese a ella una vez muerto, así tampoco las de aquella hacen que el condenado a la segunda muerte sea reclamado a la vida eterna. Por consiguiente, ¿cómo es verdadero, alegan, lo que dice vuestro Cristo: *con la medida con que hubieseis medido, con esa se os medirá asimismo a vosotros*^[70], si el pecado temporal se castiga con el suplicio eterno^[71]? Y no prestan atención a que esta medida fue dictada, no a partir del idéntico espacio de tiempo, sino por la alternancia del mal, es decir, que quien hiciese el mal sufriese el mal. Aunque esto puede entenderse con propiedad en la misma materia de la que hablaba el Señor al decir esto, es decir, respecto a los juicios y las condenas. Por lo cual, quien juzga y condena injustamente, si es juzgado y condenado justamente, recibe en la misma medida, aunque no lo mismo que dio. En efecto, actuó con un juicio, con un juicio sufre; aunque

hiciera con una condena lo que es inicuo, soportaría con una condena lo que es justo.

12

Pero el castigo eterno parece duro e injusto para los sentimientos humanos, porque en esa debilidad de los sentidos moribundos falta aquel sentido de la altísima y purísima sabiduría, con el que se podría sentir qué inmenso sacrilegio se cometió en aquella primera transgresión. En efecto, cuanto más disfrutaba el ser humano de Dios, con tanta mayor impiedad abandonó a Dios y se hizo merecedor del mal eterno que aniquiló en sí este bien, que podrá ser eterno. De aquí procede toda la masa condenada del género humano; puesto que el primero que cometió esta falta fue castigado con aquella estirpe suya, que tenía sus raíces en él, de manera que ninguno fuera liberado de este justo y debido suplicio, salvo por la gracia misericordiosa e inmerecida, y así se reparta el género humano, de manera que se muestre en algunos cuál es el valor de la gracia misericordiosa, en los restantes cuál el del justo castigo. Y, en efecto, no se mostraría lo uno y lo otro en todos porque, si todos permanecieran en el castigo de la justa condena, en ninguno se hará visible la gracia misericordiosa; a su vez, si todos fuesen llevados de las tinieblas a la luz, en ninguno se hará visible la verdad del castigo. En esta están muchos más que en aquella, para que así se muestre qué se debe a todos. Y si se les diera a todos, nadie podría censurar justamente la justicia del que castiga. Pero ya que tantos son liberados, hay motivo por el que dar las máximas gracias al don gratuito del liberador.

13

Los platónicos, ciertamente, aunque querrían que no quedase ningún pecado sin castigo, sin embargo piensan que todos los castigos son aplicados para la enmienda, ya los infligidos conforme a las leyes humanas o divinas, ya en esta vida, ya después de la muerte, si o bien aquí se perdona a alguien, o bien se le golpea sin que se enmiende. De ahí procede aquella expresión de

Marón donde, tras haber dicho de los cuerpos terrenos y de los miembros moribundos que las almas:

De ahí temen y desean, sienten dolor y gozo, y los aires no alcanzan, encerradas en las tinieblas y una oscura prisión^[72].

A continuación añade diciendo:

Es más, cuando la vida las ha abandonado en la luz suprema^[73].

(es decir, cuando en el día postrero esta vida las ha abandonado).

Sin embargo —dice— no desaparecerá todo mal para los desventurados, ni de raíz todas las pestes corpóreas, y es inevitable que a duras penas muchos males acumulados durante largo tiempo crezcan de formas asombrosas.

Por consiguiente, son hostigados con castigos, y de sus antiguas culpas sufren suplicios; unas son desplegadas sin fuerzas suspendidas a merced de los vientos, otras bajo un inmenso torbellino purifican su crimen no expiado o son quemadas al fuego^[74].

Quienes esto opinan, pretenden que tras la muerte no existe castigo alguno, excepto los purificadores, para que, puesto que en las tierras los elementos superiores son el agua, el aire, el fuego, a partir de alguno de estos se purifique por medio de penas expiatorias lo que fue contraído por contagio terreno. Lo cierto es que se entiende el aire en aquello que dice: «suspendidas a merced de los vientos», el agua en lo que dice: «bajo un inmenso torbellino», el fuego, por su parte, es expresado por su nombre, cuando dice: «o se les quema al fuego». En cambio, nosotros admitimos que en esta vida mortal ciertamente existen algunos castigos purificadores, no con los que se aflijan aquellos cuya vida, o no se hace mejor, o más bien se hace peor por ello; sino que son purificadores para aquellos que, reprimidos por ellos, se corrigen. Todos los restantes castigos, ya temporales, ya sempiternos, según cada uno debe ser tratado por la divina providencia, son aplicados, o bien por los pecados, ya pasados, ya en los que vive hasta el momento aquel que es golpeado, o bien para ejercitar y proclamar las virtudes por medio de seres humanos o de ángeles, buenos o malos. Pues aunque cada cual soporte algún

mal por la maldad o el error de otro, peca sin duda el ser humano que hace algún mal a alguien, ya por ignorancia, ya por injusticia; pero no peca Dios, que permite que se haga por un juicio justo, aunque oculto. Pero los castigos temporales unos los sufren en esta vida solamente, otros después de la muerte, otros, tanto ahora como entonces, pero, sin embargo, antes de aquel juicio severísimo y definitivo^[75]. Por otra parte, no todos quienes soportan los castigos temporales después de la muerte llegan a los castigos sempiternos, que habrán de producirse después de aquel juicio. Pues ya dijimos anteriormente que a algunos lo que no se les retribuye en este siglo se les retribuye en el futuro^[76], es decir, que no son castigados con el suplicio eterno del siglo futuro.

14

Por otra parte, son rarísimos los que no sufren ningún castigo en esta vida, sino solamente después de ella. Que hubo, sin embargo, algunos que hasta la decrepita senectud no sintieron siquiera una levísima febrícula y pasaron una vida tranquila, nosotros lo sabemos y lo hemos escuchado en persona. Aunque la vida misma de los mortales es toda ella un castigo, porque es toda tentación, como proclaman las escrituras sagradas, donde está escrito: ¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra^[77]? En efecto, no es pequeño castigo la propia ignorancia o impericia, que hasta tal punto se juzga que con razón debe rehuirse que los niños son obligados a aprender algunas artes o las letras por medio de castigos llenos de dolores^[78]; y el aprender mismo, al que son obligados mediante castigos, es tan penoso para aquellos, que muchas veces prefieren soportar los propios castigos por medio de los cuales son impulsados a aprender, antes que aprender. Pero ¿quién no se horrorizaría y elegiría morir si se le propone, o bien sufrir la muerte, o volver a la infancia de nuevo? El hecho de que esta inicie esta luz, no desde la risa, sino desde el llanto, pronostica en cierto modo sin saberlo qué males ha comenzado. Dicen que únicamente Zoroastro rió en el momento de nacer, y aquella risa monstruosa no le pronosticó ningún bien^[79]. Pues se dice que fue el descubridor de las artes mágicas, las cuales ciertamente no pudieron serle de provecho contra sus enemigos ni para la vana felicidad de la vida presente. Lo cierto es que fue vencido en la guerra por Nino, rey de los asirios, siéndolo él de los bactrianos^[80]. En suma, lo que está escrito: *Un pesado yugo sobre*

los hijos de Adán desde el día de la salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura en la madre de todos^[81], hasta tal punto es necesario que se cumpla que los propios niños pequeños, ya liberados por el baño de la regeneración del pecado original, único vínculo por el que eran retenidos, soportando muchos males, algunos también sufren en ocasiones los ataques de los espíritus malignos. Lejos esté ciertamente este sufrimiento de ser un perjuicio para ellos, si terminasen esta vida en aquella edad, incluso agravándose el propio sufrimiento y sacando el alma del cuerpo^[82].

15

Sin embargo, en el pesado yugo que fue colocado sobre los hijos de Adán desde el día de la salida del vientre de su madre hasta el día de la sepultura en la madre de todos, también se halla este asombroso mal, para que seamos moderados y entendamos que esta vida de aquel pecado en exceso abominable que fue cometido en el paraíso se ha hecho para nosotros penosa, y todo lo que se hace con nosotros por la nueva alianza no pertenece sino a la nueva herencia del nuevo siglo, para que, recibida aquí la prenda, consigamos en su momento aquello de lo que esto es la prenda, pero ahora deambulemos en la esperanza y avanzando de día en día mortifiquemos las acciones de la carne por el espíritu^[83]. Efectivamente, *Sabe el Señor quiénes son los suyos*^[84]; y *cuantos son conducidos por el Espíritu de Dios, estos son los hijos de Dios*^[85], pero por la gracia, no por la naturaleza. Pues el único hijo de Dios por naturaleza se hizo hijo del hombre por misericordia hacia nosotros, a fin de que nosotros, hijos del hombre por naturaleza, por mediación suya nos hagamos hijos de Dios por la gracia. Lo cierto es que permaneciendo aquel inmutable asumió de nosotros nuestra naturaleza para asumirnos en ella, y manteniendo su divinidad se hizo partícipe de nuestra debilidad, para que nosotros, transformados a mejor, por la participación en este, inmortal y justo, perdamos la condición de ser pecadores y mortales, y el bien que hizo en nuestra naturaleza lo conservemos colmado del bien supremo en la bondad de su naturaleza. En efecto, como por un solo hombre que pecó caímos en este mal tan grave^[86], así por medio de un solo hombre que hace justicia, y Dios al mismo tiempo, vendremos a aquel bien tan sublime. Y nadie debe confiar en que él pasará de este a aquel, a no ser cuando estuviera allí donde no existirá ninguna tentación; a no ser que mantuviera la paz que busca en los muchos y

diversos combates de aquella guerra en la que la carne siente deseos contra el espíritu, y el espíritu contra la carne^[87]. Por otra parte, esta guerra nunca hubiera existido si la naturaleza humana hubiese persistido por medio del libre arbitrio en la rectitud en la cual fue creada. Pero ahora, la que no quiso siendo feliz tener la paz con Dios, lucha consigo mismo infeliz, y aunque sea este mal deplorable, es mejor, sin embargo, que los primeros de esta vida. Lo cierto es que es mejor combatir con los vicios que ser dominado sin ninguna confrontación. Es mejor, digo, la guerra con la esperanza de la paz eterna que el cautiverio sin ningún pensamiento de liberación. Deseamos también, ciertamente, vernos privados de esta guerra, y para adquirir una paz ordenadísima, donde lo inferior esté sometido a lo superior con firmísima estabilidad, somos inflamados por el fuego del amor divino. Pero —lejos esté— si no hay esperanza alguna de aquel bien tan grande, debimos preferir permanecer en esta molestia de la confrontación a permitir a los vicios la dominación sobre nosotros no resistiendo ante ellos.

16

En verdad es tan grande la misericordia de Dios en los recipientes de misericordia^[88] que dispuso para la gloria que incluso la primera edad del ser humano, es decir, la infancia, que está sometida a la carne sin resistencia alguna, y la segunda, que se denomina niñez, donde todavía la razón no ha afrontado esta lucha, y yace bajo casi todos los deleites viciosos, porque, aunque ya sea capaz de hablar y, por ello, parece que ha superado la infancia, en ella la debilidad de su mente todavía no posee la capacidad de comprender el precepto, si recibiera los sacramentos del Mediador, aunque concluya su vida en estos años, trasladada ciertamente del poder de las tinieblas al reino de Cristo, no solo no sería dispuesta para los castigos eternos, sino que ni siquiera soportaría tras la muerte los tormentos purificatorios. En efecto, basta la sola regeneración espiritual para que tras la muerte no sea un obstáculo lo que la generación carnal conllevó con la muerte. Por otra parte, cuando se ha llegado a la edad que ya comprende el precepto y puede ser sometida al imperio de la ley, debe entablarse y dirigirse una encarnizada guerra contra los vicios, para no verse arrastrado a pecados merecedores de condena. Y si, ciertamente, todavía no se han robustecido por la costumbre de las victorias, son vencidos más fácilmente y ceden; pero si se han acostumbrado a vencer y

a gobernar, son superados con laboriosa dificultad. Y esto no se hace de forma sincera y verdadera, sino por el deleite de la justicia verdadera; y esta se halla en la fe de Cristo. Pues si la ley que ordena está presente, y falta el espíritu que le apoya, creciendo y venciendo el deseo de pecado por esa misma prohibición, se añade también la culpa de la transgresión. En ocasiones, sin duda, vicios evidentes son vencidos por otros vicios ocultos, que se considera que son virtudes, en los cuales reina la soberbia y cierta perniciosa pretensión de autocomplacencia. Por tanto, los vicios deben considerarse vencidos cuando son vencidos por el amor de Dios, que no concede sino Dios mismo, no de ninguna otra forma, sino a través del mediador de Dios y de los seres humanos, el hombre Cristo Jesús^[89], que se hizo partícipe de nuestra mortalidad, para hacernos partícipes de su divinidad. Por otra parte, poquísimos poseen tanta felicidad que no cometen ningún pecado condenable desde el comienzo de la propia adolescencia, ya en acciones ignominiosas, ya en crímenes o en un error de alguna abominable impiedad, sino que reprimen con gran generosidad de espíritu todo lo que les pueda dominar en el deleite carnal. En cambio, muchísimos, recibido el precepto de la ley, tras haber sido vencidos por la prevalencia de los vicios, y tras convertirse en sus transgresores, entonces acuden a la gracia que les socorre, por la que se conviertan en vencedores mediante una penitencia más amarga y una lucha más vehemente, sometida antes a la mente a Dios y antepuesta así a la carne. Por consiguiente, cualquiera que desea escapar a los castigos sempiternos no solo se bautice, sino que también se justifique en Cristo y así, en verdad, pase del Diablo a Cristo. Por otra parte, no crea que vaya a haber castigo purificador alguno con anterioridad a aquel último y aterrador juicio. Sin embargo, no ha de negarse en absoluto que también el propio fuego eterno, según la diversidad de los méritos, aunque será más leve para algunos de los malvados, para otros será más grave, ya varíe la fuerza y ardor del mismo según el castigo digno de cada uno, ya él mismo arda con igual intensidad, pero no se sienta con idéntica molestia.

17

Ahora ya veo que se debe tratar y discutir pacíficamente con nuestros misericordiosos^[90], los cuales no quieren creer que el castigo habrá de ser sempiterno, ya para todos aquellos seres humanos a los que el justísimo juez

juzgó merecedores del suplicio de la gehena, ya para algunos de ellos, sino que consideran que después de los límites de un tiempo determinado según la cantidad de pecado de cada uno, ya más largo, ya más breve, habrán de ser liberados de allí. En esta cuestión, sin duda fue más misericordioso Orígenes^[91], que creyó que incluso el propio Diablo y sus ángeles, después de unos suplicios más graves y prolongados en relación con sus culpas, debían ser arrancados de aquellos tormentos y asociados a los ángeles santos. Pero aquello la iglesia lo reprobó, no sin motivo, por esta y por algunas otras objeciones y, sobre todo, por la felicidad y la desgracia que alternan sin descanso y las interminables idas y venidas en los intervalos establecidos de los siglos desde esta a aquella y desde aquella a esta. Porque incluso lo que parecía misericordioso lo perdió al crear para los santos auténticas desgracias con las que cumplir sus castigos, y falsas felicidades en las cuales no tuviesen el gozo del bien sempiterno verdadero y seguro, es decir, en la certeza y sin temor. Por otra parte, muy de otro modo yerra por un sentimiento humano la misericordia de los que consideran temporales las desgracias de aquellos en aquel juicio, pero la felicidad de todos aquellos que más pronto o más tarde serán liberados eterna. Esta opinión si es buena y verdadera por misericordiosa, tanto mejor será y más verdadera cuanto más misericordiosa. Por consiguiente, extiéndase y profundícese la fuente de esta misericordia hasta liberar a los ángeles condenados, al menos después de muchos y prolongados siglos cuantos se quiera. ¿por qué mana hasta el conjunto de la naturaleza humana y cuando ha llegado a la angélica al punto se seca? No se atreven, sin embargo, a extenderse más allá en su compasión y llegar hasta la liberación del mismo Diablo. Pero si alguien se atreviera, supera evidentemente a estos. Y, sin embargo, se descubre que yerra de forma tanto más monstruosa y perversa contra la palabra recta de Dios cuanto mayor es la clemencia que le parece sentir.

18

Hay incluso algunos de una índole que yo mismo he comprobado en nuestras conversaciones, los cuales, aunque parezcan reverenciar las escrituras santas, deben ser reprobados por sus costumbres, y que defendiendo su causa atribuyen a Dios una misericordia hacia el género humano mucho mayor que estos. Dicen, en efecto, que respecto a los hombres malvados e

infieles fue proclamado por la voluntad divina como verdad que lo merecen, pero que cuando se llegase al juicio, prevalecerá la misericordia. Pues les obsequiará, dicen, Dios en su misericordia por sus plegarias y por la intercesión de sus santos^[92]. En efecto, si rogaban por aquellos cuando los soportaban como enemigos, ¡cuánto más cuando los vean postrados humildes y suplicantes! Y no ha de creerse tampoco, dicen, que los santos van a perder las entrañas de su misericordia, cuando estuvieran llenísimas y perfectísimas de santidad, para que quienes rogaban por sus enemigos, cuando tampoco ellos mismos estaban libres de pecado, no rueguen por sus suplicantes cuando empezaron a no tener ningún pecado^[93]. ¿O acaso Dios no escuchará a estos tantos y tales hijos suyos cuando en su santidad tan grande no encuentre ningún impedimento a su oración? Pero respecto al testimonio del salmo, también aquellos, ciertamente, que admiten que las personas infieles e impías son atormentadas al menos durante largo tiempo, y después serán arrebatadas de todos los males, y especialmente estos afirman que se interpreta en su defensa, donde se lee: *¿Acaso Dios olvidará compadecerse o contendrá en su ira sus conmisericordias?*^[94] Su ira consiste, dicen, en que todos los indignos de la felicidad sempiterna sean castigados con el suplicio sempiterno después de someterlos él mismo a juicio. Pero si permitiera que lo hubiera, ya prolongado, ya alguno en definitiva, sin duda, para que pueda realizarse, contendrá en su ira sus conmisericordias, cosa que el salmo dice que este no va a hacer. Pues no dice: «¿Acaso contendrá largo tiempo en su ira sus conmisericordias?», sino que muestra que este no las contendrá en absoluto.

Por consiguiente, pretenden así que la amenaza del juicio de Dios no sea falsa, aunque no vaya a condenar a nadie, del mismo modo que no podemos llamar falsa su amenaza por la que aseguró que iba a arrasar la ciudad de Nínive^[95]; y, sin embargo, dicen, no se hizo lo que predijo sin ninguna condición. En efecto, no dice: «Nínive será arrasada, si no hicieran penitencia y se corrigieran», pero predijo la futura destrucción de esta ciudad sin añadirse esta condición. Dicha amenaza la consideran veraz porque Dios predijo lo que eran verdaderamente dignos de soportar, aunque él mismo no lo fuera a llevar a cabo. Pues aunque perdonó a los que hicieron penitencia, aducen, evidentemente no ignoraba que iban a hacer penitencia, y, sin embargo, predijo cumplida y precisamente que se iba a producir su destrucción. Por consiguiente, afirman, esto se hallaba en la verdad de la severidad, porque lo merecían, pero no se hallaba en el cómputo de la compasión, que no contuvo en su ira para perdonar a los que le suplicaban aquel castigo con el que había amenazado a los contumaces. Por tanto, si

perdonó entonces, señalan, cuando con su perdón había de entristecer a su santo profeta^[96], ¡cuánto más perdonará entonces a los que le suplican de forma tan digna de lástima, cuando todos sus santos le rogarán que los perdone! Pero lo que ellos mismos sospechan en sus corazones, piensan que las sagradas escrituras lo omitieron por el siguiente motivo, para que muchos se corrijan por el temor a los castigos prolongados o eternos, y haya quienes puedan rogar por aquellos que no se hubieran corregido; y, sin embargo, no opinan que esto se omitiera totalmente en la palabra divina. Pues ¿qué objeto tiene, preguntan, lo que está escrito: *cuánta es la magnitud de tu dulzura, Señor, que ocultaste a los que te temían*^[97], sino que entendamos que tan grande y secreta dulzura de la misericordia divina fue ocultada para infundir temor? Añaden también que el profeta afirmó: *Dios, en efecto, encerró a todos en la falta de fe para mostrar conmiseración por todos*^[98], para significar que nadie será condenado por él. Sin embargo, estos que expresan este sentir tampoco extienden esta opinión suya hasta la liberación o la nula condena del Diablo y sus ángeles; lo cierto es que se conmueven con misericordia humana únicamente respecto a los seres humanos y defienden sobre todo su causa, proporcionando una falsa impunidad a sus costumbres perdidas por medio de una especie de compasión universal de Dios hacia el género humano; pero, por este motivo, superarán en proclamar la misericordia de Dios a aquellos que prometen esta impunidad también al príncipe de los demonios y sus secuaces.

19

Asimismo, hay otros que prometen la liberación del suplicio eterno, no ciertamente a todos los seres humanos propiamente, sino solo a los purificados por el bautismo de Cristo, que se hacen partícipes de su cuerpo, de cualquier modo que vivieran, en cualquier herejía o impiedad, por aquello que dice Jesús: *Este es el pan que descende del cielo para que, si alguien comiera del mismo, no muera. Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Si alguien comiera de este pan, vivirá para siempre*^[99]. Por consiguiente, sostienen, es necesario que estos sean arrancados de la muerte eterna y conducidos en algún momento a la vida eterna.

Igualmente, hay quienes prometen esto no a todos los que poseen el sacramento del bautismo de Cristo y el de su cuerpo, sino solamente a los católicos, aunque vivieran deshonestamente, porque comieron el cuerpo de Cristo, no solo en el sacramento, sino en la realidad misma, establecidos en su propio cuerpo, del cual dice el apóstol: *muchos somos un solo pan, un solo cuerpo*^[100], para que, aunque después hubiesen caído en alguna herejía o incluso en la idolatría de los gentiles, solamente porque tomaron el bautismo de Cristo y comieron el cuerpo de Cristo en el cuerpo de Cristo, es decir, en la iglesia católica, no morirán para siempre, sino que alcanzarán la vida eterna algún día. Y toda aquella impiedad, por muy grande que fuese, no les hará valedores de la eternidad de los castigos, sino de su magnitud y prolongación.

Por otra parte, hay quienes a causa de lo que está escrito: *Quien perseverase hasta el final, este se salvará*^[101], no prometen esto salvo a los que perseveran en la iglesia católica, aun llevando una vida deshonesto en ella, que, evidentemente, deben ser salvados mediante el fuego por el mérito del fundamento, sobre lo cual dice el apóstol: *en efecto, nadie puede poner otro fundamento, excepto aquel que está puesto, que es Cristo Jesús. Pero si alguien edifica sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, se manifestará la obra de cada uno; pues el día la proclamará, porque será revelada en el fuego, y el fuego probará de qué índole es la obra de cada uno. Si perdurara su obra, que edificó sobre él, recibirá recompensa. Pero si su obra ardiera, sufrirá condena; pero él mismo estará a salvo, como si se salvara casi por medio del fuego*^[102]. Por consiguiente, afirman que el cristiano católico de cualquier clase de vida tiene a Cristo como fundamento, fundamento que no tiene ninguna herejía desgajada de la unidad de su cuerpo. Y, por ello, a causa de este fundamento, aunque el cristiano católico fuese de mala vida, como aquel que hubiese edificado encima con madera, heno, paja, piensan que se salvará por el fuego, es decir, será liberado después de los castigos de aquel fuego, fuego por el cual los malvados serán castigados en el último juicio^[103].

He tenido conocimiento también de que algunos piensan que solamente van a arder en la eternidad de aquel suplicio aquellos que olvidaron ofrecer limosnas apropiadas según sus pecados, conforme a las palabras del apóstol Santiago: *pero el juicio será sin misericordia para aquel que no practicó la misericordia*^[104]. Por consiguiente, para quien las ofreció, aunque no cambiase sus costumbres a mejor, sino que ha vivido entre sus propias limosnas de forma abominable y depravada, tendrá un juicio con misericordia, de manera que, o bien no sea golpeado por ninguna condena, o bien sea liberado de aquella condena después de algún tiempo, ya breve, ya prolongado. Por ello, consideran que el propio juez de vivos y muertos no quiso recordar que iba a mencionar otra cosa, sino las limosnas dadas o no dadas, ya a los de su derecha, a quienes había de dar la vida eterna, ya a los de su izquierda, a los que había de condenar al suplicio eterno^[105]. A esto atañe también, dicen, la súplica cotidiana en la oración al Señor: *perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*^[106]. En efecto, quien perdona al que pecó contra él exonerándole del pecado, sin lugar a dudas ofrece una limosna, cosa que el Señor mismo ha recomendado hasta el punto de afirmar: *Si perdonaseis los pecados a los hombres, también vuestro padre os perdonará vuestros pecados; pero si no los perdonaseis a los hombres, tampoco vuestro padre, que está en los cielos, os perdonará a vosotros*^[107]. Por consiguiente, también pertenece a este tipo de limosna que nombra el apóstol Santiago el futuro juicio sin misericordia para aquel que no practicó la misericordia. Y el Señor tampoco dijo, señalan, grandes o pequeños, sino: *vuestro padre os perdonará vuestros pecados si también perdonaseis los pecados a los hombres*. Y por esto piensan también que a aquellos que hubieran vivido perdidamente hasta que concluyan el último día de su vida, por medio de esta oración, se les perdona todos los pecados cada día, fueran de la índole y gravedad que fueran, así como esta misma oración es repetida cada día, si se acuerdan simplemente de guardar este precepto, que cuando les piden el perdón quienes les causaron daño con cualquier pecado, les perdonen de corazón. Cuando haya respondido a todos estos argumentos con la ayuda de Dios, este libro deberá ser concluido.

Pero antes que nada, conviene que se investigue y se sepa por qué la iglesia no ha podido admitir la controversia que promete al Diablo, incluso tras los máximos y más prolongados castigos, la expiación o la indulgencia. En efecto, tantos santos y eruditos en las escrituras sagradas antiguas y nuevas vieron con malos ojos la purificación y la felicidad del reino de los cielos después de suplicios de la índole y magnitud que fueran para los ángeles de cualquier clase y categoría que fueran, sino que vieron más bien que no podía vaciarse de significado ni debilitarse la sentencia divina que el Señor proclamó que iba a pronunciar y expresar en el juicio: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que fue preparado para el Diablo y para sus ángeles*^[108] (así ciertamente muestra que el Diablo y sus ángeles arderán en el fuego eterno); y lo que está escrito en el Apocalipsis: *y el Diablo, que los seducía, fue enviado a una laguna de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*^[109]. Donde allí dice *eterno* aquí dice *por los siglos de los siglos*, palabras con las cuales la escritura sagrada no acostumbra a significar otra cosa sino lo que no tiene final en el tiempo. Por lo cual, no puede encontrarse en absoluto ni una causa distinta, ni más justa y evidente, de que se mantenga fijo e inamovible por la piedad más verdadera que el Diablo y sus ángeles no habrán de tener retorno alguno a la justicia y a la vida de los santos, sino que la escritura, que no engaña a nadie, dice que el Señor no los ha perdonado y, entretanto, fueron condenados previamente por él de tal manera que, tras ser encerrados en las prisiones de las tinieblas infernales^[110], sean entregados para ser reservados y castigados en el último juicio, cuando los reciba el fuego eterno, donde serán atormentados por los siglos de los siglos. Y si es así, ¿cómo podrán ser sustraídos de la eternidad de este castigo, o bien todos, o bien algunos seres humanos después de algún tiempo, y no se debilitará al punto la fe con la que se cree que el suplicio del demonio va a ser sempiterno? En efecto, si o bien todos, o bien algunos de aquellos a los que se les dice: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que fue preparado para el Diablo y para sus ángeles*^[111], no siempre estarán allí, ¿cuál es el motivo para creer que el Diablo y sus ángeles van a estar siempre allí? ¿acaso tal vez la sentencia de Dios que se pronunciará contra los malvados, ángeles y seres humanos, será verdadera respecto a los ángeles, falsa respecto a los seres humanos? Así será exactamente esto, si no va a tener más valor lo que Dios dijo que lo que conjeturan los seres humanos. Ya que no puede suceder, quienes desean estar libres del suplicio sempiterno deben, no argumentar contra Dios, sino más bien obedecer al precepto divino mientras hay tiempo.

A continuación, ¿qué sentido tiene considerar el castigo eterno como un fuego de duración prolongada, y creer en una vida eterna sin fin, cuando Cristo en ese mismo pasaje, en una e idéntica opinión, dijo comprendiendo uno y otro final: *Así irán esos al suplicio eterno, en cambio, los justos a la vida eterna*^[112]? Si ambos finales son eternos, ciertamente debe entenderse que o bien uno y otro son prolongados con un fin, o uno y otro perpetuos sin fin. En efecto, lo uno se halla en correlación con lo otro, de ahí el suplicio eterno, de aquí la vida eterna. Por otro lado, resulta completamente absurdo decir en este único e idéntico sentido: «la vida eterna será sin fin, el suplicio eterno tendrá un fin». De ahí, ya que la vida eterna de los santos será sin fin, también el suplicio eterno sin lugar a dudas no tendrá fin para quienes les toque.

24

Por otra parte, esto también vale contra aquellos que, defendiendo sus causas, intentan ir contra las palabras de Dios aparentemente con una misericordia mayor, de manera que, sin duda, sean verdaderas porque dijo que los seres humanos son merecedores de aquellas penas que iban a soportar, no porque las vayan a soportar. En efecto, dicen, les obsequiará por las plegarias de sus santos, que entonces también rogarán por sus enemigos, tanto más cuanto más santos son precisamente, y su ruego es tanto más eficaz y más digno de los oídos de Dios por no tener ya ningún pecado en absoluto. Por consiguiente, ¿por qué no rogarán con la misma perfectísima santidad y con plegarias purísimas y muy misericordiosas, capaces de conseguirlo todo, también por los ángeles para los cuales fue dispuesto el fuego eterno, a fin de que Dios mitigue su sentencia y la torne a mejor, y a estos los haga ajenos a aquel fuego? ¿Acaso tal vez habrá alguien que presuma que esto también va a suceder, afirmando que asimismo los ángeles santos, al mismo tiempo con los hombres santos, que entonces serán iguales a los ángeles de Dios, rogarán por los ángeles y los seres humanos destinados a la condenación, para que por su misericordia no soporten lo que merecen soportar por la verdad? Lo que nadie de fe recta dijo, nadie lo dirá. Por otra parte, no hay ninguna razón por la que la iglesia no ruegue también por el Diablo y sus ángeles, a la cual Dios como maestro ordenó rogar por sus enemigos. Por consiguiente, esta causa por la que sucede que la iglesia ahora no ruega por los ángeles malos, que sabe que son sus enemigos, es la misma causa por la que sucederá que entonces en

aquel juicio no rogará tampoco por los seres humanos merecedores de ser atormentados por el fuego eterno, aunque sea ya de una santidad perfecta. Efectivamente, ahora ruega por aquellos a los que tiene como enemigos dentro del género humano porque es el tiempo de una penitencia fructífera. Pues ¿por qué ruega sobre todo por aquellos sino *para que Dios les conceda*, como dice el apóstol, *el arrepentimiento y vuelvan en sí de los lazos del Diablo, por el cual son retenidos como cautivos conforme a su voluntad*^[113]? Finalmente, si estuviese tan segura respecto a algunos que incluso supiese quiénes son aquellos que, aunque hasta el momento están establecidos en esta vida, sin embargo, están predestinados a ir al fuego eterno con el Diablo, no rogaría por ellos en la misma medida que no lo haría por el mismo Diablo. Pero ya que no está segura respecto a ninguno, ruega al menos por todos los seres humanos enemigos suyos establecidos en este cuerpo, y, sin embargo, no se le presta oídos en beneficio de todos. En efecto, se le presta oídos en beneficio únicamente de aquellos que, aunque son hostiles a la iglesia, sin embargo están predestinados de manera que a la iglesia se le presta oídos en su beneficio y son hechos hijos de la iglesia. Si algunos, en cambio, van a tener un corazón impenitente hasta la muerte y no se convertirán de enemigos en hijos, ¿acaso ya ruega la iglesia por ellos, es decir, por los espíritus de tales difuntos? ¿Por qué es así, sino porque ya se cuenta en la facción del Diablo a quien, cuando estaba en su cuerpo, no se convirtió a Cristo^[114]?

En consecuencia, el motivo por el cual no se rogará entonces por las personas que han de ser castigadas con el fuego eterno es el mismo motivo de que ni ahora ni entonces se ruegue por los ángeles malos, e igualmente el motivo de que, aun tratándose de seres humanos, sin embargo ya tampoco ahora se ruegue por los difuntos infieles e impíos. Pues la oración de la propia iglesia o de algunas personas piadosas es escuchada por algunos difuntos, pero por aquellos regenerados en Cristo, cuya vida en cuerpo no ha sido hasta tal punto mal llevada que se juzgue que no son dignos de tal misericordia, ni hasta tal punto bien llevada que se halle que no tienen necesidad de tal misericordia, así como una vez producida la resurrección de los muertos no faltarán aquellos a quienes, después de los castigos que soportan los espíritus de los muertos, se les conceda la misericordia, de manera que no sean enviados al fuego eterno. Y, en efecto, tampoco podría afirmarse con seguridad de algunos que no se les absolvería ni en este siglo ni en el futuro si no hubiese algunos a los cuales, aunque no en este, sin embargo sí se les absolvería en el futuro^[115]. Pero como el juez de los vivos y los muertos dijese: *Venid benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para*

vosotros desde la creación del mundo, y a los otros por el contrario: marchad lejos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el Diablo y sus ángeles, y fuesen esos al suplicio eterno, los justos en cambio a la vida eterna^[116], resulta de una pretensión excesiva afirmar que no habrá suplicio eterno para alguno de aquellos que Dios afirmó que irían al suplicio eterno, y por el convencimiento de esa presunción hacer que o bien se desespere también de esta vida, o bien se dude de la eterna.

Por tanto, que nadie interprete el salmo que canta: ¿Acaso Dios olvidará compadecerse o contendrá en su ira sus *conmiseraciones*^[117]?, de manera que piense que la sentencia de Dios sobre los hombres buenos es verdadera, sobre los malos falsa, o de los hombres buenos y de los ángeles malos verdadera, pero de los hombres malos falsa. En efecto, esto que dice el salmo atañe a los recipientes de misericordia y a los hijos de la promisión, a los cuales pertenecía también el propio profeta, que después de haber dicho: ¿Acaso Dios olvidará compadecerse o contendrá en su ira sus *conmiseraciones*^[118]? A continuación añade: *Y dije: Ahora comienzo. Esta es la transformación de la diestra del excelso*^[119]. Explicó ciertamente qué había dicho: ¿Acaso contendrá en su ira sus *conmiseraciones*^[120]? En efecto, la ira de Dios es también esta vida mortal, donde el ser humano se hizo semejante a la vanidad; sus días pasarán como una sombra^[121]. En esta ira, sin embargo, Dios no olvidará mostrar misericordia, haciendo que su sol salga sobre buenos y malos y lloviendo sobre justos e injustos^[122], y así no contiene en su ira sus *conmiseraciones*; y, especialmente, en aquello que expresó este salmo diciendo: *Ahora comienzo. Esta es la transformación de la diestra del Excelso*, puesto que en esta misma desgraciadísima vida, que es la ira de Dios, cambia a mejor los recipientes de misericordia, aunque hasta el momento en la desgracia de esta corrupción permanezca su ira, ya que ni en la misma ira suya contiene sus *conmiseraciones*. Por consiguiente, como se cumpla de este modo la verdad de aquel cántico divino, no es preciso que esta se entienda también en el sentido de que los que no pertenecen a la ciudad de Dios serán castigados con el suplicio sempiterno. Pero a quienes place que esta sentencia se extienda hasta aquellos tormentos de los impíos, entiéndalo al menos de tal manera que, permaneciendo en ellos la ira de Dios, que fue preanunciada en el suplicio eterno, no contenga Dios en esta ira suya sus *conmiseraciones*, y haga que estos sean atormentados, no con una atrocidad tan grande de los castigos de cuanta son merecedores; no de tal manera que, o bien no sufran estos castigos nunca, o acaben en algún momento, sino de manera que los soporten más suaves y más leves de lo que son sus

merecimientos. En efecto, así también permanecerá la ira de Dios y en la misma ira suya no contendrá sus conmisericordias. Esto, porque no me oponga, no por ello lo sostengo.

Por lo demás, a quienes piensan que se dijo más en sentido de amenaza que verazmente: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, e irán esos al suplicio eterno*^[123], y: *serán atormentados por los siglos de los siglos*^[124], y *su gusano no morirá y su fuego no se extinguirá*^[125], y las restantes citas de esta índole, no tanto yo sino la propia escritura divina lo refuta y desmiente total y absolutamente. Lo cierto es que los ninivitas hicieron penitencia en esta vida^[126], fructífera por este motivo, como si sembrasen en este campo en el que Dios quiso que se sembrase con lágrimas, porque después se cosecharía con alegría^[127]. Y, sin embargo, ¿quién negará que en ellos se ha cumplido lo que el Señor predijo, a no ser que preste un poco de atención a cómo Dios no solo abate a los pecadores airado, sino también compadecido? En efecto, los pecadores son abatidos de dos modos, o bien como los habitantes de Sodoma, de manera que los propios seres humanos son castigados por sus pecados, o bien como los ninivitas, de forma que los propios pecados de los seres humanos son destruidos mediante la penitencia. Por consiguiente, se hizo lo que Dios predijo. La Nínive que era mala fue destruida, y fue edificada la buena, que no existía. Pues mientras las murallas y las casas permanecían en pie, la ciudad fue destruida en sus costumbres perdidas^[128]. Y así, aunque el profeta se hubiese entristecido porque no se hizo lo que aquellos hombres temieron que había de venir según él había profetizado^[129], se hizo, sin embargo, lo que había sido predicho sabiéndolo Dios de antemano, porque quien lo había predicho sabía cómo había de cumplirse para mejor.

Por otra parte, para que conozcan estos misericordiosos en sentido perverso a qué se refiere lo que está escrito: *cuánta es la magnitud de tu dulzura, Señor, que ocultaste a los que te temían*^[130], lean lo que sigue: *la culminaste para los que esperan en ti*^[131]. ¿Qué significa *la ocultaste a los que te temían, la culminaste para los que esperan*, sino que para aquellos que, por temor a los castigos, quieren establecer su propia justicia, que está en la ley, no es dulce la justicia de Dios^[132] porque no la conocen? En efecto, no la probaron. Pues esperan en sí mismos, no en él mismo, y, por ello, se les oculta la magnitud de la dulzura de Dios; puesto que, sin duda, temen a Dios, pero con aquel temor servil que no se halla en la caridad, porque la caridad perfecta expulsa afuera el temor^[133]. Por ello, para los que esperan en él culminó su dulzura insuflándoles su caridad para que con casto temor, no aquel al que la caridad expulsa afuera, sino el que permanece por los siglos de

los siglos, cuando se glorían, se gloríen en el Señor^[134]. Lo cierto es que la justicia de Dios es Cristo, *que, como dice el apóstol, fue hecho para nosotros sabiduría de Dios y justicia y santificación y redención, para que, como está escrito, quien se gloria se gloríe en el Señor*^[135]. Esta justicia de Dios, que concede la gracia sin méritos, la ignoran aquellos que quieren constituir su propia justicia, y, por ello, no están sometidos a la justicia de Dios que es Cristo^[136]. En dicha justicia se halla la enorme magnitud de la dulzura de Dios por causa de la cual se dice en el salmo: *probad y ved cuán dulce es el Señor*^[137]. Y, ciertamente, probándola en esta peregrinación, no tomándola hasta la saciedad, sentimos más hambre y más sed de ella, para después saciarnos con ella cuando veamos a este tal y como es^[138], y se cumplirá lo que está escrito: *me saciaré, cuando se manifieste tu gloria*^[139]. Así culmina Cristo la enorme magnitud de su dulzura para los que esperan en él. Y, finalmente, si Dios oculta a quienes le temen esta dulzura suya que ellos conciben, por la cual no va a condenar a los impíos para que, ignorando esto y temiendo ser condenados, vivan rectamente y así puedan ser quienes rueguen por los que no viven rectamente, ¿cómo la culmina para los que esperan en él, puesto que, como sueñan, por esta dulzura no va a condenar a aquellos que esperan en él? Por consiguiente, búsquese aquella dulzura suya que culminó para los que esperan en él, no aquella que creen que culmina para los que le desprecian y blasfeman contra él. En consecuencia, el ser humano en vano busca después de este cuerpo lo que no se preocupó de procurarse en este cuerpo.

Igualmente, aquellas palabras del apóstol: *En efecto, Dios encerró a todos en la falta de fe para mostrar conmisericordia por todos*^[140], no fueron pronunciadas porque no vaya a condenar a nadie, sino que anteriormente queda patente con qué sentido se dijo. Pues al hablar acerca de los judíos que iban a creer, después el apóstol a los gentiles, a los cuales, ya creyentes ciertamente, escribía la carta: *en efecto, así como vosotros, dice, en ocasiones no creísteis en Dios, en cambio ahora habéis alcanzado su misericordia por la incredulidad de aquellos: así también estos ahora no han creído en vuestra misericordia, para alcanzar también ellos mismos la misericordia*^[141]. Después añade de dónde estos se lisonjean en el error y dice: *En efecto, Dios encerró a todos en la falta de fe para mostrar conmisericordia por todos*^[142]. ¿A quiénes llama todos, sino a aquellos de los que hablaba, como diciendo: Y vosotros y aquellos? Dios, en consecuencia, encerró a todos en la falta de fe, tanto a judíos como a gentiles, que supo de antemano y predestinó conformes a la imagen de su hijo^[143], para que, confundidos desde la amargura de su

falta de fe, haciendo penitencia, y convertidos a la dulzura de la misericordia de Dios, llenos de fe clamasen aquello en el salmo: *¡cuánta es la magnitud de tu dulzura, Señor, que ocultaste a los que te temían, pero la culminaste para los que esperan en ti*^[144]!, no en ellos, sino en ti. Así pues, muestra conmiseración por todos los recipientes de misericordia. ¿Qué significa «por todos»? Evidentemente, tanto de aquellos entre los gentiles como de aquellos entre los judíos a los que predestinó, llamó, justificó y glorificó, no condenará a ninguno, no de todos los seres humanos, sino de todos estos.

25

Pero respondamos también no ya a aquellos que no prometen la liberación del fuego eterno solamente al Diablo y a sus ángeles, como tampoco los anteriores, sino que ni siquiera a todos los propios seres humanos, y la prometen únicamente, en cambio, a aquellos que, purificados por el bautismo de Cristo, han sido hechos partícipes de su cuerpo y de su sangre, de cualquier modo que viviesen, en cualquier clase de herejía o impiedad en que se hallasen. Pero a estos los refuta el apóstol diciendo: *por otra parte, son manifiestas las obras de la carne, que son la fornicación, la inmundicia, la lujuria, la servidumbre a los ídolos, la brujería, las enemistades, las rivalidades, las envidias, las animosidades, las disensiones, las herejías, los odios, las ebriedades, los festines y cosas semejantes a estas; respecto a esto os advierto, como os advertí, que quienes cometen tales actos no poseerán el reino de Dios*^[145]. Esta sentencia apostólica ciertamente es falsa si tales personas, liberadas después de cuanto tiempo se quiera, van a poseer el reino de Dios. Pero, puesto que no es falsa, ciertamente no poseerán el reino de Dios. Y si nunca estarán en posesión del reino de Dios, serán mantenidas en el suplicio eterno. Porque no hay un lugar intermedio donde no esté en el suplicio quien no estuviese establecido en aquel reino.

Por lo cual, lo que dice el Señor Jesús: *Este es el pan que descende del cielo para que si alguien comiera del mismo, no muera. Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Si alguien comiera de este pan, vivirá para siempre*^[146], con razón se plantea cómo debe interpretarse. Y, ciertamente, a quienes ahora respondemos les refutan esta interpretación aquellos a los que se debe responder después. Estos, por su parte, son quienes prometen esta liberación, no a todos los que poseen el sacramento del bautismo y del cuerpo

de Cristo, sino solo a los católicos, aunque lleven mala vida, porque, dicen, no solo en el sacramento, sino en la realidad misma, comieron el cuerpo de Cristo, establecidos, evidentemente, en su mismo cuerpo. De dicho cuerpo afirma el apóstol: *un solo pan, un solo cuerpo somos muchos*^[147]. Por consiguiente, quien se halla en la unidad de su cuerpo, es decir, en el ensamblaje de los miembros cristianos, sacramento de cuyo cuerpo los fieles acostumbraron a recibir comulgando desde el altar, ese mismo en verdad debe decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe la sangre de Cristo. Y, por este motivo, los heréticos y los cismáticos, separados de la unidad de este cuerpo, pueden recibir el mismo sacramento, pero no es útil para ellos, sino en realidad incluso pernicioso, porque serán juzgados más severamente en lugar de ser liberados aun tardíamente. Lo cierto es que no se hallan en aquel vínculo de paz que se expresa en aquel sacramento.

Pero, por el contrario, incluso esos que interpretan correctamente que no se debe decir que comen el cuerpo de Cristo quienes no están en el cuerpo de Cristo, no les prometen correctamente la liberación en un momento dado del fuego del suplicio eterno a aquellos que, o bien caen en la herejía, o bien incluso en la superstición de los gentiles desde la unidad de aquel cuerpo. En primer lugar, porque deben tener en cuenta cuán intolerable y desviado en exceso de la sana doctrina resulta que muchos y prácticamente todos los que saliendo de la iglesia católica fundaron herejías impías y se convirtieron en heresiarcas, tengan mejor parte que aquellos que nunca fueron católicos, tras haber caído en sus redes, si el haber sido bautizados en la iglesia católica y recibido originariamente el sacramento del cuerpo de Cristo en el verdadero cuerpo de Cristo hizo que aquellos heresiarcas sean liberados del suplicio sempiterno. Porque peor es, sin duda, el desertor de la fe y el que de desertor se convierte en su debelador que aquel que no ha abandonado lo que nunca ha tenido; después, ya que también el apóstol les hizo frente pronunciando las mismas palabras y, enumeradas aquellas obras de la carne, prediciendo con idéntica verdad: *porque quienes cometen tales actos no poseerán el reino de Dios*^[148].

Por este motivo, ni deben estar seguros en sus costumbres perdidas y condenables aquellos que perseveran hasta el fin ciertamente en una especie de comunión de la iglesia católica, teniendo en cuenta lo que se ha dicho: *Quien perseverase hasta el final, este se salvará*^[149], y por la iniquidad de su vida abandonan la propia justicia de la vida, lo que es para ellos Cristo, ya fornicando, ya perpetrando en su cuerpo otras inmundicias de infamias que el apóstol no quiso expresar, ya disipándose en la vergüenza de la lujuria, ya

cometiendo algún otro acto de aquellos de los que dijo: *porque quienes cometen tales actos no poseerán el reino de Dios*^[150]; y por esto cualesquiera que cometan tales actos no estarán sino en el suplicio sempiterno, porque no podrán estar en el reino de Dios. En efecto, no debe decirse ciertamente que perseverando en estas conductas hasta el final de su vida han perseverado en Cristo hasta el final, porque perseverar en Cristo es perseverar en su fe. Dicha fe, como la define el mismo apóstol: *obra mediante el amor*^[151]; pero *el amor*, como él mismo dice en otro lugar, *no obra el mal*^[152]. Por consiguiente, tampoco debe decirse que estos comen el cuerpo de Cristo, porque tampoco deben computarse entre los miembros de Cristo. En efecto, para omitir otras cuestiones, no pueden ser al mismo tiempo miembros de Cristo y miembros de la prostituta^[153]. Además él mismo dice: *quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él*^[154]. Muestra qué es comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre, no en sacramento, sino en realidad. Pues esto es permanecer en Cristo: que Cristo también permanezca en él. En efecto, dijo esto como si dijese: «quien no permanece en mí y en quien no permanezco, que no diga o piense que come mi cuerpo o bebe mi sangre». En consecuencia, no permanecen en Cristo quienes no son miembros suyos. Por otra parte, no son miembros de Cristo quienes se hacen miembros de la prostituta, a no ser que dejen de ser ese mal mediante la penitencia y vuelvan a este bien mediante la reconciliación.

26

Pero tienen los cristianos católicos, dicen, a Cristo como fundamento, de cuya unidad no se apartaron, aunque sobre este fundamento han edificado cualquier clase de vida pésima, como la madera, el heno, la paja^[155]. Por tanto, la recta fe por la que Cristo es fundamento, aunque con el castigo, puesto que lo que fue edificado sobre él será quemado, sin embargo podrá salvarlos en algún momento de la perpetuidad de aquel fuego. Respóndales brevemente el apóstol Santiago: *Si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras ¿acaso podrá salvarle la fe*^[156]? ¿Y quién es aquel, dicen, del que afirma el apóstol Pablo: *por otra parte, él mismo será salvado, no obstante así, como por medio del fuego*^[157]? Al mismo tiempo, indaguemos quién es ese. Sin embargo, es segurísimo que no es este, para no poner las opiniones de los dos apóstoles en disputa si uno dice: «aunque alguien tuviera malas obras,

se salvará por la fe»; pero el otro: *Si no tiene obras ¿acaso podrá salvarle la fe?*

Por consiguiente, descubriremos quién podría salvarse por el fuego, si antes hemos descubierto qué es tener a Cristo como fundamento. Para lograrlo, reparemos de inmediato en lo que se desprende del mismo símil, nada se antepone en un edificio al fundamento. Así pues, cualquiera que tiene en el corazón a Cristo de tal modo que no le antepone las cosas terrenas y temporales, ni tampoco las que son lícitas y permitidas, tiene como fundamento a Cristo. Pero si las antepone, aunque parezca tener la fe de Cristo, no es, sin embargo, fundamento en él Cristo, al que tales cosas se anteponen. ¡Cuánto más, si despreciando los preceptos salvíficos comete actos ilícitos, se demuestra que no antepuso a Cristo, sino que lo pospuso con su menosprecio, ya en sus mandatos, ya en sus concesiones, mientras eligió colmar su deseo mediante actos ignominiosos contra sus mandatos o concesiones! Por tanto, si algún cristiano ama a una prostituta y uniéndose a ella se hace un solo cuerpo^[158], ya no tiene a Cristo como fundamento. En cambio, si alguien ama a su esposa, si lo hace conforme a Cristo^[159], ¿quién dudaría que tiene a Cristo como fundamento? Pero si lo hace según este siglo, si carnalmente, si en la enfermedad de la concupiscencia, como también los gentiles que ignoran a Dios^[160], también esto lo admite el apóstol por indulgencia, es más, Cristo por medio del apóstol^[161]. Por consiguiente, este también puede tener a Cristo como fundamento. En efecto, si no le antepone tal afecto y deseo, aunque edifique sobre él madera, heno, paja, Cristo es el fundamento, por el cual será salvado por medio del fuego. Lo cierto es que el fuego de la tribulación quemará tales deleites y los amores terrenos, no condenables ciertamente a causa de la unión conyugal^[162]. A este fuego pertenecen las pérdidas de familiares y las calamidades cualesquiera que privan de estos goces. Y por esto, para aquel que lo construyó, este edificio será pernicioso porque no retendrá lo que construyó encima, y será atormentado por la pérdida de aquellos bienes por cuyo disfrute gozaba sin duda. Pero por medio de este fuego será salvado por el mérito del fundamento, porque, aunque le fuera planteado por un perseguidor si prefiere tener esto o a Cristo, no antepondría aquello a Cristo. Mira en las palabras del apóstol a un ser humano edificando sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas: *Quien está sin esposa, dice, piensa en lo que es de Dios, en cómo complacer a Dios*^[163]. Mira a otro edificando sobre madera, heno, paja: *en cambio, quien se ha unido en matrimonio, dice, piensa en lo que es del mundo, en cómo complacer a su esposa*^[164]. La obra de cada uno se pondrá

de manifiesto; en efecto, la proclamará el día (concretamente el día de la tribulación), *porque será revelado, dice, en el fuego*^[165]. (A la misma tribulación la llama fuego, como se lee en otro pasaje: *el horno prueba los recipientes del alfarero y la tentación de la tribulación a los hombres justos*^[166]). Y el fuego probará de qué índole es la obra de cada uno. Si su obra perdurase (en efecto, perdura el hecho de que cada uno piensa en las cosas que son de Dios, en cómo complacer a Dios), *recibirá en pago lo que ha edificado encima* (es decir, recibirá aquello en lo que pensó); *pero si su obra ardiera, sufrirá condena* (porque no tendrá lo que había amado); *pero este mismo se salvará* (porque ninguna tribulación lo desplazó de la estabilidad de su fundamento); *así, sin embargo, como por medio del fuego*^[167] (en efecto, lo que no tuvo sin un amor tentador no lo perdió sin un dolor abrasador). He aquí que, en cuanto a mí me parece, se ha descubierto el fuego que no condenará a ninguno de ellos, sino que a uno lo enriquece, a otro le causa daño, y a ambos pone a prueba.

Por otra parte, si quisiéramos entender en ese pasaje aquel fuego del que dice el Señor a los situados a su izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno*^[168], en el sentido de que se crea que entre ellos están también aquellos que edifican sobre el fundamento madera, heno, paja, y que el mérito del buen fundamento los libere de aquel fuego después de un tiempo según sus malos merecimientos. ¿Qué pensaremos que son los de la derecha, a los que se dirá: *venid, benditos de mi padre, poseed el reino dispuesto para vosotros*^[169], sino aquellos que edificaron sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas? Pero a aquel fuego, del que se ha dicho: *así, sin embargo, por medio del fuego*, si debe entenderse de este modo, deben ser enviados unos y otros, a saber, los de la derecha y los de la izquierda. Lo cierto es que ambos deben ser puestos a prueba por aquel fuego del que se ha dicho: *pues el día lo proclamará, porque será revelado en el fuego y el fuego probará de qué índole es la obra de cada uno*^[170]. Por consiguiente, si el fuego probará a uno y otro de modo que, si su obra perdurase, es decir, no fuera consumida por el fuego, reciba en pago lo que edificó encima, en cambio, si su obra ardiera, sufra condena, sin duda no es este mismo aquel fuego eterno. En efecto, solo serán enviados a aquel en la condena definitiva y eterna los de la izquierda; en cambio, ese pone a prueba a los de la derecha. Pero a unos de aquellos los pone a prueba de tal modo que no abrasa y consume el edificio que hallase que ellos habían edificado sobre Cristo como fundamento; a otros, en cambio, de otro modo, es decir, de forma que arda lo que han edificado encima, y de ahí sufran el castigo, pero se salven, puesto que retuvieron a Cristo

firmeramente colocado como fundamento por su caridad sobresaliente. Pero si se van a salvar, ciertamente permanecerán a la derecha y escucharán con los restantes: *venid, benditos de mi padre, poseed el reino dispuesto para vosotros*, no a la izquierda, donde estarán aquellos que no se salvarán y, por ello, escucharán: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno*^[171]. Lo cierto es que nadie se salvará de aquel fuego, porque todos ellos irán al suplicio eterno, donde su gusano no morirá^[172] y el fuego con el que serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos no se extinguirá^[173].

Después precisamente de esta muerte del cuerpo, hasta que se llegue a aquel día que tras la resurrección de los cuerpos ha de ser el último día de la condena y la remuneración, si se dice que en este intervalo de tiempo los espíritus de los difuntos sufren un fuego de tal clase que no lo sienten aquellos que no tuvieron unas costumbres y amores en la vida de este cuerpo tales que se consuma su madera, paja y heno, y, en cambio, lo sientan otros que portaron consigo edificios de esa clase, y ya allí solamente, ya aquí y allí, ya allí pero no aquí, encuentren un fuego de tribulación transitoria que abraza los de carácter secular, aunque no merecedores de condena, no lo refuto, porque tal vez sea verdad. Lo cierto es que puede pertenecer a esta tribulación también la muerte misma de la carne, que fue concebida desde la perpetración del primer pecado, para que cada uno sienta conforme a su edificio el tiempo que la sigue. También las persecuciones por las que los mártires son coronados y que sufre cualquier cristiano, ponen a prueba ambos edificios como el fuego, y unos los consumen con sus propios constructores si no encuentran en ellos a Cristo como fundamento; otros sin estos mismos, si lo encuentran, porque serán salvados, aunque con su castigo. En cambio, otros no los consumirán porque los hallarán tales que han de permanecer para la eternidad. También se producirá al final del siglo la tribulación en el tiempo del Anticristo, cual nunca hubo antes^[174]. ¡Cuántos edificios habrá entonces, ya de oro ya de heno, sobre el óptimo fundamento, que es Cristo Jesús, para que aquel fuego ponga a prueba a ambos y de unos promueva la felicidad, de otros el castigo, sin embargo no pierda a ninguno de los dos, en quienes los encontrará, a causa de su firme fundamento! Por otra parte, cualquiera que antepone a Cristo, no digo una esposa, de cuyo ayuntamiento de la carne también se sirve para el placer carnal, sino aquellos mismos seres que, ajenos a los deleites de tal clase, son objeto de devoción, amándolos carnalmente según la costumbre humana, no lo tiene como fundamento, y, por ello, no se salvará por el fuego, sino que no se salvará porque no podría estar con el Salvador, que sobre esta cuestión afirma clarísimamente diciendo: *Quien ama*

a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija por encima de mí, no es digno de mí^[175]. Pero quien ama a estos familiares carnalmente, de tal modo que, sin embargo, no los antepone a Cristo el Señor, y prefiere verse privado de estos mismos antes que de Cristo, si fuese llevado a este instante de tentación, se salvará por el fuego, porque es necesario que le abraza el dolor de la pérdida de los mismos tanto cuanto el amor se había afianzado. Finalmente, quien amase a su padre, a su madre, a sus hijos e hijas conforme a Cristo, de modo que vele por ellos para alcanzar su reino y unirse a él, o bien ame en ellos el hecho de que son miembros de Cristo, lejos esté que ese cariño se encuentre en la paja, el heno y la paja para ser consumido, sino que sea adjudicado absolutamente al edificio de oro, de plata y de piedras preciosas. ¿Cómo, en cambio, puede amar más a estos que a Cristo, a los que ama precisamente por Cristo^[176]?

27

Queda responder a quienes afirman que solamente van a arder en el fuego eterno los que descuidan ofrecer limosnas dignas por sus pecados, a causa de aquello que dice el apóstol Santiago: *Pero que haya un juicio sin misericordia para aquel que no practicó la misericordia*^[177]. Por consiguiente, quien la practicó, dicen, aunque no corrigiese sus costumbres perdidas, sino que viviera de manera impía e indigna entre sus limosnas, tendrá un juicio con misericordia, de manera que, o bien no sea condenado en absoluto, o bien sea liberado después de algún tiempo de la condena definitiva. Y no por otra razón piensan que Cristo va a hacer la distinción entre los de la derecha y los de la izquierda a partir únicamente de la preferencia o del desprecio de las limosnas, para enviar a unos al reino y a otros al suplicio eterno. Por otra parte, para opinar que los pecados cotidianos, que no dejan de cometer, cualesquiera y cuantos quiera que sean, pueden serles perdonados por las limosnas, tratan de aplicarse como fiadora y testigo la oración que enseñó el señor mismo. Como no hay ningún día, dicen, en el que esta oración no sea recitada por los cristianos, así no hay ningún pecado cotidiano, cualquiera que sea, que por ella no sea perdonado, cuando decimos: *perdónanos nuestras deudas*, si procuramos practicar lo que sigue: *así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*^[178]. En efecto, afirman, no dice Dios: si perdonaseis los pecados a las personas, vuestro padre os perdonará los

pecadillos cotidianos, sino: *os perdonará*, dice, *vuestros pecados*^[179]. Por consiguiente, cualesquiera o cuantos quiera que sean, aunque sean perpetrados cada día y no se aparte de ellos su vida cambiada a mejor, presuponen que se les pueden perdonar por medio de la limosna del perdón que no se les niega.

Pero está bien que esos aconsejen que deben ofrecerse limosnas dignas según sus pecados, porque si dijese que cualquier limosna puede conseguir la misericordia divina por pecados cotidianos graves y por el hábito de sus crímenes, por grande que sea, para que siguiese este perdón cotidiano, parecería que realizan una afirmación absurda y ridícula. Así, en efecto, se verían obligados a confesar que puede suceder que un hombre riquísimo podría redimir homicidios, adulterios y cualquier acción pecaminosa con diez monedillas cada día empleadas como limosnas. Y si decirlo resulta absurdísimo y dementísimo, ciertamente, si se pregunta qué limosnas son dignas según los pecados, de las cuales también aquel precursor de Cristo decía: *por consiguiente, producid frutos dignos de penitencia*^[180], sin lugar a dudas no se encontrará que las ofrecen aquellos que enfangan su vida hasta la muerte con la perpetración de crímenes cotidianos^[181], en primer lugar porque al arrebatarse bienes ajenos expolian muchos más de los que consideran que, entregando unos pocos a los pobres, satisfacen ellos a Cristo para este propósito, a fin de que, creyendo que ellos le han comprado, o, más bien, le compren cada día la licencia de sus malas acciones, cometan seguros tantos actos condenables. Y si estos por un único crimen repartiesen todos sus bienes a los miembros de Cristo indigentes, si no desistiesen de tales acciones dotados de la caridad que no actúa por error^[182], no podría serles en nada de provecho. Por consiguiente, quien ofrece limosnas dignas por sus pecados que comience a hacerlas antes por sí mismo. En efecto, resulta indigno que no las haga en su beneficio quien las hace en beneficio del prójimo, como escuche al Señor cuando dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*^[183], e igualmente escuche: *compadécete de tu alma complaciendo a Dios*^[184]. El que no ofrece esta limosna a su alma, es decir, el complacer a Dios, ¿cómo puede decirse que ofrece limosnas dignas según sus pecados? En efecto, para este propósito también está escrito aquello: *quien es malvado para sí mismo, ¿para quién será bueno*^[185]? Lo cierto es que las limosnas ayudan a las oraciones, y, ciertamente, se debe prestar atención a lo que leemos: *Hijo, pecaste, no añadas el suplicar una y otra vez por los hechos pasados para que te sean perdonados*^[186]. Por consiguiente, deben ofrecerse limosnas por el siguiente motivo, para que cuando roguemos por los pecados pasados, seamos

escuchados, no para que perseverando en ellos creamos comprar la licencia de hacer el mal por medio de las limosnas.

Por ello, en cambio, el Señor predijo que él tendría en cuenta a los de la derecha las limosnas que hubieran ofrecido, y a los de la izquierda las que no ofrecieron, para mostrar a partir de ello cuánto valen las limosnas para eliminar los pecados anteriores, no para cometerlos impunemente a perpetuidad. Pero no debe decirse que ofrecen tales limosnas quienes no quieren cambiar su vida a mejor desde sus hábitos criminales. Porque también en esto que dice: *cuando no lo hicisteis con uno solo de mis pequeños, conmigo no lo hicisteis*^[187], muestra que estos no lo hacen incluso cuando creen que lo hacen. En efecto, si a un cristiano hambriento le diesen pan en tanto que cristiano, ciertamente no negarían para sí el pan de la justicia que es el mismo Cristo, porque Dios presta atención no a quién se da, sino con qué espíritu se da. Por consiguiente, quien ama a Cristo en el cristiano, le da limosna con ese espíritu con el que se acerca a Cristo, no con el que quiere apartarse de Cristo con impunidad. Efectivamente, tanto más abandona alguien a Cristo cuanto más ama lo que reprueba Cristo. Pues ¿en qué beneficia a alguien el ser bautizado si no se hace justo? ¿acaso quien dijo: *si alguien no fuera renacido del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios*^[188]?, ¿este mismo no dijo también: *si no abundase vuestra justicia por encima de la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*^[189]? ¿Por qué muchos bajo este temor corren a bautizarse, y no sintiendo este temor no muchos procuran hacerse justos? Por consiguiente, así como no llama a su hermano *necio* quien cuando lo dice no se muestra hostil contra su cualidad de hermano, sino contra su pecado (de otro modo sería reo del fuego de la gehena), así, por el contrario, quien da limosna a un cristiano no se la da a un cristiano que no ama en él a Cristo; por otra parte, no ama a Cristo quien rechaza hacerse justo en Cristo. Y, del mismo modo que si alguien fuera sorprendido en este delito de llamar *necio* a su hermano, es decir, si le insultase injustamente no queriendo eliminar su pecado, es poco para él ofrecer limosnas para esta redención, a no ser que también añada el remedio de la reconciliación (pues allí continúa: *por consiguiente, si vas a presentar tu ofrenda ante el altar y allí recordases que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano y volviendo entonces presentarás tu ofrenda*)^[190], así es poco ofrecer cuantas limosnas se quiera por cualquier mala acción y permanecer en la costumbre de las malas acciones.

Pero la oración cotidiana, que enseñó el mismísimo Jesús, de donde también se denomina del Señor, borra ciertamente los pecados cotidianos, cuando se dice cada día: *perdónanos nuestras deudas*, y lo que sigue no solo se dice, sino también se hace: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*^[191]; pero se dice porque se cometen pecados, no para que se cometan porque se dice^[192]. En efecto, por medio de esta el Salvador nos quiso mostrar que, por muy justamente que vivamos en la oscuridad y debilidad de esta vida, no nos faltarán pecados por cuya remisión debamos orar y perdonar a aquellos que pecan contra nosotros, para que también nos perdonen a nosotros. Consecuentemente, el Señor no dice: *si perdonaseis los pecados a los hombres también os perdonará vuestro padre vuestros pecados*^[193], para que confiando en esta oración cometiéramos seguros los pecados cotidianos, ya por la fuerza por la que no temeríamos las leyes de los hombres, ya por la astucia por la que engañaríamos a los propios seres humanos, sino para que, por medio de ella, aprendiéramos a no pensar que estamos sin pecados, aunque fuéramos inmunes a los delitos; así como también a los sacerdotes de la antigua ley Dios les advirtió esto mismo respecto a los sacrificios que ordenó ofrecer a estos, primero por sus pecados^[194], después por los pecados del pueblo. Pues también las propias palabras de tan gran maestro y Señor nuestro deben observarse con atención. En efecto, no dice: «si perdonaseis los pecados a los hombres también os perdonará vuestro padre los pecados, cualesquiera que sean», sino que dice *vuestros pecados*. Lo cierto es que enseñaba la oración cotidiana y se dirigía ciertamente a sus discípulos enteramente justificados. ¿Qué significa, por consiguiente, *vuestros pecados*, sino «pecados sin los cuales tampoco vosotros estaríais», que habéis sido justificados y santificados? Por consiguiente, donde aquellos que por medio de esta oración buscan la oportunidad de perpetrar delitos cada día dicen que el Señor hizo alusión también a los pecados graves, puesto que no dijo: «os perdonará los pequeños», sino *vuestros pecados*, allí nosotros, considerando a quiénes se dirigía y escuchando lo dicho, *vuestros pecados*, no debemos pensar otra cosa sino los pequeños, puesto que los de tales personas ya no eran graves. Sin embargo, ni los graves mismos, de los cuales hay que apartarse absolutamente con un cambio de costumbres a mejor, les son perdonados a los que suplican si no se hace lo que allí se dice: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. En efecto, si los pecados más pequeños, sin los cuales no existe siquiera la vida de los justos, no se perdonan de otro modo, con cuánta más razón los que se hallan involucrados en muchos y grandes delitos, aunque ya

dejen de cometerlos, no alcanzarán ninguna indulgencia si fuesen inflexibles a la hora de perdonar a otros el pecado que hubiera cometido alguno contra ellos, puesto que dice el Señor: *Pero si no perdonaseis a los hombres tampoco os perdonará vuestro padre*^[195]. En efecto, para esto resulta válido el que también el apóstol Santiago indica que el juicio se producirá sin misericordia para el que no practica la misericordia^[196]. Lo cierto es que debe venir a la mente también aquel esclavo al que su señor perdonó una deuda de diez mil talentos que después le ordenó devolver, porque él mismo no se compadeció de un compañero suyo de esclavitud que le debía cien denarios^[197]. Por tanto, en estos que son hijos de la promesa y recipientes de misericordia^[198], tiene validez lo que dice el mismo apóstol añadiendo congruentemente: *por otra parte, la misericordia está exultante ante el juicio*^[199], puesto que también aquellos justos que vivieron con tanta santidad que incluso llegaron a recoger en los tabernáculos eternos a otros que entablaron amistad con ellos con las riquezas deshonestas^[200] para ser tales, son liberados con misericordia por aquel que justifica al impío, tomando en cuenta el favor conforme a la gracia, no conforme a la deuda^[201]. Lo cierto es que en su número se halla el apóstol, que dice: *he alcanzado la misericordia para ser fiel*^[202].

En cambio, respecto a aquellos que son recibidos por los justos en los tabernáculos eternos, se ha de reconocer que no están dotados de tales costumbres que su vida pueda bastar para liberarlos sin la aprobación de los santos, y por esto la misericordia está exultante ante el juicio mucho más en ellos. Y, sin embargo, no debe pensarse que alguien absolutamente malvado, que en absoluto ha cambiado a una vida, ya buena, ya más aceptable, es recibido en los tabernáculos eternos porque se ha mostrado obsequioso con los santos por la opulencia de la iniquidad, es decir, mediante el dinero o las riquezas que habían sido mal adquiridas, o, aunque bien adquiridas, no sin embargo verdaderas, sino aquellas que la iniquidad considera que son riquezas, porque no sabe cuáles son las verdaderas riquezas que poseían en abundancia los que reciben también a otros en los tabernáculos eternos. Por consiguiente, existe cierto modo de vida, ni tan mala que a quienes la viven no les resulte en nada provechoso para alcanzar el reino de los cielos la generosidad de sus limosnas, con las que también se sustenta la pobreza de los justos y se hacen amigos que los acojan en los tabernáculos eternos, ni tan buena que les baste ella misma para adquirir tan gran felicidad, a no ser que alcancen la misericordia por los méritos de aquellos a los que hayan hecho sus amigos (por otra parte, suelo admirarme también de hallar en Virgilio esta

sentencia del Señor, donde dice: *Haced vuestros amigos de la opulencia de la iniquidad, para que ellos mismos también os reciban en los tabernáculos eternos*^[203]; a la cual es también aquella muy similar: *Quien recibe a un profeta bajo el nombre de profeta, recibirá una recompensa de profeta; y quien recibe al justo bajo el nombre de justo recibirá una recompensa de justo*^[204]. Pues al describir el famoso poeta los Campos Elíseos, donde creen que habitan las almas de los bienaventurados, no solo colocó allí a quienes pudieron llegar a aquellas moradas por sus propios méritos, sino que añade diciendo:

Y quienes hicieron que otros les recordasen por sus favores^[205].

Es decir, quienes hicieron favores a otros y que estos les recordasen por dichos favores. En una palabra, como si les dijese lo que se expresa con frecuencia por boca cristiana, cuando alguien con humildad se encomienda a alguno de los santos y dice: «Acuérdate de mí», y hace que esto pueda suceder por sus méritos). Pero resulta difícilísimo hallar y peligrosísimo delimitar cuál es esa medida y cuáles son esos mismos pecados que impiden la llegada al reino de Dios hasta tal punto que, sin embargo, logran la indulgencia por los méritos de los amigos santos. Yo, ciertamente, hasta este momento, a pesar de haberme esforzado en ello, no he sido capaz de llegar a la solución de estos problemas. Y tal vez se ocultan por el siguiente motivo, para que no se aminore nuestro afán de avanzar en la elusión de todos los pecados. Puesto que si se supiera cuáles o de qué índole son las faltas por las cuales, incluso aquellas duraderas y no eliminadas por el avance a una vida mejor, debe buscarse y esperarse la intercesión de los justos, la indolencia humana se ocultaría segura en ellas y no procuraría liberarse de tales enredos mediante el despliegue de virtud alguna, sino que solamente buscaría liberarse por los méritos de otros a los que convirtiese en sus amigos con la generosidad de sus limosnas por la opulencia de la iniquidad. Pero ahora, mientras se ignora la medida de la iniquidad venial, aunque persevere, sin duda se adquiere el afán de progresar a mejor orando y perseverando con mayor celo y no se desprecia el cuidado de hacer amigos santos por la opulencia de la iniquidad.

Pero esa liberación que se produce, ya mediante sus oraciones, sean del tipo que sean, ya mediante la intercesión de los santos, consigue que alguno no sea enviado al fuego, no que, una vez fuera enviado, sea sacado de allí después de un tiempo determinado. Pues también los que piensan que debe

entenderse lo que está escrito de que la buena tierra da el fruto fecundo, una treinta, otra sesenta, otra cien, de tal manera que los santos liberan según la diversidad de sus méritos unos a treinta personas, otros a sesenta, otros a cien^[206], suelen conjeturar que esto sucederá en el día del juicio, no después del día del juicio. Por esta opinión alguien, según se cuenta, al ver a los seres humanos prometiendo la impunidad para sí mismos perversísimamente, porque parece que todos pueden de este modo alcanzar la salvación, respondió con gran sutileza que, preferiblemente, se había de vivir bien para que cada cual se halle entre aquellos que van a interceder por la liberación de otros, para que no resulten tan pocos que al llegar cada uno de ellos rápidamente a su número, ya el treinta, ya el sesenta ya el cien, queden muchos que no puedan ser liberados ya de los castigos por la intercesión de aquellos y se encuentre entre ellos cualquiera que se prometa a sí mismo la esperanza del fruto ajeno con vanísima temeridad. Básteme haber dado esta respuesta a quienes no desprecian la autoridad de las escrituras sagradas que tenemos en común, pero que malinterpretándolas piensan que va a suceder no lo que aquellas dicen, sino lo que ellos mismos desean^[207]. Así pues, una vez dada esta respuesta, concluimos el libro tal como prometimos.

LIBRO XXII

SUMARIO

1. Sobre la condición de los ángeles y de los seres humanos.
2. Sobre la voluntad eterna e inmutable de Dios.
3. Sobre la promesa de la eterna felicidad de los santos y los perpetuos suplicios de los impíos.
4. Contra los sabios del mundo, que piensan que los cuerpos terrenos de los seres humanos no pueden ser transferidos al habitáculo celeste.
5. Sobre la resurrección de la carne, en la que algunos no creen, aunque el mundo lo crea.
6. Que Roma hizo dios a Rómulo, su fundador, amándolo; por su parte, la iglesia amó a Cristo como Dios creyendo.
7. Que el mundo creyera en Cristo fue producto de la virtud divina, no de la persuasión humana.
8. Sobre los milagros que el mundo creyó que fueron realizados en Cristo y que no dejan de realizarse mientras el mundo sigue creyendo en ellos.
9. Que todos los milagros que se realizan por medio de los mártires en nombre de Cristo también aportan el testimonio de la fe por la que los mártires creyeron en Cristo.
10. Con cuanta mayor dignidad se ha de honrar a los mártires, que consiguen muchos logros milagrosos a fin de que se rinda culto al Dios verdadero, que a los demonios, que realizan algunos para instaurar la creencia de que ellos mismos son dioses.
11. Contra los platónicos, que en virtud de los pesos naturales de los elementos argumentan que el cuerpo terreno no puede estar en el cielo.
12. Contra las calumnias de los infieles, con las que se burlan de los cristianos por su creencia en la resurrección de la carne.
13. ¿Acaso los abortos no han de pertenecer a la resurrección si pertenecen al número de los muertos?

14. ¿Acaso los niños pequeños van a resucitar en aquella apariencia corporal que iban a adquirir con el transcurso de la edad?
15. ¿Acaso van a resucitar los cuerpos de todos los muertos a la medida del cuerpo del Señor?
16. ¿De qué índole debe entenderse la hechura de los santos a imagen del hijo de Dios?
17. ¿Acaso los cuerpos de las mujeres van a resucitar y permanecer en su sexo?
18. Sobre el varón perfecto, es decir, Cristo, y sobre su cuerpo, es decir, la iglesia, que es la plenitud del mismo.
19. Todos los defectos del cuerpo, que en esta vida son contrarios a la belleza humana, van a dejar de existir en la resurrección donde, permaneciendo la sustancia natural, su cualidad y cantidad concurrirán en una sola hermosura.
20. En la resurrección de los muertos la naturaleza de los cuerpos será restituida a la integridad desde cualquier lugar, cualesquiera que hayan sido las formas de disolución.
21. Sobre la novedad del cuerpo espiritual en la que se transformará la carne de los santos.
22. Sobre las desgracias y males a los que está expuesto el género humano por el merecimiento de la primera transgresión, y de los cuales nadie es liberado sino por la gracia de Cristo.
23. Sobre aquellos males que, aparte de aquellos que son comunes a buenos y malos, atañen particularmente al esfuerzo de los justos.
24. Sobre los bienes con los que el Creador ha colmado esta vida sometida a la condenación.
25. Sobre la obstinación de algunos que refutan la resurrección de la carne, en la que, como fue predicho, todo el mundo cree.
26. Cómo la definición de Porfirio, por la que piensa que las almas bienaventuradas deben huir de todo cuerpo, es destruida por la opinión del mismísimo Platón, que afirma que el Dios supremo prometió a los dioses que nunca serían despojados de los cuerpos.
27. Sobre las definiciones contrarias de Platón y Porfirio, en las cuales, si uno cediera ante el otro, ninguno se desviaría de la verdad.
28. En qué hubieran podido contribuir Platón o Labeón, o incluso Varrón en favor de la verdadera fe en la resurrección si hubiesen hecho converger sus opiniones en un único sentir.
29. Sobre la cualidad de la visión con la que los santos verán a Dios en el siglo futuro.
30. Sobre la felicidad eterna de la ciudad de Dios, y sobre el sábado perpetuo.

Como prometimos en el libro inmediatamente anterior, este, el último del conjunto de esta obra, contendrá la discusión sobre la eterna felicidad de la ciudad de Dios. Esta recibe el nombre de eternidad, no por la prolongación de su tiempo por muchos siglos, que, sin embargo, debía concluir en algún momento, sino, como está escrito en el Evangelio, *su reino no tendrá fin*^[1], y no como se muestra la apariencia de perpetuidad en ella al desaparecer unos muriendo y al sucederles otros naciendo, como en el árbol que se viste de fronda perenne parece perdurar idéntico verdor mientras, tras deslizarse y caer unas hojas, inmediatamente otras que nacen conservan el aspecto de su sombra, sino que todos los ciudadanos serán en ella inmortales, recibiendo también los seres humanos lo que nunca perdieron los ángeles santos. Esto lo hará Dios, su creador omnipotentísimo. En efecto, lo ha prometido y no puede mentir, y para aquellos a los que dio fe de ello también, ya ha realizado muchas acciones propias, no solo que había prometido, sino también que no había prometido.

Él mismo es, en efecto, quien al principio creó el mundo^[2], lleno de todas las cosas buenas visibles e inteligibles, en el cual no estableció nada mejor que los espíritus, a los cuales dio la inteligencia, hizo hábiles para su contemplación y capaces de abarcarlo, y reunió en una sola sociedad, que llamamos ciudad santa y superior, en la cual el ser en el que se sustentan y son felices es para ellos Dios mismo, como vida y alimento común. Este otorgó a su naturaleza intelectual un libre arbitrio de tal índole que, si quisiera, podría abandonar a Dios, esto es, su felicidad, con una desgracia que habrá de seguir de inmediato. Este, conociendo de antemano que ciertos ángeles, por la arrogancia por la que pretendían bastarse a sí mismos para la vida feliz, se convirtieron en desertores de tan gran bien, no les arrebató esta potestad, juzgando que es más potente y mejor obrar bien a partir de los males que no permitir que existan los males^[3] (que no existirían en absoluto si la naturaleza mutable, aunque instituida buena por el Dios supremo y el bien inmutable que creó todas las cosas buenas, no se lo hubiera hecho a sí misma por su propio pecado. Incluso el testimonio de dicho pecado suyo lleva a la convicción de que ha sido creada buena. En efecto, si ella misma no fuese también un gran bien, aunque no igual al creador, ciertamente la deserción de Dios como de su luz no podría ser su mal^[4], pues así como la ceguera es un defecto del ojo, y este mismo precisamente indica que el ojo ha sido creado para ver la luz, y por este mismo defecto suyo también se muestra que el

órgano que capta la luz es más excelente que los demás órganos —en efecto no por otro motivo sería defecto suyo estar privado de la luz—, así la naturaleza que gozaba de Dios enseña que ella fue creada óptima incluso en el propio vicio por el cual es desgraciada, porque no goza de Dios). Este reprimió la caída voluntaria de los ángeles con el justísimo castigo de la sempiterna infelicidad, y a los restantes, que permanecían en aquel bien supremo, para que estuviesen seguros de su perseverancia sin fin, les concedió, por decirlo de algún modo, el premio de la propia perseverancia. Este hizo también al ser humano mismo recto, con el mismo libre arbitrio, un animal terreno sin duda, pero digno del cielo, si permanece unido a su creador, e, igualmente, de la desgracia que habrá de seguir si le abandonase, tal cual conviniese a una naturaleza semejante (que igualmente sabría de antemano que iba a pecar con la transgresión de la ley de Dios por la deserción de Dios, y no le arrebataría la potestad de libre arbitrio, previendo al mismo tiempo qué bien había de hacer él mismo de su mal). Este, por su gracia, de la estirpe mortal, merecida y justamente condenada, reunió un pueblo tan numeroso que de allí pudiera suplir y renovar la parte de los ángeles que ha caído, y así aquella ciudad amada y excelsa no sufra menoscabo en su número de ciudadanos, e incluso tal vez goce de uno más abundante^[5].

2

En efecto, muchas acciones son realizadas por los malvados contra la voluntad de Dios. Pero aquel posee tan gran sabiduría y tan gran virtud que todo lo que parece contrario a su voluntad se encamina a aquellos desenlaces o finales que supo de antemano él mismo que eran buenos y justos. Y, por este motivo, cuando se dice que Dios cambia la voluntad, de modo que, por ejemplo, se torna iracundo para quienes era amable, cambian ellos y no él, y lo encuentran en cierto modo cambiado en aquellas vicisitudes que sufren, como cambia el sol para los ojos heridos y de algún modo se torna áspero de suave y molesto de agradable. También se llama voluntad de Dios aquella que realiza en los corazones de los que obedecen sus mandatos, de la que afirma el apóstol: *Dios es, en efecto, el que obra en vosotros también el querer*^[6], así como se llama justicia de Dios no solo aquella por la cual él es justo, sino también aquella que realiza en el ser humano al que justifica^[7]. Así también

se denomina su ley a aquella que más bien es de los seres humanos, pero otorgada por él mismo. Pues, ciertamente, eran seres humanos aquellos a los que dice Jesús: *En vuestra ley está escrito*^[8], aunque en otro pasaje leamos: *La ley de su Dios en su corazón*^[9]. Conforme a esta voluntad que Dios obra en los seres humanos también se dice que quiere lo que no quiere él mismo, sino que hace que los suyos lo quieran. Como se dice que conoce lo que hizo que fuera conocido por aquellos que lo ignoraban. Y, en efecto, al decir el apóstol: *Pero ahora conociendo a Dios, mejor dicho, conocidos por Dios*^[10], no es lícito que creamos que Dios había conocido entonces a los que había conocido previamente, antes de la creación del mundo^[11], sino que se dijo que entonces conoce lo que entonces hizo que fuera conocido. Acerca de estas formas de expresión recuerdo que ya se ha discutido en libros anteriores^[12]. Por consiguiente, conforme a esta voluntad por la que decimos que Dios quiere lo que hace que quieran otros, por quienes son ignorados los acontecimientos futuros, quiere muchas cosas y no las hace.

En efecto, sus santos quieren que se realicen muchas acciones inspiradas por él con voluntad santa, pero no se hacen, como cuando suplican por algunos de manera piadosa y santa, y no hace lo que le suplican, aunque él mismo infundiese en ellos por medio de su Espíritu Santo esta voluntad de súplica. Y por esto, cuando los santos quieren y ruegan conforme a Dios que cada uno se salve, podemos decir mediante esta forma de expresión: «Dios quiere y no hace», de manera que afirmemos que quiere él mismo, quien hace que estos quieran. Y conforme a aquella voluntad suya que con su presciencia es sempiterna, sin duda todas las cosas cuantas quiso en el cielo y en la tierra, no solo pasadas o presentes, sino también futuras, ya las hizo. Pero antes que llegue el tiempo en el que quiso que se hiciese lo que supo de antemano y dispuso antes de todos los tiempos, decimos: «Se hará cuando Dios quiera»; pero si no solo ignoramos el tiempo en que va a suceder, sino también si va a suceder, decimos: «Se hará si Dios quiere», no porque Dios vaya a albergar entonces una nueva voluntad que no tuvo, sino porque entonces sucederá aquello que fue dispuesto desde la eternidad en su voluntad inmutable.

3

Por lo cual, para omitir tantas otras muchas cuestiones, como ahora vemos que se cumple en Cristo lo que prometió Abraham cuando dijo: *En tu*

descendencia serán bendecidas todas las naciones^[13], así se cumplirá lo que prometió a su misma descendencia, cuando afirma por medio del profeta: *resucitarán los que estaban en los sepulcros*^[14], y lo que dice: *Habrà un cielo nuevo y una tierra nueva, y no recordarán los anteriores males, ni subirán a su corazón, sino que hallarán la alegría y el júbilo en aquella. He aquí que yo convertiré Jerusalén en regocijo y a mi pueblo en alegría; y me regocijaré en Jerusalén y me alegraré en mi pueblo. Y ya no se oirá más en ella la voz del llanto*^[15], y lo que predijo a través de otro profeta transmitiéndole al mismo profeta: *Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que fuese hallado inscrito en el libro. Y muchos de los que dormían sobre el polvo de la tierra (o, como algunos han traducido, montón*^[16]*) resucitarán: unos para la vida eterna, otros para el oprobio y la confusión eterna*^[17]. Y en otro pasaje por medio del mismo profeta: *recibirán el reino los santos del Altísimo y lo obtendrán por el siglo y por el siglo de los siglos*^[18], y poco después dice: *el reino, su reino sempiterno*^[19]. Y otras profecías que incluí en el libro vigésimo relacionadas con esta cuestión o que no incluí y, sin embargo, han sido recogidas en estas mismas escrituras, estas también llegarán, como llegaron esas que los incrédulos no pensaban que iban a venir. Lo cierto es que el mismo Dios prometió unas y otras, predijo que unas y otras habían de venir, el Dios al que temen las divinidades de los paganos incluso según el testimonio de Porfirio^[20], ilustrísimo filósofo de los paganos.

4

Pero frente al poder de tan gran autoridad, que ha encauzado a todo el género humano hacia esta creencia y esperanza, como predijo tanto tiempo atrás, a algunos hombres ilustrados y sabios, evidentemente, les parece que argumentan con agudeza contra la resurrección de los cuerpos, y alegan lo que menciona Cicerón en el tercer libro de la *República*^[21]. Pues al afirmar que Hércules y Rómulo fueron convertidos de seres humanos en dioses señala: «Sus cuerpos no fueron elevados al cielo. En efecto, la naturaleza no soportaría que aquello que procede de la tierra no permaneciera sino en la tierra». Este es el gran argumento de los sabios, cuyos *pensamientos conoce Dios, porque son vanos*^[22]. De hecho, si fuésemos solamente almas, es decir, espíritus sin ningún cuerpo, y habitando en el cielo no conociésemos a los seres terrenos y se nos dijera que iba a suceder que íbamos a ser unidos

mediante un asombroso vínculo a cuerpos terrenos para darles vida ¿acaso no argumentaríamos con mucha más fuerza rechazando aquella creencia, y afirmaríamos que la naturaleza no soporta que un ser incorpóreo sea atado por una ligadura corpórea? Y, sin embargo, la tierra está llena de almas que vivifican estos miembros terrenos, unidos y conectados a ellas de un modo asombroso. Por consiguiente, ¿por qué, queriéndolo el mismo Dios, que creó este ser vivo, no podría el cuerpo terreno ser elevado a un cuerpo celeste, si el espíritu, más excelente que todo cuerpo y, por ello, incluso que uno celeste, pudo ligarse a un cuerpo terreno? ¿acaso una partícula terrena tan pequeña pudo contener en ella algo mejor que un cuerpo celeste para que tenga sentido y vida, y el cielo rehusará acogerla estando dotada de sentido y de vida, o una vez acogida no podrá sostenerla, dado que sus sentidos y su vida proceden de un ser mejor que cualquier cuerpo celeste? Pero esto no sucede ahora porque todavía no es el tiempo en que quiso que sucediera quien creó esto, que al estar a la vista se ha hecho trivial, mucho más admirable que aquello que esos se niegan a creer. En efecto, ¿por qué no nos admiramos con más fuerza de que los espíritus incorpóreos, más dignos que un cuerpo celeste, sean ligados a cuerpos terrenos de lo que nos admiramos de que los cuerpos, aunque terrenos, sean sublimados a sedes, aunque celestes, sin embargo corpóreas, a no ser porque estamos habituados a verlo y somos esto, pero todavía no somos aquello ni lo hemos visto nunca hasta ahora? Pues ciertamente, tras consultarse la razón juiciosa, se halla que entrelazar de algún modo seres corpóreos a los incorpóreos es propio de una acción divina más admirable que unir cuerpos, aunque diversos, porque aquellos son cuerpos celestes y estos terrestres, y, con todo, un cuerpo a otro cuerpo^[23].

5

Pero esto hubiese sido increíble en otro momento. He aquí que el mundo ya ha creído que el cuerpo terreno de Cristo ha sido elevado al cielo, personas cultas e ignorantes creyeron ya en la resurrección de la carne y la ascensión a las moradas superiores, quedando y sintiendo estupor poquísimos, ya cultos, ya ignorantes. Si creyeron en un hecho creíble, vean cuán necios son quienes no creen; pero si se ha creído en un hecho increíble, incluso esto es sin duda increíble: que así se ha creído lo que es increíble. Por consiguiente, estos dos hechos increíbles, a saber, la resurrección de nuestro cuerpo para la eternidad

y que el mundo fuera a creer un acontecimiento tan increíble, el mismo Dios, antes que sucediera al menos uno de ellos, predijo que ambos iban a suceder^[24]. Uno de los dos hechos increíbles ya lo vemos realizado, que el mundo creyera lo que era increíble. ¿Por qué se desespera de lo que resta, que también llegue aquello que el mundo cree increíble, como ya llegó lo que fue igualmente increíble, que el mundo creyera un hecho tan increíble, puesto que uno y otro hecho increíble, de los cuales uno lo vemos, el otro lo creemos, fue predicho en las mismas escrituras por las que creyó el mundo? Y el mismo modo por el que creyó el mundo, si se analiza, se halla más increíble. Cristo envió con las redes de la fe al mar de este siglo a unos poquísimos pescadores, sin instrucción en las disciplinas liberales y absolutamente incultos en cuanto atañe a las doctrinas de esos, sin formación en gramática, sin las armas de la dialéctica, sin estar inflados de retórica, y así capturó tantos peces de toda especie y tanto más admirables cuanto más raros, incluso a los propios filósofos. A aquellos dos hechos increíbles, si place, porque tiene que placer, añadamos este tercero. Por consiguiente, ya son tres hechos increíbles que, sin embargo, se han llevado a cabo. Increíble es que Cristo haya resucitado en carne y haya ascendido al cielo con carne. Increíble es que el mundo haya creído un acontecimiento tan increíble. Increíble es que hombres de origen humilde, insignificantes, poquísimos, iletrados, hayan podido persuadir de un hecho tan increíble tan eficazmente al mundo, y en él incluso a eruditos. El primero de estos tres hechos increíbles no quieren creerlo esos con quienes tratamos. El segundo se ven obligados incluso a reconocerlo, el cual no hallan de dónde se ha originado si no creen el tercero. La resurrección de Cristo y la ascensión al cielo con la carne en la que resucitó, sin duda, ya es anunciada y creída en todo el mundo; si no es creíble, ¿por qué es creída ya en todo el orbe de la tierra? Si muchos, ilustres, de elevada posición, cultivados, afirmaron que ellos la habían visto y procuraron divulgar lo que vieron, no es admirable que el mundo les haya creído, sino que resulta especialmente duro que esos no quieran creer todavía. Pero si, como es cierto, el mundo creyó a unos pocos, de oscuro linaje, pequeñísimos, incultos, que decían y escribían que ellos la habían presenciado, ¿por qué los pocos obstinadísimos que quedaron no creyeron todavía al propio mundo que ya creía? Este creyó a un pequeño número de hombres de origen humilde, insignificantes, iletrados, porque en tan despreciables testigos la propia divinidad se hizo persuasiva de forma mucho más digna de admiración. Pues las formas de expresión que utilizaban quienes persuadían fueron hechos milagrosos, no palabras. En efecto, quienes no habían visto que Cristo

resucitó en carne y ascendió con ella al cielo, creían a los que relataban que lo habían visto, no solo al hablar, sino también al realizar señales milagrosas. Lo cierto es que a hombres de los que sabían que eran monolingües o, como mucho, bilingües, de repente los escuchaban hablando de forma asombrosa en las lenguas de todas las naciones^[25]. Veían que un cojo desde que su madre le daba de mamar se levantó sano después de cuarenta años a una palabra de estos en el nombre de Cristo^[26], que los paños retirados de sus cuerpos sirvieron para sanar a los enfermos, que innumerables personas que sufrían diversas dolencias, dispuestas en fila sobre la vía por la que iban a pasar para que la sombra de estos caminando pasase sobre ellos, solían recobrar la salud de inmediato^[27], y otros muchos hechos que causan estupor realizados por ellos en el nombre de Cristo. Finalmente, incluso veían que los muertos resucitaban^[28]. Y si admiten que han sido llevados a cabo como se lee, he aquí que añadimos tantos hechos increíbles a aquellos tres increíbles, y con el fin de que se crea uno solo increíble, que se afirma sobre la resurrección de la carne y la ascensión al cielo, reunimos tantos testimonios de muchos hechos increíbles, y todavía no inclinamos a creer a los incrédulos de terrible dureza. Pero si tampoco creen que estos milagros han sido realizados por medio de los apóstoles de Cristo para que se les crea cuando anuncian la resurrección y la ascensión de Cristo, únicamente este gran milagro nos basta, que el orbe de la tierra creyó en ella sin ningún milagro.

6

Traigamos a la memoria en este lugar también el hecho de que Tulio siente asombro ante la creencia en la divinidad de Rómulo. Incluiré sus palabras como están escritas. Dice: «Es más digno de admiración en Rómulo el que el resto de los que se dice que fueron transformados de seres humanos en dioses lo fueron en siglos menos ilustrados de la humanidad, de modo que la razón era más proclive a la invención, viéndose impulsados más fácilmente los ignorantes a creer. Pero descubrimos que la época de Rómulo sucedió hace menos de estos seiscientos años, estando ya arraigadas las letras y la educación, y eliminado todo aquel antiguo error de la vida humana sin cultura». Y poco después sobre el mismo Rómulo dice así en lo que respecta a esta idea: «De ello puede entenderse, afirma, que Homero existió muchísimos años antes que Rómulo, de modo que, siendo ya los hombres cultos y los

propios tiempos eruditos, apenas quedaba algún espacio para la invención. En efecto, la antigüedad admite fábulas, inventadas incluso muchas veces de forma incongruente; en cambio, esta edad ya cultivada, principalmente mediante la burla desdena todo lo que no puede hacerse»^[29]. Uno solo entre el número de los hombres más doctos e igualmente el más elocuente de todos, Marco Tulio Cicerón, dice que la creencia en la divinidad de Rómulo resultó asombrosa porque ya fueron tiempos eruditos que no aceptarían la falsedad de las fábulas. Pero ¿quién creyó dios a Rómulo sino Roma, y esto siendo pequeña e incipiente? Entonces a continuación había sido necesario salvaguardar para los descendientes lo que habían recibido de sus antepasados, a fin de que la ciudad creciera con esta superstición mamada en la leche materna, por así decirlo, y llegase a constituir un imperio tan poderoso que desde su cima, como desde un lugar más elevado, inundase con esta creencia suya también al resto de las naciones a las que dominaba, no ciertamente para que creyesen sino para que afirmaran, sin embargo, que Rómulo era un dios, para no ofender a la ciudad a la que servían en su fundador, llamando a este de un modo distinto que Roma, que había albergado esta creencia, ciertamente, no por amor a este error, sino por el contrario, por el error del amor. En cambio, aunque Cristo sea el fundador de la ciudad celeste y sempiterna, no ha creído, sin embargo, que este fuera Dios por haber sido fundada por él, sino que más bien debe ser fundada porque cree. Roma, ya construida y dedicada, rindió culto a su fundador como a un dios en un templo. Por su parte, esta Jerusalén puso como fundamento de su fe a su fundador, Cristo Dios, para poder ser construida y dedicada. Aquella creyó que aquel era dios amándolo, esta lo amó creyendo que era Dios. Por consiguiente, así como existió un precedente a partir del cual aquella amase y creyese de buen grado una falsa cualidad del ya amado, así también existió un precedente a partir del cual esta creyese, para que con fe recta no amase temerariamente lo que era falso, sino lo que era verdadero. En efecto, exceptuados tantos y tan grandes milagros que persuadieron de que Cristo es Dios, también precedieron profecías divinas dignísimas de fe, que no se cree que hayan de cumplirse en él, como hicieron nuestros padres, sino que se demuestran ya cumplidas. Por otra parte, sobre Rómulo, porque fundó Roma y reinó en ella, se escucha o se lee lo que ha sucedido, no lo que fue profetizado antes de que sucediese. Pero el hecho de que fuera acogido entre los dioses, sus escritos lo mantienen como aceptado, no lo enseñan como acontecido. Lo cierto es que ninguna señal extraordinaria muestra que esto le sucediera en realidad^[30]. Aquella loba, su nodriza, cosa que aparentemente

fue, por decirlo de algún modo, un gran portento, ¿qué categoría o importancia posee para demostrar que es un dios? En efecto, sin duda, aunque aquella loba no fue una prostituta, sino una bestia^[31], aun habiéndola compartido los dos gemelos, sin embargo su hermano no es tenido por un dios. Por otra parte, ¿a quién se le ha impedido llamar a Rómulo o a Hércules o a otros hombres semejantes dioses y ha preferido morir antes que no llamárselo? ¿O es que alguna nación de los gentiles rendiría culto a Rómulo entre sus dioses, a no ser que la obligase el temor al nombre romano? En definitiva, ¿quién podría contabilizar cuántos prefirieron ser muertos con tan gran ensañamiento antes que negar que Cristo es Dios? Por ello, el miedo a la indignación, todo lo pequeña que se quiera, que se pensaba que podía producirse por parte de los ánimos de los romanos si no se hacía, empujaba a algunas ciudades sometidas bajo el derecho romano a rendir culto a Rómulo como a un dios. En cambio, el miedo, no a una leve ofensa de los ánimos, sino a terribles y variados castigos y a la propia muerte, que es más temida que los demás, no pudo apartar a tan gran multitud de mártires por los pueblos del orbe de la tierra, no solo de rendir culto a Cristo como Dios, sino también de proclamarlo. Y entonces la ciudad de Cristo, aunque hasta el momento peregrinase en las tierras y albergase, sin embargo, ejércitos de grandes pueblos, tampoco combatió contra sus impíos perseguidores por la salvación temporal, sino que, más bien, se abstuvo de contraatacar para obtener la eterna. Eran encadenados, encerrados, golpeados, torturados, abrasados, despedazados, degollados —y se multiplicaban. Para ellos luchar por la salvación no era sino despreciar la salvación por el Salvador.

Tengo conocimiento de que en el tercer libro de Cicerón *Sobre la república*, si no me engaño, se sostiene que una ciudad óptima no emprende ninguna guerra salvo por la lealtad o por la salvación. Por otra parte, tratando de demostrar en otro lugar a qué se refiere por salvación o qué salvación quiere que se entienda, expone: «pero de estas penalidades, que incluso los más necios sienten, como la indigencia, el exilio, las cárceles, los azotes, escapan a menudo los particulares al sobrevenirles una muerte rápida. Pero para las ciudades la muerte, que parece librar a los individuos del castigo, es ella misma un castigo. En efecto, la ciudad debe estar constituida de tal manera que sea eterna. Por tanto, no existe ningún final natural de la república, como del ser humano, en el cual la muerte no solo es inevitable, sino también muy a menudo deseable. En cambio, cuando la ciudad es aniquilada, destruida, exterminada, es en cierto modo similar, para comparar las cosas pequeñas con las grandes, a si todo este mundo pereciera y se

derrumbase»^[32]. Cicerón dijo esto porque creía con los platónicos que este mundo no iba a perecer. Por consiguiente, es cosa sabida que aquel no quiso que la ciudad emprendiera la guerra por aquella salvación por la que resulta que esta ciudad permanece, según dice, eterna, aunque muriendo y naciendo sus individuos, como es perenne la sombra del olivo o del laurel y de los restantes árboles de esta clase, por la caída y nacimiento de las hojas individuales. Lo cierto es que la muerte, como dice, no es un castigo de los seres humanos individualmente, sino de toda la ciudad, que muchas veces libera a los individuos del castigo. Por ello, se pregunta con motivo si los saguntinos obraron rectamente cuando prefirieron que pereciera toda su ciudad a quebrantar la lealtad por la que estaban vinculados con la propia república romana^[33]. En esta hazaña suya son alabados por todos los ciudadanos de la república terrena. Pero no veo cómo podían prestar oídos a esta controversia cuando se dice que no debe emprenderse ninguna guerra sino por la lealtad o la salvación, y no se dice, si estas dos concurriesen al mismo tiempo en un solo peligro, de tal manera que no pudiera mantenerse una sin la pérdida de la otra, qué debía elegirse preferentemente. En efecto, sin duda, si los saguntinos hubiesen elegido la salvación, habrían de traicionar su lealtad; pero si habrían de mantener su lealtad, ciertamente debían renunciar a la salvación tal y como sucedió. En cambio, la salvación de la ciudad de Dios es de tal índole que puede mantenerse, o, mejor dicho, ganarse con la fe y por medio de la fe. Pero si se pierde la fe nadie puede llegar a ella. Este pensamiento de un corazón firmísimo y pacientísimo hizo tantos y tan grandes mártires como no tuvo ni siquiera uno solo o pudo tenerlo Rómulo cuando se creyó que era un dios.

7

Pero es absolutamente ridículo hacer mención de la falsa divinidad de Rómulo cuando hablamos de Cristo. No obstante, dado que Rómulo vivió casi seiscientos años antes que Cicerón y se dice que aquella época ya había sido ilustrada por medio de enseñanzas de forma que fuera capaz de rechazar todo lo que no puede suceder, en qué mayor medida, después de seiscientos años, en la época del propio Cicerón y, especialmente, después bajo Augusto y Tiberio, en tiempos, sin duda, más cultivados, la mente humana podría no aceptar la resurrección de la carne de Cristo y su ascensión al cielo como algo

que no puede suceder, y burlándose la rechazaría de sus oídos y de sus corazones, a no ser que la divinidad de la propia verdad o la verdad de la divinidad y las señales de los milagros que lo atestiguan mostrasen que esta pudo suceder y que sucedió. De este modo, aun aterrizándoles y contradiciéndoles tantas y tan grandes persecuciones, se creyó con gran fe y se proclamó valerosamente la resurrección y la inmortalidad de la carne, que, anticipándose en Cristo, después seguiría en los restantes hasta el nuevo siglo y, estando destinada a propagarse por el orbe de la tierra, fue sembrada más fecundamente con la sangre de los mártires. Se leían, en efecto, las proclamas precedentes de los profetas, concurrían acciones portentosas de la virtud y una verdad, nueva para su costumbre, no contraria a la razón, les persuadía, hasta que el orbe de la tierra, que les perseguía con furia, siguiese en la fe.

8

¿Por qué ahora, dicen, no se producen aquellos milagros que proclamáis que se produjeron^[34]? Podría, ciertamente, decir que fueron necesarios antes que el mundo creyese, con el propósito de que el mundo creyese. Cualquiera que en este momento exige milagros para creer, él mismo es un gran milagro, alguien que, mientras el mundo cree, no cree. Pero dicen esto para que tampoco se crea que entonces fueron realizados aquellos milagros. Por consiguiente, ¿a partir de qué se entonaba por doquier con tan gran fe que Cristo había sido elevado al cielo en carne? ¿a partir de qué, en tiempos ilustrados y que rechazaban todo lo que no puede suceder, el mundo creyó tan admirablemente sucesos increíbles sin ningún milagro? ¿Acaso tal vez van a decir que fueron creíbles y, por ello, se creyeron? ¿Por qué, en consecuencia, no creen ellos mismos? De hecho, nuestra conclusión es breve: o bien han dado fe de un suceso increíble que no era visible otros sucesos increíbles que, sin embargo, sucedían y se veían o bien, sin duda, un suceso hasta tal punto creíble, que no requería de ningún milagro mediante el que se persuada del mismo, refuta la excesiva impiedad de esos. Esto podría decirlo para refutar a estos, cúmulo de vanidades. Pues no podemos negar que han sido realizados muchos milagros para atestiguar aquel milagro único, grande y salúfero por el que Cristo ascendió al cielo con la carne en la que resucitó. Lo cierto es que en estos mismos libros veracísimos ha sido puesto por escrito todo esto, no solo los hechos que fueron realizados, sino también para inculcar qué creencia

fueron realizados. Estos se dieron a conocer para promover la fe. Estos se dieron a conocer con mucha mayor fama por la fe que promovieron. Lo cierto es que se leen entre los pueblos para que se crea en ellos; y no se leerían, sin embargo, entre los pueblos si no se creyeran. Pues también ahora se producen milagros en su nombre, ya por medio de sus sacramentos, ya por las oraciones o las reliquias de sus santos, pero no son iluminados con el mismo brillo como para ser difundidos con una gloria tan grande como aquellos. Lo cierto es que el canon de las escrituras sagradas, que convenía que fuese fijado, hizo que aquellos fuesen proclamados por doquier y que se grabasen en la memoria de todos los pueblos. Pero en cualquier lugar en que se producen estos, allí apenas son conocidos por toda la propia ciudad o en cualquier lugar en que habiten las personas. Pues muchas veces también allí lo saben poquísimos ignorándolo los restantes, especialmente si la ciudad es grande. Y cuando son relatados en otro lugar y a otras personas, no se hace valer con una autoridad tan grande que se crean sin dificultad o duda, aunque sean transmitidos por fieles cristianos a otros fieles.

El milagro que fue realizado en Milán, hallándonos nosotros en dicha ciudad, cuando un ciego recuperó la vista, pudo llegar a conocimiento de muchos porque se trata de una gran ciudad y allí se hallaba entonces el emperador, y el hecho se llevó a cabo siendo testigo una inmensa multitud que había acudido a visitar los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio. Estos, hallándose ocultos y prácticamente ignorados, fueron encontrados, tras haber recibido una revelación el obispo Ambrosio a través de un sueño, donde aquel ciego, expulsadas las antiguas tinieblas, vio la luz del día^[35].

En cambio, en Cartago ¿quién conoce excepto unos poquísimos la curación que le fue realizada a Inocencio^[36], un antiguo abogado de la viceprefectura, donde nosotros estuvimos presentes y lo contemplamos con nuestros ojos? En efecto, viniendo mi hermano Alipio^[37] y yo de ultramar, ciertamente no siendo clérigos todavía, pero ya sirviendo a Dios, él personalmente, como era religiosísimo, como toda su familia, nos había acogido, y entonces vivíamos en su casa. Los médicos le curaban unas fístulas que soportaba, numerosas y retorcidas, en la parte posterior y baja del cuerpo. Ya le habían sajado y le aplicaban los restantes tratamientos propios de su ciencia. Por su parte, en aquel sajado había sufrido prolongados y terribles dolores. Pero uno entre los muchos abscesos pasó inadvertido a los médicos y había permanecido oculto de tal modo que no lo alcanzaban cuando habían debido abrirlo con el hierro. Finalmente, sanadas todas las que curaban abiertas, había quedado solo esta, a la que se aplicaba el tratamiento en vano.

Aquel, teniendo por sospechosas estas demoras y sintiendo un gran temor de que se le sajase de nuevo (cosa que le había advertido otro médico de su casa al que no habían invitado aquellos, al menos para que observase cómo lo hacían, cuando fue sajado por primera vez, y encolerizado lo había echado de casa y a continuación lo había recibido de nuevo), estalló y dijo: ¿Vais a sajar me otra vez? ¿Acaso voy a tener que atender a las afirmaciones de aquel que no quisisteis que estuviera presente? Aquellos se burlaban del médico inexperto y trataban de calmar el miedo del hombre con buenas palabras y con promesas. Pasaron otros muchos días y nada de lo que se hacía daba resultado. Los médicos, sin embargo, persistían en su promesa de que ellos no iban a cerrar aquel absceso con el hierro, sino con medicamentos. Recurrieron también a otro médico ya de edad avanzada y bastante reputado en aquella disciplina, Amonio (en efecto vivía todavía)^[38], que, realizado el examen de la zona, prometió lo mismo que aquellos en virtud de su celo y pericia. Aquel, sintiéndose seguro por la autoridad de este, se burló con hilarante sentido del humor, como si ya estuviera curado, de su médico de casa, que había pronosticado que se haría otra incisión. ¿Qué más? Después pasaron tantos días consumidos en vano que, agotados y confusos, reconocían que no era posible que este sanase de ninguna manera más que por el hierro. Sintió pavor, se puso pálido perturbado por un inmenso terror y cuando se recompuso y pudo hablar, les ordenó que se marchasen y no se acercasen más a él, y, agotado por las lágrimas y constreñido ya por aquella necesidad, no se le ocurrió otra cosa sino recurrir a cierto Alejandrino^[39], que entonces era tenido por un cirujano magnífico, para que hiciese él mismo lo que en su enfado no quería que fuera hecho por aquellos. Pero después que vino aquel y examinó como experto su trabajo en las cicatrices, desempeñando el oficio de hombre honrado, persuadió al individuo de que mejor disfrutasen del fin de su curación quienes se habían esforzado en él tanto cuanto él mismo se asombraba al examinarlo, añadiendo que verdaderamente no podría recuperar la salud si no era sajado; que era absolutamente contrario a sus costumbres el arrebatarse la palma de tan gran esfuerzo, por tan poco que quedaba, a unos hombres cuya complicadísima obra, técnica y diligencia veía con admiración en sus cicatrices. Recuperaron estos su favor y se estuvo de acuerdo en que, con la asistencia del citado Alejandrino, ellos mismos abriesen aquel absceso con el hierro, que ya se pensaba con el asentimiento de todos incurable de otra forma. Esta operación fue aplazada al día siguiente. Pero tras haberse marchado aquellos, por la inmensa tristeza del amo se originó en aquella casa un dolor tan profundo que apenas reprimíamos el llanto, como si de un

funeral se tratase. Le visitaban cada día varones santos, el entonces obispo de Uzalis^[40], Saturnino^[41], de bienaventurado recuerdo, el presbítero Guloso^[42], y los diáconos de la iglesia de Cartago. Entre ellos estaba también el único de aquellos que permanece ahora en este mundo, Aurelio, ya obispo^[43], al que debemos nombrar con el honor debido, con el cual hemos hablado a menudo recordando los milagros de las obras de Dios respecto a este caso, y hallamos que este recordaba completamente lo que traemos a la memoria. Al visitarlo estos al atardecer, como acostumbraban, les suplicó en medio de lágrimas dignas de lástima que por la mañana se dignasen a estar presentes en su funeral más que en su dolor. Tan gran temor le había invadido, en efecto, desde los primeros sufrimientos que no dudaba que iba a morir entre las manos de los médicos. Le consolaron aquellos y le exhortaron a que confiase en Dios y a que aceptase virilmente su voluntad. De allí nos dirigimos a la oración, donde, hincando nosotros las rodillas según la costumbre y postrándonos en tierra, aquel se lanzó de tal manera, como si se hubiese postrado empujándole alguien con fuerza, y comenzó a suplicar. ¿Quién podría explicar con palabras de alguna clase de qué manera, con qué sentimiento, con qué emoción del espíritu, con qué derramar de lágrimas, con qué gemidos y sollozos que sacudían todos sus miembros y que casi le quitaban el aliento? Si los demás rezaban y su atención no se dirigía a estas reacciones, no lo sé. Yo, sin embargo, no había podido rezar en absoluto. Solo dije esto brevemente en mi corazón: «Señor, ¿qué plegarias de los tuyos escuchas, si no escuchas estas?». Pues no me parecía que nada ya pudiera añadirse sino que expirase rezando. Nos levantamos y recibida la bendición por parte del obispo nos marchamos, mientras aquel suplicaba que por la mañana estuvieran presentes, y aquellos le exhortaban a que mantuviera la firmeza de ánimo. Amaneció el día temido, estaban presentes los siervos de Dios, como habían prometido que estarían presentes, entraron los médicos, se hacen todos los preparativos que aquella hora exigía, se muestran terribles instrumentos de hierro ante el estupor y la incertidumbre de todos. Mientras trataban de dar consuelo al desfallecimiento de su espíritu reconfortándole los que gozaban de mayor autoridad, sus miembros son dispuestos en la camilla para las manos del que va a cortar, son desatados los nudos de las ligaduras, se desnuda la zona, el médico inspecciona y armado y atento busca el absceso que debía ser sajado. Lo explora con los ojos y lo palpa con los dedos, lo tiente de todas las formas: —halla una cicatriz muy consistente. Ya aquella alegría, alabanza y acción de gracias a Dios misericordioso y omnipotente que

fue derramada por boca de todos entre lágrimas de alegría no puede ser expresada con mis palabras, mejor imaginarla que contarla.

En la misma Cartago, Inocencia^[44], mujer religiosísima de las familias más distinguidas de la misma ciudad, tenía un cáncer en la mama, mal, según dicen los médicos, imposible de curar con ningún remedio de la medicina. Pues, o bien suele extirparse o separarse del cuerpo el miembro donde nace, o bien, como dicen, según la opinión de Hipócrates^[45], debe evitarse todo intento de cura, a fin de que la persona viva un poco más, aunque de ahí la muerte habrá de producirse, sin embargo, todo lo tarde que se quiera. Esto lo había aprendido ella de un médico experto y muy cercano a su familia y se había encomendado únicamente a Dios mediante la oración. Le fue advertido en sueños cuando se aproximaba la Pascua que cualquier mujer bautizada que acudiese en primer lugar a su encuentro, mirando hacia el baptisterio en la parte de las mujeres, le señalase la zona con el signo de Cristo. Lo hizo, y al punto alcanzó la salud. Ciertamente, el médico que le había indicado que no aplicase ningún remedio curativo si quisiera vivir un poco más, tras examinarla después y tras comprobar que estaba sanísima la que sabía que sufría aquel mal antes de tal inspección, le preguntó vehementemente qué <cura> había aplicado, deseando, en cuanto se le daba a entender, conocer el tratamiento por el que fuera vencida la resolución de Hipócrates. Y tras oír de ella qué había sucedido, se dice que respondió con la voz y el gesto como del que siente desprecio, hasta el punto que ella llegó a temer que profiriese alguna palabra injuriosa contra Cristo, pero con la elegancia propia de la religiosidad: «pensaba, dice, que tú me ibas a decir algo grande». Y mientras ella ya se horrorizaba, a continuación añadió: «¿Qué tiene de grandioso que Cristo, que resucitó a un muerto de cuatro días, hiciera sanar un cáncer?». Cuando hube escuchado yo este relato, y causándome una profunda irritación que permaneciera así oculto un milagro tan importante, realizado en aquella ciudad y en aquella persona no ciertamente de origen oscuro, pensé advertirla y casi reprenderla. Tras haberme respondido ella que no se lo había callado, pregunté a aquellas matronas tan buenas amigas que en aquel momento casualmente tenía a su lado si lo habían sabido antes. Respondieron que no lo sabían en absoluto. He aquí, dije, de qué manera no te quedas callada, que ni te han oído esas que están unidas a ti por tan gran amistad. Y ya que le había preguntado someramente, hice que les refiriera todo el relato en el orden como había sucedido a aquellas que la escuchaban llenas de gran admiración y glorificando a Dios.

A cierto médico gotoso en la misma ciudad, que había dado su nombre para el bautismo, el día antes de ser bautizado unos niños de cabellos negros rizados que interpretaba como demonios le prohibieron en sueños recibir el bautismo en el mismo año. No estando dispuesto a obedecerles, aunque estos pisoteaban sus pies con un dolor fortísimo como nunca había experimentado, fue y obteniendo una victoria mayor sobre estos no aplazó el purificarse en el baño de la regeneración, como había prometido. Este, en el propio bautismo, no solo quedó libre del dolor con el que era atormentado más allá de lo acostumbrado, sino también de la gota, y ya no le dolieron más los pies, habiendo vivido después mucho tiempo. ¿Quién conoce la historia? Nosotros, sin embargo, la conocemos, y unos poquísimos hermanos a los que este relato pudo haber llegado.

Un antiguo actor de mimos^[46], curubitano^[47], no solo fue sanado de una parálisis, sino también de una inflamación deformante de los genitales al recibir el bautismo, y, liberado de una y otra dolencia, salió de la fuente de la regeneración como si no hubiera sufrido ningún mal en su cuerpo. ¿Quién sabe esto excepto la ciudad de Cúrubis y excepto algunos poquísimos que pudieron oírlo en alguna parte? Nosotros, por nuestra parte, al haber tenido conocimiento de ello, bajo la orden del santo obispo Aurelio, hicimos también que viniera a Cartago, aunque lo habíamos oído antes de personas tales de cuya credibilidad no podríamos dudar.

Hesperio, un antiguo tribuno^[48], vive junto a nosotros. Posee en el territorio fusalense una finca, se llama Zubedi^[49]. Allí, habiendo advertido por el sufrimiento de sus animales y de sus esclavos que su casa padecía la fuerza perniciosa de unos espíritus malignos, rogó a nuestros presbíteros, estando yo ausente, que alguno de ellos se dirigiera allí para que se retirasen ante sus oraciones. Acudió uno solo, ofreció allí el sacrificio del cuerpo de Cristo, rogando todo lo que pudo que cesase aquel acoso. Compadeciéndose Dios, cesó al punto. Por otra parte, había recibido de un amigo suyo tierra sagrada traída desde Jerusalén, donde Cristo sepultado resucitó al tercer día, y la colgó en su dormitorio para no sufrir tampoco él mismo ningún mal. Pero cuando su casa estuvo purificada de aquella invasión, cavilaba qué podía hacer con aquella tierra, que por respeto no quería tener más tiempo en su dormitorio. Casualmente sucedió que yo y mi entonces colega Maximino^[50], obispo de la iglesia sinitense, nos hallábamos en las proximidades; nos rogó que viniésemos y vinimos. Tras relatarnos todos los acontecimientos, nos pidió también lo siguiente, que fuera enterrada en algún sitio y que allí se crease un lugar de oración donde los cristianos también pudiesen reunirse

para celebrar los ritos que pertenecen a Dios. No nos opusimos, se hizo. Había allí un joven campesino paralítico. Oído esto, pidió a sus padres que le llevaran sin dudar a aquel lugar santo. Tras haber sido llevado, rezó, y a continuación marchó de allí curado con sus propios pies.

Victoriana es el nombre de una hacienda, dista de Hipona menos de treinta millas. Allí está la capilla de los mártires milaneses Protasio y Gervasio. Allí fue transportado un adolescente que había sido poseído por un demonio mientras lavaba a un caballo al mediodía en tiempo de verano en una poza de un río. Cuando allí yacía, ya próximo a la muerte, ya muy semejante a un muerto, la dueña de la propiedad entró según su costumbre para los himnos vespertinos y oraciones con sus sirvientas y algunas religiosas, y empezaron a entonar dichos himnos. Aquel, como golpeado por esta voz, experimentó una sacudida y, en medio de un terrible bramido, asía el altar sin atreverse o no siendo capaz de moverlo mientras lo tenía sujeto, como si hubiese sido encadenado o fijado a él, y suplicando con profundo lamento que se le perdonase confesaba dónde, cuándo y cómo había poseído al adolescente. Finalmente, anunciando que él iba a salir, nombraba cada uno de sus miembros, que amenazaba con que iba a amputar en su salida, y entre estas palabras se alejó del hombre. Pero su ojo derramado sobre la mandíbula colgaba de una fina venilla desde el interior como de una raíz, y toda su parte central, que había sido negra, se había vuelto blanca. Visto esto, quienes estaban presentes (pues habían acudido también otros atraídos por sus voces y todos se habían prosternado en la plegaria por aquel), aunque se alegrasen de que este conservara la salud mental, sin embargo, entristecidos de nuevo por su ojo, decían que se debía buscar un médico. Allí el marido de su hermana, que lo había traído a ese lugar, dijo: «Dios, que puso en fuga al demonio, tiene el poder de devolverle la vista por las oraciones de los santos». Entonces, como pudo, una vez colocado en su sitio el ojo derramado y colgante, lo vendó con un pañuelo, y pensó que no debía ser retirado sino después de siete días. Tras hacerlo, lo halló sanísimo. Allí también fueron sanados otros, de quienes resulta prolijo hablar.

Sé que cierta doncella de Hipona, habiéndose ungido con el óleo en el que un sacerdote que rezaba por ella había derramado sus lágrimas, a continuación fue liberada del demonio. Sé también que un obispo rogó por un adolescente sin verlo y aquel al punto se vio liberado del demonio.

Había cierto anciano, Florentino, conciudadano nuestro de Hipona, hombre religioso y pobre. Se mantenía mediante el oficio de remendón. Había perdido su abrigo y no tenía con qué comprarse otro. Rogó con voz clara a los

veinte mártires, cuya capilla goza de gran renombre entre nosotros, que le vistieran^[51]. Lo oyeron unos adolescentes burlones que estaban allí por casualidad y que al marchar lo perseguían acosándole como si les hubiese pedido a los mártires cincuenta *folles*^[52] con que comprarse un vestido. Pero él, caminando en silencio, vio un enorme pez varado en la playa boqueando, y con la aprobación y la ayuda de aquellos lo capturó, y explicando qué había sucedido, lo vendió por trescientos *folles* a un cocinero, de nombre Catoso, buen cristiano, para su cocina de alimentos preparados, disponiendo comprar lana con ese dinero para que su esposa, como pudiese, le confeccionase con qué vestirse. Pero el cocinero al cortar el pez encontró en su vientre un anillo de oro, y a continuación, plegándose a la compasión y atemorizado por la religiosidad, se lo devolvió al hombre diciendo: «He aquí como te vistieron los veinte mártires»^[53].

A Aguas Tibilitanas^[54] venía una reliquia del gloriosísimo mártir Esteban, transportándola el obispo Prayecto^[55], con la concurrencia y afluencia de una gran multitud. Allí una mujer ciega rogó ser conducida ante el obispo que la portaba. Le dio unas flores que llevaba, las volvió a coger, las acercó a sus ojos: al momento vio. Quedándose estupefactos los que estaban presentes, avanzaba al frente exultante, siguiendo el camino y sin necesitar más un guía.

Portaba una reliquia del citado mártir, que está depositada en la fortaleza sinitense, vecina de la colonia de Hipona, Lucilo, obispo de dicho lugar^[56], mientras el pueblo le precedía y le seguía. Durante el traslado de aquella piadosa carga, le fue sanada repentinamente una fístula, dolencia de la cual sufría ya desde hacía largo tiempo, y que esperaba la mano de un médico muy amigo suyo para que se la sajase. Efectivamente, ya no la encontró más en su cuerpo.

Eucario es un sacerdote procedente de Hispania, habita en Calama^[57], sufría desde hacía tiempo de la enfermedad de un cálculo. Por medio de la reliquia del mártir anteriormente mencionado que trajo allí el obispo Posidio^[58], fue sanado. Este mismo, muerto después por otra enfermedad de mayor gravedad yacía de manera que ya estaban ligando los pulgares. Mediante la intervención del citado mártir, tras haber sido traída la túnica del propio sacerdote desde la reliquia de aquel y colocada sobre su cuerpo yacente, resucitó.

Hubo allí un hombre, de nombre Marcial, ciudadano principal entre los de su clase, ya de avanzada edad y que aborrecía en extremo la religión cristiana. Tenía, por cierto, una hija creyente y un yerno bautizado ese mismo año. Hallándose enfermo, cuando estos le suplicaron con muchas y abundantes

lágrimas que se hiciera cristiano, al punto se opuso y los apartó de su lado con furibunda indignación. A su yerno le pareció oportuno dirigirse a la capilla de San Esteban y allí rezar por él cuanto pudiera, para que Dios le concediera una buena disposición con la que no aplazase creer en Cristo. Hizo esto con gran lamento y llanto, y con un ardiente sentimiento de piedad, de forma sincera. Después, al retirarse del altar cogió algunas flores que tenía delante y se las puso junto a su cabeza siendo ya de noche. En ese momento estaba dormido. Y he aquí que clama antes del amanecer que corrieran junto al obispo, que casualmente entonces estaba conmigo en Hipona. Así pues, tras haber oído que estaba ausente, pidió que vinieran sacerdotes. Vinieron, proclamó que él creía, y fue bautizado ante la admiración y el regocijo de todos. Mientras vivió, tenía en boca lo siguiente: «Cristo, recibe mi espíritu»; sin saber que estas fueron las últimas palabras del muy bienaventurado Esteban, cuando fue lapidado por los judíos^[59]. En efecto, no mucho después también él mismo falleció.

También fueron sanados allí por mediación del mismo mártir dos ciudadanos y un extranjero enfermos de gota: pero los ciudadanos lo fueron por completo, el extranjero en cambio escuchó por medio de una revelación qué debía aplicar cuando sintiera dolor, y tras hacerlo el dolor cesó al instante.

Auduro es el nombre de una finca donde hay una iglesia, y en ella una capilla dedicada al mártir Esteban. A un niño pequeño, mientras jugaba en una explanada, unos bueyes que arrastraban un carro, al salirse del camino, lo aplastaron con la rueda y al punto expiró entre convulsiones. Su madre, después de arrastrarlo allí, lo colocó junto a la misma capilla, y no solo revivió, sino que también quedó ileso.

Penando y desesperando por una dolencia cierta religiosa en una propiedad vecina que se llama Caspaliana, llevaron su túnica a la misma capilla. Antes de que le fuera devuelta, aquella falleció. No obstante, sus padres cubrieron el cadáver con esta túnica, y recobrado el aliento se salvó.

En Hipona, un sirio llamado Baso rogaba junto a la capilla del mismo mártir por su hija, enferma y en peligro, donde había llevado consigo su vestido, cuando he aquí que unos esclavos salieron corriendo de su casa para anunciarle que estaba muerta. Pero siendo estos detenidos por sus amigos mientras él rezaba, les prohibieron decírselo para evitar que rompiera en llanto en público. Tras haber regresado este a casa, que ya resonaba por los lamentos de los suyos, y tras echar el vestido que llevaba de su hija sobre ella, fue devuelta a la vida.

De nuevo allí mismo entre nosotros el hijo de Ireneo, un recaudador de impuestos, murió de una enfermedad. Y mientras su cuerpo yacía exánime y le preparaban las exequias entre llantos y lamentos, uno de sus amigos, en medio de las palabras de consuelo del resto, sugirió que su cuerpo fuera ungido con el óleo del mismo mártir. Se hizo y revivió.

Asimismo entre nosotros, Eleusino^[60], un antiguo tribuno, colocó a un hijo pequeñito muerto por la enfermedad sobre la capilla de los mártires que se encuentra en su propiedad suburbana, y tras la plegaria que allí ofreció entre abundantes lágrimas, lo alzó con vida.

¿Qué puedo hacer? La promesa de concluir esta obra me apremia, de modo que me resulta imposible mencionar aquí todos los relatos que conozco. Y, sin lugar a dudas, muchos de los nuestros, cuando lean esto, lamentarán que haya omitido tantísimos que, sin duda, conocen conmigo. A estos ahora les ruego que me perdonen y que piensen qué trabajo tan prolijo supondría hacer lo que la necesidad de la obra emprendida me obliga a no hacer aquí. En efecto, si respecto a los milagros de curaciones, para omitir otros, quisiera poner por escrito tan solo aquellos que fueron realizados por mediación de este mártir, a saber, el gloriosísimo Esteban, en la Colonia Calamense y en nuestra ciudad, deben ser redactados muchísimos libros y, sin embargo, no podrán reunirse todos, sino solamente aquellos sobre los cuales han sido editados relatos para ser leídos ante la población. En efecto, quisimos hacerlo al ver que también en nuestros tiempos se producen con frecuencia señales de los poderes divinos semejantes a las antiguas, y que estas no debían perderse para el conocimiento de muchos. Por otro lado, todavía no han pasado dos años desde que empezó a existir esta capilla en Hipona Regia^[61] y, cosa que tenemos por segurísima, aunque no se hayan editado los relatos de muchos de los sucesos que se han producido de forma milagrosa, aquellos mismos que fueron publicados habían llegado casi al número de setenta cuando escribí estos. Pero en Calama, donde la misma capilla comenzó su existencia antes incluso y se dan más abundantemente, los superan en una cantidad incomparable.

También en Uzalis, colonia vecina de Útica, tenemos conocimiento de que fueron realizados muchos milagros admirables por la mediación del mismo mártir. Allí su capilla fue construida por el obispo Evodio^[62] mucho antes que en nuestra ciudad. Pero allí la costumbre de publicar relatos no existe, o, más bien, no ha existido. Pues tal vez ahora ya empieza a darse. En efecto, durante una reciente estancia en dicho lugar, a Petronia^[63], mujer nobilísima que allí asombrosamente fue sanada de una grave y prolongada

debilidad en la que habían fracasado todos los remedios de los médicos, la exhortamos, conforme a la voluntad del obispo del lugar, mencionado anteriormente, a que redactara un escrito destinado a ser leído ante el pueblo, y obedientemente aceptó. En este incluyó también un suceso que no puedo omitir aquí, por más que me vea impelido a apresurar aquellas cuestiones que urgen a esta obra. Dijo que cierto judío la había persuadido de que insertase un anillo en una cinta de pelo para que se ciñera con ella bajo toda la ropa sobre el cuerpo desnudo. Dicho anillo tenía bajo la gema una piedra hallada en los riñones de un buey. Ceñida con esta especie de remedio se dirigía a la morada del mártir santo. Pero tras marchar de Cartago, habiéndose detenido en su propiedad en el límite del río Bagra, al levantarse para continuar el camino vio aquel anillo yaciendo ante sus pies y asombrada examinó la cinta de pelo en la que había estado sujeto. Tras comprobar que esta estaba completamente atada, con sus nudos apretadísimos, tuvo la sospecha de que el anillo se había quebrado y había saltado. Tras haber sido hallado también este mismo totalmente intacto, supuso que ella había recibido de tan gran milagro, en cierto modo, una garantía de su futura salud, y soltando aquella cinta la arrojó al río junto con el anillo. No crean esto quienes tampoco creen que el Señor Jesús vino al mundo a través de la virginidad intacta de su madre, y que entró en casa de sus discípulos con las puertas cerradas, pero investiguenlo ciertamente, y si lo hallasen verdadero, créanlo. Se trata de una mujer esclarecidísima, nacida de noble linaje, casada con un noble, vive en Cartago. Una ciudad importante, una persona importante no permiten que el asunto quede oculto a quienes investigan. El mismo mártir ciertamente, gracias a cuya intervención ella fue curada, creyó en el hijo de la que permaneció virgen^[64]; creyó en aquel que entró en casa de sus discípulos con las puertas cerradas; finalmente, y por causa de lo cual contamos todo esto, creyó en aquel que ascendió al cielo con la carne en la que había resucitado; y por su mediación se hacen tan grandes milagros porque por esta fe ofreció su alma. Por consiguiente, también ahora se producen muchos milagros, realizándolos el mismo Dios por medio de quienes quiere y como quiere, quien hizo también aquellos que hemos leído. Pero estos, ni se dan a conocer del mismo modo ni son repetidos mediante lectura frecuente, a modo de gravilla de la memoria, para que no se vayan de la mente. Pues incluso cuando existe el celo que ahora empieza a existir en nosotros de que los escritos de aquellos que obtienen los favores sean leídos en voz alta ante el pueblo, esto lo escuchan solamente una vez quienes están presentes, y muchos no están presentes, de manera que ni aquellos que asistieron después de algunos días

retienen en la mente lo que oyeron, y apenas se encuentra a alguno de aquellos que indique lo que oyó a aquel del que sepa que no asistió.

Entre nosotros fue realizado un milagro, no mayor que aquellos que he contado, pero tan famoso y renombrado que pienso que no hay ningún habitante de Hipona que no lo haya presenciado o lo haya llegado a conocer, ninguno que pudiera olvidarlo por ningún motivo. Diez hermanos (de los cuales siete son varones, tres mujeres) de Cesarea de Capadocia, no de bajo nacimiento entre sus conciudadanos, por la maldición de su madre, desamparada por el reciente óbito del padre de estos, la cual había soportado con gran dolor una ofensa que le habían infligido ellos, fueron castigados por voluntad divina con tal pena que todos eran sacudidos terriblemente por un temblor de sus miembros. En esta desagradabilísima apariencia, no soportando las miradas de sus conciudadanos vagaban por prácticamente todo el orbe romano por donde le parecía conveniente ir a cada uno. También a nosotros vinieron dos de ellos, un hermano y una hermana, Paulo y Paladia, ya conocidos en muchos otros lugares por la divulgación de su desgracia^[65]. Llegaron casi quince días antes de la Pascua, frecuentaban cada día la iglesia, y en ella la capilla del gloriosísimo Esteban, rogando que Dios se apiadase de ellos y les devolviese la salud de antaño. Y allí y en cualquier lugar que iban, atraían hacia sí la mirada de la ciudad. Algunos que los habían visto en otro lugar y conocían la causa de su temblor se la contaban a otros, a cada uno como podían. Llegó también la Pascua, y el domingo mismo por la mañana, estando ya presente una abundante multitud, y, sosteniendo las verjas del lugar sagrado donde se hallaba la reliquia del mártir, el mismo joven, mientras suplicaba, de repente cayó al suelo y quedó tendido de forma muy parecida al que duerme, sin embargo, sin temblar como también acostumbraban durante el sueño. Los presentes quedaron estupefactos, unos aterrados, otros sintiendo pesar. Queriendo algunos levantarlo, otros lo impidieron y dijeron que era mejor esperar el desenlace. Y he aquí que se levantó, y no temblaba, puesto que estaba curado, y permanecía en pie incólume, mirando a los que le miraban. ¿Quién se abstuvo entonces de las alabanzas a Dios? La iglesia se llenó por todas partes de las voces de los que invocaban y daban las gracias. De allí corren hacia mí, donde estaba sentado ya a punto de avanzar. Se precipita uno tras otro, anunciando todo el que venía después como novedad lo que otro anterior había dicho. Y estando yo lleno de gozo y dando las gracias a Dios dentro de mí, se adelanta también este mismo con muchos, se postra a mis rodillas, se levanta para un beso mío. Avanzamos hacia el pueblo, la iglesia estaba llena, resonaba con voces de

alegría: ¡Gracias a Dios! ¡Alabado sea Dios^[66]! No callaba ninguno de los que clamaban aquí y allí. Saludé al pueblo, y de nuevo clamaban con la misma voz tan ardiente. Hecho por fin el silencio, se leyeron solemnemente las escrituras divinas. Pero cuando se llegó al momento de mi sermón, dije unas pocas palabras adecuadas al tiempo y al gozo de aquella alegría. Permití, pues, que estos examinasen en la obra divina la elocuencia de Dios, por así decirlo, en lugar de escucharla^[67]. El hombre almorzó con nosotros y diligentemente nos explicó toda la historia de su calamidad y de la de sus hermanos y de su madre. En consecuencia, al día siguiente, después del sermón^[68] prometí que al otro sería leído ante el pueblo el escrito de su relato que había sido consignado^[69]. Haciéndose esto al tercer día después del domingo de Pascua, mientras era leído su escrito, hice permanecer en pie a ambos hermanos en las gradas de la exedra, en la cual yo hablaba desde lo alto. Todo el pueblo de uno y otro sexo los miraba con atención, al uno permaneciendo en pie sin movimiento anómalo, a la otra temblando en todos sus miembros. Y quienes no lo habían visto a él mismo, descubrían en su hermana qué acto de misericordia divina se había realizado en él. Veían, en efecto, de qué debían congratularse en él, por qué debían rogar por ella. Mientras tanto, una vez leído su escrito, les ordené retirarse de la vista del pueblo y comencé a disertar sobre todo este mismo caso con algo más de rigor^[70], cuando he aquí que, mientras realizaba mi exposición, se oyeron otras voces de un nuevo agradecimiento desde la capilla del mártir. Se volvieron hacia allí los que me estaban escuchando y empezaron a acudir corriendo. Efectivamente aquella, cuando descendió de las gradas en las que había permanecido en pie, se había dirigido a suplicar al santo mártir. Esta, inmediatamente después que hubo tocado las verjas, después de haber caído igualmente como en un sueño, se levantó sana. Por consiguiente, mientras indagábamos qué había sucedido, de dónde había surgido aquel alegre estrépito, entraron con ella en la basílica en la que nos encontrábamos conduciéndola sana desde el lugar del mártir. Pero entonces se originó un clamor de admiración tan grande por parte de uno y otro sexo que la voz que se prolongaba con las lágrimas parecía que no podía cesar. Fue conducida a aquel lugar donde poco antes permanecía en pie entre temblores. Se regocijaban de que fuese semejante a su hermano aquella de la que habían lamentado que hubiera permanecido desigual, y se daban cuenta de que, aunque todavía no se habían elevado sus plegarias por ella, sin embargo la voluntad que las precede ya había sido escuchada de inmediato. Se regocijaban en la alabanza a Dios con una voz sin palabras, con un sonido tan

alto que nuestros oídos apenas podían soportarlo. ¿Qué había en los corazones de los que se regocijaban sino la fe en Cristo, por la cual fue derramada la sangre de Esteban^[71]?

9

¿De qué dan testimonio esos milagros sino de esta fe en la cual se proclama que Cristo resucitó en carne y ascendió al cielo con carne? Porque también los propios mártires fueron mártires de esta fe, es decir, testigos de esta fe. Dando testimonio de esta fe soportaron este mundo especialmente hostil y cruel y lo vencieron, no oponiendo resistencia, sino muriendo. Por esta fe murieron quienes pudieron conseguir estos favores del Señor por cuyo nombre fueron muertos. Por esta fe su admirable capacidad de sufrimiento se anticipó para que la siguiera ese poder tan grande en estos milagros. Pues si la resurrección de la carne para la eternidad o bien no se ha anticipado en Cristo, o bien no habrá de llegar, como es preanunciada por Cristo, o como fue preanunciada por los profetas, por quienes fue preanunciado Cristo ¿por qué también son capaces de tan grandes milagros los muertos a quienes dieron muerte por esta fe por la que se proclama esta resurrección? En efecto, ya Dios mismo los realice por sí mismo del modo admirable con el que siendo eterno se ocupa de los asuntos temporales, ya por medio de sus ministros; y estos mismos que realiza por medio de sus ministros, ya haga algunos también por medio de los espíritus de los mártires, así como por medio de personas constituidas todavía en cuerpo, ya sobre todos ellos por medio de ángeles, a los que da órdenes invisible, incorporeal e inmutablemente, de modo que los que se dice que se realizan por medio de los mártires, se hagan solamente mediante sus súplicas y su intercesión, no mediante su intervención; ya unos de estos modos, ya otros de aquellos que de ninguna manera pueden ser comprendidos por los mortales, sea como sea, dan testimonio de esta fe en la que se proclama la resurrección de la carne para la eternidad.

10

En este punto tal vez dirán que sus dioses también realizaron algunas acciones admirables. Bien, si ya empiezan a comparar a sus dioses con nuestros difuntos ¿acaso dirán también que ellos tienen dioses surgidos de hombres muertos como Hércules, como Rómulo, como otros muchos que se considera que fueron incluidos en el número de los dioses? Pero para nosotros los mártires no son dioses, porque sabemos que nuestro Dios y el de los mártires es uno solo y el mismo. Y tampoco, sin embargo, deben compararse de ningún modo a los milagros que son realizados por los santuarios de nuestros mártires aquellos que se cuenta que son llevados a cabo por los templos de aquellos. Pero si algunos parecen similares, sus dioses han sido vencidos por nuestros mártires, del mismo modo que Moisés venció a los magos del faraón^[72]. Por otra parte, los demonios los hicieron con aquella altanería de impura soberbia con la que pretendieron ser sus dioses. Por su parte, los mártires, o más bien Dios con su cooperación o sus súplicas, los realizan a fin de que progrese la fe por la que creamos que aquellos no son nuestros dioses, sino que tenemos un solo Dios con nosotros. Además construyeron templos y erigieron altares en honor de semejantes dioses suyos, e instituyeron sacerdotes y realizaron sacrificios. Nosotros, en cambio, no creamos templos para nuestros mártires como para dioses, sino santuarios como para personas difuntas, cuyos espíritus viven junto a Dios. Y allí erigimos altares, no para ofrecer sacrificios a los mártires, sino al único Dios, de los mártires y nuestro. Para este sacrificio, como hombres de Dios que vencieron al mundo en su confesión, son nombrados en su lugar y su rango, pero no son invocados por el sacerdote que realiza el sacrificio. Lo cierto es que ofrece el sacrificio a Dios, no a estos mismos, aunque sacrifique en su santuario, porque es sacerdote de Dios, no de ellos. Pero el sacrificio mismo es el cuerpo de Cristo, que no se les ofrece a ellos mismos, porque ellos mismos también lo son^[73]. Por consiguiente, ¿a quiénes de los que realizan acciones admirables se ha de creer más bien? ¿acaso a los que pretenden ser ellos mismos tenidos por dioses por parte de aquellos en cuyo beneficio las realizan o a los que llevan a cabo toda acción admirable que realizan con el fin de que se crea en Dios, que también Cristo lo es? ¿acaso a aquellos que quisieron que sus sacrificios fuesen también sus crímenes, o a aquellos que no quieren que sus alabanzas sean sus sacrificios, sino que todo por lo que son alabados de verdad sea provechoso para la gloria de aquel en quien son alabados? Lo cierto es que sus almas son alabadas en el Señor^[74]. Por tanto, creamos en ellos cuando dicen la verdad y realizan acciones maravillosas. Pues sufrieron por decir la verdad para poder llevar a cabo acciones

admirables. En estas verdades se halla la principal, que Cristo resucitó de los muertos y mostró en su carne el primero la inmortalidad de la resurrección, que prometió que nos habría de llegar, ya al comienzo del nuevo siglo, ya en su final.

11

Contra este inmenso don de Dios esos razonadores cuyos *pensamientos conoce el Señor porque son vanos*^[75], argumentan a partir de los pesos de los elementos. Porque con Platón como maestro^[76], evidentemente, han aprendido que los dos cuerpos más grandes y situados en los extremos del mundo están unidos y vinculados a los dos intermedios, a saber, el aire y el agua. Y por esto, dicen, puesto que desde aquí hacia arriba la tierra es la primera, la segunda el agua sobre la tierra, el tercero el aire sobre el agua, el cuarto el cielo sobre el aire, un cuerpo terreno no puede estar en el cielo.

En efecto, todos y cada uno de los elementos están en equilibrio según sus propios pesos para mantener su orden. He aquí con qué clase de argumentos contradice a la omnipotencia de Dios la debilidad humana, de la que se apodera la vanidad. ¿Qué hacen, por consiguiente, en el aire tantos cuerpos terrenos, si el aire es el tercero desde la tierra? A no ser que resulte que quien concedió a los cuerpos terrenos de las aves elevarse en el aire por la ligereza de las plumas y las alas no pudiera conceder a los cuerpos de los seres humanos convertidos en inmortales la cualidad por la que fueran capaces de habitar incluso en lo alto del cielo. También los propios animales terrestres que no pueden volar, entre los cuales se incluyen además los seres humanos, del mismo modo que los peces bajo el agua, que son animales acuáticos, así también debieron vivir bajo la tierra. Por consiguiente, ¿por qué al menos el animal terrestre no extrae este aliento vital del segundo elemento, es decir, de las aguas, sino del tercero? ¿Por qué, ya que pertenecen a la tierra, si se les obliga a vivir en el segundo elemento, que está sobre la tierra, se asfixian de inmediato y habitan en el tercero para poder vivir? ¿Acaso yerra este orden de los elementos, o más bien falla, no en la naturaleza de las cosas, sino en los argumentos de esos? Omito incluir lo que ya planteé en el decimotercer libro^[77], ¿cuántos cuerpos terrenos son pesados, como el plomo, y reciben del artesano una forma con la que pueden flotar sobre el agua, y se niega al

artífice omnipotente el poder de otorgar al cuerpo humano la facultad por la que pueda ser llevado al cielo y estar en el cielo?

Ya ciertamente no encuentran en absoluto qué alegar contra aquello que ya expuse anteriormente, incluso considerando y tratando ese orden de los elementos en el que confían. En efecto, así se ubican desde abajo hacia arriba la tierra la primera, el agua la segunda, el tercero el aire, el cuarto el cielo, para que encima de todos se halle la naturaleza del alma. Pues Aristóteles incluso afirmó que esta constituía un quinto cuerpo^[78] y Platón que era inmaterial. Si fuese el quinto, sin duda sería superior a los restantes; pero al ser inmaterial resulta muy superior a todos. ¿Qué hace, pues, en un cuerpo terreno? ¿Qué hace en esta mole la que es más sutil que todos los cuerpos? ¿Qué hace en este peso la que es más ligera que todos ellos? ¿Qué hace en esta lentitud la que es más rápida que todos? ¿Acaso así por medio del mérito de esta naturaleza tan excelente no podría conseguirse que su cuerpo se elevase al cielo, y dado que ahora la naturaleza de los cuerpos terrenos es capaz de hundir las almas hacia abajo, las almas no serán capaces de elevar los cuerpos terrenos hacia arriba?

Si llegamos ya a los prodigios de estos, realizados por sus dioses, que contraponen a nuestros mártires, ¿acaso no se hallará que los hicieron precisamente en nuestro beneficio y que, sin duda, nos resultan provechosos? Pues entre los grandes prodigios de sus dioses es ciertamente grande el que recuerda Varrón de que una virgen vestal, al hallarse en peligro por una falsa sospecha de estupro, llenó una criba con agua del Tíber y la llevó a sus jueces sin que escurriera ni una gota de la misma^[79]. ¿Qué sostuvo el peso del agua sobre la criba? ¿Quién, habiendo tantos agujeros abiertos, propició que no cayera nada de allí a tierra? Responderán: «Algún dios o algún demonio». Si un dios, ¿acaso es más grande que Dios, que creó este mundo? Si un demonio, ¿acaso es más poderoso que un ángel, que sirve a Dios, por quien fue creado este mundo? Por consiguiente, si un dios menor o un ángel o un demonio pudo dejar suspendido el peso de un elemento húmedo de tal manera que parezca que la naturaleza del agua había sido modificada, ¿acaso el Dios omnipotente, que creó todos estos mismos elementos, no podrá quitar su gravoso peso a un cuerpo terreno para que habite como cuerpo vivificado en el mismo elemento, en el que querría el espíritu vivificante?

Después, puesto que colocan los aires en medio, entre el fuego de encima y el agua de debajo, ¿cómo es que lo encontramos a menudo entre el agua y el agua y entre el agua y la tierra? ¿Qué pretenden, pues, que son las nubes cargadas de agua, entre las cuales y los mares se encuentra en medio el aire?

¿Con qué peso y orden de los elementos, pregunto, se hace que torrentes violentísimos y agitadísimos, antes de que corran bajo el aire en las tierras, pendan sobre el aire en las nubes? ¿Por qué, en definitiva, el aire está en medio entre lo más alto del cielo y la desnudez de las tierras por cualquier parte que se extienda el orbe, si su lugar está establecido entre el cielo y las aguas, como el de las aguas entre él mismo y las tierras?

Finalmente, si el orden de los elementos ha sido dispuesto de tal modo que, según Platón, a los dos intermedios, es decir, el aire y el agua, se unen los dos extremos, es decir, el fuego y la tierra, y aquel obtiene el lugar más alto del cielo, esta, en cambio, el más profundo del mundo, a modo de cimiento y, por ello, en el cielo no puede haber tierra ¿por qué el mismo fuego está sobre la tierra? Lo cierto es que, según esta distribución, esos dos elementos, la tierra y el fuego, debieron hallarse en sus lugares propios, el más profundo y el más elevado, de manera que, como no admiten que pueda estar en lo más alto lo que es propio de lo más profundo, así tampoco podría estar en lo más profundo lo que es propio de lo más elevado. Por consiguiente, como piensan que ni hay ni va a haber ninguna partícula de tierra en el cielo, igualmente no debimos ver ninguna partícula de fuego en la tierra. Pero ahora no solo está sobre las tierras, sino también bajo las tierras, de tal manera que lo expulsan las cimas de las montañas, aparte de que en los usos de los seres humanos vemos que existe fuego en la tierra y lo vemos nacer de la tierra. Porque también nace de los leños y de las piedras, que son cuerpos sin duda terrenos. Pero, dicen, aquel fuego es tranquilo, puro, inocuo, sempiterno; este, en cambio, tumultuoso, humeante, corruptible y corruptor. Y, sin embargo, no corrompe los montes en los cuales arde sin cesar ni las cavernas de la tierra. Pero, de acuerdo, sea ese distinto de aquel para que esté en consonancia con las moradas terrenas. ¿Por qué, pues, no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenos hecha incorruptible algún día va a estar adaptada al cielo como ahora el fuego corruptible se adapta a estas tierras? Por tanto, a partir de los pesos y el orden de los elementos no aportan nada con lo que impedir al Dios omnipotente que haga nuestros cuerpos de tal índole que también puedan habitar en el cielo.

Pero acostumbran a indagar escrupulosísimamente y a burlarse de la fe por la que creemos que la carne va a resucitar preguntando si los fetos abortivos resucitarán y, puesto que dice el Señor: *Amen, os digo, el cabello de vuestra cabeza no perecerá*^[80], si la estatura y el vigor serán iguales para todos o diversas las dimensiones de los cuerpos. En efecto, si se va a dar la igualdad de los cuerpos, ¿de dónde tendrán lo que aquí no tuvieron en la masa de aquel cuerpo abortivo, si resucitan también estos mismos? O si no van a resucitar porque no han nacido, sino que fueron expulsados, plantean la misma pregunta sobre los niños pequeños, de dónde se les añade la dimensión del cuerpo que ahora vemos que les faltó, cuando mueren en esta edad. Y, en efecto, no vamos a decir que no vayan a resucitar aquellos que no solo son susceptibles de ser engendrados, sino también de ser regenerados. Después preguntan qué medida tendrá la propia igualdad. Efectivamente, si todos serán tan grandes y tan altos como lo fueron quienes aquí fueron los más grandes y más altos, preguntan no solo respecto a los niños pequeños, sino respecto a muchos, de dónde se les va a añadir lo que les faltó aquí si cada uno recibe lo que tuvo aquí; pero si, cosa que afirma el apóstol, todos nosotros nos encontraremos *con la medida de la edad de plenitud de Cristo*^[81], y aquello otro: *A quienes predestinó que se harán conformes a la imagen de su hijo*^[82], debe entenderse de manera que la estatura y la medida del cuerpo de Cristo va a ser la de todos los cuerpos humanos que estarán en su reino. A muchos, dicen, se les deberá detraer de la magnitud y altura de su cuerpo; ¿y donde quedará ya: *el cabello de vuestra cabeza no perecerá*, si se perderá tanto de la propia medida del cuerpo? Aunque también, respecto a los mismos cabellos, podría preguntarse si volverá todo lo que les cae a manos de quienes lo cortan. Y si va a regresar, ¿quién no se horroriza de aquella deformidad? Pues también parece que esto seguirá inevitablemente respecto a las uñas, que habrá de regresar todo lo que el cuidado corporal hizo cortar. ¿Y dónde estará la belleza que deberá ser, sin duda, mayor ya en aquella inmortalidad de la que pudo existir en esta corrupción? Pero si no va a volver, entonces perecerá. ¿Cómo, pues, dicen, el cabello de la cabeza no perecerá? También disputan del mismo modo sobre la delgadez o la gordura. Pues si todos serán iguales, sin duda no serán unos delgados y otros gruesos. Por consiguiente, se añadirá a unos algo, a otros se les reducirá. Y por esto no deberá recuperarse lo que había, sino que en alguna parte se ha de añadir lo que no hubo, y en otra perderse lo que existió.

Asimismo, respecto a las propias corrupciones y descomposiciones de los cuerpos de los muertos, dado que una parte se transforma en polvo, otra se

exhala al aire, a unos los devoran las bestias, a otros los consume el fuego, algunos perecen por un naufragio o por las aguas de cualquier clase, de forma que la podredumbre disuelve sus carnes en líquido, sienten no poco desconcierto, y creen que todos estos no pueden recogerse y reintegrarse en carne. Buscan constantemente también ciertas deformidades y defectos, ya por accidente, ya de nacimiento, donde recuerdan con horror y burla partos monstruosos y preguntan cuál va a ser la resurrección de cada deformidad. En efecto, si decimos que nada semejante vuelve al cuerpo del ser humano, presuponen que ellos refutarán nuestra respuesta por las marcas de las heridas con las cuales proclamamos que Cristo, el Señor, resucitó. Pero entre todas estas cuestiones, se plantea aquella difícilísima: a la carne de quién va a regresar la carne con la que se nutre un cuerpo de otro que se alimenta de carne humana por la compulsión del hambre. La verdad es que se convierte en carne del que ha vivido de tales alimentos y suplió aquellas pérdidas que su delgadez había puesto de manifiesto. Por consiguiente, con este propósito preguntan si la carne vuelve a aquella persona que fue su dueña en primer lugar, o si a aquella más bien a quien perteneció después, para burlarse de la fe en la resurrección y así prometer al alma humana o bien, como Platón^[83], una alternancia de infelicidades verdaderas y falsas felicidades o, como Porfirio, reconocer que después de muchas vueltas a través de cuerpos diversos asimismo, alguna vez, no obstante, concluye esta sus desgracias y no vuelve jamás a ellas, no teniendo, sin embargo, un cuerpo inmortal, sino huyendo de todo cuerpo^[84].

13

Por consiguiente, a estas objeciones que, siguiendo el orden de mi argumentación, me parecen aducidas por la parte contraria a la nuestra, responderé gracias a la misericordia de Dios, que proporciona apoyo a mis esfuerzos. Los fetos abortivos que, tras haber vivido ya en el útero, han muerto en él, no me atrevo a afirmar ni a negar que vayan a resucitar. Aunque no puedo ver cómo no les va a pertenecer la resurrección de los muertos, si no se les excluye del número de los muertos. Efectivamente, o bien no resucitarán todos los muertos y quedarán sin un cuerpo para la eternidad algunas almas humanas que portaron cuerpos humanos, aunque fuera en las entrañas maternas; o bien si todas las almas humanas van a recibir resucitados

los cuerpos que tuvieron dondequiera que los dejaron mientras estaban vivos y al morir, no encuentro cómo puedo decir que no tienen parte en la resurrección de los muertos algunos muertos, aun en los úteros de sus madres. Pero sea lo que sea que opine cada cual de estas cuestiones, lo que vamos a decir de los niños ya nacidos, esto también debe entenderse de aquellos, si van a resucitar.

14

Por consiguiente, ¿qué vamos a decir de los niños pequeños, sino que no van a resucitar en la menudencia de su cuerpo con la que murieron, sino que recibirán por una acción admirable y rapidísima de Dios la complexión que habrían de alcanzar más lentamente con el tiempo? Lo cierto es que en la sentencia del Señor en la que dice: *El cabello de vuestra cabeza no perecerá*^[85], se dijo que no iba a faltar lo que existió, pero no se negó que fuera a existir lo que faltó. Al niño muerto le faltó el desarrollo completo de su cuerpo. En realidad, a un niño perfecto le falta sin duda la perfección del tamaño corporal que, una vez alcanzado, su estatura ya no pueda elevarse más. Esta medida de la perfección todos la poseen de manera que son concebidos y nacen con ella. Pero la tienen en los principios, no en la materia. Así como todos los propios miembros ya existen de forma latente en la semilla, aunque a los recién nacidos les faltan algunos de momento, como los dientes y otros semejantes. En este principio introducido en la materia corporal de cada uno parece que ya, en cierto modo, por decirlo así, se halla el comienzo de lo que todavía no existe, mejor dicho, de lo que está latente, pero existirá con el paso del tiempo, o, más bien, se hará visible. En este, pues ya es alto o bajo el niño que va a ser alto o bajo. Conforme a este principio, sin duda no tememos una disminución del cuerpo en la resurrección del cuerpo porque, aunque vaya a producirse la igualdad de todos, de manera que todos alcanzasen magnitudes gigantescas, para que aquellos que fueron los más corpulentos no tuviesen algo menos en su estatura que perezca en ellos en contra de la sentencia de Cristo, que dijo que no iba a perecer ni un cabello de la cabeza. ¿Cómo, sin duda, podría faltarle al creador, que creó todas las cosas de la nada, de donde añadir lo que, como artífice admirable, sabe que debe añadirse?

Pero Cristo, ciertamente, resucitó con aquella medida corporal con la que murió, y no es lícito decir que, cuando llegue el tiempo de la resurrección de todos, se añadirá a su cuerpo esa magnitud que no tuvo, cuando se presentó a sus discípulos en aquella en la que les era conocido, a fin de poderse hacer igual a los más altos. Si, en cambio, afirmásemos que todos los cuerpos más grandes habían de ser reducidos a la medida del cuerpo del Señor, perecerá la mayor parte de los cuerpos de muchos, siendo así que él mismo había prometido que no iba a perecer ni un solo cabello. Resta, pues, que cada uno reciba su propia estatura que, o bien tuvo en la juventud, aunque haya muerto anciano, o bien la que hubiera podido alcanzar, si murió antes, y lo que mencionó el apóstol sobre la medida de la edad de plenitud de Cristo^[86], o bien hemos de entender que se dijo por otro motivo, a saber, que la medida de su edad será alcanzada al añadirsele a él como cabeza entre los pueblos cristianos la perfección de todos sus miembros, o bien, si esto se dijo respecto a la resurrección de los cuerpos, debemos entender que se ha dicho en el sentido de que los cuerpos de los muertos no resucitarán ni por encima ni por debajo de su forma juvenil, sino en la edad y vigor hasta el que sabemos que Cristo llegó en este mundo (lo cierto es que también los hombres más instruidos de ese siglo delimitaron que la juventud se situaba en torno a los treinta años; que en el momento en que hubiese sobrepasado dicho límite, a partir de ahí el ser humano se inclina al deterioro de la edad más gravosa y senil); y, por ello, no se dijo en la medida del cuerpo o en la medida de la estatura, sino *en la medida de la edad de plenitud de Cristo*.

Igualmente, lo que dice de que los predestinados, *se hacen conformes a la imagen del hijo de Dios*^[87], puede también interpretarse según el hombre interior (de ahí que nos dice en otro lugar: *No queráis conformaros a este siglo, sino reformaos en la renovación de vuestra mente*^[88]). Por consiguiente, donde nos reformamos para no conformarnos a este siglo, allí nos conformamos al Hijo de Dios). Puede también entenderse de manera que, como aquel se hace conforme a nosotros en la mortalidad, así nosotros nos hacemos conformes a él en la inmortalidad, cosa que atañe, sin duda, también a la propia resurrección de los cuerpos. Por otra parte, si también en estas palabras se nos advierte con qué forma van a resucitar los cuerpos, como aquella medida, así también esa conformación debe entenderse no del tamaño, sino de la edad. Consecuentemente, todos resucitarán con un tamaño corporal, o bien como el que poseían, o bien como el que iban a poseer en la edad juvenil; con todo, no habrá ningún obstáculo, aunque la forma del cuerpo sea infantil o senil, donde no quedará debilidad alguna ni de la mente ni del propio cuerpo. De donde también, si alguien sostiene que cada uno va a resucitar en esta medida del cuerpo en la que murió, no debe combatirse con aquel en una laboriosa controversia.

Algunos a partir de estas palabras: *Hasta que todos concurramos en la unidad de la fe, en el varón perfecto, en la medida de la edad de plenitud de Cristo*^[89], y: *semejantes a la imagen del hijo de Dios*^[90], creen que las mujeres no van a resucitar en el sexo femenino, sino que dicen que todos lo harán en el masculino^[91], porque Dios solo creó al varón del barro, a la mujer del varón. Pero a mí me parece que muestran mejor criterio quienes no dudan que resucitará uno y otro sexo. En efecto, allí no existirá la libido, que es causa de confusión. Pues antes de que hubieran pecado, el varón y la mujer estaban desnudos y no caían en la confusión. Por consiguiente, a aquellos cuerpos les serán eliminados los vicios, la naturaleza se conservará. Por otra

parte, el sexo femenino no es vicio, sino naturaleza, que entonces ciertamente estará exenta del coito y del parto. Existirán, sin embargo, los miembros femeninos, no dispuestos para su antiguo uso, sino para un nuevo adorno con el que no se atraiga la concupiscencia del que mira, que no existirá en absoluto, sino con el que se alabe la sabiduría y la clemencia de Dios que, por un lado, creó lo que no existía y, por otro, liberó de la corrupción lo que hubo creado. En efecto, para que en el origen del género humano se crease a la mujer arrancada una costilla del costado del varón mientras dormía, convenía que con tal acción fueran profetizadas ya entonces Cristo y la iglesia. Lo cierto es que aquel sueño del varón representaba la muerte de Cristo^[92], cuyo costado, mientras colgaba exánime en la cruz, fue perforado por la lanza y de allí fluyó sangre y agua^[93]. Sabemos que estos son los sacramentos con los que se edifica la iglesia. Pues la Escritura también se sirve de esta palabra donde no se lee «formó» o «modeló», sino: *la edificó en mujer*^[94], de donde también el apóstol menciona la edificación del cuerpo de Cristo, que es la iglesia^[95]. Por consiguiente, la mujer es criatura de Dios como el varón; pero la unidad se hizo valer mediante el hecho de que fuese creada del varón; y Cristo, como se ha dicho, y la iglesia son figurados mediante el que se crease de aquel modo. Por consiguiente, quien estableció uno y otro sexo, restituirá ambos. Finalmente, Jesús mismo, interrogado por los saduceos, que negaban la resurrección, de cuál de los siete hermanos será esposa aquella que habían tenido sucesivamente mientras cada uno de ellos deseaba aumentar la descendencia del hermano difunto, como prescribía la ley, dijo: *Erráis por no conocer las escrituras ni la virtud de Dios*^[96]; y habiendo lugar para decir: «En efecto, aquella de la que me preguntáis será también ella misma varón, no mujer», no lo dijo, sino que afirmó: *En la resurrección ciertamente ni las mujeres se casan ni los varones toman esposas, sino que son como los ángeles en el cielo*^[97]; ciertamente, son iguales a los ángeles en la inmortalidad y felicidad, no en la carne; así como tampoco en la resurrección, de la que no tenían necesidad los ángeles, puesto que tampoco pudieron morir. Por consiguiente, el Señor negó que fuera a haber nupcias en la resurrección, no que fuera a haber mujeres, y lo negó allí donde se desarrollaba tal discusión que hubiera resuelto con más rápida facilidad con la negación del sexo femenino, si supiera previamente que allí no iba a existir: si también afirmó que iba a existir diciendo: *No se casarán las mujeres*, cosa que atañe a las féminas, *ni tomarán esposas*, lo que atañe a los varones. Por tanto, existirán las que aquí suelen casarse o los que acostumbran a tomar esposas; pero allí no lo harán.

Por lo cual, respecto a lo que dice el apóstol, que todos nosotros vamos a concurrir en el varón perfecto, debemos considerar el contexto de toda esta lectura que se desarrolla así: *Quien descendió, dice, él mismo es también quien ascendió sobre todos los cielos, para llenarlo todo. Y él mismo dio ciertamente a unos como apóstoles, a otros, en cambio, como profetas, a otros, empero, como evangelistas y a otros como pastores y doctores para el perfeccionamiento de los santos en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo hasta que concurramos todos en la unidad de la fe y el reconocimiento del hijo de Dios, en varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños lanzados y zarandeados por todo viento de la doctrina en la burla de los seres humanos, en la astucia para la maquinación del error, sino que practicando la verdad en la caridad seamos engrandecidos por todas las cosas en aquel que es la cabeza, Cristo, por medio del cual el cuerpo entero, unido y ensamblado por todas las conexiones de su aprovisionamiento según la actividad a la medida de cada parte, produce el crecimiento del cuerpo en su edificación en la caridad*^[98]. He aquí el que es el varón perfecto, cabeza y cuerpo, que consta de todos los miembros que se completarán en su tiempo, y que, sin embargo, cada día se añaden al mismo cuerpo mientras es edificada la iglesia, a la que se dice: *Pero vosotros sois el cuerpo de Cristo y los miembros*^[99], y en otro lugar dice: *por su cuerpo, que es la iglesia*^[100], e igualmente en otro pasaje: *Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos*^[101]. Sobre la edificación de este cuerpo también se ha dicho aquí: *para el cumplimiento de los santos en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo*^[102], y después se ha añadido aquello de donde ahora tratamos: *hasta que concurramos todos en la unidad de la fe y el reconocimiento del hijo de Dios, en varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo*^[103], y lo demás, hasta mostrar en qué cuerpo debe entenderse la misma medida diciendo: *seamos engrandecidos por todas las cosas en aquel que es la cabeza, Cristo, por medio del cual el cuerpo entero, unido y ensamblado por todas las conexiones de su aprovisionamiento según la actividad a la medida de cada parte*^[104]. Por consiguiente, como es la medida de cada parte, así la de todo el cuerpo, que consta de todas sus partes, es ciertamente la medida de la plenitud, de la que se ha dicho: *en la medida de la edad de la plenitud de Cristo*^[105]. Dicha plenitud también la recordó en aquel pasaje donde dice de Cristo: *Y dio a este mismo como cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, que*

es su cuerpo, su plenitud, que lo colma todo en todos^[106]. Pero si esto debe ser referido a la forma de la resurrección en la que se hallará cada uno ¿qué puede impedirnos entender en la mención del hombre también a la mujer, de modo que interpretásemos que se ha utilizado hombre en el sentido de ser humano? Como en aquello que se ha dicho: *Feliz el hombre que teme al Señor*^[107], sin duda allí también se incluyen las mujeres que temen al Señor.

19

¿Qué voy a responder ya sobre los cabellos y las uñas? Lo cierto es que una vez entendido que nada va a perecer del cuerpo, de manera que no haya nada deforme en el cuerpo, al mismo tiempo se entiende que aquello que iba a producir una deforme enormidad iba a añadirse a su masa, no a los lugares en los cuales se afease la forma de los miembros. Como si fuese un recipiente de barro que, retornado de nuevo al mismo barro, se modelase de nuevo todo de su totalidad, no sería necesario que aquella parte del barro que había estado en el asa volviera al asa o la que había formado el fondo, esa misma hiciera de nuevo el fondo, con tal que, sin embargo, todo volviera al todo, es decir, todo aquel barro regresase a todo el recipiente sin que se pierda ninguna parte de él. Por lo cual, si los cabellos, tantas veces rasurados, y las uñas cortadas vuelven a sus lugares causando deformidad, no regresarán. Y, sin embargo, no perecerán para nadie cuando resucite, porque serán revertidos a la misma carne por la mutabilidad de la materia para que conserven allí algún lugar del cuerpo, manteniendo la proporción de las partes. Aunque lo que dice el Señor: *El cabello de vuestra cabeza no perecerá*^[108], podría entenderse que se ha afirmado mucho más propiamente no de la longitud, sino del número de cabellos, de ahí que en otro pasaje dice: *<todos> los cabellos de vuestra cabeza están contados*^[109]. Y no digo esto porque considere que vaya a perecer en algún cuerpo algo que se halle en él por naturaleza, sino que lo que había nacido deforme (no ciertamente por otra razón sino para que se muestre de ahí también hasta qué punto es un castigo esta condición de los mortales), va a regresar de tal manera que, conservada la integridad de la sustancia, perezca la deformidad. En efecto, si un artista humano puede fundir una estatua que por alguna causa había modelado deforme y tornarla hermosísima, de manera que de ahí no perezca nada de su sustancia, sino solamente la deformidad, y si algo en aquella figura previa se mostraba de forma

inconveniente y no concordaba con la proporción de las partes, amputar y separar no de la totalidad que había modelado, sino diseminar y mezclar en el conjunto, de manera que ni produzca fealdad ni disminuya el volumen, ¿qué debe pensarse del artista omnipotente? ¿acaso, pues, no podría eliminar y erradicar ciertas deformidades de los cuerpos humanos, no solo habituales, sino también raras y monstruosas, que están en consonancia con esta vida miserable, y resultan incompatibles con aquella felicidad futura de los santos, de tal manera que cualesquiera de ellas que sean producidas por excrescencias de la sustancia corporal, aunque naturales, sin embargo indecorosas, sean eliminadas sin ninguna mengua de los mismos?

Y, por ello, los delgados y los gruesos no deben temer ser allí también como tampoco aquí hubiesen querido ser de haber podido. En efecto, toda la belleza del cuerpo consiste en la proporción de las partes con cierta sutileza del color. Pero donde no hay proporción de las partes, o algo desagrada porque es feo, o porque es escaso, o porque es excesivo. Por tanto, no habrá ninguna deformidad que origine desproporción de las partes, donde también serán corregidas las que son feas, y lo que es menos de lo que conviene será suplido de ahí de donde sepa el Creador, y lo que es más de lo que conviene se detraerá, conservada la integridad de la materia. Finalmente ¡cuán espléndida será la sutileza del color *cuando los justos refulgirán como el sol en el reino de su padre*^[110]! Esta claridad en el cuerpo de Cristo, cuando resucitó, debe creerse más bien que fue ocultada a los ojos de los apóstoles y no que hubiera faltado. En efecto, la mirada humana y débil no la soportaría cuando aquel debía ser contemplado por los suyos de manera que pudiera ser reconocido. Esto tiene que ver también con que mostrase las cicatrices de sus heridas para que las palpasen, que ingiriese incluso comida y bebida^[111], no por necesidad de alimentos, sino por aquel poder por el que también podía hacerlo. Pero cuando algo, aunque esté presente, no es visto por quienes ven otras cosas que igualmente están presentes, como decimos que estuvo presente aquella claridad sin ser vista por quienes veían otras cosas: en griego se denomina [οπασία, que nuestros, traductores, incapaces de expresarlo en latín, tradujeron como ceguera en el libro del *Génesis*^[112]. Esta, en efecto, la sufrieron los habitantes de Sodoma cuando buscaban la puerta de un hombre justo y no podían encontrarla. Si se hubiese tratado de esta ceguera por la que sucede que no puede verse nada, no buscarían la puerta por la que entrar, sino los guías del camino por los que fueran llevados allí.

Por otra parte, no sé de qué modo nos vemos inspirados por el amor a los mártires bienaventurados, de tal manera que deseamos ver en aquel reino las

cicatrices de las heridas en sus cuerpos, que soportaron por el nombre de Cristo; y tal vez las veremos. Pues en ellas no habrá deformidad, sino dignidad, y refulgirá cierta belleza, aunque en el cuerpo, no del cuerpo, sino de la virtud. Y no por ello, sin embargo, si algunos miembros les fueron amputados y arrancados a los mártires, estarán sin esos mismos miembros en la resurrección de los muertos, a los que se ha dicho: *El cabello de vuestra cabeza no perecerá*^[113]. Pero si va a convenir en aquel siglo nuevo que las huellas de las heridas gloriosas se vean en aquella carne inmortal, donde los miembros, para ser cortados, fueron golpeados o seccionados, allí las cicatrices serán visibles, pero sin embargo restituidos los mismos miembros, no perdidos. Por tanto, aunque todos los defectos que le sobrevinieron al cuerpo no existirán entonces, sin embargo, no deben considerarse o denominarse defectos a las señales de virtud.

20

Por otra parte, lejos esté de nosotros la idea de que para resucitar los cuerpos y devolverlos a la vida la omnipotencia del Creador no sea capaz de revivir todas las partes que, o bien las bestias, o bien el fuego, consumieron, ya lo que se ha deshecho en polvo y ceniza, ya lo que se ha disuelto en líquido ya lo que ha sido exhalado al aire. Lejos esté que ninguna cavidad y lugar oculto de la naturaleza reciba de tal modo algo sustraído a nuestros sentidos que se oculte al conocimiento del creador de todas las cosas o escape a su poder. Cicerón, tan gran autoridad suya, deseando definir a Dios con certeza, como podía, dijo: «Es una mente independiente y libre, separada de toda concreción mortal, sintiendo todas las cosas y moviendo estas mismas, dotadas de movimiento sempiterno»^[114]. Y esto lo halla en las doctrinas de grandes filósofos. Por consiguiente, para expresarlo de acuerdo con ellos mismos, ¿cómo algo, o bien se oculta al que siente todas las cosas, o huye irrevocablemente del que mueve todas las cosas?

De ahí también ya debe resolverse aquella cuestión que parece más difícil que las demás, donde se pregunta, cuando la carne de la persona muerta también se convierte en carne de otro que vive, a quién de los dos se restituye preferentemente en la resurrección. En efecto, si alguien abatido y empujado por el hambre se alimenta de cadáveres de seres humanos, mal que algunas veces ha acontecido, y lo atestigua la historia antigua y lo documentaron

desgraciadas experiencias de nuestros tiempos^[115]. ¿acaso alguien discute con argumentos verosímiles que todo acaba digerido a través de los conductos inferiores, sin que nada de allí haya sido cambiado y transformado en la carne de aquel, si la propia delgadez que hubo, y ya no existe, prueba suficientemente qué carencias fueron suplidas con aquellos alimentos? Así pues, ya un poco antes anticipé algunas ideas que deberán servir para deshacer este embrollo. En efecto, cualquiera de las carnes que consume el hambre es, sin duda, exhalada al aire, de donde dijimos que el Dios omnipotente puede recuperar lo que ha escapado. Por consiguiente, aquella carne le será devuelta a la persona en la que comenzó en primer lugar a ser carne humana. Lo cierto es que debe considerarse como tomada en préstamo por aquel otro. Esta se le debe devolver, como una deuda, a aquel de donde fue tomada. Pero la suya, que el hambre había consumido, le será devuelta por aquel que puede restituirla incluso tras haber sido exhalada. Aunque hubiese perecido de todos modos y no quedase nada de su materia en ningún escondite de la naturaleza, la repararía el Omnipotente de donde quisiese. Pero por la sentencia de la Verdad, por la que se ha dicho: *El cabello de vuestra cabeza no perecerá*^[116], resulta absurdo que pensemos, dado que el cabello del ser humano no podría perecer, que tantas carnes devoradas y consumidas por el hambre pudieron perecer.

Analizadas y tratadas todas estas cuestiones según nuestra modesta capacidad, se alcanza la siguiente conclusión: que en la resurrección de la carne para la eternidad el tamaño de los cuerpos tendrá aquellas medidas que tenía la proporción establecida para el cuerpo de cada uno que debía alcanzarse, o ya alcanzada en la juventud, conservada también la belleza apropiada en las medidas de todos los miembros. Para que se preserve la belleza, si le fuera detraído a un tamaño inadecuado que se acumulase en alguna parte algo que fuera dispersado por el resto para que no desaparezca y se mantenga por doquier la proporción de las partes, no resulta absurdo que creamos que algo de allí también pueda añadirse a la estatura del cuerpo cuando esto se distribuye con todas las partes para que conserven la belleza, porque, si se hallase desproporcionadamente en una sola, sin duda no resultaría hermoso. O si se sostiene que cada uno va a resucitar con la estatura corporal con la que murió, no hay que mostrar una tenaz oposición. Simplemente, esté ausente toda deformidad, toda limitación, y toda corrupción, y cualquier otra característica que no conviene al reino, en el cual los hijos de la resurrección y de la promesa serán iguales que los ángeles de Dios^[117], si no en cuerpo ni en edad, sin duda en felicidad.

Por consiguiente, será restituido todo lo que pereció de los cuerpos vivos o de los cadáveres después de la muerte, y junto con lo que permaneció en los sepulcros, resucitará transformado de la vetustez del cuerpo animal a la novedad del cuerpo espiritual y revestido de inmortalidad^[118]. Pero aunque, ya por algún suceso grave, ya por la crueldad de los enemigos, sea reducido en su totalidad completamente a polvo y dispersado, ya en los aires, ya en las aguas, en la medida en que puede suceder, no se permita que exista en absoluto en ninguna parte, en modo alguno podría ser sustraído a la omnipotencia del creador, sino que no perecerá en él ni el cabello de la cabeza. Por consiguiente, la carne espiritual estará sometida al espíritu, pero seguirá siendo carne, no espíritu. De este hecho tenemos la prueba en la deformidad de nuestro castigo. En efecto, no serán carnales según la carne, sino ciertamente según el espíritu, aquellos a quienes dice el apóstol: *No pude hablaros como espirituales, sino como carnales*^[119]; y es llamado hombre espiritual en esta vida de manera que, sin embargo, sea de momento carnal en el cuerpo y vea otra ley en sus miembros que combate la ley de su mente. Por otra parte, será también espiritual en el cuerpo cuando la misma carne resucite, de tal modo que se cumpla lo que está escrito: *Se siembra un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual*^[120]. Asimismo, respecto a la índole y la dimensión de la gracia del cuerpo espiritual, puesto que todavía no llega a nuestra experiencia, temo que toda expresión que se pronuncie sobre ella resulte aventurada. Sin embargo, ya que el gozo de nuestra esperanza no debe callarse por la alabanza de Dios, y desde las entrañas más íntimas, que arden de santo amor, se ha dicho: *Señor, he amado la belleza de tu casa*^[121], conjeturemos con la ayuda del mismo, según somos capaces, a partir de sus dones, que en esta desgraciadísima vida se dan con largueza a buenos y malos, cuán grande es aquello que, al no haberlo experimentado todavía, no somos, sin duda, capaces de expresar dignamente. En efecto, omito cuando creó al hombre recto, —omito aquella vida feliz de los dos esposos en la fecundidad del paraíso, puesto que fue tan breve que ella misma ni siquiera llegaría a la aprehensión de los hijos. En esta que conocemos, en la cual nos hallamos hasta el momento, cuyas tentaciones, es más, ella que es toda tentación, no dejamos de padecer durante el tiempo que estamos en ella, cuanto se quiera que progreseemos, ¿quién podría explicar cuáles son las pruebas de la bondad de Dios hacia el género humano?

En realidad, respecto a lo que atañe al primer origen, esta misma vida, si debe llamarse vida, llena de tantos y tan grandes males, atestigua que toda la estirpe de los mortales ha sido condenada. Efectivamente ¿qué otra cosa indica esa especie de horrible profundidad de la ignorancia por la que se mantiene todo el error que atrapó a todos los hijos de Adán en una cavidad tenebrosa para que el ser humano no pueda ser liberado de él sin esfuerzo, dolor y temor^[122]? ¿Qué indica el amor mismo a tantas cosas vanas y perniciosas y, de ello, las preocupaciones devoradoras, perturbaciones, tristezas, temores, alegrías dementes, discordias, querellas, guerras, asechanzas, iracundias, enemistades, engaño, adulación, fraude, hurto, rapiña, perfidia, soberbia, ambición, envidia, homicidios, parricidios, crueldad, sevicia, indolencia, lujuria, petulancia, desvergüenza, impudor, fornicaciones, adulterios, incestos y tantos estupros e inmundicias contra la naturaleza de uno y otro sexo que resulta vergonzoso incluso nombrar, sacrilegios, herejías, blasfemias, perjurios, opresiones de los inocentes, calumnias, trampas, transgresiones, falsos testimonios, juicios injustos, violencias, latrocinios y cualquiera de los males semejantes que no viene a la mente y, sin embargo, no se aparta de esa vida de los seres humanos? Estas acciones en verdad son propias de los hombres malvados, viniendo, sin embargo, de aquella raíz del error y del amor perverso con la que nace todo hijo de Adán. ¿Pues quién ignora con cuánta ignorancia de la verdad, que ya es manifiesta en los niños pequeños, y con cuánta abundancia del deseo vano, que comienza a presentarse en los chiquillos, llega a esta vida el ser humano, de tal modo que, si se le permitiera vivir como quisiera y hacer lo que quisiera, llegaría a estas malas acciones y crímenes, ya sean todos o muchos, que he recordado, y los que no pude recordar^[123]?

Pero sin abandonar absolutamente la autoridad divina a los condenados y sin guardarse Dios en su ira sus conmisericordias^[124], en la misma sensibilidad del género humano la prohibición y la instrucción vigilan contra estas tinieblas con las que nacemos, y se oponen contra estos impulsos, llenas, sin embargo, también ellas mismas de esfuerzos y dolores. En efecto, ¿qué pretenden para sí los temores multiformes que se aplican para reprimir las vanidades de los pequeñuelos? ¿Qué los pedagogos, qué los maestros, qué las palmetas, qué la correa, qué las varas, qué aquella disciplina con la que la escritura santa dice que deben golpearse los costados del hijo querido para que no crezca indómito y, ya endurecido, o apenas pueda ser domado, o tal

vez no se pueda^[125]? ¿Qué se hace con todos estos castigos, sino combatir la ignorancia y refrenar el deseo depravado, males con los cuales llegamos a este siglo? ¿Qué significa el hecho de que recordamos con el esfuerzo, olvidamos sin el esfuerzo; con el esfuerzo aprendemos, sin el esfuerzo ignoramos, con el esfuerzo somos diligentes, sin el esfuerzo perezosos? ¿Acaso de ahí no se hace patente a qué es proclive e inclinada por su propio peso la naturaleza viciosa, y de cuánto esfuerzo requiere para ser liberada de allí? La desidia, la indolencia, la pereza, la negligencia son sin duda vicios con los que se huye del esfuerzo, dado que el propio esfuerzo, incluso el que es útil, es un castigo.

Pero, aparte de los castigos infantiles, sin los cuales no se puede aprender lo que pretenden los mayores, que apenas quieren algo de utilidad, ¿quién podría expresar por medio de palabra alguna por cuántos y cuán grandes castigos es agitado el género humano, los cuales no tienen relación con la maldad y la indolencia de los inicuos, sino con la condición y desgracia común? ¿quién lo abarca con pensamiento alguno? ¡Cuán grande es el temor, cuán grande la calamidad procedente de las pérdidas y del luto, de los daños y las condenas, de los engaños y las mentiras de los seres humanos, de las falsas sospechas, de todas las acciones violentas y los crímenes ajenos! Porque de ellos resulta a menudo el pillaje y el cautiverio, las cadenas y las prisiones, los exilios y tormentos, la amputación de los miembros y la privación de los sentidos, el abuso del cuerpo para satisfacer el obsceno deseo del que abusa de él y otros muchos males terribles. ¿Qué decir de las innumerables vicisitudes que se temen del exterior para el cuerpo: los calores y fríos, las tempestades, lluvias e inundaciones, el relámpago, el trueno, el granizo, el rayo, los movimientos y corrimientos de tierras, los aplastamientos de los derrumbes, los ataques por pánico o incluso por malicia de las bestias de carga, los mordiscos de las fieras, ya simplemente molestos, ya incluso mortíferos, la rabia que se contrae de un perro rabioso, de manera que a una bestia cariñosa y amiga de su amo se la tema en ocasiones más vehemente y amargamente que a los leones y las serpientes, y convierta a la persona a la que por casualidad haya mordido hasta tal punto rabiosa por el pestífero contagio que sea temida por sus padres, cónyuge, e hijos más que a cualquier bestia? ¿Qué desgracias soportan los navegantes! ¡Cuáles los que recorren caminos terrestres! ¿Quién camina sin estar expuesto a circunstancias inesperadas por todas partes? Cierta persona al regresar del foro a casa con sus pies sanos cayó, se fracturó el pie y por aquella herida puso fin a esta vida. ¿Qué parece más a salvo que el que está sentado? El sacerdote Eli cayó de la silla en que tomaba asiento y murió^[126]. Los campesinos, mejor dicho,

todas las personas, ¡cuántos y cuán graves accidentes del cielo y la tierra o de animales perniciosos temen para los frutos de los campos! Suelen, sin embargo, sentirse seguros respecto al trigo recogido y repuesto. Pero a algunos, cosa que sabemos, el río de improviso, mientras huían las personas, sacó y se les llevó una magnífica producción de trigo de los graneros. Frente a los multiformes ataques de los demonios, ¿quién confía en su inocencia? Porque, para que nadie se fíe, incluso a los niños pequeños bautizados, en comparación con los cuales sin duda no hay nada más inocente, alguna vez los atormentan de tal modo que en ellos sobre todo, permitiéndolo Dios, se muestra la calamidad digna de llanto de esta vida y la felicidad que ha de desearse de la otra. Por otra parte, del mismo cuerpo existen tantos males de las enfermedades que ni en los libros de los médicos son abarcados todos. En muchos de estos, y casi en todos, los propios remedios y medicamentos son tormentos, de manera que los seres humanos son sacados de la ruina del dolor mediante un remedio doloroso. ¿Acaso un cruel ardor no condujo a los hombres sedientos al extremo de beber orina humana e incluso la suya? ¿Acaso el hambre no los llevó a no poder abstenerse de las carnes de los seres humanos y a ingerir, no cadáveres que hubieran encontrado, sino asesinados por ellos para ese propósito, y no algunos ajenos, sino incluso madres a hijos con la increíble crueldad que producía la rabiosa inanición^[127]? Finalmente, el mismo sueño, que recibe el nombre propiamente de tranquilidad, ¿quién explicará con palabras cuán intranquilo es por las visiones de las pesadillas y con qué grandes terrores, aunque de situaciones falsas, que muestra y, en cierto modo, expresa de tal modo que no podamos distinguirlas de la realidad, perturba el alma desgraciada y los sentidos? ¿Por qué falsedades de las visiones son agitados tan miserablemente incluso despiertos en algunas enfermedades y envenenamientos? Aunque con una multiforme variedad de engaños los demonios malignos engañan en ocasiones a los seres humanos, incluso sanos, con tales visiones que, a pesar de que por medio de ellos no pudiesen atraerlos a su bando, sin embargo, burlan sus sentidos solo por el capricho de hacerles creer de cualquier modo su falsedad.

De esta especie de infierno de esta vida tan miserable no nos libera sino la gracia del Salvador Cristo, Dios y Señor nuestro (en efecto, este nombre es el del mismo Jesús; se traduce ciertamente como Salvador)^[128], sobre todo para que después de esta no nos reciba una más desgraciada y sempiterna, no vida, sino muerte. Pues en esta, aunque existan los grandes consuelos de las curaciones por medio de santas y santos, sin embargo no siempre se conceden tampoco los favores mismos a quienes los piden por este motivo, para que se

busque la religión no por esto, la cual debe buscarse más por la otra vida, donde no existirá ningún mal en absoluto. Y para este fin la gracia ayuda en estos males a todos los mejores, para que sean soportados con un corazón cuanto más fiel tanto más fuerte. Para este propósito los sabios de este siglo también dicen que es provechosa la filosofía, de la cual, dice Tulio, la verdadera la concedieron los dioses a unos pocos^[129]. Y no le ha sido dado por estos a los seres humanos, dice, un don más grande ni pudo dárseles ninguno. Hasta incluso estos mismos contra los que tratamos de algún modo son impulsados a reconocer la gracia divina en disponer no de cualquier filosofía, sino de la verdadera. Finalmente, si a unos pocos por voluntad divina les fue dado el único auxilio de la verdadera filosofía contra las desgracias de esta vida, también de ahí se hace suficientemente manifiesto que el género humano fue condenado a expiar las penas de sus desgracias. Pero como, según reconocen, no hay ningún don divino mayor que este, así debe creerse que no es concedido por ningún dios, sino por aquel en comparación con el cual, incluso los mismos que rinden culto a muchos dioses, afirman que no existe ninguno más grande.

23

Aparte de estos males de esta vida, comunes para buenos y malos, los justos poseen en ella algunos afanes suyos propios, por los que luchan contra los vicios y se desenvuelven en medio de las tentaciones y peligros de tales combates. En efecto, unas veces con mayor excitación, otras más débilmente, la carne, sin embargo, no deja de sentir deseos contra el espíritu y el espíritu contra la carne^[130], de manera que no hagamos lo que queremos, destruyendo toda la mala concupiscencia, sino que la sometamos a nosotros, en cuanto nos sea posible, con la ayuda de la voluntad divina, no consintiendo con ella, vigilando en continuas guardias para que no nos engañe una opinión aparentemente verdadera, para que no nos embauque el discurso astuto, para que no se extiendan las tinieblas de algún error, para que no se crea malo lo que es bueno o bueno lo que es malo, para que el miedo no nos aparte de lo que hay que hacer, para que el deseo no nos precipite a aquello que no se debe hacer, para que el sol no se ponga en medio de la ira^[131], para que las enemistades no nos inciten a devolver el mal por el mal^[132], para que no nos consuma una tristeza deshonesta o desmedida, para que la mente ingrata no

imponga su indolencia en devolver los favores, para que la buena conciencia no se vea importunada por los rumores maledicentes, para que una sospecha temeraria nuestra <sobre otro> no nos engañe, para que una ajena falsa sobre nosotros no nos quebrante, para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal para hacernos obedecer a sus deseos, para que nuestros miembros no se exhiban como armas de iniquidad ante el pecado^[133], para que el ojo no persiga la concupiscencia, para que no triunfe el deseo de venganza, para que la vista o el pensamiento no se demore en aquello que deleita pecaminosamente, para que no se escuche de buen grado palabra perversa o impúdica, para que no se haga lo que no es lícito aunque resulte grato, para que en esta guerra llenísima de trabajos y peligros no se espere que la victoria haya de conseguirse por nuestras propias fuerzas o, una vez conseguida, se atribuya a nuestras fuerzas, sino a la gracia de aquel del que dice el apóstol: *Por otra parte, gracias a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*^[134]; quien en otro pasaje dice: *Vencemos sobre todas estas vicisitudes por medio de aquel que nos amó*^[135]. Sepamos, sin embargo, que, por grande que quiera que sea el valor en el combate con el que nos opongamos a los vicios, o incluso los venzamos y subyuguemos, durante todo el tiempo que permanecemos en este cuerpo, no puede faltarnos motivo por el que decir a Dios: *perdónanos nuestras deudas*^[136]. En cambio, en aquel reino, donde habitaremos para siempre con cuerpos inmortales, no tendremos ningún combate ni deudas, que no hubieran existido jamás en ninguna parte si nuestra naturaleza hubiera permanecido recta como fue creada. Y, por ello, también este conflicto nuestro en el que porfiamos, y del que deseamos ser liberados en la victoria definitiva, pertenece a los males de esta vida, que con el testimonio de tantos y tan grandes males comprobamos que está condenada.

24

Ahora ya debe considerarse con cuáles y cuántos bienes la bondad del que administra todo lo creado ha colmado esta misma desgracia del género humano, en la que se alaba la justicia del que castiga^[137]. En primer lugar, aquella bendición que había concedido antes del pecado al decir: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra*^[138], ni después del pecado quiso retirarla, y permaneció en la estirpe condenada la fecundidad que se le había concedido,

ni pudo el vicio del pecado, por el que también nos fue infligida la necesidad de la muerte, eliminar aquella fuerza admirable de las semillas, ni aún incluso aquella más admirable con la que se producen también las semillas, introducida y, en cierto modo, entretejida en los cuerpos humanos. Pero uno y otro principio corren al mismo tiempo por esta especie de corriente torrencial del género humano: el mal que es arrastrado desde nuestro ancestro, y el bien que es concedido por el Creador. En el mal original hay dos: el pecado y el suplicio; en el bien original otros dos, la propagación y la conformación. Pero en lo que atañe a nuestra intención presente, de los males, de los cuales uno proviene de nuestra audacia, eso es, el pecado, el otro del juicio de Dios, a saber, el castigo, ya hemos hablado suficientemente. Ahora he establecido disertar sobre los bienes de Dios, que confirió incluso hasta ahora a la misma naturaleza viciada y condenada^[139]. Efectivamente, condenándola no le arrebató todo lo que le había dado, de no ser así no existiría en absoluto, ni la excluyó de su potestad, aun cuando la sometió al Diablo como castigo, puesto que ni al mismo Diablo lo alienó de su imperio; porque el que la propia naturaleza del Diablo subsista es obra de aquel que está en lo más alto y hace que exista todo lo que existe de algún modo.

Por consiguiente, de los dos bienes que señalamos que manaban de su bondad como de una fuente, incluso en la naturaleza viciada por el pecado y condenada al suplicio, la propagación la dio con largueza con su bendición en las primeras obras del mundo, de las cuales descansó al séptimo día. En cambio, la conformación se halla en aquella obra suya en la que está obrando hasta ahora^[140]. Lo cierto es que, si sustrajera a los seres su potencia efectiva, ni podrían avanzar y completar los tiempos con sus movimientos calculados, ni permanecerían de ningún modo en aquello en lo que fueron creados. Por consiguiente, Dios creó al ser humano de manera que le aportó una fertilidad con la que propagase otros seres humanos, engendrando también en ellos la misma posibilidad de reproducirse, no la necesidad. Sin embargo, Dios privó de ella a quienes quiso, y fueron estériles. No obstante, no privó al género humano de esta una vez que le fue dada a los dos primeros cónyuges en una bendición general. Por tanto, esta capacidad reproductiva, aunque no fuera eliminada por el pecado, no es sin embargo ella misma tal cual hubiese sido si nadie hubiera pecado. En efecto, desde que el ser humano, colocado en un puesto de honor, después que hubo delinquido, fue equiparado a las bestias^[141], engendra de modo similar a estas. No obstante, en él no se ha extinguido apenas cierta especie de chispa de razón, con la que fue creado a imagen de Dios^[142]. Por otra parte, si a esta forma de propagación no se

añadiera la conformación, ni ella misma progresaría en las formas y medidas de su especie. Si, efectivamente, los seres humanos no se unieran carnalmente y, sin embargo, Dios quisiera llenar las tierras de seres humanos, como creó uno solo sin la unión de macho y hembra, así podría crearlos a todos. Pero estos practicando la unión carnal no pueden ser generadores sin aquel como creador. Por consiguiente, como dice el apóstol sobre la instrucción espiritual por la que el ser humano es formado para la piedad y la justicia, *Ni el que planta es nada, ni el que riega, sino Dios, el que da el crecimiento*^[143]: así también aquí se puede decir: «Ni quien practica la unión carnal ni quien siembra es algo, sino Dios, el que da forma; ni la madre, que porta al concebido y alimenta al recién nacido es algo, sino Dios, que le da el crecimiento». Pues él mismo, con la capacidad de operar con la que opera hasta ahora, hace que las semillas desarrollen sus números y de ciertas envolturas ocultas e invisibles se tornen en formas visibles de esta belleza que contemplamos; él mismo, conectando y combinando de modos admirables la naturaleza corpórea y la incorpórea, aquella puesta al frente, esta sometida, crea el ser vivo. Esta obra suya es tan grande y admirable que no solo en el ser humano, que es un animal racional y, por ello, más excelente y distinguido que todos los seres vivos terrenos, sino en cualquier minúsculo ratoncillo, provoca estupor en la mente de quien lo piense en profundidad y le incita a la alabanza del Creador.

Por consiguiente, él mismo dio la mente al alma humana, donde el raciocinio y la inteligencia están dormidas en el niño pequeño en cierto modo, como si no existieran en absoluto, evidentemente dispuestas a ser despertadas y a salir a la luz con la consecución de la edad en la que esté capacitado para el conocimiento y el aprendizaje, y hábil para la percepción de la verdad y del amor al bien. Con dicha capacidad apura la sabiduría y está dotada de virtudes mediante las cuales de forma prudente, valerosa, templada y justa^[144] combata contra los errores y los restantes vicios congénitos, y venza ella al deseo de todo, excepto de aquel bien supremo e inmutable. Aunque no lo hiciera, esta misma capacidad para tales bienes establecida en la naturaleza racional qué bien tan inmenso es, cuán admirable. ¿Quién podría expresar o comprender como se debe la obra del Omnipotente? En efecto, excepto las artes del buen vivir y de llegar a la felicidad inmortal, que son llamadas virtudes y que son concedidas a los hijos de la promesa y del reino únicamente por la gracia de Dios, que se halla en Cristo, ¿acaso no han sido descubiertas y ejercitadas por el ingenio humano tantas y tan grandes artes, en parte necesarias, en parte placenteras, para que la fuerza tan sobresaliente de

la mente y el raciocinio atestigüe incluso en estas cosas superfluas, y es más, peligrosas y perniciosas, que trata de conseguir, qué bien tan grande posee en la naturaleza, de donde ella pudo hallar o aprender o ejercitar? Qué trabajos tan admirables, tan asombrosos en la indumentaria y las edificaciones logró la industria humana. Adónde ha llegado en la agricultura, adónde en la navegación. Qué diseño y puso en práctica en la fabricación de ciertos recipientes e, incluso, en la variedad de estatuas y pinturas. Qué actuaciones y representaciones se han llevado a cabo en los teatros, asombrosas para quienes las contemplan, increíbles para los que las escuchan. Qué recursos y de qué calibre descubrió para capturar, matar y domar animales irracionales. Contra los propios seres humanos tantas clases de venenos, de armas, de máquinas de guerra, y para proteger y reparar la salud mortal cuántos medicamentos y remedios ha conocido. Para el placer de los paladares cuántos condimentos y estimulantes de la gula. Para expresar e inducir pensamientos qué multitud y variedad de signos, donde tienen un lugar preeminente las palabras y las letras. Para deleitar los espíritus, qué recursos estilísticos, qué abundancia de distintos metros; para cautivar los oídos cuántos instrumentos musicales, cuántas modalidades de canto ha ideado. Qué enorme destreza en las medidas y el cálculo, con cuánta sagacidad ha comprendido los movimientos y órdenes de las estrellas. ¿Quién podría expresar de cuán profundo conocimiento de los asuntos mundanos se llenó, especialmente si quisiéramos no compendiarlo todo sumariamente, sino demorarnos en cada cuestión? Finalmente, ¿quién será capaz de valorar cuán grandes ingenios de filósofos y herejes descollaron en la defensa de los propios errores y falsedades? En efecto, hablamos ahora de la naturaleza de la mente humana con la que se adorna esta vida mortal, no de la fe y del camino de la verdad, con la que se adquiere aquella inmortal. Puesto que el fundador de esta naturaleza tan grande es, sin duda, el Dios verdadero y supremo, administrando él mismo todo lo que creó y gozando del sumo poder y la suprema justicia, jamás hubiera caído en estas desgracias, ni después de estas estaría destinada a dirigirse a las eternas, excepto únicamente aquellos que serán liberados, si no hubiese precedido un pecado especialmente grave en el primer hombre, del que han nacido los restantes.

Por otra parte, en el mismo cuerpo, aunque lo tengamos en común con las bestias por su mortalidad y resulte más débil que en muchas de ellas ¡Qué inmensa bondad de Dios, qué gran providencia de tan excelso creador se hace visible! ¿Acaso las sedes de los sentidos y los restantes miembros no han sido dispuestos de tal modo, y la propia apariencia y figura y estatura de todo el

cuerpo no han sido reguladas de tal manera que resulten un indicio de que todo ello ha sido creado al servicio de un alma racional? En efecto, el ser humano ha sido creado así, no como vemos que los animales, privados de raciocinio, están inclinados a la tierra, sino que la forma del cuerpo erguida hacia el cielo advierte que él comprende las cosas que están arriba^[145]. Por otra parte, la asombrosa movilidad que ha sido atribuida a la lengua y las manos, adecuada y conveniente para hablar y escribir, y destinada a completar obras propias de muchas artes y oficios, ¿acaso no muestra suficientemente a qué clase de alma ha sido unido tal cuerpo para que la sirva? Sin embargo, incluso dejando al margen las necesidades propias de la actividad, la coherencia de todas las partes resulta armoniosa y responde a una hermosa simetría, de manera que no se sepa si en su creación se ha tenido más en cuenta la utilidad que la belleza. En efecto, sin duda no vemos que haya sido creado en el cuerpo por causa de la utilidad nada que no tenga también un punto de belleza. Pero esto se nos haría más patente si conociésemos las proporciones numéricas con las que todas las cosas están conectadas y ajustadas entre sí. La perspicacia humana podría rastrearlas tal vez si se esfuerza en aquellos aspectos que se distinguen en el exterior; pero los que están ocultos y apartados de nuestras miradas, como es el inmenso entramado de venas, nervios y vísceras, los secretos de los órganos vitales, nadie puede descubrirlos. Porque, a pesar de que cierto celo cruel de los médicos, a los que llaman anatomistas, ha diseccionado los cuerpos de los muertos o incluso de los que morían entre sus manos mientras les seccionaban y examinaban con atención, y ha sido escudriñado todo lo oculto en las carnes humanas de forma bastante inhumana, para conocer qué, cómo y en qué partes se deben aplicar los tratamientos, sin embargo, respecto a los números de los que hablo, de los que se compone el ajuste, que en griego se llama *oppovía* de todo cuerpo en el interior y en el exterior, como si se tratara de un instrumento musical, ¿qué puedo decir? ¿Nadie ha sido capaz de encontrar los que nadie se ha atrevido a buscar? Y si hubiesen podido ser conocidos también en los órganos internos, que no muestran ninguna belleza, hasta tal punto deleitaría la hermosura de la proporción que sería preferida por el criterio de la propia mente, que se sirve de los ojos, a toda forma aparente que complace a los ojos. Pero existen algunas partes dispuestas en el cuerpo que solamente poseen belleza, no utilidad, como el pecho varonil tiene tetillas, como el rostro barba, que ella no sirve para protección sino para ornamento viril lo indican los rostros limpios de las mujeres, a las que, más débiles, sin duda convendría que fueran protegidas con mayor cuidado. Por consiguiente,

si no hay ningún miembro entre estos ciertamente visibles (de donde nadie tiene duda), que esté acomodado a alguna función, de tal manera que no sea también bello, hay en cambio algunos que poseen solo belleza y ninguna utilidad. Pienso que fácilmente se entiende que en la formación del cuerpo la dignidad se antepuso a la necesidad. Lo cierto es que la necesidad pasará, y vendrá un tiempo en que disfrutemos recíprocamente de la sola belleza sin ningún deseo carnal, lo cual sobre todo debe destinarse a la alabanza del Creador, al que se dice en el salmo: *Te has revestido de reconocimiento y belleza*^[146].

Ya la restante hermosura y utilidad de la creación que la generosidad divina ha concedido al ser humano, aun arrojado y condenado a estos trabajos y miserias, para su contemplación y disfrute ¿con qué discurso puede definirse? Ellas se encuentran en la belleza multiforme y diversa del cielo, la tierra y el mar, en tan gran abundancia y tan admirable apariencia de la misma luz, en el sol, la luna y las estrellas, en la oscuridad de los bosques, en los colores y olores de las flores, en la diversidad y abundancia de aves canoras y coloridas, en la multiforme apariencia de tantos y tan grandes animales, de los cuales causan mayor admiración aquellos que son de dimensiones mínimas (en efecto, más nos asombramos de los trabajos de las hormigas y las abejas que de los inmensos cuerpos de las ballenas) también en tan gran espectáculo del propio mar cuando se reviste de diversos colores como de ropajes, y una vez es verde, y esto en muchos tonos, otra purpúreo, otra azul. Finalmente, ¡con cuánto deleite se contempla también cuando está embravecido, y de ahí se origina mayor agrado porque encandila al que lo contempla de manera que no le zarandea y golpea como al navegante! ¿qué decir de la abundancia de alimentos por doquier contra el hambre? ¿qué de la diversidad de sabores contra el hastío, extendida por las riquezas de la naturaleza, no buscada por el arte y el esfuerzo de los cocineros? ¿Qué de los recursos para proteger o recuperar la salud en tantas situaciones? ¡Cuán grata es la alternancia de los días y las noches que se suceden! ¡Cuán suave es la temperatura del aire! ¡cuánta materia para confeccionar vestidos en los frutos y en los animales! ¿Quién podría recordarlo todo? Pero si quisiera desatar y abrir como envoltorios embalados únicamente aquellos ejemplos que he condensado como en un acervo, ¡cuánto tiempo debería demorarme en cada uno de ellos, en los que están contenidas tantas otras cosas! Y todos ellos son consuelos de los desgraciados y condenados, no premios de los bienaventurados. ¿Qué serán aquellos, pues, si esos son tantos, de tal índole y tan importantes? ¿Qué les dará a los que predestinó para la vida aquel que dio estas cosas también a

los que predestinó para la muerte? ¿Qué bienes en aquella vida feliz hará que tomen estos por los cuales quiso que su hijo unigénito soportase tantos males en esta desgraciada hasta la muerte? De ahí que el apóstol, hablando de los mismos predestinados a aquel reino, dice: *Quien no perdonó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todos los dones con él a nosotros también*^[147]? Cuando se cumpla esta promesa, ¡qué seremos! ¡Cómo seremos! ¡Qué bienes vamos a recibir en aquel reino, puesto que al morir Cristo por nosotros ya recibimos tal garantía! ¡de qué índole será el espíritu del ser humano sin tener ningún vicio en absoluto, ni bajo el que yazca, ni ante el que ceda, ni contra el que al menos combata de forma admirable, perfeccionado en apacible virtud! ¡Cuán gran conocimiento allí de las cosas, cuán bello, cuán seguro, sin error alguno ni esfuerzo, donde la sabiduría de Dios se beberá de su propia fuente, con suma felicidad, sin ninguna dificultad! ¡Cómo será el cuerpo que absolutamente sometido al espíritu y, por ello, suficientemente vivificado no necesite ningún alimento! Efectivamente, no será animal, sino espiritual^[148], manteniendo sin duda la sustancia de la carne, pero sin corrupción carnal alguna.

25

Pero sobre los bienes del espíritu, de los cuales disfrutará en medio de una inmensa felicidad después de esta vida, no disienten de nosotros los filósofos de renombre: sobre la resurrección de la carne discrepan, la niegan tanto como pueden. Pero los muchos creyentes dejaron a poquísimos negándola, y doctos e indoctos, conocedores y desconocedores del mundo, se convirtieron con corazón fiel a Cristo, que en su resurrección demostró lo que a esos les parecía absurdo. En efecto, el mundo creyó lo que predijo Dios, que predijo también que el mundo iba a creer esta realidad^[149]. Pues no fueron los maleficios de Pedro los que le impulsaron a anunciar previamente estos hechos con la alabanza de los creyentes con tanta anticipación^[150]. En efecto, él es el Dios, al que (como ya dije en algunas ocasiones y no me causa contrariedad hacer recordar), reconociéndolo Porfirio y deseando demostrarlo mediante los oráculos de sus dioses, las propias divinidades aborrecen^[151]. A este lo alabó hasta el punto de llamarlo Dios padre y rey. En efecto, lejos esté de nosotros afirmar que lo que predijo haya de ser entendido así como quieren aquellos que no creyeron con el mundo lo que predijo que iba a creer el

mundo. ¿Por qué, pues, no creer más bien, así como se predijo tanto tiempo atrás, que el mundo iba a creer, no como despotrican unos poquísimos que no quisieron creer con el mundo lo que se predijo que iba a creer? Si, efectivamente, afirman que las profecías deben creerse en otro sentido, a fin de que, si dijese que las que se pusieron por escrito son falsas, no causen ofensa a aquel Dios, quienes pronuncian tan importante testimonio le causan una ofensa tan grave o incluso mayor si afirman que deben entenderse de otro modo, no como las creyó el mundo, al que él mismo alabó porque iba a creer en ellas, él que fue el mismo que las prometió y las cumplió. ¿Acaso, pues, no puede hacer que resucite la carne y viva para siempre, o acaso no debe creerse que él lo hiciera porque es malo e indigno de Dios? Pero de su omnipotencia, por la que realiza tantos y tan grandes actos increíbles, ya hemos expuesto multitud de testimonios. Si quieren encontrar lo que el Omnipotente no puede, lo tienen bien fácil, yo se lo diré: no puede mentir. Por consiguiente, creamos lo que puede no creyendo lo que no puede. Por consiguiente, no creyendo que pueda mentir, crean que va a hacer lo que prometió que él iba a hacer, y crean como ha creído el mundo, del que predijo que iba a creer, al que alabó que iba a creer, que prometió que iba a creer, que ya muestra que ha creído. Por otra parte, ¿de dónde demuestran que esto es un mal? No habrá de allí ninguna corrupción, que es un mal del cuerpo. Sobre el orden de los elementos ya hemos discutido. Sobre otras conjeturas de los seres humanos ya hemos hablado suficientemente. Cuán grande va a ser la facilidad de movimiento en un cuerpo incorruptible, lo mostramos suficientemente en el libro decimotercero^[152], según creo, a partir de la estimación de la buena salud presente, que de ninguna manera debe ser comparada a aquella inmortalidad. Lean los libros anteriores de esta obra quienes no los leyeron o quieren repasar lo que leyeron.

26

Pero Porfirio, dicen, afirma que para que el alma sea feliz se debe huir de todo cuerpo^[153]. Por consiguiente, no resulta de ningún provecho decir que el cuerpo va a ser incorruptible si el alma no será feliz a no ser que huya de todo cuerpo. Pero ya discutí también sobre ello en el libro mencionado cuanto fue necesario. No obstante, aquí recordaré de allí tan solo un aspecto. Enmiende el maestro Platón sus libros de todas estas ideas y diga que sus dioses, de los

que aseguró que estaban encerrados en cuerpos celestes, para que sean felices, van a huir de sus cuerpos, es decir, van a morir. A estos, sin embargo, Dios, por quien fueron creados, para que pudiesen estar tranquilos, les prometió la inmortalidad, es decir, la permanencia eterna en esos mismos cuerpos, no formando parte ello de su naturaleza, sino prevaleciendo su decisión. Donde también desmonta la afirmación de aquellos, puesto que es imposible, de que no debe creerse en la resurrección de la carne. Lo cierto es que con absoluta claridad, según el mismo filósofo, cuando el Dios no creado prometió la inmortalidad a los dioses creados por él, afirmó que él iba a llevar a cabo algo que es imposible. En efecto, Platón cuenta que él habló del siguiente modo: «Puesto que habéis nacido, dice, no podéis ser inmortales e indestructibles; no obstante, de ningún modo seréis destruidos, ni ningún destino mortal acabará con vosotros, ni será más poderoso que mi determinación, que es un vínculo más fuerte para vuestra perpetuidad que los elementos con los que fuisteis formados»^[154]. Si no solo no son absurdos, sino que tampoco están sordos quienes escuchan estas palabras, no dudan ciertamente que a los dioses creados por aquel Dios que les dio forma se les prometió lo que, según Platón, es imposible. En efecto, quien dice: «Vosotros, ciertamente, no podéis ser inmortales, sino que por mi voluntad seréis inmortales», ¿qué otra cosa dice sino «aquello que no puede hacerse lo seréis, sin embargo, si yo lo hago»? Consecuentemente, aquel que, según Platón, prometió que él haría lo que es imposible hacer, resucitará la carne incorruptible, inmortal, espiritual. ¿Por qué todavía claman que es imposible lo que Dios prometió, lo que creyó el mundo a Dios al prometérselo, ese mismo mundo al que también le fue prometido que iba a creer, dado que nosotros clamamos que Dios, que también, según Platón, realiza acciones imposibles, va a hacer esto? Por consiguiente, para que las almas sean felices no se debe huir de todo cuerpo, sino recibir el cuerpo incorruptible. ¿Y en qué cuerpo incorruptible se regocijarán más convenientemente que en el corruptible en que gimieron? En efecto, así no residirá en ellos aquel terrible deseo que Virgilio expuso a partir de Platón donde dice:

De nuevo también empiecen a querer volver a los cuerpos^[155].

Así, digo, no tendrán el deseo de retornar a los cuerpos cuando van a tener consigo los cuerpos a los que desean retornar, y los tendrán de tal manera que nunca dejen de tenerlos, nunca en lo sucesivo los abandonen, ni por un pequeño espacio de tiempo, cualquiera que sea, por ninguna clase de muerte.

Platón y Porfirio expresaron individualmente algunas ideas que, si hubiesen podido ponerlas en común entre ellos, tal vez se hubiesen hecho cristianos. Platón sostuvo que sin cuerpos las almas no podían existir eternamente. Por ello, en efecto, defendió también que las almas de los sabios después de un largo tiempo volvían, sin embargo, a los cuerpos. Porfirio, por su parte, afirmó que el alma purificadísima, cuando volviera al Padre, nunca regresaría a estos males del mundo. Y por esto, si Platón le hubiera transmitido a Porfirio la verdad que vio, que también las almas purificadísimas de los justos y de los sabios habían de volver a los cuerpos humanos, y, por el contrario, Porfirio le hubiese transmitido a Platón la verdad que vio, que las almas santas nunca iban a volver a las miserias del cuerpo corruptible, de forma que cada uno no afirmase una cosa diferente, sino ambos y cada uno las dos al mismo tiempo, pienso que se hubiesen dado cuenta de que resulta consecuente que, por un lado, las almas retornasen a los cuerpos y que, por otro, recibieran unos cuerpos tales en los que pudieran vivir felizmente y en la inmortalidad. Porque, según Platón, también las almas santas retornarán a los cuerpos humanos. Según Porfirio, las almas santas no retornarán a estos males del mundo. Por consiguiente, diga con Platón Porfirio: «Retornarán a los cuerpos». Diga Platón con Porfirio: «No retornarán a los males». Y estarán de acuerdo en que retornarán a unos cuerpos en los que no sufran ningún mal. Por tanto, estos designios no serán sino los que Dios prometió, que las almas felices vivirán para la eternidad con su carne eterna. Esto, efectivamente, a mi modo de ver, ambos ya nos lo pueden conceder fácilmente: que, quienes admitieran que las almas de los santos van a volver a los cuerpos inmortales, permitirían que aquellas regresen a los suyos, en los cuales soportaron los males de este siglo, en los cuales rindieron culto a Dios piadosa y fielmente para verse libres de estos males.

Algunos de los nuestros^[156], admiradores de Platón a causa de su magnífico estilo oratorio y por causa de algunas opiniones que sostuvo con veracidad, afirman que defendió una opinión semejante a la nuestra sobre la

resurrección de los muertos. Esto, ciertamente, lo toca Tulio en los libros *Sobre la República* de tal manera que sostiene que este pretendió bromear en lugar de decir que esto fuese verdad^[157]. En efecto, introduce en escena a un hombre que había resucitado y que refirió ciertos hechos que estaban de acuerdo con las discusiones platónicas^[158]. También Labeón cuenta que dos personas murieron en un solo día y que se encontraron a su vez en cierta encrucijada, después se les ordenó regresar a sus cuerpos y decidieron que vivirían como amigos entre sí, y así se hizo, hasta que más tarde murieron^[159]. Pero esos autores relataron que se produjo una resurrección de los cuerpos similar a como fueron las de aquellos que supimos que habían resucitado y fueron devueltos a esta vida, pero no de tal manera que no fueran a morir en el futuro. Algo más admirable incluye Marco Varrón en los libros que escribió *Sobre el linaje del pueblo romano*^[160], cuyas propias palabras pensé que debían ser citadas: «algunos astrólogos escribieron, dice, que en el renacer de los seres humanos se da lo que los griegos llaman *παλιγγενεσία*. Escribieron que por ella resulta que en un número de cuatrocientos cuarenta años el mismo cuerpo y la misma alma que estuvieron unidas en una persona alguna vez vuelven ellos mismos de nuevo a su unión». Ese Varrón, ciertamente, o aquellos astrólogos, no sé quiénes (en efecto, no transmitió los nombres de aquellos cuya opinión recordó), afirmaron algo que, aunque sea falso (pues cuando las almas hayan regresado una sola vez a los mismos cuerpos que portaron, estas nunca van a abandonarlos después), sin embargo subvierte y destruye muchos argumentos de aquella imposibilidad con la que esos despotrican contra nosotros. En efecto, a quienes sostienen o sostuvieron esta opinión, no les pareció que no pudiera darse que los cadáveres disipados en los aires, el polvo, la ceniza, los líquidos, los cuerpos de las bestias que los devoraron o también de los mismos humanos regresen de nuevo a lo que fueron. Por lo cual, Platón y Porfirio, o más bien cualesquiera que los admiran y todavía viven, si están de acuerdo con nosotros también en que las almas santas van a volver a los cuerpos, como dice Platón, y, sin embargo, no volverán a ningún mal, como dice Porfirio, para que a partir de estos se haga consecuente lo que predica la fe cristiana, que van a recibir tales cuerpos en los que vivan felizmente sin ningún mal para la eternidad, admitan también esto de Varrón, que vuelven a los mismos cuerpos en los que estuvieron antes, y toda la cuestión de la resurrección de la carne para la eternidad quede resuelta entre ellos.

Veamos ahora, en la medida en que el Señor se digne a ayudarnos, qué van a hacer los santos en los cuerpos inmortales y espirituales viviendo en su carne, en la que hasta ese momento habían vivido, no de un modo carnal, sino espiritual. Y si quisiera decir la verdad, no sé de qué clase será aquella actividad, o, mejor dicho, tranquilidad y ocio. En efecto, no lo he visto jamás a través de los sentidos del cuerpo. Pero si dijera que yo lo he visto con la mente, es decir, con la inteligencia, ¿cuánto vale y qué es nuestra inteligencia ante aquella excelencia? Allí se halla, en efecto, *la paz de Dios, que*, como dice el apóstol, *supera todo intelecto*^[161]; ¿Cuál sino el nuestro, o tal vez incluso el de los ángeles santos? Efectivamente, no el de Dios. Por consiguiente, si los santos van a vivir en la paz de Dios, sin duda van a vivir en aquella paz que supera todo intelecto. Que al menos supera al nuestro está fuera de toda duda; pero si también supera al de los ángeles para que parezca que tampoco había exceptuado a estos mismos el que dice *todo intelecto*, debemos entender que se ha dicho en el sentido de que ni nosotros ni ningún ángel podemos conocer la paz de Dios, por la que Dios mismo se halla en paz, como la conoce Dios. En consecuencia, *supera todo intelecto*, sin duda exceptuado el suyo. Pero ya que también nosotros, a quienes se nos ha hecho partícipes de su paz según nuestra capacidad, conocemos la paz suprema en nosotros, entre nosotros y con él mismo, en la medida en que está fijado nuestro límite, de ese modo la conocen los ángeles santos según su capacidad. Por su parte, los seres humanos ahora se hallan muy por debajo, cuanto quiera que sobresalgan por el desarrollo de su mente. En efecto, se debe tener en consideración qué gran hombre decía: *conocemos en parte y profetizamos en parte, hasta que venga lo que es perfecto*^[162]; y: *Vemos ahora a través de un espejo, en un enigma, pero entonces veremos cara a cara*^[163]. Así ven ya los ángeles santos, que también son llamados ángeles nuestros porque, arrancados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de Cristo una vez recibida la garantía del espíritu, ya empezamos a pertenecer a aquellos ángeles con los cuales tendremos nosotros en común la misma santa y dulcísima ciudad de Dios sobre la que ya hemos escrito tantos libros. Por consiguiente, así son ángeles nuestros los que son ángeles de Dios, como el Cristo de Dios es nuestro Cristo. Son de Dios porque no abandonaron a Dios; son nuestros porque han comenzado a tenernos como sus conciudadanos. Por su parte, dijo el Señor Jesús: *mirad no despreciéis a uno de esos pequeñuelos. En verdad os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi padre, que está*

en los cielos^[164]. Por consiguiente, como ven aquellos, así también nosotros veremos, pero todavía no vemos así. Por esto dice el apóstol lo que dije poco antes: *Vemos ahora a través de un espejo, en un enigma, pero entonces veremos cara a cara*^[165]. Consecuentemente, nos será guardada como premio de la fe esa visión, hablando de la cual también dice el apóstol Juan: *Cuando se haga visible seremos semejantes a él porque lo veremos tal y como es*^[166]. Pero el rostro de Dios ha de entenderse como su manifestación, no como un miembro tal como el que nosotros tenemos en el cuerpo y designamos con ese nombre^[167].

Por lo cual, cuando se me pregunta qué van a hacer los santos en aquel cuerpo espiritual, no digo lo que ya veo, sino lo que creo, según lo que leo en el salmo: *He creído, por lo cual <también> he hablado*^[168]. Por consiguiente, digo: verán a Dios en el mismo cuerpo; pero, si por medio del mismo, como ahora vemos por medio del cuerpo el sol, la luna, las estrellas, el mar y la tierra y los seres que están en ellas, es una cuestión no sin importancia. En efecto, resulta duro afirmar que los santos tendrán entonces cuerpos tales que no puedan cerrar y abrir los ojos a su antojo; pero más duro resulta sostener que cualquiera que cierre los ojos no verá a Dios allí. Pues si el profeta Eliseo, estando ausente de cuerpo, vio a su esclavo Giezi recibiendo el regalo que le dio Naamán el Sirio, al que el citado profeta había liberado de la deformidad de la lepra, cosa que el malvado esclavo había creído haber hecho a escondidas, sin que lo viera su amo^[169], ¡cuánto más verán en aquel cuerpo espiritual los santos todas las cosas, no solo si cierran los ojos, sino también donde están ausentes de cuerpo! Entonces, efectivamente, será aquello perfecto de lo que habla el apóstol cuando dice: *conocemos en parte y profetizamos en parte; pero cuando llegue lo que es perfecto, lo que es en parte será eliminado*^[170]. Después, para mostrar, como le fuese posible, mediante alguna comparación cuánto dista esta vida de aquella que ha de venir, no la de hombres cualesquiera, sino la de aquellos que están dotados aquí de una santidad eminente, dice: *Siendo yo pequeño razonaba como un niño, hablaba como un niño, pensaba como un niño; pero cuando me hice hombre, eliminé aquellos rasgos que eran propios de un niño. Vemos ahora a través de un espejo, en un enigma, pero entonces veremos cara a cara. Ahora sé en parte, pero entonces conoceré como también he sido conocido*^[171]. Por consiguiente, si en esta vida, donde las profecías de hombres admirables deben compararse con aquella vida, como la del niño a la del joven, ve sin embargo Eliseo a su esclavo recibiendo el regalo donde él mismo no estaba, ¿acaso así cuando llegue lo que es perfecto, y el cuerpo corruptible ya no sea

oneroso para el alma, sino que, siendo incorruptible, no ofrezca ningún impedimento, aquellos santos para lo que debe verse tendrán necesidad de los ojos corpóreos, de los que Eliseo no tuvo necesidad estando ausente para ver a su esclavo? Pues, según los setenta traductores, estas son las palabras del profeta a Giezi: *¿Acaso mi corazón no fue contigo cuando el hombre se volvió a tu encuentro bajando de su carro y recibiste el dinero*^[172]? Y lo demás; y según tradujo del hebreo el presbítero Jerónimo: *acaso mi corazón, dice, estaba presente, cuando se volvió el hombre a tu encuentro bajando su carro?* Por consiguiente, el profeta afirmó que vio esto con su corazón, sin que nadie lo dude ciertamente recibiendo la ayuda divina de forma admirable. Pero ¡cuánto más abundarán todos en este don entonces, cuando *Dios lo sea todo en todos*^[173]! Tendrán, sin embargo, también aquellos ojos corpóreos su función y estarán en su lugar, se servirá de ellos el espíritu a través del cuerpo espiritual. Y, en efecto, tampoco aquel profeta, porque no los necesitó para ver al que estaba ausente, no dejó de servirse de ellos para ver los objetos presentes. Estos, sin embargo, podría verlos con el espíritu, aunque los cerrase, como vio los objetos ausentes cuando él mismo no estaba junto a ellos. Por consiguiente, lejos estemos de afirmar que aquellos santos en aquella vida no van a ver a Dios con los ojos cerrados, al que siempre verán con el espíritu.

Pero de ahí surge el problema de si verán también con los ojos del cuerpo cuando los tengan abiertos. Si realmente en el cuerpo espiritual los mismos ojos que lógicamente se han hecho también espirituales van a tener la misma capacidad que estos que tenemos ahora, sin lugar a dudas Dios no podría ser visto a través de ellos. Por tanto, serán, con mucho, de distinta capacidad si a través de ellos se va a ver aquella naturaleza incorpórea que no está contenida en un lugar, sino que está por doquier en su totalidad. En efecto, no porque decimos que Dios está en el cielo y la tierra (lo cierto es que él mismo dice por medio del profeta: *yo lleno el cielo y la tierra*)^[174], vamos a afirmar que este tiene una parte en el cielo y otra en la tierra, sino que está todo en el cielo, todo en la tierra, no en tiempos alternos, sino lo uno y lo otro al mismo tiempo, cosa de la que ninguna naturaleza corporal es capaz. En consecuencia, la fuerza de aquellos ojos será muy poderosa, no para ver con mayor agudeza que con la que, ciertamente, se dice que ven las serpientes o las águilas (pues estos mismos animales, con cuanta agudeza visual que se quiera, no pueden ver ninguna otra cosa más que cuerpos), sino para ver también los seres incorpóreos. Y tal vez esta gran capacidad visual les fuera dada para un instante también en este cuerpo mortal a los ojos del santo varón

Job cuando le dice a Dios: *Antes te oía prestando atención a mis oídos, pero ahora mi ojo te ve; por ello me desprecié a mí mismo, me corrompí y me consideraré tierra y ceniza*^[175]. Aunque nada impida aquí que se entienda el ojo del corazón, ojos de los cuales dice el apóstol: *tener iluminados los ojos de vuestro corazón*^[176]. Por otra parte, que Dios será visto a través de los mismos, cuando sea visto, no lo pone en duda ningún cristiano que acepta fielmente lo que dice Dios, su maestro: *Felices los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*^[177]. Pero si allí también se ve con ojos corpóreos, esto lo desarrollamos en la presente cuestión.

En efecto, lo que está escrito: *Y toda la carne verá la salvación de Dios*^[178], puede entenderse sin ninguna dificultad como si hubiese dicho: «Y todo ser humano verá al Cristo de Dios», que, sin duda, ha sido visto en cuerpo y en cuerpo será visto cuando juzgue a vivos y muertos. Por otra parte, existen también muchos otros testimonios de las escrituras de que él mismo es la salvación de Dios; pero de forma más evidente lo declaran las palabras de aquel venerable anciano Simeón que, al haber recibido a Cristo niño en sus manos dice: *Ahora, Señor, dejas marchar a tu esclavo según tu palabra en paz, puesto que mis ojos vieron tu salvación*^[179]. Aquello también que dice más arriba el mencionado Job, tal y como se encuentra en las copias que están traducidas del hebreo: *Y en mi carne veré a Dios*^[180], sin duda profetizó la resurrección de la carne, y, sin embargo, no dijo: «por mi carne». Cosa que si ciertamente hubiera dicho, podría entenderse Dios Cristo, que será visto por la carne en carne. Pero, en realidad, puede entenderse también: en mi carne veré a Dios, como si hubiese dicho: «Estaré en mi carne cuando vea a Dios». Y lo que dice el apóstol, *cara a cara*^[181], no nos obliga a creer que nosotros vamos a ver a Dios, al que veremos por medio del espíritu sin interrupción, a través de este rostro corporal donde se hallan los ojos corpóreos. En efecto, a no ser que existiera ya el rostro del hombre interior, el apóstol no diría esto precisamente: *Nosotros por nuestra parte, contemplando la gloria del Señor con el rostro descubierto, somos transformados en la misma imagen, de la gloria a la gloria, como por el Espíritu del Señor*^[182], y no entendemos de otro modo tampoco lo que se canta en el salmo: *acercaos a él y seréis iluminados, y vuestros rostros no se ruborizarán*^[183]. Lo cierto es que a Dios se accede con la fe, la cual se tiene constancia que pertenece al corazón, no al cuerpo. Pero puesto que ignoramos de qué grado de proximidad gozará el cuerpo espiritual (hablamos ciertamente de una situación de la que no se tiene experiencia), respecto a lo cual no sale a nuestro encuentro ni nos ayuda ninguna autoridad de las escrituras divinas que no pueda ser interpretada en

otro sentido, es necesario que suceda en nosotros lo que se lee en el Libro de la Sabiduría: *Los pensamientos de los mortales son medrosos e inciertas nuestras previsiones*^[184].

Lo cierto es que aquella teoría de los filósofos por la cual sostienen que los objetos inteligibles son percibidos mediante la mirada de la mente y los objetos sensibles, es decir, corpóreos, por el sentido del cuerpo de tal modo que la mente no es capaz de contemplar los inteligibles por medio del cuerpo ni los corpóreos por sí misma, si pudiéramos tenerla como absolutamente cierta, sin duda sería verdad que de ningún modo se podría ver a Dios a través de los ojos del cuerpo, aun espiritual. Pero de esta teoría se burlan tanto la razón verdadera como la autoridad profética. En efecto, ¿quién es tan contrario a la verdad que se atreva a decir que Dios no conoce esos objetos corpóreos? ¿Es que acaso tiene un cuerpo por cuyos ojos pueda aprehenderlos? Después, lo que dijimos poco antes sobre el profeta Eliseo, ¿acaso no indica suficientemente que los objetos corpóreos pueden también discernirse con el espíritu, no a través del cuerpo? En efecto, cuando aquel esclavo recibió los regalos, ciertamente se hizo de forma corporal; sin embargo, el profeta lo vio, no a través del cuerpo, sino del espíritu. Por consiguiente, como existe constancia de que los cuerpos son vistos por el espíritu, ¿por qué extrañarse de que el poder del cuerpo espiritual va a ser tan grande que será visto también el espíritu por el cuerpo^[185]? Dios, en efecto, es el espíritu. Después cada cual mediante el sentido interior, no a través de los ojos corpóreos, conoce su vida ciertamente, con la que vive ahora en el cuerpo y anima estos miembros terrenos y los hace vivos. Pero las vidas de los demás, aunque sean invisibles, las ve por medio del cuerpo. Pues ¿de dónde distinguimos los cuerpos vivos de los no vivos si no vemos al mismo tiempo los cuerpos y las vidas que no podemos ver sino por medio del cuerpo? Pero las vidas sin cuerpos no las vemos con los ojos corpóreos.

Por lo cual, puede suceder, y es absolutamente verosímil, que nosotros vayamos a ver entonces los cuerpos mundanos del nuevo cielo y la nueva tierra de manera que vemos a Dios presente en todas partes y gobernando también a todos los seres corpóreos por medio de los cuerpos que portaremos y que contemplaremos por cualquier sitio que dirijamos los ojos con brillantísima claridad, no como ahora se contemplan las verdades invisibles de Dios por medio de aquellos intelectos que han sido creados, a través de un espejo, en un enigma <y> en parte^[186], donde en nosotros vale más la fe por la que creemos que la apariencia de los objetos corpóreos que vemos por medio de unos ojos corpóreos. Pero como cuando contemplamos a los seres

humanos entre los que vivimos, que viven y ponen al descubierto sus movimientos vitales, no creemos que viven, sino que lo vemos, aunque no podamos ver su vida sin los cuerpos, que, sin embargo, contemplamos en ellos por medio de los cuerpos, apartada cualquier duda, del mismo modo, a cualquier parte que dirijamos aquellos ojos espirituales de nuestros cuerpos, contemplaremos también a través de los cuerpos al Dios incorpóreo que gobierna todas las cosas. Por consiguiente, o bien Dios será visto por medio de aquellos ojos, de manera que tengan en tan gran eminencia algo similar a la mente, lo cual es ya difícil, ya imposible de mostrar con algunos ejemplos o testimonios de las escrituras divinas, o bien, lo que resulta más fácil de entender, Dios será conocido y conspicuo para nosotros de tal modo que sea visto con el espíritu por cada uno de nosotros en cada uno de nosotros, sea visto por uno en otro, sea visto en sí mismo, sea visto en el cielo nuevo y la tierra nueva y en toda criatura que hubo entonces, sea visto también por medio de los cuerpos en todo cuerpo, dondequiera que se dirijan los ojos del cuerpo espiritual con mirada penetrante. Entonces nuestros pensamientos se nos harán patentes en uno y otro sentido. Entonces, en efecto, se cumplirá lo que el apóstol, después de haber dicho *No juzguéis nada antes de tiempo*, añade a continuación: *Hasta que venga el Señor, e iluminará los secretos de las tinieblas y manifestará los pensamientos del corazón, y entonces será la alabanza de Dios para cada uno*^[187].

30

¡Cuán inmensa será aquella felicidad, donde no existirá ningún mal, no estará oculto ningún bien, se vivirá ocioso en medio de las alabanzas a Dios, que lo será todo en todo! En efecto, ignoro qué otra cosa se puede hacer donde ni se dejará de actuar por desidia alguna, ni se realizarán esfuerzos por necesidad alguna. Soy advertido también por el cántico santo donde leo o escucho: *Bienaventurados los que habitan en tu morada, te alabarán por los siglos de los siglos*^[188]. Todos los miembros y las entrañas del cuerpo incorruptible, que ahora vemos distribuidas según los variados usos de la necesidad, puesto que entonces no existirá la propia necesidad, sino una felicidad plena, cierta, segura y sempiterna, prestarán servicio a las alabanzas a Dios. Lo cierto es que todos aquellos ritmos de la armonía corporal de los cuales ya he hablado^[189], que ahora están ocultos, no se esconderán,

dispuestos por todas las partes del cuerpo, interior y exteriormente, y con el resto de los prodigios que, grandes y admirables, allí se verán, inflaman las mentes racionales en la alabanza de tan gran artífice por el deleite de la belleza racional. No me atrevo a delimitar temerariamente qué movimientos de tales cuerpos van a producirse allí, porque no soy capaz de imaginarlos; sin embargo, tanto el movimiento como el reposo, como la propia apariencia, serán apropiados cualesquiera que sean, donde no existirá lo que no sea apropiado. Sin duda, donde quiera el espíritu, allí estará el cuerpo de inmediato, y el espíritu no deseará nada que no pueda convenir ni al espíritu, ni al cuerpo. Allí residirá la gloria verdadera, donde nadie será alabado ni por el error del que le alaba ni por adulación, el verdadero honor, que no se le negará a nadie digno, no se le otorgará a nadie indigno, sino que nadie indigno le hará la corte donde no se admitirá que esté nadie si no es digno; la verdadera paz, donde nadie soportará contrariedad alguna, ni de sí mismo, ni de otro. El premio de la virtud será él mismo, que concedió la virtud y le prometió a sí mismo, en comparación con el cual no podría haber nada mejor ni más grande. En efecto, ¿qué otra cosa significa lo que dijo a través del profeta: *Seré su Dios, y ellos mismos serán mi pueblo*^[190], sino: «Yo seré aquello de donde sean saciados, yo seré cualquier cosa que sea deseada honestamente por los seres humanos: la vida, la salvación, el alimento, la abundancia, la gloria, el honor, la paz y todos los bienes»? Efectivamente así también se entiende correctamente lo que dice el apóstol: *que Dios sea todo en todo*^[191]. Él mismo será el fin de nuestros deseos, que será visto sin fin, será amado sin desprecio, será alabado sin fatiga. Este don, esta emoción, este acto serán ciertamente comunes para todos, como la misma vida eterna.

Por lo demás, ¿quién está capacitado para pensar, y cuánto más para decir cuáles van a ser los grados de honor y gloria en relación con los méritos de las recompensas? Sin embargo, no debe dudarse de que van a existir. Y también aquella ciudad bienaventurada verá como un gran bien en ella el que nadie inferior envidiará a nadie superior, como ahora no envidian a los arcángeles los restantes ángeles. Y nadie deseará ser lo que no le ha tocado, aunque esté ligado por un pacificísimo vínculo de concordia a aquel que le ha tocado, en la misma medida que en el cuerpo el ojo no quiere ser el que es el dedo, dado que una pacífica ensambladura de todo el cuerpo contiene uno y otro miembro.^[192] Por consiguiente, tendrá un don uno en menor medida que otro, de tal manera que tenga también el don de no quererlo en mayor medida.

Y no dejarán de tener libre arbitrio, porque los pecados no podrán deleitarles. Lo cierto es que será más libre una vez liberado del deleite de

pecar en favor del firme deleite de no pecar. Pues el primer libre arbitrio que le fue dado al ser humano, cuando al principio fue creado recto, pudo no pecar, pero pudo también pecar. En cambio, este definitivo será tanto más poderoso porque no podrá pecar, pero este también por un don de Dios, no por la posibilidad de su naturaleza. En efecto, una cosa es ser Dios, otra partícipe de Dios. Dios por naturaleza no puede pecar, pero el partícipe de Dios recibe de aquel el no poder pecar. Por otra parte, se debían preservar los grados del don divino, de modo que en primer lugar se diese un libre arbitrio, con el que el ser humano pueda no pecar, en último lugar otro, por el que no pueda pecar, y aquel atañe a adquirir el mérito, este a recibir el premio. Pero ya que esta naturaleza pecó cuando pudo pecar, viene liberada por una gracia más generosa, a fin de que sea conducida a aquella libertad en la que no pueda pecar. En efecto, como la primera inmortalidad que Adán perdió pecando fue el poder no morir, la última será el no poder morir, así el primer libre arbitrio fue poder no pecar, el último no poder pecar. En efecto, así será la voluntad que no puede perderse de piedad y equidad, como es la de felicidad. Pues, ciertamente, al pecar no retuvimos la piedad ni la felicidad, pero perdida la felicidad no perdimos la voluntad de felicidad. Con todo, ¿acaso debe negarse que Dios mismo tiene libre arbitrio por el motivo de que no puede pecar?

Por consiguiente, la voluntad libre de aquella ciudad será una sola en todo e inseparable en cada uno, liberada de todo mal y colmada de todo bien, gozando sin fin de la felicidad de los gozos eternos, sin acordarse de las culpas, sin acordarse de los castigos, y no por ello, sin embargo, olvidándose de su liberación, para no ser ingrata con su liberador^[193]. Por tanto, en cuanto atañe al conocimiento racional, acordándose también de sus males pasados, en cambio, en cuanto a la experiencia sensible, inmémora en lo sucesivo. Pues incluso el médico más experimentado conoce prácticamente todas las enfermedades del cuerpo como se conocen por la disciplina, en cambio, respecto a cómo son sentidas por el cuerpo, ignora muchísimas que él no ha sufrido personalmente. Por consiguiente, dos son los conocimientos de los males, uno, por el que no se ocultan a la capacidad de la mente, otro por el que están fijados a los sentidos del que los experimenta (lo cierto es que todos los vicios son conocidos de un modo por la enseñanza de la sabiduría, de otro por la pésima vida del ignorante): así también dos son las formas de olvido de los males. Pues el erudito y el ilustrado los olvida de una manera, de otra el que los ha experimentado y sufrido. Aquel, si desprecia la experiencia, este, si está libre de desgracia. Conforme a este olvido que he situado en segundo

lugar, no recordarán los santos los males pasados. En efecto, estarán libres de todos, de tal modo que sean eliminados de sus sentidos hasta lo más profundo. Y, sin embargo, por esta capacidad de conocimiento, que será inmensa en ellos, no solo no se les ocultará su desgracia pasada, sino tampoco la desgracia sempiterna de los condenados. Por otra parte, si van a ignorar que ellos fueron desgraciados, ¿de qué modo, tal y como dice el salmo, *cantarán las misericordias del Señor para la eternidad*^[194]? No habrá mayor fuente de gozo ciertamente para aquella ciudad que este cántico para gloria de la gracia de Cristo, por cuya sangre hemos sido liberados. Allí se cumplirá: *Descansad y ved que yo soy Dios*^[195], y esto será verdaderamente el sábado más grande, que no tiene atardecer, que hizo valer Dios en los primeros trabajos del mundo, donde se lee: *Y Dios descansará al séptimo día de todos sus trabajos que realizó, y Dios bendijo el séptimo día y lo santificó porque en él descansó de todos sus trabajos que Dios había comenzado a hacer*^[196]. En efecto, nosotros también seremos el séptimo día cuando estemos colmados y restituidos por su bendición y santificación. Allí veremos en nuestro descanso que él mismo es Dios; lo que quisimos ser nosotros mismos en nuestro provecho cuando caímos de él, escuchando al seductor: *Seréis como dioses*^[197], y apartándonos del verdadero Dios, por cuya actuación seríamos dioses por la participación en él, no por el abandono. Efectivamente, ¿qué hicimos sin aquel, sino el haber hecho defección en su ira^[198]? Restituidos por él y perfeccionados por una gracia mayor descansaremos para la eternidad, viendo que él mismo es Dios, del que estaremos colmados cuando él mismo lo sea todo en todo. Pues también nuestras propias buenas obras, cuando se entienda que más bien son suyas, no nuestras, se nos tomarán en cuenta entonces para alcanzar este sábado, porque si nos las atribuyésemos a nosotros, serán serviles, puesto que del sábado se dice: *no haréis ningún trabajo servil*^[199]; por lo cual se dice también a través del profeta Ezequiel: *Y les concedí mi sábado como señal entre mí y entre ellos, para que sepan que yo soy el Señor, que los santifico*^[200]. Entonces lo sabremos perfectamente, cuando descansemos perfectamente y veamos perfectamente que él mismo es Dios.

También el propio número de las edades, como de los días, si se computa conforme a estos periodos de tiempo que se ven expresados en las escrituras, este sabatismo se muestra de forma más evidente porque se encuentra en séptimo lugar. De manera que la primera edad, como el primer día, sea desde Adán hasta el diluvio, la segunda de ahí hasta Abraham, no por la equivalencia de tiempo, sino por el número de generaciones; porque se

descubre que tienen diez cada una. A partir de ahí ya, como establece el evangelista Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Cristo, que se desarrollan con catorce generaciones cada una: desde Abraham hasta David una, la segunda desde ahí hasta el destierro a Babilonia, la tercera desde allí hasta el nacimiento carnal de Cristo^[201]. Por tanto, hacen cinco en total. La sexta se desarrolla en la actualidad, que no debe ser contabilizada en ningún número de generaciones por lo que fue dicho: *No os pertenece conocer los tiempos que el Padre puso bajo su potestad*^[202]. Después de esta, como en el séptimo día, Dios descansará, cuando haga descansar el mismo séptimo día, que seremos nosotros, en Dios mismo. Finalmente sobre cada una de estas edades resulta largo discutir ahora con rigor. Sin embargo, esta séptima será nuestro sábado, cuyo final no será el atardecer, sino el día del señor, como el octavo eterno, que está consagrado a la resurrección de Cristo, prefigurando el descanso eterno, no solo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que será en el fin sin fin. Pues ¿qué otro es nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?

Creo haber cumplido con el cometido de esta ingente obra con la ayuda de Dios. A quienes parezca poco o mucho, que me perdonen; para quienes en cambio resulte suficiente, den las gracias felicitando, no a mí, sino a Dios conmigo. Amén.

Notas

[1] Gen. 9, 25. <<

[2] Gen. 9, 27. <<

[3] E. MATTHEWS SANDFORD y W. MCALLEN GREEN, *Saint Augustine. The city of God against the pagans* V, Cambridge (Mass.)-Londres, 1965 (reimp. 1988), pág. 4, n. 4, señalan que la idea de que la ebriedad de Noé simboliza la pasión de Cristo está tomada de CIPRIANO, *Epist.* LXII. Cf. AGUSTÍN, *Doctr. Christ.* IV, 21, 45 y *C. Faust.* XII 23, donde utiliza este argumento en la controversia contra los maniqueos. <<

[4] Cf. JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 71, 10. 13-14, da los significados de «nombre» o «nombrado». <<

[5] Cant. Cantic. 1, 3. <<

[6] Cf. JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 67, 7. 11-12. Según G. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII, Introduction générale et notes par G. BARDY. Traduction française* de G. COMBÈS, París, 1960, pág. 179, n. 6, la profecía de Jafet es oscura en su sentido histórico y los Padres de la iglesia la explican como expresión de la continuidad del pueblo de los creyentes, que remplace a Set, es decir, el pueblo de Israel, en la posesión e interpretación de las escrituras. <<

[7] Cf. JERÓNIMO, *Nom. Hebr.*, *Corpus Christianorum LXXII*, págs. 63, 4. 11-12. <<

[8] I Cor. 11, 19. <<

[9] Prov. 10, 5 (4), según la versión de los Setenta. <<

[10] Mt. 7, 20. <<

[¹¹] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 64, 4. 14-15; 80, 17. 11; 110, 41. 17, da este significado además de «comerciante», «humilde» y «que se sonroja». <<

[12] *Cf.* I Cor. I 22. <<

[13] *Cf.* AGUSTÍN, *C. Faust.* XII 23. <<

[¹⁴] Philip. 1, 18. <<

[15] Esai. 5, 7. <<

[16] Mt. 20, 22 <<

[17] Mt. 26, 39. <<

[18] Gen. 9, 21. <<

[19] Cor. 13, 4. <<

[20] I Cor. 1, 25. <<

[21] Gen. 9, 21. <<

[22] MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 12-13, n. 2, señalan que este cálculo está basado en el texto de la versión de los Setenta, según el cual entre el diluvio y el nacimiento de Abraham median 1170 años, mientras que el texto hebreo y la Vulgata dan 290 años. <<

[23] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 186, n. 1, en el texto hebreo del Génesis solo se mencionan siete hijos, tal y como comenta JERÓNIMO, *Quaest. Hebr. in Gen., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 11, 14, 6-7, frente a la versión de los Setenta, utilizada por Agustín, que añade un octavo. L. ALICI, *La città di Dio*, 2001, pág. 749, n. 3, destaca las grandes divergencias existentes en las citas agustinianas que siguen, tomadas de la mencionada versión, frente al texto hebreo. <<

[24] Sobre la expresión *contra dominum*, MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 11, n. 1, señalan que se trata de una mala traducción tomada de la *Vetus Latina*, ya que hubiera sido más correcto utilizar *ante dominum*. Vid. *infra* XVI 4, donde Agustín basa toda su exégesis en dicha traducción. <<

[25] Gen. 10, 8-12. <<

[26] Sobre el rey Nino *vid. supra IV 6.* <<

[27] Gen. 10, 22, donde aparece citado entre los hijos de Sem. <<

[28] Gen. 10, 21. <<

[29] Esta misma interpretación aparece en JERÓNIMO, *Quaest. Hebr. in Gen.*, *Corpus Christianorum LXXII*, págs. 14, 18. 18-19. Sobre la discusión en Agustín en torno al origen del nombre de los hebreos vid. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII*, pág. 708, n. compl. 13, donde se señala que el autor en *Cons. euang.* I 14, 21, obra datada en torno al 400 d. C. relacionaba el nombre con Abraham. No obstante, en *Retract.* II 16, aunque vuelve a retomar esta interpretación, prefiere aquella según la cual el nombre procede de Heber. Cf. *Quaest. Hept.* I 24. Vid. *infra* XVI 11. <<

[30] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 66, 6, 14. <<

[31] Gen. 10, 25. <<

[32] *Vid. infra* XVI 10. <<

[33] Gen. 10, 31. <<

[34] Gen. 10, 32. <<

[35] Gen. 10, 5. <<

[36] Gen. 10, 13. <<

[37] Gen. 10, 20. <<

[38] Gen. 11, 1-9. <<

[39] MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 26 n. señalan que en el texto hebreo de Gen. 11, 9, el nombre Babel se pone en relación con el verbo *balal* «confundir», y que en la versión de los Setenta y la *Vetus latina* también se traduce el nombre por «confusión». JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 66, 6. 14. Vid. además JERÓNIMO, *Nom., Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 62, 3. 18; 90, 25. 6; 119, 48. 11; 150, 70. 21-22, 159, 80. 15. <<

[40] *Cf.* Gen. 10, 8. <<

[41] Agustín introduce aquí diversos ejemplos del tipo de sinécdoque consistente en el uso de singular por plural, mostrando sus conocimientos de retórica. Sobre su uso y definición *vid.* H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1967, §§ 572-577, *Retórica a Herenio* IV 33, 45, CICERÓN, *Sobre el orador* II 42, 168, QUINTILIANO, *Inst.*, VIII 6, 20. <<

[42] Exod. 10, 4. <<

[43] Gen. 10, 9; 11, 4. <<

[44] Psalm. 94, 6. <<

[45] Iob 15, 13 según la versión de los Setenta. <<

[46] Gen. 11, 5. <<

[47] Gen. 11, 7. *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 22. <<

[48] MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 32-33, n. 1, señalan que *recapitulatio* aquí se utiliza como término especializado de la exégesis bíblica, concretamente la sexta regla de las siete de Ticonio, que se utiliza para resolver ciertas contradicciones, como el hecho de que en Gen. 10, 32 se diga que la humanidad se dispersó en distintas lenguas y en 11, 1 que solo existía una lengua sobre la tierra. La cuestión se resuelve indicando que los hechos narrados después son anteriores y que sirven como recapitulación para explicar cómo se llegó a la situación narrada en primer lugar. Sobre este recurso *vid.* además Agustín, *Doctr. Christ.* III 36, 52, BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 719-720, n. compl. 22, M. DULAEY, «La sixième règle de Tyconius et son résumé dans le *De doctrina christiana*», *REAug* 35 (1989), págs. 83-103. <<

[49] I Cor. 3, 9. <<

[50] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 22. <<

[51] Gen. 1, 26. <<

[52] Gen. 11, 6. <<

[53] VIRGILIO, *Eneida* IV 592. Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 429, QUINTILIANO, *Inst.* IX 2, 11, cita este mismo verso de Virgilio para ejemplificar una interrogación de carácter imperativo. <<

[54] Como señalan MATTHEWS SANDFORD-McALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 38, n. 1, Agustín en este punto se refiere a los dialectos africanos anteriores a la introducción del púnico y el latín, que todavía se empleaban en su época y que en la actualidad sobreviven bajo el nombre de bereber, término que deriva precisamente de *barbarus*. <<

[55] Sobre la teoría de la generación espontánea *vid. supra* VIII 5, n. 42. <<

[56] Gen. 1, 24. <<

[57] El elenco de seres asombrosos que aparece a continuación se inspira esencialmente en PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 2, 9-30. Vid. además GELIO, *Noches áticas* IX 4, 6-10. Cf. *Civ.* XXI 5. Sobre los conocimientos de historia natural de Agustín y su dependencia de Plinio y Solino vid. además H. I. MARROU, *Saint Augustin et la fin de la culture Antique*, París, 1958, 4.^a ed., págs. 135-148. <<

[58] Según Chantraine, s. v. πύχ, πύγμη el gentilicio Πυγμαῖος deriva del término griego πύγμη, «puño», es decir, que su significado es «del tamaño de un puño», «de baja estatura». De la misma raíz deriva también πύγων, «codo», medida de longitud. Los pigmeos aparecen ya mencionados en HOMERO, *Ilíada* III 3-9 y HERÓDOTO, *Historias* II 32, III 116, IV 27. Vid. además VIRGILIO, *Eneida* X 264-266, FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio* III 47. <<

[59] Σκιᾶποδες significa en griego «los de pies que dan sombra». Según PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 2, 23, que sigue a Ctesias de Cnido, eran originarios de la India. Sobre los esciápodos *vid.* además FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio* III 47, GELIO, *Noches áticas* IX 4, 9, TERTULIANO, *Apol.* 8, 5. <<

[60] El gentilicio de este legendario pueblo de Etiopía, Κυνοκέφαλοι, en griego significa literalmente «cabeza de perro». *Vid.* además HERÓDOTO, *Historias* IV 191. <<

[61] Sobre la definición de ser humano, en la que Agustín hace hincapié en el término «mortal» para establecer la distinción con los ángeles, BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 208-209, n. 3, donde cita además a AGUSTÍN, *Civ.* IX 13, *Mor. Eccl.* I XXVII 52, etc. <<

[62] PLINIO, *Historia natural* VII 2, 22-23, XI 99, 244, ARISTÓTELES, *Generación de los animales* IV 4, 770, 30. HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 671, señala que para estas cuestiones Agustín probablemente solo manejó de forma directa el libro VII de Plinio el Viejo y que el resto de los paralelismos que señalan los editores proceden en realidad de Solino, idea ya expresada por TH. MOMMSEN en su edición de dicho autor (*C. Iulii Solini Collectanea rerum memorabilium*, Berlín, 1864, 2.^a ed. 1895, págs. XXXI-XXXII y 255). <<

[63] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 210, n. 3, señala que se trata de una ciudad distinta de *Hippo Regius* o Hipona, que también se denominaba Hipona-Diarrito, que Agustín predicó allí y se identifica con Biceria. Vid. Agustín, *Epist.* 143, 4. <<

[64] PLINIO, *Historia natural* VII, 3, 34, XI 109, 262. <<

[65] Como señala ALICI, *La città...*, pág. 759, n. 9, se trata probablemente de un caso de hermanos siameses. <<

[66] Como señala C. MACÍAS VILLALOBOS, «Algunas consideraciones sobre el simbolismo de la Esfinge», en E. MALLORQUÍ-RUSCALLEDA (coord.), *As Emoções no Mediterrâneo Antigo e do início da era moderna*, *Mirabilia* 15 (2012/2),

https://www.revistamirabilia.com/sites/default/files/pdfs/2012_02_12.pdf, consultado el 15/06/2018, el término esfinge denominaba a dos tipos de seres fantásticos, la esfinge de Egipto, con cuerpo de león y cabeza de hombre y la esfinge de Tebas, conocida por su intervención en el mito de Edipo, con cuerpo de león, alas de ave y cabeza y pechos de mujer. Asimismo, también servía para designar a una especie de simio descrito en PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VIII 72 e ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* XII 2, 32, que es la acepción que aparece en este pasaje. Por otra parte, *Sphinx mandrillus* es el nombre científico del mandril. <<

[67] Sobre la imagen del mundo conocido en época de Agustín *vid.* BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 712-715, n. compl. 17: la tierra era concebida como una extensión plana dividida en tres partes: Europa, Asia y África en torno a un mar interior, el Mediterráneo, y rodeada por el Océano, concepción que contaba con el apoyo de los textos bíblicos. No obstante, la observación de fenómenos astronómicos da pronto lugar a una concepción esférica de la tierra, que a su vez estaba rodeada de otros astros, sistema que fue propuesto por Eudoxo de Cnido, seguido por Aristóteles, aunque su formulación más importante es la de Ptolomeo. Sin embargo, el auge de las tendencias neoplatónicas y de las religiones orientales significó un menor interés por ciencias como la astronomía, tendencia en la que se inserta Agustín. <<

[68] Sobre los habitantes de las antípodas *vid.* PLATÓN, *Timeo* 62, c d, CICERÓN, *Académicas* II 123, frente a LUCRECIO, I 1052-1067, contrario a su existencia. Sobre la cuestión *vid.* además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 715, n. compl. 18. <<

[69] *Cf. Civ. XVI 3. <<*

[70] Gen. 10, 25. <<

[71] Gen. 11, 10. <<

[72] Sobre el rey Nino *vid. supra* IV 6. <<

[73] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 218, n. 2, Cainan no aparece en el texto hebreo y en los Setenta le atribuyen las mismas cifras que a Sala. <<

[74] Gen. 17, 5. <<

[75] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 717, n. compl. 19, indica que según el texto hebreo entre el diluvio y Abraham existe un intervalo de 292 años. <<

[76] Psalm. 14 (13), 3; 53 (52), 4. <<

^[77] Psalm. 14 (13), 4; 53 (52), 5. <<

[78] Psalm. 14 (13), 2; 53 (52), 3. <<

[79] *Vid. supra* XVI 3. <<

[80] Gen. 10, 25. <<

[81] *Cf. supra* XVIII 30. <<

[82] Como señalan MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 68, n. 1, Mizraim y Cush son términos que aparecían en la versión hebrea del Génesis para denominar a egipcios y etíopes respectivamente, denominación que deriva de los nombres griegos de estos pueblos y que son los que aparecen en la versión de los Setenta en sustitución de los anteriores. <<

[83] *Vid. infra* XVI 43; XXII 30. Se refiere a la tercera de las edades en que Agustín divide la historia. <<

[84] *Cf.* Gen. 11, 28. <<

[85] Cf. Ios. 24, 2. MATTHEWS SANDFORD-McALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 71, n. 3, indican que el nombre de Jesús Nave es la forma latina de la traducción que hacen los Setenta del hebreo Josué, hijo de Nun. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 332-333, n. 2, por su parte, señala que Josué se llamaba anteriormente Oseas y Moisés le cambió el nombre, aunque en realidad Oseas parece una abreviatura de Josué. <<

[86] Gen. 6, 9. <<

[87] Gen. 11, 27-29. <<

[88] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 725-726, n. compl. 28, el nombre de Sarra se toma de la traducción latina de los Setenta, en la cual la esposa de Abraham se llamaba originariamente Sara, que posteriormente Dios cambió en Sarra, mientras que en el texto hebreo el nombre original era Sarai y el nuevo Sara. <<

[89] Gen. 11, 31. SANDFORD-McALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 71, n. 3, comentan que la ciudad de Jarán se hallaba en la parte norte de Mesopotamia y corresponde a Carras, famosa por la derrota de Craso frente a los partos en 53 a. C. <<

[90] Gen. 24, 10. <<

[91] Judith 5, 5-9. <<

[92] Gen. 11, 32. <<

[93] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 237 n. 2, señala que en el texto hebreo del Génesis solo aparece la cifra total de años en el caso de Taré, pero en la traducción latina de los Setenta que manejó Agustín se especifica para el resto. <<

[94] Gen. 12, 1. <<

[95] Gen. 12, 4. <<

[96] *Cf.* Gen. 10, 31. <<

[97] Gen. 11, 1. <<

[98] Sobre la *recapitulatio vid. supra* XVI 5. <<

[99] Gen. 11, 32. <<

[100] Gen. 12, 1. <<

[101] Gen. 12, 4. <<

[102] Respecto a la cronología, MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 82-84, n. 6, señalan que AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 25, propuso tres explicaciones: el argumento de la *recapitulatio* que aquí se ofrece, la leyenda sobre el fuego de los caldeos, que toma de Jerónimo, *Quaest. Hebr. in Gen.*, *Corpus Christianorum LXXII*, pág. 15, 19, 1-13, basada en la traducción del hebreo «fuego de los caldeos» y no Ur de Caldea, en relación con el hecho de que Abraham rechazó adorar al dios del fuego y fue arrojado a las llamas, de las que fue liberado con la ayuda de Dios, momento a partir del cual se cuenta su edad, y, finalmente, la idea de que Taré no habría engendrado sus tres hijos hasta los setenta años y Abraham podía haber sido el más joven. Sobre la cuestión *vid.* además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 720-721, n. compl. 23. <<

[103] Act. 7, 2-3. <<

[104] Act. 7, 4. <<

[105] Act. 7, 4. <<

[106] Sigo la lectura *patrem* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar del *patrum* del *Corpus Christianorum*. Como señala ALICI, *La città...*, pág. 770, n. 13, la posibilidad de que Nacor hubiera seguido a Taré se contradice con lo dicho en *Civ.* XVI 13, según la cual Nacor había caído en las supersticiones de los caldeos. <<

[107] Gen. 12, 1-4. <<

[108] EUSEBIO, *Chron., Anno 23 Assyriorum* Helm, Berlín, 1956, pág. 23. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 244-245 n. 2, señala que Agustín utiliza la traducción de la *Cronica* realizada por Jerónimo. En 394 a petición de Alipio, Paulino de Nola pidió prestado al amigo de Jerónimo Domnión un ejemplar de la *Crónica* de Eusebio para obtener una copia que pudiera utilizar Agustín, quien ya la emplea en la redacción de *La doctrina cristiana* en 396-397. <<

[109] Gen. 12, 4. <<

[110] Act. 7, 2. <<

[¹¹¹] Eusebio, *Chron.*, pág. 23b Helm. <<

[112] Gal. 3, 17. <<

[113] La historia del reino de los sicionios, situado en el Peloponeso, en el Golfo de Corinto, y fundado según los relatos míticos por Egialeo, su primer habitante y rey, aparece relatada en detalle en PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5-7. Aunque en ningún momento tuvo la relevancia de los imperios mencionados a continuación, y no fue polis independiente hasta el siglo VI, en que se liberó del poder corintio, los antiguos consideraban que fue uno de los primeros reinos en constituirse en Grecia. Sobre su historia *vid. infra* XVIII 2-19. <<

[114] Según MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 90-91, n. 3, aquí se anticipa el relato de la historia de estos tres reinos que se narra en el libro XVIII. La correspondencia cronológica de Abraham con los mismos es tomada de Eusebio, *Chron.*, pág. 24, 20 Helm, que a su vez depende de Cástor de Rodas. <<

[115] M. MARIN , «L' utilizzazione di Sallustio nel *De civitate Dei*», en E. CAVALCANTI (ed.), *Il De civitate Dei. L'opera, le interpretazioni, l'influsso*, Roma, 1996, pág. 42 señala la coincidencia de este texto con SALUSTIO , *Guerra de Jugurta* 17, 3, donde se dice que la mayoría de los autores consideraba a África la tercera parte del mundo, pero que según unos pocos debía incluirse en Europa, por lo que las partes de la tierra eran dos. Sin embargo, indica que dicha coincidencia no tiene por qué deberse a una lectura directa por parte de Agustín del texto de Salustio, sino a una formación escolar común. <<

[116] Gen. 12, 7. <<

[117] *Cf.* Gen. 12, 10-20. Sara y Abraham eran hermanos por parte de padre.
<<

[118] AGUSTÍN , *C. Faust.* XXII 36, *cf. Quaest. Hept.* I 26, pasaje que según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 250-251, n. 3, depende de Jerónimo, *Quaest. Hebr. in Gen.*, *Corpus Christianorum LXXII*, págs. 16, 21, 17-32, donde explica que el faraón no tuvo relaciones con Sara porque según el libro de Ester una mujer solo era aceptada por este tras ser perfumada durante seis meses con aceite de mirto y durante otros seis recibir otros cuidados, y Sara debió ser devuelta antes de este periodo. <<

[119] Gen. 13, 8-9. <<

[120] *Cf.* SÉNECA EL VIEJO, *Controversias* VI 3. <<

[121] Gen. 13, 14-17. <<

[122] Sobre la definición de hipérbole en la teoría retórica antigua *vid.* LAUSBERG, *Manual...*, §§ 579, 909-910. El ejemplo de los granos de arena aparece también en la literatura clásica, como en CATULO 7. <<

[123] *Cf.* AGUSTÍN, C. *Faust*. XXII 89. <<

[124] Gen. 13, 15. <<

[125] Como señala ALICI, *La città...*, pág. 775, n. 3, se refiere a la destrucción de Jerusalén y de su templo llevada a cabo por Tito, hijo del emperador Vespasiano, en el año 70 d. C. tras un largo asedio de la ciudad. Una nueva sublevación de los judíos en 132 d. C., sofocada por el emperador Adriano en 135 d. C., fue la causa de la interdicción a los judíos de entrar en la ciudad. Los acontecimientos relativos a la sublevación judía en época de Vespasiano son contados en detalle, en esta misma colección, por FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los judíos*, introducción, traducción y notas por Jesús M^a Nieto Ibáñez, Madrid, 1999. Vid. además SÜETONIO, *Vida de Tito* 5, TÁCITO, *Historias* V 1-13, DION CASIO, *Historia romana* LXVI. Sobre la rebelión de Bar Kojba en época de Adriano vid. DION CASIO, *Historia romana* LXIX 13-14. <<

[126] *Cf.* Gen. 13, 18. <<

[127] *Cf.* Gen. 14, 18-24. <<

[128] *Cf.* Hebr. 7, 1-10. <<

[129] Psalm. 110 (109), 4. El sacrificio al que se refiere es el de la eucaristía, que es prefigurado por el pan y el vino ofrecido a Abraham por Melquisedec. *Vid.* MATTHEWS SANDFORD-McALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 106-107, n. 1. <<

[130] *Cf.* Gen. 15, 1-5. <<

[131] Arato nació en Solos, Cilicia, en 310 a. C. y murió en 240 a. C. Estudió en Atenas con el filósofo Perseo, a quien pudo acompañar a la corte macedonia, donde halló la protección del monarca Antígono II Gónatas. Es autor del poema didáctico-Astronómico titulado *Fenómenos*, de 1154 hexámetros dactílicos, en el que puso en verso la obra de Eudoxo de Cnido. Además compuso otros poemas, hoy perdidos, sobre tema médico o astronómico, como los *Pronósticos*, una colección titulada *Catalepton*, un *Himno a Pan*, epicedios a sus amigos, etc. En cuanto a su labor erudita, editó la *Ilíada* y la *Odisea* y estudió la obra de Hesiodo. Los *Fenómenos* despertaron el interés de los romanos, y fueron traducidos por Cicerón, Germánico y Avieno entre otros. Sobre el autor *vid.* en esta colección ARATO, *Fenómenos*. GÉMINO, *Introducción a los Fenómenos*, introducciones, traducciones y notas de E. Calderón Dorda, Madrid, 1993, págs. 9-62. <<

[132] Eudoxo de Cnido (ca. 408-355 a. C.) fue un filósofo perteneciente a la Academia platónica, aunque Diógenes Laercio, VIII 86-91, lo incluye entre los pitagóricos. Fue muy crítico con la metafísica platónica, y su relación con Platón es objeto de controversia. Se interesó además por la astronomía, las matemáticas, la geometría y la medicina. Su principal logro en cuanto a astronomía se refiere fue la creación de un sistema basado en cálculos matemáticos para explicar los movimientos de los astros. La tierra se situaba en el centro y permanecía inmóvil, mientras que los astros se hallaban fijados a veintisiete esferas que a su vez se reunían siete grupos, siendo el creador de la esfera celeste. Fragmentos en F. LASSERRE, *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín, 1966. Sobre su teoría astronómica E. MAULA, «Eudoxus encircled», *Ajatus* 33 (1971), págs. 201-253, E. MAULA, E. KASANEN, J. MATTILA, «The spider in the Sphere, Eudoxus' Arachne», *Philosophia* 5-6 (1975-1976), págs. 225-259. Sobre su vida y obra vid. Diógenes Laercio, VIII 86-91, F. HULTSCH, *RE* VI COL. 953, FERRATER MORA, *Diccionario...*, vol. II, pág. 1154, s. v. <<

[133] Rom. 4, 3; Iac. 2, 23, *cf.* Gal. 3, 6; Gen. 15, 6. <<

[134] >Gen. 15, 7. <<

[135] Gen. 15, 8-19. <<

[136] Gen. 15, 8. <<

[137] Lc. 1, 34-35. *Cf.* AMBROSIO, *Abr.* II 8, 49. <<

[138] Gen. 11, 32. <<

[139] Gal. 3, 17. <<

[140] *Vid.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* II 47 sobre la cronología de la esclavitud en Egipto. <<

[141] Gen. 15, 17. *Cf.* Exod. 3, 2; 13, 21; 19, 9; 18-20. <<

[142] Según MATTHEWS SANDFORD-MCALLEEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 118, n. 1, aquí se alude a I Cor. 3, 12-15, que será comentado en *Civ.* XXI 26. Asimismo Agustín plantea la existencia del fuego del purgatorio. <<

[143] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 269, n. 3, el río al que alude Agustín es en realidad el Nilo. La ciudad de Rinocorura corresponde a la actual El Arish, situada en la Península del Sinaí. <<

[144] *Vid. supra* XV 3. <<

[145] *Vid.* AGUSTÍN, C. *Faust.* 22, 30, donde responde a los maniqueos respecto a esta acusación. <<

[146] I Cor. 7, 4. <<

[147] Gen. 16, 6. <<

[148] Gen. 15, 4. <<

[149] Gen. 17, 1-21. <<

[150] *Cf.* AGUSTÍN, *C. Faust.* 22, 29. <<

[151] *Cf.* AGUSTÍN, *Pec. Orig.* 30, AMBROSIO, *Abr.* II 11, 79. <<

[152] Gen. 17, 14. <<

[153] Rom. 5, 12. <<

[154] Gen. 2, 17. <<

[155] Eccl. 14, 18, según la versión de los Setenta. <<

[156] Rom. 4, 15. <<

[157] Psalm. 118, 119. <<

[158] Gen. 17, 5; 16. <<

[159] Gen. 17, 5. <<

[160] JERÓNIMO, *Quaest. Hebr. in Gen.*, *Corpus Christianorum LXXII*, págs. 21, 26, 29-30. <<

[161] Jerónimo da la misma interpretación para Sarai en *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 71, 10, 22; 109, 40, 7, mientras que para Sara da «princesa» (*ibid.* pág. 150, 72, 25; pág. 151, 73, 7, etc.). <<

[162] Hebr. 11, 11. <<

[163] *Cf.* Gen. 25, 1. <<

[164] *Cf.* Rom. IV 19. Sobre los hijos de Abraham y Cetura *vid.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 35. <<

[165] *Cf.* Gen. 18, 1-2. <<

[166] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 726 n. compl. 29, cita entre otros autores que defienden que Dios Padre no se manifestaba a los seres humanos sino a través de su hijo a SAN JUSTINO, *Dialog.* LXXVII 2, 4, TERTULIANO, *Carn.* VI, *Ad. Marc.* II 27; III 9, EUSEBIO, *Hist. Eccl.* I 2. <<

[167] Gen. 18, 2-3. <<

[168] Gen. 19, 2. <<

[169] Gen. 19, 16-19. *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 41. <<

[170] Hebr. 13, 2. <<

[171] Gen. 18, 18. <<

[172] *Cf. supra* XIV 18. <<

[173] *Cf.* Lc. 17, 32. <<

[174] Gen. 20, 12. <<

[175] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 67, 7, 16, da el significado de «risa» o «alegría». <<

[176] Gen. 21, 6. <<

[177] *Cf.* Gal. 4, 24. <<

[178] *Cf.* Gen. 22, 1-13. <<

[179] Gen. 21, 12-13. <<

[180] Rom. 9, 8. <<

[181] Hebr. 11, 17-19. <<

[182] Rom. 8, 32. <<

[183] Gen. 22, 10-12. <<

[184] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 58. <<

[185] Gen. 22, 15-18. <<

[186] Gen. 23, 1. <<

[187] Gen. 17, 17. <<

[188] Act. 7, 4. *Vid. supra* XVI 15. <<

[189] Gen. 24, 2-3. <<

[190] Gal. 4, 24. <<

[191] Gen. 16, 3. <<

[192] Gen. 25, 1. <<

[193] Gen. 25, 5-6. <<

[194] Rom. 9, 8. <<

[195] Gen. 21, 12. <<

[196] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 301-302, n. 7, la condena de las segundas nupcias era habitual, incluso entre los cristianos ortodoxos, pero era absoluta solo en algunas herejías y especialmente entre los montanistas. Agustín las admite en *Bon. viduit.* 4, 6, aunque considera que tiene menos mérito quien se casa por segunda vez, al igual que la virginidad es preferible al matrimonio. Sobre la cuestión *vid.* además MATTHEWS SANDFORD-MCALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 161, n. 4. <<

[197] *Cf.* Gen. 25, 7. <<

[198] Gen. 25, 23. <<

[199] *Cf.* Rom. 9, 11-13. <<

[200] Entre dichas obras destacan *Sobre la gracia y el libre arbitrio*, *Sobre la gracia de Cristo y el pecado original* y *Sobre la corrección y la gracia*. <<

[201] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 73. <<

[202] Gen. 26, 1-5. <<

[203] Gen. 26, 24. <<

[204] *Cf.* Gen. 25, 33. <<

[205] Esta interpretación de las pieles de cabra como los pecados puede verse además en AGUSTÍN, *C. mend.* X 24. <<

[206] Gen. 25, 27. <<

[207] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 74. <<

[208] Gen. 27, 27-30. <<

[209] Gen. 27, 33. <<

[210] Gen. 28, 1-4. <<

[211] Gen. 21, 12. <<

[212] Gen. 28, 10-19. <<

[213] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 84. <<

[214] Ioh. 1, 47. <<

[215] Ioh. 1, 51. <<

[216] *Cf.* Gen. 29, 1-30, 24. <<

[217] *Cf.* I Cor. 7, 4. <<

[218] *Vid. supra* XVI 38. <<

[219] *Cf.* Gen. 32, 25-33. <<

[220] *Vid. infra* XVII 13. Sobre la etimología de Israel *vid.* JERÓNIMO, *Nom. Hebr.*, *Corpus Christianorum LXXII*, pág. 75, 13, 21: «Israel es ver a Dios o al hombre o la mente que ve a Dios». En *Quaest. Hebr. in Gen.*, *Corpus Christianorum LXXII*, págs. 40-41, 50-51, 3, lo interpreta como *princeps Dei* o *directus Dei*, aunque no es la etimología más habitual. Sobre la cuestión *vid.* BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 729, n. compl. 33. <<

[221] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 104. <<

[222] Psalm. 17, 46. <<

[223] Cf. Gen. 46, 27. Vid. además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 730, n. compl. 34, que señala la discrepancia entre el texto del Génesis de los Setenta, que sigue Agustín, según el cual son 75 personas las que acompañaron a Jacob, lo cual coincide con el relato de Act. 7, 14, y el texto hebreo, donde aparecen setenta. <<

[224] Gen. 50, 23. <<

[225] Gen. 50, 22-23. <<

[226] Gen. 50, 23. <<

[227] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 322-323, n. 3, señala que en el Génesis solo se menciona a una hija de Jacob, Dina, hija de Lía. <<

[228] Gen. 46, 8. <<

[229] Gen. 49, 8-12. <<

[230] AGUSTÍN, *C. Faust.* XII, 42. <<

[231] Ioh. 10, 18; 17. <<

[232] Ioh. 2, 19. <<

[233] Ioh. 19, 30. <<

[234] Gen. 25, 23. <<

[235] Gen. 48, 19. <<

[236] *Cf.* Exod. 1, 15-22. <<

[237] *Cf.* Exod. 2, 5-10. <<

[238] *Cf.* Exod. 2, 11-15. <<

[239] *Cf.* Exod. 3, 7-10; 4, 19-23. <<

[240] *Cf.* Exod. 7-11. <<

[241] *Cf.* Exod. 14, 5-31. <<

[242] Exod. 27, 21. <<

[243] Exod. 12, 1-11. <<

[244] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 140, 64, 22.

<<

[245] *Cf.* I Cor. 5, 7. <<

[246] Act. 2, 1-4. <<

[247] Lc. 11, 20. <<

[248] Exod. 31, 18. <<

[249] *Cf.* Iudic. 2, 6-9. <<

[250] Num. 13, 16. <<

[251] *Cf.* Iudic. 2, 16-19. <<

[252] *Cf.* I Sam. 31 (Vulgata I Reg.). <<

[253] Mt. 1, 1-17. <<

[254] *Vid. supra* XVI 28. <<

[255] *Vid. supra* XVI 11. <<

[256] Como puede verse en ERNOUT-MEILLET, s. v. *for*, *infantia* deriva de un compuesto del prefijo *in-* y el participio de presente activo *fans*, del verbo *for*, que significa «decir», «hablar», por lo que *infans* sería «el que no habla». <<

[257] Sobre la división de la historia en seis edades en relación con las etapas de la vida y los seis días de la creación *cf.* AGUSTÍN, *Gen. c. Manich.* I 23, 35-41, *Divers. quaest.* LXXXIII 58. *Vid.* además E. A. SCHMIDT, *Zeit und Geschichte bei Augustin*, Heidelberg, 1985, CHR. LIGOTA, «La foi historienne: histoire et connaissance de l’histoire chez. S. Augustin», *Revue des études augustinienes* 43 (1997), págs. 111-171, esp. 115-119. <<

[258] *Cf.* Gen. 15, 9. <<

[1] Jerem. 25, 11. <<

[2] *Cf.* Gen. 20, 7. <<

[3] *Cf.* Deut. 34, 10. <<

^[4] *Cf.* Sam. 3, 20 (Vulgata I Reg.). <<

[5] *Cf.* Sam. 10, 1 (Vulgata I Reg.). <<

[6] *Cf.* Sam. 16, 13 (Vulgata I Reg.). <<

[7] Gen. 12, 1. <<

[8] Gen. 12, 3. <<

[9] *Cf.* Gen. 15, 18. <<

[10] *Cf.* Gal. 4, 21-31. <<

^[11] *Cf.* II Sam. 12, 1-7 (Vulgata II Reg.). <<

[¹²] Ierem. 31, 31-33; *cf.* Hebr. 8, 8-10. <<

[13] *Cf.* I Reg. 6 (Vulgata III Reg.). <<

^[14] *Cf.* I Reg. 1, 38 (Vulgata III Reg.); I Sam. 16, 12-13 (Vulgata I Reg.). <<

[15] *Cf.* I Sam. 2, 27 (Vulgata I Reg.). <<

[16] *Cf.* I Sam. 16, 1-14 (Vulgata I Reg.). *Cf.* AGUSTÍN, *C. Faust.* XII 33. <<

[17] I Sam. (I Reg.) 2, 1-10, siguiendo la versión de los Setenta. <<

[18] Cf. JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 102, 34, 11. <<

[19] I Sam. 2, 4-5 (Vulgata I Reg.). <<

^[20] *Cf.* I Sam. 2, 21 (Vulgata I Reg.). <<

[21] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[22] *Cf.* Mt. 5, 35. <<

[23] I Sam. 2, 1 (Vulgata I Reg.). <<

[²⁴] I Sam. 2, 1 (Vulgata I Reg.). <<

[25] *Cf.* II Tim. 2, 9. <<

[26] Sigo la lectura *quem* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar del *quam* del texto del *Corpus Christianorum*. <<

[27] Lc. 2, 29-30. <<

[28] I Sam. 2, 1-2 (Vulgata I Reg.). <<

[29] I Sam. 2, 1-3 (Vulgata I Reg.). <<

[30] Gal. 6, 3. <<

[31] Rom. 10, 3. <<

[32] Psalm. 93, 11. <<

[33] I Sam. 2, 3 (Vulgata I Reg.). <<

[³⁴] I Sam. 2, 4 (Vulgata I Reg.). <<

[35] Psalm. 6, 3. <<

[36] I Sam. 2, 4 (Vulgata I Reg.). <<

[37] El término latino es *minorati*. Como señalan MATTHEWS SANDFORD-MCALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 232, n. 3, *minor* es una palabra postclásica, presente en el latín eclesiástico desde Tertuliano, y se hace más frecuente hacia el 800 d. C. Aparece tanto en la *Vetus Latina* como en la Vulgata. <<

[38] I Sam. 2, 5 (Vulgata I Reg.). <<

[39] Apoc. 1, 4. Sobre la simbología numérica en el Apocalipsis, y la idea del siete como número que encarna la perfección *vid.* E. CUVILLIER, «El Apocalipsis de Juan», en D. Margerat (ed.), *Introducción al Nuevo Testamento: su historia, su escritura, su teología*, Bilbao, 2008, págs. 387-403, esp. 392, A. PIÑERO, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, 3.^a ed. Madrid, 2008, págs. 500-501. <<

[40] Prov. 9, 1. <<

[41] *Cf.* II Cor. 3, 6-16. <<

[42] I Sam. 2, 6 (Vulgata I Reg.). <<

[43] ORÍGENES, *In libro I Reg. Hom.* 1, 19 ed. Baehrens. Según Bardy, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 362-363, n. 5, existen grandes diferencias entre la interpretación agustinisna, que se refiere a la iglesia, y la de Orígenes, al alma fiel, y considera poco probable que Agustín hubiera conocido la homilía de su predecesor. <<

[⁴⁴] I Sam. 2, 6 (Vulgata I Reg.). <<

[45] Colos. 3, 1. *Cf.* Rom. 6, 8. <<

[46] Colos. 3, 2. <<

[47] Colos. 3, 3. <<

[48] Rom. 8, 32. <<

[⁴⁹] Psalm. 15, 10, *Cf.* Act. 2, 27. <<

[50] *Cf.* II Cor. 8, 9. <<

[51] I Sam. 2, 7 (Vulgata I Reg.). <<

[52] Iac. 4, 6; I Petr. 5, 5, *Cf.* Prov. 3, 34 según la versión de los Setenta, Iob 22, 29. <<

[53] I Sam. 2, 8 (Vulgata I Reg.). <<

[54] II Cor. 8, 9. <<

[55] Psalm. 113 (Vulgata 112), 7. <<

[56] Philip. 3, 7-8. <<

[57] I Sam. 2, 8 (Vulgata I Reg.). <<

[58] Mt. 19, 28. *Cf.* Lc. 22, 30; Apoc. 3, 21. <<

[59] I Sam. 2, 8 (Vulgata I Reg.). <<

[60] Mt. 19, 27. <<

[61] I Sam. 2, 9 (Vulgata I Reg.). <<

[62] I Sam. 2, 9 (Vulgata I Reg.). <<

[63] Psalm. 101 (102), 28. <<

[64] I Sam. 2, 9-10 (Vulgata I Reg.). <<

[65] Ierem. 9, 22-23. <<

[66] I Cor. 4, 7. <<

[67] I Tim. 1, 5. <<

[68] I Ioh. 4, 7. <<

[69] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[70] II Cor. 5, 10. <<

[71] Psalm. 73 (74), 12. <<

[72] *Cf.* Ioh. 1, 14. <<

[73] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[74] Ephes. 4, 9-10. <<

[75] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[76] Mt. 10, 22. <<

[77] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[78] Bardy, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 373, n. 7, observa en este punto la alusión a la paradoja estoica de que todo justo es rey. <<

[79] I Sam. 2, 10 (Vulgata I Reg.). <<

[80] I Sam. 2, 1 (Vulgata I Reg.). <<

[81] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 375, n. 5, señala que según cierta tradición judía, que recoge Jerónimo en *Quaest. Hebraic. in libro I Reg.*, PL 23, 1333, este personaje se llamaba Fineés. <<

[82] El efod podía ser un tipo de vestimenta sacerdotal, tal y como se describe en Exod. 28. Sin embargo, como señala ALICI, *La città...*, pág. 821, n. 2, en esta ocasión se trata de un instrumento de adivinación con el que se realizaban consultas a Yahvé. <<

[83] I Sam. 2, 27-36 (Vulgata I Reg.). <<

[84] *Cf.* AGUSTÍN, *Retract.* II 43, 2. <<

[85] *Cf.* II Sam. 15, 24 (Vulgata II Reg.); I Reg. 1, 7-8. 2, 26 (Vulgata III Reg.). <<

[86] I Sam. 2, 30 (Vulgata I Reg.) <<

[87] I Sam. 2, 31-34 (Vulgata I Reg.), *Cf.* I Sam. 4, 11 (Vulgata I Reg.). <<

[88] I Sam. 2, 31-34 (Vulgata I Reg.), *cf.* I Sam. 4, 11 (Vulgata I Reg.). <<

[89] I Sam. 2, 35 (Vulgata I Reg.). <<

[90] I Sam. 2, 30 (Vulgata I Reg.). <<

[91] I Sam. 2, 35 (Vulgata I Reg.). <<

[92] Psalm. 16 (17), 8. <<

[93] I Sam. 2, 36 (Vulgata I Reg.). <<

[94] I Sam. 2, 33 (Vulgata I Reg.). <<

[95] Esai. 10, 22. <<

[96] Rom. 11, 5. <<

[97] I Sam. 2, 36 (Vulgata I Reg.). <<

[98] Rom. 9, 28, *cf.* Esai. 10, 23. <<

[99] Psalm. 11(12), 7. <<

[100] I Sam. 2, 36 (Vulgata I Reg.). <<

[101] Psalm. 83, 11. <<

[102] I Tim. 2, 5. <<

[103] I Petr. 2, 9. <<

[104] Bardy, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 386, n. 4, comenta que, según el texto de la Vulgata, el descendiente de Elí no pediría una función sacerdotal, sino una parte de la víctima para no morir de hambre. <<

[105] I Cor. 10, 17. <<

[106] Ioh. 6, 51 (52). <<

[107] I Sam. 2, 28 (Vulgata I Reg.). <<

[108] I Sam. 2, 30 (Vulgata I Reg.). <<

[109] I Sam. 24, 6 (Vulgata I Reg.). <<

[110] I Sam. 24, 7 (Vulgata I Reg.). <<

[¹¹¹] I Sam. 13, 13-14 (Vulgata I Reg.). <<

[112] *Cf.* Lc. 19, 10. <<

[113] *Cf.* Ephes. 1, 4. <<

[114] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 392, n. 3, que sigue a ERNOUT-MEILLET, s. v. *quaero*, el sentido originario del verbo latino *quaerere* es «buscar», «buscar para procurarse» y de ahí «ganar», «obtener», derivación que también se encuentra en *quaestus*, con el sentido de «forma de buscar dinero», «oficio», «ganancia». De *quaerere* deriva *adquirere*, «adquirir». <<

[115] I Sam. 15, 23 (Vulgata I Reg.). <<

[116] I Sam. 15, 24-29 (Vulgata I Reg.). BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 393-394, n. 5, señala que las palabras *e Israel se dividirá en dos* no aparecen ni en el texto hebreo ni en la Vulgata. <<

[117] Sobre el tiempo de reinado de Saúl, *vid.* BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 394, n. 1, que indica que los libros de los Reyes no ofrecen datos al respecto. FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías* VI 378 señala que Saúl reinó 18 años antes de la muerte de Samuel y que permaneció en el trono veinte años más, en Act. 13, 21 se dice que reinó 40 años y la *Crónica* de EUSEBIO, pág. 65 Helm, da una duración total de 40 años para la judicatura de Samuel y el reinado de Saúl. <<

[118] I Tim. 2, 5. <<

[119] I Sam. 15, 28. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 395, n. 3, señala que la lectura de Agustín aparece en algunos manuscritos griegos como [πὸ Ἰσραὴλ, pero que en los mejores, que además siguen el sentido del texto hebreo, la preposición no aparece, así como en la Vulgata. <<

[120] Psalm. 109 (110), 1. <<

[121] *Cf.* Gal. 1, 24. <<

[122] *Cf.* Gal. 4, 22. <<

[123] Gen. 21, 10. <<

[124] I Sam. 15, 29 (Vulgata I Reg.). <<

[125] *Cf.* Gal. 4, 24. <<

[126] *Cf.* II Cor. 3, 15-16. <<

[127] *Cf.* I Sam. 7, 5-12 (Vulgata I Reg.). <<

[128] I Sam. 7, 12. (Vulgata I Reg.). Cf. JERÓNIMO, *Graeca fragmenta libri nom. Hebr. PL* 23, 1203 donde aparece como *populus adiutor vel lapis adiutoris*. <<

[129] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 116, 46. 20-21, da los significados de «especulación» o «contemplación». <<

[130] I Sam. 7, 8-16. <<

[131] *Cf.* I Reg. 11, 4-8 (Vulgata III Reg.). <<

[132] *Cf.* Rom. 1, 3. <<

[133] *Vid. JERÓNIMO, Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII, págs. 138, 63, 5-6; 140, 71, 5. <<*

[134] Psalm. 71 (72), 8. <<

[135] *Cf.* Ioh. 1, 35-42. <<

[136] Cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 13, 24-25. <<

[137] I Sam. 2, 12-13. <<

[138] I Cor. 3, 17. <<

[139] Psalm. 88 (89), 4. <<

[140] Psalm. 88 (89), 20-30. <<

[¹⁴¹] II Sam. 7, 14-15 (Vulgata II Reg.). <<

[142] Psalm. 104 (105), 15. <<

[143] Psalm. 88, 31-34. <<

[144] Cf. AGUSTÍN, *In psalm. 88, Serm. 2, 3.* <<

[145] Act. 9, 4. <<

[146] Psalm. 88 (89), 35-36. <<

[147] Psalm. 88 (89), 37-38. <<

[148] Psalm. 88 (89), 39. <<

[¹⁴⁹] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 413, n. 5, según la *Crónica* de EUSEBIO, p. 100 Helm. Nabucodonosor tomó Jerusalén e incendió el templo 442 años tras el comienzo de su construcción. <<

[150] Psalm. 88 (89), 39. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 413, n. 6, señala que el sentido del texto hebreo difiere en gran medida de la interpretación que le da Agustín, ya que simplemente dice «te has enojado contra tu ungido». <<

[151] *Cf.* I Sam. 24, 7 (Vulgata I Reg.). <<

[152] Psalm. 88 (89), 40-46. <<

[153] Psalm. 88 (89), 47. <<

[154] Psalm. 12 (13), 1. <<

[155] Psalm. 88 (89), 47-48. <<

[156] Psalm. 88 (89), 47-48. <<

[157] Psalm. 143 (144), 4. <<

[158] Psalm. 88 (89), 49. <<

[159] Rom. 6, 9. <<

[160] Ioh. 10, 18. <<

[161] Psalm. 88 (89), 50-56. <<

[162] Se trata de Etán Ezraita, personaje del que poco se sabe y que probablemente no es el mismo Etán que aparece en I Reg. 5, 11. *Vid.* ALICI, *La città...*, pág. 837, n. 2. <<

[163] Psalm. 88 (89), 50-56. <<

[164] Psalm. 88 (89), 53. <<

[165] II Sam. 7, 19 (Vulgata II Reg.). <<

[166] II Sam. 7, 29 (Vulgata II Reg.). <<

[167] II Sam. 7, 11 (Vulgata II Reg.). <<

[168] II Sam. 7, 27 (Vulgata II Reg.). <<

[169] Psalm. 126 (127), 1. <<

[170] II Sam. 7, 10-11 (Vulgata II Reg.). <<

[171] II Sam. 7, 10-11 (Vulgata II Reg.). <<

[172] *Cf.* I Reg. 11, 42 (Vulgata III Reg.). <<

[173] *Cf.* Iudic. 3, 30. <<

[174] *Vid. supra* XVI 39. <<

[175] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 428-429, n. 3, señala que en algunos casos delante del nombre de David aparece la letra hebrea Lamed, que literalmente se traduce como la preposición a, pero que en estas ocasiones se utiliza para señalar la atribución, y que la traducción sería también aquí *del mismo David*. Agustín no es el único en cometer el error, ya que también se observa en HILARIO, *In psalm.* 52, 1. Sobre el tema *vid.* además H. CAZELLES, «La question du Lamed auctoris», *Revue biblique* 56 (1949), págs. 93-101. <<

[176] *Cf.* Mt. 22, 43. <<

[177] Psalm. 109 (110), 1. <<

[178] La técnica del centón estuvo muy en boga durante la Antigüedad tardía, y consistía en crear un poema a partir de versos o partes de versos de otro anterior. Entre los centones cristianos destaca el de Proba, a partir de versos de Virgilio, y entre los paganos el centón nupcial de Ausonio, también a partir de Virgilio. <<

[179] Entre los comentaristas de los Salmos, BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 432, n. 2, señala entre otros a Orígenes, Eusebio, Atanasio, Ambrosio y Jerónimo y el propio Agustín. <<

[180] Psalm. 44 (45), 2-10. <<

[181] *Cf.* Psalm. 44 (45), 7. <<

[182] *Cf.* Psalm. 44 (45), 8. <<

[183] Psalm. 44 (45), 11-18. <<

[184] Psalm. 47 (48), 8. <<

[185] Psalm. 47 (48), 3. <<

[186] Cf. JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, pág. 108, 39. 25 da los significados de *specula*, *speculator*, *scopulus*; pág. 112, 43, 12 *specula o mandatum o invium*; págs. 122, 50, 25; 153, 72, 2; 157, 78, 15; 161, 81, 17 *specula*. <<

[187] *Vid. supra* XVI 4. <<

[188] Psalm. 44 (45), 11. <<

[189] Psalm. 17 (18), 44-45. <<

[190] Psalm. 17 (18), 45. <<

[191] Rom. 10, 17. <<

[192] Psalm. 86 (87), 5. <<

[193] Psalm. 44 (45), 17. <<

[194] Psalm. 109 (110), 1. <<

[195] Psalm. 109 (110), 2. <<

[196] Sigo la lectura *ipsi* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar del *ipse* del *Corpus Christianorum*. <<

[197] Psalm. 109 (110), 4. <<

[198] La interpretación de este texto en relación con la ofrenda del vino y el pan, como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 442, n. 1, aparece también en CIPRIANO, *Epist.* 63. <<

[199] Psalm. 21 (22), 18. <<

[200] Psalm. 21 (22), 19. *Cf.* Ioh. 19, 24, Mt. 27, 35. <<

[201] Mt. 27, 35. <<

[202] Psalm. 21 (22), 28-29. <<

[203] Psalm. 3, 6. Cf. AGUSTÍN, *In Psalm. 3*, 5, *In Psalm. 40*, 10, *In Psalm. 41*, 11, *In Psalm. 138*, 2. <<

[204] Psalm. 40 (41), 6-9. <<

[205] Psalm. 40 (41), 10-11. <<

[206] *Cf.* Ioh. 13, 26. <<

[207] Ioh. 6, 70 (71); 13, 21. <<

[208] Mt. 25, 35. <<

[209] Mt. 25, 40. <<

[210] *Cf.* Ioh. 12, 34. <<

[211] Psalm. 15, 9-10. <<

[212] Psalm. 67 (68), 21. <<

[213] JERÓNIMO, *Nom. Hebr., Corpus Christianorum LXXII*, págs. 76, 13, 28; 156, 77, 11; 160, 80, 21 *salvator*; 136, 61, 24 *salvator o salvaturus*, 157, 78, 4, *salus o salvator*. <<

[214] Mt. 1, 21. <<

[215] Idéntica interpretación aparece en AGUSTÍN, *In Psalm.* 67, 29. <<

[216] Psalm. 68 (69), 22. <<

[217] Psalm. 68 (69), 23-24. *Cf.* AGUSTÍN, *in Psalm. 68, Sermo 2, 7.* <<

[218] Psalm. 31 (32), 1. <<

[219] *Vid. supra* XVII 7. <<

[220] Salustio, *Conjuración de Catilina* XI. Esta misma cita ya había sido utilizada por Agustín en III 7 aplicada a Sila, como en el historiador tardorrepblicano. Vid. MARIN, «L'Utilizzazioni...», págs. 46-47. <<

[221] Sobre las controversias en torno a la canonicidad de estos libros, que afectaban sobre todo a las iglesias Doctr. Christ. II 12. <<

[222] Sap. 2, 12-21. <<

[223] Eccli. 36, 1-4. <<

[224] Prov. 1, 12-13. <<

[225] Mt. 21, 38. <<

[226] *Vid. supra* XVII 4. <<

[227] Prov. 9, 1-5. <<

[228] I Cor. 1, 27. <<

[229] Prov. 9, 6. <<

[230] Eccl. 8, 15. <<

[231] Psalm. 39 (40), 7. *Cf.* Hebr. 10, 5-7. <<

[232] Eccl. 7, 2. <<

[233] Eccl. 7, 4. <<

[234] Eccl. 10, 16-17. <<

[235] *Cf.* Gal. 4, 22-23. <<

[236] Rom. 5, 5. <<

[237] Psalm. 24 (25), 3. <<

[238] Cant. Cantic. I, 3 según la versión de los Setenta. <<

[239] Cant. Cantic. 7, 6. <<

[240] *Cf.* I Reg. 12, 20-25 (Vulgata III Reg.). <<

[241] *Cf.* I Reg. 12, 20 (Vulgata III Reg.). <<

[242] *Cf.* I Reg. 12, 31 (Vulgata III Reg.). <<

[243] *Cf.* I Reg. 12, 22-24 (Vulgata III Reg.). <<

[²⁴⁴] I Reg. 19, 10 (Vulgata III Reg.); Rom. 11, 3-4. <<

[245] I Reg. 19, 18 (Vulgata IV Reg.). <<

[246] Sigo la lectura *piorum* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) y no el *priorum* del *Corpus Christianorum*. <<

[247] *Cf.* II Reg. 17 (Vulgata IV Reg.). <<

[248] *Cf.* II Reg. 25 (Vulgata IV Reg.). <<

[249] *Cf.* Esdr. 3, 7-4, 22. <<

[250] *Cf.* Lc. 1, 67. <<

[251] *Cf.* Lc. 1, 24. <<

[252] *Cf.* Lc. 2, 27. <<

[253] *Cf.* Lc. 2, 36. <<

[254] *Cf.* Mc. 1, 4; Lc. 3, 2; Mt. 3, 1. <<

[255] *Cf.* Ioh. 1, 29-35. <<

[256] Mt. 11, 13. <<

[257] *Cf.* Lc. 1, 46-55. <<

[258] Sigo aquí la lectura de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) *eis*, en lugar del *eius* del *Corpus Christianorum*. <<

[259] *Cf.* I Sam. 15, 28 (Vulgata I Reg.). <<

[1] Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, págs. 669-670, Agustín en este libro se ocupa extensamente de la historia de otros pueblos aparte del judío, para lo cual se basa sobre todo en la traducción de Jerónimo de la *Crónica* de Eusebio y en la obra de VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*. Asimismo, para la época imperial romana también maneja el epítome de JUSTINO de las *Historias Filípicas* de POMPEYO TROGO. <<

[2] Cf. LUCANO, *Farsalia* IV 575-581. <<

[3] *Vid. supra* XVI 17. <<

[4] SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 8. <<

[5] Según HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 670, para el relato de la historia de los asirios Agustín reproduce casi literalmente *La ciudad de Dios* IV 6. Vid. además XVI 17; XVIII 22. <<

[6] El personaje de la reina Semíramis se mueve entre la historia y la leyenda. Es conocida sobre todo por los relatos de HERÓDOTO, *Historia* I 184-191 y de DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* II 4-20, que se basa a su vez en CTESIAS DE CNIDO, *Historia de Persia*. El relato de Heródoto incide sobre todo en las complejas obras de ingeniería que realizó durante su reinado y en la guerra que su hijo mantuvo contra Ciro, mientras que Diodoro, aparte de tratar sobre sus construcciones y sus campañas bélicas, se extiende en elementos de carácter legendario, como sus supuestos orígenes divinos. Como señala C. SCHRADER, *Heródoto, Historia*, Madrid, 1992, pág 291, n. 470, en esta misma colección, Semíramis suele identificarse con la reina regente asiria Shammuramat, esposa de Samsi-Adad V y madre de Adad-Nirari III, cuyo reinado pudo situarse en torno a 809-806 a. C. Más adelante, los sacerdotes del dios acadio Nabú, o Nebo, introdujeron su culto en Nínive, lo que dio lugar a todo tipo de leyendas en torno a ella. <<

[7] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 487, n. 3, en la *Crónica* de Eusebio, principal fuente de Agustín para estos capítulos, no se hallan noticias de las guerras emprendidas por la reina Semíramis. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* II 13, relata sus campañas bélicas en detalle. <<

[8] *Vid. supra* XVI 17, *Cf.* Apoc. 14, 8. <<

[9] Sobre Europe, hijo de Egialeo, *cf.* PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II, 5, 6, que, frente a otras versiones, lo considera el padre de Telquis. <<

[10] *Vid.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 20b Helm. Egialeo fue el primer rey autóctono y fundador de Sición. Sobre el mismo *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 480.
<<

[11] DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* II 20, que ya observa las discrepancias respecto al final de Semíramis, ofrece una versión diferente, según la cual, tal y como le había vaticinado el oráculo de Amón, su hijo tramó una conspiración contra ella. La reina decide entregarle el poder, tras lo cual desapareció por completo, o bien pudo convertirse en paloma. <<

[12] *Vid supra* XVI 4; 11; 17. <<

[13] Como EUSEBIO, *Chron.*, pág. 20b Helm, o DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* II 21. <<

[14] En la mitología griega existen dos personajes que reciben dicho nombre, estrechamente relacionados, por lo que tienden a confundirse en las propias fuentes. Agustín en este caso se refiere al quinto rey de los sicionios, hijo del rey de Sición Apis y descendiente de Egialeo. El segundo es hijo de Apis, rey de Foronea, que debido al gobierno tiránico de su padre se alía con Telquis, rey de Sición, para asesinarle. Sobre los mismos *Vid. GRIMAL, Diccionario...*, pág. 500, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 6, APOLODORO, *Biblioteca* II 1. <<

[15] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 20b Helm. <<

[16] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 24a Helm, que lo cuenta como cuarto rey. <<

[17] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 27b Helm, que lo cuenta como sexto rey. <<

[18] Es el nombre que aparece en EUSEBIO, *Chron.*, pág. 27b Helm, y PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 7, El nombre de Turiaco lo toma de VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 11 ed. H. Peter, *Historicorum Romanorum Reliquiae*, vol. II, Leipzig, 1906. <<

[19] Existen diversos relatos sobre este dios-río y rey de Argos, nacido de Oceáno y Tetis, según unas versiones, antes de la aparición de los seres humanos, mientras que en otras aparece como contemporáneo de Erictonio, o como el personaje que después del diluvio de Decaulión reunió y estableció a los seres humanos en la llanura de un río al que dio su nombre. Se le atribuye la paternidad de varios hijos, entre ellos Foroneo y Egialeo, así como de una hija, Micena, epónima de Micenas, a la que en algunas versiones, especialmente en la tragedia, se le añade Io, muchacha que fue raptada por Zeus, lo que provocó la ira de su padre. Zeus, al verse perseguido, le envía Tisífone, una de las erinias, para que le atormentase, lo que causó su final arrojándose al río Haliacmon, después llamado Ínaco. Según otras versiones Zeus le fulminó con un rayo que desecó el cauce del río que recibe su nombre. Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 288, APOLODORO, *Biblioteca* II 1, 1-2, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 15, 4-5. <<

[20] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 11 ed. H. Peter. <<

[21] En EUSEBIO, *Chron.*, pág. 28a Helm, es el séptimo. <<

[22] Según el relato mítico este rey, al no tener descendencia masculina, adoptó al nieto que tuvo su hija Calquinia de Poseidón, llamado Pérato, que fue su sucesor en el trono, y que no menciona Agustín porque por necesidades del relato pasa del noveno rey al undécimo, Plemneo. *Vid. GRIMAL, Diccionario...*, pág. 317, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 5. <<

[23] Gen. 26, 3-6. <<

[24] Según la mitología griega Foroneo, hijo del dios-río Ínaco y de la ninfa Melia, fue el primer ser humano. De él se cuenta que en la disputa entre Hera y Poseidón por el dominio sobre el Peloponeso falló en favor de la primera, cuyo culto introdujo en la región. Enseñó al resto de los humanos el uso del fuego y la organización en ciudades. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 207, PLATÓN, *Timeo* 22 a, APOLODORO, *Biblioteca* II 1, 1, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 15, 5, XIX 5, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromat.* I 102. <<

[25] EUSEBIO, *Chron.*, págs. 29a-30b Helm. <<

[26] Fegoo o Fegeo fue rey de la ciudad de Fegea y según algunas genealogías, como la seguida por Agustín, hijo de Ínaco y hermano de Foroneo. Otras versiones lo hacen hijo de Alfeo. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 196, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VI 17, 6, VIII 24, 2-3, APOLODORO, *Biblioteca* III 7, 5. <<

[27] Sigo la lectura *frater* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) frente al *fratre* del *Corpus Christianorum*. <<

[28] Sobre la filiación de Io, princesa de Argos y sacerdotisa de Hera, existen diversas versiones, aunque según GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 289-290, la mayoría coinciden en asociarla a la casa real de Argos. En OVIDIO, *Metamorfosis* I 582-585 es hija de Ínaco, mientras que en PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 16, 1 y en APOLODORO, *Biblioteca* II 1, 3-4, aparece como hija de Iaso. El relato más conocido sobre el personaje es el del amor de Zeus hacia la doncella y los celos de Hera, que lleva a Zeus a convertirla en ternera y posteriormente a consagrarla a su esposa. Io anduvo errante hasta llegar a Egipto, dio a luz a su hijo Épafo y finalmente fue identificada con la diosa Isis. <<

[29] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 27b Helm. <<

[30] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 31a-b Helm. <<

[31] Sobre los orígenes de Apis, rey de los Argivos, existen dos versiones. Según la primera, que transmite APOLODORO, *Biblioteca* I 7, 6; II 1, 1-2 es hijo de Foroneo y de la ninfa Telédice. Heredó de su padre el poder sobre el Peloponeso, pero su comportamiento tiránico fue la causa de que fuera asesinado, o bien por Etolo, o bien por Telxión y Telquis. Una segunda versión, que transmite PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 7 lo considera hijo de Telquis de Sición y padre de Telxión. A su muerte se asimila a la divinidad egipcia, y por sincretismo pasa a denominarse Serapis o Sarapis. Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 34-35. <<

[32] *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 122. <<

[33] *Cf.* Gen. 39-41. <<

[³⁴] *Cf.* Gen. 47, 9, EUSEBIO, *Chron.*, pág. 33a Helm. <<

[35] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 748-749, n. compl. 45, aporta abundantes testimonios sobre el tema, como los de EUSEBIO, *Chron.*, pág. 30b, 32b Helm, que alude a la identificación de Apis con Serapis, al igual que ARNOBIO, *Nat.* I 36. Comentan que, según el testimonio de VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 13 Peter, al que alude Agustín, Apis nada tiene que ver con Serapis, el primero es una divinidad egipcia propiamente dicha de origen muy antiguo mientras que el segundo es una divinidad sincrética greco-egipcia. MATTHEWS SANDFORD-McALLEN GREEN, *Saint Augustine...*, págs. 380-381, n. 1, señalan que esta etimología es rechazada por Plutarco en *Sobre Isis y Osiris* 29, 362 c, donde indica que la mayoría de los sacerdotes veían una combinación de Osiris y Apis. <<

[36] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 496, n. 3, Agustín sigue aquí una teoría que parte de Hipócrates y de Sorano, según la cual si a una mujer embarazada se le muestra una imagen esta puede influir en los rasgos del recién nacido. Vid. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 12, 56, AGUSTÍN, *Retract.* II 62; XXXII 655, *Quaest. Hept.* I 93. <<

[37] *Cf. Quaest. Hept. I 43. <<*

[38] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 33b Helm. Otras tradiciones, como la de PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 16, 1; 34, 4-5 o APOLODORO, *Biblioteca* II 1, 1-2 le hacen hijo de Zeus y Níobe, la primera mujer mortal con la que este dios engendró descendencia. Vid. además GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 46. <<

[39] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 33b Helm. Vid. Además PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 36, 4. <<

[40] *Cf.* Gen. 49, 33, EUSEBIO, *Chron.*, pág. 34a Helm. <<

[41] Gen. 49, 10. <<

[42] *Cf.* ARNOBIO, *Nat.* I 38; III 6, V 25. <<

[43] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 35a Helm, donde este rey aparece como el undécimo de los asirios. <<

[44] Como señala GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 435, Plemneo era hijo de Pérato y se le atribuía la introducción del culto a Deméter en Sición. *Vid.* PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 8; 11, 2. <<

[45] *Cf.* Gen. 50, 25. <<

[46] *Vid.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 36a Helm, según el cual la estancia de los judíos en Egipto tras la muerte de José duró 144 años. *Vid.* además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 500, n. 1. <<

[47] *Cf.* Exod. 1. <<

[48] Ortópolis era hijo de Plemneo, sobre el cual cayó una maldición por la que todos sus hijos morían al primer grito. En un momento dado, Deméter se presentó en su corte bajo la figura de una extranjera y crió a Ortópolis rompiendo la maldición. Sobre el mismo *vid.* PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 8, GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 394. <<

[49] Según HIGINO, *Fábulas* 145, 2, y APOLODORO, *Biblioteca* II 1 Críaso desciende del linaje de Ínaco y es hijo de Argos y Creusa. <<

[50] *Vid.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 38a Helm, donde aparece Esfero como décimotercer rey de los asirios. <<

[51] En cambio, como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 500-501, n. 4, en EUSEBIO, *Chron.*, pág. 35b Helm, Prometeo aparece durante los reinados de Altayas en Asiria, Erato en Sicinia y Argis en Argos, pero más adelante, en 40b recoge esta segunda versión. Como señala GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 455, Prometeo es hijo del titán Jápeto y de una oceánide. Según las distintas versiones del mito, se le considera creador o benefactor de la humanidad, llegando incluso a engañar a Zeus, primero consiguiendo que escogiera la peor parte de un buey sacrificial, recubriendo de grasa los huesos, después robándole el fuego para entregárselo a los hombres. Como venganza, Zeus envió a Pandora y a Prometeo lo encadenó en el Cáucaso, donde un águila devoraba su hígado, que se regeneraba constantemente. Finalmente fue liberado por Hércules. Sobre el mismo *vid.* HESÍODO, *Teogonía* 507-616, *Trabajos y días* 42-105, ESQUILO, *Prometeo encadenado*, PLATÓN, *Protágoras* 320d-322d, etc. <<

[52] Según GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 61, la relación entre Atlas y la astrología surge tardíamente (vid. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* IV 27, que, en una racionalización del mito, lo considera el descubridor de la naturaleza esférica de los astros). En sus orígenes era un gigante, según unas tradiciones hijo de Jápeto y la oceánide Clímene, y, por tanto, hermano de Prometeo. Según otras era hijo de Urano. Tras la derrota de los gigantes frente a los dioses, Zeus le condenó a sostener la bóveda celeste sobre sus hombros. Vid. HESÍODO, *Teogonía* 507-520, APOLODORO, *Biblioteca* I 2, 3, II 5, 11, etc. <<

[53] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 37b Helm. Sobre el monte Atlas *vid.* HERÓDOTO, *Historia* IV 184. <<

[54] Según la tradición fue el primer rey de los atenienses, nacido de la tierra del Ática, con una naturaleza humana en su parte superior y de serpiente en la inferior. Se le atribuyen tareas civilizadoras como la enseñanza de la construcción de edificios y de los ritos funerarios o la invención de la escritura. Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 92, APOLODORO, *Biblioteca* III 14, 1-2, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 2, 6, III 15, 5. <<

[55] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 41b Helm. <<

[56] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 37b Helm. <<

[57] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 39b Helm. Sobre la presencia de este personaje en las genealogías argivas como hijo de Argo y padre de Tríopas *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 206, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* V 1, 11, VII 26, 12. <<

[58] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 41b Helm. <<

[59] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 45b Helm. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 502-503, n. 5, la forma Estenelas es la utilizada por PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 15-16. <<

[60] ARNOBIO, *Nat.* III 23, 32. Los relatos sobre esta ninfa se limitan prácticamente a su unión con Zeus en el monte Cileno. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 335. <<

[61] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 40b Helm, ARNOBIO, *Nat.* I 30, 36, 38, 41, II 68, 70, 74, III 39, V 35, VI 3. <<

[62] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 30b; 41b Helm. Sobre Ogiges y el diluvio que se produjo en su época *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 386-387. <<

[63] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 31b Helm. <<

[64] Sobre el diluvio bíblico *vid.* Gen. 6-8. Sobre Decaulión, *vid.* EUSEBIO, *Chron.*, p. 42b Helm. Más detalles en BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 749-751, n. compl. 46. <<

[65] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 5a Peter. *Vid. supra* II 2.

<<

[66] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 505, n. 8, señala que la cronología de Agustín no coincide con la de la *Crónica* de Eusebio, que sitúa el diluvio de Decaulión en 1525 a. C. (42b Helm), el de Ogiges en 1757 a. C. (31a Helm.) y el comienzo del reinado de Foroneo en 1807 a. C. (29b Helm.).
<<

[67] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 42b Helm. <<

[68] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 7a Peter. Para otras variantes del relato vid. GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 92. <<

[69] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 8 Peter. <<

[70] *Cf.* Act. 17, 19. <<

[71] Ares fue juzgado por haber matado a Halirroto, hijo de Poseidón, al que sorprendió tratando de forzar a su hija Alcipe junto a una fuente que manaba al pie de la colina. Poseidón consigue que sea juzgado en esa misma colina por un tribunal de dioses, juicio del que Ares resultó absuelto. *Vid. GRIMAL, Diccionario...,* pág. 45. <<

[72] Sobre el juicio de Paris *vid. supra* III 3. <<

[73] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 7b Peter. <<

[74] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 10 Peter. <<

[75] Sobre esta doble version del mito *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 116. Parece ser además que este rey fue expulsado del trono por su yerno Anfición. <<

[76] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 42b Helm, PLATÓN, *Timeo* 22b, Cf. OROSIO, *Hist.* I 9, que sitúa este diluvio en época del rey Anfición. <<

[77] Según GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 333, era hijo del rey Epopeo, a causa de cuya tiranía debió abandonar su patria y refugiarse en el Ática, donde instituyó las primeras leyes. A la muerte de su padre regresa a Sición, a la que unifica con Corinto. Sus dos hijos, Sición y Corinto, son epónimos de estas ciudades. *Vid.* además PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 15, 3; 33, 4, II 1, 1; 6, 5. <<

[78] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 42b Helm. Este personaje, como señala GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 524, aparece tanto en las leyendas argivas como en las tesalias, y su genealogía es incierta. La versión seguida por Agustín lo hace hijo del anteriormente citado Forbes. <<

[79] *Vid. AGUSTÍN, C. Faust. IV 2. <<*

[80] I Cor. 15, 46-47. <<

[81] *Cf.* Deut. 34, 7 EUSEBIO, *Chron.*, pág. 45a Helm. <<

[82] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 46a Helm. Cf. Sulpicio Severo, *Chron.*, I 23. <<

[83] Hijo de Corono, y nieto de Ortópolis. Según PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 5, 8-6, 5, murió sin descendencia, por lo que tras él reinó en primer lugar un extranjero llamado Epopeo y a continuación Lamedonte, hermano de Córax. <<

[84] Dánao era hijo de Belo y Arquínoe, y padre de las cincuenta danaides. Belo le había asignado el reino de Libia, pero por temor a los cincuenta hijos de su hermano Egipto huyó a Argos junto a sus hijas, donde reinaba Gelanor. Según unas versiones este le cedió el poder voluntariamente mientras que en otras se cuenta que en el momento en que iban a enfrentarse en un debate, apareció un lobo solitario que se lanzó sobre un rebaño que pasaba por delante de la ciudad, consiguió dominar al toro y darle muerte. Los habitantes de la ciudad consideraron que el lobo que aparecía de la nada representaba a Dánao, y le nombraron rey. Se le considera fundador de la ciudadela de Argos. Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 127, APOLODORO, *Biblioteca* II 1, 4-5, DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* V 58, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 16, 1; 19, 3-4. <<

[85] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 45a-b Helm. Erictonio, según la versión más difundida, fue fruto de la pasión de Hefesto por Atenea. Cuando este trataba de tomarla por la fuerza, derramó su esperma sobre la pierna de la diosa, que se limpió con lana, arrojándola después al suelo. La tierra fue fecundada y de ella nació un niño. La diosa lo recogió y lo entregó en una cesta a las hijas de Cécrope, con la condición de que no la abrieran. Estas, movidas por la curiosidad, abrieron la cesta, y según las versiones vieron un niño custodiado por dos serpientes, un niño con cola de serpiente, o que escapó de la cesta en forma serpiente. Las jóvenes enloquecieron ante la visión y se suicidaron arrojándose de las rocas de la Acrópolis. Atenea educó al niño en su templo de la Acrópolis y, una vez adulto, recibió el poder de Cécrope, aunque según algunas versiones, expulsó al rey Anfictión. Se trata de un héroe civilizador al que se atribuye la instauración de las Panateneas, la invención de la cuadriga, la introducción del dinero, y todo tipo de hazañas bélicas. Sobre el mismo *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 167-168, A. RUIZ DE ELVIRA, «Erictonio», en *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961, págs. 753-768, PLATÓN, *Timeo* 23d-e, APOLODORO, *Biblioteca* III 14, 6-7, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 2, 6; 14, 6; 18, 2, 24, 7, OVIDIO, *Metamorfosis* II 552-561. <<

[86] Los lupercos constituían un colegio sacerdotal formado por doce miembros que estaban consagrados al culto a Luperco, divinidad encargada de la protección de los rebaños y posteriormente asimilada a Fauno. Este sacerdocio era ejercido originariamente por pastores, pero posteriormente se encomienda a personas de clase alta. El ascenso y descenso por la Vía Sacra al que alude Agustín formaba parte de los ritos de las Lupercales. Dicha festividad, celebrada el 15 de febrero, comenzaba con el sacrificio de una cabra, un macho cabrío o un perro en la cueva del Lupercal. Después se tocaba en la frente a dos jóvenes con el cuchillo del sacrificio y se les limpiaba la sangre con un copo de lana, tras lo cual los lupercos semidesnudos, con el rostro manchado de sangre del animal y con la corona de Fauno, corrían por el Palatino azotando a los presentes con correas obtenidas de la piel del animal sacrificado como rito de fertilidad. Estas carreras parece ser que quedaron limitadas posteriormente a una mínima parte del Palatino y al ascenso y descenso por la Vía Sacra. La celebración terminaba con un banquete entre los miembros del colegio sacerdotal. *Vid. CONTRERAS-RAMOS-RICO, Diccionario..., s. v. Lupercal, Luperco, Lupercos.*

<<

[87] La Via Sacra era la principal arteria de Roma, y partía de la colina del Capitolio, atravesaba el foro y llegaba hasta el Anfiteatro Flavio. Parecer ser de origen fundacional, y pudo constituir el *decumanus*. En ella se celebraban los triunfos de los generales victoriosos y todo tipo de ceremonias religiosas. Un estudio exhaustivo sobre su historia, topografía y sus fuentes puede verse en J. J. CAEROLS PÉREZ, *Sacra vía (I. a. C.-I d. C.). Estudio de las fuentes escritas*, Madrid, 1995. <<

[88] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 43b Helm, establece una distinción entre Dioniso, hijo de Decaulión, al que atribuye el descubrimiento de la vid y el dios hijo de Sémele. <<

[89] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 47b Helm atribuye este incendio a Flegio. <<

[90] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 47b Helm. La versión más conocida del mito es aquella en la cual Europa es raptada por Zeus, que se había metamorfoseado en toro, y llevada a Creta. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 188. <<

[91] Cf. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 23, 58, ARNOBIO, *Nat.* IV 15. <<

[92] CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 16, ARNOBIO, *Nat.* IV 15.

<<

[93] Se trata de un gigante, hijo de Posidón y Gea, que vivía en Libia, y que acostumbraba a obligar a los forasteros a luchar contra él. Obtenía siempre la victoria porque mientras estuviese en contacto con su madre, la tierra, era invulnerable. Finalmente, fue derrotado por Hércules, que lo levantó sobre sus hombros y lo ahogó. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 33, DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* IV 17, 4, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* IX 11, 6, APOLODORO, *Biblioteca* II 5, 11. <<

[94] *Vid. SÓFOCLES, Traquinias, SÉNECA, Hércules en el Eta. <<*

[95] Según GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 74-75, el nombre de este mítico rey de Egipto es posiblemente una deformación de Osiris. Es descrito como un monarca tiránico y cruel. A raíz de una época de malas cosechas el adivino Frasio, procedente de Chipre, le aconsejó sacrificar cada año a un extranjero en honor de Zeus. El adivino fue la primera víctima. El rey murió a manos de Heracles cuando iba a ser ofrecido como víctima sacrificial. *Vid.* además APOLODORO, *Biblioteca* II 5, 11. <<

[96] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 46b Helm. <<

[97] *Vid. supra* EUSEBIO, *Chron.*, pág.45b Helm. *Cf.* CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 19, 50; *Tusculanas* I 48, 116, *Sobre los límites del bien y del mal* V 22, 62. Sobre Erictonio *vid.* además ARNOBIO, *Nat.* VI 6, LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 17, 11, *Epit.* IX 2, ORÍGENES, *Contra Celso* VIII 66. <<

[98] Según P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étimologique de la langue grecque*, París, 1968, s. v., existe también la posibilidad de que se trate de una etimología popular y nos hallemos ante un nombre de origen egeo. <<

[99] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 49b Helm. Vid. además GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 524, que destaca la relación de este héroe con las leyendas en torno a Deméter y los cultos eleusinos, OVIDIO, *Metamorfosis* V 638-661, ARNOBIO, *Nat.* I 38, V 25, VI 6. <<

[100] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 58b Helm. <<

[101] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 57b 14 Helm. <<

[102] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 49b 21 Helm, donde omite la alusión a las tres cabezas. <<

[103] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 50b Helm. Ambos niños estaban a punto de ser ofrecidos en sacrificio por su padre, Atamante, a instancias de su segunda esposa, Ino, a Zeus Lafistio, pero el dios les envió un carnero alado con vellocino de oro en el que huyeron. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 208. <<

[104] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 52b 6 Helm. <<

[105] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 52b 14 Helm. Gracias a este caballo, Belerefonte consiguió acabar con la quimera atacándola desde el aire. Sobre este héroe y sus hazañas *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 69-70. <<

[106] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 48b 14; 50b 23; 53b 3 Helm. Hijo de Zeus y Antíope, fue expuesto con su gemelo Leto y criado por un pastor. Los gemelos poseían caracteres opuestos, a Leto le gustaban las actividades violentas y el trabajo manual mientras que Anfión prefería la música. Su madre, prisionera de su tío Lico y su esposa Dirce, logra escapar y encuentra a sus hijos, que finalmente consiguen vengarla. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 29, APOLODORO, *Biblioteca* III 5, 5-6, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 6, 4; 21, 9-10, V 16, 4, VI 20, 18, etc. <<

[107] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 55b Helm. <<

[108] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 56b 12 Helm, donde se omite la referencia a la esfinge. <<

[109] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 57b 6, 59b 20 Helm. <<

[110] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 14 Peter. <<

[111] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 51b Helm. Como señala GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 210, el raptor de este bello jovencito, según las versiones, había sido Zeus, Minos, Tántalo o Eos. <<

[112] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 48b Helm. Vid. además TERCENCIO, *Eunuco* 585-589, que el propio Agustín comenta en *Confesiones* I 16, 26. <<

[113] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 51b Helm. La versión más extendida no considera que se trate de dos Apolos diferentes, sino que el episodio relatado forma parte de la vida del dios, que fue castigado por su padre a servir durante un año a un mortal por haber matado a flechazos a los cíclopes (GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 37). Como indica BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 524, n. 2, este episodio constituye un lugar común en la apologética: ARNOBIO, *Nat.* IV 25, MINUCIO FELIX, *Octav.* XXIII 5 CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protrept.* II 35, 1, etc. <<

[114] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 52b 54b Helm. ARNOBIO, *Nat.* IV 29. <<

[115] *Vid. el Senatusconsultum de Bacchanalibus* del año 186 a.C. (*CIL* I2 581). <<

[116] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 56b Helm. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromat.* I 21, 131. <<

[117] El mito de Orfeo presenta una gran complejidad simbólica y da lugar a cultos como el orfismo, con elementos esotéricos. De origen tracio, es hijo de Eagro y, según la mayor parte de los testimonios, de Caliope u otra de las musas. El relato más conocido sobre el personaje es su descenso a los infiernos en busca de su esposa Eurídice, muerta por la picadura de una serpiente. Aunque consigue gracias a su música que se le conceda el regreso a la vida, al no cumplir con la condición de no volverse a comprobar si ella le sigue hasta la salida, la pierde definitivamente mientras él debe volver al mundo de los vivos. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 391-393. Los relatos más detallados del mito pueden verse en VIRGILIO, *Geórgicas* IV 453-527, OVIDIO, *Metamorfosis* X-XI. En cuanto a Lino y Museo, son personajes que presentan distinta relación con el anterior según las versiones, y vinculados a la literatura y la música. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 325-326, 368. <<

[118] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 51b Helm. Sobre la muerte y divinización de estos personajes *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 346. <<

[119] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 56b Helm. Los dióscuros, Cástor y Pólux, son hijos de Zeus y Leda, a la cual el dios sedujo en forma de cisne, y hermanos de Helena y Clitemnestra. A su muerte, Zeus se llevó a Pólux a los cielos, pero este no aceptaba la inmortalidad si no podía compartirla con su hermano, que se hallaba en los infiernos. Finalmente, Zeus decidió que permanecieran entre los dioses en días alternos. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 141-142.

<<

[120] Corrijo *Mutatam por Matutam* según la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982). Sobre la Mater Matuta *vid. supra* IV 8. <<

[121] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 53b Helm. <<

[122] Se trata del territorio sobre el que gobernaba el rey Latino a la llegada de Eneas a Italia. El nombre tiene su origen en un laurel que halló Latino en el lugar en que fundó su ciudadela y que consagró a Febo y conservó en el centro de su palacio. *Vid. VIRGILIO, Eneida VII 59-62.* <<

[123] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 62b Helm. Sobre Pico *vid. supra* IV 23. <<

[124] *Cf.* Iudic. 4, 4-5. <<

[125] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 53a Helm. <<

[126] VIRGILIO, *Eneida* VIII 321-324. <<

[127] TERTULIANO, *Apol.* XXV 3, 10, *Nat.* II 9, 20 y PRUDENCIO, *Perist.* 10, 449, llaman al personaje Estérculo, PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XVII 6, 50 e ISIDORO DE SEVILLA, *Orig.* XVII 1, 3 Estercuto, MACROBIO, *Sat.* I 7, 25 Esterculio, como apelativo de Saturno. Sobre las distintas denominaciones de esta divinidad agraria *vid.* CONTRERAS-RAMOS-RICO, *Diccionario...*, s. v. Esterquilino. <<

[128] Sobre Pico *vid.* ARNOBIO, *Nat.* II 71. <<

[129] *Vid. supra* IV 23, VIII 5, ARNOBIO, *Nat.* II 71. *Cf.* TERTULIANO, *Nat.* II 10, LACTANCIO, *Institutiones divinas* I 22, 9. <<

[130] Diomedes sufrió la cólera de la diosa Afrodita, por haberla herido durante la guerra de Troya. Al regresar a su patria, Argos, descubre que su esposa Egialea le había sido infiel y conspiraba contra él, lo que le obligó a refugiarse en el templo de Hera y huir a Italia al lado del rey Dauno, que al final también le traiciona y, según algunas versiones, le dio muerte, y sus compañeros fueron metamorfoseados en aves. Se le atribuyen diversas fundaciones de ciudades en Italia. Para más detalles sobre el héroe *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 138-139. <<

[131] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 17 Peter. <<

[132] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 17 Peter. <<

[133] *Cf.* HOMERO, *Odisea* X 230-243. <<

[134] Esta creencia está estrechamente vinculada al mito de Licaón, hijo de Pelasgo. Cuando Zeus se alojaba en su casa de incógnito, en forma de campesino, el héroe arcadio le ofreció de comer la carne de un niño a fin de comprobar si era un dios. Zeus, encolerizado, o bien le fulminó con un rayo, o bien le transformó en lobo, según las versiones. En relación con este mito están los ritos en honor de Zeus Licio, en Arcadia, en los que se sacrificaba a un ser humano y los asistentes comían su carne, y de ahí la creencia de su conversión en lobos, recuperando la forma humana solo si se abstenían de comer carne humana durante nueve años. Testimonios de estos relatos pueden verse en PLATÓN, *República* VIII, 16, PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VIII 82, XIII 81, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VIII 2, 3; 6. Más detalles en GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 319-320, C. G. WAGNER, «El rol de la licantropía en el contexto de la hechicería clásica», *Anejos de Gerión*, 1989, págs. 83-97. <<

[135] OVIDIO, *Metamorfosis* I 196-243. <<

[136] *Vid. supra* XVIII 12. <<

[137] *Cf.* Esai. 48, 20. <<

[138] *Cf.* Gal. 5, 6. <<

[139] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 536 n., señala que este es el testimonio más antiguo del título de esta obra. <<

[140] VIRGILIO, *Bucólicas* VIII 70. Sobre la transformación de los compañeros de Ulises en cerdos por la maga Circe *vid.* HOMERO, *Odisea* X 133-574. Sobre el personaje y su presencia en otros mitos *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 107-108. <<

[141] Según el relato desarrollado en los poemas del ciclo homérico y en la tragedia, Agamenón había provocado la cólera de los dioses y, por ello, la falta de viento había retenido su flota en Áulide. El adivino Calcante proclama que el único medio de aplacar a los dioses era el sacrificio de su hija Ifigenia, que entonces se hallaba en Micenas. Agamenón la hace venir mediante el engaño de un matrimonio con Aquiles. Cuando se halla en el altar sacrificial la diosa Ártemis la sustituye por una cierva y se la lleva a Táuride, donde la convierte en su sacerdotisa. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 284-285, EURÍPIDES, *Ifigenia en Áulide*, *Ifigenia en Táuride*, OVIDIO, *Metamorfosis* XII 24-38, etc. <<

[¹⁴²] *Vid. supra* XVIII 15, Eusebio, *Chron.*, pág. 62b Helm. <<

[143] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 59b Helm. Según otras versions fue rey de Argos.
Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 351-352. <<

[144] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 59a Helm. Según el relato mítico, la nodriza de Menelao y Agamenón los puso a su cuidado tras serles arrebatados a Tiestes. Vid. GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 441. <<

[145] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 59a Helm. <<

[146] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 60a Helm. <<

[147] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 62b Helm. <<

[148] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 62a Helm. <<

[149] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 62 Helm. <<

[150] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 543, n. 10, este personaje, relacionado con la etimología de *sancire* y de origen sabino, fue confundido por JUSTINO, *Apol.* I 26 con Simón el mago. Cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 15, 8, OVIDIO, *Fastos* VI 213-214. <<

[151] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 68b Helm. Se trata de un caso de autoinmolación, de la que existen diversos testimonios en la antigüedad, como la *devotio* de Decio Mus en Roma, relatada por TITO LIVIO, VIII 9. Según la leyenda, el oráculo de Delfos había vaticinado la victoria de los peloponesios, a condición de que no mataran al rey de Atenas. Al saberlo, se disfrazó de mendigo y provocando a dos de sus enemigos se hizo matar. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 112. <<

[152] VIRGILIO, *Bucólicas* V 11. <<

[153] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 64 a-b Helm. Vid. además VIRGILIO, *Eneida* VI 760, TITO LIVIO I 3, OVIDIO, *Fastos* IV 41, *Metamorfosis* XIV 610. <<

[154] Melanto era originario de Pilos, de donde fue expulsado por los Heráclidas. Se estableció en el Ática y obtuvo el trono de Atenas tras batirse en combate singular con Janto, rey de Tebas, con la ayuda de Dioniso, que distrajo a su enemigo. *Vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 342, PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VII 1, 9, VIII 18, 7. <<

[155] I Sam. 10, 17-26 (Vulgata I Reg.). <<

[156] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 63b, 64b, 66b Helm, TITO LIVIO, I 3. <<

[157] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 65a Helm. *Vid. supra* XVI 43, XVII 6, 7. <<

[158] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 68b Helm. <<

[159] II Sam. 5, 4 (Vulgata II Reg.). <<

[160] I Reg. 6 (Vulgata III Reg.). <<

[161] *Cf.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 62b Helm. <<

[162] Sobre la historia de Alba Longa *vid. supra* III 11, 13, 14. <<

[163] I Reg. 12 (Vulgata III Reg.). <<

[164] VARRÓN, *Ling.* V 43, TITO LIVIO, I 3. <<

[165] VIRGILIO, *Eneida* VI 767. <<

[166] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 83a Helm. <<

[167] TITO LIVIO, I 2-4. Sobre la leyenda de la fundación de Roma *vid. supra* I 34. <<

[168] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 85a Helm. <<

[169] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 88b Helm. Según su datación Roma se funda en 755 a. C. Varrón, por su parte, la situaba en 753 (*vid.* CICERÓN, *Bruto* 72). <<

[170] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 88b Helm. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 552, n. 2, Acaz reinó entre 733 y 718, frente a la versión de Eusebio, que sitúa la fundación de Roma el cuarto año de su reinado. <<

[171] En 744 según EUSEBIO, *Chron.*, pág. 88b Helm. <<

[172] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 19 Peter. Frente a la mayoría de los autores, que hablan de una sola sibila, Varrón da una lista de diez (frg. 56a Cardauns, transmitido por LACTANCIO, *Instituciones divinas* I 6). PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 12 habla de cuatro. Sobre las sibilas y los oráculos sibilinos de origen judío y su tratamiento en autores cristianos y en Agustín *vid.* además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 755-759, n. compl. 50. <<

[173] Este Flaciano, que fue procónsul de África, solo aparece mencionado en Agustín, y es identificado por MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 462-463 con un personaje homónimo que aparece citado en *C. Acad.* I 18, 6; 21, 7. <<

[174] *Oraculos Sibilinos* VIII 217-243. <<

[175] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 556, n. 2, señala que el poema completo constaba de siete versos más cuyas primeras letras daban *staurós*, por lo que el texto que le mostró Flaciano debía estar incompleto. <<

[176] Corrijo *tota* por *toto* según la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982). <<

[177] *Oráculos sibilinos* VIII 287-290, *cf.* LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 18, 15. <<

[178] *Oráculos sibilinos* VIII 292-296, cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 18, 17. <<

[179] *Oráculos sibilinos* VIII 303-304, *cf.* LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 18, 19. <<

[180] *Oráculos sibilinos* VI 22-24, cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 18, 20. <<

[181] *Oráculos sibilinos* VIII 305-306, *cf.* LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 19, 5. <<

[182] *Oráculos sibilinos* VIII 312-314, cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 19, 10. <<

[183] VARRÓN, frg. 56a Cardauns, atribuye esta versión a Apolodoro de Eritrea.

<<

[184] Sobre Tales de Mileto *vid. supra* VIII 1. <<

[185] II Reg. 17 (Vulgata IV Reg.). <<

[186] TESTARD, *Saint Augustin...*, II pág. 63, remite a CÍCERÓN, *Sobre la república* II 17-19. <<

[187] *Vid. supra* IV 31, 2. <<

[188] *Cf.* TITO LIVIO, I 18-21, *vid. supra* II 16. <<

[189] II Reg. 21 (Vulgata IV Reg.). <<

[190] Sobre estos reyes romanos *vid. supra* III 15. <<

[191] *Cf.* II Reg. 25 (Vulgata IV Reg.), EUSEBIO, *Chron.*, pág. 97a Helm. <<

[192] Jerem. 25, 11. <<

[193] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 98b Helm. Sobre los siete sabios *vid. supra* VIII 1, n. 10. <<

[194] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 99b Helm. <<

[195] Sobre los mismos *vid. supra* VIII 1. <<

[196] Sobre Pitágoras *vid. supra* VIII 1. <<

[197] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 102a Helm. <<

[198] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 104a Helm. *Vid.* además la BONNARDIÈRE, «Le canon...», págs. 287-301. <<

[199] Zach. 1, 12, EUSEBIO, *Chron.*, pág. 103a Helm. <<

[200] Sobre Tarquinio el Soberbio y su derrocamiento a causa de la violación de Lucrecia *vid. supra* I 19. <<

[201] *Vid. supra* XVII 24. <<

[202] Ose. 1, 1. <<

[203] Am. 1, 1. <<

[204] Sobre estos dos personajes con el mismo nombre *vid.* JERÓNIMO, *In Amos prophet. Praef.* <<

[205] Esai. 1, 1. <<

[206] Mich. 1, 1. <<

[207] Sobre Jonás y Joel *vid.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 84a y 87a Helm. <<

[208] Sigo la lectura *regem* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) frente al *regum* del *Corpus Christianorum*. <<

[209] Ose. 1, 10. <<

[210] *Cf.* Rom. 9, 26. <<

[211] Ose. 1, 11. <<

[212] *Cf.* Ephes. 2, 14-15; 20-22. <<

[213] Ose. 3, 4. <<

[214] Ose. 3, 5. <<

[215] Rom. 1, 3. <<

[216] Ose. 6, 2 (3). <<

[217] Colos. 3, 1. <<

[218] Am. 4, 12-13. <<

[219] Am. 9, 11-12. <<

[220] Esai. 52, 13-15; 53, 1-12. <<

[221] Esai. 54, 1-5. <<

[222] Mich. 4, 1-3. <<

[223] Mich. 5, 2-4. <<

[224] *Cf.* Ion. 2, 1. <<

[225] Act. 2, 17-28. <<

[226] *Cf.* Act. 2, 17-18. <<

[227] Joel 2, 28-29. <<

[228] Alude a la metonimia. Sobre su concepción en Agustín con respecto a la tradición gramatical *vid.* R. M^a MARINA SÁEZ, «Observaciones agustinianas sobre la metonimia y su pervivencia en algunos textos gramaticales hispánicos», *Augustinianum* 54. 1 (2014), págs. 117-135. <<

[229] Abd. 17. <<

[230] Abd. 21. <<

[231] Nah. 1, 14-15. <<

[232] Hab. 2, 2-3. <<

[233] Hab. 3, 2. <<

[234] Hab. 3, 2. <<

[235] Lc. 23, 34. <<

[236] Hab. 3, 3. <<

[237] Hab. 3, 4. <<

[238] Psalm. 56 (57), 6. <<

[239] Hab. 3, 4. <<

[240] Hab. 3, 4. <<

[241] Hab. 3, 5. <<

[242] Hab. 3, 6. <<

[243] Hab. 3, 6. <<

[244] Hab. 3, 6. <<

[245] Hab. 3, 7. <<

[246] Hab. 3, 7. <<

[247] Hab. 3, 8. <<

[248] *Cf.* Ioh. 3, 17. <<

[249] Hab. 3, 8. <<

[250] Hab. 3, 9. <<

[251] Joel 2, 13. <<

[252] Hab. 3, 10. <<

[253] Hab. 3, 11. <<

[254] Mt. 10, 27. <<

[255] Hab. 3, 12. <<

[256] Hab. 3, 12. <<

[257] Psalm. 115 (116), 16. <<

[258] Hab. 3, 14. <<

[259] *Cf.* Ioh. 3, 2, 19, 38. <<

[260] Hab. 3, 15. <<

[261] Hab. 3, 16. <<

[262] Sigo la lectura *intendit* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) por *intendat* del *Corpus Christianorum*. <<

[263] *Cf.* Rom. 12, 2. <<

[264] Hab. 3, 16-17. <<

[265] Hab. 3, 17. <<

[266] *Cf.* Rom. 10, 3. <<

[267] Hab. 3, 18-19. <<

[268] Psalm. 39 (40), 3-4. <<

[269] I Cor. 1, 31, *cf.* Ierem. 9, 22-24. <<

[270] Se trata del cuarto rey legendario de Roma, que sucedió a Tulo Hostilio. Sobre su reinado, en el que promovió las actividades comerciales y fundó el puerto de Ostia, *vid.* TITO LIVIO, I 32-34. <<

[271] Sobre la actividad de estos profetas *vid.* EUSEBIO, *Chron.*, págs. 96a, 97a, 99a Helm. <<

[272] *Cf.* Soph. 1, 1. <<

[273] Ierem., *Thren.* 4, 20. La atribución tradicional del libro de las lamentaciones a Jeremías, según ALICI, *La città...*, pág. 900, n. 3, no es sostenible para la ciencia bíblica actual. <<

[274] Baruc 3, 36-38. <<

[275] Ierem. 23, 5-6. <<

[276] Jerem. 16, 19. <<

[277] Ierem. 17, 9. <<

[278] *Vid. supra* XVII 3. <<

[279] Ierem. 31, 31. <<

[280] Soph. 3, 8. <<

[281] Soph. 2, 11. <<

[282] Soph. 3, 9-13. <<

[283] Rom. 9, 27. *Cf.* Esai. 10, 22. <<

[284] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 100a, 26-101a Helm. <<

[285] Dan. 7, 13-14. <<

[286] *Cf.* Rom. 1, 3; Philip. 2, 7. <<

[287] Ezech. 34, 23-24. <<

[288] Ezech. 37, 22-24. <<

[289] EUSEBIO, *Chron.*, págs. 103-104 Helm. <<

[290] Agg. 2, 7-8. <<

[291] *Cf.* Lc. 2, 13-14; Mt. 2, 2, 9. <<

[292] Corrijo *esse* por *esset*, de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982). <<

[293] Zach. 9, 9-10. <<

[294] *Cf.* Mt. 21, 2-7. <<

[295] Zach. 9, 11. <<

[296] Psalm. 39 (40), 3. <<

[297] Malach. 1, 10. <<

[298] Sigo la lectura *quid* de la 4.^a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) por el *quod* del *Corpus Christianorum*. <<

[299] Malach. 2, 5-7. <<

[300] Malach. 3, 1-2. <<

[301] Ioh. 2, 19. <<

[302] Malach. 3, 13-17. <<

[303] Malach. 3, 17-18; 4, 1-3. <<

[304] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 610, n. 1, señala que el libro de Esdrás-Nehemías aparece en el canon hebreo entre los profetas, y que en las ediciones modernas de la Biblia hebrea aparece, al igual que en los Setenta, entre los hagiográficos y se coloca delante del de los Paralipómenos.

<<

[305] Sobre la cronología de Ester *vid.* EUSEBIO, *Chron.*, pág. 110; 117 Helm.

<<

[306] Cf. III Esdr. 3, 9. Como indica BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 611, n. 3, el libro III de Esdrás no se incluye entre los canónicos, aunque Agustín y otros autores antiguos, como AMBROSIO, *Epist.* 37, 12, sí lo consideraban como tal. <<

[307] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 104b Helm, sitúa el *acmé* de Pitágoras en 530 a. C.
Sobre Pitágoras *vid. supra* VI 5. <<

[308] Según EUSEBIO, *Chron.*, pág. 114 Helm, su *acmé* se produce en 466 a. C.
Sobre Sócrates *vid. supra* VIII 3. <<

[309] La fecha que da EUSEBIO, *Chron.*, pág. 115 Helm, para el nacimiento de Sócrates es 427 a. C. <<

[310] Para una exposición detallada de la doctrina de estos filósofos *vid. supra* VIII 2. <<

[311] *Cf.* Act. VI 22. <<

[312] *Cf.* Gen. 20, 7. <<

[313] EUSEBIO, *Chron.*, pág. 27b Helm. Sobre Isis *vid. supra* XVIII 3. <<

[314] *Cf.* Iud. 14. <<

[315] *Cf. Civ. XV 23. <<*

[316] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 759-762, n. compl. 51, Agustín hace alusión a las obras que aparecen mencionadas en las escrituras, y que no se han conservado, como por ejemplo el *Libro de las guerras de Yahve*, que se cita en Num. 21 14. <<

[317] *Vid. supra* XVI 11. <<

[318] Sobre el mismo *vid. supra* VIII 23. <<

[319] *Vid. supra* XVIII 8. <<

[320] VARRÓN, *Sobre el linaje del pueblo romano*, frg. 12 Peter. <<

[321] Las circunstancias en las que se desarrolla el juicio a Anaxágoras por impiedad permanecen oscuras, ya que los datos que ofrecen las distintas fuentes son contradictorios. Es posible que dicho juicio se celebrase en torno al 432 a. C. y que a raíz de ello fuese desterrado posteriormente a Lampsaco. Sobre la cuestión *vid.* J. GEFFKEN, «Die Asébeia des Anaxagoras», *Hermes* 42 (1907), págs. 127-133, A. J. CAPPELLETTI, «Notas para una biografía de Anaxágoras», *Diálogos. Revista de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico* 14 (33) (1979), págs. 7-28, FERRATER MORA, *Diccionario...*, vol. I, págs. 166-167. <<

[322] Sobre Aristipo y Antístenes y sus ideas filosóficas opuestas *vid. supra*
VIII 3. <<

[323] Una exposición detallada de la ética epicúrea y estoica puede verse en la obra de CICERÓN titulada *Sobre los límites del bien y del mal*. <<

[324] *Vid. supra* XVI 4. <<

[325] Exod. 20, 12. <<

[326] Exod. 20, 13-15. <<

[327] Se trata de Ptolomeo I Sóter, que vivió entre 367 a. C. y 283 a. C., fundador de la dinastía lágida. Hijo de Lago y de Arsínoe, participó en las distintas campañas dirigidas por Alejandro de Macedonia. A la muerte de este fue nombrado gobernador de Egipto y Libia, y posteriormente se proclamó faraón, en 305 a. C., estableciendo su capital en Alejandría, ciudad que convirtió en un importante centro cultural y científico con la fundación de su Biblioteca. <<

[328] Ptolomeo II Filadelfo (308-246 a. C.) es hijo del anterior y de su tercera esposa, Berenice. Fue también promotor de las artes y las letras, amplió la Biblioteca, y entre otras acciones a favor de la comunidad judía, ordenó la traducción al griego de las sagradas escrituras, dando lugar a la versión de los Setenta. <<

[329] La gestación de la versión de los Setenta, así como la participación del sumo sacerdote Eleazar, aparece descrita en la *Carta de Arístes* (o Pseudo Arístes) a *Filócrates*. Sobre su contenido e importancia en la cuestión vid. J. FERNÁNDEZ UBIÑA, «La realeza según la carta de Aristeas», en J. M^a Candau, Fernando Gascó, A. Ramírez de Verger, *La imagen de la realeza en la antigüedad*, Madrid, 1988, págs. 55-87. Sobre cuestiones de crítica textual relativa a las versiones de la biblia vid. *supra* XV 11, 13. <<

[330] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 633, n. 4 (vid. además n. compl. 52, pág. 762) este relato, que aparece en JUSTINO, I *Apol.* XXXI y PSEUDO JUSTINO, *Cohort. Ad Graec.* XIII y rechazado por JERÓNIMO, *Prolog in Pentat.*, es probablemente de origen judío. <<

[331] Sobre las preferencias de Agustín respecto a las traducciones de la Biblia basadas en la versión de los Setenta *vid. Doctr. Christ.* II 15. Sobre la polémica en torno a esta cuestión BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 762, n. compl. 52. Sobre la versión de Aquila *vid. supra* XV 23 n. 146.
<<

[332] Sobre el uso de este signo, también llamado óbelos, *vid.* QUINTILIANO, *Inst.*, I 4, 3. <<

[333] *Cf.* AGUSTÍN, *Doctr. Christ.* II 11, 16. <<

[334] Ion. 3, 4. <<

[335] Ion. 2, 1. <<

[336] *Cf.* Mt. 16, 4, Lc. 11, 29-30. <<

[337] Agg. 2, 10. <<

[338] Agg. 2, 8. <<

[339] Mt. 22, 14. <<

[³⁴⁰] Ptolomeo V Epífanés (210-181 a. C.), es conocido, entre otras cosas por ser el monarca egipcio protagonista de la famosa Piedra de Rosetta, que recoge un decreto grabado en jeroglífico, demótico y griego emitido por su coronación en 196 a. C. en la ciudad de Menfis. <<

[³⁴¹] Se trata de Antíoco IV Epífanés, de la dinastía Seleúcida, nacido en torno a 215 a. C. y que reinó entre 175 a. C. y 163 a. C. Durante su reinado se produjeron los hechos relatados en el Libro de los Macabeos. <<

[³⁴²] *Cf.* I Macc. 6, JOSEFO, *Antigüedades judías* XII 7-8. <<

[343] *Cf.* I Macc. 7, JOSEFO, *Antigüedades judías* XII 15. <<

[³⁴⁴] *Vid. supra* XVIII 36. <<

[345] Cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XIII 12. <<

[346] JOSEFO, *Antigüedades judías* XIV 3-4. <<

[347] Cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XIV 36-72. Los hechos se produjeron en 63 a. C. <<

[348] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 648, n. 3, señala que en realidad Pompeyo nombró gobernador de Siria a Emilio Escauro. <<

[³⁴⁹] Gen. 49, 10, *cf. supra* XVI 41, 13. <<

[350] *Vid. supra* XVIII 30, Mich. 5, 2. <<

[351] Esai. 7, 14; Mt. 1, 23. <<

[352] Esai. 10, 22. <<

[353] Psalm. 68 (69), 23-24, Rom. 11, 9. <<

[354] Psalm. 58 (59), 12. <<

[355] Rom. 11, 11. <<

[356] *Cf.* Mc. 5, 7, Act. 19, 15. <<

[357] *Cf.* Iob 1, 1; Ezech. 14, 20. <<

[358] *Vid. supra* XVIII 40. <<

[359] Agg. 2, 10. <<

[360] I Cor. 10, 4. <<

[361] Agg. 2, 8. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, pág. 659, n. 5, Agustín en esta ocasión toma la cita de la traducción de Jerónimo, en la cual el sentido profético está más acentuado que en el texto hebreo. Sobre el uso puntual que realiza Agustín de dicha versión *vid.* A. M. la BONNARDIÈRE, «Augustin a-t-il utilisé la “Vulgate” de Jérôme?», en A. M. la BONNARDIÈRE (ed.), *Saint Augustin et la Bible*, París, 1986, págs. 303-312.

<<

[362] Ephes. 1, 4. <<

[363] Mt. 22, 14. <<

[364] *Cf.* Mt. 13, 47-50. <<

[365] I Cor. 15, 28. <<

[366] Psalm. 39 (40), 6. <<

[367] Mt. 3, 2; 4, 17. <<

[368] *Cf.* Lc. 6, 13. <<

[369] *Cf.* Act. 1, 3. <<

[370] *Cf.* Act. 2, 1-2. <<

[371] Esai. 2, 3. <<

[372] Lc. 24, 45-47. <<

[373] Act. 1, 7-8. <<

[374] Mt. 10, 28. <<

[375] *Cf.* Mc. 16, 20. <<

[376] Rom. 8, 28. <<

[377] Psalm. 93 (94), 19. <<

[378] Rom. 12, 12. <<

[379] II Tim. 3, 12. <<

[380] *Cf.* Rom. 2, 24; Is. 52, 5. <<

[381] II Tim. 2, 19. <<

[382] Sobre la teoría de las diez persecuciones BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 770-772 n. compl. 56, señala que el origen es desconocido, y en cualquier caso posterior a Constantino. Lactancio en *Sobre la muerte de los perseguidores* describe solo seis, debidas todas a aquellos que las fuentes historiográficas consideraban malos emperadores, y la última sería la séptima o del Anticristo. Sin embargo, JERÓNIMO en *Sobre los varones ilustres* 67 habla ya de una octava persecución. Sulpicio Severo en su *Historia Sacra* II 31-33, establece diez, la última de las cuales será la del Anticristo, pero su lista difiere de la de Agustín en que sustituye a Antonino por Adriano, elimina a Maximino el Tracio y a Aureliano e incluye a Marco Aurelio. Orosio, por su parte, en *Historias* VII 27, ofrece una lista idéntica a la de Agustín. Sobre la cuestión *vid.* además V. GRUMEL, «Du nombre des persécutions paiennes dans les anciennes chroniques», *REAug.* 2 (1956), págs. 56-60. <<

[383] *Cf.* Act. 7, 58-8, 1-2. <<

[384] *Cf.* Act. 12, 1-19. <<

[385] AMIANO, *Historias* XXII 10. <<

[386] TEODORETO, *Historia Ecclesiástica* III 16, SÓCRATES, *Historia Ecclesiástica* IV 1-2. <<

[387] Instrumento de tortura. <<

[388] II Thess. 2, 8. <<

[389] Act. I 6. <<

[390] Se refiere a las acusaciones de infanticidio que lanzaban los paganos contra los cristianos, y de las que trata en detalle TERTULIANO, *Apol.* VIII-IX.
<<

[391] Psalm. 71, 8. <<

[392] Act. 17, 30-31. <<

[393] Esai. 2, 3. <<

[394] *Cf.* Act. 2, 37-41; 4, 4. <<

[395] *Cf.* Act. 4, 34-37. <<

[396] Es decir, el 25 de marzo de 29 d. C., durante el consulado de Cayo Fufio y Lucio Rubelio Gémio. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XV-XVIII...*, págs. 773-774, n. compl. 58, esta fecha coincide con la que ofrece TERTULIANO, *Adv. Iud.* 8, mientras que LACTANCIO, *Instituciones divinas* IV 10, 18 la sitúa el día 23, de manera que la resurrección pasa al 25, en coincidencia con la fecha de la creación del mundo. <<

[397] El día 15. <<

[398] El cuarto consulado de Honorio, que ejerció junto con Flavio Eutiquiano, se fecha en el año 398 d. C. <<

[399] Manlio Teodoro (350-ca. 409 d. C.) desempeñó una brillante carrera administrativa, cuya culminación fue el desempeño del consulado en occidente en 399 junto con el eunuco Eutropio como colega, que ejerció el cargo en oriente. Al mismo tiempo se interesó por la filosofía y las artes gramaticales, dentro de las cuales se conserva un tratado *De metris*. Una semblanza del personaje puede verse en el panegírico que Claudiano escribió para celebrar su consulado, que puede verse en esta misma colección: CLAUDIANO, *Poemas*, introducción, traducción y notas de M. Castillo, Madrid, 1993, págs. 293-310. <<

[400] El 19 de marzo. <<

[¹] Vid. CICERÓN, *Sobre los límites del bien y del mal* I 12, 42. <<

[2] Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, págs. 620-621, esta obra es conocida exclusivamente a través de este testimonio de Agustín, y ni siquiera aparece en el catálogo de obras de Varrón que ofrece JERÓNIMO, *Epist.* 33, 2, lo que ha llevado a los investigadores o bien a situarla dentro de los *Logistorici*, o bien a considerarla una monografía dentro de los *Libri singulares X* o bien entre las obras no citadas por Jerónimo. Varrón es autor de una obra titulada *De forma philosophia* cuyo libro II es citado por CARISIO, ed. K Barwick, 19642, 131, 15-16, y respecto a la cual BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII. Introduction générale et notes par G. Bardy. Traduction française de G. Combès*, París, 1960, págs. 40-41, n. 2, plantea si es la misma obra que la que se menciona aquí. <<

[3] *Vid. infra* XIX 3. <<

[4] Polemón el Escolarca, de origen ateniense, fue discípulo de Jenócrates, y presidió la Academia entre 314 y *ca.* 276 a. C. Su actividad filosófica se centró cuestiones éticas relacionadas con la búsqueda de los bienes supremos. Sus fragmentos están editados por M. GIGANTE, *Polemonis Academici fragmenta*, Nápoles, 1977. Detalles sobre su vida aparecen en DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los filósofos ilustres* IV 16-27. Vid. K. V. Fritz, *RE* XLII, cols. 2524-2529, FERRATER MORA, *Diccionario...* IV, pág. 2831, s. v. <<

[5] Arcesilao (ca. 315-314-ca. 241-240 a. C.), nacido en Pitane, fue discípulo de Teofrasto, Polemón Crates y Crantor. Fue escolarca de la Academia, y su pensamiento escéptico moderado se sitúa dentro de la academia media. Sobre el mismo *vid.* DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los filósofos ilustres* IV 28-45, CICERÓN, *Académicas posteriores* I 12, 45. Sus fragmentos están recogidos en H. J. METTE, «Zwei Akademiker heute: Krantor von Soloi und Arkesilaos von Pitane», *Lustrum* 26 (19), (1984), págs. 41-66. *Vid.* además H. VONARNIM, *RE* II, cols. 1164-1168, FERRATER MORA, *Diccionario...*, I, pág. 215, s. v. <<

[6] Cf. PLATÓN, *Fedro* 246. <<

[7] Antíoco de Ascalón fue discípulo de Filón de Larisa y su sucesor en la Academia a partir de 88 a. C. Su filosofía es de carácter ecléctico y planteaba el retorno a las ideas de Platón y a Aristóteles. Poco a poco se fue acercando al estoicismo medio de Panecio y Posidonio. Fue maestro de Cicerón. Sus fragmentos aparecen editados en H.J. METTE, «Philon von Larisa und Antiochos von Ascalon», *Lustrum* 28-29 (1986-7), págs. 9-63. Vid. además J. GLUCKER, *Antiochus and the Late Academy*, Gotinga, 1978, J. BARNES, «Antiochus of Ascalon», en M. GRIFFIN, J. BARNES (eds.), *Philosophia togata. Essays on Philosophy and Roman Society*. Oxford 1989, págs. 51-96, D. SEDLEY, (ed.), *The Philosophy of Antiochus*, Cambridge, 2012, FERRATER MORA, *Diccionario...*, I, pág. 215, s. v. <<

[8] Habac. 2, 4; Gal. 3, 11. <<

[9] Psalm. 93, 11. <<

[10] I Cor. 3, 20. <<

[11] La *Consolatio* de Cicerón, compuesta en torno al 45 a. C. a raíz de la muerte de su hija, por desgracia, se ha perdido. Sobre la misma y su relación con las *Tusculanas* vid. M. RODRÍGUEZ PANTOJA, «La *Consolatio* y las *Disputationes Tusculanae* de Cicerón», en C. Alonso del Real Montes (ed.), *Consolatio: nueve estudios*, Pamplona, 2001, págs. 69-97. <<

[¹²] Sap. 9, 13-15. *Vid. supra* XII, 16, XIII 16, XIV 3. <<

[13] Cf. Cicerón, *Sobre los límites del bien y del mal* V 6, 17. <<

[¹⁴] Sobre la templanza y el resto de virtudes cardinales *vid. supra* IV 20. <<

[15] Gal. 5, 17. <<

[16] Gal. 5, 17. <<

[17] *Cf.* JUSTINIANO I *Tit.* 1. <<

[18] Sobre la doctrina estoica del suicidio *vid.* CICERÓN, *Sobre los límites del bien y del mal* III 18, 61. Sobre las actitudes de las distintas escuelas filosóficas antiguas *vid.* A.BAYET, *Le suicide...*, pp.221-263; 320-329, Y. GRISÉ, *Le suicide dans la Rome Antique*, París, 1982, págs. 167-223. <<

[19] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 71, n. 2, señala que esta es una de las paradojas de los estoicos, tratada en el libro IV de las *Tusculanas* de Cicerón. <<

[20] Sobre Catón de Útica *vid. supra* I 23, 24. *Cf.* CICERÓN, *Tusculanas* I 30, 74. <<

[21] CICERÓN, *Sobre los límites del bien y del mal* III 5, 16; V 9, 24, *Sobre los deberes* I 4. <<

[22] Rom. 8, 24-25. <<

[23] TERENCE, *Los hermanos* V 4, 13-14. <<

[24] TERCENCIO, *El eunuco* I 1, 14-18. <<

[25] CICERÓN, *Discursos contra Verres* II 1, 15. <<

[26] Mt. 10, 36. <<

^[27] Cf. AGUSTÍN, *Serm.* 302, 18, 16. <<

[28] Psalm. 24, 17. <<

[29] *Vid. supra* III 26-29. <<

[30] Cf. CICERÓN, *Sobre la amistad* IX 32, XIII 48. <<

[31] Iob 7, 1. <<

[32] Mt. 18, 7. <<

[33] Mt. 24, 12. <<

[³⁴] II Cor. 11, 14. <<

[35] *Cf.* Iac. 1, 12-13. <<

[36] Cf. AGUSTÍN, *Sobre la Trinidad* XIV 9, 12. <<

[37] Psalm. 146 (147), 12-14. <<

[38] *Vid. supra* XVI 39 donde da la etimología de «el que ve a Dios». <<

[39] Rom. 6, 22. <<

[40] VIRGILIO, *Eneida* VIII 194-195. <<

[41] Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 422 Agustín en este punto hace una paráfrasis del relato de Caco de la *Eneida* VIII 193-267. Sobre este héroe o divinidad de la Roma primitiva, hijo de Vulcano, habitante de una cueva en el Aventino y ladrón de los bueyes que Hércules había arrebatado a su vez a Gerión, *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, págs. 77-78. La etimología de Caco que ofrece Agustín, y que aparece también en SERVIO, *Aen.* VIII 190 ya fue cuestionada por A. PREUNER, *Hestia-Vesta*, Tubinga, 1864, pág. 392, y es posible que se trate de un nombre de origen etrusco. *Vid.* además R. M. Ogilvie, *A commentary on Livy. Books 1-5*, Oxford, 1970, pág. 58, J. SMALL, *Cacus and Marsyas in Etrusco-Roman Legend*, Princeton, 1982, págs. 7-10. <<

[42] VIRGILIO, *Eneida* VIII 195-196. <<

[43] *Vid.* AGUSTÍN, *Ord.* I 6, 15-19. <<

[⁴⁴] Ioh. 8, 44 <<

[45] *Cf.* II Cor. 5, 6-7. <<

^[46] *Cf.* Mt. 22, 34-40; Mc. 12, 28-31, Lc. 10, 27-28. <<

[47] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 742-743, n. compl. 14, la doctrina sobre el orden en la caridad es ya clásica, y aparece desarrollada por ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares* III 7, y también en el propio AGUSTÍN, *Doctr. Christ.* I 27 (28)-30 (31). <<

[48] I Tim. 5, 8. <<

[49] Gen. 1, 26. <<

[50] *Cf.* Gen. 4, 2. <<

[51] Gen. 9, 25-26. <<

[52] Esta es la etimología que aparece en otros autores clásicos, como comenta R. LABERTINI, «L' etimología di *servus* secondo i giuristi romani», en *Sodalitas. Scritti in onore di A. Guarino*, Nápoles, 1984, págs. 2385-2394. Como indican ERNOUT-MEILLET, s. v. *seruus*, el término deriva de una raíz **swer-*, presente en lenguas como el avéstico, el islandés o el griego, con las variantes **ser-* y **wer-*. De esta misma raíz derivarían *servare* y sus compuestos, por lo que Agustín estaría en lo cierto. No obstante, señala otras teorías como la de E. BENVENISTE, «Le nom de l'esclave à Rome», *REL* 10 (1932), pág. 429-440, que considera que se trata un préstamo del etrusco, o J. VENDRYES, «À propos de lat. *servus*», *BSL* 107 (1935), págs. 124-130, que la relaciona con el irlandés *serbh* «pillaje». M. DE VAAN, *Etymological Dictionary of Latin and the Other Italic Languages*. Leiden, 2008, pág. 559, vuelve a la teoría inicial. Vid. además A. TOVAR, «Lat. *seruus*, ein indogermanisches Wort», en E. Coseriu-W. D. Stempel (eds.), *Sprache und Geschichte. Festschrift für Harri Meier zum 65. Geburtstag*, Múnich, 1971, págs. 557-562. <<

[53] Ioh. 8, 34. <<

[54] II Petr. 2, 19. <<

[55] *Cf.* Ephes. 6, 5-9, Colos. 3, 22-25, Tit. 2, 9-10. <<

[56] *Cf.* I Cor. 15, 24. <<

[57] I Cor. 15, 28. <<

[58] *Cf.* Sap. 9, 15. <<

[59] *Vid. supra* V 15, IV 11-22, VI 1. <<

[60] *Cf.* Sap. 9, 15. <<

[61] I Cor. 13, 9. <<

[62] Más argumentos contra esta escuela filosófica pueden verse en el diálogo agustiniano *Contra los académicos*. <<

[63] *Cf.* Hab. 2, 4; Gal. 3, 11. <<

[64] *Cf.* II Cor. 5, 6. <<

[65] Eccli. 1, 14. <<

[66] I Tim. 3, 1. <<

[67] I Cor. 15, 28. <<

[68] Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 543 Agustín retoma la exposición realizada en II 21, 4. <<

[69] CICERÓN, *Sobre la república* I 25, 39. <<

[70] CICERÓN, *Sobre la república* I 44, 70. <<

[71] Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 544, dicha discusión se da en los discursos de Filón, que prefiere el interés frente a la justicia (CICERÓN, *Sobre la república* III 5, 8-18, 28) y Lelio, que realiza la defensa de esta última (*ibid.* 22, 33-29, 41). <<

[72] Exod. 22, 20. <<

^[73] Gen. 22, 18; *cf.* Gal. 3, 16. <<

[74] *Vid. supra* IV 1. <<

[75] Sobre Porfirio y sus doctrinas, que Agustín trata de rebatir, *vid. supra* VIII 12, X 9-32. <<

[76] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 755-758 n. compl. 21, señala que Agustín distingue esta obra perdida de Porfirio de otra también perdida, cuyo título es *Sobre el retorno del alma* (vid. *supra* X 9), y al mismo tiempo considera que es muy probable que se tratase de una sola obra titulada *Filosofía de los oráculos*, y que *Sobre el retorno del alma* sería un título descriptivo del contenido de la misma. <<

[77] Exod. 22, 20. <<

[78] Se trata de una divinidad oscura, de origen no griego, probablemente cario, que se asimila a Ártemis. Según HESÍODO, *Teogonía* 404-452, es hija Asteria y Perses. En principio era una divinidad benéfica, que concedía toda clase de favores a los seres humanos que la invocasen, sin estar especializada en un terreno determinado. Con el tiempo se convierte en la diosa que preside los hechizos y se relaciona con el inframundo y con las encrucijadas de caminos. Sobre la misma *vid.* GRIMAL, *Diccionario...*, pág. 225. <<

[79] Esta herejía fue establecida por Fotino (300-376 d. C.), obispo de Sirmio, en Panonia, y condenada tanto por los arrianos como por los nicenos. De los primeros recibió la condena en el Sínodo de Antioquía de 344, de los segundos en los Sínodos de Milán de 345 y de 347, donde se intentó deponer a Fotino pero resultó imposible debido a las revueltas populares en su apoyo. Fue depuesto en el Sínodo de Sirmio de 351, en el que se emitieron veintisiete anatemas, aunque tal vez pudo volver a su sede durante el reinado de Juliano el Apóstata. Su condena definitiva se produjo en el Concilio de Constantinopla en el 381 y fue sancionada por el papa Dámaso en el 382. Su obra se ha perdido y el conocimiento de su doctrina se deriva de los testimonios patrísticos y de los 27 anatemas del Sínodo de 351, y en ella se considera al Padre y al Verbo una sola persona. El Verbo latente (*endiáthetos*) se convierte en el Verbo explícito (*prophorikós*) en la Encarnación, antes de la cual no existe el hijo, que es producto de la expansión divina. Para Fotino Cristo es hijo de María y humano, hasta que el Espíritu descendió sobre él y así fue concebido por el Espíritu Santo. Vid. *Enciclopedia Católica*, <http://ec.aciprensa.com/wiki/Fotino>, consultada el 1/06/2018. Vid. además AGUSTÍN, *Confesiones* VII 19; *Haer.* XLIV-XLV. <<

[80] Sobre la crítica de las representaciones teatrales y otros espectáculos y ritos en honor de los dioses paganos *vid. supra* I 32, II 8-14, 26-27. <<

[81] Exod. 22, 20. <<

[82] Psalm. 95, 5. <<

[83] Exod. 22, 30. <<

[84] Psalm. 15, 2. <<

[85] Sigo la lectura *nos* de la 4.a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar del *non* del *Corpus Christianorum*. <<

[86] *Vid. supra* X 6. <<

[87] *Cf.* Malach. 1, 11. <<

[88] *Vid. supra* I-X. <<

[89] Psalm. 143, 15. <<

[90] I Tim. 2, 2. <<

[91] Jerem. 29, 7. <<

[92] Mt. 6, 12. <<

[93] *Cf.* Iac. 2, 17-26. <<

[94] *Cf.* Gal. 5, 6. <<

[95] Sap. 9, 15. <<

[96] Iob 7, 1. <<

^[97] Iac. 4, 6; I Petr. 5, 5, Prov. 3, 34. <<

^[1] *Cf.* II Tim. 4, 1. <<

[2] *Cf.* Gen. 3, 23. <<

[3] *Cf.* II Petr. 2, 4. <<

^[4] *Cf.* Mt. 8, 29, Lc. 8, 28. <<

[5] Rom. 9, 14. <<

[6] Rom. 11, 33. <<

^[7] *Cf.* II Tim. 1, 4. <<

[8] Psalm. 143, 4. <<

[9] Rom. 11, 33. <<

[10] Eccl. 1, 2-3. Sobre la canonicidad del libro *vid.* LA BONNARDIÈRE, «Le canon...», págs. 287-301. <<

[11] Eccl. 8, 14. <<

[12] *Cf.* Psalm. 143, 4. <<

[13] Eccl. 12, 13-14, según la versión de los Setenta. <<

[¹⁴] Rom. 3, 20-22. <<

[15] Mt. 13, 52. <<

[16] Mt. 11, 22. <<

[17] Mt. 11, 24. <<

[18] Mt. 12, 41-42. <<

[19] Mt. 13, 37-43. <<

[20] Mt. 19, 28. <<

[21] Mt. 12, 27. <<

[22] Act. 1, 26; I Cor. 15, 10. <<

[23] I Cor. 6, 3. <<

^[24] *Cf.* Mt. 24, 1-25, 46; Mc. 13, 1-37; Lc. 21, 5-38. <<

[25] Hesiquio fue obispo de Salona, en Dalmacia, entre 405 y 420-426. <<

[26] Se refiere a la epístola 199, aunque como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 763, n. compl. 24, no es la única que recibe este título. Sobre la correspondencia entre Hesiquio y Agustín *vid.* además J. P. BOUHOT, «Hesychius de Salone et Augustin (lettres 197-198-199)», en A. M. LA BONNARDIÈRE (ed.), *Saint Augustin et la Bible*, París, 1986, págs. 229-250.

<<

[27] Mt. 25, 31-41. <<

[28] Mt. 25, 46. <<

[29] Ioh. 5, 22-25. *Cf.* AGUSTÍN, *In Ioh.* XXII. <<

[30] Ioh. 5, 25-26. <<

[31] Mt. 8, 22 (Lc. 9, 60). <<

[32] II Cor. 5, 14-15. <<

[33] Psalm. 100, 1. <<

[34] Ioh. 5, 27. Traduzco «hijo de hombre» siguiendo la explicación de BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 207, n. 3, que elige esta opción basándose en el hecho de que en el texto griego de Juan no hay artículo, frente al de los evangelios sinópticos. Es la traducción que ofrecen también entre otros W. CH. GREEN, *Saint Augustine. The city of God against the pagans VI, Books 18-20*, Cambridge (Mass.)-Londres, 1960, pág. 279, JERPHAGNON, *Saint Augustin...*, pág. 903, etc. No obstante, en las versiones castellanas de la Biblia al uso, como la de E. NACAR Y A. COLUNGA, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1969, o la dirigida por E. MARTÍN NIETO, *La Santa Biblia*, Madrid, 1989 no se establece esta distinción. <<

[35] Ioh. 5, 28-29. <<

[36] Ioh. 5, 24. <<

[37] Ioh. 5, 25. <<

[38] Ioh. 5, 28-29. <<

[39] Apoc. 20, 1-6. <<

[40] II Petr. 3, 8. <<

[41] *Cf.* AGUSTÍN, *Serm.* 259. <<

[42] Como señala ALICI, *La citta...*, pág. 1002, n. 4, los milenaristas sostenían la existencia de un período de mil años de felicidad antes del juicio final, en relación con la segunda venida de Cristo sobre la tierra. Este pensamiento, cuyo origen se halla en textos rabínicos sobre temática mesiánica, fue admitido por algunos cristianos basándose en una interpretación literal del capítulo 20, 1-5 del Apocalipsis. Para algunos de estos autores, como Cerinto y Papias de Hierápolis, la segunda venida de Cristo sería carnal, mientras que para otros como TERTULIANO, *Contra Marción* III 24 o LACTANCIO, *Instituciones divinas* VII 24, será espiritual. Según el propio Alici, Agustín comenzó sosteniendo posturas milenaristas, de las que no se distancia totalmente a pesar de sus críticas en pasajes como el presente. Sobre la posible influencia del *Comentario al Apocalipsis* de Ticonio, hoy perdido, en este cambio de perspectiva vid. M. DULAHEY, «L'apocalypse. Augustin et Tyconius», en A. M. LA BONNARDIÈRE (ed.), *Saint Augustin et la Bible*, París, 1986, págs. 369-386. <<

[43] Mc. 3, 27. <<

[44] Apoc. 20, 1-2. <<

[45] Mt. 19, 29, Mc. 10, 30. <<

[46] II Cor. 6, 10. <<

[47] Prov. 17, 6. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 216, n. 2, señala que este versículo no aparece ni en el texto hebreo ni en la Vulgata, pero sí en la versión de los Setenta. <<

[48] Psalm. 104, 8. <<

[49] Apoc. 20, 3. <<

[50] *Cf.* Psalm. 69, 7. <<

[51] Apoc. 20, 3. <<

[52] *Cf.* I Cor. 10, 12. <<

[53] *Cf.* Ephes. 1, 4. <<

[54] *Cf.* Colos. I, 13. <<

[55] II Tim. 2, 19. <<

[56] Apoc. 20, 3. <<

[57] Psalm. 122, 2. <<

[58] Apoc. 20, 3. <<

[59] *Cf.* Ephes. 1, 4. <<

[60] II Tim. 2, 19. <<

[61] Apoc. 20, 9-10. <<

[62] *Cf.* Apoc. 11, 2. <<

[63] *Cf.* Rom. 7, 22; Ephes. 3, 16. <<

[64] Mt. 12, 29. <<

[65] *Cf.* Apoc. 6, 11. <<

[66] I Ioh. 2, 19. <<

[67] *Cf.* Tit. 3, 5. <<

[68] Mt. 24, 12. <<

[69] Mt. 25, 34. <<

[70] Mt. 28, 20. <<

[71] *Vid. supra* XX 4. *Cf.* Mt. 13, 52. <<

[72] Mt. 13, 39-41. <<

[73] Mt. 5, 19. <<

[74] Mt. 23, 3. <<

[75] Mt. 5, 20. <<

[76] *Cf.* Mt. 13, 30-31. <<

[77] Colos. 3, 1-2. <<

[78] *Cf.* Philip. 3, 20. <<

[79] *Cf.* Mt. 13, 41. <<

[80] *Cf.* Philip. 2, 21. <<

[81] Apoc. 20, 4. <<

[82] Mt. 18, 18. <<

[83] I Cor. 5, 12. <<

[84] Apoc. 20, 4. <<

[85] Apoc. 14, 13. <<

[86] Rom. 14, 9. <<

[87] Apoc. 4, 20. <<

[88] *Cf.* Mt. 13, 39-41. <<

[89] II Cor. 6, 14. <<

[90] Apoc. 20, 5. <<

[91] Ioh. 5, 25. <<

[92] Apoc. 20, 5-6. <<

[93] Apoc. 20, 6. <<

[94] Apoc. 20, 5. <<

[95] ERNOUT-MEILLET, *s. v. cadaver* aceptan esta etimología. <<

^[96] *Cf.* Rom. 7, 22; Ephes. 3, 16. <<

[97] Col. 3, 1. <<

[98] Rom. 6, 4. <<

[99] Ephes. 5, 14. <<

[100] Eccli. 2, 7. <<

[101] Rom. 14, 4. <<

[102] I Cor. 10, 12. <<

[103] Apoc. 20, 6. <<

[104] I Petr. 2, 9. <<

[105] Psalm. 109, 4. <<

[106] *Vid. supra* X 3; 20. <<

[107] Apoc. 20, 7-8. <<

[108] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 777-778 n. compl. 29, en el Apocalipsis Gog y Magog aparecen como nombres de pueblos, mientras que en textos anteriores, como los del profeta Ezequiel 38, 1-5, Gog es un rey y Magog un país. Este último aparece mencionado en la lista de pueblos de Génesis 10, 2. Gog, por su parte, se interpreta como apócope del anterior, aunque existen diversas teorías que tratan de asociarlo con diversos pueblos y personajes de la antigüedad. <<

[109] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 778, n. compl. 30, señala que la fuente exegética de Agustín en este pasaje sea posiblemente, aunque no se mencione, el *Comentario sobre Ezequiel* de Jerónimo. La interpretación de los nombres de Gog y Magog de Jerónimo en el libro XI de su comentario es la misma que aparece en Agustín. <<

[110] Apoc. 20, 9. <<

[¹¹¹] Apoc. 20, 9. Se omite la expresión *de deo* «de parte de Dios», ausente de parte de los manuscritos griegos, pero que Agustín comenta más adelante. Sobre la cuestión vid. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 248, n. 1. <<

[112] Mt. 25, 41. <<

[113] Apoc. 20, 9. <<

[114] Psalm. 68 (69), 10. <<

[115] Esai. 26, 11 según la versión de los Setenta. <<

[116] *Cf.* II Thess. 2, 8; Esai. 11, 4. <<

[117] *Vid. supra* XX 8. *Cf.* Apoc. 11, 2-3; 13, 5. <<

[118] *Cf.* Dan. 12, 7. <<

[119] Apoc. 20, 6-7. <<

[120] *Cf.* Apoc. 20, 4. <<

[121] Apoc. 20, 6-7. <<

[122] *Vid. supra* XVI 24. <<

[123] Apoc. 20, 10. <<

[124] *Vid. supra* XX 9. <<

[125] Apoc. 20, 11. <<

[126] I Cor. 7, 31-32. <<

[127] Apoc. 20, 12. <<

[128] Apoc. 20, 13. <<

[129] Apoc. 20, 12. <<

[130] Se ignora a qué autores concretos se refiere Agustín. <<

[131] Colos. 3, 3. <<

[132] Mt. 8, 22. <<

[133] Rom. 8, 10. <<

[134] *Cf.* Rom. 8, 11. <<

[135] Apoc. 20, 13. <<

[136] Apoc. 20, 13. <<

[137] Apoc. 20, 14. <<

[138] Apoc. 20, 9. <<

[139] Apoc. 20, 10. <<

[140] Apoc. 20, 15. <<

[141] Mt. 25, 46. <<

[142] Apoc. 21, 1. <<

[143] *Cf.* Apoc. 20, 11. <<

[144] *Cf.* I Cor. 7, 31. <<

[145] Apoc. 21, 1. <<

[146] Apoc. 4, 6; 15, 2. <<

[147] Apoc. 20, 13. <<

[148] Apoc. 21, 2-5. <<

[149] Esai. 45, 8, según la versión de los Setenta. <<

[150] Apoc. 21, 4. <<

[151] Psalm. 41, 4. <<

[152] Psalm. 6, 7. <<

[153] Psalm. 37, 10. <<

[154] Psalm. 38, 3. <<

[155] *Cf.* II Cor. 5, 4. <<

[156] *Cf.* Rom. 8, 23. <<

[157] *Cf.* Rom. 9, 2. <<

[158] I Cor. 15, 55-56. Diversos comentaristas como BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 271, n. 9, o GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 349, n. 8, han señalado que el término latino *contentio* «contienda», traduce el término griego *veíkos* frente a la *victoria* de la Vulgata, que traduce *víkos*.
<<

[159] I Ioh. 1, 8. <<

[160] Apoc. 21, 4. <<

[161] II Petr. 3, 3-13. <<

[162] *Cf.* AGUSTÍN, *Gen. ad litt.* III 2. <<

[163] II Petr. III 7. <<

[164] Dan. III 24. El episodio es comentado también en I 14. <<

[165] II Thess. 2, 1-11. <<

[166] II Thess. 2, 6. <<

[167] II Thess. 2, 7. <<

[168] I Ioh. 2, 18-19. <<

[169] *Cf.* II Tim. 4, 1. <<

[170] II Thess. 2, 9-10. <<

[171] *Cf.* Iob 1, 13; 16; 18. <<

[172] II Thess. 2, 10. <<

[173] II Thess. 2, 11. <<

[174] II Thess. 2, 12. <<

[175] I Thess. 4, 13-18. <<

[176] *Cf.* II Tim. 4, 1. <<

[177] *Vid.* además AGUSTÍN, *Epist.* 193, 9-13 a Mario Mercator, *Quaest. Dulc.*
III. <<

[178] I Thess. 4, 17. <<

[179] I. Cor. 15, 22. <<

[180] I. Cor. 15, 36. <<

[181] Gen. 3, 19. <<

[182] I Cor. 15, 51. Cf. AGUSTÍN, *Epist.* 205, 14 a Consencio, *Quaest. Dulc.* III 4. Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 293-294, n. 1, el texto que cita Agustín en primer lugar es el occidental, que modifica el original para sostener la idea de la resurrección general y que no seremos cambiados a mejor con ella. <<

[183] I Cor. 15, 52. <<

[184] Gen. 3, 19. <<

[185] *Cf.* II Tim. 4, 1. <<

[186] *Vid. supra* XX 4. <<

[187] Esai. 26, 19. Según la versión de los Setenta. <<

[188] Esai. 66, 12-16, según la versión de los Setenta. <<

[189] *Cf.* Gal. 4, 26. <<

[190] Mt. 5, 8. <<

[191] Esai. 64, 14. <<

[192] Alude a la sinécdoque. <<

[193] *Cf.* Apoc. 21, 1. <<

[194] Esai. 65, 17-19, según los Setenta. <<

[195] Esai. 66 14, *incredulis* es la versión de los Setenta. <<

[196] Esai. 66, 15-16, según los Setenta. <<

[197] Phil. 3, 19. <<

[198] Rom. 8, 6. <<

[199] Gen. 6, 3. <<

[200] *Cf.* Lc. 12, 49. <<

[201] *Cf.* Act. 2, 3. <<

[202] Mt. 10, 34. <<

[203] *Cf.* Hebr. 4, 12. <<

[204] Cant. Cantic. 2, 5. <<

[205] *Cf.* Esai. 66, 17-18. <<

[206] Rom. 3, 23. <<

[207] *Cf.* Esai. 66, 18-20. <<

[208] *Cf.* Esai. 66, 19-20. <<

[209] *Cf.* Esai. 66, 21. <<

[210] *Cf.* Psalm. 109, 4. <<

[211] Esai. 66, 22-24, según los Setenta. <<

[212] El mismo texto tomado de la Vulgata, a partir del texto hebreo. <<

[213] *Cf.* Esai. 26, 19. <<

[214] *Cf.* Gen. 2, 22-23. <<

[215] *Cf.* Mt. 25, 30. <<

[216] Mt. 25, 21. <<

[217] Sigo la lectura *domini* de la 4.a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) frente al *domino* del *Corpus Christianorum*. <<

[218] *Cf.* I Cor. 15, 28. <<

[219] I Ioh. 3, 9. <<

[220] Esai. 56, 5. <<

[221] Esai. 66, 23. <<

[222] *Cf.* Esai. 66, 24. <<

[223] *Vid. infra* XXI y XXII. <<

[224] Dan. 7, 15-16. <<

[225] Dan. 7, 17-22. <<

[226] Sigo la lectura *quarta* de la 4.a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar de la errónea *quarto* del *Corpus Christianorum*. <<

[227] Dan. 7, 23-28. <<

[228] JERÓNIMO, *In Dan.* 7, 1-2. <<

[229] *Cf.* Dan. 12, 12. <<

[230] Dan. 12, 1-3. <<

[231] *Cf.* Mt. 27, 52-53. <<

[232] Según la versión de Teodoción. <<

[233] Ioh. 5, 28-29. <<

[234] Gen. 17, 5. <<

[235] Gen. 22, 18. <<

[236] Dan. 12, 13. <<

[237] Psalm. 101 (102), 26-28. <<

[238] I. Cor. 7, 31. <<

[239] I. Ioh. 2, 17. <<

[240] Mt. 24, 35. <<

[241] *Cf.* II Petr. 2, 4-7; 3, 6. <<

[242] II Petr. 3, 10-11. <<

[243] *Cf.* Mt. 24, 29. <<

[244] VIRGILIO, *Eneida* II 694. <<

[245] VIRGILIO, *Eneida* II 696. <<

[246] Psalm. 101 (102), 26-27. <<

[247] Alude a la metonimia. <<

[248] Psalm. 49 (50), 3-5. <<

[249] *Cf.* II Tim. 4, 1. <<

[250] *Cf.* Esai. 53, 7. <<

[251] *Cf.* Mt. 26, 63. <<

[252] *Vid. supra* XX 21. <<

[253] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 327, n. 6, esta interpretación es habitual en la patrística. <<

[254] I Thess. 4, 17. <<

[255] *Cf.* I Thess. 4, 17. <<

[256] Ose. 6, 6. <<

[257] *Vid. supra* X 6. <<

[258] Mt. 25, 34. <<

[259] Cf. JERÓNIMO, *In Malach. Prooemium*, *Corpus Christianorum* LXXXVI A, págs. 901-902. <<

[260] Malach. 3, 1-6. <<

[261] Esai. 4, 4. <<

[262] Malach. 3, 3-4. <<

[263] *Vid. infra* XXI 13-15. <<

[264] I Ioh. 1, 8. <<

[265] *Cf.* Mt. 3, 12. <<

[266] Malach. 3, 4. <<

[267] *Cf.* Lv. 16, 6; Hebr. 7, 27. <<

[268] Iob 14, 4, según la versión de los Setenta. <<

[269] Rom. 1, 17. <<

[270] *Cf.* I Ioh. 1, 8. <<

[271] Malach. 3, 4. <<

[272] Esai. 65. 22, según la versión de los Setenta. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 336-337, n. 4, en el texto hebreo se habla de árboles en general, no del árbol de la vida. <<

[273] *Cf.* Gen. 3, 24; 2, 9. <<

[274] Prov. 3, 18. <<

[275] Malach. 3, 4. <<

[276] *Cf.* Lv. 22, 17-30. <<

[277] Malach. 3, 5. <<

[278] Malach. 3, 6. <<

[279] Sap. 1, 9. <<

[280] Rom. 2, 15-16. <<

[281] *Vid. supra* XVIII 35. <<

[282] *Cf. supra* XVIII 35, donde se cita el mismo texto y en lugar de *convertar* «me daré la vuelta» aparece *convertimini*, «os convertiréis» que, como señala GREEN, *Saint Augustine...*, pág. 426, n. 2, es la lectura del texto hebreo seguida por los Setenta y la Vulgata. <<

[283] Malach. 3, 17-4, 3. <<

[284] Malach. 4, 4. <<

[285] Ioh. 5, 46. <<

[286] Malach. 3, 14-15. <<

[287] Malach. 2, 17. <<

[288] *Cf.* Psalm. 72 (73), 2-3. <<

[289] Psalm. 72 (73), 11-13. <<

[290] Psalm. 72 (73), 16-17. <<

[291] Malach. 4, 5-6, según la versión de los Setenta. <<

[292] II Reg. 2, 11 (Vulgata IV Reg.). <<

[293] Malach. 4, 6; *cf.* Lc. 1, 17. <<

[294] Malach. 4, 6, según la Vulgata. <<

[295] Malach. 4, 6. <<

[296] *Cf.* Philip. 2, 6-7. <<

[297] Malach. 4, 6. <<

[298] Malach. 2, 17. <<

[299] Malach. 3, 14. <<

[300] Esai. 48, 12-16. <<

[301] Esai. 53, 7. <<

[302] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 351, n. 3, este hecho se debe a las propias características de la lengua hebrea, en la que el futuro y el pasado se expresen mediante una sola forma, el imperfecto. <<

[303] Zach. 2, 8-9. <<

[304] Mt. 15, 24. <<

[305] Ioh. 7, 39. <<

[306] Psalm. 17 (18), 44. <<

[307] Mt. 4, 19. <<

[308] Lc. 5, 10. <<

[309] *Cf.* Mt. 12, 29, Mc. 3, 27. <<

[310] Zach. 12, 9-10. <<

[311] Zach. 12, 9-10. <<

[312] Zach. 12, 9-10. <<

[313] La segunda traducción corresponde a la Vulgata. <<

[314] Ioh. 5, 22. <<

[315] Esai. 42, 1-4. <<

[316] *Cf.* Mt. 3, 16. <<

[317] Cf. Mt. 17, 1-2. Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 359, n. 4, se trata del monte Tabor, donde se produjo la transfiguración de Cristo. <<

[318] Psalm. 40 (41), 6. <<

[319] Esai. 42, 4 <<

[320] Esai. 42, 4. <<

[321] *Cf.* Lc. 23, 42-43. <<

[1] Ioh. 5, 29. <<

[2] Mt. 13, 41-43. <<

[3] Mt. 13, 46. <<

[4] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XI 42, 119. <<

[5] *Cf. Apoc., 20, 14. Vid. supra XIII 2, infra XXI 11. <<*

[6] Lc. 16, 24. <<

[7] VIRGILIO, *Eneida* VI 733. <<

[8] En realidad en el libro XIV 3-5. ALICI, *La città...*, pág. 1064, considera que se trata probablemente de un error de los códices. <<

[9] Agustín, sin mencionar a la salamandra, ya había hablado de la capacidad de algunos animales de sobrevivir en medio de las llamas para explicar las características del fuego del infierno en el libro XII 4 de esta misma obra. <<

[10] El Etna. Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* II 110, 236. <<

[11] Según W. M. GREEN, *Augustine. The city of God against the pagans books XXI-XXII*, Cambridge, Mass.-Londres, pág. 15, n. 3 este relato se halla únicamente en Agustín. Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* X 22-23, 43-45, sobre el pavo. <<

[12] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* II 110-111, 236-241. <<

[13] *Cf.* ARISTÓTELES, *Topica* V 6, VII 3. <<

[14] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 382-383, n. 2, según DIÓGENES LAERCIO II 103, el primero que utilizó el carbón para fijar los cimientos del templo de Diana en Éfeso fue Samio, hijo de Reco. <<

[15] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVI 53, 174, XXXIII 30, 94. <<

[16] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXIII 30, 94. <<

[17] HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 672, se inclina por Solino como fuente de este relato, así como del que se refiere a continuación sobre la piedra magnética. *Vid.* SOLINO, ed. Mommsen, 52, 56, pág. 194. *Cf.* PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 15, 59. <<

[18] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 790-791, n. compl. 37, recogen multitud de testimonios en los que los antiguos muestran su asombro ante el fenómeno del magnetismo, como PLATÓN, *Ión* 536a-536b, LUCRECIO, VI 906-916, PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVI 25, 126-130 etc. <<

[19] MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 1070-1075, señala que Severo y Agustín pudieron coincidir en la escuela de Tagaste y también en el monasterio de Hipona. Fue nombrado obispo en torno a 395, poco después que Agustín. Lo cierto es que ambos mantuvieron una gran amistad que se aprecia a través de la lectura del epistolario agustiniano, concretamente la carta 109, en la que Severo elogia a Agustín, y la 110, en la que este le responde. <<

[20] Batanario es conocido por haberse casado con una hermana de Estilícón (vid. ZÓSIMO V 37, 6) y por haber ejercido el cargo de *comes Africae* hasta 408, fecha en la que se produce la caída en desgracia y condena a muerte de su cuñado y en la que él también fue ejecutado por orden del emperador Honorio. Sobre su presencia en Agustín vid. MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 136-137. <<

[21] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 15, 61, SOLINO 52, 57, pág. 194. <<

[22] Según W. M. GREEN, *Augustine*, pág. 24-25, n. 1, y como ya había indicado MOMMSEN, *C. Iulii Solini...*, pág. XXV, los relatos recogidos en este capítulo han sido tomados en su mayoría de este autor, que sigue directamente a Plinio, pero incluye nuevos elementos como las manzanas de Sodoma. Esta opinión es defendida también por HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, págs. 671-672, que considera que solo se puede asegurar que Agustín utilizó de forma directa el libro VII de Plinio. <<

[23] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXI 41, 85, SOLINO 5, 18, pág. 51. <<

[24] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* V 5, 36, SOLINO 29, 1, pág. 128. Los garamantes habitaban el norte de África, en el territorio de la actual Libia. <<

[25] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* II 106, 228, SOLINO 7, 2 pág. 55. Se trata de la fuente de Júpiter en Dodona. <<

[26] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 54, 146. <<

[27] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XIII 14, 57, Solino 32, 34-35. <<

[28] Green, *Augustine...*, pág. 27, n. 5, señala que la primera mención de estos frutos aparece en JOSEFO, *Guerra de los judíos* IV 484. SOLINO 35, 8, pág. 155 recoge un relato similar. Vid. además BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 793-795, n. compl. 39. <<

[29] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVI 10, 137-138, SOLINO 37, 16, pág. 159. <<

[30] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 67, 181, SOLINO 37, 21, pág. 160. <<

[31] VARRÓN, *Sobre la agricultura* II 19, PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VIII 67, 166, SOLINO, 23, 7, pág. 104. Como señala GREEN, *Augustine...*, pág. 28, n. 3, sitúan el relato en Lusitania y no en Capadocia. Cf. HOMERO, *Ilíada* XX 223, VIRGILIO, *Geórgicas* III 269-283. <<

[32] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XII 21, 38, SOLINO 52, 49, pág. 192. <<

[33] Sobre el templo de Venus en Pafos *vid.* PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* II 96, 210, GREEN, *Augustine...*, pág. 32, n. 1, señala que la lámpara del templo de Atenea en Atenas podía estar encendida durante un año sin necesidad de añadir aceite (*vid.* PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 26, 7).
<<

[³⁴] *Vid. supra* XVIII 18. <<

[35] *Cf.* II Cor. 11, 14. <<

[36] *Vid. supra* XXI 6, 1. <<

[37] VIRGILIO, *Eneida* IV 487-491. <<

[38] Sigo la lectura *urendo* de la 4.a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) en lugar del *uerendo* del *Corpus Christianorum*. <<

[39] La actual Grenoble. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 406-407, n. 2, se trata de una fuente real, la Fontaine-Ardente, situada en Saint-Barthélemy du Guâ, y el fenómeno se origina por la presencia de emanaciones de gas natural. Indican también que Hilario de Arlés escribió sobre esta fuente un poema del que se conservan cuatro versos en la *Anthologia Latina*, ed. Riese, Leipzig, 1906, 2a ed., n. 487. <<

[40] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 793-795, n. compl. 39, recoge diversos testimonios en los que se describe la desolación y esterilidad de las tierras que rodeaban a estas ciudades, antes fértiles, tras su destrucción, como Sap. 10, 6-9, TÁCITO, *Historias* V 7, ESTRABÓN, XVI 2, 44, etc. <<

[41] PLAUTO, *Anfitrión* I 119 (275). <<

[42] HOMERO, *Ilíada* XXII 318. <<

[43] Cástor de Rodas, que vivió en la primera mitad del s. I a. C., es autor de una *Crónica*, en seis libros, utilizada profusamente por Eusebio de Cesarea y en la actualidad conservada fragmentariamente. La obra abarca desde los reinados de Belo, Nino y Egialeo hasta la época de Pompeyo. Edición y comentario en F. JACOBY, *Die fragmente der Grieschischen Historiker*, Part I-III, Berlín, 1923-1958, n.º 250 (puede consultarse on line a través de la editorial Brill: http://dx.doi.org/10.1163/1873-5363_boj_a250). Vid. además W.KUBITSCHKE, *RE* X, 1919, cols. 2347-2357. <<

[⁴⁴] Frg. 6 Peter. *Vid. supra* XVIII 8. Sobre Adrasto de Cícico *vid.* F. O. HULTSCH, *RE* S1, cols. 11-12, sobre Dión de Nápoles *vid.* F. O. HULTSCH, *RE* V 1, col. 877. <<

[45] *Cf.* Ios. 10, 13. <<

[46] *Cf.* Esai. 38, 8. <<

[47] VIRGILIO, *Eneida* IV 489. <<

[48] *Cf.* Ios. 3, 16. <<

[49] *Cf.* II Reg. 2, 8 y 14 (Vulgata IV Reg.). <<

[50] *Cf.* Gen. 13, 10. <<

[51] *Cf.* TÁCITO *Historias* V 7. <<

[52] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 801, n. compl. 41, FESTO (ed. Lindsay 349, 282-284) distingue tres tipos de fenómenos prodigiosos —*ostenta*, *prodigia* y *monstra*— y recoge diversas interpretaciones de los mismos. Según este autor algunos interpretan *portenta* como más graves y *ostenta* como favorables, mientras que para otros algunos *portenta* son positivos, y algunos *ostenta* tristes. *Monstra*, por su parte, se pone en relación con fenómenos naturales. <<

[53] *Cf.* Rom. 11, 17-24. <<

[54] Esai. 66, 24. <<

[55] Mc. 9, 43-44. <<

[56] Mc. 9, 45-46. <<

[57] Marc. 9, 47-48. <<

[58] II Cor. 11, 29. <<

[59] Prov. 25, 20. <<

[60] Eccli. 7, 19, según el texto de la Vulgata. <<

[61] Rom. 8, 13. <<

[62] *Vid. supra* XXI 2. <<

[63] *Cf.* I Cor. 13, 9-10. <<

[64] Mt. 25, 41. <<

[65] Lc. 16, 24. Se trata de la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro que vivía en su portal, y que al morir ascendió a los cielos, mientras que el rico, que nunca había ejercido la caridad, fue al infierno, desde donde suplicaba que Lázaro refrescase su lengua con la punta mojada de su dedo. <<

[66] *Cf.* Apoc. 20, 9 (10). <<

[67] *Cf.* Mt. 25, 41. <<

[68] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 428-429 n. 3, se desconoce la obra de Cicerón en que aparece esta clasificación de las penas, aunque suele atribuirse al tratado *Sobre las leyes*. Vid. *frg. incerta* 33, ed. K. Müller, *M. Tulli Ciceronis scripta quae manserunt omnia*, pars IV, vol. III, Leipzig, 1898. <<

[69] Exod. 21, 24, Mt. 5, 38. <<

[70] Lc. 6, 38. <<

^[71] Cf. AGUSTÍN, *Epist.* 102, 4, 22. <<

[72] VIRGILIO, *Eneida* VI 733-734. <<

[73] VIRGILIO, *Eneida* VI 735. <<

[74] VIRGILIO, *Eneida* VI 736-742. <<

[75] *Vid. infra* XXI 26. <<

[76] *Vid supra* XX 25. *Cf.* Mt. 12, 32. <<

[77] Iob 7, 1, según la versión de los Setenta. <<

[78] Sobre la educación basada en los castigos que debió sufrir el propio autor *vid.* AGUSTÍN, *Confesiones* I 9, 14-15. *Vid.* además los testimonios de HORACIO, *Epist.* II 1, 70-71 y MARCIAL IX 68, 4, X 62, 9-10, sobre maestros que se excedían en el uso de la vara. <<

[79] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 16, 72. <<

[80] Cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXX, 2, 3, EUSEBIO, *Chron.*,
pág. 20a Helm, JUSTINO, *Historias Filípicas* I 1, 7-10. <<

[81] Eccli. 40, 1. <<

[82] Cf. AGUSTÍN, *Enchir.* XVII 66. <<

[83] *Cf.* Rom. 8, 13. <<

[84] II Tim. 2, 19. <<

[85] Rom. 8, 14. <<

[86] *Cf.* Rom. 5, 12. <<

[87] *Cf.* Gal. 5, 17. <<

[88] *Cf.* Rom. 9, 23, II Tim. 21. <<

[89] *Cf.* I Tim. 2, 5. <<

[90] Como señala ALICI, *La città...*, pág. 1092, n. 1, en la digresión que sigue se describen seis tipos de doctrinas que limitaban en gran medida el castigo eterno de los pecadores, y que debieron gozar de gran predicamento y provocar arduos debates durante el siglo IV. Sobre las mismas *vid.* además AGUSTÍN, *Enchir.* XVIII 67, XIX 70, XX 75, XXIX 112. <<

[91] ORÍGENES, *Sobre los principios* 1, 6. Sobre la obra y doctrina de esta controvertida figura *vid. supra* XI 23 n. 86 y 87. <<

[92] Cf. AGUSTÍN, *Enchir.* XXIX 110. <<

^[93] *Cf.* Mt. 5, 44; Lc. 6, 27, 35; Colos. 3, 12. <<

[94] Psalm. 76 (77), 10. <<

[95] *Cf.* Ion. 3, 4. <<

[96] *Cf.* Ion. 4, 1. <<

[97] Psalm. 30 (31), 20. <<

[98] Rom. 11, 32. <<

[99] Ioh. 6, 50-51. <<

[100] I Cor. 10, 17. <<

[101] Mt. 24, 13. <<

[102] I Cor. 3, 11-15. <<

[103] AGUSTÍN, *Enchir.* XVIII 67-69. <<

[104] Iac. 2, 13. <<

[105] *Cf.* Mt. 25, 33-46. <<

[106] Mt. 6, 12. <<

[107] Mt. 6, 14-15. <<

[108] Mt. 25, 41. <<

[109] Apoc. 20, 9-10. <<

[110] *Cf.* II Petr. 2, 4. <<

[111] Mt. 25, 41. <<

[112] Mt. 25, 46. <<

[113] II Tim. 2, 25-26. <<

[114] *Cf.* Col. 1, 13. <<

[115] Cf. Mt. 12, 32. Según GREEN, *Augustine...*, págs. 118-119, n. 1, este texto junto con I Cor. 3, 12-15 sirve de base a Agustín para defender la existencia del purgatorio. <<

[116] Mt. 25, 34; 41; 46. <<

[117] Psalm. 76 (77), 10. <<

[118] Psalm. 76 (77), 10. <<

[119] Psalm. 76 (77), 11. <<

[120] Psalm. 76 (77), 10. <<

[121] Psalm. 143 (144), 4. <<

[122] *Cf.* Mt. 5, 45. <<

[123] Mt. 25, 41-46. <<

[124] Apoc. 20, 10. <<

[125] Esai. 66, 24, Mc. 9, 44. <<

[126] *Cf.* Ion. 3, 5-10. <<

[127] *Cf.* Psalm. 125 (126), 5. <<

[128] *Cf.* AGUSTÍN, *In Psalm.* L 11. <<

[129] *Cf.* Ion. 4, 1-3. <<

[130] Psalm. 30 (31), 20. <<

[131] Psalm. 30 (31), 20. <<

[132] *Cf.* Rom. 10, 3. <<

[133] *Cf.* I Ioh. 4, 18. <<

[134] *Cf.* Psalm. 18 (19), 10. <<

[135] I Cor. 1, 30-31. <<

[136] *Cf.* Rom. 10, 3. <<

[137] Psalm. 33 (34), 9. <<

[138] *Cf.* I Ioh. 3, 2. <<

[139] Psalm. 16 (17), 15. <<

[140] Rom. 11, 32. <<

[¹⁴¹] Rom. 11, 30-31. <<

[142] Rom. 11, 32. <<

[143] *Cf.* Rom. 8, 29. <<

[¹⁴⁴] Psalm. 30 (31), 20. <<

[145] Gal. 5, 19-21. <<

[146] Ioh. 6, 50-52. <<

[147] I Cor. 10, 17. <<

[148] Gal. 5, 21. <<

[149] Mt. 10, 22. <<

[150] Gal. 5, 21. <<

[151] Gal. 5, 6. <<

[152] I Cor. 13, 4; Rom. 13, 10. <<

[153] *Cf.* I Cor. 6, 15. <<

[154] Ioh. 6, 56 (57). <<

[155] *Cf.* I Cor. 3, 11-12. <<

[156] Iac. 2, 14. <<

[157] I Cor. 3, 15. <<

[158] *Cf.* I Cor. 6, 16. <<

[159] *Cf.* Ephes. 5, 25. <<

[160] *Cf.* I Thess. 4, 5. <<

[161] *Cf.* I Cor. 7, 12-16. <<

[162] Sobre el tema de la concupiscencia en el matrimonio *vid.* AGUSTÍN, *Bon. coniug.* IV 4. <<

[163] I Cor. 7, 32. <<

[164] I Cor. 7, 33. <<

[165] I Cor. 3, 13. <<

[166] Eccli. 27, 6. <<

[167] I Cor. 3, 13. <<

[168] Mt. 25, 41. <<

[169] Mt. 25, 34. <<

[170] I Cor. 3, 13. <<

[171] Mt. 25, 41. <<

[172] *Cf.* Mc. 9, 44; Esai. 66, 24. <<

[173] *Cf.* Apoc. 20, 10. <<

[174] *Cf.* Mt. 24, 21. <<

[175] Mt. 10, 37. <<

[176] Cf. AGUSTÍN, *Vera relig.* 46, *Mor. eccl.* 30, 63. <<

[177] Iac. 2, 13. <<

[178] Mt. 6, 12, *cf.* AGUSTÍN, *Enchir.* XIX 71. <<

[179] Mt. 6, 12, 14. <<

[180] Mt. 3, 8; Lc. 3, 8. <<

[181] *Cf.* AGUSTÍN, C. *Faust*. XXII 29. <<

[182] *Cf.* I Cor. 13, 4. <<

[183] Mt. 22, 39, Mr. 12, 31. *Cf.* Lv. 19, 18. <<

[184] Eccli. 30, 24 (23), según la Vulgata. <<

[185] Eccli. 14, 5. <<

[186] Eccli. 21, 1. <<

[187] Mt. 25, 45. <<

[188] Ioh. 3, 5. <<

[189] Mt. 5, 20. <<

[190] Mt. 5, 23-24. <<

[191] Mt. 6, 12. <<

[192] *Cf.* AGUSTÍN, *Enchir.* XIX 73. <<

[193] Mt. 6, 14. <<

[194] *Cf.* Lv. 16, 6; Hebr. 7, 27. <<

[195] Mt. 6, 15. <<

[196] *Cf.* Iac. 2, 13. <<

[197] *Cf.* Matth. 18, 23-35. <<

[198] *Cf.* Gal. 4, 28, Rom. 9, 28. <<

[199] Iac. 2, 13. <<

[200] *Cf.* Luc. 16, 9. <<

[201] *Cf.* Prov. 17, 15, Rom. 4, 5. <<

[202] I Cor. 7, 25; *cf.* I Tim. I, 12. <<

[203] Lc. 16, 9. <<

[204] Mt. 10, 41. <<

[205] VIRGILIO, *Eneida* VI 664. Como señala HAGENDAHL, *Augustine...*, vol. II, pág. 442, el texto virgiliano que utiliza Agustín presenta la lectura *alios* (otros) frente al *aliquos* (algunos) de los mejores manuscritos, lo que condiciona toda la interpretación del verso que viene a continuación. <<

[206] *Cf.* Matth. 13, 8. <<

[207] *Cf.* AGUSTÍN, *Epist.* 120, 13. <<

[1] Lc. 1, 33. <<

[2] *Cf.* Gen. I 1. <<

[3] Cf. AGUSTÍN, *Gen. ad litt.* XI 9, 12; *Enchir.* VIII 27. <<

[4] Cf. AGUSTÍN, *Enchir.* IV 12. <<

[5] Cf. AGUSTÍN, *Enchir.* IX 29. <<

[6] Philip. 2, 13. <<

^[7] *Cf.* Philip. 3, 9-10. <<

[8] Ioh. 8, 17. <<

[9] Psalm., 36 (37), 31. <<

[10] Gal. 4, 9. <<

^[11] *Cf.* I Petr. 1, 20; Ephes. 1, 4. <<

[¹²] *Vid. supra* XI 8, 21, XVI 5 y 32. <<

[13] Gen. 22, 18. <<

[¹⁴] Esai. 26, 19, según la versión de los Setenta. <<

[15] Esai. 65, 17-19, según la versión de los Setenta. <<

[16] Cf. *supra* XX, 23. Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 534-535, n. 4, Agustín aquí ha cotejado la versión de los Setenta con la de Teodoción, que ofrece la segunda posibilidad apuntada. <<

[¹⁷] Dan. 12, 1-2, citado *supra* XX 23. <<

[18] Dan. 7, 18, citado *supra* XX 23. <<

[19] Dan. 7, 27. <<

[20] *Vid. supra* XIX 23, XX 24, XXII 15. <<

[21] CICERÓN, *Sobre la república* III frg. 28, 40, cf. LACTANCIO, *Institutiones divinas* V 14, 3-5, 4. Vid. M. TESTARD, *Saint Augustin et Ciceron, II Répertoire des textes*, París, 1958, pág. 66. <<

[22] Psalm. 93 (94), 11. <<

[23] *Vid. supra* XIII 20, *infra* XXII 12-29. <<

[24] *Cf.* Mt. 16, 22; 26, 13. <<

[25] *Cf.* Act. 2, 4-12. <<

[26] *Cf.* Act. 3, 1-11. <<

[27] *Cf.* Act. 5, 15. <<

[28] *Cf.* Act. 20, 9-12. <<

[29] CICERÓN, *Sobre la república* II 18-19, citado de forma literal según HAGENDAHL, *Augustine...*, pág. 552. Vid. además TESTARD, *Saint Augustin et Cicéron*, II, págs. 66-67. <<

[30] *Cf.* LIVIO, I 16. <<

[31] Esta interpretación racionalizada del mito puede verse en LIVIO I 4. *Vid. supra* XVIII 21. <<

[32] CICERÓN, *Sobre la república* III frg. 23, 34, *vid.* TESTARD, *Saint Augustin et Cicéron...*, vol. II, págs. 67-68. <<

[33] Sobre Sagunto *vid. supra* III 20. <<

[34] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 825-831, n. compl. 54, traza la evolución del pensamiento de Agustín sobre los milagros contemporáneos, que va del escepticismo de sus primeras obras, en las que sostenía que ya no eran necesarios para promover la fe, como sostiene en *Vtil. cred.* XVI 34, *Vera relig.* XXV 47, *Serm.* 88, 2, 2; 3, 3 etc., a un renovado interés a partir del descubrimiento en 415 del cuerpo de San Esteban, parte de cuyas reliquias fueron llevadas a África y cuyo culto fue propiciado por Evodio, obispo de Uzalis y amigo de Agustín. <<

[35] Sobre el descubrimiento de estos cuerpos *vid.* el testimonio del propio AGUSTÍN, *Confesiones* IX 7, 16, comentado en esta misma colección en SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, introducción, traducción y notas de A. Encuentra, Madrid, 2010, pág. 441, n. 109. *Vid.* además AGUSTÍN, *Serm.* 318, 1; 286, 5, *Retract.* I 13, 7. El relato agustiniano difiere del que ofrece AMBROSIO, *Epist.* 22, 2; 12, ya que el primero afirma que los cadáveres se hallaron incorruptos, mientras que el segundo habla de un hallazgo de huesos y sangre. El relato de su martirio aparece en una de las *Actas de los mártires* (Junio, IV 680 y 29), elaborada a partir de una carta a los obispos de Italia, atribuida a Ambrosio (*Epist.* 53). Según el relato del acta, se trata de dos hermanos gemelos cuyos padres habían sufrido el martirio en época de Nerón. Los hijos posteriormente fueron azotados y decapitados. La cronología de los hechos es objeto de debate, pues se han situado también en época de Diocleciano o de Antonino Pío. En la actualidad son santos patronos de la ciudad de Milán y su festividad se celebra el 19 de junio, día en que sus reliquias fueron trasladadas del lugar del hallazgo, el cementerio de la iglesia de los santos Nabor y Félix, a la nueva basílica que había ordenado construir Ambrosio, y que en la actualidad está consagrada a dicho obispo. *Vid.* además *Enciclopedia Católica*, <http://www.newadvent.org/cathen/06537a.htm>, consultada el 04/07/2018. <<

[36] Para este personaje *vid.* A. MANDOUZE, *Prosopographie de l'Afrique Chrétienne (303-533)*, París, 1982, pág. 601, que sitúa estos acontecimientos en el verano de 388 d. C. y que no señala más fuentes sobre el mismo que este pasaje de Agustín. <<

[37] Amigo de Agustín y discípulo suyo en Milán, ambos compartieron experiencias vitales y tras su conversión recibieron el bautismo de Ambrosio de Milán el 25 de abril de 387. Fue nombrado obispo de Tagaste en 394. Su biografía se conoce sobre todo por los datos que ofrece el propio Agustín. En ese sentido *vid.* SAN AGUSTÍN, *Confesiones, introducción, traducción y notas de A. Encuentra...*, pág. 309, n. 70, y *passim*; MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 53-65. <<

[38] *Vid.* MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 66, que, siguiendo el testimonio de Agustín, sitúa su fallecimiento antes de 426-427. <<

[39] MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 52, ofrece únicamente los datos que se deducen del texto agustiniano. <<

[40] Ciudad próxima a Cartago que corresponde a la actual El Alia, en Túnez.
<<

[41] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 564-565, n. 1, fue predecesor de Evodio en el obispado de Uzalis. MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 1038-1039, señala que tal vez sea el mismo Saturnino que menciona Agustín en su epístola 22, 2 (9) y que participase en el Concilio de Hipona de 393, defendiendo la obligación del ayuno eucarístico. Pudo fallecer entre 395 y 401. <<

[42] MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 547, aporta únicamente este testimonio de Agustín. <<

[43] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 564-565, n. 1, es el único personaje mencionado en este pasaje del que se tienen otras referencias. Fue obispo de Cartago de 388 a 423 y gran amigo de Agustín. Vid. además MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 105-127, *Enciclopedia Católica*, http://ec.aciprensa.com/wiki/San_Aurelio, consultada el 4/07/2018. <<

[44] Los únicos datos disponibles son los que ofrece Agustín en este pasaje.
Vid. MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 601. <<

[45] HIPÓCRATES, *Aforismos* VI 38. <<

[46] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 832-833, n. compl. 56, señala el hecho de que las leyes eclesiásticas prohibían el bautismo a los actores de mimos mientras ejercieran dicha profesión, y de hecho el protagonista de este milagro había renunciado a la misma antes de recibirlo. Vid. además CIPRIANO, *Epist.* 2. <<

[47] De la localidad de Curubis, actual Korba. <<

[48] MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág.555, que se basa en este único testimonio. <<

[49] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 833-834, n. compl. 57, se trata de una localidad próxima a Hipona cuyos habitantes eran en su mayoría donatistas. Zubedi podría corresponder con Zebda, elemento que forma parte de diversos topónimos de la actual Túnez. <<

[50] MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 728, señala que Maximino fue un antiguo donatista posteriormente convertido, y según la epístola 105, 2 (4) de Agustín, fechada después de la muerte de Estilicón en agosto de 408, desarrolló su episcopado en una zona dominada por los donatistas, en la que los católicos sufrían sus amenazas. <<

[51] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 576-577, n. 1, señala que los veinte mártires a los que se rendía culto en esta capilla en Hipona pudieron ser ejecutados en época de Diocleciano y Maximino. Agustín da el nombre de tres de ellos: el obispo Fidencio, Valeriana y Victoria (*Serm.* 325, 326, *Serm. Morin.* II). Del resto no hay noticias. <<

[52] El *follis* era una moneda de bronce que comenzó a acuñarse a partir de Diocleciano. El significado primario del término era «bolsa de cuero». Vid. A. H. M. JONES, «The origin and early history of the *follis*», *Journal of Roman Studies* 49 (1959), págs. 34-48. <<

[53] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 578, n. 1, comenta que esta historia es de origen folklórico, con multitud de variantes. <<

[54] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 834, n. compl. 57, hace corresponder esta localidad nómada, conocida por sus aguas termales, con la actual Hamman Meskhoutine. <<

[55] Según MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 899, a falta de otros testimonios, el pasaje de Agustín no permite asegurar que fuese obispo de Aguas Tibilitanas. <<

[56] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 579, n. 3, puede tratarse del sucesor de Maximino. Vid. además MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 650, que considera que previamente pudo ser diácono en la sede de Hipona, según el testimonio de la epístola 54 del propio Agustín. <<

[57] Actual Guelma, en Argelia. <<

[58] Posidio, obispo católico de Calama, fue discípulo, amigo y autor de una biografía de Agustín. Participó en diferentes concilios de Cartago y de Milevi, y mantuvo polémicas con donatistas, pelagianos y paganos. Entre 415 y 426-427 trajo a Calama las reliquias de San Esteban que se mencionan en el texto. En 430, con la llegada de los vándalos a Numidia hubo de refugiarse en Hipona, año en el que fallece Agustín. Permaneció en la ciudad durante todo el asedio, que duró catorce meses, y en este tiempo pudo realizar el inventario de las obras agustinianas. En años posteriores redactó su *Vita sancti Augustini*. Sobre el personaje vid. MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 890-896. <<

[59] *Cf.* Act. 7, 58. <<

[60] *Vid.* MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 335-336, según el cual se trata del mismo tribuno que aparece en la epístola 209, 4 y en el sermón 356, 15, en el que se dice que cedió unos terrenos para la construcción de un monasterio. <<

[61] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 585, n. 2, la construcción de esta capilla está datada en 425, por lo que el presente libro de *La ciudad de Dios* debió ser compuesto posteriormente, entre 426 y 427. <<

[62] Sobre este personaje y su relación con Agustín *vid.* MANDOUZE, *Prosopographie...*, págs. 366-373, A. M. la BONNARDIÈRE, «Evodius et Augustin», en A. M. la BONNARDIÈRE(ed.), *Saint Augustin et la Bible*, París, 1986, págs. 213-227. Obispo de Uzalis, nacido en Tagaste, trabajó en la administración imperial como *agens in rebus*. Más adelante se convirtió al cristianismo y en Milán se unió al grupo de Agustín, con el que acaba trasladándose a África para llevar una vida consagrada a la religión. Mantuvo con él una abundante correspondencia fruto de su amistad y del interés mutuo por cuestiones doctrinales. <<

[63] *Vid.* MANDOUZE, *Prosopographie...*, pág. 869, que pone de relieve el hecho de que esta aristócrata, de la cual no se disponen de otros datos aparte de los que ofrece Agustín, realizara un relato escrito del milagro del que fue objeto destinado a la lectura pública. <<

[64] Como señala W. M. GREEN, *Augustine...*, pág. 242, n. 1, la creencia en la perpetua virginidad de María parte de uno de los evangelios apócrifos, conocido por Clemente de Alejandría. <<

[65] *Cf.* AGUSTÍN, *Serm.* 324, donde se cuenta cómo estos dos hermanos tuvieron una visión que les lleva a Hipona. <<

[66] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 592, n. 1, señala que la primera de las invocaciones es propia de los católicos y la segunda de los donatistas, que aparecen aquí mezclados con los primeros. <<

[67] Agustín, *Serm.* 320. <<

[68] Agustín, *Serm.* 321. <<

[69] Recogido en *Serm.* 322. <<

[70] AGUSTÍN, *Serm.* 323. <<

[71] Como señala BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, págs. 596-597, n. 1, en *Serm.* 324 Agustín concluye el comentario de este milagro. <<

^[72] Exod. 7, 22; 8, 3; 8, 14. Sobre este episodio *vid. supra* X 8. <<

[73] *Vid. supra* XXIX 23. <<

[74] *Cf.* Psalm. 33 (34), 3. <<

[75] Psalm. 93 (94), 11. <<

[76] Cf. PLATÓN, *Timeo* 32. <<

^[77] *Cf. supra* XIII 18. <<

[78] ARISTÓTELES, *Sobre el cielo* I 2-3. Cf. CICERÓN, *Académicas* I 7, 26, *Tusculanas* I 10, 22. <<

[79] *Cf. supra* X 16, VALERIO MÁXIMO, VIII 1, 5. <<

[80] Lc. 21, 18. <<

[81] Ephes. 4, 13. <<

[82] Rom. 8, 29. <<

[83] *Cf. supra* XII 21. <<

[84] *Vid. supra* X 29. <<

[85] Lc. 21, 18. <<

[86] Ephes. 4, 13. <<

[87] Rom. 8, 29. <<

[88] Rom. 12, 2. <<

[89] Ephes. 4, 13. <<

[90] Rom. 8, 29. <<

[91] JERÓNIMO, *In Eph.* V 29. <<

[92] Cf. AGUSTÍN, *Gen. c. Manich.* II 24, 37. <<

[93] *Cf.* Ioh. 19, 34. <<

[94] Gen. 2, 22. <<

[95] *Cf.* Ephes. 4, 12. <<

[96] Mt. 22, 29. <<

[97] Mt. 22, 30. <<

[98] Ephes. 4, 10-16. <<

[99] I Cor. 12, 27. <<

[100] Colos. 1, 24. <<

[101] I Cor. 10, 17. <<

[102] Ephes. 4, 12. <<

[103] Ephes. 4, 13. <<

[104] Ephes. 4, 15-16. <<

[105] Ephes. 4, 13. <<

[106] Ephes. 1, 22-23. <<

[107] Psalm. 111 (112), 1. <<

[108] Lc. 21, 18. <<

[109] Lc. 12, 7. <<

[110] Mt. 13, 43. <<

^[111] *Cf.* Lc. 24, 39-41. <<

[112] Gen. 19, 11. *Cf.* AGUSTÍN, *Quaest. Hept.* I 43. <<

[113] Lc. 21, 18. <<

[114] CICERÓN, *Tusculanas* I 27, 66. <<

[115] Según BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 636, n. 2, y W. GREEN, *Augustine*, págs. 298-299, n. 1, Agustín puede referirse aquí a la práctica del canibalismo que se dio durante la hambruna causada en Roma por la invasión de Alarico. Jerónimo describe una escena de una madre que devora a su hijo en su epístola 127 *ad Principiam*. <<

[116] Lc. 21, 18. <<

[¹¹⁷] *Cf.* Mt. 22, 30, AGUSTÍN, *Enchir.* XXIII 90. <<

[118] *Cf.* I Cor. 15, 43-44, AGUSTÍN, *Enchir.* XXIII 91. <<

[119] I Cor. 3, 1. <<

[120] I Cor. 15, 44. <<

[121] Psalm. 25 (26), 8. <<

[122] *Cf.* AGUSTÍN, *Enchir.* VIII 24. <<

[123] *Cf.* AGUSTÍN, *Confesiones* VIII 5. <<

[124] *Cf.* Psalm. 76 (77), 10. <<

[125] Eccli. 30, 12. *Cf.* AGUSTÍN, *Confesiones* I 9, 14-15. <<

[126] Cf. I Reg. (I Sam.) 4, 18. Su caída se produjo al ser informado de la derrota de Israel y de la muerte de sus dos hijos a manos de los filisteos. Elí contaba noventa y ocho años y, según el relato bíblico, estaba prácticamente ciego. <<

[127] *Vid. supra* XXII 20. <<

[128] *Cf.* Mt. 1, 21. <<

[129] CICERÓN, *Académicas* I 2, 7. <<

[130] *Cf.* Gal. 5, 17. <<

[131] *Cf.* Ephes. 4, 26. <<

[132] *Cf.* Rom. 12, 17. <<

[133] *Cf.* Rom. 6, 12-13. <<

[134] I Cor. 15, 57. <<

[135] Rom. 8, 37. <<

[136] Mt. 6, 12. <<

[137] Este capítulo contiene multitud de paralelismos con la exposición de Balbo en CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 133-162, señalados por TESTARD, «Notes sur le *De civitate Dei*, XXII, 24: Exemple de réminiscences cicéroniennes de Saint Augustin», en *Augustinus magister* I, París, 1954, págs. 193-200 y tratados posteriormente en ID., *Augustin et Cicéron*, vol. I págs. 77, 213. HAGENDAHL, *Augustine...*, pág. 522, señala incluso coincidencias en la estructura del capítulo y el texto ciceroniano. <<

[138] Gen. I 28. <<

[139] Cf. AGUSTÍN, *Enchir.* VIII 27. <<

[140] *Cf.* Ioh. 5, 17. <<

[141] *Cf.* Psalm. 48 (49), 13. <<

[142] *Cf.* Gen. 1, 27. <<

[143] I Cor. 3, 7. <<

[144] Sobre las virtudes cardinales *vid.* AGUSTÍN, *Mor.* I 15, 25. <<

[145] Cf. AGUSTÍN, *Gen. c. Manich.* I 17, 28. HAGENDAHL, *Augustine...*, pág. 468, señala que los paralelismos léxicos existentes entre este pasaje y OVIDIO, *Metamorfosis* I 84-86, indican que Agustín pudo conocer dicho texto. BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 668, n. 1 aparte de la referencia a Ovidio señala que la descripción de las maravillas del cuerpo humano aparece en los estoicos. Vid. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 56, retomado por LACTANCIO, *Instituciones divinas* III 1. <<

[146] Psalm. 103 (104), 1. AGUSTÍN, *In psalm. 103*, 4. <<

[147] Rom. 8, 32. <<

[148] *Cf.* I Cor. 15, 44. <<

[149] *Vid. supra* XXII 5. <<

[150] *Vid. supra* XVIII 53. <<

[151] Sobre el oráculo de Porfirio *vid. supra* XIX 23, XX 24. <<

[152] *Vid. supra* XIII 18. <<

[153] *Vid. supra* XIII 16-17. <<

[154] Citado también en XIII 16. <<

[155] VIRGILIO, *Eneida* VI 751, *vid. supra* XIII 19. <<

[156] BARDY, *La cité de Dieu. Livres XIX-XXII...*, pág. 685, n. 2, señala entre otros a ZENÓN DE VERONA, I *Tract. XVI de resurrectione* 1. <<

[157] CICERÓN, *Sobre la república* VI 4. <<

[158] Cf. PLATÓN, *República* X 614b, MACROBIO, *Comentario al Sueño de Escipión* I 1, 9. <<

[159] LABEÓN frg. 11, ed. P. MASTANDREA, *Un neoplatonico latino. Cornelio Labeone (testimonianze e frammenti)*, Leiden, 1979. <<

[160] Frg. 4 Peter. <<

[161] Philip. 4, 7. <<

[162] I Cor. 13, 9-10. <<

[163] I Cor. 13, 12. <<

[164] Mt. 18, 10. <<

[165] I Cor. 13, 12. <<

[166] I Ioh. 3, 2. <<

[167] *Cf. Epist.* 147. <<

[168] Psalm. 115 (116), 10. <<

[169] *Cf.* II Reg. 5, 8-27 (Vulgata IV Reg.). <<

[170] I Cor. 13, 9-10. <<

[171] I Cor. 13, 11-12. <<

[172] II Reg. 5, 26 (Vulgata IV Reg.). <<

[173] I Cor. 15, 28. <<

[174] Jerem. 23, 24. <<

[175] Iob 42, 5-6. <<

[176] Ephes. 1, 18. <<

[177] Mt. 5, 8. <<

[178] Lc. 3, 6. *Cf.* Is. 40, 5. <<

[179] Lc. 2, 29-30. <<

[180] Iob 19, 26, según la Vulgata. <<

[181] I Cor. 13, 12. <<

[182] II Cor. 3, 18. <<

[183] Psalm. 33 (34), 6. <<

[184] Sap. 9, 14. <<

[185] *Cf.* II Reg. 5, 26 (Vulgata IV Reg.). *Vid. supra* XII 19. <<

[186] *Cf.* Rom. 1, 20, I Cor. 13, 12. <<

[187] I Cor. 4, 5. <<

[188] Psalm. 83 (84), 5. <<

[189] *Vid. supra* XXII 4. <<

[190] Lv. 26, 12. <<

[191] I Cor. 15, 28. <<

[192] *Cf.* I Cor. 12, 14-26. <<

[193] Sigo la lectura *liberatore* de la 4.a edición de Teubner de DOMBART-KALB (Stuttgart, 1982) por el *liberatiore* del *Corpus Christianorum*. <<

[194] Psalm. 88 (89), 2. <<

[195] Psalm. 45 (46), 11. <<

[196] Gen. 2, 2-3. <<

[197] Gen. 3, 5. <<

[198] *Cf.* Psalm. 89 (90), 9. <<

[199] Deut. 5, 14. <<

[200] Ezech. 20, 12. <<

[201] *Cf.* Mt. 1, 17. <<

[202] Act. 1, 7. <<